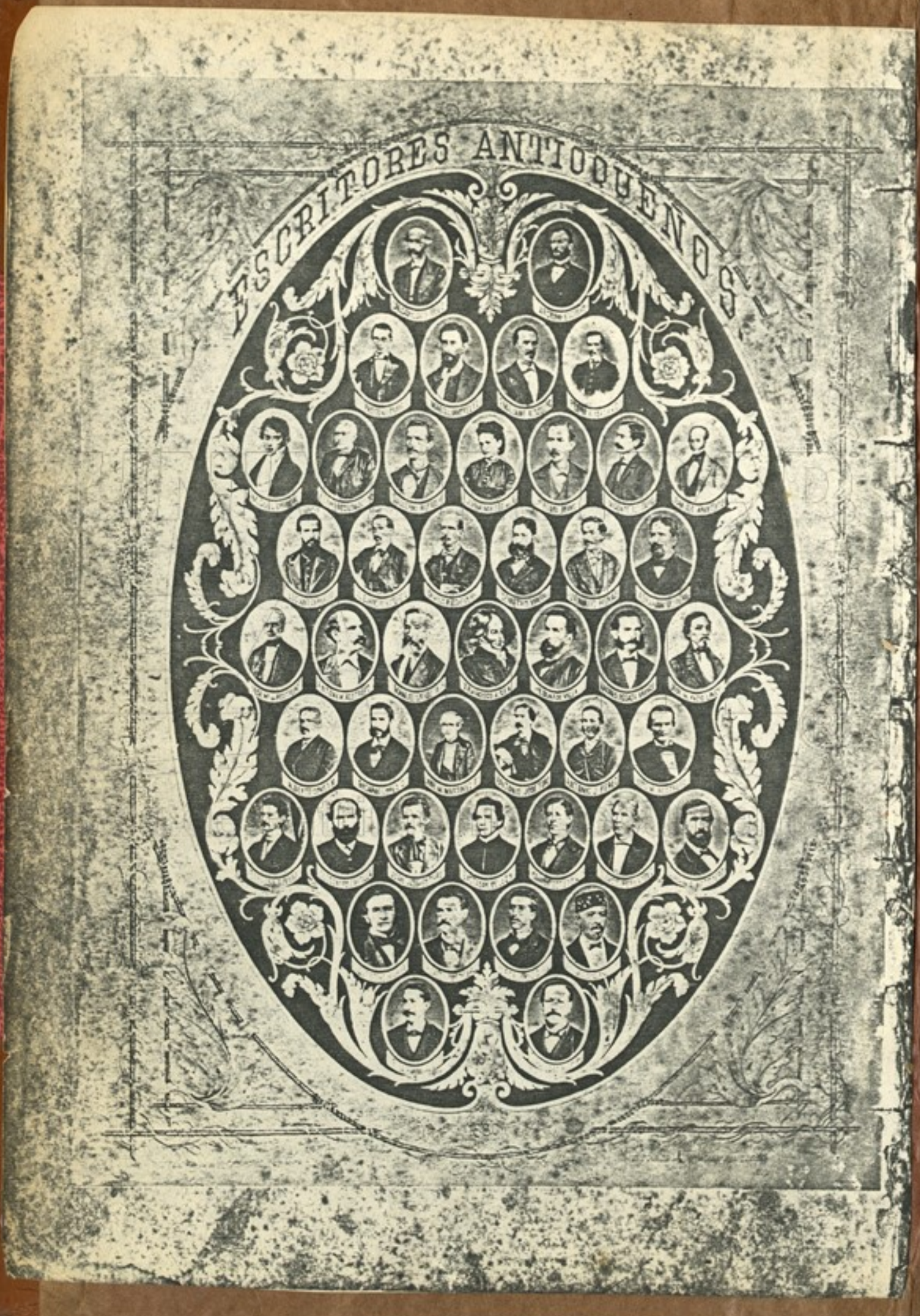
ESCRITORES ANTIOQUEÑOS

ANTIOQUIA LITERARIA.

FAES
Biblioteca

COLECCION

de las mejores producciones de los escritores antioqueños
desde 1812 hasta hoy, publicadas é inéditas.

CON RESEÑAS BIOGRAFICAS,

POR

JUAN JOSÉ MOLINA.

Medellín, Marzo 22 de 1893

Al Ilmo. Sr. Obispo.
Dr. Jr. Pablo Vergara.
Su Ofmo.

Juan J. Molina

TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD EAFIT
Sala de Patrimonio Documental

SEGUNDA EDICION.

MEDELLIN.
IMPRENTA DEL ESTADO.—DIRECTOR, DIEGO LINCE.
1878.

UNIVERSIDAD EAFIT
Sala de Patrimonio Documental

FAES
Biblioteca

C 863
M722e2
1878
v.1

PROLOGO.

Tengo el pensamiento de publicar la historia de Antioquia, desde 1810 hasta hoy, la que trabajo hace algun tiempo, superando dificultades de toda clase.

Para acumular los materiales de dicha obra, he formado lentamente una biblioteca de periódicos, libros, hojas volantes y folletos publicados en Colombia, durante la época citada; he compulsado manuscritos y he recogido cuidadosamente las tradiciones de importancia que han llegado á mis oidos. Tambien he enriquecido la biblioteca con un sinnúmero de periódicos, revistas y libros publicados en las repúblicas latino-americanas, separando como un tesoro todo lo que tiene relacion directa ó indirecta con Antioquia.

Al pasar y repasar todas las piezas que forman la biblioteca, al estudiarlas y compararlas, y al hacer de ellas los extractos correspondientes, me he sorprendido al hallar numerosas piezas literarias antioqueñas de indisputable mérito, poco conocidas en Antioquia, y con mayor razon fuera de ella; y he formado el proyecto de publicarlas en volúmenes ordenados para reclamar el rango que en justicia merezca Antioquia en la familia literaria de Colombia.

Hoy realizo este proyecto contando con el favor público, que no se hace esquivo, cuando se apela á los nobles y puros sentimientos del patriotismo.

He dicho que la mayor parte de esas piezas son poco conocidas en el Estado y fuera de él, y es la verdad.

El ingenio literario no se produce, no se extiende, no se depura sino á medida que se establece y se desarrolla convenientemente la prensa.

Ha habido pocas imprentas en Antioquia, y los periódicos que las han alimentado han tenido una escasísima circulacion, especialmente desde 1812, época en que se introdujo la primera, hasta 1868 en que se estableció la del Gobierno del Estado.

UNIVERSIDAD EAFIT®
Sala de Patrimonio Documental

ANTIOQUIA LITERARIA.

DISCURSO

pronunciado en Angostura el 15 de febrero de 1819 por el Presidente del Congreso de Venezuela,

SEÑOR FRANCISCO ANTONIO ZEA.

Todas las naciones y todos los imperios fueron en su infancia débiles y pequeños, como el hombre mismo á quien deben su institucion. Aquellas grandes ciudades que todavía asombran la imaginacion, Ménfis, Palmira, Tébas, Alejandría, Tyro, la capital misma de Belo y de Semiramis; y tú tambien, soberbia Roma, señora de la tierra, no fuiste en tus principios sino una pobre y miserable aldea!

No era en el capitolio, no en los palacios de Agripa y de Trajano: era en una humilde choza, bajo un techo pajizo, en que Rómulo sencillamente vestido, trazaba la capital del mundo y ponia los fundamentos de su inmenso imperio. Nada brillaba allí sino su genio; nada habia de grande sino él mismo!

No es por el aparato ni la magnificencia de nuestra instalacion, sino por los inmensos recursos que la naturaleza nos ha proporcionado, y por los inmensos planes que vosotros concibiéreis para aprovecharlos, por los que deberá calcularse la grandeza y el poder de nuestra República. Esta misma sencillez, y el esplendor de este grande acto de patriotismo de que el General Bolívar acaba de dar tan ilustre y memorable ejemplo, imprime á esta solemnidad un carácter antiguo, que es ya un presagio de los altos destinos de nuestro país. Ni Roma ni Aténas, Esparta misma en los hermosos dias de la heroicidad y las virtudes públicas, no presenta una escena mas sublime ni mas interesante. La imaginacion se exalta al contemplarla; desaparecen los siglos y las distancias; y nosotros mismos nos creemos contemporáneos de los Aristides y de los Fociones, de los Camilos y de los Epaminondas! La misma filantropía y los mismos principios liberales que han reunido á los jefes republicanos de

la alta antigüedad con sus benéficos emperadores. Vespasiano, Tito, Trajano, Marco Aurelio que los reemplazaron dignamente, colocan hoy entre ellos á este modesto general; y entre ellos obtendrá los honores de la Historia y las bendiciones de la posteridad.

No es ahora cuando justamente pueda apreciarse el sublime rasgo de virtud patriótica de que hemos sido admiradores mas bien que testigos. Cuando nuestras instituciones hayan recibido la sancion del tiempo; cuando todo lo débil y todo lo pequeño de nuestra edad, las pasiones, los intereses y las vanidades hayan desaparecido, y sólo queden los grandes hechos y los grandes hombres, entónces se hará á la abdicacion del General Bolívar, toda la justicia que merece; y su nombre se pronunciará con orgullo en Venezuela, y en el mundo con veneracion. Prescindo de todo lo que él ha hecho por nuestra libertad. Ocho años de angustias y peligros, el sacrificio de su fortuna y su reposo, afanes y trabajos indecibles, esfuerzos de que difícilmente se citará otro ejemplo en la Historia, esa constancia á prueba de todos los reveses, esa firmeza incontrastable para no desesperar de la salud de la patria viéndola subyugada y él desvalido y solo____; prescindo, digo, de todos los títulos que tiene á la inmortalidad, para fijar solamente la atencion en lo que estamos viendo y admirando. Si él hubiera renunciado la autoridad suprema cuando ésta no ofrecia más que riesgos y pesares, cuando atraia sobre su cabeza insultos y calumnias, y cuando no era mas que un título al parecer vano, nada hubiera tenido de laudable y mucho de prudente; pero hacerlo en el momento en que esta autoridad comienza á tener algunos atractivos á los ojos de la ambicion; y cuando todo anuncia próximo el término dichoso de nuestros deseos; y hacerlo de propio movimiento y por el puro amor a la libertad, es una virtud tan heróica y tan eminente, que yo no sé si ha tenido modelo, y desespero de que tenga imitadores. Pero qué! ¿permitiremos nosotros que el General Bolívar se eleve tanto sobre sus conciudadanos que los oprima con su gloria, y no tratemos á lo ménos de competir con él en nobles y patrióticos sentimientos, no permitiéndole salir de este augusto recinto sin investirle de esa misma autoridad de que él se ha despojado por mantener inviolable la libertad, siendo éste precisamente el medio de aventurarla?

(No, no, replicó el General Bolívar, con vivacidad y energía, jamas, jamas volveré á tomar sobre mí una autoridad, que de corazon he renunciado para siempre por principio y sentimientos.)

AURES.

POR GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

De peñon en peñon, turbias, saltando,
Las aguas de Aures descender se ven;
La roca de granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
Temblorosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol;

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimion.

Reclinado á su sombra, cuántas veces
Vi mi casa á lo léjos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul....
La dicha que forjaba entónce el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí á la sombra de esos verdes bosques
Correr los años de mi infancia vi:
Los poblé de ilusiones cuando jóven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia....
Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy tambien de ese techo se levanta
Blanco-azulado, el humo del hogar:
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
Ve de la tarde á la rosada luz,
La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
Al pasado su mágico color;
Al traves de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Heredad de mis padres, hondo rio,
Casita blanca.... y esperanza, adios!

UNA BOTELLA DE BRANDY Y OTRA DE GINEBRA.

POR JUAN DE DIOS RESTREPO.

Eran las seis de la mañana en un dia frio y lluvioso del mes pasado. Encontrábame en la cama por supuesto: para estar en la calle á esa hora era preciso ser por lo ménos arriero, chicharronero, burro ó devota. Varias causas contribuian á que yo no despertase completamente feliz. Por el vidrio roto de una ventana, que se habia quedado abierta por descuido, penetraba un airecillo tan frio y tan sutil, que parecia soplado desde la cima del Monserrate por algun Eolo montañes ex-profeso para atormentarme. Por la noche habia meditado más de lo conveniente en el sufragio universal, la soberanía del pueblo, el progreso indefinido del hombre, la libertad, la República y otras paparruchas de la laya. Ademas, soñé que un diablillo Asmodeo, ó de cualquier otro nombre, pues diablos abundan en todas partes como llovidos, cogiéndome del brazo me dijo:

—Quiero divertirte.

—Que me place, le respondí, pues si no lo divierten á uno los diablos, los hombres maldita la gracia que tienen.

—Voy á mostrarte un trasunto ridículo, una fotografía grotesca de la sociedad.

—Adelante.

Entónces el diablillo, que por cierto no olia á azufre, ni tenia las manos callosas ni renegridas sino flexibles y enguantadas como hombre de mundo que es, me hizo montar sobre su brazo derecho, y me condujo blandamente á un inmenso corral de gallinas. Los gallos grandes perseguian á los pequeños, y éstos así que estaban léjos volteaban el ala á las gallinas, echaban plantas y perseguian tambien á los pollos de menor cuantía. Cada uno en su círculo hacia ostentacion de guapeza y dignidad. Los capones, con su plumaje talar, luengas piernas y continente pacato andaban corridos y embromados. Los pájaros más fuertes se comian todo el maíz y la cebada que echaban al corral para la muchedumbre. Al ave desvalida, contusa ó enferma, todas las demas, desde el pollo pelon hasta la clueca miserable, la acosaban, la perseguian, la picaban y la mataban. Conocíaseles á estas pobres aves maltratadas y perseguidas el deseo de gritar: ¡ay de los débiles! ay de los vencidos!

Eran, pues, las susodichas seis de la mañana, y como no almuerzo hasta las diez, me quedaban de sobra cuatro horas mortales. Mal informados están los que creen que en este país el tiempo vale dinero. Con mucho gusto le habria mandado á regalar mis cuatro horas sobrantes á un inglés atareado ó á algun yankee afanoso, á Mr. Bright ó al conde de Cavour.

De repente tocan á la puerta de la calle. Quién es? pregunto al criado.—Don Telésforo Cascajon, me respondió, despues de informarse. —Díle que éntre.

Telésforo era un antiguo condiscípulo, á quien llamábamos en el colegio el patan, á pesar de que tenia inteligencia despejada, y lo que es

preferible, carácter franco y buen corazon. Pero habiendo venido de una hacienda á educarse ya entrado en años, ni el roce con estudiantes despabilados, ni los libros, ni todos los desengrases sociales habian podido pulir su áspera corteza rural. Tenia un espíritu incompleto, capaz de comprender todo ménos la vida: podia asimilarse toda clase de ideas, elevarse sin trepidar á las más altas regiones del pensamiento, pero era desmañado por demas en las cosas prácticas del mundo, é incapaz de entender los más triviales rodajes de la mecánica social. Ademas, poseia uno de esos caractéres sin elasticidad que se rompen en su primer choque con el destino, y un corazon noble pero candoroso, pronto á entregarse sin desconfianza; motivos por los cuales estaba fatalmente predestinado á ser víctima de álguien: de una mujer pérfida ó de un amigo infiel. En estos últimos tiempos lo habia visto metido á hombre de mundo, casado con una mujer elegante, dando fiestas y haciendo viso; pero ya me figuraba que Telésforo, marinero de agua dulce, pronto habria de zozobrar en esos mares á que se habia arriesgado incauto, llenos de arrecifes y de escollos.

No me visitaba hacia mucho tiempo, pero los amigos de colegio tienen el mismo privilegio que el hijo pródigo: toda veleidad se les perdona, y el dia que vuelven está uno pronto á matar el becerro más gordo para obsequiarlos. Ademas, el nombre de Telésforo me hizo pasar rápidamente bajo los ojos, como en un panorama encantado, los años juveniles y la vida de colegio, con sus travesuras inocentes, sus francas alegrías y sus esperanzas color de oro. Al entrar Telésforo á mi cuarto, me pareció que penetraba con él una ráfaga de juventud.

Era el mismo Telésforo de siempre con los ojos negros, los labios gruesos, la fisonomía franca, el vestido descuidado, el cabello en revolucion permanente y la barba en completa independencia de navajas y rapistas.

—Dormilon, me dijo sentándose al borde de la cama, ¿á qué horas te levantas?

—No acostumbro hacerlo ántes de las ocho.

—Se conoce que vives de tus rentas.

—Te equivocas: si tuviera rentas me las deberian los particulares ó el gobierno: si los primeros, madrugaria á preguntar por su salud, y si el segundo, tambien me levantaria temprano á averiguar si la noche ántes habia hecho revolucion, pues en este país el gobierno es el único que conspira.

El relincho de un caballo llegó á mi oido.

—Qué! le dije, has venido á caballo?

—Sí, en Tamerlan, un alazan magnífico, dócil, sumiso, que me obedece ciegamente.

—Recomiéndaselo á don Mariano para que lo mande al Congreso. Y ¿qué vientos te han traido por aquí?

—Sabrás que me he separado de mi mujer, y que he perdido mi fortuna.

—Cáspita!! con razon traes ese aire de pária en ayunas que da miedo. Vienes á buscar los amigos viejos porque los nuevos te han

abandonado. Lo que sí no puedo explicarme es por qué te has separado de Sofía; tan bella, tan elegante y de quien parecias tan enamorado. Cuéntame esa aventura.

—Esa no es aventura sino percance. Dame primero un trago: si no te hubiera encontrado lo habria tomado hoy en cualquier taberna. Ya sabes que soy el hombre de la naturaleza: cuando tengo hambre, cómo, cuando tengo sed, bebo. No me gustan los que se esconden para hacer sus libaciones como si pertenecieran á sociedades de templanza, ni los que encargan el secreto cuando juegan, como si fueran hijos de familia. Todo el mundo debe tener franqueza en sus ideas, en sus pasiones y hasta en sus vicios.

—En aquella frasquera encontrarás una botella de brandy y otra de ginebra superiores: elige.

—Bonito estoy para escoger entre un brandy excelente y una ginebra exquisita! Tomo de ambas.

—Enfrente de mi cama habia una poltrona entre dos taburetes: Telésforo puso una botella sobre cada taburete, arrimó un manojo de cigarros que habia sobre una mesa, se sentó en la poltrona y despues de echarse un trago muy respetable de ambas botellas, preludió esta sabida redondilla:

Mi mujer y mi caballo
Se perdieron á un tiempo....

—Tenia el gaznate seco como pólvora, exclamó despues, y con el *aspergis* me he puesto en voz. Quieres que te cante alguna cosa?

—Me harias un flaco servicio, pues tienes una voz de monaguillo acatarrado insufrible. Quiero sí que me cuentes tus aventuras conyugales, pero en prosa llana y en puro recitado.

—Sabes de fecha muy atras que nunca he tenido ni vanidad ni pretensiones. Hubiera podido ser como cualquier otro, periodista, poeta, reformador, héroe ó mártir; pero á todo esto he preferido la oscuridad y el silencio, ser un buen muchacho, un pobre diablo. Mis relaciones siempre han sido con gente de poco tomo, humilde y sencilla; por la alta sociedad no he tenido ni aficion ni desden: he guardado con ella neutralidad armada. Aborrezco la etiqueta, los guantes, las botas ajustadas y los cuellos que cortan las orejas: mis gustos han consistido en vivir lo más que fuere posible en el campo, al aire y al sol, tener buenos perros, montar á caballo y cazar en los páramos. Pasaba por rico, pues mi padre habia tenido grandes negocios, pero en realidad sólo habia heredado un mediano caudal. Con excepcion de mi madre, á quien amo y respeto con toda el alma, me contaba solo en el mundo.

Esta me dijo un dia, hará como tres años: hijo mio, ya tienes treinta cumplidos, quiero que te cases; no hay ningun pariente de tu padre en el país y temo que se pierda tu apellido.—Seria una lástima, le respondí, es tan lindo. ¿Qué importa, madre, que haya más Cascajones en el mundo?—Cómo es eso?—Habla usted como si yo fuera el último descendiente de un Osuna ó de un Medinasidonia, cuando tal vez entre mis abuelos se encuentran un cabrero de Aragon ó un arriero de Andalucía: alcurnias de este jaez tienen casi todas las noblezas de por acá.—Déjate de bromas, me replicó, los Cascajones son una familia muy antigua, da-

tan desde Ordoño II; quiero ademas que tomes estado.—Pero ¿qué más estado que el de soltero, soberano, libre, independiente? Sinembargo, usted lo manda, yo obedezco; pero tenemos que entrar en campaña, es preciso visitar á alguna familia, pues yo no trato á nadie, y juzgo que en las sabanas ó en los páramos no encontraré novia.

Pero supongo que me permitirás echar un trago para continuar: el brandy me limpia el pecho, y la ginebra me inspira: con este procedimiento seré elocuente.

Dicho y hecho. Aviso á mis lectores que Telésforo tiene una aritmética original: él llama tomar un trago, beberse dos: al tomar brandy jamas desaira la ginebra.

—Soy de la escuela de Epicuro, exclamó saboreando su doble trago: me gusta la moderacion en el placer. Sabrás que tengo talento, aunque en vida no me lo han querido reconocer: ya escribirán ustedes en "El Tiempo", despues que muera, que se ha apagado una de las lumbreras del país. ¿Para qué crees que me ha servido el talento?

—Pues, para no hacer majaderías.

—Te equivocas. Conocí un cachifo que recordaba la leccion precisamente despues que habia recibido ferulazos en el aula por no haberla sabido. El talento me llega á mí tambien una hora despues que lo necesito, y me sirve para comprender y explicarme con la mayor lucidez las majaderías que he hecho, cuando ya son irremediables. Sandez cometida, sandez explicada.

Mi madre me anunció que el domingo siguiente me presentaria á una muchacha, que por su nacimiento y educacion era digna de mi alta alcurnia y lindo apellido. Como jamas habia sabido que la ropa sirviera para otra cosa que para no andar desnudo, estaba completamente desaviado, y tuve que retocarme. Rodríguez me vistió de piés á cabeza, y un peluquero frances asoló mis cabellos y mi barba. Tuve que aprisionar en unos guantes infames mis manos, enseñadas á campar por su respeto, y coloqué sobre mi cabeza, por primera vez, uno de esos tubos pesados, desairados, abominables que llaman sombreros de pelo.

—Quedarías lindo.

—Así aderezado me llevó mi madre á casa de la presunta novia. Mi madre tiene pocos alcances, gusta mucho de la gente que brilla y ¡Dios la perdone! queriendo llevarme á un redil de ovejas me precipitó á una madriguera de lobos. El padre de mi futura habia atrapado unos cien mil pesos, comenzando su honrosa carrera apropiándose un depósito considerable que le habia confiado un español amigo suyo al tiempo de emigrar. Andando los tiempos ha metido la mano hasta el codo en esos pasteles suculentos que hacen nuestros Congresos, llamados conversiones, consolidaciones y flotantizaciones. Despues ha hecho negocios con el gobierno ganándole dos ó tres por ciento mensual; y en dias de revolucion, impulsado por el patriotismo, le ha vendido vestuarios como si fueran de seda, llevando su desprendimiento hasta suministrar vacas y caballos á la tropa, que se ha hecho pagar por su triple valor. Sinembargo, este honrado ciudadano disfruta de popularidad y consideraciones, y la Providencia ha recompensado sus virtudes dándole doce hijos y excelente salud. No le falta para coronar su carrera sino una *indemnizacion* del Congreso.

Sofía, la mayor de sus hijas, tenia ya veintitres años: poseia hermosa figura y todas esas elegantes exterioridades que son bases de la educacion moderna. En artes de agradar estaba armada de punta en blanco. Pero, sea porque tenia ciertos humos de princesa, ó porque habia coqueteado más de lo regular, ó por el divisor enorme que amenazaba la herencia del papá, aunque tenia muchos admiradores ninguno le ofrecia su mano. Yo llegué á hora de redencion. Todas estas cosas las supe despues. Pero no anticipemos: ántes de pasar adelante necesito humedecer el gaznate: se me está convirtiendo en un tubo de corcho.

Incontinenti se echó un trago, es decir dos.

Entré, continuó él, á un salon alfombrado, lleno de ricos muebles. Sofía estaba revistiéndose: luégo se presentó y á una cortesía muy zurda que le hice, me respondió balanceándose sobre su talle como una palmera, inclinándose con la gracia de una fada. Sus ojos rutilantes me bañaron de luz; y á las pocas palabras que me dijo quedé enamorado como un trueno. Enseñado á tratar mujeres comunes, y á lo sumo Maritornes á média pasta, todos mis sentidos despertaron tumultuosamente á la vista de aquella mujer perfectamente encuadernada, llena de relieves, de voluptuosidad, de seducciones y de encantos. Esas mujeres de mundo sí que tienen letra menuda: para mí no salian de sus labios sino perlas. Algunas noches despues le hablé de mis esperanzas, que aceptó ruborizada. ¡Con qué flexibilidad se prestaba á mis proyectos! Si le hablaba de que me gustaban los caballos, me decia que eran su encanto; si le referia mi pasion por el campo, ella idolatraba la soledad; si le indicaba mi aficion á los perros, se perecia por ellos. Cuando le revelé que mi carácter carecia de ambicion, que me aturdia el ruido y me deslumbraba la luz y que, amigo del silencio y la oscuridad, apetecia la vida campestre, tranquila é ignorada, ella tambien se lanzó conmigo en el idilio, diciéndome con una sonrisa encantadora que le bastaban mi amor y una choza. Arrullaba todos mis gustos, simpatizaba con todos mis caprichos: me parecia un sueño que esa mujer tan bella y elegante se casara conmigo. Quién soy yo, me decia, para obtener semejante amor, para que ese trozo de felicidad se arroje en mis brazos? Jamas llegué á sospechar que pudiera haber hipocresía bajo esas formas angélicas. Figuré que la Providencia tenia por mí una estimacion particular, y se ocupaba de mañana á tarde en bendecirme. Y yo era un mentecato, mil veces mentecato, pues no meditaba que la felicidad es un accidente raro, y que todas las dichas fáciles no son sino alucinacion y mentira!

Oh! estos recuerdos me queman, necesito refrescarme: ¿dónde se hallan las botellas? Me olvidaba, aquí está mi buen brandy, mi exquisita ginebra. Pobres botellas! inocentes como unos corderos, se dejan beber toda su sangre sin exhalar un lamento.

Telésforo entraba ya en regiones tropicales: comprendí que en todo eso habia una desgracia real, y no quise chancearme más, pues siempre he tenido un respeto profundo por los dolores verdaderos.

—Me casé, continuó él, y si Satanas me hubiera ofrecido en camblo de Sofía todos los reinos de la tierra, como á Jesus en la montaña, le habria dicho que era un mentecato ofreciendo miserias por tesoro de tan invaluable precio. Si de alguno de esos sueños encantadores no se despertara, si esos relámpagos de felicidad que brillan para toda criatura

humana alguna vez en la vida pudieran prolongarse, el hombre habria sondeado los arcanos del cielo, descubierto la esencia de los místicos y el secreto de los bienaventurados.

—Hola poeta, le grité, vuelve al mundo: al paso que vas almorzarás en las nebulosas y comerás en el empíreo. Precipita la narracion, pues llevas hilos de nunca acabar.

—Puesto que quieres baje á la tierra beberé brandy y ginebra: al fin éstas son de las mejores cosas que hay en ella. Escucha, pues, me dijo, acabando de saludar las botellas: lo mismo que Sixto V así que fué elegido Papa botó las muletas, se enderezó cuan largo era y se cuadró sobre su base; así Sofía apénas se vió enteramente casada, olvidó sus dulces promesas de soltera, sacudió su blando ropaje de armiño y quedó en toda la desnudez de una coqueta punzante, exigente, llena de vanidad y de caprichos. Como me habia manifestado inclinaciones sencillas, le preparé una casita amueblada con decencia, pero sin ostentacion. Apénas la vió hizo un gesto diciéndome: no me he casado para vivir en una pocilga. La paloma se convertia en milano. Me desarrolló un plan de vida que hubo de espantarme, pero si sus caprichos eran exagerados, mi amor no se quedaba atras. Parece que los hombres buenos, es decir, los majaderos como yo, tenemos algun signo característico, algun olorcillo penetrante por el cual se nos conoce desde léjos: Sofía adivinó su hombre. Hice alfombrar una casa magnífica, amontoné en ella todos los muebles raros que encontré en una ebanistería francesa, y le adorné un retrete con todas esas lindas zarandajas que son la vida de ciertas mujeres. Díjome que los vestidos que tenia ya se los conocian sus amigos, y que se respetaba demasiado para recibirlos con ellos. Entónces corrí tiendas y almacenes buscando telas raras para empavesarla y ponerla en pié de guerra. Pronto conocí que no me amaba y que sólo habia buscado en mí lo que se llama un partido ventajoso, creyéndome rico, aunque en realidad sólo tenia un caudal mediano. Empezó á contrariar mis gustos, y á encontrar vulgares todas mis aficiones. Decia que el campo no era hecho sino para las vacas y los gañanes; no podia sufrir los caballos, porque sus relinchos le dañaban los nervios, y me hizo regalar todos mis perros, diciendo que eran animales inmundos. Todavía recuerdo á mi galgo Polion, que cuando no encontraba venados los hacia. Para fumar tabaco tenia que salir á la calle, pues el olor y el humo la apestaban. Como decia que el té es la bebida de las gentes de tono, mandó que no se sirviera chocolate á la mesa, sobre todo cuando habia gente. El chocolate es una bebida de tomo y lomo que me encanta. ¡Qué estravagancia posponerlo por ese sudorífico endeble y desabrido que llaman té! El chocolote alimenta y abriga lo íntimo, como ha dicho en un rapto de elocuencia raizal el amigo Santander. Colon era demasiado grande hombre para afanarse por descubrir una cosa tan insignificante como la América; por una intuicion gastronómica habia adivinado el chocolate, y navegó á ponerse en él.

A las gentes humildes, con quienes yo tenia ántes relaciones y amistad, las ahuyentó de casa, haciéndoles mala cara y dándoles con la puerta en los hocicos.

Como algunas amigas suyas daban tertulias y recibian en dias determinados, ella quiso tambien tener salon popular, y recibir todas las

noches. Para el efecto, vestido de negro y enguantado, me puse en campaña á reclutarle cachacos á la moda, poetas, financistas y diplomáticos. Pronto esos caballeros se apoderaron de mi cása, y si alguno mandaba en ella, por cierto no era yo Telésforo Cascajon. Sofía se dedicó á aprender lenguas, para conversar con los ministros extranjeros. En estos estudios y el de música italiana, en recibir amigos y visitar tiendas y almacenes se le iba todo el tiempo. En el interior de la casa no habia cosa con cosa; reinaba un completo desórden y los criados nos robaban que era un contento. Todo el mundo debe vivir en casa, y yo vivia en la de todo el mundo. A cualquier hora que llegase de la calle encontraba *dilletantis* ensayando cavatinas con Sofía ó poetas escribiéndole versos en el álbum, ó diplomáticos galanteándola en todos los idiomas.

Mi digna esposa me habia lanzado plenamente en el ridículo: desde el principio de nuestro casamiento me indujo á firmar Telésforo *del* Cascajon, haciéndome creer que así tomaba yo cierto sabor aristocrático.

Sofía tuvo un niño, y entónces fué nuestro primer disgusto serio. Era tan lindo, tan rosado, tan gracioso mi Carlitos, que yo figuraba seria una felicidad para su madre mantenerlo en sus brazos, y criarlo con la leche de sus pechos. Pero, aunque ella era muy robusta y tenia plena salud, se lo entregó á una astrosa y grosera paisana para que le diera de mamar, diciendo que no cumplian á una mujer de tono esas vulgares ocupaciones.—Creia, le dije indignado, que en una madre el verdadero buen tono consiste en criar ella misma á sus hijos. Habiendo enfermado nuestro lindo niño, murió de repente en una alcoba retirada, miéntras Sofía bailaba en la sala con ingleses y *monsieures.*

Entre los amigos de Sofía, muchos eran de esos caballeros de industria que pululan en Bogotá vestidos elegantemente, con reloj de sesenta libras, los cuales le toman prestado á uno su plata que le devuelven girando contra el Papa, y son capaces de beberse el Funza convertido en champaña. Estos honrados caballeros le hicieron á mi bolsa una brecha tremenda. Me arruinaba por sostener las fantasías y los gastos de Sofía, y ella tan amable con todos no tenia para mí ni una palabra dulce, ni una sonrisa. Es de esas mujeres endiosadas que, cuando el hombre consume para agradarlas su corazon, su dinero, su tiempo, su dignidad y hasta su honra, creen que no ha hecho sino cumplir con una adoracion vulgar y obligatoria. Yo no era en su vida sino una máquina para conducirla á fiestas y paseos, para convidar á sus amigos, para comprarle trajes en tiendas y almacenes, para satisfacer sus caprichos innumerables. Comprendí por último mi posicion humillante, mi vergonzosa abdicacion. Así como el cachifo no recordaba la leccion sino cuando ya le habian zurrado, yo no comprendí mi situacion hasta que llegó á ser irreparable. Para resistir á los gastos de una casa á la moda y de una coqueta popular se necesita por lo ménos ser ministro del Perú. Viéndome casi arruinado, le supliqué con lágrimas en los ojos que renunciara á esa vida falsa y estruendosa, para que nos retirásemos á una quinta, que en tierra caliente habia heredado de mi padre. Respondióme que el calor y los zancudos no le convenian, que no renunciaria á sus amigos y á su vida, y que me fuera yo solo si queria. Esto no me causó extrañeza: San Gregorio Magno ha dicho, que la mujer no tiene conciencia del bien.

A pesar de mi bondad genial y de mi amor inextinguible, la cogí una mañana del brazo y la llevé á casa de su padre, á quien dije resueltamente: en Sofía he encontrado una mujer que habla lenguas, recibe perfectamente, hace cortesías admirables, canta como una mirla y baila con una superioridad incontestable; pero no sirve para esposa. Sus admiradores la encuentran encantadora, bajo el punto de vista social es completa y sinembargo, su hija de usted no me conviene. Hízome creer con la más exquisita perfidia que aceptaba mis gustos, mis caprichos, mi vulgaridad si se quiere, y desde el alto pedestal de su orgullo, proclama de mañana á tarde que es una criatura superior: me ofreció que se contentaria con una vida modesta, y en dos años sus caprichos y vanidades casi me han puesto en bancarrota. Yo no soy esposo ni compañero para ella, sino un mayordomo ó un lacayo. Recibí en malos valores seis mil pesos de dote, tómelos usted en excelentes obligaciones: en cambio del recibo le dejo á mi mujer. Adios.

Concluida esta comedia conyugal, he sido silbado por supuesto. Los comensales y amigos de la casa, los admiradores de Sofía, el público en general han dicho que mi mujer y yo realizábamos el odioso enlace del gusano y la flor; que yo me separaba de ella porque soy un avaro, un patan, un miserable, un troglodita. Me tienes, pues, sin fortuna, sin mujer, sin amigos, sin nada, Telésforo Cascajon mondo y lirondo *sicut erat in principio.*

—Estás como Jesucristo queria á sus Apóstoles: si estos percances te hubieran sucedido mil ochocientos y tantos años atras, podria haberte dicho el Salvador: coge tu báculo y sígueme.

—Beberé un trago: siento el gaznate seco como polvo de ladrillo.

Y continuó practicando el ventajoso sistema de la partida doble: le hizo el honor á ambas botellas: en lugar de un trago se bebió dos. Conocí que el infeliz queria aturdirse.

—Viva Júpiter! exclamó con exaltacion, al fin de estar mal casado me resulta siquiera la ventaja de que no puedo volver á casarme. Soy libre para beber, andar á mis anchas y coger venados en los páramos. ¿Oyes cómo relincha mi buen Tamerlan? Es mi único amigo: voy á correr en él hasta el fin del mundo, á buscar la naturaleza, los bosques, mis buenos amigos de los campos. Yo soy pueblo, aunque diga mi madre que los Cascajones eran señores feudales en tiempo de ese majadero de Ordoño II. Soy pueblo por el corazon y los sentimientos. El pueblo toma resignado para sí todas las fatigosas labores de la vida humana: no vive del sudor ni de la sangre de los demas, trabaja en los talleres y hace brotar las espigas en los campos. El dia de los sacrificios da lo que tiene y cuando suena el clarin de las batallas prodiga su sangre generosa, sin reclamar despues recompensas indebidas como los conspiradores patricios. Pobre pueblo! siempre explotado por mandarines ineptos, por sacerdotes avaros, por gamonales estúpidos. Yo pertenezco de corazon al pueblo. Viva el pueblo!

—Bravo, le dije, daca esa mano: la causa de los oprimidos, de los desheredados en el mundo tambien es mi causa. Bebamos juntos por la redencion del pueblo.

—Noto que ese brandy y esa ginebra son excelentes, y que descuido mucho su trato.

—Despues de rectificar la bondad de ambos licores, continuó con una agitacion creciente:

—Tengo graves sospechas de que soy un necio. No te rias: bástame la rechifla con que saluda la sociedad á los cándidos, á los desplumados como yo. Qué es la vida? una inmensa lotería, una gran cachimona en que no ganan sino los que juegan con trampa. Me creia tan feliz con mi casamiento: habia tantas promesas de dicha en su dulce mirada, en su bella sonrisa. La primera vez que me dijo yo os amo, parecióme que el cielo abria para mí de par en par sus puertas!

Pero la pérfida no me amaba. ¿Para qué dirán mentiras las mujeres? Ellas son, segun San Juan Crisólogo, la fatalidad de nuestras miserias. Y sinembargo, debe haber muchas buenas y leales, de modesto y sencillo corazon, que hubieran sido felices con la cuarta parte del amor que yo he prodigado á Sofía. Imposible que un Cascajon tuviera sentido comun. Hay un ídolo en la India, que exije por homenaje á sus adoradores acostarse bajo su carro, para estrellarlos con las ruedas: esas coquetas como Sofía son divinidades indias, que aceptan el corazon de los infelices como yo para divertirse volviéndolo pedazos. Mira, sufro mucho: ¿dónde están el brandy y la ginebra?

—Pues ahí, á tu lado, le respondí. Ya veia turbio: y luégo con esa insistencia de la embriaguez en perseguír la misma idea continuó:

—Soy feo, desmañado, no sé ponerme los guantes, ni hacer cortesías: esto no lo perdonan las mujeres. Mas bien me aceptarian pérfido y egoista con tal que tuviera exterioridades brillantes. Con razon las llama Proudhon, la desolacion del justo. Poseer buen corazon, franqueza, lealtad, ¡oh! todo esto es muy ridículo. El mundo es un libro escrito en griego; yo no lo entiendo, soy un zopenco.

Luégo bebió de seguida no sé cuántas veces, sin olvidar en medio de la agitacion y del trastorno su favorito sistema de la partida doble. Abrió una ventana, y el aire acabó de realizarlo. Lo acosté en una cama, y el desdichado se quedó inmóvil, borracho como una cuba. Examiné las botellas, y de cada una se habia bebido exactamente el setenta y cinco por ciento.

Pero no crean mis lectores que Telésforo hace profesion de la embriaguez: buscaba en ella para sus recuerdos dolorosos un olvido pasajero, así como otros en la muerte un olvido absoluto. A muchos, que se lanzan en el juego ó la embriaguez para aturdirse, la multitud poco reflexiva los llama con desprecio *corrompidos*, al paso que para el filósofo observador son únicamente *desgraciados*.

Bogotá, junio 24 de 1859.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA.

POR JUAN DE DIOS DE ARANZAZU.

¿Qué es la vida, Arnesto, qué es la muerte?
Lo comprendes acaso? Vive el cielo!
Que para mí misterios, cual hay muchos,
Son la vida y la muerte: lo confieso.

Ese instintivo sentimiento vago
Que á la vida nos ata, no lo entiendo;
Ni ese temor de muerte inexplicable
Que constante y tenaz agita el pecho.
Que en la edad de las gratas ilusiones,
En la estacion de mágicos ensueños
Cuando gloria y amor al hombre aduermen
Aprecie su existencia, pase, Arnesto.
Mas que la ame tambien cuando es penosa,
Cuando remeda sombras del infierno,
Cuando no hay ni ventura, ni esperanza,
Qué incomprensible amor! Qué amor tan necio!

Pero así plugo al Sér Omnipotente,
Y es por lo mismo justo su decreto;
Vivamos, pues, en triste incertidumbre,
Y en triste incertidumbre el alma demos.

El alma dije yo! Y qué es el alma?
¿Por ventura de Dios grande destello,
O la materia acaso organizada,
Que nace, vive y muere con el cuerpo?
Perdon ¡oh Dios! si mi atrevido labio
Insulta con la duda tus misterios.
Yo no dudo, Señor, y al alma mia
Inmortal como tú la juzgo y creo.
Producto misterioso de tu soplo,
De tu inmenso poder emblema bello,
Irá á cantar *hosanna* en las alturas
Hosanna al Dios, si justiciero, bueno.
"Si lo siento mover!".... así exclamaba
Ante rígidos jueces, Galileo.
Si la siento bullir acá en mi mente,
Cómo en barro tornarla sucio y feo?

Esas nobles y tiernas afecciones
Que mecen y calientan nuestro pecho,
Y que saben hacerte buen amigo,
Buen patricio, buen padre y deudo tierno

¿Se secarán acaso cual se seca
La arista arrebatada por el viento?
No así; que entónces imposible fuera
Comprender á ese Dios grande y excelso:
Al que á la naturaleza leyes diera,
Al que gobierna con poder inmenso
Los millares de mundos que voltean
Por entre el tul brillante de los cielos,
Y giran y se mueven de continuo
Sin tocarse jamas, querido Arnesto,
Que giran y se mueven en las lindes
Que les fijó la mano del Eterno....

Eterno en su bondad y en su justicia,
Terrible á veces, aunque siempre bueno:
Que cuenta ha de pedir á sus criaturas,
Y ¡ay de aquéllas que barro se creyeron!

Ven á mi lecho, Arnesto, y en él toma
Saludable leccion, y útil ejemplo.
Cuando al mundo, sus pompas y promesas,
Con risa desdeñosa casi veo:
Cuando abierta la huesa, allá en su fondo
Bulle la eternidad: cuando á lo léjos
Se oye el murmurio, triste y congojoso,
De dias que serán y que ya fueron:
Cuando atras revolviendo la mirada,
Y al porvenir lanzándola al momento,
No es posible saber si Dios reserva
O castigo sin fin, ó premio eterno.

EL MURCIÉLAGO.

POR CAMILO A. ECHEVERRI.

La alcoba está oscura.

¿Qué fué eso que medio sonó, y que pasó por mi frente como el cierzo que atraviesa las naves abandonadas de una iglesia que amenaza ruina?

¿Por qué he sentido, gran Dios! eso que sentirán los moribundos, cuando bate sus alas sobre ellos el ángel alevoso de la muerte?

Y otra vez, y otra, y otra, oigo el ruido mudo, parecido al del velo negro que flota en la capilla del condenado á muerte.

Tengo miedo, algo como miedo. Prendo la luz y escucho:

Todo pasó. Gracias á Dios. Durmamos.

Ah! murciélago maldito! Eras tú!

Fuiste tú! tú, monstruo físico. Tú, plagio, remedo, copia ó parodia de todas las monstruosidades humanas.

—

Entre los misterios que ofuscan mi imaginacion; entre los problemas que confunden las reglas de mi cálculo; entre los imposibles que me asedian, hay uno, pequeño, pero muy grande:

Es el murciélago.

El murciélago hizo delirar á Aristóteles; el murciélago hizo un tonto de Esculapio; el murciélago ha jugado con todos los naturalistas, desde el primer albor del mundo hasta nuestros dias; é, incógnita incomprensible, el murciélago jugará con todos, cuando la última partícula del *Cósmos* ruede á confundirse en el seno del Creador Eterno.

El murciélago es una ecuacion de mil incógnitas, sin datos: no hay *a* ni *b* ni *c* en él: todas son *xx*.

Animal maldito ó problema bendecido, yo no sé qué es el murciélago.

Lo siento algunas veces cruzar mi estancia y batir mi frente con el murmullo de cierto viento misterioso, mudo, incomprensible.

¿Es el vuelo del alma que, llorando mi ilusion perdida, viene á refrescar mi frente calcinada?

¿Es el lampo de un tizon maldito que viene á requemar mis sienes bajo el falso soplo de un aliento frio?

Murciélago! te lo confieso: te tengo miedo.

Entras á mi alcoba, callado y pavoroso como el remordimiento; visitas mis estancias como alevoso ladron. Llegas, haces el daño, silencioso, y sólo el dia que sigue dejas ver los rastros de tu alevosía.

—

El murciélago es la imágen viva de todas las maldades, de cuanto hay de grande en el delito, y de pequeño en la sutil astucia.

¡Amante que sueñas con el amor de una mujer! Tú que vestiste de luces de arrebol y azul á aquélla en quien confiaste, ¿por qué la miras hoy fria, desgreñada y ojerosa y flaca! Es que el murciélago de un amor oculto, chupa calladamente la sangre del corazon en que creiste!

Avaro, por qué tiemblas? Es porque sientes que el murciélago del robo bate su ala helada en las cerraduras de tus arcas!

¿Por qué lloras, madre que acabas de besar á tu hijo recien nacido? Es porque adivinas en el calor de sus sienes el batir frio del murciélago de la muerte!

Sepultura anónima! Revuelto osario! necrópolis callada! templo solitario! bosque sin ruidos! caverna sin murmullos! ¿qué es eso que sin ruido suena y que habla sin voz entre vosotros? Es el ala del murciélago; es el viento frio que apaga los calores de la cuna; es la representacion de ese hielo que, de los albores de la infancia, vuela á perderse en la soledad del cementerio!

Maldito seas, murciélago; pero no; bendito seas!

—

Si tu ala traidora dejara un rastro en su camino; si en tu volar silencioso imprimieras en el alma humana la línea gráfica de tus evoluciones, el alma de los poetas líricos guardaria las tristes huellas de tu volar medroso.

¿Quién, sino tú, pudo llenar de luto y de resplandeciente hielo las almas de Ovidio y Byron, de Espronceda y Campoamor?

¿Quién, sino tú, pudo hacer gemir la lira de Gutiérrez G?

Murciélago! El murmullo sordo que siento cuando pasas, entre sombras, junto á mí, me da al par que miedo, una esperanza, y por eso te perdono á veces.

Yo adivino en tu lúgubre volar mil voces escondidas que mi desgarrado corazon levanta.

Qué suena?

Nada.

Pero yo oí que algo sonaba.

¿Es el alma del hijo pequeñuelo que murió?

¿Es el alma de la madre que se fué?

¿Es el alma de la esposa que viene á acompañarme?

¿Es el hermano que viene á repetirme sus consejos y á recordarme su ejemplo?

¿Es el ángel que visita mi alma?

¿Es el mundo inmaterial que me revela su existencia?

¿Es la tímida crispatura de mis nervios?
¿Es el vuelo misterioso de mi espíritu?
¿Es la cadena que une á este mundo con el mundo de más allá?
Ecuacion irresoluble y misteriosa!

—

Te odio, murciélago, porque te temo.
Quién puede amar á quien lo aterra?
Si sólo se temiese á Dios, difícil seria amarlo: y ese amor seria imposible si Dios fuera sólo Justicia, porque adorar no es amar: adorar es temer.
Y la Justicia seca seria Castigo.
Y el castigo trae respeto, mas no amor.
Y el hombre viviria temblando, como tiembla el recluta bajo la vara del Cabo, si sólo viera junto á sí la Autoridad, el Poder, el Juez.
Por eso ¡santa creencia de mi madre! me enseñaste á ver, y yo veo, al lado de la Autoridad la Súplica, al lado del Poder la Intercesion, al lado del Juez la Caridad.
Y esa súplica, y esa Intercesion, y esa Caridad se unen, en la fe católica, en las personas del Cristo y de María!
Sin Jesucristo y María, Jehová seria incompleto.

—

Extraños fenómenos del alma!
Tan fácilmente vuela el pensamiento, que él mismo no se da cuenta del camino recorrido ni de la fuerza motriz que lo arrastró.
Así me ves, oh murciélago! pasar, desde tus alas frias, á las blancas alas y al manto misterioso de la mujer sin mancha.
Bendita seas una y mil veces, en esta vida y en mil vidas más! Bendita seas en la tierra y en el cielo, y en lo creado y en lo que no comenzó, tú, Hija eterna del Eterno, tú, María, alma de ángel en cuerpo sin mancilla!
Pero volvamos al murciélago.

—

Como yo no soy naturalista, ni conozco los arcanos y sutilezas de la ciencia zoológica, declaro:
Primero. Que el murciélago no es *ave*, porque no tiene plumas ni dos patas; ni *cuadrúpedo*, porque no tiene cuatro idem; ni *bípedo*, porque no tiene dos; ni *cuadrumano*, porque no tiene ni una de éstas; ni *reptil*, porque no se arrastra; ni *insecto*, porque no tiene tres partes, ni cuatro alas, ni seis patas; ni *molusco*, ni.... En último análisis, el murciélago no existe.
Yo, por mi parte, sólo á fuerza de verlo, creo medianamente en su existencia.
Y digo "medianamente", porque me ha sucedido en este mundo y en esta vida (que no me acuerdo de otra anterior) creer en cosas que, despues de analizadas, paran en paja, en humo, en gas, en nada.
Traslado á los que tienen amigos y queridas.
Traslado á los poetas, (no á los que hacen coplas, sino á los que tienen sentimiento, inspiracion).

Si no lo hubiera visto, yo creeria que el murciélago era una creacion mitológica y no más. Porque efectivamente, esa alimaña, más parece una personificacion psicológica, poética, que una creatura real.

—

Parécese el murciélago á ciertas notabilidades, en que nunca está de pié. Se cuelga, cuando ha andado, con la cabeza abajo, como quien pide un destino; anda en las sombras como un intrigante, y chupa la sangre sin ser sentido, como empleado supernumerario, como comodin de palacio.

Nadie sabe si, en una casa abandonada, hay un murciélago, ó dos, ó ciento, ó mil: el murciélago no suena: es la imágen del escritor anónimo que roba los frutos de la prensa y deja sólo, junto al excremento, las semillas que ha roido; es el fullero que juega con gabela; es el espía que teme al sol; es el traidor escondido; es el *hombre de partido* de quita y pon.

Segundo. Declaro que el murciélago no fué creado intencionalmente por Dios. De sus manos salió en definitiva, es cierto, porque ¿qué cosa existente no salió de allí?; pero tengo para mí que Él no tuvo intencion de hacerlo y que, tal vez, hasta ignora su existencia.

El murciélago se formó de piezas heterogéneas. De la materia primera necesaria para hacer al hombre, á los cuadrúpedos, á las aves &, quedaron algunas porciones que se atrajeron mútuamente, se unieron, se soldaron y quedó hecho el murciélago.

Animal formado de recortes, como ciertas sobrecamas, y como ciertos partidos y programas, presenta contrastes y especialidades bien curiosos.

Dije que jamas está de pié, y ahora agrego que no solamente se pára de cabeza siempre, sino que jamas camina; pero si no anda vuela, más qué volar! en las tinieblas. Así son algunos escritores de artículos políticos; no andan en el camino de la investigacion filosófica, porque no lo conocen; más, como es necesario escribir sobre algo para hacer ruido y crearse un nombre, echan á volar por los extremos da las exageraciones y á cruzar las sombras de las utopías más descabelladas.

El murciélago es omnívoro. Despues de chupar sangre, hace sobremesa con frutas. Es *todero* como ciertos hombres que viven de destinos y á quienes se ve siempre con sueldo: hoy están en una oficina, y mañana estarán en otra distinta y áun opuesta. De este modo jamas aprenden cosa alguna; pero maman sueldo, que es lo que importa. Estos han sostenido, sostienen y sostendrán á todos los Gobiernos y á todos los partidos. La idea buena es la que está en moda, áun cuando no la comprendan: hoy la encomian hasta los cielos sin perjuicio de llenarla de contumelia al primer ceño, á la primera señal oficial. Y es regular, porque ellos se llaman siempre á sí propios "los más firmes y leales apoyos del Gobierno."

—

Pero comienzo á divagar, que es mi manía. Y como quiero que no me traten de maniático por la milésima vez, suspendo este artículo, si acaso lo comencé, que de ello no estoy seguro.

Medellin, 1877.

A MI DISTINGUIDA AMIGA CUPERTINA T. DE P.

[EN LA MUERTE DE BASILISO].

POR EPIFANIO MEJIA.

Que me diga do estás oh madre amada!
Ni una cruz, ni una tumba.... nada, nada,
Ni un funebre cipres.

BASILISO TIRADO.

Vamos, amiga, á la lejana cumbre
Donde se miran de Quibdò los campos,
Allí mi lira llorará al amigo,
Tus negros ojos al perdido hermano.
Cuando la tarde moribunda brille,
De la montaña bajaremos ambos
Y por las calles de Quibdò entraremos
Solos y tristes y en silencio andando.
A la primera de cabellos rubios
Niña inocente que al pasar veamos,
Le rogaremos que nos diga en dónde
Queda del pueblo el cementerio santo.
Ella tal vez á compasion movida
Pondrá una mano entre tu blanca mano
Y con la otra señalando siempre
Guiará tus lentos y mis lentos pasos.
Cuando su dedo entre las vagas sombras
Señale el punto que los dos buscamos,
Mi pobre lira llorará al amigo,
Tus negros ojos al perdido hermano.

—

Yo cavaré la silenciosa tumba....
Los santos restos sacarán mis manos;
Tú me verás enternecida y triste,
Como la estatua del dolor, llorando.
Tal vez la niña correrá gimiendo
Y al pueblo entero le dirá con llanto,
Que dos viajeros á llevarse han ido
El tierno amigo que les fué tan caro.
El pueblo todo volará á impedirlo....
Al pueblo todo rogaremos ambos;
Pero si el pueblo, el bondadoso pueblo,
Desatendiere nuestro ruego santo....
Al fin.... al fin enternecido y triste
Lleno de pena exclamará: "Llevadlos"!
Porque tu voz inventará lamentos,
Tu corazon inventará quebrantos;
Mi pobre lira inventará sonidos,
Tristes sonidos que destilen llanto.
Sí, que mi lira llorará al amigo,
Tus negros ojos al perdido hermano.

Adios....! diremos á tan buenas gentes
Adios ...! diremos al lugar sagrado,
Y marcharemos al rayar la aurora
Dejando atras al silencioso Atrato.
Yo, con los restos de mi dulce amigo,
De selva en selva seguiré cargado,
Como Otugámiz por oscuros bosques
Iba los restos de René llevando.
Con el cabello desgreñado y suelto
Y el blanco rostro humedecido en llanto,
Triste y llorosa y suspirando siempre
Tú ¡pobre hermana! seguirás mis pasos.
Al pié del monte y al morir la tarde
Los deudos todos del sentido Bardo,
Fijos los ojos, de tristeza llenos,
De la montaña nos verán bajando.
Oirán al léjos tus sentidas quejas;
Oirán al léjos mis acentos vagos;
Porque mi lira llorará al amigo,
Tus negros ojos al perdido hermano.

—

Venid vosotros los que andais dispersos,
Bardos amigos del amante Bardo,
Su jóven frente coronad de flores,
Pulsad las liras y entonadle cantos....
Yo solo vine á recoger los restos
Del tierno amigo que me fué tan caro:
Ayes daré para llorar su muerte,
Pero no puedo levantarle un canto.
Yo buscaré la silenciosa tumba
Que él desde niño rebuscó llorando;
Y al dulce lado de la tierna madre
El hijo tierno quedará enterrado.
Dos negras cruces clavaré en la tierra,
Sauces llorones sembrarán mis manos,
Que cuando crezcan con su sombra cubran
El triste lecho en que descansan ambos....
Venid vosotros los que andais dispersos,
Bardos amigos del amante Bardo,
Su jóven frente coronad de flores,
Pulsad las liras y entonadle cantos.

1869.

A LAS VICTIMAS DE CUNDINAMARCA.

(ELEGIA).

POR JOSE MARIA SALAZAR.

Yo no invoco la musa de la tragedia para llorar la ruina de mi patria; mi propio dolor me servirá de inspiracion y el espectáculo de sus desgracias dará fuerza á mi voz.

El país de los antiguos Zipas habia roto un yugo de tres centurias, y todo el territorio granadino entonó el himno de la libertad. Saludó el esclavo el dia de su emancipacion, y el ciego abrió los ojos y vió la luz del sol.

El continente de Colombia obró de acuerdo, sin comunicarse, porque la naturaleza y la virtud animaron á sus moradores de un mismo espíritu. El clamor simultáneo del Nuevo Mundo demostró la justicia de su causa, como la voz unánime del Universo prueba la existencia de un Dios.

Por un sentiminnto de generosidad no abjuraron los granadinos la autoridad del trono, porque un príncipe desgraciado tenia derecho á la compasion: más ellos no sabian que coronaban á un ingrato. Iberia dió á Colombia el nombre de hermana, es decir, que el tigre y el cordero se dieron el ósculo fraternal.

La representacion política de Colombia, de un gran continente, fué siempre inferior á la de Iberia. Gobiernos tiránicos se sucedieron con rapidez, y se nos hizo una guerra de exterminio, porque desconocimos su autoridad: se nos dió el título de insurgentes porque no quisimos ser esclavos: se nos llamó rebeldes, como si las naciones se rebelaran.

Repelimos la fuerza con la fuerza, declarámos rotos los lazos que nos ligaban á una nacion pérfida. La victoria premió los ensayos de la naciente libertad, y la juventud granadina ciñó su frente de laurel.

¡Yo os saludo, guerreros del Zulia, héroes de Calibío, vencedores intrépidos de las escarpadas rocas del Juanambú!

¡Oh, si mi voz pudiera llevar vuestro nombre á las extremidades de la tierra, excitando por todas partes la admiracion de vuestro valor! El perfume de la alabanza es grato al heroismo, y el que sacrifica su vida no tiene otro bien que la gloria.

Mas, ay! que un contraste de oprobio ofusca la belleza de este cuadro. El espíritu de sistema fué mas fatal para nosotros que el caballo troyano; y el soplo de la discordia fué el que agitó sus teas encendidas entre ejércitos y pueblos hermanos. El verde campo de Cundinamarca es teatro de combates civiles, y los muros de Calamar son teñidos de sangre de sus moradores!

¡Oh dias de horror y luto para la patria! Su seno maternal es despedazado por sus propios hijos, y el odio ocupó en nuestros pechos el lugar del amor. El enemigo se abre paso á la sombra de nuestras divisiones, y el valor que debiamos reservar para su escarmiento, lo empleamos contra nosotros mismos.

En vano el pabellon tricolor tremola con gloria en los campos del Sur; en vano las aguas del Atrato y del Nare, reflejan el brillo de nuestras armas: la suerte está echada; es preciso que caiga la República, y que la adversidad le enseñe á ser feliz: las páginas del libro de su destino son escritas con nuestra sangre.

Promesas falaces de un caníbal completan la obra de la destruccion, y esta fiera de cara humana engaña á los incautos en nombre del trono. Entra en la apacible capital, seducida por tramas viles, y turba las fiestas de alegría que celebran sus agentes, con todos los horrores que ha inventado el genio del mal.

Lóbregas cárceles sirven de morada á los mas virtuosos ciudadanos: el ruido de sus grillos y de sus cadenas forma una dulce música á

los oidos del feroz Morillo, y los clamores de las madres y de las esposas completan la armonía. Las plazas públicas son erizadas de cadalsos, y multitud de ilustres víctimas han de rendir en ellos el último aliento.

Se solemnizaba en el palacio del moderno Atila el aniversario del monarca español, y como se dice que en tales dias los Tiranos conceden gracia, el bello sexo cundinamarques se presentó cubierto de luto, á pedirla por los oprimidos. Las lágrimas dan á sus ojos mayor expresion, y una tristeza natural realza sus divinos atractivos .... ¡Es posible que el bárbaro apénas le conceda una mirada desdeñosa! Las furias habrian sido sensibles á un espectáculo tan interesante, pero su alma inhumana es peor que las furias.

Los héroes marcharon al patíbulo con la serenidad de Focion, y con la cara risueña de Sócrates al beber la cicuta. Superiores al temor que inspira al hombre la cercanía de su última hora, se revistieron de la fortaleza que infunde el amor de la patria, y se diria que iban al tribunal ó al campo de batalla. Teme el malvado el término de su existencia; la virtud no tiembla en el cadalso, ni es manchada por la injusticia de los hombres.

Mas, ¡oh mis queridos compatriotas! ¿Por qué habeis preferido un heroismo estéril á la salvacion de vuestra vida, cuando su pérdida sólo servia para arrancarnos lágrimas? ¿Por qué no os reservásteis para vengar la Patria, buscando un asilo en las tribus salvajes, prefiriendo los montes y las soledades de las fieras, á la cara de vuestros verdugos?

¿Quién nos volverá esos mártires generosos de la libertad colombiana, esos venerables varones que pagaron tan cara su filantropía, y nuestra juventud ilustrada y guerrera cortada en flor? Todos nuestros suspiros no pueden levantar del sepulcro una sola víctima; no volveremos á ver nuestros tiernos amigos, sino en la mansion de los justos; allá na hay tiranos, y el Sér Omnipotente es un Dios bienhechor.

Las nobles damas de Cundinamarca salen desterradas de la ciudad de su nacimiento, sin que su hermosura y sus gracias sirvan de escudo á la persecucion. Pero dignas madres, y esposas de los valientes granadinos, dejan con placer aquel suelo cubierto de crímenes, y no hay quien no quiera seguir la suerte de sus compañeras.

Los mismos decretos de muerte se comunican á las provincias, los mismos horrores se repiten en las capitales. Las del Cauca y la ilustre Calamar, ven sacrificar sus primeros hombres, y el árbol de la libertad es regado con sangre preciosa.

Mas todavía no se ha extinguído la noble raza de los amigos de la Patria: muchos nos salvamos entre las fieras, corrimos vastos territorios, penetrando hasta los dos Océanos que rodean á Colombia, y hallamos en el Atlántico á los héroes de Venezuela, y sobre las costas del Pacífico á los bravos chilenos. Aún quedan reliquias de nuestros ejércitos, y la llama del heroismo se vuelve á encender por todas partes. Como atletas tendidos en la arena nos levantámos con nuevo esfuerzo, implorando la piedad de toda Colombia, y el interes de las Naciones que no eran enemigas de la justicia. Ellas ven que está de nuestra parte, y que la causa que defendemos es la de todo el género humano.

Jurando á la tiranía española un odio igual á su crueldad, llevaremos la guerra á todos los lugares que infesten sus armas, y fijaremos nuestro pabellon en Cundinamarca, teatro privilegiado de sus furores; hemos de enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano, y reparar los males de toda la Nacion.

Escogeremos un lugar solitario sobre las márgenes del Funza, en donde á un lado los mirtos y laureles, al otro el sauce y el cipres nos inspiren ideas de gloria y sensaciones de dolor. Allí serán depositados los manes de las víctimas, y levantará nuestro amor un monumento fúnebre para eternizar su memoria. Que simples inscripciones adornen las losas sepulcrales: que se instituya un aniversario en honor de los muertos; y que la juventud de ambos sexos, regando de flores aquellos restos, entone un himno en su memoria.

ORACION.

POR PASCUAL BRAVO.

Oye, Señor, esta oracion sincera!
Nunca abandones á tu humilde siervo:
Mi mente inspire tu divino verbo:
Tu sacro fuego anime el corazon!
Dé á mi brazo vigor tu fortaleza:
Mi voluntad dirija tu justicia:
Tu pureza me libre de inmundicia,
Tu gracia de temor y de afliccion!

—

Sólo el honor dirija mis acciones,
El valor y la fe le den firmeza:
Que jamas la traicion y la bajeza
Puedan, Señor, mi alma dominar.
Que la verdad, el bien y la belleza
Sean para siempre el fin de mis acciones!
Broten mis labios cantos y oraciones
Que celebren tu gloria sin cesar!

—

Que los sucesos prósperos ó adversos
No me lancen á torpe incontinencia:
Vea siempre y doquier tu Providencia,
Y en bien ó en mal alabe tu poder.
Ni me turben el triunfo y la alegría,
Ni el temor de la muerte me conmueva;
Mas tu poder que aquí ó allí me lleva
Reconozca y alabe por doquier.

RECUERDOS DE UN HOGAR. (*)

(PÁGINA ÍNTIMA DEDICADA Á MI MADRE).

POR EDUARDO VILLA.

I.

Ha permanecido abandonada durante largos años la casa hospitalaria de mis abuelos. He querido volver á ella, la visito y la observo.

Aún conserva á su lado, en la soledad agreste de sus campos, el rio, fiel compañero, cuya corriente destrenzada á sus piés murmura gratamente recordando los dias de una prosperidad perdida; le quedan todavía las majestuosas sombras de su antigua arboleda, pero en todo lo demas, cuántas cosas de ménos!.... cuántos recuerdos tristes que gimen como las tórtolas sobre las éras sin cultivo, ó que vagan como las golondrinas bajo un techo que no pueden abandonar!

Era yo un niño apénas cuando ví deslizar por estos bellos campos los años más alegres de mi vida. Siendo ya un hombre serio y jefe de una familia, vuelvo á habitar en este mismo hogar. Mis hijos están hoy como estaba yo entónces. Ellos pasean ahora su felicidad envidiable por el corral, la playa y los maizales, por la orilla de los cercos y por la sombra del guayabal; lo mismo que yo hacia.... A mí me toca ya contemplarlos con tristeza desde el corredor de la casa en que resido, y velar sobre sus pasos con la cariñosa solicitud que me enseñaron mis abuelos; me toca ya evocar sobre esta soledad un mundo que se ha hundido, para meditar en medio de dos edades acerca de esta vida que nos da luz ó sombra, cual planeta que gira sobre su eje en derredor de un sol inextinguible. Permitidme esta comparacion, y dejad que llame ese astro el sol de la esperanza.

La casa en su construccion ha variado muy poco. El mismo corredor largo al frente del corral y del rio, en donde se paseaba mi abuelo viendo ordeñar sus vacas. En seguida la sala inhabitada sirviendo de pasadizo para un patio interior. A la derecha el "aposento," pieza espaciosa que da sobre la arboleda; á la izquierda las dos habitaciones de la señora, con salida á un corredor y al alegre jardin, cuyas tapias poco elevadas dejan ver hácia el Nor-Oeste un guayabal tupido y el rio de playas anchas donde rumiaban numerosos ganados.

Se encuentran más al fondo la despensa y cocina; el trapiche y las trojes hácia un lado; la pesebrera larga, y ántes llena de bestias, hácia el otro. En medio de esos tramos, abierto por el Norte, el arenoso patio del antiguo emparrado, con un suave declive hasta la acequia de los patos. Allí se encuentra aún el puente hecho de troncos que atraviesa el visitador para dirigirse á las plantaciones de caña ó de maíz.

Tál es poco más ó ménos la casa de "Las Playas".

Rodead ese viejo techo con una zona de verdura; colocad entre el campo de cultivo algunos engramados donde pastan los caballos y las vacas *de soga;* levantad hácia atras, al extremo de los potreros, la casa

(*) Pieza Inédita.

reducida del mayordomo, y eso os dará una idea de la antigua vivienda donde ofrecian mis abuelos la hospitalidad obsequiosa que quiero recordar en esta página.

Preguntais para qué? Para alejar la mente un dia siquiera de impresiones penosas que la asaltan; para estudiar el mundo, sondear el corazon, y más que todo acaso, para colgar cariñosamente sobre dos tumbas que amo una humilde corona de recuerdos.

II.

Brilla con alegría sobre estos bellos campos una de esas mañanas tropicales en que lucen las arboledas sus copos de follaje; las aguas y los cielos su cristal trasparente.

La casa de la Hacienda que está tambien alegre, no desdice del dia ni empaña el paisaje. Se nota en su recinto una animacion extraordinaria, y la columna de humo ennegrecido que se eleva del techo rectamente, parece revelar los preparativos de una fiesta.

Las criadas van y vienen bajo la direccion solícita de una matrona infatigable. Una de ellas se afana por barrer el trapiche, el patio y los corredores con la escoba de ramas que acaba de improvisar; otra pone agua fresca en las grandes tinajas esmaltadas con pétalos de rosa. Se ha puesto en movimiento toda la batería de cocina; chisporrotea el fogon; el horno está encendido; se tiende un mantel fino sobre la mesa grande del comedor y se baja de los estantes la porcelana antigua. En todas partes luce la actividad, donde quiera el contento... Me engaño probablemente, al decir esto: el corral de las aves está triste, porque ha habido allí, segun parece, una verdadera carnicería.

Bien comprendeis que preparativos semejantes en una casa de nuestros campos no le dejan al problema más que una solucion: se espera una visita.

Al cabo de poco rato se divisa, en efecto, por el camino que viene de la ciudad, la familia anunciada. Hay en el peloton señoras, caballeros y niños confundidos alegremente; todos á caballo. Vienen léjos aún, por el primer vado del rio, cuando se da la voz de alerta en el interior de la casa. Los dos ancianos que la habitan se asoman apresurados y ven desde el corredor, con el corazon abierto, á los hijos, los nietos y los amigos que vienen á visitarlos. Una línea de sauces los oculta un momento, pero salen bien pronto á la playa que sirve de camino. Están ya frente á la casa; atraviesan el rio segunda vez, aparecen en el corral, y al fin llegan al corredor en sus caballos empapados y humeantes.

Permitidme que guarde un silencio respetuoso y que me separe momentáneamente algunos pasos: debo callar íntima salutacion porque los grandes afectos son indescriptibles.

Bien conoceis la cofusion de una de estas llegadas: se levanta la voz, los niños gritan, las preguntas se cruzan, el criado desensilla, las bestias quieren pelear, y ladra furiosamente el perro encadenado.

Pasado ese momento todo es calma y felicidad en esta casa.

Muestra el querido abuelo su cariño benévolo en la franca conversacion que entabla con las personas que acaban de llegar. La abuela por su parte siente un vivo deseo de pasear por la propiedad á sus

queridos decendientes. Les hace ver á poco rato su arboleda llena de frutas, sus magníficas legumbres y sus graneros repletos.

El maíz sacudido sonoramente le sirve de llamada y convoca en obsequio de sus huéspedes el grande ejército de sus aves gordas. Las gallinas, los pavos, los gansos bulliciosos, los grandes patos blancos, los pollos y los gallos arman enorme estruendo bajo la granizada de maíz, cuyos granos desaparecen al caer entre las revueltas filas de esos batallones alados.

El almuerzo está puesto y los niños no aparecen. Se les grita por todas partes "que vengan á almorzar".

Al fin llegan jadeantes porque han recorrido ya toda la Hacienda. Han cogido guayabas, han descubierto un nido, han recortado flechas, han montado á caballo, han pescado en el rio.... y mas hubieran hecho sin el llamamiento importuno que vino á interrumpirlos, cuando se preparaban para una cacería de murciélagos en la casa oscura del platanal que sirve de granero.

¡Venturosa mil veces esa edad inocente que trasforma en placeres tan triviales ocupaciones, y que destila de todo eso lo que se busca inútilmente cuando se ha avanzado un poco más por el camino de la vida; la felicidad sin acíbar!

III.

El almuerzo en el campo, en medio de la familia, es una gran fiesta en todo tiempo; pero lo es mucho más cuando ha sido preparado por una madre cariñosa; cuando ella lo preside yendo de un puesto á otro para ver si tiene cada cuál el plato preferido, y cuando se encuentran en la mesa esos manjares raros que se llaman obsequio, buen humor, cariño y tranquilidad.

Terminado ese almuerzo delicioso salen varias personas al corredor del frente cerca del corral. Ya están allí las vacas ordeñadas esperando el alimento de costumbre. Miéntras ellas aguardan y vienen olfateando hasta la baranda del corredor, admiran los convidados su gordura ó las manchas que lucen sobre su piel lustrosa. Los dueños encantados se complacen haciendo las genealogías de aquellas reses cuando desfilan ellas una á una y se dirigen á la playa del rio.

Sigue el paseo en la casa, la conversacion de familia, un rato de lectura, la visita al jardin en donde se cogen flores para depositar ante el cuadro de la Vírgen. Se examinan los enormes racimos del platanal, y costeando la arboleda por la calle angular formada por los *pomos*, se va á buscar reposo á la sombra de los enormes *mangos*. Allá se han colocado tapices de recepcion sobre un suelo brillante de limpieza.

Viene despues el baño deleitoso en la corriente tibia que brilla como plata bajo el rayo quemante del sol de medio dia.

La soledad por las vegas es completa. Se ocultan á esa hora heridos por el calor los numerosos pájaros en la espesuru de los sauces. Insensibles al sol, apénas han quedado las vacas soñolientes que blanquean por la playa, donde pasan rumiando la mayor parte de la mañana. Al marcarse las dos en el gran cuadrante de los cielos todos esos ganados se levantan de su lecho arenoso, y sin ser conducidos se acercan lenta-

mente á la puerta de su potrero. ¿Quién les ha dado aviso? ¿Quién les dice la hora con esa regularidad astronómica? Hay cosas admirables verdaderamente en el instinto de los animales.

En los dias de visita la comida de la Hacienda es un banquete, y se sirve frecuentemente en la arboleda bajo la inmensa sombra de su bóveda entretejida. Al saberlo, no extrañareis en aquella mesa la enorme profusion de aves asadas, de legumbres y frutas, ni la espumosa leche, ni los variados dulces salpicados de flores. Es una prenda de cariño cada plato: ese es el lujo único y la antigua costumbre de la señora de la casa, porque ella no comprende de otro modo la hospitalidad.

Sigue una tibia tarde; una tarde en "Las Playas" que es algo excepcional y diferente en sombras y colores á todo lo que se puede ver en otra parte.

Frente á la casa el llano, con la luz del poniente, refleja verde y oro como si fuese un campo de esmeralda. Hay playas arenosas donde el rio se retuerce en brillantes anillos, cual serpiente plateada que se calienta al sol; hay árboles en grupos, como islas de verdura, y allí suenan ocultos los armoniosos coros de turpiales; una extension azul por fondo del paisaje y una tinta de serenidad en todo el cuadro.

No vereis en todo eso los carros de trabajo, ni coches de paseo, ni puentes, ni carreteras; no vereis en parte alguna la enorme rueda de la máquina de moler la caña, anunciándoles á los agricultores que ha pasado la época del antiguo trapiche; no vereis el arado todavía suprimiendo las llanuras más bellas y desgarrando el paisaje en nombre de la civilizacion. No vereis nada de eso: no ha llegado su tiempo, porque la época que os presenta estas escenas es antigua, pero en cambio vereis otras que en vano se buscarian en épocas posteriores. Os bastará para ello un poco de paciencia y abandonarme confiadamente vuestra mano: yo seré vuestro guia. No vacileis, os ruego: la excursion será corta y el sol de los recuerdos nos seguirá alumbrando.

IV.

En una de esas tardes se ven grupos de campesinos con sus trajes de fiesta. Van llegando jinetes en caballos de brio y luego se oye música.... se ha convertido en plaza la llanura.

¿Qué movimiento extraño viene á turbar la apacible soledad de este campo desierto? Pedidle la explicacion al primer muchacho que atraviese y os gritará con alegria: "carreras de San Juan".

Se ven efectivamente á poco rato, los caballos á escape instigados por alegres jinetes. Indóciles á la rienda algunos de los potros apénas se sujetan en la mitad del rio y forman en la parada una lluvia brillante; otros ganan apuestas de carrera y parten por la sabana como flechas, para que puedan sus dueños hacer gala de equitacion y fuerza disputandose el "gallo" tradicional.

Un palo movedizo, que se atraviesa sobre un poste elevado, suspende en su extremidad un anillo de hierro. Armados de varas largas los jinetes intentan ensartarlo á la carrera; se aclama al vencedor y se silba al burlado. Hé aquí el juego de sortija, semejante en el desenlace á otros muchos juegos que se ven en la vida.

No falta nada en esta ocasion de lo que se encuentra en los regocijos populares: hay canciones y gritos y alegría. Veis una fiesta pública celebrada en el campo con encantadora sencillez. Es costumbre que pasa como otras muchas de los viejos tiempos. Tal vez eso le valga una mirada de simpatía indulgente.

Las señoras que se hallan en la Hacienda y otras muchas de las quintas vecinas, contemplan regocijadas este alegre escenario. Están bajo el abrigo de un ramillete de árboles á cuyo pié han tendido sus alfombras. Algunos de los huéspedes han montado en la fiesta, y el complaciente anciano, alegre todavía á despecho de los años, recorre la llanura en su elegante *overo* cuando no forma parte del grupo de familia.

Ya veis cómo se pasan en este campo algunas horas. Conoceis una tarde de la Hacienda: vais á conocer otra.

La decoracion ha cambiado. Está reunida la familia en el rancho vecino de uno de los agregados y se trata de celebrar una boda. El novio es un mulato, la novia es *africana*. Lleva él sencillamente un vestido blanco aplanchado y ella está engalanada con las mejores joyas de su señora. Cuando tocan *las vueltas* los músicos campesinos, un amo de la casa se adelanta y le hace á la novia esclava la acostumbrada invitacion de baile. La citada se llena de confusion en vista de ese paso que considera un grande honor para ella, y no se atreve á levantarse. Las señoras la animan. Al fin sale á la sala, y todo el mundo aplaude en el gracioso baile, al amo y á la criada que están ejecutándolo: no puede exigirse más de las costumbres en nombre de la fraternidad.

Esto pasa en el tiempo de la esclavitud, que todos reprobamos, en el cual, sinembargo, se yen estos ejemplos de afectuosa igualdad entre los servidores leales y sus amos. Ha venido despues una especie de nivelacion de abajo para arriba, y más tarde es posible que las novias africanas crean honrar demasiado á sus patrones si se bajan hasta ellos para bailar una pieza en el baile de sus bodas.

V.

Me detengo un momento. Me preguntais tal vez dónde pasan las escenas que acabo de enseñaros, y os respondo que en estos mismos sitios. Cuándo? En el tiempo de mi infancia. ¿Quién las ha presenciado? Yo mismo. Acaso querais saber por qué las muestro cual si pasasen ahora ante mi vista. Las muestro de ese modo porque así las contemplo: si ellas son del pasado por el tiempo, están en el presente por el efecto de una fresca impresion.

Habiendo tropezado por casualidad con el lienzo iluminado de mis primeros años, he descorrido en parte el velo que lo cubre; pero el cuadro es muy grande y no continuaré.

Nada quiero decir de la manera como se reunian en este hogar hoy desierto, las familias amigas de las vecinas quintas; nada sobre los juegos de sociedad por la noche, y sobre bailes de confianza que alumbraban desde los árboles millares de cocuyos con una espléndida iluminacion.

Quiero pasar por alto las correrías á caballo á las vecinas posesiones, la siembra del maíz que ha descrito en inmortales versos el gran

poeta de Antioquia; la molienda de caña en el trapiche, con esos episodios campestres que más tarde han de recordarse gratamente al escuchar el chirrido de un mayal ó al sentir los olores del húmedo bagazo.

De todo eso prescindo y callo mil cosas más. Lo que no puedo hacer es sustraerme por mas tiempo á la tentacion de bosquejar los dos séres excepcionales que daban tanta alegría y llenaban de animacion todas las horas de esa vida rural.

Era mi abuelo de venerable aspecto, muy alto de estatura, de ojos pardos muy vivos, afeitada la barba, y de color rosado con el cual contrastaba la blancura perfecta de su cabellera de plata. Su apariencia era séria, pero su trato amable. Se han hecho tradicionales en Antioquia sus celebradas ocurrencias. Su vida era un cronómetro. Se le veia á la misma hora todos los dias paseándose á lo largo de un corredor, y á la misma recostado en su silla hojeando con paciencia un rollo de periódicos ó conversando alegremente con amigos que buscaban su trato. En cuanto á sus enemigos eran *incontables:* no tenia uno siquiera. La rectitud era el tipo de su vida; su ocupacion: afecto hácia su hija; sus aspiraciones: el deber, y sus gustos: la tranquilidad.

Su digna compañera, menor que él algunos años, era un poco baja de estatura y de constitucion bastante gruesa. Tenia una afeccion crónica que la hacia cojear ligeramente. El pelo no era abundante ni canoso. Se encontraba en sus ojos negros la mirada animada de una jóven y habia siempre una sonrisa de bondad sobre sus labios. Profundamente religiosa revelaba ese sentimiento en sus costumbres, en los objetos que le pertenecian y tambien en sus relaciones de amistad con notabilidades de la Iglesia; pero era por otra parte tan alegre en su genio, que la música, el canto, los versos y la charla la seducian algunas veces más poderosamente que lo místico.

La adhesion cariñosa era su rasgo dominante. Amaba á sus amigas con fineza, á su hija única con idolatría y á sus nietos pequeños con una especie de adoracion. Obsequiosa como nadie, la mitad de su vida la pasaba en su despensa preparando *cariños*, como decia, para enviarles á las personas preferidas; el resto lo ocupaba en cuidar de su esposo con ternura, y en celebrar sus dichos ocurrentes aunque fuesen á costa de ella misma como acontecia con la mayor frecuencia. Virtud, ternura y laboriosidad: en esas tres palabras se compendia su vida.

Hé aquí en sus grandes rasgos la dichosa pareja, el matrimonio modelo que habitaba en otro tiempo la casa de "Las Playas". Existe semejanza? Yo no puedo decirlo, pero dejo la rectificacion á cargo de cualquiera: hay simpáticos tipos que se pintan sin dificultad y se encuentran del mismo modo, porque viven en el recuerdo cuando no es en el corazon de todo mundo.

VI.

Al volver á estos sitios poblados de recuerdos, y en presencia de esos séres que acabo de presentar, busco en mi corazon las impresiones dulces que me dejaron ellos en la infancia. Cuánta alegría entusiasta! Cuánta dicha inocente!....

En esa época inolvidable yo veia esta comarca como un rincon perdido del paraíso de Milton. No comprendia la felicidad en otra parte.

Recuerdo mi alegría con los preparativos de partida el dia de ir á "Las Playas". Saltaba mi corazon con esta sola frase: "ya trajeron las bestias". Me causaba placer el ruido de los estribos y hasta el ladrar del perro en la cadena pidiendo libertad para salir tambien con los caballos. Luego me parecia tan buena mi montura, tan lindo el *camellon*, tan admirable el canto de los toches.

Al dejar el camino de los cañaverales para tomar el llano abierto de los sauces; al ver el rio corriendo y al mirar á lo léjos las tapias de la casa blanqueando entre los árboles, yo no encontraba en eso un horizonte que se abria gradualmente ante la vista: más bien me imaginaba un sueño delicioso donde veia ensancharse la entrada de los cielos.

Con impresiones semejantes se comprende muy bien que me fuera querido íntimamente todo lo que se encuentra en estos sitios: aguas, vegetacion y hogar con todas las escenas que han pasado por ellos. Todo eso me parecia en efecto, inseparable de la felicidad.

Otra vez en "Las Playas" al cabo de los años le pregunto á estos lugares si ellos guardan aún la alegría venturosa que depositó en ellos mi entusiasmo de niño. Bien me dicen que no su soledad y su silencio. ¿Será porque han variado desde entónces?

Los recorro con atencion y encuentro á la verdad que hay mucho trasformado. Ha caido el grande árbol cuyas ramas se extendian como brazos de proteccion sobre el techo de la familia; el rio, más cerca ahora, arrastra año por año los pedazos de tierra con troncos desgajados; el trapiche no se usa; el granero está en ruinas; donde habia una llanura se ven hoy plantaciones, y crece el limonero donde estaba la *parra* antiguamente para enseñar acaso cuánto se han amargado los dulcísimos frutos que ántes se cosechaban.

Son muchas variaciones, y al mirarlas exclamo: Tal vez yo podria aún sentir esa alegría dichosa de la infancia, si estuviesen los sitios en el estado mismo en que se hallaban cuando pasé en ellos mi existencia de niño.

—Yo puedo hacer que vuelvan á ese estado, me dice interrumpiéndome, una voz misteriosa.

—Sois acaso alguna Hada? le pregunto.

—Podeis llamarme así.

Me quedo pensativo y miro entónces con los ojos del alma el escenario de mi infancia sin variacion ninguna: el trapiche moviéndose, la troje en su lugar, el guanábano en el jardin, el llano de las carreras al frente de la casa, y el jazmin de la entrada salpicado de flores olorosas.

Me ha devuelto todo esto la alegría de la infancia? Nó. ¿Qué me falta todavía para obtenerla? Las personas.

—Vais á verlas de nuevo, vuelve á decirme la misteriosa voz.

¡Sombras siempre queridas, ancianos venerables que habeis llenado de caricias los primeros años de mi existencia! Os vuelvo á ver en mi alma con la alegría y la vida que teneis en mis recuerdos. Vuestros brazos se abren para recibirme. Vuelve el fuego al hogar y la casa se ilumina!....

—Y ahora qué sentis? se me pregunta.

—Una grande alegría.

—La misma de otro tiempo?

FAES Biblioteca

—No: conozco que no ha vuelto ese sentimiento del alma.

—Ni volverá jamas, se me replica, aunque revivan para vos uno por uno todos los elementos de la dichosa infancia.

—Y quién puede oponerse?

—Un agente terrible cuya huella no habeis querido buscarla en vuestro corazon, creyendo erradamente que sólo se encontraba en la naturaleza.

—Cuál es su nombre?

—El Tiempo.

En épocas distintas no tienen igual valor los bienes de la vida, y los grandes placeres no pueden repetirse, porque sería preciso para ello regresar á la misma edad en que ántes se disfrutaron.

Tal vez yo lo olvidaba en el anhelo íntimo de mi alma, cuando me lo recuerda con su voz instructiva el Hada misteriosa de la Meditacion.

VII.

Está ya al terminarse mi residencia de campo en la casa de mis antepasados. Es la última noche y escribo por despedida mis últimas impresiones.

Habia salido yo esta misma tarde, como tengo de costumbre, á tomar mi café en el corredor del jardin. Tenia en la mano la taza casi llena; un libro abierto sobre las rodillas, en el cual no leia. Mi pensamiento estaba en el pasado. Recorria el horizonte mi mirada siguiendo el vuelo lento de las garzas, y contemplaba tristemente esos queridos campos que me veia obligado á abandonar.

Habia calma y silencio. Se escuchaba un murmullo solamente: la corriente del rio resbalando sobre los estacados. De pronto oí otro ruido: era el golpe de una hacha hiriendo la corteza de un tronco resistente.

No hice caso al principio; pero el golpe cercano se repetia con uniformidad y acabó por llamarme la atencion. Al buscar el sonido en torno mio encontré á pocos pasos de distancia al mayordomo antiguo de la casa. El acero brillaba en su mano levantada y sonaba al caer sobre el resto nudoso de un árbol destruido. Las astillas menudas volaban por el aire.

—Manuel, qué tronco es ése? le pregunté con alguna indiferencia.

Suspendió su trabajo y me contestó del mismo modo, despues de haber enjugado el sudor que corria sobre su negra frente:

—El tronco del guanábano.

No sé qué extraña conmocion despertaron en mi sér esas pocas palabras. Para comprender lo que sentí es necesario conocer la íntima relacion que existia entre aquel árbol muerto y la familia.

Cuando se perdia en otro tiempo alguno de los niños cesaba toda inquietud al saberse que jugaba bajo la sombra del guanábano: el sitio era seguro. En dulces delicados y en licor aromático se le servian á los nietos al lado de ese tronco las exquisitas frutas que él mismo les brindaba. No era, pues, sólo abrigo de la infancia: tambien era aquel árbol su alimento y apagaba su sed en el verano.

Él era un viejo amigo desplegando su manto para darle á la casa frescura con su sombra; él, follaje elevado que mostraba á lo léjos un

sitio hospitalario; él, marco de verdura donde se destacaban dos caras bondadosas que recibian sonriendo al que llegaba; ese árbol, sobre todo, era testigo antiguo de todas las alegrías que habia vertido Dios sobre los moradores de aquel hogar bendito: él era el hogar mismo en el campo de los recuerdos, porque todo lo grato se concentraba en él íntimamente como si afectos y memorias se hubiesen anidado entre la soledad apacible de su ramaje.

Hé aquí porqué me pareció que iba á desaparecer el pasado, en su último recuerdo, con el árbol caido. Yo contemplé aquel tronco hecho pedazos, como contemplarán las aves desbandadas el que arrastra al caer las tibias pajas de su nido oscilante.

Extraña coincidencia! El leñador profano que estaba destruyendo las más dulces memorias, era el criado querido de mi abuelo; el último representante de ese hogar que fué el suyo. Se diria que la pasada generacion desgarraba su historia por sí misma, y borraba ántes de extinguirse las huellas reveladoras de sus pasos.

Terminada la obra, aún quedaba en el aire el húmedo perfume de la sávia: en el suelo yacian los trozos amontonados.

—Qué se va á hacer con ellos? pregunté señalándolos.

—Los llevo á la cocina.

—Para qué?

Me miró el mayordomo como extrañando mi pregunta y me respondió lacónicamente:

—Para leña.

Yo bien lo suponia, pero deseaba que fuese otro el revelador del desenlace.

Ilusiones, afectos y memorias! Hé aquí la hermosa suerte que os ofrecen los años: un acero cortante que os destruya, una llama de fuego que os consuma y el tiempo necesario para haceros cenizas con el antiguo tronco que os guardaba!

Resta algo despues de esto? Una columna de humo que se alza tranquilamente sobre el hogar desierto. Un soplo la disipa y queda por conclusion.... el vacio de la nada.... El aire ha recobrado su antigua serenidad.

VIII.

Dejaron en mi mente una profunda melancolía todos estos pensamientos. Intenté distraerme y me alejé del leñador llevando de la mano al mas pequeño de mis hijos.

Con él fuí á ver los bueyes enyugados que volvian del trabajo por el pequeño puente como en el tiempo antiguo; me detuve en la cuadra donde ví mi caballo comiendo tranquilamente en el sitio de preferencia que ocupaba el *overo* en otra época; ví encerrar los terneros, cuyo bramido triste me hace recordar siempre las tardes de la niñez, cuando me encargaba yo mismo de conducirlos al corral.

En esto pasé un rato, pero no conseguí el olvido que buscaba: me perseguia el pasado en todas partes.

Cuando volví al jardin la tarde habia avanzado. Una luz más templada jugaba entre los árboles, y una brisa más fuerte agitaba sus hojas dulcemente.

Es generosa y pródiga la naturaleza del campo. Para hacer olvidar pesares que ha inspirado se deja ver despues radiante de belleza.

Un árbol destrozado conduce el pensamiento hácia uua edad alegre que termina: un panorama hermoso hace volver la vista hácia una edad alegre que comienza. Allá mi propia historia, aquí la de mis hijos. En todo eso la vida con su luz y sus sombras, pintada en varios cuadros por el pincel inagotable de la naturaleza.

Qué tarde tan serena! Qué vista tan hermosa quiso el campo ofrecerme por la compensacion que me faltaba!

Se creeria ver al sol besando la montaña, y que ella sonrojada recogia su ancho manto en los pliegues de sombra que rodaban graciosamente hasta sus piés.

El llano era la alfombra cortada por el rio, extendiéndose en suave luz como al traves de una bruma luminosa.

Sobre ese tapiz verde se veian frutos de oro entre el follaje oscuro del naranjo; allá un techo rojizo, bajo los grandes mangos, cuyas hojas más tiernas teñian con su rosado las nubes de verdura; más acá el cafetero con ramas de corales, ó el pomo de flor pálida que parecia encenderse al sentir la mirada que le lanzaba el sol desde el poniente.

En medio de todo eso el rio como un espejo reflejaba el celaje con el color anaranjado del arco-íris, y el sauce en todas partes llenaba profusamente el paisaje.

Ese árbol dominante se elevaba flexible como un sér femenino. El sol iluminaba su cabellera suelta y él proyectaba atras su larga sombra como la oscura cola de un ropaje que arrastra.

Al ver por todo el valle esa esbelta figura repitiéndose en grupos, en hileras ó en multitud compacta, pudiera suponerse una gran poblacion inmóbil y de pié. Un momento despues, cuando la brisa sopla del Nor-Este y todas aquellas copas se inclinan ante el sol, se diria que ese pueblo saludaba en el astro al dios ó al soberano de aquel trono de púrpura.

Es poco lo que he dicho: la pluma es impotente para recordar con fidelidad el bello paisaje de una tarde en "Las Playas".

Lo admiré largo rato y me pregunté, al dejar tan bello cuadro, si él seria tan efímero como todo lo demas que habia visto y recordado en esta tarde de contemplacion y de recuerdos.

Hubo una voz aún que respondiera: ya la conoceis bien y en ella no hay misterio. Escuchad las palabras de la Meditacion:

"Cuando esté destruido ó se haya trasformado el paisaje terrestre que hoy se admira, el astro que lo alumbra sin desvío ni retardo seguirá su carrera con los siglos. Bien nos escribe ese hecho sobre la inmensa página del cielo que *allá* está lo inmutable y *aquí* lo que perece; bien nos dice ese rio, reflector trasparente de la iluminacion celeste, que su brillo es ajeno, porque es allá en la altura donde brota la luz en fuentes inagotables".

Enero 30, de 1878.

LA PATRIA Y LA FE.

(ODA).

POR ARCESIO ESCOBAR.

DEDICADA Á MI AMIGO EL SEÑOR DON BELISARIO PEÑA.

Patria! las brisas de tu bello suelo,
Llenas de melancólicos rumores,
Llegan hasta el retiro silencioso
Donde cerca de ti, y en triste duelo,
En tierra extraña lloro tus dolores;
Y me anuncian con eco quejumbroso
Que de tu suelo hermoso,
Al que discordia con fulmínea tea
En campo de cenizas hoy convierte,
Donde triunfante la impiedad campea
Y sólo es ley la voluntad del fuerte,
Huye la fe, ¡la santa fe cristiana,
El faro y gloria de la especie humana!

Todo se va de ti, patria querida!
Y en tu infortunio abandonada y sola
La América insensible á tus gemidos
Tu antigua gloria con desden olvida;
Y de tu mar azul en cada ola
Tus buenos hijos, en la lid vencidos,
Se alejan perseguidos
A buscar una tierra hospitalaria,
Donde la dulce libertad proteja
De tus tristes proscritos la plegaria,
Porque ¡oh patria infeliz! la amarga queja
Que alzan á Dios los que en tu suelo gimen,
La tirana impiedad la juzga un crímen!

Yo no lamento con cobarde lloro
De tus héroes la muerte desgraciada,
Ni el que seas en yermo convertida;
Tus andinas montañas son de öro,
Y no será la sangre derramada
Por tus héroes, estéril y perdida;
Mas al verte oprimida,
Y ver que intenta la impiedad insana
Tus aras separar del Vaticano,
De ese templo divino, arca cristiana,
Hogar paterno del linaje humano,
Lloro por ti, porque irritado el cielo
Sus iras verterá sobre tu suelo.

¡Ay, entónces, de ti! Llegará el dia
De la expiacion terrible, y la arrogancia
De que hace alarde la impiedad demente
Se mudará en espanto y cobardía;

Recuerda ¡oh patria! á la soberbia Francia
Cuando alzó contra Dios la altiva frente,
Y ciega y delincuente
Ante un ídolo inmundo prosternóse;
El vaso misterioso en que guardada
Está de Dios la ira, desbordóse,
Y la loca impiedad fué castigada
Con la pena mayor de que hay memoria
En los anales de la humana historia.

Y ya se acerca ese castigo horrendo
¡Ay! para ti tambien; tus horizontes
Se oscurecen y se oye amenazante
Del rayo vengador el ronco estruendo
Que hace temblar á tus andinos montes;
De ti el Señor aparta su semblante,
Y el brazo fulminante
Sobre tu frente tiene levantado:
Oid! oid! la pavorosa hora
Del tremendo castigo ya ha sonado,
Y del Señor la ira aterradora
Espíritu de vértigo en ti vierte,
Présago de expiacion, señal de muerte.

¿No escuchas, patria, el lúgubre rüido
Que en las cavernas de tus montes suena
Y se dilata por el yermo llano?
¿No escuchas en los aires el gemido
De tus valientes héroes que en la arena
Dejó insepultos vengativo hermano?
¿No ves el Oceano
Que se aborrasca y quiere derramarse
Sobre tus playas? ¿Y entre nube oscura
No ves del sol los rayos apagarse?
¡Todo te anuncia negra desventura,
Rotas tus leyes, mudos tus santuarios,
Muerta tu fe, tus templos solitarios!

Al separarte de la sombra santa
Del árbol del Calvario, ¿por ventura
Has olvidado, patria, que al amparo
De esa cruz que en tus templos se levanta,
Te arrancó al seno de la mar oscura
Como una perla, el Genoves preclaro
Que con esfuerzo raro
Robó á las olas la mitad del mundo?
Mostraste, entónces, al orbe la belleza
De tu suelo aurífero y fecundo;
Mas en medio la innúmera riqueza
De tu tierra de selvas revestida,
Faltaba, patria, el árbol de la vida.

Ese árbol es la cruz!.... Sombra de gloria
Dan á la tierra sus benditos brazos,
Y aparecen en ellos suspendidas,
Como trofeos de su santa historia,
Las cadenas del mundo hechas pedazos:

Las razas y naciones confundidas,
Por el amor unidas,
Se agrupan al redor de esa cruz santa,
Donde impotente el mar de las edades
Se estrella en vano y la impiedad quebranta
Las olas de sus fuertes tempestades,
Porque la ampara el brazo de Dios mismo
Contra el poder del tiempo y del abismo!

La tribu indiana que vagaba errante
En tus comarcas vírgenes, expuesta
A la cruda intemperie, y sólo armada
Del flexible arco y el carcaj sonante,
Y que cazaba audaz en la floresta,
Con la rápida flecha enherbolada,
A la fiera irritada
O á la ave gaya, el único sustento
Del selvático indígena, hoy habita
Campos fecundos donde el vago viento
La espiga de oro de la mies agita;
Que de la cruz los brazos tutelares
Le han dado patria, libertad y altares!

De la cima del Ande que corona
Nubífera tormenta, y donde unido
Se ve á las llamas del volcan el hielo,
La ley de amor la santa cruz pregona:
Esa ley inmortal que ha difundido
Espíritu de paz y de consuelo
En tu querido suelo;
Que de tus héroes inspiró las almas
Cuando del Sol los hijos, ovaciones
Les tributaron y triunfales palmas:
¡Ley del Señor que eleva á las naciones
O las destruye y torna en polvo vano
Bajo el nivel de su divina mano!

¿Y en quién pondrás ¡oh patria! tu esperanza
Al separarte de la ley divina?
Los necios hijos del error que osados,
Y llenos hoy de orgullo y confianza,
En ti derraman su falaz doctrina,
Serán por el Señor exterminados
Y sus nombres borrados
De la historia del mundo; y el querido
Y dulce nombre tuyo, patria hermosa,
Que fué por nuestros padres trasmitido
Coronado de glorias, oprobiosa
Afrenta mancharálo.... ¡Más valiera
Que tu infelice nombre pereciera!

Dios de mis padres! fervoroso os pido
Que ántes que viva para eterna afrenta
El nombre sin ventura de Granada,
Lo lanceis á la noche del olvido:

Las alas desatad de la tormenta
Que ruge á vuestros piés encadenada
Y en la nacion culpada
Vuestro enojo vengad con diestra fuerte.
Patria! la lira de tu bardo triste
Gime doliente al demandar tu muerte
Y á acompañar mi acento se resiste:
¡Quiero al olvido doscender contigo
Antes que ver tu afrenta y tu castigo!

¿Mas un ruego no habrá que á Dios clemente
Mueva á piedad por ti, y á su reposo
Vuelva de Dios la ira, ántes que hiera,
Madre Granada, tu orgullosa frente?
Señor! Señor! el rayo pavoroso
Encadenad en la celeste esfera
Y á vuestra ira fiera
Suceda la clemencia: ¿sin medida
Nó fué para Israel cuando clamaba
Con la voz de sus bardos dolorida?
¿Cuando Francia, Señor, os insultaba,
No inspirásteis un bardo cuyo canto
Dió al cielo gloria y al impío espanto?

Cantores de Granada! dad al viento
De vuestras liras el acorde lloro,
Y apagad con torrentes de armonía
De la impiedad el destemplado acento:
Llorad! llorad en religioso coro
Por la nacion que con soberbia impía
Al cielo desafía;
Llorad! y haced que de la fe apagada
Arda en los templos otra vez el fuego,
Y salvad á la patria infortunada
De vuestras liras con el tierno ruego;
¡Mas si está escrito que la fe sucumba,
Cantadla, sí, cantadla hasta en su tumba!

Sobre la tumba de la fe cristiana
Llorad, tambien, del granadino suelo
La patria libertad: pura y divina
La verdadera libertad humana,
Con el Hijo de Dios vino del cielo
Y es la fe santa el sol que la ilumina,
Y el pueblo que no inclina
Su frente ante la enseña redentora,
Postraráse á las plantas de un tirano
O verá á la barbarie aterradora
Y de las turbas al tumulto insano
Poner espanto en la turbada tierra,
Mover al cielo y á los hombres guerra.

Patria! el lamento del cantor doliente
Que en tierra extraña tus dolores llora
Perderáse, tal vez, entre el rüido
De un mundo á su dolor indiferente
Y que tu historia desgraciada ignora:

Ay! en el suelo extraño no es oido
El lúgubre gemido
Que de tu seno desgarrado exhalas:
Patria! tal vez las brisas extranjeras
No llevarán sobre sus raudas alas
Las voces de mi amor á tus riberas;
Mas Dios escucharálas, ¡Él, que cuida
De los que el mundo sin piedad olvida!

Señor! Señor! cuando la noche oscura
De la impiedad sus densas sombras cierra
Y apaga de la fe los resplandores,
Levanto á Vos mi queja de amargura,
Piedad pidiendo por mi patria tierra
Y por la santa fe de mis mayores:
Mis férvidos clamores
Propicio oid, y haced que renovada
De libertad la bendecida éra,
Recobre la nacion desventurada
La paz, el órden y la fe primera;
Y los que al cielo, insanos desafian,
Sepan que estais con los que en Vos confian.

Quito, noviembre de 1865.

LA MUJER.

Discurso pronunciado el 7 de abril de 1850, en la apertura del Colegio de Santa Teresa de Jesus.

POR JOSE MARIA FACIO LINCE.

¡Salve destello purísimo del Criador, pensamiento sublime del Altísimo, auréola triunfal de la creacion; salve, oh mujer! emblema inmortal de amor, de gloria y de esperanza!! Penetrado de entusiasmo delicioso te saludo en este dia solemne con el profundo acento del corazon. Tú, cuyas tiernas é inocentes caricias, cuando velas sobre la cuna del infante, se asemejan á la graciosa sonrisa de la aurora: tú, cuya imágen aérea vaga entre los ensueños de la mente juvenil, como un ángel escapado de las regiones inmortales: tú, que en medio de las tormentas de la vida te nos muestras como entre la nube tempestuosa la estrella consoladora: tú, cuya lágrima ferviente vertida sobre la tumba, vivifica la ceniza yerta, como á la flor marchita la gota del rocío; tú presides por todas partes á la existencia y al placer: ahuyentas del corazon el infortunio, y reconcilias al hombre con la esperanza; y en el lecho mismo de la muerte, desatas el alma suavemente y la entregas en los brazos del Criador.

Cuando en la hora del primer crímen la naturaleza entera quedó abandonada al imperio del Arcángel exterminador; tu *nombre*, el nom-

bre de la *mujer* pronunciado por el LABIO OMNIPOTENTE fué un eco misterioso que preludiaba la resurreccion universal. Cuando sobre las cumbres del Gólgota, quebrantados uno á uno los anillos de la cadena de cuarenta siglos, se consumaron los misterios indefinibles de la vida; el nombre de una *mujer*, el nombre de una *madre* fué el íris reconciliador extendido magníficamente entre los cielos y la tierra. Y cuando en el dia supremo, desquiciados ya los ejes del firmamento: confundidos los límites de la tierra y del Océano; cuando esos mundos cansados de rodar apaguen sus antorchas resplandecientes, y descienda á establecer su trono el LEON DE JUDÁ sobre los escombros del universo; *una vírgen* tan sólo, *una vírgen* solamente, osará comparecer en su presencia y detener entre sus manos el rayo vengador. Salve, pues, una y mil veces oh mujer redentora del género humano!

¿Qué es en realidad de la condicion del hombre, señor Gobernador: qué de la suerte de la sociedad, si con el pensamiento apartamos de ellos los prestigios sublimes de aquel sér, orígen irrecusable de nuestra existencia física, moral é intelectual? No pretendo yo, señores, descifraros en los breves instantes de que puedo disponer cómo ejercen su influencia sobre el alma y sobre el corazon; cómo deciden de la suerte y del porvenir, cómo determinan la dicha ó el infortunio, las palabras que del labio de una mujer destilan suavemente en nuestra alma. Ni osaré yo acometer tan grave asunto, tratado ya profundamente por magníficos ingenios. Empero, es una verdad señores, que por todas partes se anuncia con la vehemente elocuencia de la naturaleza. Voz de una mujer es la primera que penetra en nuestro oido, cuando el alma, inocente todavía, cuando el corazon inmaculado reciben hondamente el sello que se les imprime para nunca mas borrarse. Voz de una mujer es la que impera soberanamente en nuestra alma, cuando en los ardientes años juveniles comienza á desencadenarse dentro del pecho el tumulto de las pasiones; entónces cuando la razon enmudece y no habla más: una voz simpática con nuestro corazon es la que conduce al hombre por el sendero del oprobio ó de la gloria. Y cuando en la época de los vigorosos afectos varoniles comienza á exasperarse el alma con el choque del infortunio; entónces cuando el lisonjero horizonte de las esperanzas se oscurece; la voz suave, tranquila y apacible de una esposa, es la única que tiene imperio para refrenar los arranques impetuosos de aquellas pasiones no comunicativas ya, sino profundas, concentradas y misantrópicas.

¿Y cómo puede imaginarse la felicidad, señores, cuando no hay una mujer con quién comunicarla? ¿Qué cosa es el placer, sino.. una flor perdida en el desierto, cuando no hay una mujer que lo embellezca? ¿Qué cosa es, sino la sentencia de muerte, el primer amago del infortunio, cuando no tenemos por desgracia una mujer que lo suavice? ¿Qué es de la gloria misma, sino quimérica ilusion, cuando no hay una hermosa para deponer á sus plantas los laureles que tal vez ciñan nuestra frente? ¿Qué es el hombre sino la chispa de su existencia? ¿Qué es la naturaleza sin su adorno más precioso? Qué es el universo en fin sin su prestigio omnipotente? Mas ya os he dicho, señores, que no pretendo hacer un cumplido elogio de esa Reina soberbia de la creacion: el sentimiento que su nombre inspira, se concibe pero no se explica;

porque, la mujer es, señores, poesía sublime; y aunque para hablar de ella dignamente la inspiracion abunda en este dia, á mí me falta el genio divino del poeta.

Recoja, pues, sus vuelos la exaltada fantasía, y busquemos en la mujer, señores, no un objeto de románticas ilusiones; sino el positivo gérmen fecundo del *bien* ó del *mal* para la sociedad. Reflexionad unos instantes, y dirigid la mirada en torno vuestro; repasad con el pensamiento las diferentes épocas que habeis dejado ya tras de vosotros; y penetrad tambien en el oscuro porvenir; por todas partes encontrareis en vuestro camino los prestigios mágicos de aquel sexo que impera soberanamente en el alma, despues de haber aprisionado con doradas cadenas el corazon. Cediendo á vuestro íntimo sentimiento, aceptareis sin duda, señores, la proposicion, que paso á establecer: *La raiz del árbol social se encuentra hondamente cimentada en el corazon de la mujer.* El corazon de la mujer es el terreno feraz en donde espontáneamente brota aquel árbol inmenso, cuyas ramas entrelazadas se difunden por en medio de las relaciones de las familias, se esparcen luégo entre las relaciones de los pueblos, hasta abrigar con su sombra los estados y las naciones; y dominar en fin con su espeso follaje al mundo entèro. Ved aquí, señores, á la *mujer* sometida al microscopio investigador del moralista, del cristiano, del estadista y del filósofo. Del corazon de la mujer brota aquel árbol inmenso cubierto tantas veces de abrojos y de espinas; coronado de cuando en cuando de perfumadas flores y de exquisitos frutos. Tál en la inculta y desierta montaña brota solamente la zarza áspera y dañina; tál en el campo cultivado por el hombre se levanta flexible el rosal colorido y perfumado. Y no es culpa, señores, del terreno que el hombre abandona y no quiere cultivar, si en su seno se anidan los reptiles venenosos; no es culpa suya si abandonado á las fuerzas espontáneas de la naturaleza, no alcanza á engalanarse con la lujosa pompa del verjel. Ved aquí, señores, establecida la condicion de la sociedad: ved aquí determinados sus deberes para con el sexo hermoso; sus deberes para con aquel sexo de cuya influencia poderosa pretendiera en vano sustraerse. El campo se brinda extenso y feraz: el bien ó el mal pueden brotar abundantemente de su seno; cultivar ese campo con esmero; ved aquí, señores, el deber premioso de la sociedad.

Consagrado el hombre á los graves cálculos de sus especulaciones políticas, económicas ó científicas, desdeña con frecuencia consagrar un pensamiento á la mujer, á la cual no divisa sino allá en el aislado recinto de su asilo doméstico. ¡Hombres que teneis pendiente en vuestras manos la suerte de los imperios: Vosotros que á vuestro arbitrio colmais de gloria los estados ó los sepultais en el olvido; dignaos escucharme! Vosotros dominadores del mundo, no sois más que otras tantas ramas esparcidas del árbol inmenso de la sociedad; y la savia que os nutre y da vigor, mal que os pese confesarlo, no procede nó, de vuestro propio corazon; que ella desapercibida tal vez, pero constantemente, mana del corazon de una mujer. ¿Amais, no es verdad, y con sobrada razon os interesan los sentimientos nobles y generosos, las ideas rectas y sublimes, la lealtad en las promesas, la seguridad en las relaciones domésticas, lo ascendrado en el patriotismo, el vigor en la moral, la robustez en las creencias, el órden y la tranquilidad en los estados? Pues en vano

buscareis dentro de vosotros mismos la esperanza de vuestros magníficos pensamientos; si por desgracia en el alma de las generaciones que se levantan, no fueron propinados desde la cuna por el labio de una mujer los principios sacrosantos de *honor*, de *patriotismo*, de *moral*, de *religion* y de *virtud*.

Por mas que el hombre escudriñe los secretos arcanos de su pecho, jamas encuentra en él, señores, un solo sentimiento que no se resienta de la influencia *de una madre, de una amiga, de una esposa;* y los sentimientos, engendran las ideas, porque el corazon domina el alma con frecuencia. Nuestros afectos abren el sendero de nuestra conducta: la conducta del hombre encarrila estrechamente las costumbres de la familia; y las familias constituyen la sociedad. Tales cuales fueren los elementos vitales ó disolventes que germinan en aquellos círculos pequeños, las sociedades, los pueblos; los estados marchan, progresan, se engrandecen, llegan á la cumbre de la gloria; ó retrogradan, se consumen, se aniquilan y relegan sus recuerdos á la infamia. Os sorprende tal vez, señores, considerar en esta rápida hilacion cómo esos grandes acontecimientos que trastornan de cuando en cuando la faz del mundo, han recibido su primer impulso de la inspiracion de una mujer? Sorprendente es á la verdad para nuestro orgullo dominador; pero no por eso ménos cierto; la naturaleza jamas queda desmentida. Repasad si no en vuestro recuerdo hechos individuales, ó hechos universales de la historia; de la historia, señores, cuyos documentos son ensayos del porvenir. Mirad aquí al pueblo hebreo condenado á una espantosa proscripcion: ved á Ester bella, rendida, suplicante: ved cómo una lágrima que rueda de sus ojos, cambia de repente en venturosa la situacion del pueblo fiel. Ved á la Tiranía, señores, huir despavorida de los muros de la ciudad eterna al aspecto del seno destrozado de Lucrecia; y á la Libertad levantar su magnífico dosel sobre el polvo de los tronos. Suspendeos un instante sobre ese promontorio del Epiro; y mirad allí en Actium cómo la suerte del imperio del mundo está pendiendo de los ojos de una hermosa....! Soberano imperio de aquel sér inerme y delicado sobre los árbitros del universo! Callen, pues, confundidos enmudezcan, y arranquen si es posible sus recuerdos de la historia esos héroes renombrados con cuyos hechos la fama ha ensordecido los ámbitos del mundo. Los Hércules, los Aquiles, y David tambien y Salomon el favorito del Señor: el valiente, el esforzado, el sabio, el virtuoso mismo, señores, marchitados sus laureles, marchitados sus trofeos, apagadas las claras luces del ingenio, olvidados tantos años de heróicos sacrificios, tan sólo al *querer*, al *querer* imperioso de una hermosa!

Es un hecho que inútilmente revocareis á duda el que acabo de enunciaros con lealtad. La mujer gobierna á su arbitrio el mundo, como el norte domina á esa brújula inerte, que se turba, oscila, gira, describe mil círculos diversos, y se orienta por fin sumisa sin conocer la ley á que obedece. El precedente es innegable, señores: forzoso es por tanto que yo formule con franqueza la idea correlativa. Señora de la suerte del mundo la mujer; insensata de la sociedad.... perdonad, señores, la fuerza de esta expresion, pues que hoy acabais de redimiros de ella; insensata de la sociedad que abandona á la mujer á las espontáneas inspiraciones de la inculta naturaleza. Vosotros filósofos confiados en

vuestro esfuerzo, ¿no habeis sentido muchas veces desencadenarse en vuestros pechos el torbellino de las pasiones? ¿No os habeis sentido estremecer, no habeis vacilado muchas veces en el acérrimo combate de la razon fria é imperturbable con las pasiones fogosas y desenfrenadas? ¿Y siempre que habeis alcanzado el triunfo, no debísteis por ventura las victorias vuestras á las fuerzas auxiliares de una sabia educacion? La naturaleza, señores, desencadena de cuando en cuando todos sus impulsos como en el recinto de las profundas cavernas se enfurecen los vientos rebelados, rompen los muros que los aprisionan, y se lanzan impetuosos sobre los mares y los conmueven desde sus cimientos más profundos. Inútil es entónces que la nave esté aparejada de abundantes y vigorosas velas, que ántes bien la precipitan sobre las rocas, sino hay un piloto experto que diestramente las amaine. El piloto en la sociedad, señores, es *la sabia educacion.* La mujer dotada por el CRIADOR, conforme al designio de su existencia de un corazon sensible en demasía, de una imaginacion ardiente y emprendedora, de una constitucion exquisitamente delicada, es un sér de inmensa susceptibilidad.... en el corazon de la mujer encerró la naturaleza todos los misterios de la vida y de la muerte. Desgraciada de la sociedad que no preserva desde los primeros años el corazon de la mujer! Temeraria de la sociedad que no fortifica el alma de la mujer acostumbrándola desde muy temprano á armarse con el escudo diamantino de una sabia educacion. Sí, señores, porque en la educacion de la mujer, lo habeis aceptado ya, está fincado el porvenir de la sociedad.

Sorprendentes son, señores, los progresos que en todos los ramos de su prosperidad ha hecho en poco tiempo la provincia de Antioquia, nuestro país natal. Por todas partes los inmensos mineros abren sus pródigas entrañas para franquear ancho cauce á los metales más preciosos. Allí cerca los bosques seculares se abaten bajo el hacha del agricultor; y allí donde esos montes nunca penetrados prosternan las cabezas de cien siglos; aparecen las fértiles, extensas y risueñas campiñas: se aclaran y se escombran los lechos de esos majestuosos rios que las circundan: las causas mortíferas desaparecen: las temperaturas se modifican: los climas se abonanzan: empiezan a facilitarse las vías de comunicacion: se hacen más cómodas las subsistencias: los brazos corren en busca del trabajo, los campos se cubren de mieses y de ganados, por todas partes los productos encuentran compradores, la riqueza se extiende y se reparte, y difundiéndose se combina y multiplica. En el seno de las ciudades populosas el comercio hierve, los capitales se acrecientan, se difunde el crédito con honor, y allá en las civilizadas y poderosas ciudades de la Europa el nombre del opulento antioqueño se pronuncia con respeto. No son ya las poblaciones, el confuso hacinamiento de las desmanteladas y tristes moradas de la primera década de este siglo. Allí donde ellas existieron hemos visto levantarse suntuosos edificios en donde campean el gusto y las comodidades con el lujo y los placeres. A la sombra de la minería y del comercio, las artes se preparan para alzar su vuelo majestuoso. Halagüeño cuadro, señores: paisaje colorido y animado. Es su retrato propio que la provincia de Antioquia enseña ufana á la República y al mundo entero.

Más en el fondo de ese lisonjero cuadro se divisa un campo oscuro,

profundamente sombrío, en donde la mano del artista no ha tocado todavía; es el sitio en donde deben destacarse en los tiempos que vendrán los rasgos brillantes de los *progresos intelectuales del país.* Allí donde las sombras comienzan á desvanecerse se divisa la fachada de un vasto edificio. Tal vez será grandiosa su cúpula oculta todavía; es un templo consagrado á la *educacion del sexo masculino.* Sobre las columnas del peristilo están escritos los nombres del *colegio seminario*, del *colegio de San José*, del *colegio de Rionegro*, del *colegio de Marinilla;* y si mis ojos no me engañan, si no se engañan mis ojos, señores, tambien se alcanza á divisar el nombre del *colegio académico provincial.* A la parte opuesta empieza á descubrirse el perfil de otro edificio, cuya arquitectura parece de un género mas festivo. Es un templete consagrado á *la educacion del bello sexo:* allí están inscritos los nombres de *Antioquia* y de *Rionegro;* pero en vano la vista del patriota se detiene buscando ansioso el nombre de Medellin. Nó, no aparece, no está escrito el nombre de Medellin entre los que rinden homenaje á la mujer!! Parece que Medellin, señores, satisfecho con el rápido movimiento de sus riquezas, nada, nada le importa....

Mas nó, que ha llegado, señores, el dia solemne, el dia anhelado por los patriotas, dia de recuerdo perdurable en los fastos de nuestra historia, el dia, señor Gobernador, en que debe quedar grabado por vuestra mano, con letras de oro, en el fondo de ese cuadro, el homenaje espléndido que la sociedad de Medellin tributa hoy al bello sexo. Satisfechos están, señor, vuestros filantrópicos deseos: coronados están vuestros patrióticos afanes. Obstáculos habeis encontrado en el camino y quizá habreis devorado amargos pesares en el corazon. Empero descansad tranquilo, señor, á la sombra de vuestro triunfo: vuestra recompensa es magnífica; recompensa digna de envidia nobilísima, porque vuestro nombre pasará de pueblo en pueblo, y de siglo en siglo en alas de la gratitud popular, acompañado del nombre que jamas se borra de la memoria de los hombres; del nombre de la *mujer* elevada á su alto ministerio en la creacion. Dignos se han hecho de participar tambien de vuestra gloria los filantrópicos miembros de la comision directiva y de gobierno que con tanto celo ha cooperado, señor, á realizar este grandioso pensamiento; bien han merecido ellos participar de vuestros laureles. Y por fin estas cándidas criaturas con sus manos inocentes; sí, que la gratitud es la primera y más noble de todas las virtudes; ellas con sus inocentes manos tejerán una guirnalda de oliva y de cipres para deponerla sobre la tumba de vuestro más activo colaborador, de uno de los más ardientes amigos de la educacion del bello sexo, del malogrado General Juan María Gómez! Triste condicion de la humanidad, señores, que el duelo sea siempre el cortejo acérrimo de la felicidad!

Como catedrático en el colegio de Santa Teresa de Jesus á cuya inauguracion asistimos hoy, he recibido la honrosa comision de exponeros la importancia de la educacion del bello sexo. Réstame manifestaros el programa de la educacion que el colegio de Santa Teresa os promete para vuestras hijas. Difícil es formular en rápidas palabras el plan de la completa educacion de la mujer: me limitaré por tanto á deciros: que el colegio de Santa Teresa procurando hermanar discretamente los tres géneros dominantes de la educacion, se propone proveer

con vigilante celo al desarrollo y cultivo del sistema físico, moral é intelectual de estos preciosos renuevos que hoy le confiais. Cimentar en sus corazones los santos dogmas de honor, de moral y religion: instruirlas en la manera noble y delicada con que deben ejercer en la sociedad la influencia de sus gracias: desenvolver su inteligencia hasta hacerla abarcar los objetos que deben constituir el caudal de los conocimientos de una mujer; y prepararlas en fin para desempeñar dignamente los altos ministerios que las esperan en el recinto de la familia: los destinos augustos que no á mí, sino al tiempo discreto toca dejarles entrever. Extenso y difícil plan, señores; mas esperad confiadamente que él será con fidelidad desempeñado. Con el tino que caracteriza á vuestro celo paternal habeis colocado al frente de este establecimiento tres matronas respetables, distinguidas por su probidad é inteligencia: elevadas por su merecimiento á una alta consideracion social. En este instante en que tantas madres cariñosas se desprenden de los objetos más queridos de su alma para confiarlos á su celo vigilante, sus corazones filantrópicos palpitan de entusiasmo, al asumir el título glorioso de *madres de toda una generacion* en que están fincados los destinos de la patria. Ved, señores, escrita en sus frentes magnánimas la heróica resolucion de legar al mundo como aquellas antiguas matronas de Esparta y de Roma, en las virtudes severas de sus hijas el testimonio de sus nobilísimas inspiraciones. Habeis aceptado tambien la cooperacion de mis estimables comprofesores cuyo honor, inteligencia y patriotismo garantizan el cumplimiento de sus solemnes compromisos. Nada falta, nada falta, señores, para que el colegio de Santa Teresa de Jesus se levante sobre el suelo de Medellin, como las pirámides sobre el campo del Egipto á desafiar en duracion á las edades; nada falta si está preparada ya, como todos debemos prometerlo, la piedra angular de este magnífico edificio. Esta piedra angular es, señores, la *constancia:* la *constancia*, padres de esa preciosa juventud: la *constancia*, respetables hijos de la poderosa Antioquia. Cuando se trata de la educacion del sexo masculino el cargo de *inconstancia*, muy grave será sin duda; pero al tratar de la educacion del bello sexo, mi corazon se estremece al solo pensamiento, ¿quién de nosotros podrá sobrevivir á la vergüenza; quién no sentirá morirse de confusion cuando oiga formular el cargo de *inconstancia* por los labios de una *mujer?*

Terminaré recapitulando mis ideas con el pensamiento de un filósofo moderno, como que es el pensamiento que domina en la institucion del colegio de Santa Teresa de Jesus:

"En Turquía en donde la mujer está envilecida y degradada, el hombre es como ella, vil esclavo. En Francia en donde la mujer es Reina, la libertad ejerce por todas partes su imperio soberano."

He dicho.

¡POBRE PATRIA MIA!

POR AGRIPINA MONTES DEL VALLE.

¡Cómo ha quedado solitaria la ciudad ántes tan populosa! Las aguas de la tribulacion descargaron como un diluvio sobre su cabeza.

JEREMÍAS.

Cómo has quedado pobre patria mia!
De tus ruinas envuelta en la agonía
Y más triste que Sion!
Sordo mi corazon para tu pena
Sordo para el crugir de tu cadena
Hoy en lágrimas brota su dolor.

Y lo brota en tristísima plegaria
Que al salir de mi lira solitaria
Con ella el alma dolorida va,
Triste como tus muros derruidos,
Ecos en ellos hallará perdidos,
De tristeza, de luto y soledad.

Ayer bajo el sudario de una tumba....
Hoy.... de nuevo, te azota, y te derrumba
De tu destino el huracan feroz.
De tu beldad en la ceniza envuelta
Pobre amada ciudad, triste.... desierta....
¡Cuán hondo es tu dolor!

Hoy por el llanto que á beber me diste
Recibe en cambio mi doliente y triste,
Tristísima oblacion!
Que el clamor que desgarra mis entrañas
Al pensar en tu cielo y tus montañas
Sube en plegarias para ti, hácia Dios.

Bogotá, febrero 25 de 1878.

EL TIEMPO.

Carta dirigida al señor David Guarin, Redactor de "La Tarde".

POR DEMETRIO VIANA.

Medellin, octubre 12 de 1874.

MI QUERIDO DAVID.

Has de saber, mi querido amigo, que me entró una comezon irresistible de escribirte, cuando leí la carta que te dirigió nuestro comun amigo Nepomuceno, la cual se publicó en el número 2.° de "La Tarde",

periódico que he leido con infinito placer, y en cuyas columnas pido posada para esta carta.

Nuestro amigo Nepomuceno ha, permiteme la palabra y ruégale á él que me la perdone, ha calumniado la tarde al disculparse con ella de cierto error tipográfico que hace un perverso contraste con los colores de rosa y de zafir de que está adornado su precioso artículo "La Tarde", publicado en el primer número de la id.

El sale ahora con que por causa de los suaves tintes, de los variados y juguetones matices, de los caprichosos arreboles, con que aquella graciosísima coqueta se adorna al despedirse del astro luminoso que se hunde en las profundidades sin límites del espacio, no pudo ver el *gaya* que, en lugar de un *gualda*, se le escapó en la correccion de las pruebas de aquel pulido y bien elaborado artículo.

Y si tú eres tan bolonio que aceptes esta disculpa, yo no la acepto, aunque para descargo de mi conciencia, confieso que soy más bolonio que tú y que el público iliterato.

No, señor, no hay tal: no es la suave, y dulce, y melancólica claridad de la tarde; no son los variados tintes con que la luz crepuscular se refleja en los caprichosos y escarpados cerros que dominan la capital: no son los encendidos arreboles que allá á lo léjos, muy, muy léjos en el Occidente, detras de las cúpulas de inmaculada blancura del Tolima y del Ruíz, se alcanzan á divisar desde esa ciudad muellemente recostada en el amoroso regazo del Guadalupe y del Monserrate; no son, no, los culpables de la omision de nuestro amigo.

—

Para ver son necesarias tres condiciones coexistentes ó simultáneas: objeto, luz é instrumento visual.

Si una cualquiera de estas tres condiciones falta, el fenómeno *vision* es imposible.

Cuando los objetos están muy distantes no los vemos bien, ó no los vemos, por dos razones: por la debilitacion de los rayos luminosos y por falta de potencia del ojo.

Entónces tenemos necesidad de ocurrir á los anteojos de larga vista, los cuales nos producen dos singulares ilusiones: nos hacen creer que los objetos se acercan, porque los vemos inmensamente grandes; y cuando aplicamos el anteojo en sentido inverso, creemos que los objetos se han alejado inmensamente, porque los vemos infinitamente pequeños.

Cuando el instrumento visual, cuando el maravilloso aparato que se llama ojo no es perfecto, sea por un vicio congénito, sea por una alteracion accidental ó permanente, la *vision* es imperfecta; y llega á ser imposible, si no se ocurre á algun instrumento que corrija ó modifique el vicio ó la alteracion del aparato natural.

Tál les sucede á los *miopes* y á los *présbitas*.

Tú sabes que el *presbitismo* es un percance de la edad, y que el que no echa mano de las *antiparras*, cuando el tiempo con su fria é implacable saña, ha alterado las formas del aparato visual y dificultado así la *vision*, se queda á oscuras en medio de la luz y en presencia de los objetos que no alcanzan á pintarse en la retina, á pesar de la reflexion de aquel flúido.

Falta así una de las condiciones necesarias para ver: falta el instrumento óptico.

Ahora bien, nuestro amigo Nepomuceno las quiere echar de jóven (qué escándalo!) atenido á que no ha ingresado en el gremio ó no figura en el martirologio conyugal; y prefiere quedarse en tinieblas á usar las insignias del hombre grave y sesudo, que reconoce con lealtad que ha asistido á todas las evoluciones políticas de esta patria infortunada, desde su gloriosa trasformacion.

Espero que hayas comprendido por qué razon se le escapó el vocablo aquél que lo ha mortificado tanto y lo ha obligado á maldecir de la coqueta á quien tan lindamente habia elogiado; y por qué ha querido declinar su responsabilidad echándole la culpa á la tarde, por quien, á fuer de bueno y galante caballero, he prestado voz y caucion, casi indignado por la injusticia con que se la acusa, y por la cobardía que hay en aprovecharse de su completa indefension y de la natural debilidad de su sexo.

El ataque se ha hecho con circunstancias de asesinato!

—

Nada hay comparable al tiempo.

Y pídele á álguien que te lo defina, y te quedarás á oscuras, casi tan á oscuras, como si quisieras darte cuenta de la esencia íntima de la luz.

La luz, es la cosa más oscura en el estudio de la física.

Quieres convencerte de ello?

Toma á Ganot, el eminente físico, en la mano, abre por allí á la página 391 de la edicion española de 1871, y lee:

"Luz é hipótesis acerca de su naturaleza."

Y te preguntarás desalentado, casi desengañado de los mentidos progresos de la ciencia, con que tan ufano se muestra nuestro siglo:

Qué! ¿No hay más que hipótesis acerca de la esencia de este flúido imponderable, vida del universo, primera etapa de la creacion, sin el cual viviriamos en perpetuas tinieblas y en eterna noche?

Y el sabio te dirá:

"Nada más!"

Pues así sucede con el tiempo: trata de definirlo, de penetrar su esencia, de darte cuenta de su naturaleza íntima; y no lo lograrás, por más esfuerzos intelectuales que hagas.

Y sin embargo, el tiempo es un Océano en cuyas aguas estamos sumergidos; es una atmósfera que nos rodea y penetra por todas partes; es, valiéndome de la expresion que M. Chevalier les atribuye á los yankees, la tela de que está hecha la vida, tela sutilísima, invisible é impalpable.

Por él tenemos recuerdos y esperanzas; ilusiones y desengaños; es decir, pasado y porvenir.

Él forma esta cadena misteriosa, esta sucesion ininterrumpida de dolores y de goces, dolores eternos y goces efímeros, que al huir en sus alas impalpables é invisibles, clavan una espina en el corazon, le arrancan una esperanza, le muestran el esqueleto de la realidad, ó le cicatrizan una herida que hacia manar incesantemente "sangre del alma, lágrimas acerbas."

El tiempo! Reflexiona bien.

El tiempo es el elemento indispensable de la vida del hombre y de todos los séres que lo rodean.

El hace germinar la simiente, desarrolla la planta, matiza las flores, madura los frutos.

Por él ó en él se cumplen todos los fenómenos de la existencia animal: la gestacion y el nacimiento del hombre, que preceden á esos dias sin noches, que llamamos la infancia.

Por él ó en él llegamos á la juventud, tomamos posesion de la vida, nos dejamos seducir por quiméricas falaces ilusiones, deslumbrar por celajes de púrpura y grana, arco íris del cielo del corazon; ó extraviar por tormentosas pasiones, yendo á veces hasta las fétidas sentinas del vicio, hasta los antros tenebrosos del crímen.

Por él, ó en él, llegamos á la edad madura, á la plenitud, al zenit de la existencia; y luégo declinamos, bajamos, con la cerviz encorvada, á la tarde de la vida, y nos hundimos en el ocaso eterno y misterioso de la tumba!

Felices ay! los que tengan tardes tan bellas como la descrita por nuestro amigo Nepomuceno, y un ocaso ceñido de vívidos arreboles, como los que se ven extendidos muy más allá de la cordillera Central, cuando el observador se extasia desde el atrio de la Catedral, con el bello espectáculo que ofrece el sol en una de esas tardes de Bogotá, al ponerse tras esas crestas atrevidas, tras esas moles gigantescas que hunden su diadema nítida en el azul desvanecido del cielo!

—

El tiempo! Hé aquí el amigo leal y el enemigo implacable, por extraña que te parezca esta antítesis.

Cuando amamos, cuando el corazon siente ese deliquio inefable, deseamos que el tiempo pase con rapidez para que llegue la hora ansiosamente esperada, acaso la hora de la tarde, en que tenemos la dulcísima ilusion ó la gratísima esperanza de ver á la mujer amada.

Cuando estamos al lado de este ángel (para los enamorados es siempre un ángel la mujer amada) deseamos que el tiempo pare su vuelo misterioso, su andar eterno, para prolongar esas dulces quimeras, esas mil mentiras de que vive el corazon!

El tiempo nos arranca las ilusiones y nos muestra la falacia de nuestras esperanzas.

Él es el gran Ministro de la Providencia, que les quita la careta á los hipócritas, y desvanece las brumas con que la mentira y la calumnia eclipsan los vívidos resplandores de la verdad!

El tiempo simboliza para el desgraciado la esperanza, es decir, el consuelo. Mañana, dice, no será lo mismo!

Y ese mañana suele ser para él algo tan falaz como el límite del horizonte.

Los afortunados lo temen, porque trae de continuo en sus senos oscuros, en sus pliegues misteriosos, insólitas mudanzas y espantosos cataclismos.

El dolor mismo se gasta con el tiempo, y las aguas del Leteo no son mas que una alegoría del tiempo. Las olas de este mar eterno, bo-

rran del libro de la vida los recuerdos, esos tormentos, que consuelan y entristecen.

Cuando la muerte nos arrebata una persona querida; cuando la eterna separacion enlutece el hogar y amarga la existencia, el tiempo viene á curar estos crueles dolores, que si no perdieran á tan benéfico influjo su acerba intensidad, acabarian por romper el corazon!

Ya ves si el tiempo es el amigo leal y enemigo implacable.

—

Pero ¿qué es el tiempo?

Un gran filósofo lo ha definido diciendo:

"Es la sucesion de las cosas, considerada en abstracto."

El mismo nos dice que esta sucesion no es concebible sin *ántes* y *despues*, sin *pasado* y sin *futuro;* y el *ántes* y el *despues*, y el *pasado* y el *futuro* son ideas relativas, que tienen por elemento necesario al *presente*.

Y el *presente* es una duracion instantánea, un momento fugacísimo, que al ser percibido se hunde en los abismos del *pasado;* es, comparado con la interminable sucesion de los siglos, lo que el punto matemático comparado con el espacio infinito!

Qué misterios tan pavorosos, qué arcanos tan profundos nos rodean por todas partes! Ellos nos muestran que "la ciencia humana es un punto luminoso en un infinito de tinieblas".

—

Nuestro amigo Nepomuceno pretende, por medio de un sofisma, haberse sustraido al influjo todopoderoso del tiempo; se hace la ilusion de que no cumple años y de que va á vivir en perpetua juventud; y si lo lograra ¿no se consideraria, como Calipso, desgraciado por ser inmortal?

Así es el hombre: todo lo cansa; nada lo contenta.

A veces echa de ménos el tiempo pasado, porque se llevó en sus alas de tinieblas, las dichas que acariciaron su alma; pero, á pesar de los misterios de la tumba, del miedo que inspira la desconocido, nadie querria empezar á vivir de nuevo, rehacer el camino andado.

—

Mas de una vez habrás lamentado el tiempo que te quito con obligarte á leer esta larga é insustancial misiva; pues tú eres de la escuela mercantil que profesa y ha popularizado el apotegma: "*el tiempo vale dinero*".

A MEDELLIN.

POR DOMINGO D. GRANADOS.

De pié sobre la cumbre del alto "Santa-Helena"
Del viento de las sierras al áspero rumor,
Te miro, y lo confieso, no sé qué oculta pena
Despliega sobre el alma la sombra del dolor.

En vano tus campiñas en bello panorama
Ostentan á mis ojos su inmensa variedad,
En vano por los aires tu aroma se derrama;
En vano me sonríes, bellísima ciudad!

Hay algo más sublime que toda tu belleza,
Más puro que los rayos que brillan en tu sien,
Que viste para mi alma de luto y de tristeza
La gala de tus prados, la pompa de tu Eden.

Ciudad! en tus hogares hay algo que me es caro,
Hay algo que proyecta su sombra entre los dos;
Y pienso al contemplarte que pronto me separo,
Que acaso para siempre te doy mi triste adios!

Por eso tus sonrisas, hermosa Patria mia,
No tienen hoy encanto ni gracia para mí;
Y en broncas vibraciones suspira de agonía
La lira abandonada que pulso para ti.

Si ayer al saludarte, despues de larga ausencia,
Mis lágrimas corrieron, corrieron de placer!
La aurora de mi vida brilló con tu presencia!
Las auras de tus prados me hicieron renacer!

Hoy vuelvo hácia tu valle mis húmedas miradas
Con hondo sentimiento, con íntimo pesar;
Y corren, en tus campos risueños, extasiadas,
Y mueren, como mueren las brisas sobre el mar!

Adios! Tal vez ya nunca veré tu hermoso suelo,
Tal vez á tus hogares ya nunca tornaré;
Y errante y desgraciado tal vez en otro suelo,
Tu nombre y tus recuerdos en vano invocaré.

Yo parto! No sé adonde! La luz de un hado impío
Conduce en rumbo incierto mi triste juventud!
Yo vago, como vagan las ondas de tu rio,
Como ellas descuidado, rodando al ataud!

Quién sabe si mañana del sol del extranjero
Los rayos melancólicos mi tumba alumbrarán,
Y acaso los gemidos del cárabo agorero,
Por únicos arrullos sobre ella sonarán.

Mas ay! adonde quiera que en caprichosos giros
Me arrastre por el mundo la suerte baladí,
Serán por ti, mi Patria, mis últimos suspiros,
Mis últimas plegarias se exhalarán por ti.

Julio 8-1863.

LUTO NACIONAL.

POR ANTONIO MARIA HERNANDEZ.

I.

Terminada la lucha entre la civilizacion y la barbarie, entre la libertad y el despotismo, entre la conciencia nacional airada y la turbulenta demagogia reducida á la desesperacion, tendemos una mirada retrospectiva sobre el camino de la victoria y le vemos regado con sangre y cubierto de cadáveres: por doquiera se ve honda la huella de la muerte, por doquiera escombros amontonados, desolacion profunda proclaman la ruda saña de la iniquidad asoladora: la voz clemente del patriota vencedor se pierde en el silencio de las tumbas, y el barco de libertad navega en un piélago de lágrimas y sangre. La Patria llora.... sus nobles hijos inmolados en el altar indestructible de la libertad, al par que han llenado con su impetuoso é indomable valor de admiracion y de respeto á los corazones generosos, les han hecho palpitar en un golfo de amargura. La victoria ha costado mucho á la Nacion, el tiempo mismo, ese bálsamo precioso, no podrá curar la profunda herida que se le ha hecho, no; porque el recuerdo de los ilustres varones cuya cabeza esclarecida abatiera la guadaña de la muerte, permanecerá indeleble en su memoria. Los nombres gloriosos de Herrera, Mendoza, Gutiérrez y de los otros adalides de la libertad sonarán como un eco misterioso, como un canto de guerra, como un himno de gloria nacional en medio de las tempestades del borrascoso mar de nuestra sociedad. ¡Tal vez en el porvenir sus tumbas serán el altar donde se jure la paz y la concordia!

La Nacion no ha podido regocijarse con la victoria comprada con la sangre preciosa de esos mártires, porque sobre los sepulcros no se puede cantar sino derramar lágrimas y esparcir flores; porque en el desierto campo de la muerte no crece el bello laurel, ni el alegre mirto, sino el melancólico cipres: sobre las tumbas no se sienta Euterpe; allí solo baja el Angel de la fama, y luégo vuela al templo de la inmortalidad para grabar en sus portales el nombre de los héroes que como Decio caen lidiando por la gloria y libertad de su patria. Y ¿quién pudiera danzar cuando aún humea la hoguera de la revolucion, cuando aún está fresca la sangre de nuestros conciudadanos, cuando aún resuena en el espacio el último gemido de las víctimas, sino tiene de Fulvia el corazon y de Catilina los ojos y la voz? ¿Quién puede cantar sentado sobre los escombros que la revolucion amontonó sin tener de tigre las entrañas y la voz de buho? Quién sin ser Neron podria cantar contemplando el incendio de Roma?

II.

Así, no fué el placer de la victoria la primera emocion que se sintió al saber el triunfo del 4 de diciembre, sino el dolor intenso y profundo causado por la muerte de tantos hijos ilustres de la Patria. Y del mismo modo que todos los pueblos de la tierra, aún aquellos que se

pierden en la espesa niebla de los pasados tiempos, no celebraron sus triunfos sin consagrar ántes algun monumento á sus héroes, que mantuviese fresca su memoria, la noble ciudad de Medellin dedicó un dia á las fúnebres exequias de las ilustres víctimas ofrecidas en las aras de la Libertad. Nunca dejó un pueblo libre de regar lágrimas sobre la tumba de sus libertadores; porque la gratitud es el más noble sentimiento de un corazon leal, y Medellin sintió intensamente el enorme peso de la inmensa deuda contraida con los bravos guerreros de la Patria. Ellos subieron á la region de la inmortalidad en la espesa nube de humo que enlutó el campo de batalla; el rayo que abatió sus ilustres cabezas les abrió el camino del apoteósis; el Dios de los ejércitos, viéndolos morir así como Caton tan libres como vivieron, aceptó su sacrificio ciñendo con la auréola de la gloria la cabeza de los mártires; mas el pueblo que con su sangre redimieron, levantó tambien un altar á su memoria, y los ministros del Santuario elevaron su voz al Eterno ofreciendo las víctimas de la expiacion.

III.

Asomó la aurora del 23 de diciembre, dia de duelo para la ciudad de Medellin, y el cañon retumbando sin cesar cada cinco minutos anunciaba al espacio la muerte de los héroes, y levantaba al cielo el clamor de la tierra: la Iglesia, madre benéfica y misericordiosa, unia al estruendo del mundo el lúgubre sonar de sus campanas. La poblacion enlutada, triste, abatida se agrupaba en el templo del Dios que hace triunfar la causa de la virtud y glorifica al justo: éste se hallaba fúnebremente adornado; sus galerías vestidas de negro y sus columnas cubiertas de trofeos y guirnaldas de cipres. En el fondo de la iglesia se habia levantado un catafalco en extremo majestuoso, lúgubre é imponente; en él estaban representados simbólicamente todo el dolor de la Patria y toda la gloria humana. Atras del altar del sacrificio, adornado con las insignias de la religion, se levantaba una tumba consagrada á la memoria del General Herrera, sobre ella estaban colocados un vestido de general, un baston y una espada, y en el paralelogramo exterior se leia esta inscripcion:

"TOMAS HERRERA

General ciudadano

MAGISTRADO ÍNTEGRO

Salvó los principios levantando con denuedo el estandarte de la Legitimidad.

SOLDADO INTRÉPIDO

Selló con su sangre el triunfo de las instituciones, y rindió la vida en Bogotá el 5 de diciembre de 1854, despues de enarbolar victoriosa

La Bandera nacional.

La Patria deplora un héroe. El pueblo un defensor.

La sociedad un cumplido caballero."

A la espalda de esta tumba se erigió un trofeo á todos los guerreros muertos por la Patria, construido así: dos banderas de la República se veian inclinadas dejando un grande espacio ocupado por un cañon, un

gran número de balas y un semicírculo de fusiles. Sobre este trofeo y un poco más adentro se alzaba un féretro cubierto con un paño mortuorio; allí se habian erigido siete columnas que representaban á siete conmilitones de Herrera, una pira, cuyo fuego no cesaba de alimentar el suave aroma, las coronaba, y su llama azul se dilataba de un modo siniestro y tétrico. En el centro del túmulo descollaba un obelisco en cuya cúspide se divisaban un grande escudo de la República y á su lado la Fama teniendo una mano apoyada en el obelisco y llevando en la otra una trompeta que tocaba pregonando los egregios hechos y la gloriosa muerte de los mártires. Clio, la Musa de la Historia, coronada de laureles, se veia al pié del obelisco con un buril en la mano, y acababa de grabar en el mármol de la inmortalidad estos nombres: Franco, Rójas Pinzon, Gutiérrez, Cisnéros, Mendoza, Olarte, Caro, Herrera! A entrámbos lados del túmulo y en columnas formadas con haces de armas, se veian apostadas las águilas de la República: en lo más alto del catafalco se divisaba un Condor en ademan de remontar su vuelo al espacio: por todas partes se habian suspendido escudos de la Nacion y coronas de cipres. Todo este aparato fúnebre estaba cubierto con un inmenso pabellon negro, cuyos lados estaban atados á haces de lanzas, y su cúpula se veia coronada con un gran número de banderas nacionales. Infinidad de antorchas proyectaban sobre el altar y el túmulo una luz pálida y siniestra, que contribuia en gran manera á hacer más solemne y majestuosa la decoracion.

IV.

Tal fué el monumento levantado por la ciudad de Medellin á los mártires de la libertad: allí la Iglesia y el Estado se unieron para enaltecer la virtud, aquélla impulsada por la sublimidad de su mision, éste por gratitud. Un pueblo inmenso asistia ante ese altar, con religioso recogimiento al sacrificio incruento de la misa. Los salmos más lúgubres del sacerdote cristiano, aquellos cuyos acentos se parecen á los gemidos del alma y que la Iglesia con su mística y patética elocuencia llama "Oficio de difuntos", fueron cantados por el colegio de los sacerdotes de la ciudad y de los alrededores, cuyas voces dilatándose en el ámbito del templo, se perdian en el espacio entre la ronca voz del cañon y las descargas de la guardia nacional. El doctor José Cosme Zuleta, orador patético en extremo, con aquella grave uncion propia solo de la elocuencia sagrada, uniendo la causa de la Iglesia á la de los mártires, cuya vida enaltecia, inculcó en el ánimo de sus oyentes esta verdad católica: "La Iglesia de Jesucristo ha escrito en el cánon de sus dogmas el de la soberanía del pueblo."

Creemos que el 23 de diciembre no hubo quien no participase de la profunda pena, y del amargo llanto de la Patria. ¡Infeliz de aquel que en presencia de la tumba de los mártires no siente sus ojos hinchados con lágrimas ardientes!....

Medellin, diciembre 24 de 1854.

SONETO

POR PEDRO A. ISAZA Y C.

Fabricado conforme á la receta que dió R. Carrasquilla en el n.° 7.° de "El Hogar".

A la señorita A. R.

Teniendo, como tengo, la receta
Que en " El Hogar " nos diera Carrasquilla,
Cuatro vocablos, que recluto en *illa*
Y otros que acaben, por supuesto, en *eta*
La tiendo ¡qué Demonios! de poeta,
Pues me parece cosa muy sencilla
Escribir un romance, una letrilla
Y fabricar tambien una cuarteta.
De los ocho salí; pero lo malo
Es que faltan los tres que hagan en *unta*.
Que es difícil hallar, y tres en *alo*
Para ponerlos todos en la punta
De los versos que forman el regalo,
Que sin asunto le dedico á Asunta.

PRIMERA DILUICION.

Teniendo ya la receta
De Ricardo Carrasquilla
Y unos vocablos en *illa*
Y otros que acaben en *eta*
La tiendo ya de poeta,
Pues es cosa muy sencilla
Escribir una letrilla
Y fruncir una cuarteta:
Pero no es eso lo malo
Sino que faltan en *unta*
Que son difícil, y en *alo*
Para adornarles la punta
A los versos del regalo
Sin asunto para Asunta.

SEGUNDA DILUICION.

Tengo la receta
Que dió Carrasquilla,
Vocablos en *illa*
Yo busco y en *eta*
Y soy ya poeta,
Que es cosa sencilla
Romance, letrilla
Formar y cuarteta;
Mas falta lo malo,
Rimar tres en *unta*
Con otros en *alo*
Poniendo en la punta
Del verso: Regalo
Que sin asunto le dedico á Asunta. (*)

Mayo-1868.

(*) Al poner esta dósis se fué la mano intencionalmente.

EN UN ALBUM. (a)

POR JORGE GUTIERREZ DE LARA.

Bien está, mi querido hijo, que tengas un Album con tu nombre; si procuras que no se convierta en un catálogo de elogios y lisonjas personales, como se ve con frecuencia entre nosotros. Ni las *tablillas* enceradas de los romanos, ni el *stammbuch* de los alemanes, ni el *album* de los franceses, de quienes hemos imitado el uso, tuvieron nunca tan triste objeto.

El conocimiento perfecto que tengo de tus ideas y de tus sentimientos me persuade, con evidencia, que tú solo has querido hacer de tu libro en blanco lo que llaman los franceses "*album de curiosités*": una coleccion de firmas y autógrafos de tus amigos y de hombres célebres; un repertorio de esos pensamientos sublimes, que en una sola frase, en un dibujo, en un trozo musical, expresan toda una vida, revelan toda una alma, pintan toda una accion.

Yo que, en mi carácter de padre, soy tu primer amigo dado por la naturaleza, debo tambien ocupar con mi nombre la primera página de tu álbum. Mas no esperes un pensamiento hermoso, porque mi imaginacion siempre fué estéril; ni ménos la expresion de mi afecto y cariño paternal, porque el libro seria estrecho para contenerla. Un consejo; sí, un consejo fruto maduro de la experiencia y nacido de lo más íntimo de un corazon afectuoso, es cuanto puede ofrecerte el que siente ya que la mano del tiempo hiela sus sienes con la argentada corona de la edad.

—

El jóven que, como tú, ha pisado ya el umbral de las puertas de la sociedad, tiene delante de sí un panorama risueño de goces y satisfacciones al lado de un abismo insondable de disgustos y sinsabores. Hacer la carrera de la vida disfrutando de aquéllos y evitando precipitarse en éstos, hé aquí el gran secreto de la *ciencia del saber vivir*. Para correr este difícil camino Dios ha dado al hombre una pauta que regla sus pasos, y una antorcha que le ilumina y le guia. Esa pauta es la moral que le enseña á dominar sus pasiones y á dirigir bien los afectos del corazon; y esa antorcha es la razon, razon ilustrada por la fe que encamina la inteligencia hácia la verdad infinita que es Dios.

Hé aquí, pues, mi consejo: miéntras peregrines en este mundo corriendo sobre la pendiente resbaladiza que tienes al frente, acomoda tus acciones á los principios de la más sana moral é ilumina tu entendimiento á la cándida luz de la fe; haz el bien por el bien mismo, empleando para conseguirlo toda la energía, elevacion y pureza de que sea capaz tu alma; practica la virtud, sé religioso, y una auréola brillante de felicidad coronará tus empresas y el Dios omnipotente derramará sobre ti los tesoros de su munificencia.

Junio de 1861.

(a) Pieza inédita.

IMPRESIONES EN JERUSALEN.

POR MANUEL CANUTO RESTREPO.

(OBISPO DE PASTO).

Perdurable será en mi alma la memoria de las tardes que pasé sentado á la sombra de los olivos del huerto. Una leve brisa soplaba del Oriente, y agitando las ramas de aquellos árboles sagrados, suspiraba con melancólica ternura, como imitando los gemidos de la oracion de Jesus. Dibujadas tengo en mi mente y en mi corazon las diversas flores, hermosas y perfumadas, sí; pero llenas de dulce y encantadora tristeza, que crecen y se abren en aquella tierra bendita, bañada con el sudor y la sangre del Redentor.

Desde aquel sagrado lugar contemplaba yo el sol, escondiéndose lento y sin rayos, por entre los sauces de las colinas de Sion; dejando sombras sobre Jerusalen, que parecia una viuda inconsolable, cubierta con su manto de luto, llorando su dolor, y postrada en su soledad al pié del monte Calvario.

Jamas se borrarán de mi memoria y de mi corazon los recuerdos y las impresiones de ese espectáculo de majestad sublime, que contemplé en Jerusalen, sólo y en el silencio de la noche.

Era el amanecer del dia 23 de marzo, viérnes de Dolores, y yo me preparaba para celebrar. Qué pensamiento! Decir la misa de los dolores de la Vírgen en su mismo dia, en el monte Calvario, y en el lugar que ocupaba la afligida Madre, presenciando el martirio de su divino Hijo, es una poesía de dolor y de amor sublimes, que no pertenece á este mundo y que solo podrán consagrar con su canto los ángeles en el cielo.

El hombre solo puede repetir las palabras con que la dolorosa Madre expresaba sus penas, y esas palabras dan una idea aunque imperfecta, de sus congojas. "Oh! vosotros todos los que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor que pueda compararse con mi dolor."

A las tres de la mañana yo estaba en pié, esperando á que abrieran la puerta del convento; y entre tanto subí á una azotea que dominaba á Jerusalen y sus cercanías, y daba una vista extensa y completa al Oriente, al Norte y al Sur.

Era la noche serena, el cielo estaba claro, y reinaba un silencio aterrador y profundo.

Unas nieblas blancas como armiño y lentamente impelidas por las brisas de la noche, flotaban de las montañas de Engadí hácia Belen, como nubecillas que el viento mandaba cargadas de perfumes, para ofrecer en el pesebre de Jesus. Algunos momentos despues, aparecieron multitud de nubecillas de variados colores, formando en el azul del cielo, filas como de figuras humanas; parecian que eran los ángeles que se asomaban en el cielo para adorar, miéntras que los hombres dormian, el sepulcro del Redentor.

Al mismo tiempo comenzaba á reverberar la aurora como un incendio lejano en el Oriente: bañaba con un resplandor confuso las montañas del Jordan; y enviando rayos por la cima del monte Olivete, do-

raba con sus reflejos los fúnebres cipreses del monte Sion. En el fondo de aquel magnífico cuadro brillaba la estrella de la mañana, como un cirio suspendido en medio del templo de la creacion, para alumbrar en el silencio de la noche, la cruz que se le elevaba enlutada y solitaria sobre la cumbre del Calvario.

Entre tanto Jerusalen dormia en el silencio de sus ruinas; y sus torres, sus minaretes y sus mezquitas parecian espectros colocados por la mano de Dios entre las sombras, para que no dejasen levantar de su dolorosa postracion, la ciudad desventurada.

Al frente y muy cerca de mí veia en el monte Olivete, y á mi derecha el valle de Josafat. Pensaba ver al Mesías descendiendo del cielo, rodeado de gloria y majestad, sobre aquel monte para juzgar al mundo; y que la humanidad sorprendida en el sueño de la tumba por el sonido de la trompeta final, se congregaba en aquel valle, para oir su sentencia. Sí, todo lo vi y lo sentí, parte en realidad y parte en imágen; el Calvario y el monte Olivete; el lugar de la redencion y el del juicio; el eco de la trompeta, la resurreccion de los muertos, su reunion en el valle, la procesion del cielo y la majestad indescriptible del supremo Juez. La meditacion de aquel cuadro en medio de la soledad, del silencio y de las tinieblas, y los silbidos lamentables del viento, que parecia imitar los gemidos de dolor de los réprobos en su desesperacion eterna, penetraron todo mi cuerpo con el hielo de la muerte; y se erizaron mis cabellos.

Ya estaba cerca el dia, y á su luz despertaba la naturaleza de su profundo sueño: los gallos cantaban, arrullaban las palomas, las tórtolas gemian en los prados vecinos, los pájaros dejaban oir por todas partes sus variados cantos, y la campana del Santo Sepulcro llamaba con lentos y entrañables sonidos á los peregrinos, á congregarse en el Calvario á la oracion.

Solamente el huerto de Jetsemaní era indiferente á las alegrías de la mañana: defendido de la luz de la aurora por el monte Olivete, estaba sumido en el silencio y en la soledad; y rechazando los espectáculos de gozo del mundo, parece que queria permanecer para siempre envuelto en las sombras de su eterna tristeza.

Unos instantes más, y el espectáculo habia cambiado enteramente. Nieblas oscuras impedian ver el azul del cielo, y giraban en diferentes direcciones por el horizonte. Una nube negra, como una cortina de luto, se habia extendido en el lugar de la aurora. Era que se acercaba el viérnes Santo y el sol no se atrevia á salir y dejarse ver en el mundo, por temor de perder su luz á vista del Calvario.

La puerta del convento se abrió, inmediatamente me dirigí á la iglesia del Santo Sepulcro, que aún estaba cerrada, y diez ó doce personas esperaban allí sentadas. A pocos momentos un religioso abrió la puerta por dentro, y entramos: pero como no estaba bien de dia y la iglesia es de suyo muy oscura, me encontré en tinieblas y sólo; porque no supe á dónde se fueron, ni el padre ni los que entraron conmigo. Avancé poco á poco y me postré ante la piedra de la uncion para besarla; y despues de haber orado brevemente, me levanté para ir á hacer lo mismo en el Santo Sepulcro.

¿Cómo seguir adelante si no veia nada, ni era práctico de la iglesia? Encontré una columna y me recosté á ella, cuando vi á distancia de algunos pasos una claridad vaga é incierta, que se dilataba en el suelo, como el resplandor de una antorcha moribunda. Busqué la causa de aquella luz, y vi que era una lámpara suspendida en el aire, y cuyo aceite agotado ya, apénas permitia un reflejo deficiente que se apagaba y reaparecia de cuando en cuando, para volver á perderse en la oscuridad.

Aquella luz pálida y solitaria que se esforzaba por alumbrar en medio de una atmósfera tenebrosa, se parecia á la vela que acompaña á un muerto abandonado en la oscuridad de un panteon. Sí; era un panteon y habia en él una tumba: no habia cadáver porque se habia levantado de ella, resucitado por su propia virtud. Aquella lámpara era la única que se veia desde el punto que yo ocupaba, de las muchas que arden junto al sepulcro del Redentor.

Me dirigí poco á poco y poseido por un pavor misterioso y secreto, hácia la luz que me servia de guia, cuando oí por todas partes y sin ver á nadie, suspiros y sollozos que daban miedo y enternecian al mismo tiempo mi corazon. Eran multitud de personas que gemian y lloraban junto á la sepultura de Jesus. Mi corazon se conmovió con aquellos ejemplos, y yo me postré é hice lo mismo.

Despues de un cuarto de hora la iglesia estaba clara, y comenzamos á entrar al templete ó capilla para adorar el Santo Sepulcro y besar su bendita losa. Yo me apresuré á ser de los primeros para salir á observar lo que pasaba; pero, cuánta dificultad por la estrechez del sitio, y más aún por la muchedumbre y fervor de los peregrinos!

Yo oí muchas personas que lloraban, porque no podian entrar pronto y adorar el santísimo Sepulcro; y pensé que el Señor aceptaba aquellos deseos y miraba desde el cielo con compasion y con amor aquellas lágrimas.

No pude olvidar á vista del Santo Sepulcro la imágen de una colmena por cuya estrecha puerta se cruzan constantemente dos hileras de abejas, una que entra y otra que sale. Las abejas recogen en el campo el jugo de las flores y la resina de los árboles; y estos materiales insípidos ó amargos, los convierten en la colmena en dulcísimos panales. Así tambien los cristianos van al Santo Sepulcro cargados con los pesares y tormentos que recogen en el mundo; y aquellas amarguras se convierten sobre la lápida sagrada en no sé qué suavidad, que participa de las inefables dulzuras de la vida eterna. Despues de mi breve oracion al Santo Sepulcro, pasé á besar la columna en que azotaron al Señor, y me puse de rodillas en la capilla de la Vírgen Dolorosa, con ánimo de hacer média hora de meditacion, ántes de celebrar la santa misa: pero confieso que los dolores de María no entraron para nada en mi oracion mental: porque otros pensamientos vinieron de improviso á ocupar mi mente y mi corazon. A dónde voy? Qué voy á hacer? Hé aquí los dos puntos de mi meditacion.

Hay un monte sagrado entre todos los montes del mundo: más célebre que el Líbano y el Carmelo; más famoso que los montes de Gelboé y de Ascalon; más venerable que el Oreb y el Sinaí; y más sagrado, en fin, que la colina del Tabor y la santa montaña de Sion. Es verdad que aquellas montañas vieron la majestad del Dios de Jacob, ó tem-

blaron bajo los pasos de Jehová, ó escucharon el trueno de su voz, ó recibieron la sangre de los guerreros de su pueblo, ó resonaron con el himno de sus victorias, y resplandecieron con la gloria del Mesías, ó escucharon las melodías producidas por el arpa de sus profetas. Empero, ninguno fué testigo, como el monte Calvario, del abatimiento y las humillaciones del Hombre Dios; ninguno, como él, escuchó los gemidos y los dolores de Jesus; ninguno presenció sus mortales agonías, ni sintió su roca bañada con la sangre divina del Redentor. En los decretos del Eterno estaba ordenado, que la vida del hombre dependiese de la muerte del Criador; y por eso fué para la humanidad como un cántico de alegría y de felicidad el último gemido de su Dios. Al bajar al sepulcro el sacrosanto cuerpo de Jesus, el género humano resucitó de los abismos de la muerte eterna, en que lo hábia sepultado la maldicion de Dios. El Calvario fué testigo de estas escenas en que se disputaban la palma, la justicia y la caridad, y en que apesar de los infinitos dolores del Redentor, triunfaron los excesos de su misericordia y de su amor.

A este santo monte iba yo á subir para ofrecer el sacrificio de la misma víctima y en el mismo altar. Sí, yo iba á derramar de nuevo sobre aquella roca la sangre adorable del Cordero de Dios que salvó al mundo. Yo sabia que el Redentor moribundo sobre la cruz, pidió á su eterno Padre el perdon de sus enemigos, y pensé que yo agradaria al Señor olvidándome de mí mismo; y ofrecí el santo sacrificio por mis parientes y amigos; pero muy principalmente por mis enemigos, por los enemigos de la Iglesia, por los enemigos de Dios.

Despues de decir la santa misa y hacer una breve oracion en accion de gracias, en el mismo altar donde habia tenido la dicha de celebrar, salí al convento á tomar un café negro; porque era tiempo de ayuno, y volar inmediatamente á asistir á los oficios solemnes. Celebró la misa cantada un religioso anciano, de barba blanca, antiguo misionero, y diaconaron otros dos religiosos de Tierra Santa. A poca distancia del altar y en el mismo Calvario, un religioso dirigia el canto de un coro de niños, muy bien ensayado para todas aquellas funciones, y el órgano estaba distante. Cuando celebré misa sentí profundas emociones; pero confieso que mis ojos no dieron paso al llanto de mi corazon. Mas al oir entonar el himno "*Stabat juxta crucem Mater ejus dolorosa*", estaba junto á la cruz su madre llena de dolor, y respondió el órgano con unos acentos de tristeza que parecian los quejidos lejanos de un corazon atribulado, entónces sí lloré: lloré mucho; dulces lágrimas de compasion y de ternura, que consagré á los dolores de María, que hubiera querido enjugar en su maternal y amoroso manto; y le rogué que no las olvidara en las aflicciones de mi muerte; y que me diera un consuelo de madre, en cambio de aquellas lágrimas de mi filial amor.

El domingo de ramos me levanté muy temprano, y dije misa en el altar de Santa María Magdalena; y salí a tomar el desayuno para volver á los oficios de aquel memorable dia. Bendijo las palmas el Patriarca y pontificó en medio de un gran concurso en que estaban presentes todas las naciones del mundo, representadas por algun individuo. Despues de la bendicion solemne, se hizo la más augusta y tierna procesion con los ramos en torno de la capilla; y se pusieron todas las palmas sobre el Santo Sepulcro, donde permanecieron durante la funcion.

No es posible comunicar las impresiones que se experimentan al oir cantar la Pasion junto al Calvario y el Sepulcro; es decir, en los mismos lugares donde se verificaron las escenas dolorosas de la muerte y sepultura del Redentor. Terminada la funcion, el patriarca repartió los ramos; y yo recibí una palma, que traje á mi país con dificultad; pero con interes y afecto, como un precioso y eterno recuerdo de aquella fiesta que no olvidaré jamas.

El lúnes santo entré á ejercicios en el convento que está contiguo á la iglesia, para disponerme al cumplimiento del precepto anual de la confesion y para decir misa en el Santo Sepulcro. Dos dias de retiro tuve en aquel sitio donde pasé las dos noches en vela, y visitando los varios lugares sagrados que encierra aquel templo.

Al amanecer el mártes santo dije la misa de resurreccion, porque el Santo Sepulcro tiene ese privilegio, que en cualquier dia que se celebre en él, la misa es la del domingo de Pascua. Qué impresion tan profunda siente el alma, al pronunciar las primeras palabras del introito: "*Resucitó como lo habia dicho!*" Le parece al celebrante que siente mover la losa que le sirve de altar, y que ve los resplandores de Jesucristo, que se levanta glorioso del sepulcro.

El miércoles se dió principio á la funcion con la misa solemne por la mañana, y se terminó con las tinieblas, que se cantaron ántes de anochecer.

Cuando el patriarca ocupó una silla forrada de terciopelo negro, revestido de alba, capa y mitra, pero sin solio, que no lo hay en la iglesia, todo el clero del pais y el extranjero é innumerables peregrinos de todas las naciones, se colocaron en derredor del venerable pontífice. Despues de haber cantado los salmos del primer nocturno, hubo unos momentos de suspension en que no se oia más ruido que el canto de las golondrinas, que revoloteaban bajo la cúpula; no se veian más que semblantes meditabundos, que daban bien á conocer la tristeza que enlutaba interinamente los espíritus.

Un religioso español, de admirable voz, pero ciego, porque habia perdido completamente la vista en la persecucion que sufrieron los frailes en España, rompió el silencio, entonando las meditaciones de Jeremías, con una voz tan melancólica, que produjo un sentimiento unánime en aquella concurrencia silenciosa. Aquel padre, á quien la carencia absoluta de la luz hacia concebir las ideas más tristes, y recoger en su corazon los sentimientos más lúgubres, arrancaba á su pecho acentos tan dolorosos, que verdaderamente parecia la voz del profeta que atravesaba la noche eterna de los siglos, y resonando por entre las tumbas de mil y mil generaciones, venia á espirar con agonía en los oidos de Jerusalen desgraciada y de la humanidad afligida al pié del Calvario.

El juéves santo pertenece exclusivamente á los católicos; y se hace el depósito sirviendo de monumento el Santo Sepulcro. En aquel dia no funcionan allí las sectas, y yo vi muchas veces las fuerzas del Sultan colocadas en las puertas del templo, con el fin, no sólo de mantener el órden, sino de dar proteccion á los católicos contra toda agresion que pudieran hacer los otros individuos de diferentes religiones. Sí, yo fuí testigo presencial de los hechos que refiero; yo vi durante la Semana Santa y particularmente el Juéves, ir el bajá de Jerusalen al Santo Sepul-

cro, para ver que no se inquietara á los católicos en el ejercicio de su culto. Confieso, sinembargo, que me daba un pesar profundo ver aquella conducta de parte de los gobiernos despóticos y no católicos, y compararla con la de otros que se llaman republicanos, liberales, civilizados, progresistas y tolerantes. Sí, yo pensé que son más libres y felices los que viven bajo el resplandor de la Média-Luna y con la cabeza inclinada bajo el cetro de la Sublime Puerta, que los que viven en medio de las farsas despreciables que se llaman repúblicas.

El juéves por la tarde, estando yo en la sacristía, revistiéndome para asistir á la funcion del lavatorio, me llamó el maestro de ceremonias, de parte del patriarca, que estaba ya en la iglesia. Fuí con prontitud, pero sin imaginarme el objeto de aquella órden: llegué y me colocó en medio de once sacerdotes que estaban ya preparados para representar á los apóstoles en aquella funcion la más tierna sin duda de la pasion, por encerrar el más sublime ejemplo de humildad, de amor y de fraternidad, que nos dejara el divino Maestro á sus discípulos en el mundo.

Nuevas impresiones de gratitud y de ternura para mí, que llegaba de las remotas regiones de América á representar el clero de mi país en el Apostolado de Jerusalen. Concluida la funcion, el patriarca me dió una hermosa cruz que contenia muchas reliquias de la pasion; y lo mismo hizo con los otros, que eran todos sacerdotes de diferentes naciones, que habian ido, como yo, en peregrinacion á Jerusalen.

Aquella cruz recibida en el Calvario, retocada en el Santo Sepulcro, llena de reliquias de los Santos Lugares y traida por mí mismo de Jerusalen, es un objeto muy caro é interesante á mi corazon. Ella me acompañará todos los dias de mi vida; en ella fijarán mis ojos moribundos sus últimas miradas; recogerá el postrer suspiro de mi corazon; descanzará sobre mi pecho despues de mi muerte y bajará conmigo al sepulcro para custodiar mis cenizas y reanimarlas, cuando resuene la voz de Dios, en el último gran dia de la resurreccion.

Despues hubo el canto de tinieblas, como el dia anterior, y la funcion terminó á las siete de la noche, hora en que todos los asistentes nos retiramos, quedando solamente los religiosos encargados de la custodia y adoracion del Santísimo Sacramento, á puerta cerrada.

El viérnes se colocó al frente del Sepulcro el altar portátil, donde celebró el patriarca y se hizo la procesion solemne con la Sagrada Hostia, para poner fin á los oficios de la mañana.

Apénas puedo dar una idea muy imperfecta de las sensaciones experimentadas por mi alma durante la Semana Santa en Jerusalen.

El pensamiento de que está uno en la ciudad santa, sobre el monte Calvario, entre el suplicio y la sepultura del Redentor, en los mismos dias y lugares de su pasion; el aspecto ruinoso del templo y sus galerías oscuras; el ruido lejano y confuso de los tambores de los soldados otomanos; que se relevan en guardia, y que parece que vienen con Jesus por la calle de la Amargura; los arrullos de las palomas que anidan en el techo; la voz de los cantores repitiendo los lamentos de los profetas, y el órgano exhalando acentos de dolor y de agonía; los vestidos extraños y tantas caras diferentes, pero todas silenciosas y tristes, y los sollozos y gemidos que se oyen por todas partes; sí, todo se reune para formar un concierto doloroso de indefinibles y misteriosas memorias.

Por la tarde se cantó el oficio de tinieblas, como los dias anteriores, y ya entrada la noche se dió principio á la procesion más imponente, solemne y aterradora que pueda imaginarse: el *via Crucis*, para llevar al Señor al monte Calvario y levantarle en la cruz. En seguida la ceremonia del descendimiento y conduccion del Sagrado Cuerpo al lugar de la uncion, y pasar de allí á encerrarlo en la sepultura.

El patriarca dirigia la procesion y rezaba las estaciones, y el coro respondia con melodías lúgubres. Todo el clero, formado en dos filas, llevaba antorchas encendidas, y seguia el inmenso concurso en profundo silencio. Al frente iba un religioso, vestido de luto, que conducia en alto un gran crucifijo, cuyo aspecto inspiraba compasion y terror.

Comenzó la procesion en la capilla donde el Señor apareció á su santa madre, ya resucitado; y allí tuvo lugar el primer sermon en italiano, de los siete que se predicaron en diferentes lenguas aquella noche.

MUCHO TIEMPO DESPUES!

POR BASILISO TIRADO.

Que me diga do estás, oh! madre amada,
Ni una cruz, ni una tumba.... nada.... nada....
Ni un fúnebre cipres!
Ah! que tal vez tu tumba han profanado!
Que tal vez por buscarte te han hollado
Sacrílegos mis piés!

Te perdí! pero estaba yo tan niño
Que no supe valuar el gran cariño
Del amor maternal:
Ignoraba ¡ay de mí! que eras mi arcángel
Que velabas mi cuna como un ángel
En mi niñez fatal.

Hoy que pudiera mi existencia darte,
Mi jóven existencia, y consagrarte
Del hijo el corazon,
Sólo tu imágen miro tristemente
Que vaga junto á mí confusamente,
Doblando mi afliccion!

Mas ¡ay! si no te encuentro, si olvidada
Duermes el sueño de la tumba helada,
Mi bien, mi solo amor,
Si no puedo en las noches visitarte
Y cual prenda de amor allí dejarte
Purísima una flor,

Si no puedo doblar en las orillas
De tu helado sepulcro las rodillas,
Y allí con santa uncion
Alzar en tu presencia hácia el Eterno
Del afecto filial más puro y tierno
La férvida oracion;

Me consuelo teniendo en mi memoria
Hondamente grabado de tu historia
El recuerdo inmortal;
Que en ella vivirá siempre inmutable
Cual del cincel la huella inalterable
En duro pedernal.

Cuando siéntome triste, cuando siento
Doblarse mi alma al ímpetu del viento
De dura adversidad,
Pienso que si vivieras, si me hablaras
Con tu voz, al instante en bien trocaras
Mi pena y mi ansiedad.

Pienso de amor repletos tus consuelos
Y en mis noches amargas tus desvelos
Matando mi dolor.
Que sólo en tu hijo, madre, tú pensabas
Porque á tu hijo no más le consagrabas
De madre todo amor!

Mas ¡ay!.... atroz recuerdo el de aquel dia
Cuando en tu lecho, madre, de agonía,
Con tierna compasion
Hablaste á Dios! y luégo entristecida
Me diste como eterna despedida
Tu santa bendicion!

EL ESTILO.

POR FRANCISCO DE P. MUÑOZ.

Escribir es cosa fácil, porque escribir es trasmitir el pensamiento y el pensamiento es una funcion natural del espíritu, una vez éste en posesion de la palabra.

Pero escribir bien es muy difícil, porque para escribir bien se necesita pensar bien, y los buenos pensadores están diseminados por el mundo con una escasez que desconsuela.

Concepcion clara, imaginacion animada, instruccion sólida, expresion correcta y esta otra cosa indefinible é inestimable que se llama el buen gusto: tales son los ingredientes necesarios en la constitucion de lo que ordinariamente se llama el Estilo.

Mantener el equilibrio entre todos estos elementos; mezclarlos con proporcion y medida cargando oportunamente de color la exposicion de las ideas y de los sentimientos: hé aquí la cuestion que debe resolver el escritor: hé aquí el problema cuya perfecta solucion está sólo reservada á naturalezas excepcionales y escogidas.

Los hombres, por medio de las imágenes de los objetos y de reactivos sensibles á la luz, han logrado fijar á perpetuidad y con incomparable exactitud estas imágenes: la fotografía ha consumado ese prodigio que no es la menor de las glorias de la ciencia; pero ¿y el alma, y

el espíritu, y estas sustancias intangibles, más sutiles que la luz misma, más elevadas que el universo de los sentidos, cómo conocerlas, cómo fijarlas, cómo propagarlas, cómo trasmitirlas por medio de su imágen, como el cuerpo?

Una punta de acero y algunas gotas de tinta; éste es el medio; éstos son los instrumentos, bien toscos á la verdad, con que se revelan, se fijan, se propagan y se trasmiten las imágenes de las almas. Su secreto consiste en un no sé qué de típico, de especial, de exclusivo que caracteriza las producciones mentales del hombre, y que todos han convenido en llamar el Estilo.

Y en esto no hay nada de extraño, ni de paradojal, ni de erróneo, porque la escritura es la fijacion de la palabra, y la palabra es el único medio de revelacion espiritual del alma, como las impresiones son el único medio físico de revelacion de las formas corpóreas. Así como la fotografía fija los cuerpos por *su expresion*, que es su forma, la escritura fija las almas por *su expresion apreciable*, que es la palabra.

¿Qué es, pues, el Estilo? Puede decirse de él con respecto á la palabra hablada ó escrita lo que decia del alma con respecto al cuerpo el incomparable Tomas de Aquino. Éste definia el alma diciendo que era la forma sustancial del cuerpo: el Estilo es como la forma sustancial de la palabra: es una cosa como su traba, su urdimbre, su carácter, su espíritu, su esencia, su alma: es, á causa de la superioridad del espíritu, lo que decia Bufon en una frase tan justamente célebre como exacta: *el Estilo es el hombre mismo.*

Es el Estilo un carácter tan distintivo de un hombre que con él sucede lo que con el rostro y la figura. Buscad entre los muchos millones de hombres que habitan hoy toda la tierra; remontaos á todas las generaciones que vivieron en épocas pasadas, y con dificultad encontrareis dos personas que se asemejen físicamente hasta el punto de confundirse. Haced lo mismo con los estilos y todavía será más raro hallar una perfecta semejanza; pues es más difícil encontrar dos almas semejantes que dos cuerpos gemelos, y tal vez imposible hallarlas iguales.

Tenia muchísima razon el ingenioso naturalista frances: *el Estilo es el hombre.* Fácil es cambiar artificialmente su propio rostro, disfrazar su expresion, su forma, su color; cambiar el metal de su voz, alterar el aire de toda su figura; pero el Estilo, como el color de los ojos, es inalterable: todo esfuerzo intentado para ocultarlo, cuando se está expresando sus propias concepciones ó sentimientos, es inútil, y en vez de ocultarlo lo revela mejor.

No podemos ménos de sonreirnos cuando vemos que un hombre que no es José Selgas y que por lo mismo no tiene su misma alma, y por consiguiente su mismo estilo natural, trata de imitarlo. Aquel quebrantamiento de las frases, aquella trituracion de las ideas separadas violentamente, aquella mutilacion forzada, enemiga del ritmo cadencioso tan necesario en la prosa como en el verso, nos hacen pensar en los lagartos despedazados, cuyos trozos parecen con vida porque tienen convulsiones.

No es imitando automáticamente como el estilo se mejora: es perfeccionándose á sí mismo; es estudiando para desarrollar sus facultades

y sus gustos; porque la grotesca gesticulacion imitativa no es el gesto natural que anima y acentúa la expresion.....

El Estilo es como el YO de la palabra: no se puede hacer abstraccion de él; en donde quiera que ella esté, allí estará; y si él no está, la palabra estará muerta: será un simple sonido sin sentimiento ni significacion. El Estilo es el hombre.

El Estilo ni se da ni se adquiere; pero, como lo hemos dicho ya, sí se perfecciona; y su perfeccion depende del incremento de las facultades y aptitudes indicadas al principio de este escrito. El Estilo puede cambiar en un mismo hombre, y en épocas más ó ménos lejanas, pero conservando su índole general, su tipo, su carácter, su genio: nunca habrá un cambio completamente radical, porque no le es permitido al hombre cambiarse absolutamente á sí mismo. "Natural y figura hasta la sepultura" ha dicho, con razon, la sabiduría de las naciones.

El Estilo es como lo llamado por los joyeros *las aguas* de una piedra preciosa; la talla no las purificará ni las enturbiará más de lo que naturalmente son: la talla pondrá de relieve ó más visibles sus buenas cualidades y encubrirá discretamente sus defectos para el exterior; pero la talla no alterará nunca su constitucion íntima.

Entre un millon de escritos sobre un mismo tema reconocereis el de un amigo íntimo con quien hayais tenido un comercio activo de ideas: y lo reconocereis en su obra con tanta certidumbre como si viéseis su rostro estampado en ella. A algunos, á los que no son observadores, parecerá esto una exageracion tal vez, y podrian presentarnos, como objecion, casos personales; más á éstos podria contestárseles que los que no se fijan en las fisonomías, ó no tienen la facultad retentiva de las imágenes, pueden no reconocer tampoco á un amigo que se haya ausentado algun tiempo ántes, ó á quien vean con otro traje que el acostumbrado; y sinembargo, nadie puede negar que la fisonomía de un hombre es uno de sus principales caractéres distintivos, el más importante quizá de todos los que caen bajo el dominio de los sentidos.

El goloso, el hombre de la sensualidad que ha perfeccionado el órgano del gusto, halla diferencias marcadas, distinciones inequívocas, en manjares que conservan el mismo sabor para el abstinente ó el ascético. El buen criterio en materia de letras, cuando no es genial, es el resultado de una prolongada y laboriosa experiencia. Aquí, como en todas partes, tropezamos con la necesidad y los beneficios del trabajo, esta bendita maldicion celeste.

Decid á todos los literatos existentes y pasados que expresen á su manera esta sencillísima frase: "Son las doce de la noche"; y entre ellos uno, pero uno solo, Shakespeare, dirá como en los *Sueños de una noche de Estío:* "La lengua de hierro de média noche ha dicho doce". Aquél que entre sus muchos estudios literarios haya comprendido las producciones de este hombre extraordinario que, en vez de escribir, grababa ó esculpia, lo reconocerá en la más sencilla de sus frases con la misma certidumbre y delicia con que un sabio catador de vinos exclama, saboreando el contenido de una copa: hé aquí el Tokay, el vino de los reyes!

Del mismo modo el conocedor en pintura exclama en presencia de un cuadro: hé aquí un Rubens, hé aquí un Murillo, hé aquí un Vázquez,

sin equivocarse jamas; ó el músico recoge las notas que vagan por el aire agitadas ó lentas, tumultuosas ó apacibles, juguetonas ó melancólicas, para reconocer inequívocamente en ellas las inmortales armonías de Rossini, de Beethoven ó de Mozart.

Porque en todas las cosas, hasta en el más insignificante artefacto, hay estilos; y estilos inequívocos, porque así como nunca se hallará en la rosa el perfume de la violeta, ni se oirá el gorjeo del ruiseñor en la garganta del hipopótamo, ni en las linfas del riachuelo el estrépito de la tronante catarata, nunca se hallará la palabra enérgica en el alma débil, la expresion suave en el corazon violento, ni los grandes estilos en las almas vulgares.

Todo es armonía en las obras de Dios. Lavater ha escrito páginas admirables sobre la correlacion armoniosa de las facciones del rostro humano; y Cuvier ha hecho milagros de ciencia deduciendo formas generales de insignificantes incidentes.

Tomad, segun el primero, los más excelentes atributos de diversas hermosuras; juntad los dos hermosos ojos de una mujer hermosísima con la bella frente de otra que tambien lo sea; y con el labio de purísima perfeccion de una tercera; y con el cabello incomparable de otra; y así sucesivamente hasta completar un sér humano. ¿Os figurais haber alcanzado así el tipo supremo de la perfeccion artística? Pues os engañais lastimosamente, porque el resultado será un monstruo.

Tomad, como lo hacia el otro sabio mencionado, el diente de un animal desconocido, sepultado en las entrañas de la tierra muchísimos millones de años ántes de que la pisara la planta pecadora de la humanidad; y de deduccion en deduccion, por medio de una lógica rigurosa, cuyo único fundamento es la armonía y el órden, reconstruireis, sin equivocaros en una línea, toda la fantástica figura de aquel sér que fué una realidad más extravagante que las más locas y atrevidas quimeras deliradas por la imaginacion humana.

Unidad vária ó variedad una: tal parece ser la ley general de las creaciones de Dios, que por ser de Dios, son esencialmente lógicas.....

La literatura es una paleta tan rica de colores que puede hallarse en ella un número infinito de matices, distintos todos; de tal suerte que á la palabra *Estilo* puede aplicársele todos los calificativos de todas las lenguas. Hay estilos altos, estilos bajos; estilos claros, estilos oscuros; estilos suculentos, estilos insípidos; estilos robustos, estilos secos; estilos fecundos, estilos áridos; estilos dulces, estilos amargos; estilos largos, estilos cortos; estilos encantadores, estilos repugnantes; estilos hidrópicos, estilos tísicos; estilos retozones, estilos soporíferos; *et cétera...* y este *et cétera* comprende todos los adjetivos de la lengua castellana, empleados en sentido metafórico.

Cuál es el mejor de todos ellos? Sólo se puede contestar así, á esta pregunta: *el más natural y el más oportuno;* porque la naturalidad es el donaire y la oportunidad la sal de todas las cosas. El sarcasmo en una esquela amorosa; la poesía erótica en una disertacion matemática; el almíbar en una belicosa proclama; la metafísica en una balada; el buen humor en una oracion fúnebre; la chanza en una necrología; la diatriba en una pastoral; la chocarrería en un sermon, son contrasentidos in-

aguantables, por brillantes que sean las cualidades del literato ó del orador cuando los aplica á situaciones que ni los exigen ni los soportan.

Tal vez este discernimiento constituya la parte principal de lo que se llama *el buen gusto*, ó sea, á nuestro entender, el refinamiento de la sensibilidad conseguido con la experiencia. Esta experiencia consiste en el estudio, en el trabajo lento, asiduo, persistente, cuidadoso, tenaz, sobre los buenos modelos que indican el camino, y sobre los malos que, por el contraste, lo señalan tambien.

Pero, para que este trabajo sea provechoso no basta hacerlo sobre los clásicos antiguos que son expresiones de otra época, muerta ya; sino que es preciso tambien hacerlo sobre los autores contemporáneos que tienen más vida por representar mejor el espíritu de la época.

Conocemos profundos humanistas, eruditos conocedores del griego, del latin y del español antiguo que, á fuerza de vivir entre las fosas literarias, han adquirido un estilo que pudiera llamarse *cadavérico* por el fuerte olor á momia que de su lenguaje se desprende. Ni un átomo de calor, ni un rayo de imaginacion circula por sus páginas escrupulosamente correctas, sin duda, pero yertas, rígidas, estiradas, sin la más leve animacion que conmueva simpáticamente el alma de los lectores.

La correccion es un precioso elemento del Estilo; pero no es lo esencial de él: *la correccion no es el alma.*

La idea es el objeto principal de todo escrito y como el esqueleto que lo consolida y le da forma. Es imposible la existencia de un escrito que merezca este nombre sin ideas ó juicios qué expresar, ora sea para manifestarlos, ora para trasmitirlos. En ciertos géneros literarios, como en el didáctico, la idea es exclusivamente el objeto y el fondo, pero toca al Estilo darle relieve y nitidez á esta idea para que consiga su objeto el escritor. Para ellos, ó para otros muy análogos, es para los que el estilo llano, claro, sencillo y trasparente es inapreciable. La palabra corre por sobre las ideas, enlazándolas y uniéndolas, como las ondas trasparentes de un riachuelo sonoroso que dejan ver hasta la más pequeña piedrecilla, hasta la más menuda arena de su fondo: así se percibe, y sin esfuerzo, hasta el más insignificante pensamiento en el ánimo del escritor. Este es el estilo de las inteligencias claras y de los corazones sinceros.

La imaginacion, luz mágica que da á cuanto toca vida y resplandores, es otro de los elementos necesarios para marcar y realzar los sentimientos y las ideas: es el encanto y el poder de los grandes poetas y de los grandes oradores. La imaginacion, en el sentido literario de esta palabra, es la facultad predominante de los hombres de verdadero genio que se revelan y se reconocen en todas partes, hasta en la exposicion de una fórmula algebráica, que *no pocos* reputan lo más frio y más prosáico de todo cuanto existe.

Sinembargo, esta cualidad sin la idea que es hija de la instruccion, no basta por sí sola para formar un escritor que merezca el nombre de perfecto ó de notable. Cuando leemos un escrito de estos niños que rebosan en sentimientos ardorosos y se evaporan en imágenes llenas de fuego y de colores, sin ningun pensamiento sólido y estable, nos parece contemplar un cuadro pintado con humo y fuego: el menor soplo disipa el uno y apaga el otro, no quedando nada, ni aun el lienzo.

Para que la excesiva imaginacion sea aceptable en la literatura, es necesario que esté apoyada por la idea exacta que es como el núcleo de las imágenes, como el cuerpo sólido que se coloca en el interior de una llama para que ésta irradie y resplandezca con mayor intensidad. De otro modo el escritor se asemeja á cierta experiencia neumática que consiste en hacer hervir el agua por la carencia de presion. Los que no saben hacer más que una fantasmagoría de figuras de retórica, son hombres que *hierven á frio*, probablemente por la vacuidad de su cerebro. La imaginacion es el color, pero la idea es el sujeto necesario para que aquél sea aplicable. *La idea y la imaginacion sí están en el alma.*

La idea es como el acero de la elocuencia que, armada de la lógica invencible, taladra y desmenuza los obstáculos: la imaginacion es como el fuego que devora lo que por su naturaleza se escapa á la accion de la primera. No hay poder humano que en las campañas del espíritu pueda resistir á estas dos fuerzas combinadas, porque con este *acero incandescente* se consume lo que no se puede despedazar.

La erudicion es un tesoro en que el alma del hombre estudioso almacena los adornos y las armas defensivas y ofensivas; pero su llave debe estar encomendada á la sobriedad y á la prudencia de un guardian que para ser útil debe ser discreto. Este guardian es el buen gusto, el tacto literario que sabe mantenerse á tanta distancia de la charla inoportuna, como de la fastidiosa sequedad. Manejado así, ese otro elemento es necesario para la perfeccion y la gracia del lenguaje, porque como lo decia Gœthe, "Para saber bien alguna cosa es necesario saberlas todas". Esto es indudablemente imposible, pero se aproxima más al ideal del escritor el que haya logrado acumular mayor número de conocimientos que sean tan variados como exactos.

Imposible nos parece que un buen literato, en el sentido ordinario de esta palabra, escriba bien sobre mecánica, sobre geología, sobre química, sobre industria, sobre astronomía, sobre metafísica, sobre las artes liberales, si no las conoce á fondo con la verdadera significacion y con el uso oportuno de sus términos y modismos técnicos; y que pueda engalanar sus escritos con imágenes adecuadas extraidas de ciencias ó de artes en que sea absolutamente lego.

—

La idea, pues, que forma el esqueleto y el alma del escrito; la imágen que le da vida, animacion, colorido y simpatía; la correccion que perfecciona y armoniza las formas; la erudicion sobria y acertada que interesa é instruye.....; y todo esto cubierto y enlazado por un estilo de gasa, al traves del cual, y de la imágen, se perciba la idea con claridad y sin violencia, tal es para nosotros el bello ideal del escritor.

Medellin, febrero 26 de 1873.

LA NOCHE. (*)

POR JUAN CANCIO TOBON.

I.

Es la hora solemne y majestuosa
En que muere la luz del claro dia....
Ya aparece la noche silenciosa
Como mi pecho, fria.

Espesos cortinajes de tinieblas
Velan la faz del cielo refulgente,
Y pardos grupos de flotantes nieblas
Entoldan el Oriente.

Cruzan de Norte á Sur en ráudos giros
Mil pálidas luciérnagas errantes;
De las auras nocturnas los suspiros
Se escuchan sollozantes.

La tempestad sobre sus negras alas
Conduce el rayo que atraviesa el cielo:
Despojada la tierra de sus galas,
Vestida está de duelo.

II.

Oh! qué noche tan triste! ni una estrella
Ilumina la bóveda sombría;
Sólo se escuchan voces de agonía
En medio de la sombra suspirar.
La embalsamada flor de la pradera
No suelta en el espacio sus aromas,
Ni murmuran, amantes, las palomas,
Ni se oye la oropéndola trinar.

Todo está triste, sí, como mi alma;
Como mi corazon todo está frio;
Todo, como mi pecho, está vacío;
Todo, cual mi existencia, está sin luz.
En consonancia todo con la angustia
Que devora mi vida.... ¡Dios eterno!
Mi vida de pesar, que es un infierno,
Un suplicio de Tántalo.... una cruz.

Léjos aquí de todo lo quë amo,
De todos mis afectos más queridos,
Mezclo con esta noche mis gemidos
De tristeza, de luto y de dolor.
Dejo escapar del pecho destrozado
Mil amargos y horribles sufrimientos
Que en el cerebro engendran pensamientos
Tenebrosos y lúgubres.... de horror.

(*) Pieza inédita.

Ven, noche, pues: envuelve en tu sudario
Las tristezas y angustias de mï alma:
Bien en la tempestad, bien en la calma
Tu amigo y compañero quiero ser,
Hasta que rotos los mortales lazos
Que encadenan mi espíritu á la tierra,
Pueda volar donde la luz se encierra
De otro sol de más luz que espero ver.

Abril 25, de 1878.

LOS PEPITOS.

POR JUAN DE D. RESTREPO.

El cachaco ha sido siempre el representante más caracterizado del buen humor y del espíritu bogotanos. Entre los veintidos y los treinta y cinco años comienza y acaba su carrera. Chistes escogidos, ocurrencias afortunadas, elegancia en el vestir, maneras finas, aventuras galantes, calaveradas de buen tono; todas ó algunas de estas circunstancias forman la esencia y son las credenciales de este tipo original. El matrimonio y los puestos oficiales dan al traste con su carrera. Una esposa es lastre demasiado pesado para su vida ligera y desordenada de bohemio, y los destinos públicos, embarazando su lengua y su pluma, apagan dos de sus cualidades características, que son la crítica constante y la eterna oposicion. Sin chispa y travesura no hay cachaco posible. A todo hombre jóven y soltero no se puede dar este título: es necesario merecerlo, y en vano han pretendido tan honroso dictado muchos ricos palurdos y provincianos imbéciles. Pero ¡oh fragilidad de las cosas humanas! este tipo original, gracioso, elegante, oposicionista, este cuarto poder constitucional, como lo ha llamado álguien, este dictador de los salones, príncipe de la moda y rey de la crítica, el cachaco en fin, ha sido absorvido, derrocado, eclipsado y amilanado por el *pepito:* el pepito es dueño de la situacion.

Aunque hacia algunos dias que estaba en Bogotá, no me habian dejado salir á la calle la lluvia y el frio. Ya empezaba á sentir nostalgia por los bosques perfumados del San Juan, y por los naranjos y los jazmines, y las brisas tibias, y el sol esplendoroso del valle de Medellin. La primera noche que sentí el aire seco, y vi el cielo estrellado, me abrigué con un grueso gaban, y salí á la calle á tomar lenguas. Me dirigí á la Casa consistorial á ver el tigre, que disfrutaba entónces de más concurrencia que el teatro, y de más popularidad que la administracion Ospina. Encontré al tirano de los bosques, que habia buscado inútilmente en las selvas de Antioquia y del Chocó, voluptuosamente dormido en su jaula, como pudiera hacerlo un empleado en su silla poltrona. El tigre se ha hecho á las costumbres perezosas del país con admirable flexibilidad de carácter. Despues de contemplar largo rato este bellísimo y simpático animal, sintiéndome asaltado por el frio y su hermana mayor el hambre, yo, que no vivo enteramente de la publicidad y de la discu-

sion, me dirigí á una fonda en busca de algun refrigerante más sustancial. Para comenzar á darme humos de hombre civilizado pedí una taza de té, bebida que como alimento es un sofisma, pero que á falta de estufas acepto como sudorífico. Encontré allí un corro de muchachos imberbes, lujosamente vestidos, entregados á una conversacion muy animada. Y como ellos no se diesen por notificados de que los oyesen, ni me encargasen el secreto, voy á trasladar literalmente su conversacion á mis lectores.

—Y tú, Ernesto, preguntaron á uno de ellos, ¿en qué has pasado hoy el dia?

—Me levanté á las diez, como acostumbro, pues en casa nadie me despierta, sabiendo que jamas me acuesto ántes de la una ó las dos de la mañana. Púseme pantuflos, bata, gorro griego, y me ocupé hasta las once en leer una novela de Dumas. Vestíme en esa hora, y me fuí á almorzar con algunos amigos, que habian mandado preparar un almuerzo enteramente á la francesa, compuesto de salmon, langostas, asados, frutas, vino blanco y cafe puro. Despues nos estuvimos largo rato charlando y fumando habanos. Volví á mi cuarto á escribir versos y contestar cartas amorosas. Esta noche á las once voy á pagarles á mis amigos el almuerzo con una cena estrepitosa, á la cual quedan ustedes convidados. La vida es necesario forzarla un poco, á ver si al fin da algo de suyo.

—Yo, repuso otro, delgadito como una flauta, no sé qué hacer para matar el tiempo: la existencia me pesa como un fardo de hierro: estoy completamente gastado. (El infeliz tendria diez y ocho años). He usado y abusado de todo. Lord Byron, mi poeta favorito, ha dicho que la vida no es sino un poco de amor, un poco de fastidio y un poco de vino, y de estas tres cosas sólo me ha quedado el fastidio. Ah! puede ser que algun dia tenga medios para procurarme nuevas emociones! Cuando papá muera y coja mi herencia me iré á la India; á la isla de Java á cazar panteras, y á Ceilan á comer pimienta á pié de fábrica. Y tú, ¿qué has hecho, Arturo, que no se te ha visto esta semana?

—Ya sabes que yo no tengo aficion sino por los caballos: he estado en la sabana montando algunos potros que me han ofrecido, y ninguno me ha gustado: no he podido encontrar el tipo árabe. Papá me regaló el overo que tú conoces, que le costó trescientos pesos, pero en caballos de ese precio equivale á andar de á pié. Si Jacinto quisiera mil pesos por su caballo negro.

—Por mi parte, exclamó otro mozalbete, pálido como un cirio pascual, á mí no me gustan sino el juego y la literatura. Anoche en una rifa eché mal, infamemente; despues que me ganaron el oro que tenia en los bolsillos, por el resto tuve qué firmar un pagaré. Mi firma inspira confianza porque papá es rico. Estoy escribiendo una comedia sobre los amores de Luis XV; la escena pasa en el bosque de los ciervos. Ya verán ustedes. Y tú, Manuel, ¿por qué no viniste á mi cuarto esta mañana como quedaste?

—Imposible, respondió éste: hoy he estado recibiendo algunas cosas que pedí á Paris. Me llegaron tres levitas, dos gabanes, una docena de botas y veinticuatro camisas de á treinta francos principal: todo selecto. Voy á completar mi equipaje, pues pienso casarme. Estoy com-

prometido con Amalia: esta jóven ha leido la Enciclopedia y no cree en nada: es sombría como un personaje de Byron, y sarcástica como un demonio. Deliciosa muchacha!

No olviden mis lectores que el mayor de estos caballeros tendria diez y nueve años.

Cáspita! dije para mí, regresando á casa, estos muchachos tan lujosos, jugadores y gastados ¿serán marquesitos del tiempo de la Regencia, ó pequeños nabab, recien llegados de Cálcuta ó de Coromandel?

Yo que venia de una provincia montañosa y atrasada, donde los muchachos se acuestan á las ocho y se levantan á las seis, y, en vez de ropa de Paris, visten *cuácaras* y chaquetas clásicas; donde no almuerzan á la francesa, ni fuman cigarros habanos, ni están gastados, ni firman pagarés, ni ajustan casamiento con mujeres sarcásticas, ni manejan oro, sino algunos realejos para comprar frutas y confites, me quedé abismado al ver á estos pepitos, preludios de hombres, tan avanzados, tan gastados, tan licenciosos y tan espléndidos.

Algunas noches despues fuí á visitar á una familia estimabilísima, en cuya casa pasaba en otros tiempos ratos deliciosos. Allí encontré una bandada de pepitos coqueteando con las niñas, hablándoles al oido á las señoras, refiriendo sus paseos, sus aventuras, sus amores, con un desparpajo sin igual. Quise terciar en la conversacion, pero no encontré oyentes continuando ellos sus pláticas estrepitosamente. Intenté llevar una señora al piano, y con agilidad diabólica saltó un pepito y me la arrebató. Viéndome aislado, postergado, sin oyentes, no pudiendo entender las reticencias y las conversaciones masónicas que pepitos y señoritas estilaban entre sí, cogí mi sombrero y.... buenas noches.

Fuí á otra casa, repeticion de la misma escena. Allí no estaban los pepitos enteramente dedicados á la galantería, sino que formaban liceo. Uno de ellos escribia sobre la mesa redonda versos en un álbum, compuestos en toda la semana, pero diciendo á las damas que eran improvisacion del momento; otro le recitaba á una muchacha una composicion apologética, disparándole á quemaropa las galanterías más audaces. Los demas hacian en corro apreciaciones literarias; citaban trozos de Lamartine, de Víctor Hugo, de Mery; ensalzaban la poesía romántica porque es libre como el huracan de las montañas, como el condor de los Andes; lanzaban improperios contra el género clásico, y declaraban que Boileau era un pobre diablo y Aristóteles un gaznápiro. Quise rectificar algunas apreciaciones exageradas, pero aquellas notabilidades imberbes me atajaron el paso diciéndome, con exquisita galantería, que yo era demasiado viejo, incapaz de comprender la osadía romántica y las ideas de la época. Las señoras y las niñas, que estaban en pleno éxtasis escuchando á los pepitos, hubieron de encontrarme flojillo, clásico, matusalénico. No teniendo auditorio, ni mereciendo mayores atenciones tuve qué despedirme.

En dias pasados asistí á una tertulia. La música deliciosa, el salon perfectamente iluminado y adornado con muebles espléndidos, las mujeres radiantes de belleza, de juventud y de alegría, todo anunciaba que la fiesta seria cumplida y la noche de divertimiento y de solaz. Yo, que nunca he sido fuerte en galopes ni varsovianas, y que por mi edad avanzada sólo puedo pertenecer en los bailes á la barra inofensiva y sedentaria, esperaba sí gozar un poco conversando con las mujeres y aspirando

esa atmósfera perfumada, voluptuosa y embriagadora que circulaba en derredor de las hermosas. Pero no habia contado con la huéspeda: allí estaban los pepitos en espantosa mayoría. Imposible conversar con una mujer, y sobre todo con una mujer hermosa: los pepitos se habian apoderado de ellas, como Satanas de una alma en pena. Con sus formas exiguas, de muchachos creciendo, encontraban cabida en los campos más estrechos, y se metian como cuñas en medio de los anchurosos trajes y de las hiperbólicas crinolinas. Por todas partes estaban citando á las mujeres, haciéndoles señas, hablándoles al oido, revoloteando como mariposas. Por fortuna, estos dorados querubines no se incendian sino en las llamas azules del amor platónico: entre ellos son raros los Lovelace y los don Juan: el platonismo, ántes que por el filósofo griego, fué inventado por algun pepito antidiluviano.

—Por qué no bailas? le pregunté á un amigo que vi por ahí jubilado en un rincon.

—Pues cómo voy á bailar, me respondió, si Adela, de quien tú sabes estoy enamorado con pretensiones las más sérias, me ha dicho que no puede concederme un vals, pues está desde su casa citada para no sé cuántas piezas por los señores pepitos, y ni siquiera he podido conversar con ella, pues esos cupidillos la tienen rodeada á todas horas, y la deslumbran, la fascinan y la embriagan con su galantería bombástica y sus geremiadas amorosas. Voy á romper con ella, y á no visitar casa ninguna infestado por los pepitos. Raras son las mujeres bastante juiciosas para preferir los hombres á esos niños: tanto peor para ellas. ¿Por qué será que los padres de esos muchachos, no los hacen acostar temprano dara que madruguen á la escuela?

Venciendo mil dificultades pude colocarme en un círculo de bonitas muchachas. Pero llega la hora del ambigú, y cuando yo pensaba conducir triunfalmente una hermosura al comedor, los pepitos se ciernen sobre nosotros como una bandada de aves de rapiña, se apoderan de todas las muchachas socorridas que habia por allí y me dejan con un palmo de narices en el duro trance y penitencia de dar el brazo á una cuarentona larga, flaca, amarillenta y descreida. En el comedor se apoderan de los jamones, de los pavos; se comen las mejores frutas, se beben los mejores vinos; charlan, discuten, brindan, sientan profesiones de fe, y sobre los escombros de sólidos y líquidos declaran ufanos y contentos, que éste es el mejor de los mundos posibles.

Antójaseme dar de comer á varios amigos en una fonda: me presento á las cuatro de la tarde y pido un cuarto privado. El fondista me sale con la flor de que unos cuantos caballeritos ocupan todas las piezas. Me entré de rondon en una de ellas, y allí encuentro, como en todas partes, á los pepitos, comiendo, charlando, discutiendo, bebiendo champaña y formando una batahola infernal. Estos interesantes caballeros me dirigieron miradas indignadas y petrificantes: al ver mis barbas me creyeron tan viejo como Cagliostro ó Matusalen.

Otro dia propuse á los redactores de un periódico que me insertaran un artículo.—No podemos complacerlo á usted, me respondieron, porque unos señoritos (mis pepitos de siempre) han pagado toda la seccion de remitidos para insertar unos artículos enormes, cuyos títulos

son: Astucias de las mujeres desde Adan hasta hoy.–La diplomacia europea en el siglo XVIII.–El porvenir de la raza latina.

Esto es ya demasiado! dije para mí. ¡Manes de Atila, de Tamerlan, de Felipe II, de Robespierre, de todos los grandes segadores de cabezas humanas antiguos y modernos, yo os invoco! Y vos, Heródes, de humanitario y filantrópico recuerdo, salid de la tumba, y prestadme vuestra cuchilla vengadora!

Chanzas a un lado: los pepitos representan ese desbordamiento de la adolescencia sobre los salones, las tertulias, los garitos y las tabernas. Los padres, en lugar de tener como ántes á sus hijos recogidos en sus casas ó en los colegios estudiando, trabajando y preparándolos con ejemplos y enseñanzas para ser algun dia hombres serios, ciudadanos honrados, laboriosos, distinguidos, les dan hoy libertad absoluta para cursar la galantería, correr aventuras y frecuentar fondas y garitos. El estudiante con el capote roto, las botas torcidas, el libro bajo el brazo y los bolsillos limpios; pero contento, de buen humor, desdeñando las miserias del presente con su tesoro de ilusiones candorosas, de santas alegrías y de confianza en el porvenir, ese tipo bello y poético del adolescente, ha desaparecido. Ya no se ven sino señoritos llenos de colgandejos, perfumados, rizados, adamados, descontando el porvenir, usando precozmente su organizacion, y perdiendo los mejores años de su vida en los vicios y el galanteo. Los pepitos forman, pues, un tipo bastardo, una adolescencia apócrifa.

Bogotá, mayo 20 de 1858.

LA PARTIDA.

(Traduccion de Byron).

POR ARCESIO ESCOBAR.

Todo acabó! La vela temblorosa
Se despliega á la brisa de la mar,
Y yo dejo esta playa cariñosa
En dondè queda la mujer hermosa,
Ay! la sola mujer que puedo amar.

Si pudiera ser hoy lo que ántes era,
Y mi frente abatida reclinar
En ese seno que por mí latiera,
Quizá no abandonara esta ribera
Y á la sola mujer que puedo amar.

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
Que fueron mi contento y mi pesar;
Hoy los amo á pesar de sus enojos
Pero abandono á Albion, tierra de abrojos;
Y á la sola mujer que puedo amar.

Y rompiendo las olas de los mares
A tierra extraña, patria iré á buscar;
Mas no hallaré consuelo á mis pesares,
Y pensaré desde extranjeros lares
En la sola mujer que puedo amar.

Como una viuda tórtola doliente,
Mi corazon abandonado está,
Porque en medio la turba indiferente
Jamas encuentro la mirada ardiente
De la sola mujer que puedo amar.

El sér más infeliz halla consuelo
En brazos del amor ó la amistad;
Pero yo solo en extranjero suelo,
Remedio no hallaré para mi duelo
Léjos de la mujer que puedo amar.

Mujeres más hermosas he encontrado;
Mas no han hecho mi seno palpitar;
Que el corazon ya estaba consagrado
A la fe de otro objeto idolatrado,
A la sola mujer que puedo amar.

Adios, en fin! Oculto en mi retiro,
En el ausente nadie pensará,
Y ni un solo recuerdo, ni un suspiro
Me dará la mujer por quien deliro,
Ay! la sola mujer que puedo amar.

Comparando el pasado y el presente
Mi corazon se rompe de pesar;
Pero yo sufro con serena frente,
Y mi pecho palpita eternamente
Por la sola mujer que puedo amar.

Su nombre es un secreto de mi vida,
Que el mundo para siempre ignorará;
Y la causa fatal de mi partida
La sabrá sólo la mujer querida,
Ay! la sola mujer que puedo amar.

Adios! Quisiera verla... mas me acuerdo
Que todo para siempre va á acabar:
La patria y el amor, todo lo pierdo....
Pero llevo el dulcísimo recuerdo
De la sola mujer que puedo amar.

LA PROVIDENCIA

EN LOS FENÓMENOS NATURALES.

POR JOSE DE LA C. RESTREPO.

Andes, en lengua indígena significa *cordillera.* Por consiguiente, *Cordillera de los Andes* es un pleonasmo filológico.

Esta enorme cordillera, en sus ramificaciones, forma el esqueleto colosal sobre el cual descansa la América.

A Pasto llega en un solo cuerpo. Allí se divide en tres, que se llaman cordilleras granadinas: la central, la oriental y la occidental, y que forman las hoyas hidrográficas de los rios orientales de la República, del Magdalena y Sogamoso, del Cauca y el Atrato.

La central corre de Sur á Norte, y al llegar á Sonson se descompone y forma la armazon en que descansa el Estado de Antioquia.

En Sonson forma un valle que mira al Occidente, y en el cual está edificada la importante y hermosa ciudad que lleva este nombre.

El valle lo divide un rio, que abajo de la ciudad se precipita en hermosa catarata, y luego rinde sus frias y cristalinas ondas al impetuoso Arma. Sus fuentes fluyen de los páramos de La Paloma, en la cordillera central.

A orillas de este rio, y no léjos de Sonson, habia un edificio en tapias que sirvió para elaborar una salina, empresa que estaba ya abandonada.

En esa casa vivian Antonio y Mercédes, esposos pobres y virtuosos, cuya tranquila existencia estaba enteramente confiada á la Divina Providencia.

Llegó la época del invierno. Los páramos se mantenian envueltos en un oscuro manto de nubes, que con frecuencia era iluminado por corrientes eléctricas que lo adornaban de cintas resplandecientes.

En una tarde fria y triste, las evaporaciones del Magdalena y sus tributarios, movidas por el viento del Este, comenzaron á colocarse agrupadamente en los páramos: lo mismo hacian las del Cauca y sus afluentes, movidas por el soplo de Occidente.

La electricidad y las aguas bajo el mandato poderoso del sol y de los huracanes, se habian dado cita para la montaña que destila las fuentes del rio de Sonson.

Como si la naturaleza les temiera á los hombres, concentraba sus fuerzas en los atrincheramientos inaccesibles de la cordillera. Aquéllos miraban desdeñosamente tan imponente aparato, porque tienen fe en el Autor y dominador de la naturaleza.

Desde la cumbre de La Paloma hasta la de Los Parados se extendió un velo, negro como los horizontes del infierno, ribeteado por fajas cenicientas que se movian como ropajes de fantasmas,

Cada minuto, como si Dios pronunciara sobre ese cáos las palabras *Fiat lux*, se estremecia la nube y arrojaba un cordon de vivísima luz que surcaba serpeando la cima de la montaña, y se extinguia recuperando instantáneamente las tinieblas su formidable imperio.

En pos del deslumbramiento producido por el relámpago, se oia un ruido semejante á los quejidos de la montaña al desmoronarse. Otras veces del seno de la nube brotaban arroyos de fuego que se descomponian lanzando hácia todas partes hilos encendidos y sinuosos que se perdian en la oscuridad del espacio.

Tras de ese campamento amenazante de la naturaleza, se descubrian los reflejos de las nubes, que formaban como la retaguardia del primero.

Cansadas las nubes de lanzar fuego inútilmente, comenzaron á llorar su impotencia y descargaron sobre los páramos agua suficiente para ahogar toda la ciudad de Sonson, si Dios no la hubiera sometido á la ley de la gravedad y no hubiera constituido desigual la superficie de la tierra.

Antonio y Mercédes tomaron su resolucion: rezaron de rodillas el rosario y se fueron tranquilos á su lecho, cerca del cual estaba fija en la pared una imágen de María Inmaculada, y junto á ella la patente de una hermandad de la misma, en que estaban inscritos los dos esposos.

Hasta la média noche Antonio y Mercédes, entregados al sueño tranquilo que produce la conciencia sin remordimientos, no pudieron darse cuenta de las convulsiones alarmantes de la naturaleza. En ese instante los despertó un extraño rumor y el continuo bramar de dos becerritos que habian encerrado en la casa para librarlos de la intemperie.

Antonio dejó el lecho precipitadamente y fué grande su asombro al sentir que el agua, que habia inundado la sala, le cubria hasta la cintura. Hizo esfuerzos para abrir las puertas, pero esto no era posible. Volvió hácia el lecho tropezando con los becerritos que nadaban buscando una salida. Llamó á Mercédes y se subieron á las vigas de la casa. Antonio, fuerte naturalmente, y más fuerte aún con el peligro, levantó con la cabeza y hombros un pedazo de techo y abrió un hueco, por el cual salieron, y de una esquina del techo saltaron á la barranca donde terminó el *banqueo* para construir la casa.

Una vez en salvo recordaron que la imágen de la Vírgen y la patente se habian quedado. Por el mismo camino volvió Antonio y las sacó; y al saltar del techo á la barranca, como si el empuje de su pié hubiera desplomado la casa, crugió ésta y se sumergió en las aguas con sordo fragor.

Un relámpago brilló en este momento, y los dos esposos sólo descubrieron ya las olas agitadas de la borrasca, en donde un momento ántes dormian tranquilos bajo el pabellon de la Providencia. Luégo sólo vieron las sombras cenicientas de la noche, al traves de las cuales elevaron su accion de gracias al Señor.

Abejorral, 25 de agosto de 1870.

POR QUE NO CANTAS?

A mi amigo el señor Gregorio Gutiérrez González.

POR DOMINGO DIAZ GRANADOS.

Niño era yo, cuando por vez primera
El són dulcísimo de tu arpa oí;
Y al escuchar tu trova lastimera
Ardiente lágrima correr sentí.

Tu canto era una queja, era un gemido
Hondo, tristísimo, desgarrador!
Grito infeliz de un corazon herido,
Que lucha exánime con el dolor!

Grande era tu pesar! Como tu suerte,
Triste tu cítara, triste tu voz!
Era que el cisne, en su cancion de muerte,
Daba á los céfiros su último adios!

Yo te amé desde entónces! Mi alma inquieta
Guardó tus cánticos, y sin cesar
Los nombres de Temilda y su poeta
Fueron dos ídolos sobre su altar.

Tu voz de alondra enmudeció, tu lira,
Tu lira armónica calló, ¿por qué?
De amor acaso la sangrienta pira
Mató tu espíritu, mató tu fe?

¿Acaso ya sin esperanza alguna
Tu alma en un piélago de hiel se hundió;
Y entregada al vaiven de la fortuna,
Su impulso de águila, su fuerza ahogó?

¿Acaso al ver en juventud temprana
Veloz al féretro tu pié rodar,
Sentiste huir la inspiracion galana
En sombras lúgubres de cruel pesar?

Sólo sé que al murmullo de los vientos
Flébil y trémula tu voz perdí!
Otras voces oí y otros acentos
Pero tus célicas trovas no oí!

Largo tiempo á la brisa de Occidente
Pedí tus cántigas con inquietud;
Mas nunca hallaba en su rumor doliente
La dulce música de tu laud.

Al fin en alas de esa misma brisa
Tu voz magnífica vibrar se oyó!
El Fénix renació de su ceniza
Y en trinos plácidos su canto alzó!

Cantaste! En mil perfumes derramada
Pobló los ámbitos tu inspiracion;
Y el bello nombre de tu Julia amada
Vagó en los céfiros en dulce són!

Cantaste! En melodiosas vibraciones
El són dulcísimo de tu arpa oí,
Y al candente rumor de tus canciones
Llena de júbilo mi alma sentí.

Canta! Cual ántes fáciles brotaron
Broten tus cánticos en multitud!
Canta! Y olvida que por ti sonaron
Las cuerdas ásperas de otro laud!

POR QUE NO CANTO?

A mi amigo el señor Domingo Díaz Granádos.

POR GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

¿Por qué no canto? ¿Has visto á la paloma
Que cuando asoma en el Oriente el sol,
Con tierno arrullo su cancion levanta,
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
Y ardiente lanza rayos del zenit,
Que fatigada tiende silenciosa
Ala amorosa
Sobre su nido, y calla y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera,
Cuando hechicera nos sonrie la edad,
Y publicamos necios, indiscretos,
Muchos secretos
Que el corazon debiera sepultar!

Cuando al encuentro del placer salimos,
Cuando sentimos el primer amor,
Entusiasmados de placer cantamos
Y evaporamos
Nuestra dicha al compas de una cancion!

Pero despues.... nuestro placer guardamos,
Como ocultamos el mayor pesar;
Porque es mejor en soledad el llanto,
Y crece tanto
Nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro, retirado asilo
Puede tranquilo el corazon gozar;
Sólo en secreto sus favores presta
Siempre modesta
La que el hombre llamó *felicidad.*

¿Conoces tú la flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece á la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol!

Debe cantar el que en su pecho siente
Que brota ardiente su primer amor;
Debe cantar el corazon que, herido,
Llora afligido,
Si ha de ser inmortal su inspiracion!

Porque la lira, en cuyo pié grabado
Un nombre amado por nosotros fué,
Debe á los cielos levantar sus notas,
O hacer que rotas
Todas sus cuerdas para siempre estén.

Pero ¡cantar cuando insegura y muerta
La voz incierta triste sonará!....
Pero cantar cuando jamas se eleva
Y el aire lleva
Perdida la cancion, triste es cantar!

¡Triste es cantar, cuando se escucha al lado
De enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar, cuando impotentes vemos
Que no podemos
Nuestras voces unir á su cancion!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
Al sentimiento mas nobleza das;
Tus versos pueden fáciles y tiernos
Hacer eternos
Tu nombre y tu laud.... Debes cantar!

Canta, y arrulle tu cancion sabrosa
Mi silenciosa, humilde oscuridad!
Canta, que es sólo á los aplausos dado
Con eco prolongado
Tu voz interrumpir!.... Debes cantar.

Pero no puedes, como yo he podido,
En el olvido sepultarte tú;
Que sin cesar y por doquier resuena
Y el aire llena
La dulce vibracion de tu laud.

No hay sombras para ti. Como el cocuyo
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

LIGERAS REFLEXIONES SOBRE AMERICA. (*)

POR MANUEL URIBE ANGEL.

I.

Casi todo el mundo lo sabe, pero no perjudica repetirlo. En la madrugada del 12 de octubre de 1492, un cañonazo salido de la Pinta, carabela de las tres que formaban la flotilla del Almirante Don Cristóbal Colon, y el grito "*Tierra*" lanzado por Rodrigo de Triana, anunciaron el descubrimiento de América. Los aventureros descubridores, desembarcaron por la mañana de aquel memorable dia en la isla de Guanhaní, á la cual pusieron por nombre castellano San Salvador.

Pocos dias despues, arribó Colon con sus naves á la costa norte de Cuba, que bautizó con el nombre de Fernandina.

Viró luégo hácia el Oriente y á poco que hubo doblado el cabo Maisí, alcanzó á divisar el islote llamado hoy la Tortuga y frente á él, hácia el Sur, la espléndida tierra de Haití, á la cual llamó la Española.

Viendo que todo lo hallado era bueno y despues de haber recogido variadas curiosidades naturales, para demostrar el tipo característico del país, hizo rumbo para el lado de España, con el propósito de llevar la buena nueva á los monarcas católicos que habian favorecido su grandiosa empresa.

Las gentes del viejo mundo quedaron asombradas y llenas de estupor, cuando supieron que los delirios del pobre hombre de Génova, que habian mirado como una pesadilla de febricitante, se convertian de repente en palpable realidad.

Colon iba en busca de las Islas Orientales, pero se interpuso un enorme continente y le detuvo el paso. No por eso su genio es ménos grande, ni su estatura gigantesca es más pequeña.

Tres viajes más hizo Don Cristóbal á las tierras inventadas por él, si se permite esta hipérbole, y en esos tres viajes todo el mar de las Antillas, con los grupos de islas en él contenidas quedaron haciendo parte de la Geografía moderna.

(*) Pieza inédita.

Fueron entónces visibles y explotables todas las pequeñas tierras que, en forma de média luna, se extienden desde el golfo de Pária hasta la extremidad más setentrional de la isla de la Culebra, vecina á Puerto Rico.

Quedaron vistas y exploradas las Lucayas; quedó conocida la isla de Jamaica, el archipiélago de las bocas del Toro y una infinidad de islitas más, que tapizan como estrellas terrestres toda la extension del mar Caribe.

En el último viaje, el anciano almirante gotoso y cansado, profundamente entristecido y llena el alma de angustia, pero siempre ilustre y de excelsa magnitud, quiso hallar un pasaje al traves del muro que la Providencia habia arrojado en medio de su camino. Queria, ántes de acostarse á dormir el sueño interminable, dar un vistazo á la gran isla Cipango y á la comarca de Catahy, cuyas maravillosas riquezas y fabulosa opulencia habian entrado en su imaginacion de jóven, con las lecturas de Mandevilie y las referencias de Marco Polo.

Esta esperanza del héroe fué burlada. Al traves de prolija miseria, de espantosas tempestades y de contrariedades dolorosas, la empresa final de su vida, sólo agregó al mapamundi un giron de tierra, extendido desde el cabo Gracias á Dios, hasta el golfo del Darien.

El mundo descubierto no se llamó Colombia, se llamó América, no decimos por qué, porque todos lo saben.

El 20 de mayo de 1506, los frailes cartujos de Sevilla colocaban en una de sus cuevas funerarias el cadáver de un hombre, y al lado del cadáver ponian una pesada cadena de hierro, por mandato especial del individuo á quien iban á sepultar. El cadáver era el del gran Almirante de las Indias, y las cadenas las que habia llevado en sus poderosas piernas de viajero, por obra de la injusticia humana. Al dar esta última disposicion, pronto á caer en el profundo abismo de lo eterno, Colon lanzaba una elocuente protesta contra los que, en vez de aceptar su gloria, habian pagado el servicio inmenso que les hacia con el desprecio y el martirio. Su sombra inmortal comienza á erguirse hoy por todos los horizontes del globo, y la humanidad, siempre tardía cuando se trata de reconocer obras de redencion, empieza á exaltar el nombre del desdichado aventurero y parece que desea colocar sobre sus sienes la diadema gloriosa de la ciencia, y en sus manos poderosas el cetro del genio inspirado y profético.

II.

Eso que hemos contado hasta ahora se refiere á los últimos años del siglo XV y á los seis primeros del siglo siguiente.

En el primer cuarto de la décima sexta centuria, Sebastian Caboto, inglés de orígen veneciano, navegó por la parte nordeste del continente y descubrió las tierras del Labrador, de la Groenlandia, de la Nueva Bretaña y de una gran parte más del litoral norte-americano. Muchas de aquellas tierras habian sido vistas por los escandinavos; pero como eso hacia ya muchos siglos, como las habian abandonado y estaban tan totalmente olvidadas, que ni aun la más ligera noticia de ellas se tenia en Europa, era preciso volver á buscarlas, con seguridad de que su hallazgo seria considerado como enteramente original.

Todavía estaba vivo el Almirante y ya muchos de sus compañeros, y muchos que sin serlo habian entrado en aquel mar inmenso de aventuras, concurrian, ansiosos de gloria unos pocos y de oro todos, al archipiélago de las Antillas.

Alonso de Ojeda, Américo Vespucio y Juan de la Cosa, recorrieron desde muy temprano el Norte de la América meridional que llamaron Tierra firme.

Vicente Yáñez Pinzon, los dos hermanos Marañones y el lusitano Díaz Cabral, viajaron sobre las aguas litorales del Brasil.

El mismo Ojeda, Rodrigo Bastidas y Diego Nicuesa traficaban en el golfo del Darien y ejecutaban hechos, de inmensa grandeza algunos, y de incalificable barbarie otros.

Don Francisco Pizarro, don Sebastian de Belalcázar y Vasco Núñez de Balboa, estuvieron lidiando por algunos años los enormes obstáculos y las multiplicadas contrariedades que ofrecia la conquista de los indios vecinos al Golfo de Urabá. Cada uno de ellos se hacia veterano en el nuevo sistema de guerra que debia ser empleado en América, y todos tres templaban su alma para arrostrar impávidamente las dificultades que habian de ofrecerles campañas de nuevo género, en que la parte más fácil del programa consistia sin duda alguna en dar batallas. Sí, porque la contienda con una naturaleza bravía, nueva y desconocida, iba á ofrecerles ocasiones casi imposibles para ser dominadas con buen éxito.

Cuando el último de estos aventureros, Vasco Núñez de Balboa, se habia granjeado por sus hazañas, por su cordura y sobre todo por su carácter benévolo una gran reputacion entre sus compañeros de armas, llegó, para su daño, Pedrárias Dávila en calidad de Gobernador de Panamá. Aquel Gobernador fué la encarnacion viva de la envidia y para satisfacer ese sentimiento de naturaleza profundamente negativa y feroz, puso los ojos en Balboa, por lo mismo que le era superior en genio, en virtud y en altas facultades.

No importó á Pedrárias para la consecucion de sus dañadas miras, el que Balboa llegase á ser su presunto yerno. Dióle siempre las más peligrosas y difíciles comisiones y entre ellas, para gloria del comisionado, y para que se sepa una vez más que la envidia lleva siempre el castigo en sí misma, le encargó que fuese con algunos soldados, en requerimiento del mar del Sur, cuya existencia les habia sido revelada por uno de los caciques comarcanos.

Antes de ser las doce del dia 25 de setiembre del año de 1513, Balboa, desde una de las más elevadas cumbres de la cordillera de los Andes tropicales, vió extasiado y con un sentimiento de inefable gozo, el nuevo mar que se ofreció á su vista.

El ojo del conquistador pudo ir hasta muy léjos en la contemplacion extática de las tranquilas ondas del Océano; pero la vision interior de su inteligencia, extendiéndose más y más allá, desenvolveria, quizás, uno tras otro multiplicados horizontes, y pasaria, sin saberlo, por encima de las desconocidas islas de la Polinesia y de la Sonda, para detenerse reposada y satisfecha en las playas del Japon y de la China. Este hallazgo parece un corolario puesto en seguida de la gloriosa obra de Co-

lon y una satisfaccion póstuma discernida á la memoria del sublime navegante.

Digamos lisa y llanamente que en aquel dia un nuevo mar quedó descubierto, porque en el que siguió, tres veteranos, comandantes de tres partidas distintas ponian su atrevida planta en aquellas lejanas costas. El primero que llegó fué Alonso Martin, don Francisco Pizarro el segundo y el inmortal Balboa en tercer lugar. Cuando este último personaje, con el pendon de Castilla en la diestra mano penetró un poco en las aguas, segun las formalidades entónces en uso, para tomar posesion de aquel mar, todo quedó dicho, y desde entónces se le reputó propiedad de los Reyes de Leon y de Castilla.

Las brisas que rizaban blandamente aquellas aguas, eran tan mansas y las olas se desplegaban con tanta tranquilidad y reposo, que el bautismo quedó virtualmente hecho, llamándosele desde entónces el Océano Pacífico.

Llegada á Europa la noticia de tal descubrimiento, un alegre y entusiasta sacudimiento de placer, agitó todos los corazones. La seguridad de ver completo el mundo, y al comercio y á la industria dándole vueltas interminables, satisfizo todas las aspiraciones y llenó todas las esperanzas. Para América, el mar Pacífico era el camino que debia ponerla en relacion directa con el mundo oriental. Por ese camino debian venirle, envueltas en los pliegues de sus vientos, las esencias balsámicas del *cinamomo* de Ceilan, del clavo de especia y de infinitas otras plantas de aquellos países encantados. Por las aguas de ese Océano debian llegar á las costas occidentales del Nuevo Mundo, las mercaderías y artefactos de Europa y por sobre ellas mismas se veria navegar al Norte y al Sur en indagacion de nuevas tierras y en busca de ignotas y portentosas riquezas.

Desde el ocaso de la América, hasta los contornos orientales del Asia, y hasta los multiplicados grupos de las islas de la Oceanía, la distancia era enorme, el piélago vastísimo. Empero, no era difícil vaticinar que algun dia, al traves de esa distancia y por encima de ese piélago, buques altivos por su fuerza y su poder, traerian á las nuevas riberas de este continente, el marfil de Malabar y de Borneo, los juguetes misteriosos del celeste Imperio, de hechura incomprensible y los diamantes luminosos de Golconda. Pudiera tambien haberse adivinado, que la vegetacion de éste y la de aquellos territorios, á pesar del inmenso espacio que las separa, estaban unidas por los vínculos de una lejana y remota confraternidad natural, porque allá como acá, la *Latania borbónica* y el *Ceroxylom andicola*, mecian en idénticas atmósferas, sus rizados penachos de verde y brillantísimo follaje.

El premio de Colon habia consistido en recibir una lenta muerte, oyendo zumbar en sus oidos de agonizante, el ruido miserable de la ingratitud. El premio de Balboa fué de otra manera cruel: Pedrárias, despues de infamarlo y calumniarlo, le hizo decapitar.

III.

Fuera de estos distinguidos adalides de que hemos venido hablando, estaban en el gran archipiélago americano: los hermanos del Almi-

rante, don Nicolas de Obando, don Francisco de Garay, don Juan Ponce de Leon y don Diego Velásquez, que dominaban como amos y señores el campo de los descubrimientos y conquistas. De ese grupo de famosos caudillos y de ese cuartel general de aventureros, fueron irradiando poco á poco y en diferentes direcciones, diversos sugetos que debian ilustrar sus nombres con altísimos hechos, ya de crueldad, ya de bizarría, en las partes meridional y setentrional del Nuevo Mundo.

Un romántico caballero, y otro no ménos brioso y simpático que él, don Hernando de Soto, penetraron en la península de la Florida, en requerimiento de oro y de una mitológica fuente que, decian, daba una juventud eterna. En vez de lo buscado, hallaron tierra húmeda, fiebres mortales, hambre cruel, indios bravíos y saetas emponzoñadas. El tenaz y perseverante Soto, con algunos compañeros, penetró muy adentro en la espesura de aquellos bosques seculares de clásica belleza y como fruto de su audacia, vió, el primero entre todos los europeos, las lodosas aguas del caudaloso Misisipí. Abrumado por la fatiga y minado por la fiebre, exhaló el último aliento sobre la arena movediza de aquella playa solitaria. Sus amigos, para ocultar la muerte de este capitan á los indios, llevaron el cadáver, sobre una estrecha piragua, hácia la mitad de la corriente y luégo con un pesado cuerpo atado al tronco, lo depositaron en el fondo de las aguas. Las olas fueron el sudario con que quedó cubierto aquel bravo y atrevido caballero.

Sucedia esto en el año de 1541. Un poco más tarde, un hidalgo jóven frances, Marquetti, acompañado por Joliet y cinco soldados más, salian de Quebec, atravesaban el Canadá, navegaban los grandes lagos y descendian hasta la confluencia del Arkansas, el mismo rio descubierto por Soto y que debia ser explorado pronto en la mayor parte de su curso, por el intrépido Roberto Cavalier de la Salle. De éstos, el primero cayó aniquilado por las privaciones y la extenuacion, para morir á la temprana edad de 36 años. El último fué asesinado vil y traidoramente por uno de los que formaban su arriesgada expedicion.

En el año de 1539, Gonzalo Pizarro salió de Quito á la cabeza de una lucida falange de conquistadores. Iba en busca del país de la canela y de mentidos, pero ponderados depósitos de oro, que decian existir en aquellas desiertas y desconocidas regiones.

El capitan Francisco de Orellana, que hacia parte en esta problemática correría, tan audaz como desleal, en vez de desempeñar fielmente una delicada comision que se le encomendó por el Jefe, se dejó deslizar á lo largo de las olas de una corriente tributaria y llegó á un potentísimo rio, que navegó aguas abajo, con un arrojo tal, que más pareciera insensatez.

Del nombre de este osado sugeto tomó el rio el de Orellana; pero este singular capitan, que sin dejar de ser valiente, era un infatigable hablador, una vez que hubo llegado al Atlántico, se detuvo por algun tiempo en las islas de Trinidad, Margarita y Cubagua. Allí, soltando la lengua, hizo á los desperdigados argonautas de la conquista americana, una inexacta relacion de las aventuras ocurridas en el viaje. Ademas de otras cosas dijo, que entre todos aquellos bárbaros habia una belicosa nacion compuesta exclusivamente de mujeres, tan esforzadas y valientes, que lo habian combatido con heroismo en defensa de

sus poblaciones. De esta manera hizo revivir la antigua leyenda sobre las Amazonas, y este nombre fué el que definitivamente se dió al mayor de los rios del orbe.

Vuelto de España este temerario capitan con el título de Adelantado, rindió el postrer aliento al llegar con numerosa comitiva de gentes de aventura al gran desaguadero de aquella caudalosa arteria terrestre.

Quedó el Amazonas abandonado hasta el año de 1560, en que bajo la proteccion del Marqués de Cañete, Virey del Perú, fué á la conquista de sus habitantes don Pedro de Ursúa, aventajado guerrero en las faenas de entónces. La jornada dirigida por este hidalgo lleno de coraje, tuvo infausto resultado. Su ejército quedó bien pronto convertido en campo de Agramante, por el desarrollo de celos, envidia y pretensiones amorosas. Doña Ines de Atienza, bellísima peruana, hacia parte de la expedicion y fué el orígen de terribles querellas. Estas dieron por resultado el que las aguas del rio, fuesen salpicadas de rojo con la sangre del caudillo alevosamente asesinado, y con la de sus compañeros, cuya mayor parte tuvo aciago fin, por la funesta influencia de Lope de Aguirre.

Mas tarde, el infatigable misionero Samuel Fritz, venciendo con tenacidad inconcebible todos los obstáculos presentados por aquella naturaleza intacta, primitiva é intratable, levantó el plano de aquel rio y de sus principales tributarios con admirable rigor de exactitud.

Cerca de dos siglos despues el sabio Lacondamine verificó un viaje científico á lo largo del prolongado curso del Marañon, y la luz quedó en parte hecha en lo que se refiere á la hidrografía de aquellos extensísimos lugares.

Antes que lo referido tuviera cumplimiento, ya Solís habia visto las olas del opulento Plata, dejando á Maldonado y Mendoza su exámen prolijo y posterior.

De esta manera el Misisipí, el Amazonas y el Plata, tres Mediterráneos de agua dulce, con sus vertientes principales, quedaron á la faz de la ciencia, del comercio y de la industria.

Y no era eso sólo; en diferentes años y en distintas épocas, diversos viajeros habian estudiado con más ó ménos detencion, el Mackensie y el Hudsson, el rio del Norte y el Delaware, el Potomac y el Sabannah, el Grande de Méjico y el Chágres, el Atrato y el Magdalena, el Orinoco y el Exequibo, el Tocantins y el San Francisco, el Maule y el Biobío, el Guayas y el Esmeraldas, el Santiago y el Patía, el Dagua y el San Juan, el Colorado y el Columbia y todo eso sin contar centenares de rios confluentes, navegables unos, intransitables otros; pero extendidos todos sobre la superficie del continente, como una inmensa red fecundante y civilizadora.

IV.

Deseosos de no interrumpir el hilo de la descripcion hidrográfica que antecede, hemos pasado por encima de importantísimos hechos referentes al descubrimiento detallado del Nuevo Mundo, sin respeto por los preceptos cronológicos. Empero, la referencia de lo que sigue podrá coordinar unos con otros los acontecimientos.

Don Hernando Cortéz, el más valeroso y terrible lidiador de aquellos tiempos, se desprendió, año de 1519, del grupo formado en las An-

tillas y siguió el camino iniciado por Fernández y Grijalba. Llegado que hubo á las playas mejicanas, penetró en el interior del país y lo sometió á la tutela de España con incomparable heroismo y rapidez.

Despues de luchar con innúmeras falanges de indios en la capital y en sus alrededores; despues de experimentar una clásica derrota en la memorable jornada de La Noche Triste; despues de levantar su coraje y su tenacidad, más alto aún de lo que las generaciones presentes pueden concebir, y despues de luchar y triunfar siempre de los naturales y de sus compatriotas, comándados por un antagonista vulgar, dióse á reconocer el terreno y á someter los moradores á su voluntad de hierro y á su carácter incontrastable.

En aquellas distinguidas correrías, avanzó Cortéz sus pasos hasta el territorio de una y otra California; hizo figurar en el mapa una prolongada península y navegó sobre las aguas de un mar que denominó el Mar Bermejo, el mismo que los jeógrafos modernos han calificado con su nombre esclarecido.

Algunos tenientes de Cortéz, y entre ellos el esforzado y suelto don Pedro de Alvarado, marcharon al Sur y descubrieron las fértiles tierras de la América Central, notables ántes y notables hoy, por su ostentosa riqueza vegetal, por sus conmociones frecuentes y por los bramidos de sus tremendos volcanes.

Descubierto el mar del Sur y abierta la senda para más lejanas expediciones, don Francisco Pizarro, don Diego de Almagro y el Prebendado Hernando de Luque, formaron una asociacion para emprender nuevas é importantes investigaciones. El primero de ellos, á la cabeza de algunos distinguidos obreros, salió de Panamá, y en el exámen del litoral Pacífico, tuvo ocasion de contemplar el enrejado de los manglares de la costa, de admirar la belleza de Tumaco y de enredarse en las peligrosas aguas de la Gorgona. Despues de grandes dilaciones y contratiempos llegó á Tumbes y adelantó hasta Cajamarca.

Es demasiado popular la relacion de aquella tremenda lucha que tuvo por teatro el Imperio de los Incas. Iniciada por el traidor asesinato de un inocente Emperador, aquella contienda memorable terminó con la desaparicion de la más humilde y pura corporacion humana que haya visto el mundo. Un puñado de hombres sin entrañas, con el pretexto de extender la civilizacion, destruyó sin misericordia una sociedad que, bien dirigida é ilustrada, habria podido ser muy pronto el ornato de la humanidad. Otro tanto habia acontecido en Méjico; otro tanto se habia visto por todas partes en el Mundo Nuevo; pero siempre queda como verdad indiscutible, que la tarea de Pizarro y sus hermanos, la de Almagro y Alvarado, y la de Solís un poco más tarde, pusieron de manifiesto la importancia de la zona ecuatorial, la incalificable opulencia del Perú, la riqueza prometida por la comarca chilena, los portentos de la cordillera andina, y las esperanzas lisonjeras ofrecidas al porvenir, por las pampas dilatadas é infinitas de Buenos Aires.

Agustin Guerrero, Jorge Spira, Jerónimo de Ortal, Ambrosio Alfinger y el perseverante cuanto desventurado Antonio Cedeño, vencian, unos las difíciles corrientes y las ruidosas cataratas del Orinoco, y descubrian todos ellos tierras y florestas en los países que fueron despues Venezuela y Nuevo Reino de Granada.

El Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada triunfaba de obstáculos no imaginados, al subir las turbias aguas y al respirar el aire mefítico y pestilencial del Magdalena, para reunirse despues en la altiplanicie de los muiscas, con don Nicolas de Fredeman que asomaba por el Oriente y con don Sebastian de Belalcázar que se presentaba por el Sur.

Primero que estos últimos, el viejo Magallanes al servicio del Emperador Cárlos V, buscaba por la extremidad austral del continente, un pasaje que lo condujera al mar Pacífico y lo halló en 1519 dando su nombre al estrecho por donde transitó. Lanzado al traves del Océano, murió en una de las islas de la Oceanía; mas uno de sus tenientes tomó á su cargo la tarea de dar la vuelta al mundo. Quedó entónces resuelto el problema de la posible circunvalacion de la esfera terrestre y se agregó un nombre más á la gloriosa lista de los navegantes atrevidos.

Los portugueses examinaban los asombrosos parajes del Brasil y encontraban en ellos célebres veneros metalíferos y multiplicadas producciones vegetales. Los holandeses, ingleses y franceses, sentaban su planta de propietarios en las Guayanas, y estos mismos extranjeros, guiados por Cartier, Champlain, Corte Real, Hudson, Baffin, Roberval, Smith, Raleygh y otros muchos, denunciaban en la vasta extension del Canadá, los campos de La Acadia, la Nueva Escocia, y otros puntos al Sur, en que hoy se han levantado florecientes y venturosas, las felices poblaciones de la Union Americana del Norte.

En busca de un pasaje Noroeste, hácia el hemisferio boreal, fueron, primero Frobisher, y Davis en 1576 y 77.

Pedro el Grande mandó al memorable danés Berhing en 1728, quien hizo ver al mundo el estrecho que entre los cabos Oriental y Occidental separa la América del Asia.

En época más reciente Cook, Carteret, Scoresby, John Ross, Parry, Franklin, Mac-Clure, Mac-Klintock, en indagacion de la misma via, se arrojaron con más ó ménos dicha, por encima de témpanos de hielo, grandes á veces como enormes cordilleras y con episodios frecuentemente dramáticos, recorrieron las tierras polares del Norte y marcaron sobre la carta el ansiado pasaje, por entre un dédalo de estrechos, de islas y bancos de inestricable disposicion.

En tanto que eso se hacia, Drake, Lemaire y Schuten adelantaron para el Sur el camino de Magallanes y marcaron otro estrecho entre la extremidad de la Tierra del Fuego y las heladas islas que se extienden más allá.

Posteriormente fueron halladas, la Tierra Sabrina, la de Victoria, la de Grahm, la de Derby, las Horcadas, las Malouinas y la Nueva Georgia.

VI.

Con lo que hemos dicho hasta ahora, que más que un discurso espontáneo y corrido, parece un mal combinado índice de Geografía histórica, podrá el lector ver, como en relieve y en sus más culminantes detalles, el Nuevo Mundo descubierto. Este descubrimiento fué hecho, en todos sus pormenores conocidos, en el largo espacio de tres centurias y por la labor perseverante de aventureros comunes pero heróicos, de capitanes briosos pero crueles, de distinguidos náuticos y de ilustres sabios,

Efectivamente, todos los obreros á que aludimos, surcaron con la quilla de sus buques los mares vecinos y los rios caudalosos; ojearon con escrupulosa atencion los más recónditos pliegues de las Indias de Occidente y, por decirlo de una vez, levantaron con el tacon de su bota de campaña el plano geográfico de un inmenso territorio.

Entónces quedaron demarcadas las diferentes secciones de terreno, que debian servir más tarde para nuevas y grandes nacionalidades. Entónces la existencia física de esta parte del globo quedó revelada, sino en todos sus pormenores, sí en los puntos más salientes de su estructura material, y se consideró, en cierto modo, como enteramente familiar para con todas las demas partes de la tierra.

La turbamulta de conquistadores y de viajeros ultramarinos en aquellas tres centurias, estuvo compuesta en su mayor parte, de hombres adocenados que perseguian con ahinco las eventualidades favorables de la vida, y de guerreadores audaces que comprendian y conocian bien su mision exterminadora. Un pequeño grupo de individuos de noble carácter, de honestas propensiones, de cumplida moralidad y de trascendental filantropía, forma una excepcion honrosa, pero escasa, á la dura calificacion que hemos hecho.

Aquellos hombres tomados en su generalidad, estuvieron completamente desprovistos del sentimiento de lo grande, de lo bueno y de lo bello. Así debemos pensarlo, porque á no haber sido de esa manera, las obras que nos hubieran legado en herencia demostrarian lo contrario; y porque á no haber sido así, el cuadro que se desarrolló á sus ojos y á su imaginacion, debió haberlos conmovido y entusiasmado profundamente. Si no hubieran carecido del instinto de la poesía, ó si por lo ménos hubieran cultivado un tanto las facultades de su espíritu, grande habria sido el aliento, con que hubieran cantado la sublime epopeya de la naturaleza, en el país espléndido y vírgen que se desenvolvió delante de sus miradas.

Con más esmerada educacion, habrian visto con positiva sorpresa las elevadas crestas de los Andes, de los montes Rocallosos, de la Sierra de los Mimbres, de los Alleghany, de Parima y las ricas cimas de Matogroso. Siguiendo con la observacion, los puntos culminantes de esas gigantescas moles, habrian pasado revista de los nevados y volcanes, que desde el Monte San Elías hasta la Tierra del Fuego, se ofrecen á la contemplacion; ya por las formas caprichosas y apacibles de los primeros, ya por los rugidos espantosos de los segundos. Se habrian deleitado con el estudio detenido del Orisaba, del formidable Popocatepetl, del Jorullo y de la hornaza inmensa formada por los picos volcánicos de Centro América. Habrian seguido con emocion las ondulaciones de las Sierras Nevadas de Santa Marta y Mérida; habrian observado alternativamente el Tolima y el Ruíz; el Huila y el Puracé; el Chiles y el Cumbal; el Cayambe y el Imbabura; el Pichincha y el Cotopaxi; el Ninahuilca y el Ilinisa; el Antisana y el Altar; el Chimborazo y el Azuai y habrian asistido con interes á las formidables erupciones del Sangay y á las aterradoras convulsiones del Tunguragua.

Con espíritu más cultivado, en la exploracion de los rios y de los torrentes, habrian visto extasiados y oido con asombro, el solemne ruido del Niágara, la formidable altura del Guadalupe y el fracaso atro-

nador del Tequendama. La enramada de bosques seculares, arrojando su penumbra como un inmenso manto sobre la anchura de los rios; las cascadas, los remolinos, las *rápidas*, el reposo de las olas en la llanura, haciendo contraste con los mil rumores formados en la pendiente de la montaña, habrian sido bastantes para sacudir profundamente, la férrea organizacion de aquellos batalladores endurecidos.

Peregrinos perdidos en la soledad de los bosques y de las selvas intactas de América, aquellos hombres habrian gozado con la magnificencia de árboles centenarios, con el silencio de las florestas ó bien con las furiosas tempestades que en ellas fulminan de repente. El aspecto de la magnolia americana, la hoja argentada de las begonias, la borla encendida del arizá, el tallo sangriento de las erecinas y el tupido ramaje de las alternanteras, habrian sido capaces de levantar en la más grosera organizacion y en el espíritu más pobre, un canto místico, como expresion de alabanza al autor de tan lujosa creacion.

El puente de Pandi, la cueva de Tuluní, el pasaje de Rumichaca, los desiertos de Sechura y Atacames, las estepas del Nuevo Méjico, las florestas interminables, las sabanas de Apure, Casanare y San Martin y las pampas del Plata, con sus bellezas infinitas y sus típicos caractéres de magnificencia, habrian estimulado inteligencias ménos apocadas que las de nuestros primitivos conquistadores. Sinembargo, cada época del mundo tiene su funcion especial y tiene actores propios para desempeñarla. El programa de entónces se cumplió letra por letra y los elementos americanos que hemos enumerado, quedan como la base de otros tantos capítulos, del gran libro que algun dia, un cantor sublime consagrará á la grandeza del mundo de Colon.

No es difícil comprender que mucho pudiéramos extendernos, en la enumeracion sumaria de las bellezas de nuestra patria; pero la índole de este escrito nos pone en la obligacion de compendiar.

VII.

Delineado como queda á grandes rasgos el plano de América; descubierto el escenario y visto el Nuevo Mundo, ocurre preguntar:

¿Descubierto ese mundo, qué se sabia respecto á él desde el principio del descubrimiento?

Sabíase, que sus regiones setentrionales, cubiertas la mayor parte del año de hielos perpetuos; álgidos y extensos, eran la morada de abundantísimos rebaños de corpulentos búfalos, de enjambres preciosísimos de martas y de armiños, de zorros plateados y afelpados conejos, de tropas de ciervos y de osos blancos y en fin, de toda la série animal cubierta de caliente lana, que debia abastecer el comercio universal de pieles, para adorno y abrigo de las clases opulentas y fastuosas de la zona templada.

Sabíase que en Méjico y en el Perú, el oro y la plata podian ser cortados con cincel en los copiosos veneros de Sombrerete y Potosí; que Soconusco, Guayaquil y Carácas, producian aromática y encantada la santa bebida de los dioses, con el nombre de Cacao; que el Hiztlihuala y el Carahuairazo, el lago de Tezcuco y las apacibles riberas del mar del Sur, con las crestas de los montes, los oteros y los collados, cambiaban por

doquiera y como por obra de magia, el aspecto sublime de los paisajes para recreo de la vista y satisfaccion del alma.

Sabíase que las tierras de Guatemala y la faja ecuatorial asustaban con el ruido de sus entrañas candentes y consolaban con la feracidad de su fecundo suelo.

Sabíase que, dejando á la espalda los cocoteros y los manglares, las frutas exquisitas y todas las maravillas del mar Caribe, con su cielo azul y transparente en ocasiones y con sus vendavales y borrascas de otras veces, se entraba de lleno en el reino del Sol; en sus hondonadas tórridas, en sus ardientes valles, en sus calientes colinas, en sus templados riscos, en sus frescas serranías y en sus heladas cumbres; rígidas por el frio de sus eternas nieves.

Sabíase que en esta parte de la zona equinoccial, el albergue de la humanidad tenia una rica aglomeracion de elementos propios para el desarrollo de la vida física y para la perfeccion posible de la inteligencia. Acumulacion indescifrable de productos indígenas, cada uno de ellos marcado con acentuados caractéres materiales. Habia arroyos y torrentes de cristalinas aguas para calmar la sed; aire puro para refrescar los pulmones; campos propios para el cultivo del maíz, de la caña de azúcar, del café, del añil, del tabaco, del arroz, del trigo, la cebada, las papas, la yuca, la arracacha y de todos los agentes nutritivos, que, andando los tiempos, debian alimentar y robustecer á sus habitantes.

Los mares estaban llenos de brillantísimas perlas; hubo islas de coral, peces de desconocida clasificacion; oro y plata en Veraguas, Antioquia, Pamplona, Neiva, el Chocó; en los tributarios del Marañon, en las Californias, en Potosí, en Chile y en otras partes. Hubo bellísimas esmeraldas en Muzo, Manta y Somondoco; aquilatadas turquesas, granates y rubíes, ópalos de toda especie, negrísimos azabaches, ametistas y topacios, ónix y zafiros. Finísimos diamantes, como chispas de estrellas, aparecieron en las arenas ferruginosas de las Minas Geraes en el Brasil. Los esteros de Apure y Casanare ofrecieron con anticipacion, corrientes eléctricas encerradas en la delicada carne del pececillo temblador; las mariposas de Muzo rivalizaban con el arco iris, al extender sus tiernas alas de abigarrados colores; la vainilla, el clavo y los canelos embriagaban con su aroma el aire de los bosques; troncos de corpulentos árboles manaban purísima leche; otros recogian en su áspera corteza bálsamos, resinas, gomas y aceites dando en copiosas cantidadas el estoraque, el tolú, la caraña, el maría, el anime, el copal, el copaiba y el algarrobo. Los cocuyos iluminaban en los valles, la negrura de la noche con su luz fosforescente; la fauna y la flora ostentaban sus primores, ya con pintadas y canoras avecillas, ya con animales de gustosa carne, ya con flores de imponderable belleza, ya con plumas de brillantísimos reflejos, ó ya, en fin, con misterios profundos acerca de la vida orgánica y de las leyes que la rigen.

La historia natural, atrasada hasta entónces y vagando incierta en un mar de principios confusos, halló en América un anchuroso campo para el estudio y la observacion. Desde el corpulento condor de los Andes, que respira libremente el empobrecido aire del Chimborazo y del Soratá, hasta el escamoso caiman, que se arrastra en el lodo de los caudalosos rios, en los profundos valles; desde el osado jaguar, el oso cor-

pulento y el loro lenguaraz, hasta las enormes serpientes de mordedura letal y las veloces iguanas que mueven como flechas su cuerpo de tornasol; desde los rápidos lagartos, las perezosas tortugas y los repelentes batracianos, hasta las ágiles ardillas, los monos burlones y los galanos coleópteros con esmaltada concha; desde la fina vicuña, el lanudo huanaco, y la mansa llama, que pacen los tupidos pajonales en las ateridas cordilleras, hasta las hormigas, las raposas y las martejas que esconden su existencia en las espesuras de los matorrales, en los huecos del terreno ó en los troncos carcomidos, y desde el irisado plumaje del pájaro mosca, hasta el sucio y feo de la carnicera gallinaza.... ¡Cuán rico tesoro, cuán interminable serie de interesantes problemas para el sabio investigador!

Habia en las costas del Perú y en sus cercanas islas, el abono suficiente para prolongar de un modo indefinido la fatigada y empobrecida feracidad del Mundo Antiguo, y habia en las florestas útiles maderas de construccion. Las habia aplicables á la ebanistería y á muchas clases de artefactos de ornato; blancas unas como el marfil de Oriente, moradas otras como la púrpura de Tiro; rojas éstas como la escarlata, negras aquéllas como el azabache; pesadas algunas como la dura piedra, livianas otras como la ligera lana; veteadas y de fibra densa en ocasiones, porosas y blandas otras veces. Habia sustancias impermeables como el caucho, barnices naturales, depósitos inagotables de carbon de piedra, caudalosas fuentes de petróleo, hacinamientos inmensos de mercurio, hierro en abundancia; plomo, cobre, zinc, estaño, níkel, platino, manganeso, cromo, iridio, montañas de sal gemma y todo ó casi todo lo que constituye la opulencia del reino mineral.

Habia plantas medicinales, entre las cuales descollaban por sus virtudes la raicilla, la zarza, el guayaco, la jalapa, la genciana, la cañafístula, el tamarindo, el matico, el guaco, el cedron y el árbol sagrado de los Incas la milagrosa quina, que más tarde debia llegar como una redencion física para las dolencias del hombre.

Entre las frutas indígenas para el agrado y alimentacion de los americanos, lucian por sus propiedades y por sus simpáticos caractéres: la noble piña refrescante y delicada, la suculenta chirimoya, el dorado madroño, el azucarado níspero, el delicioso zapote, el corpulento mamey, el resinoso caimito, la abundante guayaba, la dulce granadilla, la atemperante papaya, el aguacate nutritivo, la aromática badea, el coco, el anon, la piñuela, la uva silvestre, el pepino, la ciruela, la guama, la almendra de los bosques, el marañon, la mora y el plátano profuso, riqueza del industrioso labrador y abierto tesoro para el indigente.

Los rios eran navegables en su mayor parte; habia anchurosos golfos, ensenadas apacibles, tranquilas bahías y abrigadas caletas. Habia..., ¿pero para qué sirve continuar la enumeracion de tanto recurso y elemento provechoso, cuanto la sábia y bienhechora Providencia acumuló en esta parte del globo?

Todo eso, y mucho más, cuya mencion puede apénas entrar en el vastísimo campo de la inteligencia humana, se halló repentinamente en las nuevas tierras descubiertas y se presentó como ofrenda á todo el mundo conocido.

No bien se hubo mostrado la América á los ojos admirados de las sociedades europeas, cuando se levantó en el ánimo de aquéllas, un extenso movimiento de explotacion y de tráfico. Los mares se cubrieron de naves, el comercio vigorizó su aliento, el Mundo Viejo envió hombres para su conquista y colonizacion; mandó nuevas razas de animales domésticos; útiles semillas para la aclimatacion; multiplicados géneros para satisfacer las necesidades comunes de la vida, y envueltos en todos esos artículos, vinieron muchos de los elementos de su hasta entónces adquirida civilizacion.

Hubo bien pronto grandes centros de poblacion, en que la actividad del hombre llegó en ocasiones á un ardor febricitante y si bien es verdad, que al lado de los primeros movimientos de civilizacion, la existencia de estos países, bajo muchos respectos ha estado caracterizada por el sueño letárgico que ha distinguido siempre el espíritu de coloniaje; y si tambien es cierto, que en una edad posterior, hemos venido sufriendo los sacudimientos convulsivos de las dolencias infantiles, tambien es evidente, que en el fondo de tanto sufrimiento, la voz de Dios se hace oir omnipotente y segura, para ordenar que la humanidad marche con firmeza y llegue á los altos destinos que le tiene preparados en un teatro lleno de grandeza y majestad.

El mundo conoce hoy la importancia de este continente y la conoce bastante para ensalzar y engrandecer cada dia más, el inmortal y augusto nombre de su descubridor, así como tambien el nombre ilustre de los personajes que han contribuido á su mejor conocimiento. Las generaciones anteriores entrevieron y admiraron la colosal influencia de América en los destinos ulteriores de la humana estirpe; pero la magnitud de esta influencia, no será apreciada en toda su importancia sino por las generaciones venideras.

Medellin, julio 4 de 1878.

UN RECUERDO AL 2 DE MAYO DE 1808.

POR FRANCISCO A. ZEA.

Odio á todo frances! No haya ninguno
Que no se lance contra Francia en guerra.
La cuchilla empuñad, no quede uno!
Truene el cañon por la anchurosa tierra!

¡Gloria á todo español, á todo bravo
Que sostenga un fusil con brazo fuerte!
Su noble sien coronarán al cabo
Lauros que, en sangre, empapará la muerte!

Sangre, sí, y sangre de extranjeros ruinos
Hartará vuestra sed, canes rabiosos!
No espereis á que os llamen los clarines....
Sangre vais á beber, bebedla ansiosos!

Romped contra esa turba de traidores
Con asombro y vergüenza del tirano!
Os quieren dominar como señores;
Jamas! miéntras aliente un castellano!

Seamos siempre lo que siempre fuimos!
Que nadie vuelva atras piés ni cabeza!
Sús! no empañeis cuanto brillante hicimos
Con mancha de deshonra ó de torpeza!

No hay fusiles? no hay lanzas? no hay cañones?
Qué importa ¡vive Dios! sobra el aliento!
Todo el poder de cien Napoleones
No basta á sufocar nuestro ardimiento!

¡Guerra al conquistador envilecido,
Y á tu odiosa altivez, Francia villana!
Ves tu soberbio ejército aguerrido?....
El lobo aulla en pos..... ay dél mañana!

De la fortuna te encumbró el capricho;
Mas tiembla de ella ¡oh Francia! en sus reveses!....
Españoles ¿qué haceis? *Allons* han dicho?
Pues bien! *allons* á degollar franceses!

UN COMPADRAZGO EN LA MONTAÑA.

POR PEDRO A. ISAZA Y C.

Todo el mundo sabe que en la revolucion grande, es decir cuando el General Mosquera *enchambranó* este país en el año de 1860, andábamos los pobres granadinos como gallinas en árból: unas veces arriba y otras abajo.

En aquella época aciaga para la República, se alborotó la colmena y salió el enjambre. Los que fueron muy ambiciosos, ó muy *patriotas*, se armaron por sí y ante sí caballeros andantes y se largaron por esos mundos de Dios, á *desfacer* agravios y enderezar tuertos, jurando por la cruz de su espada, no dormir á cubierto, ni comer pan á manteles, hasta no ver la República libre y tranquila del feroz tirano. Pero es lo bonito del asunto, que cada bando tenia sus *manchegos* y que brotaban Quijotes como abejas en enjambre.

Yo, que siempre he sido un pobre pazguato y que le tengo un miedo espantoso al silbido de las balas, resolví *meterme á mártir*, como lo hicieron otros tantos, y llevé mi humanidad á una de las montañas del pueblo de X, en donde uno de mis amigos tiene su hacienda. Allí aguardaba desesperado, que *los patriotas* de mi tierra resolvieran de quién quedaba la vaca, para salir con mis honores á contar mentiras, como lo hacen todos.

En una de aquellas correrías tropecé con Sántos Rico. Es éste un hombre que ni es santo ni es rico; pero sí un campesino honrado, labo-

rioso y formal como ninguno, aun cuando tiene un modo especial para expresarse que lo hace aparecer medio bellaco.

Como los medellinenses tenemos un genio *tan dulce* y somos *tan afables, cumplidos y corteses* fuera de la capital, para tener el gusto de no saludar más tarde á los que nos han llenado de atenciones en su pueblo; y como yo necesitaba á Sántos, dí modo y maña de relacionarme íntimamente con él, para que me trajera del pueblo los cigarros que consumia y las cartas que me llegaban.

Mi permanencia en las montañas se prolongó por algun tiempo y nuestra amistad se afianzó, debido á que solicitó mi persona para que le sacara de pila lo que habia de nacer pronto, pues Micaela, su mujer, estaba en *malos zapatos* como él decia.

Yendo dias y viniendo dias, se dió la batalla de Santa Bárbara y con su resultado se abrieron de par en par las puertas de Antioquia, y pudieron penetrar, sin obstáculo alguno, las armas vencedoras.

Entónces regresámos los *mártires* al seno de nuestras familias, y sucedió lo que sucede precisamente en estos casos. Fuimos los que más intrigámos, los que más perseguimos á los vencidos y los que más ínfulas nos dimos. Por eso es mundo!

Sántos, que vino en aquellos dias á traer una comunicacion y que me encontró enrolado entre generales y coroneles, me dijo con cierto aire de malicia, que me lastimó hondamente:

—¿Y qué tal compadre, conque recogiendo *vaniaos*, eh?

Yo no supe qué contestarle y por lo mismo procuré, cuanto ántes, salir de él, ayudándole á despachar su comision.

Cuando se marchaba me dijo: "Adios, compadre; hasta muy pronto que tengamos el gusto de verlo por allá; y como ahora no está *pordebajiao*, ya sabe que no tiene que andar por los *deshechos*."

—Adios, Sántos, le contesté; saludes á mi comadre, y que hasta que nos veamos.

La palabra empeñada por un montañes antioqueño, cuando se trata de compadrazgo, es inviolable; por eso yo aguardaba de un momento á otro el anuncio de que Micaela estaba en cama; y más de una vez habia pensado en comunicarle á Elisa el compromiso que tenia contraido con Sántos, para que ella se previniera, pues naturalmente debiamos cargar juntos; pero unas veces por olvido y otras por no molestarla, porque á ella le disgustan esas funciones, me habia callado y aguardaba á que los acontecimientos se sucedieran espontáneamente.

Poco tuve que esperar, pues algunos dias más tarde recibimos una cartica concebida en estos términos:

"Respetados señores.

"Con cuánto placer mando coger la pluma para saludarlos en union de su respetable familia, deseando que al recibo de ésta se hallen gozando de cabal salud, como mi fino amor lo desea. La mia es buena, á Dios las gracias.

"Esta se dirige para decirles que ya Micaela salió de su cuidado dando á luz una niña muy robusta, y que los estamos aguardando para sacarla de pila conforme estamos *apalabriaos*.

"Reciban saludes de todos los de esta su casa y el fino amor de su compadre.

Sántos Rico."

¡Aquí fué Troya! exclamé, y no siéndome posible esquivar por más tiempo el peligro, resolví quemar las naves, para lo cual presenté á Elisa la carta diciéndole:

—Toma y lee.

Ese tratamiento la inmutó un poco y á proporcion que iba leyendo se iba nublando el cielo de mis ilusiones; de manera que cuando concluyó la lectura de la carta, tenia la frente más arrugada que bastidor de piano.

—¡Siempre estás tú comprometido en funciones de esta clase, me dijo, y si fuera solo muy bien, porque al fin eres libre y puedes hacer lo que te dé la gana; pero comprometer á una....

—No te molestes, hija, que no hay motivo para tanto. En dos dias vamos, paseamos un poco y les prestamos un servicio á aquellas buenas gentes.

—Pero.... y los muchachos.... ¿Tú crees que yo abandonaria mis hijos y mi casa por andar en fiestas?

—No te afanes, que todo palo tiene comba. Mira: Dolóres, que ha criado esos muchachos y que los quiere como á hijos, se quedará con ellos: nosotros le haremos á ella un pequeño regalo, que de mucho puede servirle, y nos irémos á desentumecer los huesos un par de dias.

—Vaya! puesto que te empeñas, iré.

¡Eureka! Eureka! dijo mi corazon; pero no me atreví á repetirlo con los labios por temor de que Elisa se volviera atras.

—Ahora, hija, vas á decirme, qué necesitas para que salgamos lucidos del apuro.

—En primer lugar cómprate unas varas de linon blanco, trae cintas rosadas y algunas franjas, un ramo de flores artificiales....

—Y.... gallinas, y chocolatico sin harina....

—Animal! ¿Piensas en ir cargando gallinas desde aquí? Lindo seria el paso! Eso lo consigues allá.

—Tienes razon; es que estoy aturdido con el compadrazgo.

—Mira: no olvides que tienes que comprar camisa para el compadre, *camison* para la comadre, regalos para la ahijada y....

—*Ora pro nobis, ora pro nobis, ora pro nobis.* ¡Canastos! Si has de seguir con tus letanías, me vas á dejar arruinado en ménos tiempo que el que gasta un clérigo loco en persignarse.

—Para qué te comprometiste? "Al que por su gusto muere hasta la muerte le sabe."

Conocí que estaba colocado en mal terreno y salí á cumplir las órdenes de Elisa.

Una vez preparado, anuncié á mis futuros compadres, que el lúnes próximo estariamos con ellos; pero no me acordé, al dar aquel aviso, de que nosotros careciamos de bestias, y de monturas, y de frenos, y de zamarros &.ª &.ª &.ª &.ª Allí fueron los trabajos!

Imagínense.... No, no se imaginen nada. Es mejor no referir las peripecias de aquel viaje, porque tendrian que derramar lágrimas, y yo soy enemigo de hacer llorar.

Decia pues, que anuncié nuestra visita.

Entónces se volteó el Cristo y principiaron los sudores para otros.

¡Pobres mis pobres compadres! En el acto sentenciaron á muerte la gallina copetona,

Que con sus crespos plumones,
Orgullosa y soberana,
Iba picando saltones
Sobre la verde sabana.

La huerta recibió una visita domiciliaria, y no quedaron en ella

Ni cebollas *de cabeza*,
Ni ajos, tomates, ají,
Que no fueran á la artesa,
Destinados para mí.

El papayo que se levantaba orgulloso en la mitad del huerto, cuyas altas y *aparaguadas* hojas apénas habian sido visitadas por algun atrevido pajarillo,

El papayo *rumbalé*
Hasta su verde penacho
Sintió trepar un muchacho....
Si es cosa que no se cree!

El hijo mayor de mis compadres fué despachado inmediatamente para el pueblo, en busca de

Chocolate sin harina,
Clavos, pimienta, canela;
Cien cigarros de Molina,
Cominos, jabon y velas.

En la reducida estancia de mis compadres se reunieron todos los vecinos de la comarca, y

En un bochinche completo
De encontradas opiniones
Se dieron disposiciones
Para salir del aprieto.

El uno fué comisionado para ir á solicitar, prestados, el mantel y los cubiertos; otro para conseguir la média botella de vino de consagrar, porque los blancos no dizque sabemos comer sin tomar vino; un tercero para reclutar tazas y platos de loza en las casas vecinas, y finalmente la mujer, más *literata* en materias culinarias, quedaba disponiendo cómo se hacia la conserva y se preparaba la comida.

Una vez terminados estos preparativos se pusieron nuestros futuros compadres á esperar nuestras reales personas, con el mismo ahinco con que los padres del limbo aguardaron el santo advenimiento.

Llegámos.

Mi compadre nos recibió con el sombrero en la mano y por poco me desmonta de un abrazo.

Mi comadre, que daba sus vueltas por la casa, á pesar de su poca dieta, vino á saludarnos entre contenta y avergonzada, trayendo en sus brazos el lazo de union de nuestras familias.

Esta corderita de Dios que no podia saludarnos con el obligado "¡Sacramento del altar, padrinos!" que es la fórmula reglamentaria entre las gentes de la montaña, soltó un vagido más largo que la cuaresma y más agudo que un dolor de muelas. Qué pulmones de angelita!

Yo creí que se le iba á salir la vida por el ombligo, y así habria sucedido, sin remedio, si mi comadre no le hubiera tapado la boca con el pecho.

Oh! aquella casita brillaba por lo aseada. Hasta á mi padre San Benito, que tenia un congreso de santos en un ángulo del edificio, le habian puesto, para aquel dia, su muda de renovacion. Nada estaba mal colocado.

Nosotros entrámos y nos instalámos en una camita ó barbacoa de palos, tendida con un lujo inusitado en aquellas montañas. Debajo de este lecho estaba colgada la batea que servia de cuna á nuestra ahijada, y de allí mismo sacó mi compadre una botella con aguardiente de anis, de contrabando, del que sirvió en un pocillo de loza, sin oreja por más señas, y le presentó á Elisa.

Ella no aceptó, disculpándose con que le dolia la cabeza si tomaba licor, y entónces el desorejado pocillo vino á mis manos. Yo, que tenia bastante sed, supliqué á Sántos que doblara la dósis y una vez conseguido, dije, levantando el pocillo:

Con mucho gusto, compadre,
Voy *á meterme* este trago,
Advirtiéndole que lo hago
A salud de mi comadre.

—Ya lo ves, Micaela, dijo Sántos; siempre sacando décimas de la cabeza. Ese es dón que Dios le dió.

Ellos se quedaron hablando de mis habilidades, y yo me salí á botar una saliva más grande que el sol.

Cuando regresé, estaba el muchacho mayor con el sombrero en una mano y una cuchara con candela en la otra y mi compadre me presentó cigarros en un pañuelo limpio como la conciencia de aquellas buenas gentes.

Yo acepté, porque dizque puedo comer de todo, como dice Elisa; pero ella se abstuvo de hacerlo, porque no ha cometido la necedad, por no decir otra cosa, de contraer ese vicio tolerable en el hombre, pero repugnante y asqueroso en la mujer, y sobre todo en la mujer jóven.

Al fin sirvieron el almuerzo y nos sentámos á la mesa. Yo tenia un hambre de 95° del centígrado, y me sentia, por lo mismo, capaz de digerir un molino con ruedas y todo. Mis compadres se esmeraban en atracarnos, y supongo que nos hubieran hecho reventar si la narracion de la muerte y del velorio de uno de sus hijos, no los hubiera distraido un poco del homicida proyecto.

Como una medida estratégica y con el fin de desorientar al enemigo, les dije:

—Y mucho sufrió el niño, comadre?

—No puede usted figurarse, compadre, todo lo que padeció el querido de mis entrañas. Diez dias se estuvo por la Villa el padrino de aquella criatura y ese mismo tiempo se estuvo el angelito sin *poderse ir pal* reino de los cielos.

—Y qué lo demoraba?

—Pues la bendicion, señor; no ve que no podia irse sin la bendicion de su padrino?

—Es verdad,

—Eso sí, apénas vino mi compadre y le echó la bendicion, se quedó como un pollito.

—Es muy raro eso.

—Y lo bien que se manejó despues mi compadre! Apénas murió, mandó arreglar la túnica y la corona y la copa y los zapatos; arregló él mismo el altar y mandó por la música.

—Vamos por partes, comadre. Copa de qué y para qué?

—Pues una copa de carton, compadre, que llevan los angelitos en las manos para no pasar *sequía* en el camino.

—Bien y ¿habia aquí algun oficial con hormas y herramientas, para que arreglara los zapatos del niño?

—Nó, señor, esos se hacen de carton, tambien, y se les *amarran* á las plantas de los piés para que no se *entunen*, pues como usted sabe, el camino del cielo es muy estrecho y está todo lleno de *tunas*.....

—Tiene mucha razon, sí señora.

—Mi comadre Teresa, que es tan curiosa, arregló todo y despues *prendimos* el baile.

—Usted bailaria mucho; no es verdad?

—Por supuesto. Tres dias que duró el velorio, esos mismos nos estuvimos bailando, y despues le prestámos el angelito á *mano* Tomas, para que lo bailaran una noche en su casa.

—Y aguantó el niño todas aquellas funciones?

—Cómo nó. Si estaba de lo más lindo; parecia vivito.

Calculen ustedes, lectores mios, cómo se hallaria el estómago de los que estaban almorzando al tiempo que referian aquellos hechos, al pensar en que aquel angelito cuando lo llevaron al campo santo ya iba en estado de hacerlo tamales, y que por supuesto

"No es á rosas,
Ni es á claveles,
Ni es á jazmines
A lo que huele."

Como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, nos levantámos al fin de la mesa y principió la funcion de vestida de niña y preparativos de marcha para el pueblo.

A esa hora se *endomingaron* todos los que componian el acompañamiento, y Elisa dió el golpe de gracia sacando su *ajuar*, que traducido literalmente decia:

Una camisa de linon blanco, con moños de cinta rosada.
Un gorro de franjas blancas, con id. de id. id.
Una vara de bayeta roja, con flecos azules.
Una id. de id. azul, con id. rojos.
Un paquete de bizcochuelos.
Un id. de pastillas de chocolate.
Média docena de camisas nuevas, hechas de camisas viejas.

Todo esto fué escoltado por cuatro gallinas capitaneadas por un *desgallo*.

Yo presenté á mi vez la camisa blanca para mi compadre, el corte de zaraza morada para mi comadre y cien cigarros de Ambalema para el uso doméstico.

Arreglado todo quise que nos pusiéramos en marcha; pero es el caso que todavía no habian acabado de vestir á *señá* Teresa, que debia llevar la niña al pueblo. A esta mujer la envolvieron en un pañolon de raso, color café, que prestaron en la vecindad, y se lo prendieron con un alfiler que tenia la efigie de San Jerónimo. Debajo de ese toldo metieron la chiquita y nos pusimos en marcha.

Aun cuando no se conseguia un rayo de sol ni para una necesidad, siempre abrieron el paráguas y metieron debajo de él á *señá* Teresa.

Así entrámos al pueblo, donde despues de practicar algunas diligencias y tocar algunas veces la campana grande, conseguimos que se reunieran el Cura y el sacristan, y que juntos hicieran que la niña saliera del poder del demonio y entrara en las filas del catolicismo.

Cándida Rosa fué el nombre que se le dió, porque mi compadre sostenia que si se le quitaba el nombre que trajo (San Cándido, 3 de octubre) se le acababa el oido en la hora de la muerte, y mi comadre decia que ella se la tenia ofrecida á Santa Rosa y que debia llamarla así. Yo arreglé la diferencia juntando los dos nombres y haciendo de dos simples un bonito compuesto.

Desde entónces he venido á ser el oráculo de mi compadre, en términos que no piensa sino con mi cabeza, ni habla sino por mi boca, y cuando llega una época eleccionaria, siempre me escribe preguntándome cuáles son los candidatos buenos.

Como Sántos ha adquirido algun capitalito ya es medio *gamonal*, y si continúa haciéndose rico, tal vez sacarémos de él alguna cosa de provecho.

Yo por mi parte ofrezco que llegado el caso le haré creer que San Pedro es la madre de Dios.

MELANCOLIA. (*)

POR PEDRO A. BRAVO.

Hoy te ví; y á tu lado, tembloroso,
Mi corazon sentia saltar gozoso....
Mentí!—gozoso no....
Habia solo en mi fúnebre amargura
Una luz, un vislumbre de ventura,
Una ténue ilusion....
Oh! déjame gemir, oh! déjame llorar;
Oh! déjame de flores tu frente coronar.

El licor de tus venas purpuraba
Tu ebúrnea faz, que tu mirar bañaba
En auréolas de amor.
Ondulaban en bucles tus cabellos,
Y fulguraba al detenerse en ellos
Furtiva luz del sol.
Oh! déjame de flores tu frente coronar;
Y un tanto con mirarte mi pena mitigar!

(*) El autor publicó esta composicion en "El Indice", bajo el seudónimo de "Héctor". Posteriormente le introdujo modificaciones.

¡Los rizos en tus hombros virginales!....
Animaba tus labios de corales
Sonrisa celestial....
De tus graciosas formas la belleza
Realzaban, con su noble gentileza,
Tu traje y tu ademan.
¡Oh! déjame en tus rizos, mi queja al entonar
De flores las más bellas guirnaldas colocar.

Mas cuando yo de amor me extremecia,
De repente una sombra oscurecia
Mi espléndida vision!....
Es que en medio de un célico delirio,
¡Ay! me persigue siempre algun martirio,
O asáltame, traidor!
¡Oh! déjame, ensayando con llanto mi cantar,
De rosas sin espinas tu frente coronar.

Es que no pueden de tus ojos bellos
Los esplendentes, húmedos destellos,
Que hacen mi pecho arder,
A los que este del recuerdo encierra
En urna santa, y vélame la tierra,
La vida devolver.
¡Oh! déjame á las tumbas mi paso encaminar,
Y con sus flores déjame tus sienes adornar.

Es que no pueden, no, tus claros ojos,
Ni el carmin bello de tus labios rojos,
Tu faz angelical,
Tus formas de paloma y gentileza,
Saciar mi sed inmensa de belleza
Y mi abismo colmar!....
¡Oh! déjame tus pasos al Bien inmenso guiar,
Y ver que tus coronas las rindes en su altar!

Es que el dolor es mi porcion, señora....
Es que á cada momento, á cada hora,
Mi vacilante sér
Una lucha tenaz y cruel sostiene
Contra una nube, que á velarme viene
Mi paz, mi ansiado bien!
¡Oh! déjame gemir, oh! déjame llorar;
¡Oh! déjame de flores tu frente coronar.

Es que la vida es casi toda penas:
Es que al alma sujetan mil cadenas
Y ella quiere volar
A ese mundo feliz, desconocido,
Do su constante, hondísimo gemido
Por fin espirará!....
¡Oh! déjame que espere, mi canto al terminar,
De rosas de los cielos tu frente coronar!

CAIDA DEL HOMBRE Y SU REHABILITACION.

POR JUAN ESTEBAN ZAMARRA.

(Tema dado á la suerte).

"La caida del hombre y su rehabilitacion" es el tema árido y profundo que me ha designado esta sesion, para tratarlo sumariamente, no en un libro, sino en las columnas estrechas de un discurso. Al meditar sobre la majestad del asunto, comprendo que tengo que atravesar un espacio inconmensurable en esta noble arena, cuando quiera diseñar los puntos culminantes destacados en la materia; y no se me oculta que es de todo punto difícil entrar en el lleno de la cuestion, coronado con el laurel de poeta, y con la lira en la mano, como lo hacian Píndaro y Sófocles al exhibirse en las fiestas públicas de su Patria. *Alea jacta est:* la suerte está echada; inscrito mi nombre como simple soldado de esta cruzada intelectual, permitidme, señores, que tenga la osadía de arrojar mis pálidas ideas al viento de la discusion.

Es una verdad que alumbra como el sol, admitida por todas las generaciones, y sancionada por la filosofía, que hay un Dios autor de la criatura llamada el *Hombre.* Vida, inteligencia, voluntad, y como emanantes de estas tres facultades, *libertad* y *escogencia*, son sus más nobles atributos. Dios le dió *la inteligencia* para comprender el órden establecido en el universo: *la voluntad* para desear este órden: *libertad* para optar entre el órden y el desórden: *escogencia* para seguir prácticamente una de estas dos vías. Prescindid de la *escogencia* en el hombre, y habreis desechado su voluntad y su libertad como ruedas inútiles y embarazosas: habreis implícitamente negado el bien y el mal que dominan en la creacion; y en fin, habreis hecho del hombre, una esencia inmortal sobre la tierra, peaña transitoria, y lo habreis convertido en un cadáver: habreis hallado un no sé qué que no es por cierto el hombre de la humanidad. Los padres del linaje humano recien salidos de las manos del Hacedor, estaban en su puesto, y fueron por tanto, esencial é intrínsecamente buenos, como buenas eran todas las obras de la Creacion. La razon dicta que su descendencia debió seguir las vías luminosas del bien, y estar con el Autor de la naturaleza, en aquella estrecha alianza en que debieron estar los progenitores del linaje humano. Pero la experiencia nos hace palpar que Dios apartó su faz de la humanidad, la cual con un sello ignominioso en la frente y vestida con el asqueroso ropaje de la maldad, rodó de abismo en abismo, hasta ahora diez y nueve siglos hace. Fué que el padre de la humanidad llamado Adan, quebrantó en virtud de su escogencia el órden, que es verdad y el bien á un mismo tiempo: para quebrantarlo tuvo que cerrar su mente á la verdad, y su voluntad al bien, y por consiguiente volver la espalda á Dios, verdad y bien por excelencia: en una palabra, las gentes anduvieron los caminos de la desgracia y del delito, porque Adan prevaricó, pecó, cayó..... A la verdad, señores, esa nube de tristeza es la que baña la frente del hombre, esa angustia mortal que le emponzoña el corazon, esa demoníaca tentacion que le lanza á saciar su sed en la sangre de su hermano, son absurdos vi-

vientes que desafian á las más claras y robustas inteligencias, en presencia de la Divinidad, plenitud del bien, sino se asienta que el hombre es un serafin degradado..... Pero no nos paremos aquí: profundicemos más. Y ¿cómo pudo acontecer que el hombre conocedor del bien, y bueno en esencia, rompiese la armonía universal para maldecir de su Creador? ¿Cómo siendo su mente buena, su voluntad buena y todo él bueno, sus deseos pudieron ser malos? Un panteista, ó un ateo, tendria que decir que el hombre fué originalmente malo, otro que no admitiese la primitiva caida, tendria que decir que el Creador es necesariamente malo, lo que equivaldria á negar su existencia. Pero Dios, bien supremo, y la humanidad depravada, existen frente á frente. Dios no pudo lanzarlo en esas vías, porque esto implicaria contradiccion con su bondad: el hombre no pudo impulsarse á sí mismo, por su bondad ingénita, emanacion de la bondad suprema. ¿Quién lo precipitó, pues? Necesidad, hay, por tanto, de admitir una esencia intelectual y depravada entre Dios y el hombre. Mas aquí podrian repetirse para con esa esencia intelectual, las mismas argumentaciones que hicimos respecto del hombre, y proseguir así en la huella de lo infinito. Pero de aquí no pasa la razon humana: la cuestion tiene fronteras insalvables; y por más que el espíritu se remonte en la region de abstractas cavilaciones, abrumado al fin, con el peso de la cuestion, tiene que plegar sus alas para descender á un abismo pavoroso y sin fondo, si el mismo Dios no le alienta en esas alturas, y con la luminosa antorcha de la revelacion le hace ver sus misteriosos caminos.

La raza de Adan, desparramada sobre el globo, como un árbol gigantesco que, teniendo su tronco en el valle de Senahar, abarca con sus brazos todas las zonas, ha conservado más ó ménos depurado este dogma. Sin hacer gala de una fastuosa erudicion, echemos una ojeada sobre la antigüedad: penetremos por entre la densa niebla que cubre el mundo pagano, y observarémos que la creencia sobre la rebelion del primer hombre y su inmediata caida, está grabada en la portada de los templos y monumentos antiguos. Este credo, dice Voltaire, profundamente entendido en la filosofía de la historia, este credo, constituye el fondo y el espíritu de toda teogonía. Así es la verdad. Eliminadlo, señores, por un momento de toda religion, y la religion tornaráse, como por ensalmo, en humo y ceniza; porque una religion sin penas ni recompensas, hace del vicio y de la virtud sinonimia absoluta, hace de la virtuosa resignacion del mártir, del honor y del deber, de la cristiana caridad de un San Vicente de Paul, una bella insensatez; y á la par de la destruccion de esa hermosa esperanza calentada y arrullada en nuestro pecho, que en humilde lenguaje apellidamos religion, su negativa nos lleva como de la mano á agostar las bellas azucenas con que nos brinda la civilizacion antigua y moderna, á arrojar un paño mortuorio sobre las obras ofrecidas por el ingenio y el arte á nuestra pasmada imaginacion. Fijémonos un instante en la Patria del buen gusto, en esa linda coqueta del paganismo, en la brillante Aténas: Esquiles y Eurípides revistiendo de lúgubres crespones la tragedia: Aristófanes sembrando de melancólicos chistes la comedia: Pericles y Demóstenes mezclando los acentos de su varonil elocuencia al estrépito de las ondas del mar Ejeo: Sócrates y Platon depositando sus puras y augustas enseñanzas en el seno del

porvenir: Tucídides y Genofonte trazando con su buril de oro la historia de las hazañas y miserias de sus compatricios: Apéles animando el lienzo, y Fidias divinizando el mármol, no vendrian á ser á nuestros ojos más que una comparsa de locos y bufones, los cuales se afanaron noche y dia hablando á los mortales un lenguaje sin significacion, unos ilusos, que llamaron espíritu al polvo, vida á la nada, en sus magníficas y sublimes jerigonzas. Pasemos á otros hechos.

La poética edad de oro del reinado de Saturno, no es más que la reminiscencia adulterada del paraíso de que nos habla Moises. Prometeo escalando el cielo para hurtarle al padre de la luz la chispa sagrada que habia de animar su busto de barro; sorprendido en la tentativa, y más luégo, en castigo de su temeridad, condenado á ser atado á un peñasco donde un buitre le despedazaba las entrañas renovadas incesantemente, martirizado con un dolor inexorable, hasta que el Hércules mitológico dió muerte al inmundo animal, esta fábula es una descolorida narracion mosaica. Ese Prometeo, es Adan arrojado de su pedestal: ese buitre, es el espíritu de su conciencia que le atormenta sin remision ni descanso: ese Hércules famoso, es su futuro salvador.....

Los chinos nos hablan de un jardin bañado por cuatro fuentes, sito cerca de la puerta cerrada del cielo: colocan en su centro un árbol cuya savia mantenia la vida; y llaman edad feliz, el tiempo que el hombre moró en esta patria de encantos. Los persas refieren que Ormuz, genio maléfico, se trasformó en serpiente, y luégo persuadió al hombre uncido al suave yugo de Arhiman su creador, que él, Ormuz, era el autor de lo creado y el dispensador de la ciencia: el hombre le creyó, aceptó sus ofertas, anubló su mente y legó á su raza la lepra del vicio. El arqueólogo Mauricio nos refiere que en las tradiciones y monumentos indostánicos se halla grabada la narracion mosaica sin sombras. Humboldt en sus estudios sobre las cordilleras y monumentos americanos, nos refiere que la tradicion bíblica está reflejada en las antiguas tradiciones mejicanas; pues que la primera mujer llamada "Madre de nuestra carne" se presentó al mundo acompañada de una enorme serpiente (así está representada en sus jeroglíficos) por cuya razon es llamada "Mujer de la serpiente".

En una palabra, señores, esta idea ha sido explicada en Judea, en Grecia, Roma y Alejandría; en la escuela gnóstica; y entre los scitas y escandinavos; esa idea es exactamente el mismo dogma oriental de la emanacion: es la doctrina platónica de la reminiscencia: es el drama de los ángeles y genios de Genócrates. Una creencia misteriosa para la razon humana desnuda, acogida por las gentes, es tanto más verdadera cuanto siendo más inexplicable es más universal. La lógica y la historia prueban de consuno que la universalidad no es el tributo de la mentira determinada.

Proscrito Adan del paraíso y proscrito en su cabeza su linaje, puesto que Adan era la síntesis de la humanidad, dió esta principio á su obra poniendo al sol por testigo del fraticidio de Cain. De aquí surgieron las abominaciones sin cuento de la raza adámica, abominaciones cuyo nombre no puede articular la lengua del mortal. Los delincuentes prosiguieron en su carrera de crímenes hasta que el cielo, indignado de tanta maldad, se vistió de luto, y aniquiló el delito aniquilando á sus autores. Sal-

vóse empero la raza depurada en la persona de Noé, segundo Adan, y su estirpe vino á ser el pueblo escogido, el pueblo de Dios. Y al traves de la pajiza luz de los relámpagos, de las humaredas del volcan, del rimbombar del trueno, de la consternacion y del espanto, promulgó Dios, en la cima del Sinaí, sus diez mandatos, que fueron el códice de nuestra altiva, galana y esplendorosa civilizacion. El pueblo escogido, ingrato por demas, despedazó el libro de piedra donde los mandamientos estaban esculpidos para perpetua memoria; los cercenó, los adulteró, los arrojó al olvido. Los pueblos sin regla de conducta, prosiguieron desbocados de crímen en crímen, de abominacion en abominacion, durante siglos prolongados por entre la eterna noche de la ignorancia. Pero hay una singularidad, y es, que no embargante las asquerosas saturnales que manchan las páginas de la historia pagana, brilla á medio extinguirse una idea religiosa que ofrece abundante pasto á las meditaciones del sabio: todos los pueblos de la antigüedad, cultos y atrasados, albergaron la nocion de que eran solidarios de un delito y su castigo consiguiente, y de que era forzoso reconciliarse con la Divinidad, ofreciéndole una víctima espiatoria en holocausto, cuyos méritos, decian ellos, les eran reversibles. Hé aquí, señores, el manantial de los sacrificios sangrientos: una idea solemne depositada en el santuario teológico de la humanidad. Esas creencias arraigadas en el corazon de los pueblos son, señores, el eco repercutido de aquellas elocuentes maldiciones que Dios fulminó contra Adan y su estirpe: son los ecos lejanos de la revelacion que Dios hizo á la raza de Abraham, Isaac y Jacob, cuando aseveró que de ella saldria el reconciliador del hombre para con Dios que, á no dudarlo, era un Hombre-Dios. Hombre, porque fué el hombre quien delinquió; Dios, porque fué Dios el ofendido. Esas mismas creencias mal explicadas y peor entendidas por las naciones del gentilismo, fueron las que hicieron del Astarte de los fenicios, del Hécates de los griegos y romanos, del Moloch de los amonitas, del Baal de los cartagineses, impías e implacables divinidades voracísimas de carne y sangre humana ¡Perversion inaudita del sentido comun! La filosofía reconoce y acata el hecho; pero no investiga el por qué de ese hecho, abandonada á su sola inspiracion; porque de consecuencia en consecuencia, de sofisma en sofisma, de ilusion en ilusion, niega lo mismo que afirma, dilatándose en sus comentarios hasta llegar á los confines nebulosos del ateismo. Respetemos los hechos; pero no los neguemos, si no podemos explicarnos sus causas: es la docta enseñanza de la moderna filosofía basada en la observacion. Concluyamos.

Al terminar las siete semanas de Daniel, una porcion de la humanidad yacia sin patria, sin familia y sin derechos, inscrita en el catálogo de las bestias destinadas á saciar la avaricia de sus usurpadores. A ese tiempo apareció el Cristo, y con él una nueva aurora que coloreó el horizonte de los pueblos: él esparció sus enseñanzas en los cuatro ángulos del mundo; y predicó su doctrina de la regeneracion social.

De entónces acá vino á comprenderse que si los hombres son iguales ante Dios, no son desiguales ante los mismos hombres.

Que la libertad es ingénita en el hombre, que es el mismo hombre; que ella es inalienable, porque el que la enajena se suicida.

Que el respeto á esa libertad constituye la dignidad humana, la soberanía individual.

Que el conjunto de estos soberanos forma la sociedad.

Que el que invoca la libertad social, el derecho social, invoca la libertad y el derecho de cada uno de los asociados.

Como consectario de lo expuesto, se pregona:

Ningun mortal ha nacido con derecho al mando. Los amos, los tiranos y los déspotas, están en abierta rebelion contra la celestial doctrina del Calvario; son los ladrones de la personalidad humana. La tiranía, el despotismo y el dominio sobre su semejante, no tienen á los ojos de la filosofía cristiana, más títulos, que el rebenque del verdugo, las puntas de las bayonetas, y la metralla de sus cañones. Quienquiera que ose dictar lecciones estableciendo jerarquías opresoras, ó haciendo de un semejante la bestia de carga de su semejante, es reo de lesa humanidad: sus doctrinas son abyectas y fementidas; y pueden considerarse, segun la bella expresion de un literato contemporáneo, como el último ensueño de la crápula en delirio.

Pero el hombre encastillado en su propia personalidad seria el emblema del egoismo. Una reunion de hombres semejantes seria un agregado de moléculas humanas sin cohesion y sin afinidad. Para formar una masa compacta que tendiera á la fusion de los intereses individuales, se concretó la parte sublime de la predicacion del Cristo á recomendar el sacrificio de un hombre en favor de su semejante; á unir á los individuos por el deber, por la caridad; á hacer de los hombres un pueblo, no de siervos, sino de hermanos.

Ya el hombre preguntado por su hermano no puede responder á manera de Cain: ¿soy yo, acaso, el guardian de mi hermano?

El mundo progresa, porque progresar es ir poniendo en planta diariamente las páginas del Evangelio.

El Evangelio por sus doctrinas de paz y caridad tiende á confundir al género humano en una sola familia.

Ya lo estamos presenciando.

La civilizacion oriental y la occidental salieron de una misma cuna y partieron por caminos opuestos; la primera tiene su vanguardia en el Japon y en la China; la segunda en Francia, Inglaterra y Alemania, y se han dado cita en el continente americano. Gracias: gracias, sí, mil veces, á la ley de fraternidad consignada en el Evangelio.

Por manera que este continente está llamado á grandes destinos. Aquí se verificará el fenómeno portentoso, entre todos los portentos ofrecidos por el progreso, de ver á la sesuda y melancólica civilizacion occidental engalanada con el manto color de íris de la civilizacion oriental.

De esta manera el género humano que comenzó por una sola familia, soberana del mundo, acabará su carrera en otra gran familia, absoluta señora del mundo. Unida por la caridad, sin más ambicion que la de otra vida futura, será la gran ciudad de Dios, la especie-Adan regenerada, con la tierra por peaña y el firmamento por dosel.

Por más que cerremos los ojos á la evidencia, la completa civilizacion cristiana, es la completa regeneracion humanitaria, cuyos principios preludiados en la tierra, por obra y gracia de aquel que la invocó en el Calvario y murió la muerte del justo entre muchedumbres de esclavos deicidas, acabará su espléndida y soberbia obra en el cielo.

EL MENDIGO INVALIDO.

POR JUAN C. ARBELAEZ.

I.

Vedlo! recorre pensativo y triste
La ciudad apoyado en su bordon,
Y, levantando su mirada, pide
Una limosna por amor de Dios.

Al dintel de las puertas reclinado
En balde clama con doliente voz;
No hay un sér que se duela de sus penas,
Ni una voz que consuele su dolor.

Se revela en sus ojos el tormento
Que lacera su triste corazon.
Pobre mendigo! Su mirada triste
Ni una mirada compasiva halló.

En otro tiempo compañeros tuvo
Que admiraron su gloria y su valor,
Y hoy del mendigo la mirada apartan,
Añadiendo á sus penas el baldon.

II.

Es ya la noche: entre festivas danzas,
Entre brindis y plácido solaz
Se deslizan las horas del amante
Que velozmente resbalando van.

El mendigo, sin techo que lo cubra,
Enhambrecido y cavilando está;
Oye los ecos de lejana danza,
Y se inclina de nuevo á tiritar.

En el salon del baile se perciben
Mil acentos fugaces resonar;
Suaves perfumes el espacio llenan,
Y mil antorchas su fulgor le dan.

Cubre al mendigo el anchuroso palio
De azul teñido, y do su limpia faz
La luna muestra al trasmontar la sierra
Del Monserrate que dorado está.

III.

Es su música el silbo de los vientos,
Por techo el cielo cubre al infeliz,
Sus harapos lo arropan tristemente,
Sin que haya un hombre que lo albergue allí.

Vuelve otra vez á comenzar la danza
Sobre el mullido, espléndido tapiz;
Se ven girar en torbellino raudo
Las hermosas de labios de carmin.

Pobre mendigo! Al escuchar las notas
Que el eco en torno goza en repetir,
Lágrimas gruesas sus mejillas sulcan,
Partes del alma que vertió infeliz.

Ah! si su estrella le negó la dicha
Que el falso mundo le brindara aquí,
Debe enjugar sus calorosas lágrimas,
Que Dios le ofrece el cielo en porvenir.

EL DEBER.

POR RICARDO VILLA.

No hay momento, estado ni situacion de la vida en que el hombre no tenga qué cumplir con un deber. Tiene deberes qué llenar, ya se le considere aisladamente, en relacion con su Criador, ó en relacion con sus semejantes; ya se le suponga ejerciendo funciones públicas ó privadas; ya como superior ó como inferior; en fin, basta existir para tener obligaciones, y en este sentido, vivir es lo mismo que obedecer.

La sociedad no puede concebirse si cada asociado no cumple con los deberes que le corresponden; y la felicidad social sólo depende de la buena armonía que reine entre los hombres, cumpliendo cada cual con las obligaciones á que está sujeto.

El hombre tiene deberes para consigo mismo, deberes de conservacion y perfeccionamiento. Su vida no le pertenece; debe por lo mismo conservarla, no sólo no atentando contra ella, sino tambien no haciendo nada que pueda contrariarla, como cuando se deja dominar por las pasiones. Su ley es el perfeccionamiento, su destino la felicidad; debe, pues, procurar el desarrollo de todas sus facultades, y seguir el camino que conduce á la verdadera dicha, que es el del cumplimiento de todos los deberes.

El hombre no se debe á sí mismo la existencia, es una criatura, y como tal tiene obligacion de reconocer á su Criador, de seguir sus mandatos y de aspirar á su posesion con la práctica de todas las virtudes.

Los deberes hácia Dios son la base y la fuente de todos los demas deberes, y su conjunto constituye la *Religion*.

Como miembro de la sociedad, el hombre tiene deberes para con la entidad moral llamada Gobierno y para con cada uno de los asociados.

Al Gobierno debe respeto y obediencia, fuera de los casos excepcionales en que se le puede desobedecer y resistir. De la obediencia general al Gobierno nace el órden público, á cuya sombra se mantienen las garantías individuales y prosperan los pueblos. Las revoluciones injustas son la violacion de todos los deberes.

Para con sus semejantes el hombre tiene muchos y variados deberes, que pueden resumirse en estos dos grandes preceptos: *No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti, y haz á los otros lo que quisieras que hicieran contigo.* Por el primero, el hombre está obligado á no hacer ninguna clase de daño á los demas hombres; por el segundo, se prohibe el egoismo, gérmen de tantos delitos, y se prescribe el bien, fuente de goces públicos y privados. Ambos preceptos se fundan en el amor al prójimo, ley de las almas, único lazo que puede unir los espíritus.

Existe aún otra sociedad, base de todas las demas sociedades, en la cual el hombre tiene tambien deberes, de cuyo cumplimiento pende la felicidad pública: tal es la familia.

Cada familia es un santuario donde el niño, bajo la direccion de sus padres, se ejercita en el cumplimiento de todos los deberes, para que sea mas tarde, como hombre, lo que está llamado á ser en su doble carácter de ciudadano y de hombre privado.

Pero para que el niño se forme tal cual debe ser, es preciso que los padres comprendan y practiquen los deberes especiales que sobre ellos pesan, deberes de educacion completa, desarrollo de todas las facultades morales, físicas é intelectuales; deberes que, llenados con escrupulosidad y conciencia den hijos sumisos, respetuosos, instruidos, virtuosos y abnegados. En el hogar doméstico se forman los que se llaman hombres de bien en toda la extension de la palabra, y los que deben fundar nuevas familias encargadas de mantener una tradicion no interrumpida de virtudes y de laboriosidad; eslabones de esa cadena que forma las generaciones humanas y que llevan el gérmen de la felicidad ó de la decadencia de los pueblos.

Del deber cumplido nace el más bello ideal que podemos formarnos de una sociedad. Si los gobernantes y todos los empleados públicos cumplen con los deberes especiales que les trazan las leyes, la justicia reinará, y con ella la paz, la seguridad, la prosperidad en todo sentido. Los hombres serán libres porque sus derechos son respetados; serán iguales porque entre ellos no harán diferencia ninguna las leyes y las autoridades; tendrán seguridad en sus personas, en sus propiedades y en su honor, porque la fuerza, única que puede violar tan sacrosantos bienes, desaparecerá ante el reinado de la justicia; en fin, habrá paz, la verdadera paz que destruye todo temor, todo sobresalto, tanto en los gobernantes como en los gobernados.

Cuando los hombres llenen todos sus deberes, la sociedad entrará en ese equilibrio moral que sólo el delito puede destruir. Entónces los hombres no se contentarán con ser justos y dar á cada uno lo que es suyo, sino que se desprenderán gustosos de lo que les corresponda para auxiliar á sus hermanos y proteger al desvalido. Los litigios disminuirán y la palabra dada será como una escritura; el apoyo mutuo levantará al

pobre y dará fuerza al débil; el honor individual y de las familias será tan respetado como el propio; las relaciones sociales adquirirán la franqueza que trae la dicha, la cultura que ameniza la vida, el respeto para con los superiores y la benevolencia para con los inferiores; lo tuyo y lo mio, palabras que han causado tantos desórdenes, tendrán entónces su verdadera significacion y su verdadero valor.

Tan hermoso ideal no es una utopia que sólo pueda existir en la imaginacion de los hombres honrados; es posible, si no en todo, en parte, como sucede en pueblos de moralidad arraigada y general, como se verificó entre los primeros cristianos, que llenos de una fe ardiente y activa, vivian unidos por el santo vínculo del amor y de la más completa igualdad; igualdad en que los grandes se abaten para elevar á los humildes, y que sólo el cristianismo ha predicado y puede establecer.

El reinado del deber solo puede existir bajo una condicion: *la unidad;* unidad en Dios por medio de Jesucristo; unidad en Jesucristo por medio de su Iglesia; unidad en la Iglesia por la obediencia á todos sus preceptos. Esa unidad era la que pedia nuestro Redentor en aquella sublime oracion que pronunció en su última Cena; "Ruégote que todos sean una misma cosa, y que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros."—Esta unidad, que sólo puede realizar el amor, se verificará cuando todos los hombres, bajo el amparo del Padre comun, formen una familia de hermanos.

QUIERE AMANECER.

POR EPIFANIO MEJIA.

(En la posada de Malabrigo).

Están oscuros los horizontes.
Por el Oriente fúnebre-azul
Va despuntando, va despuntando
La luz del alba, la blanca luz.

Desvanecidas nubes de perla,
Oro y topacio, rosa y carmin,
Se van regando, se van regando
Sobre otras nubes de azul turquí.

Rios de grana; mares de fuego
Desde la abierta bóveda azul,
Van derramando, van derramando
Sus caprichosos campos de luz.

Abre los ojos, esposa mia,
Mira la AURORA.... ya viene el sol....
—Tanta belleza, tanta alegría,
¿Dime qué es esto?.... —Cosas de Dios.

1869.

QUIERE ANOCHECER. *

POR RICARDO LOPEZ C.

(A EPIFANIO).

Cubren los campos sombras inmensas
Cuando á lo léjos el rubio sol
Se va ocultando, se va ocultando
Tras nubes densas de oro y crespon.

Ya en los oteros y en las colinas
Y en las montañas la última luz
Se va cambiando, se va cambiando
De alegre en triste, con lentitud.

Buscan las aves su nido amado,
Su choza humilde busca el pastor;
Se van durmiendo, se van durmiendo
Seres y seres en profusion.

Viene la noche con sus misterios,
Se alza la luna con su esplendor.
¿Quién no repite con el poeta
De la mañana: "cosas de Dios!"?

Abril-1878.

ANOCHECIÓ. **

POR JOSE JOAQUIN HOYOS.

(A EPIFANIO Y RICARDO).

Cubre los campos fúnebre velo;
Ya ni un destello se ve del sol;
Se va acabando, se va acabando
Uno por uno todo rumor.

La brisa sopla, riza la fuente,
Mece las flores en el vergel;
Va derramando, va derramando
Con sus perfumes dulce embriaguez.

Miles de estrellas que allá en el cielo
Brillan con tenue, pálida luz,
Van resbalando, van resbalando
Por el espacio límpido azul.

Por el Oriente brilla un reflejo....
Sale la luna.... qué hermosa es!....
Va iluminando, va iluminando
Toda la tierra.... Dios que nos ve!....

Abril-1878.

* Inédita.
** Inédita.

DISCURSO

dirigido á los alumnos del Colegio académico de Antioquia, el 1.° de noviembre de 1836.

POR MIGUEL URIBE RESTREPO.

Felices vosotros, jóvenes estudiantes, que bajo la direccion y bajo los auspicios de preceptores tan juiciosos como ilustrados, os apresurais cada vez más á recoger con ansia y cosechar á manos llenas las sanas doctrinas y los preciosos rudimentos que os imparten ellos con tierna diligencia y con esmero. Felices, lo repito, pues que desembarazados de las trabas y cadenas con que el más fiero y bárbaro despotismo oprimió el pensamiento en estas regiones, podeis ya lanzaros con atrevimiento y con un libre entusiasmo en la vasta carrera de los conocimientos humanos.

Libre la imprenta, vehículo precioso y el conductor más seguro de las luces, sin la inquisicion, sin ese monstruo horrible y detestable que nutrió la España en su seno y trasplantó despues á la América con escándalo de la razon y de la filosofía, abierta y franca la comunicacion del granadino con las naciones cultas de la Europa y con las del mundo entero, multiplicados en nuestras provincias los colegios y casas de educacion, desterrada de estos establecimientos la jerga escolástica y sus fútiles y frívolas cuestiones que léjos de ilustrar y perfeccionar el entendimiento humano, no producian otro efecto que el de enmarañarlo y confundirlo más, y el de investir, despues de muchos años de tareas y desvelos, de los títulos del doctorado y de la sabiduría á quienes nada más habian aprendido que á enfurecerse gritando: sustituido al frenético furor del peripato y á su absurda y tenebrosa enseñanza el método analítico y filosófico, método que ha hecho y hace en el mundo intelectual y moral mayores y más estupendos prodigios que los que obrara Arquimedes con su palanca física levantando y conmoviendo el universo entero: provistos y enriquecidos con mayor abundancia de libros clásicos y elementales que un comercio benéfico importa en nuestro suelo y nos expende á precios más cómodos; y en fin, abierta al granadino la carrera del honor y de la gloria y pudiendo optar á todos los destinos políticos, civiles, militares, ó eclesiásticos: no hay que dudarlo, jóvenes amantes de la sabiduría, nada es capaz de detener el movimiento rápido y progresivo que se ha impreso ya al pensamiento en estas comarcas y el cual las elevará muy pronto á la cumbre de la riqueza, del poder y de la civilizacion.

Un fanatismo audaz pero impotente en vano clamará, en vano rabiará, en vano exasperará los ánimos á fin de derrocar las instituciones establecidas, juradas, consagradas y obedecidas por la Nacion, y á las cuales no se puede tocar, aun para el laudable fin de mejorarlas y perfeccionarlas, si no por los medios pacíficos y legales que ellas mismas han sancionado. El fanatismo, esa sed ardiente de dominarlo y avasallarlo todo, ese celo exagerado y frenético por la religion á la cual se insulta, se huella y se desprecia desde el momento en que se le invoca para el mal y para el desastre, el fanatismo con toda su negra cohorte, la supersti-

cion, la ignorancia, la preocupacion y las pasiones malévolas, reducido á sus miserables trincheras morderá el polvo despavorido y temblando, será sofocado con su propio aliento, y se desgarrará á sí mismo las entrañas sin que logre obtener de sus vanos é impotentes esfuerzos más que la rabia, la desesperacion, la vergüenza, el oprobio----

¿Y quiénes serán, jóvenes aplicados y virtuosos, las personas encargadas de proseguir y consumar este ilustre triunfo? ¿Quiénes han de sostener y vindicar los sagrados derechos de la razon y de la verdad en estas regiones cubiertas en otro tiempo de las nieblas de la más crasa y vergonzosa ignorancia y abiertas hoy á la benéfica influencia de los rayos de la filosofía y de la civilizacion? ¿Quiénes, los que han de postrar ese monstruo horrible del fanatismo que ha cebado su saña en todo el mundo cubriéndole de luto, de lágrimas y sangre? Vosotros: sí, vosotros sois, jóvenes ilustres, el ejército glorioso que desde hoy destaca la patria para conseguir esa gran victoria. Vosotros que sois sus designados para fijar irrevocablemente en este suelo el imperio de la razon ilustrada. Qué bella mision! Cuántas mejoras! ¡Qué rápidos progresos en las artes, en las ciencias, en la industria espera la patria justamente de vosotros! De vuestro seno han de brotar y brindársele hombres eminentes en todos los ramos de los conocimientos útiles: políticos, legisladores, jurisperitos, matemáticos, poetas, oradores, filósofos, ministros dignos del Santuario----Vosotros formais, jóvenes, el plantel precioso y fecundo donde deben germinar, nutrirse y fructificar todas estas plantas útiles al Estado.

Ánimo, pues, jóvenes estudiantes, continuad vuestra gloriosa carrera con el entusiasmo de la aplicacion y de la constancia. Someteos con docilidad á los consejos de vuestros maestros, recibid con agrado sus útiles preceptos, grabadlos profundamente en vuestro ánimo. Así os perfeccionareis cada dia más y más, así os distinguireis del comun de las gentes, y así vendreis á ser verdaderamente útiles á vosotros mismos, á vuestras familias y á la patria.

Sala de Patrimonio Documental

EL HUEVO.

POR CAMILO A. ECHEVERRI.

Señor doctor G. G. G.

QUERIDO AMIGO:

I.

Me senté á esta mesa, con la más firme intencion de escribir un artículo – que me pediste – sobre el huevo.

Pero estoy preocupado; no tengo en el alma aplomo para nada. Me cuesta trabajo llevar el ánimo á determinado objeto y hacerlo que ande en determinada direccion.

Si no lo llevo al huevo, conténtate siquiera con el título.

Despues de dejar estos dulces campos y esta dulce casa el 15 del corriente – poniendo punto á las sabrosas semanas que pasé aquí con mi familia – volví á entrar ayer á la tierra y á la casa.

¡Qué silencios tan rumorosos y expresivos los que siente uno vagar en un edificio vacío, que otra vez vió lleno de gentes amigas y queridas!

Qué frio se siente el aire! ¡Qué actitudes tan fantásticas, tan graves toman todas las cosas: los bancos, las mesas, los espejos, los estantes, las paredes, las camas, los roperos!

Le da á uno miedo de parecer irreverente si turba esa tranquilidad, ó si trata de hacer brillar una sonrisa ante esas fisonomías glaciales!

II.

Y en los campos es igual.

Recuerdo que–cuando estaba yo en Medellin, hace ocho dias–monté á caballo y me fuí á pasear por la Quebrada arriba. Eran las 7. La mañana estaba hermosa como las más hermosas de diciembre.

El cielo estaba limpio. Sobre su fondo azul pasaban algunas nubecillas crespas, blancas y livianas como copos de algodon. El sol recien salido brillaba en las fuentes y en la escarcha.

El aire estaba liviano, seco y frio y se sentia bajar de Santa-Elena deliciosamente blando i perfumado.

Mucho me gustan las tardes de verano; pero me parecen preferibles las mañanas.

Es que, por la tarde, todo lleva el sello del peso del calor del dia. Las flores están acezando, magulladas y empolvadas; las hojas, inclinadas y marchitas; el horizonte se oculta entre brumas y vapores. Todo se ve–y está–adormecido, sufocado, exhausto.

Por la mañana–al contrario–todas las cosas–en el aire y en el campo–están risueñas y frescas: los pájaros cantan, el mundo despierta; la vida y la salud, la luz y los perfumes llenan los abiertos y claros horizontes.

Yo iba contento y quise–por mi mal–mirar al "Salto de Bocaná".

Allá–en toda la extension de esa quebrada–tenian lugar nuestras divertidas cacerías de venado, cuando–muchachos aún–tomábamos, despues de la misa primera, la trailla y nos internábamos en lo más negro de la vieja selva, y trepábamos por "la peña del afligido",

> Donde el torrente bramador cayendo
> Mazos de perlas con primor desgrana
> Entre estériles chusques temblorosos
> Y entre yarumos de color de plata.

De aquellos peñascos negros descendiamos, al fin–ligeros como la res que perseguiamos y–corriendo y cruzando sin cesar–é inundados de sudor y jadeantes, gritábamos y espantábamos á la pobrecilla, y la deteniamos, y la haciamos retroceder y la obligábamos á dar mil vueltas hasta lanzarla por la "Cabecera del Salto."

Todo quedaba entónces concluido.

Unos iban dos cuadras mas abajo á coger el venado que–rotos los huesos–estaba ahogado y dando vueltas en el remolino que lame y la-

va eternamente la taza de piedra en que el torrente cae: otros se quedaban para aguardar los perros, amarrarlos y llevarlos, por la orilla, al pié del Salto.

Entónces salian las *hojas de carne frita* y fiambre; cada cual ponia alguna golosina en el acervo, y comiamos todos casi hasta reventar. Encendiamos cigarros, descansábamos y bajábamos despues á Medellin á pié y con el venado atadas las cuatro patas y colgando de una palanca.

Y qué altivos entrábamos!

Hoy no puedo ver el Salto sin llorar ó sin sufrir.

¿En dónde están mis compañeros de esos tiempos?

Mi hermano Manuel, Juan Francisco López, Paulo Emilio Jaramillo, Pedro María su hermano, José I. Gutiérrez, Francisco A. Zea, Francisco A. Escobar, Eugenio Prieto, Lázaro Santamaría....todos han ido muriendo de enfermedades ó de accidentes varios!

Y todos, ménos uno, eran mis contemporáneos!

Yo—á veces—cuando hablo del Salto, siento que se me quitan los años y vuelvo á vivir—muchacho aún—en medio de esos recuerdos perfumados.

Pero si fuera al Salto lloraria. Porque veria que esos recuerdos alegres son mentiras y que las desgracias que nos desbandaron son verdades!

III.

Sabes? Lo que ha dado en gustarme son las flores.

¿Por qué le gustan las flores al que llora?

¿Será porque espera que no pueden comprender que él llora, ó porque cree que—aunque lo comprendan—no profanarán sus lágrimas ni lo venderán?

Dicen que las flores eran todas blancas; pero que algunos rayos de luz que se quedaron en la tierra en la noche primera de la creacion, durmieron en sus cálices y les dieron sus colores.

—

Me gusta un ramillete vestido, con profusion, con los colores del iris.

Me encanta ver cómo los pétalos—en el momento de los amores de la flor—redoblan el brillo y la energia de sus matices para adornar dignamente el lecho de esa esposa sin mancilla.

¿Quién dijo al estambre y al pistilo que ellos dos debian amarse un dia? ¿Qué atraccion, qué voluntad, qué instinto les enseña que esos cálices que—como coronas de esmeralda, de topacio, de zafir y de rubí, ciñen la frente de los campos han de ser un dia los templos de su mistico himeneo?

¿Quién les señala el momento supremo de ese amor? ¿Quién inclina al estambre en unas flores y en otras al pistilo para ponerlos en contacto y hacer que se den ese beso perfumado, castísimo y ardiente? ¿Quién sabe cómo sentirán allá ese beso que hace de una virgen una madre y que deposita en sus entrañas el elemento de la semilla, esa esperanza de la flor?

—

No puede negarse que por cualquiera parte que el hombre avance en línea recta, llega forzosamente á Dios.

IV.

No puede, por lo mismo, negarse que esa tela de cal que constituye la cáscara de un huevo encierra cosas grandes y misteriosas, que mueven á estudiarla con respeto.

¿Encierra esa cáscara alguna cosa viva?

No.

¿Hay en ella alguna puerta por donde algo que esté vivo pueda llegar á su interior?

No.

Esa cáscara envuelve una cosa oscura y muerta, ni más ni ménos como las apartadas paredes del abismo envolvian al informe cáos.

Por eso el polluelo que—sin recuerdos de madre, sin historia de vida, sin otra conciencia que la de su sér—sale á la luz por vez primera, debe sentir una extrañeza y un pasmo parecidos á los que Adan sintió cuando—preparado el dosel que debia adornar su triunfo—lo sacó Dios de los callados senos de la Nada.

—

El fenómeno de la reproduccion—inexplicable siempre—no pasma tanto en los vivíparos como en los ovíparos. En los primeros, la criatura que ha de vivir está constantemente en contacto íntimo con las entrañas de su madre y puede recibir de ella los jugos que, más tarde, han de formar sus huesos, sus nervios, sus tendones, sus músculos, su sangre.

El pollo entre su cáscara nada recibe: él debe, como el filósofo, llevarlo todo consigo.

Más claro: una yema y una clara son un pollo en otra forma.

Cuando el pollo nace, nada queda dentro del huevo; luego el pollo es el mismo huevo sin cáscara y que camina y pía.

No es maravilloso ésto?

—

Con un poco de calor ¿cómo vienen á transformarse en un sér vivo esas dos materias muertas? Saliendo de entre dos materias húmedas y viscosas ¿cómo sale seco el pollo? Viviendo en aquella estrecha cárcel, llena de cosas ensuciadoras ¿cómo sale más limpio que un armiño? ¿Cómo sabe que hay un mundo y que ha de tocar él mismo á las puertas de la vida? ¿Por qué golpea la cáscara con su piquito? ¿Cómo, así que logra romperla, detiene un momento su trabajo y respira y cobra brío para seguir practicando su simétrica abertura?

—

¿Has visto salir un pollo de su cáscara?

Pues mira. Roto, apénas, por mitad el huevo, el nuevo viviente aparta con la cabeza la média cáscara primera y arrastrándose por la otra, avanza instantáneamente por entre ella y se detiene de pié sobre su borde.

Está como pensando si le traerá bien ó mal el cruzar ese dintel.

Por fin abre las alitas y como cantando el himno de la creacion, deja oir sus voces llenas de dulzura y de alegría.

Cuando yo veo á este recien nacido sobre el borde de aquella cáscara vacía, me figuro cómo cantaria Lázaro, al borde de su sepulcro, el himno de su santa resurreccion.

Canaan—1868—agosto 27.

A MI AMIGO CAMILO FARRAND.

POR GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

El arte, más audaz que Prometeo,
A los cielos su luz clara robó,
Y aún no ha mandado en su castigo el cielo
Al buitre que le rasgue el corazon.

Por el contrario, al perdonar su robo
Hace que un premio encuentre sólo en él;
Pues teniendo la luz, lo tiene todo:
No perece, no puede perecer.

El arte, al escribir "Fotografía",
Una frase escribió que es inmortal:
Arte nacido para hacer conquistas
Y al que nadie despues conquistará.

Ella, al crecer, no en época remota
La estatua volcará de Guttemberg:
Tardos los tipos de la imprenta copian,
Y aquella copia el todo de una vez.

Rafaeles no habrá, no habrá Murillos:
La luz á los pintores destronó,
Pues ufana les dice: "Cuando pinto
Yo soy más hábil que el pincel mejor".

Con su triunfo animada, en un segundo
Se lanza al cielo, hasta parar el sol;
Y esa luz, que es de allá, la manda al punto
Que otra presa le traiga, como Halcon.

Y va, y vuelve, y muestra los retratos
De eso que el hombre con sorpresa ve;
Y la bóveda azul poblada de astros
Nos la muestra pintada en un papel.

A esa luz prisionera ordena el arte
Que hasta el fondo del mar ha de partir;
Parte al instante, y al instante trae
El mundo ignoto que se encuentra allí.

Que al arte el cielo trajo á la morada
Donde juzgan que sólo está el dolor:
Ultima confidencia que en voz baja
Al hombre hizo, al inclinarse Dios.

Tú, discípulo y ayo de tu arte,
Hijo mimado de la nueva luz,
Ya has conseguido engrandecer tu madre:
Si ella te anima, la abrillantas tú.

Tú, Farrand, con tu genio has hecho mucho,
No dejes comenzada tu labor:
Sigue y trabaja, que es salvar los mundos,
Ir más allá y asemejarse á Dios.

Tú tienes ya la ubicuidad hallada,
Mostrándole al inmoble espectador,
Por medio de tu lúcido optorama
Lo que hoy existe y lo que ya pasó.

Altivo el hombre, al escucharlo irguióse
Lleno de orgullo, con su propio sér;
Oh! con cuánta razon se eleva entónces,
Porque el hombre no es hombre, sino rey.

Y los cielos, los soles, los planetas
En una imposicion, dobles nos da,
Si de noche lo alto lo refleja
Ese cielo al reves que llaman mar.

En tu optorama entusiasmados vemos
Desfilar en graciosa procesion
Lo que tienen las artes de más bello,
Lo que tienen los campos de mejor.

Véte, Camilo, y á tu patria lleva
Eso que has espigado en mi país,
Y díles á los hijos de tu tierra:
Aquí hay más órden; más belleza allí.

Preséntales las vistas admirables,
Que has recogido infatigable tú,
Y díles con orgullo: "Esto hace el arte,
Mirad aquí la América del Sur.

Las azules colinas que se pierden
Coronadas de nubes de algodon,
Y las cascadas y las selvas verdes,
Y los nevados que ilumina el sol.

Y los montes, los valles, las cañadas....
Todo lo primitivo muestra, en fin;
Pero sólo lo agreste muestra, Farrand,
Nuestras luchas no vayas á exhibir.

Véte, y ufano y orgulloso muéstrate
Cargado de riquezas, cual Colon;
Véte sí; más no olvides que dejaste
La mano que tu mano aquí estrechó.

Medellin, agosto de 1871.

LA VIRGEN Y LA MADRE.

POR PEDRO D. ESTRADA.

—Ved mi frente de jóven de quince años iluminada por la castidad de mis pensamientos: mis ojos con la mirada de la inocencia no han perdido esa brillante limpidez de la edad infantil; la firmeza de mis músculos modela bien mis formas elegantes; mis labios húmedos, frescos y rosados dejan ver mis finos dientes en cada graciosa sonrisa; mi sangre pura y delicada se trasluce en la piel de mis mejillas y mi corazon repleto de lisonjeras esperanzas pulsa suavemente, y su ritmo acompasado es la expresion de mi dichoso presente y de mi feliz mañana.

—

Pálida estoy y mis ojos apagados: perdí la morbidez de mi garganta y cuello; he sufrido y he llorado, más en cambio he gozado tambien y gozo mucho - ¡soy madre!

—

Mi sueño tranquilo y reparador desaparece cada mañana y me siento cada vez mejor; todo me sonríe al despertar. En mi cuarto de vestir, mi espejo fiel que parece decirme admirado - "hoy más bella que ayer"; mis pomadas, mis lazos, mis tocados, todo ese mundo de pequeñas cosas como disputándose para que les dé la preferencia. En mi cuarto de estudio, mis libros, piano, caballete, globos, cartas, &, todo mudo, pero todo expresivo y animado: y luego al saludar á mis padres, recibo su beso que completa mi mañana y juntos los tres y de rodillas todos damos gracias á Dios por sus inmensos beneficios.

—

Hé aquí mi hija. La quiero desde que *fué en mí:* la contemplo desde el primer movimiento que sacudió mis entrañas y detuve mi respiracion porque imaginé que la estorbaba: desde entónces no soy una, soy DOS; mi cuarto de dormir es su cunita; mis estudios, sus pañales, sus alimentos; mi imaginacion se aguza y se fatiga adivinando qué querrá, cómo estará mejor; la doy agua como á pichon, con la extremidad de mis dedos, i refresco sus lomos nacarados con mis besos.

—

Son las cinco de la tarde, el brillante sol de mis quince años ilumina todo mi sér: vestida en traje de casa, me inclino sobre mis brazos en el antepecho de mi ventana; la calle está muy concurrida, decenas de galantes caballeritos pasan y repasan deseando mi saludo y mi sonrisa, los veo sin mirarlos. Más tarde que todos, último que todos, viene *él*, me mira fijamente de léjos, al llegar se inclina, más para ocultar su turbacion que para saludarme: no hay duda, él me ama y me amará mucho. Tengo en mi misma debilidad la conciencia de mi fuerza: juventud, belleza, dinero. El porvenir es mio, el mundo es para mí.

—

Vedla de espaldas en su carretilla: tiene ocho meses mi hija idolatrada: levanta sus brazos como ave que corre queriendo volar: al ruido de mi voz que ya conoce vuelve sus ojos á todas partes: me acerco y la

acaricio tiernamente con la pulpa de mis dedos sobre su acolchonado y blanco pecho, se sonrie con ese encanto peculiar á los niños y tal vez á los ángeles: la hablo ese lenguaje ridículo para los demas y tan sentido para las madres, pues es la imitacion del de los niños; despues de mucho esfuerzo y pesada y trabajosamente mi hija dice, *mamá:* ese acento llega á mi corazon como el sonido divino de una música celestial: alzo mi hija en mis brazos, la cubro de besos, la oprimo blandamente sobre mi corazon y quisiera darla mi aliento y mi vida. Mi mundo se ha acabado, ó mejor, se ha condensado: ella es mi mundo y mi porvenir. Ese es mi fiel espejo; no repercute mi imágen que es materia y se acabará; pero es el trasunto de mi alma que es parte y soplo de Dios y será eterna.

—

Espléndido salon, brillante concurrencia, hermoso baile. No me engaño, se me esperaba con impaciencia: mi llegada anima todos los semblantes; las miradas todas se vuelven á mí, las mujeres con envidia, los hombres con súplica y temor; cada cual quiere una mirada, una sonrisa; palabras dulces, frases sentidas llegan á mi oido; se disputa la preferencia para el primer vals y apénas llego ya estoy comprometida para veinte piezas. Tambien *él* está allí, tímido como siempre; me saluda con dificultad; con mi mirada de fuego le hago comprender que él será el preferido; le sonrio de ese modo especial de la mujer que ama; tartamudea algunos cumplidos y yo interpreto lo demas; ha ido demasiado léjos en poco tiempo y me ama mucho ya; la orquesta puebla el salon de armonías deliciosas, el aire es tibio y perfumado, la luz brillante; hay un todo exquisito y regocijante que embriaga, y el centro de ese todo soy yo. ¡Qué sensacion de dichosa plenitud experimento! ¿Habrá algo mejor acá en la tierra? ¿Será posible ser más feliz?

—

Qué linda está en su tranquilo y profundo sueño! Su respiracion es tan suave que no la apercibo; sus ojos están enteramente velados, la inmobilidad es completa: un espantoso pensamiento paraliza mi corazon; puede estar muerta..... ¡Ah! qué triste es que el sueño de un niño se parezca á la muerte.....! Sacúdola bruscamente porque la idea me despedaza; pliega sus párpados y muestra sus grandes y negros ojos limpios como el pensamiento de un ángel; se vuelve de lado, estira su rollizo brazo lleno de zanjas y vuelve á dormir tranquila ya, tomo de la mesa mi pequeño crucifijo de marfil y bendigo á mi hija, exclamando á média voz: "Madre de Jesus que amásteis á vuestro hijo con un amor infinitamente más grande que el de todas las madres reunido en uno solo, rogad por la mia y velad por ella". Con esmero cuidadoso la abrigo, la cuño por los lados y cerca de ella me acuesto contemplándola; una vaga y casi imperceptible sonrisa contrae la comisura de sus purpurinos labios; ¡mi hija sueña con los ángeles que juega con ellos! ¡Qué placer tan santo espero cuando al amanecer despierte! Con sus manitas golpeará mi rostro, su carita se restregará contra mi seno y me llamará con esa voz tan dulce para mí. ¡Qué bello despertar! ¡Cuántas preguntas, caricias y halagos! Qué inefable delicia! Qué vida de dos vidas!

—

Al fin llega su turno: estoy cerca de él, muy cerca; mi brazo descanza sobre el suyo, mi mano sobre su mano; siento su aliento que-

mante abrasar mi seno; el pié se desliza con dificultad sobre la alfombra y apénas sé lo que hago; débil para tanta emocion me apoyo ligeramente sobre su hombro; su mano oprime ligeramente mi espalda para sostenerme; no me atrevo á mirarlo, ¡está tan cerca! Al fin me ha dicho: "Señorita, es demasiada felicidad para prometerla y esperarla; pero..... yo..... la amo á usted". Ya lo sabia, más esa palabra ha hecho saltar mi corazon de deleite; no sé si contesté secamente "Gracias", pero mi turbacion ha debido decirle lo demas. ¡Qué feliz soy! ¿qué me queda por desear? El me ama, tengo su corazon: nada más quiero.

—

Hoy ya se tiene sola por instantes, sobre sus redondos piés; dentro de pocos dias vendrá á mí con vacilante y trémulo paso y con sus brazos abiertos; con cuánta ternura la estrecharé contra mi seno; cuando abre su boca deja ver cuatro dientecitos como cuatro granitos de arroz; la haré un vestido azul que haga contraste con el color blanco-rosado de su pecho; ¡qué bella estará mi hija así! ¡Qué bien le dirá su vestido! Cómo gozo desde hoy para entónces! ¡Qué extraño! qué extraño! cómo se ha ido todo mi sér sobre ese sér, cómo nada me preocupa para mí y todo para ella. ¿Qué nuevo amor es ese? ¿Dónde estaba? Tan grande! tan inmenso! tan abnegado!

—

Tiene permiso para entrar en casa: su voz tiene un timbre varonil que me embriaga; su conversacion amena y variada; maneras exquisitas, modales finos. Las horas pasan como minutos. Mamá y papá le estiman, ya le querrán que á mí me sobra amor para darles. Pasar la vida así es vivir en un paraiso.

—

No tengo duda, será inteligente; es ya muy entendida para su edad; llama los pollos, hace palmitas, remeda el cabro y el ternero; arruga su carita y hace *viejas*, linda hija de mi alma ¡cuánto te quiero! ¡Qué contenta estoy de verte así!

—

Por todas partes y á todas horas mi pensamiento rueda sobre horizontes dorados: ni una sola nube empaña la vívida luz de mi existencia; su figura noble y majestuosa ilumina por doquier mi ámplio porvenir. Salud! belleza! juventud! ser amada y amar! cuántos elementos para ser dichosa.

—

No vivo ni pienso sino para ella: su contento es mi contento, su alegría mi alegría. Mi hija es otro yo, más tierno, más débil, delicado y querido. La maternidad es á la mujer, lo que la creacion al cáos, la mujer que no es madre hará su peregrinacion en el mundo como un jardin sin flores, como una flor sin perfume, como un hogar apagado. Qué bello, dulce y santo es el ser madre; cuántos disgustos y zozobras más! cuántos encantos y delicias!

—

Respiro de su alma el raudal armónico que viene de su voz; su mirada ardiente hace resaltar el carmin de mis mejillas; el contacto de su mano precipita mi sangre al corazon; qué momentos! si más duraran me moriria de deleite.

Ven á mí, hija querida: alza tu cabecita y dame un beso; así; muy bien. Qué bella estás, hija mia; eres toda candor, toda inocencia y gracia: ¡cuánto me prometo de ti! ¡cuánto te amo! ¡cuánto me gozo en ti.

—

Colmada es mi dicha, repleto está mi corazon de contento y mi alma de bellas esperanzas. Alegría! no te apartes nunca de mí.

—

Nada temo ya; nunca estaré sola; su vigilia es mi embeleso, su sueño mi contemplacion. A veces me aparto de ella, por el sentido placer de volverla á ver: qué caricias! qué abrazo ese! nada hay más santo y puro.

—

Pienso en *él* y le hablo como si estuviera presente: me divierto en soliloquios; me extasio delante de su imágen, ausente y presente soy dichosa.

—

Pequeño retrete en qué guardar mi alma, hermosa hija mia, relicario de mi pensamiento, ¡bendita seas de Dios!

—

¡Ah! cuánto te amo y qué contenta y orgullosa estoy de él.

—

Me reprendo de pensar poco en Dios, pensando en ti, mi hija!

—

Sin *él*, el mundo seria una mentira y la creacion un sofisma.

—

Sin ella mi existencia seriá fria como las noches de un sepulcro y árida como el desierto.

—

Es *él*, el sol que me vivifica.

—

Es ella, la verdad que me inspira.

—

Le amo con toda mi vida.

—

La quiero sobre mi alma.

***

Ahora pregunto ¿cuál de las dos?

TRISTEZA.

POR JESUS M. MEJIA T.

Cómo quieres que canto
Cantos alegres,
Si al fuego de mis penas
Mi alma se muere;
Mi alma se muere
Como la batatilla
Que al sol fallece.

Cómo quieres que cante
Si se murieron
Los instantes benditos
De mi contento;
De mi contento
Que pasó presuroso
Como mis sueños!

—

Cómo quieres que cante
Dulces canciones,
Si hace tiempo murieron
Mis ilusiones;
Mis ilusiones
Nacidas en el huerto
De mis amores!

—

Cómo quieres que cante
Blanca azucena,
Cuando vivo tan triste
Sobre la tierra;
Sobre la tierra
Donde sólo he encontrado
Mi amarga pena.

—

Cómo quieres que cante
Cuando mi canto,
Es la historia terrible
De mi pasado,
De mi pasado
Que en mi pecho señora,
Con amor guardo.

—

Cómo quieres que cante,
Mi amor, mi vida,
Si es ajena tu alma,
Si ya no es mia;
Si ya no es mia
I era la única antorcha
De mi alegría.

SOCIEDADES SECRETAS.

POR ALEJANDRO VELEZ B.

Es ya tiempo de que los escritores de *La Miscelánea* (*) entren en la cuestion sobre la conveniencia de tolerar ó de proscribir las sociedades secretas; cuestion que ha hecho espinosa, como á otras tantas, solamente el espíritu de partido. Campeones, aunque bien débiles, de la razon y de

(*) Excelente periódico redactado en Bogotá en 1828, por Juan de Dios de Aranzazu, Pedro Acevedo Tejada y Alejandro Vélez B.

la libertad, atacaremos el fanatismo y la intolerancia donde quiera que los hallemos; y si nuestros esfuerzos encallaren nos quedará siempre la gloria de haberlos combatido en lucha desigual. Héctor arrastrado por Aquíles no era ménos héroe que su fiero vencedor.

Un buen gobierno supone toda la libertad y garantías al espíritu de asociacion para cuanto sea bueno y útil. De aquí resulta un terrible dilema para los paises en que se permiten las sociedades secretas; ó en su administracion hay vicios que no pudiendo ser corregidos legalmente reclaman para su remedio la colusion de los ciudadanos, ó las sociedades secretas obran contra las buenas instituciones vigentes; si no es lo uno ni lo otro ellas son inútiles cuando ménos.

Decimos cuando ménos, porque está en la naturaleza de las cosas que produzcan finalmente muy malos resultados, aun cuando su objeto sea perfectamente justo y útil. Los hombres no gustan tener que respetar en otros superioridad de ninguna clase, y la que no viene de la ley los irrita positivamente; por esto es por lo que una reunion de particulares, que se cree depositaria de secretos buenos ó malos, llama la atencion pública con prevencion en su contra, y forma desde luego dos partidos de *iniciados* y *no iniciados*. Es cierto que los apologistas de las sociedades secretas han citado en su defensa los ejemplares de los misterios de Isis en Egipto, de los de Eleusis en la Grecia, de los de Mitra en Persia, y aun el de los primeros cristianos; pero es fácil de conocer la incongruencia de tales citaciones, si se recuerda que aquellos misterios, entrando en el sistema religioso de los pueblos en que se hallaban establecidos, estaban bajo la proteccion de sus gobiernos, y por tanto no deben reputarse asociaciones secretas de particulares. En cuanto á las juntas de los cristianos, en los tiempos del nacimiento de nuestra religion, nos parece que suministran argumento en contra de los que quieren apoyarse en ellas, porque si asociarse secretamente los perseguidos es el camino para triunfar contra la autoridad pública, todo gobierno establecido tiene derecho para temer y desterrar lo que puede ir minando su existencia hasta destruirlo. Si entónces el objeto justifica los medios, aquel caso no puede repetirse jamas.

Lo que busca el misterio tiene contra sí muy justamente la presuncion de que se opone á lo lícito y permitido, pues en lo general, se hace á los hombres el favor de no creerlos tan desprovistos de seso, que jueguen como los niños, dando apariencias de importancia y de secreto á lo que los demas hacen ó dicen públicamente. Más, aun suponiendo que tales sociedades tuviesen un fin honesto y legítimo, son inútiles como arriba indicamos, puesto que carecen de todo medio de coaccion para hacer cumplir sus pactos á los asociados. Vemos diariamente que los hombres, sea cual fuere su buena intencion, descuidan y echan en olvido, con sobrada facilidad, los compromisos en que no hallan una ventaja inmediata y palpable, y si la sociedad nacional, con toda la fuerza moral y física, no puede hacer cumplir sino imperfectamente los preceptos de la ley natural y los que ella dicta; ¿cómo será obedecida una reunion que vive en las tinieblas, que no puede obligar ni castigar, que acaso no tiene medios de recompensa, y que tal vez está plagada de ceremonias pueriles?

No es una suposicion gratúita la última que indicámos. El misterio trae naturalmente consigo ceremonias de iniciacion, ritos de asam-

bleas, signos de reconocimiento y todo el cortejo de vaciedades que se quieren hacer pasar por algo, bajo los pomposos títulos de emblemas, de figuras y alegorías. Estos juegos del espíritu acaban por absorber el fondo de las cosas, y los hombres que hallan más fácil parecer ocupados en grandes trabajos, que ocuparse realmente en algunos de utilidad, se acostumbran á objetos insustanciales, se llenan la cabeza de pequeñeces, se entusiasman por nada y la solidez de su juicio padece respectivamente con mengua suya y perjuicio del Estado.

Concedamos no obstante todo lo favorable, y figurémonos una asociacion de esta clase imponiendo deberes de la más sana y rígida moral bajo los más solemnes juramentos. O estos son cumplidos y entónces nada se ha adelantado, porque lo mismo nos mandan la ley divina y la natural, ó si son irrespetados no se habrá hecho otra cosa que habituar á los hombres á despreciar con más impavidez y facilidad sus obligaciones y sus promesas.

Pero consideremos la materia en abstracto prescindiendo de circunstancias. La existencia de las sociedades secretas contradice los principios de un buen régimen social, porque siendo uno de los principales objetos del gobierno conservar el órden público y la moralidad de las costumbres, es claro que necesita intervenir en todo aquello que por su naturaleza ó por abuso, puede turbar el uno y corromper las otras. ¿Y cómo vigilará la administracion sobre las asociaciones que se esconden de ella y de todos los ciudadanos? Por ser secretas no está probado que tengan un fin recto y laudable, y cuando lo tuviesen, pueden corromperse y degenerar en receptáculos de vicios y abominaciones. La experiencia viene á nuestro socorro mostrándonos los misterios de Baco en Roma, convertidos en misterios de crímen y de obcenidades.

En las reuniones públicas con los objetos más sencillos y conocidos, en las mismas diversiones y festividades, aparece siempre el ojo de la administracion gubernativa para estorbar el desórden y corregir los abusos. En los paises más libres las sociedades que obran públicamente se *incorporan*, es decir, se hacen conocer del gobierno en calidad de tales, y el legislador está en posesion de dictar bases ó reglas generales de asociacion. El culto mismo, sea que haya una religion dominante, sea que se toleren varias sectas, reconoce la intervencion de las leyes para su arreglo, á pesar de la santidad de su objeto. ¿Cuál es, pues, el título con que algunos ciudadanos pretenden el derecho de asociarse ocultamente, imponerse deberes, ligarse por juramentos, hacer prosélitos, establecer clases, organizar afiliaciones, y reconocer autoridades tal vez extranjeras? El secreto? Este es el título de su inconveniente y de sus perjuicios.

El primer deber *del hombre en sociedad* es ser ciudadano y cumplir lo que la patria le exige como tal. ¿Y quién da á la nacion la seguridad de que una asociacion secreta no impondrá á sus miembros obligaciones que directa ó indirectamente se opongan á las que por su esencia son preferentes? ¿No podrá un asociado hallarse en el caso de elegir entre lo que le ordena la ley y lo que le manda un estatuto que conoció en las tinieblas? ¿Despreciará entónces la voz de la autoridad pública ó quebrantará sus juramentos secretos? Todo seria malo, pero el espíritu de supersticion que se apodera impiamente de los que más creen abominarlo, le forzaria acaso á escoger lo peor, y á hacer á los pactos de su

asociacion el honor que negase al primero y más augusto de todos, el pacto social.

Es en gran manera improbable, por no calificarlo de imposible, que muchos hombres ligados por vínculos secretos, se estén reuniendo largo tiempo periódicamente para no hacer nada, ó para hacer en sus juntas misteriosas lo que podrian en las plazas públicas sin ser perseguidos. No: los hombres en todas partes y en todas circunstancias desean darse importancia á sí mismos y á sus trabajos; la idea de ser tenidos por enemigos del poder los halaga, y toda asociacion oculta debe inclinarse tarde ó temprano por estas causas, á contrariar y combatir las instituciones del pais en que se establezca. Las logias de la Francia de Luis XVI trabajaron por la revolucion, algunas de la Francia imperial por los Borbones, las de España en 1820 por la constitucion, y las de 1822 y 1823 por el despotismo real. No dudamos que se nos podrán citar casos en que las sociedades secretas hayan obrado en apoyo de las instituciones vigentes; pero ejemplos particulares nunca deben decidir contra la naturaleza de las cosas, y basta la posibilidad de que una institucion oculta pueda declararse contra los principios que profesa la nacion y causar males incalculables, para que su gobierno las proscriba y destierre en beneficio de su conservacion y de la general tranquilidad.

Si esta razon es comun á todo sistema de administracion, ¿cuánta más fuerza no debe añadírsele donde se viva bajo un régimen liberal y republicano, que permita á los ciudadanos el libre empleo de su tiempo, de sus medios y de sus luces en todo lo útil, benéfico y conveniente á sus intereses particulares y á los del Estado? Pero ya oimos replicar que con las mejores instituciones posibles puede hallarse un pueblo esclavo de preocupaciones que lo hagan infeliz á despecho de aquéllas, y que las asociaciones secretas se dedicarán á difundir las luces y á arrancar las semillas de la supersticion. Brevemente contestaremos á este argumento (que es bien débil, pues que es hipotético y de circunstancias) que el fanatismo no se destruye estableciendo otro, para que su choque turbe la paz pública. Una sociedad con ceremonias, juramentos, clases y secretos, se ocupará más en defenderse, en aumentarse y en procurarse los medios de hacerse intolerante á su vez, que en difundir y sostener los buenos principios; ella producirá partidarios suyos, pero no hombres sin espíritu de partido; combatirá las preocupaciones ajenas, recomendando las propias; desacreditará las ceremonias que juzgue vanas, y las tendrá ridículas; detestará la persecucion de las ideas, y querrá privilegio exclusivo para las que profese. Sólo la razon, cuyo distintivo es la imparcialidad y la ilustracion, llena de dulzura en medio de su poder, combatirá con suceso y con ventajas al hijo desnaturalizado de nuestra sublime religion, el fanatismo, nacido para despedazarla á pretexto de sostenerla. Sí: escribiendo, enseñando, desengañando á la faz del mundo, con la confianza que inspira una buena causa, así es como se logrará desalojar de entre nosotros la ignorancia, la inmoralidad y la supersticion, compañeras casi inseparables. La profesion de los buenos principios, la práctica de la moral más pura, y la consoladora filantropía, son las que deben formar entre los hombres una sociedad escogida, sin necesidad de misterios para instruirse, ni de signos para reconocerse, ni de juramentos para auxiliarse.

MI CREPUSCULO. (*)

POR CLODOMIRO CASTILLA.

Iba á morir la luz. En Occidente
Igneas montañas se elevaban grandes,
Andes del cielo tras los verdes Andes
Más allá de los cuales muere el sol.
Un vago tinte, desteñida grana
Cubria las faldas del lejano monte;
De esplendores vestido el horizonte
Era de fuego un mar y de arrebol.

Todo lo que murmura, vive y canta,
Lo que se mueve aquí, lo que suspira,
Ave, brisa, torrente, flor y lira
Daban su adios al astro bienhechor....
Ultimo adios, para callarse luégo
Cuando la noche lo cubriera todo;
A la fuente igualando con el lodo,
Al abrojo igualando con la flor.

Yo, miéntras tanto que la roja esfera
Tras esas cimas de coral se hundia,
La luz llegar al corazon sentia;
Aunque pronto la luz iba á morir.
Más, no era que el crepúsculo trajese
En su misterio inspiracion á mi alma,
Ni que en su triste soledad y calma
Le hiciera mil verdades presentir.

No que al llegar la noche silenciosa,
Sus negras alas sobre mí extendiendo,
Pensara de la tumba en el tremendo
Silencio eterno y honda soledad.
Nada de eso pensaba!.... sé que el alma
Empieza con la tumba vida nueva,
Y que al volar del cuerpo el alma lleva
Sus tesoros de ciencia y de verdad.

Sé que si el sol, así, de una comarca
Su luz brillante y bienhechora aleja,
Va á alumbrar otra, que en seguida deja,
Y otras comarcas y otras va á alumbrar.
No pensaba tampoco en la esperanza,
Reflejo interno de futura gloria,
Al contemplar la luna, cuya historia
Es un reflejo de la luz solar.

No era la luz de iluminar la mente,
Sino la luz que el corazon inflama;
La inextinguible poderosa llama
Que arde incesante en el inmenso altar.

(*) Inédita.

Amor! Amor! La luz del universo
A cuyo influjo todo se renueva:
La espiga que marchita el viento lleva,
La mujer que al desprecio va á llegar.

La espiga encuentra la feraz ribera
Donde dejar, tal vez, su último grano,
Y un tallo fresco se alzará lozano
Lleno de espigas y abundante miés;
Y la mujer un hombre generoso
Encontrará, tal vez, en su camino,
Y en el sendero del fatal destino
Ni un paso más avanzará despues.

Era el amor que me asaltaba súbito,
Que como el rayo súbito me heria!
Era de noche en mí!.... llegaba el dia!
La aurora del amor se alzaba en mí....
Un ángel que el crepúsculo brotaba,
Coronado de encantos y sonrisas,
Hijo de los perfumes y las brisas,
Como la forma de mis sueños ví.

Un ángel, sí.... que la mujer es ángel
De esperanzas, de amor y de consuelo:
Desterrado sin ella está en el suelo
El hombre, sin placer, sin ilusion.
Pasó fugaz!.... pero pasó dejando
Entre mi pecho tan profunda huella,
Cual la deja la rápida centella
Que atraviesa del roble el corazon.

La amé! Vino la luz de su mirada
A despertar mi espíritu sombrío!
Un misterioso *fiát* en mi vacío
Los mundos del amor hizo nacer!
Poblaron de mi sér el hondo cáos
Las ilusiones del amor más bello!....
Bajó de Dios á mí como un destello,
Y nueva creacion hubo en mi sér!

Ella me amó tambien! Nuestras dos almas
Como dos eólias arpas se agitaron
Y al mismo soplo unísonas vibraron
Con una sola, acorde vibracion!
Eran almas perdidas en el éter
Que á buscarse las dos habian volado;
Y se hallaban, despues de haber cruzado
Los mundos de la límpida extension.

Desde entónces el tinte del crepúsculo,
Su púrpura y el nácar de la nube,
El suave aroma del jazmin que sube
En alas de las brisas hasta Dios,

El canto del jilguero entristecido,
El rayo tembloroso de la estrella....
Ay! tienen para mí cuanto amo en ella:
Tinte, perfume, canto, luz y voz!....

Y hoy?.... Como el ave que perdió su nido
Errante vago en extranjera selva!....
Cuando á los bosques de la patria vuelva
¿Qué habrá quedado allí de mi ilusion?
¿Los misterios del tiempo quién conoce?
Y quién podrá decir si no es mañana
La enhiesta planta que creció lozana
Un árbol desolado de afliccion!....

Bogotá, julio 9 de 1864.

EL GUADALUPE.

POR MARCELIANO VELEZ.

Desde que llegó á mis oidos la noticia de que en el suelo antioqueño habia una soberbia cascada, se despertó en mi alma el deseo de conocerla, porque yo, que amo á Antioquia, como ama el hijo á la madre, presentia que allá en el centro de una selva existia la digna rival del Tequendama y la modesta hermana del Niágara. Bastantes títulos tiene Antioquia para presentarse á la faz del mundo, reclamando un puesto en el catálogo de los pueblos ilustres; pero demasiado tímida no quiere hacer su grande aparicion sino es al fulgor de esa montaña de nieve y fuego que llamamos "Páramo de Ruíz", y bañada por los mil manojos de agua de su estrepitosa cascada.

Cuando pienso que el suelo de mi patria está sostenido por capas de oro, que su superficie convida al agricultor, por su excesiva feracidad, y que sus bosques inmensos están poblados de preciosas maderas, no puedo ménos que acariciar la idea de que Antioquia, cediendo á la ley del progreso, marchará, por aranzadas, en la senda de los adelantos materiales. Pero cuando recuerdo que es la patria de Córdoba tan intrépido como Ney, de Zea tan inteligente como Talleyrand, de Restrepo tan justo como Aristides y de Mejía y Jirardot tan valerosos y tan infortunados como Leonídas, el más noble de todos los orgullos hace estremecer mi corazon. Empero, no bastaba todo esto para Antioquia, puesto que la Providencia quiso que su gloria pasada y su futura gloria fuesen cantadas por la estupenda voz de una gigantesca cascada.

El caudaloso rio Guadalupe, despues de correr por un lecho de oro y de fecundizar con sus aguas las amenas campiñas del distrito de Carolina, recoge sus fuerzas para lanzarse desde una altura de más de trescientas varas. El sordo bramido que arroja al espacio y las convulsiones de esa masa inmensa de agua, que parece querer retroceder, manifiestan claramente que obedece indignado la suprema ley que lo obliga á azotar por toda una eternidad la dura roca que se halla á sus piés. Millares de

manojos de agua se suceden unos á otros y se pierden en el abismo, como se suceden y se pierden en el mundo las generaciones, unas en pos de otras. La mole de agua chocando en la roca se convierte, en su mayor parte, en infinitas gotas de menuda lluvia que esparcidas vuelan por el aire y se pierden en el espacio, como desaparecen y esparcidos se pierden los eslabones de esa gran cadena de la humanidad, cuyo primer orígen fué Adan. Azotadas las aguas de la cascada por el viento, se tornan en tenue vapor que se eleva al cielo como el humo de un grande incendio. Si su primer cuerpo se mira á alguna distancia, bajo una atmósfera serena, se ven deslizar sus aguas tersamente, semejantes á una enorme faja de luciente plata, que rueda con velocidad por una pendiente.

Es preciso decirlo: en presencia del Guadalupe, heridos los oidos por su tremenda voz, cansados los ojos de mirar esa convulsiva masa de agua golpear incesantemente, y siempre en vano, una roca impenetrable, tiene que haber admiracion para Dios; porque el ateo y el indiferente son plantas exóticas ante ese fenómeno de formas colosales, que obedeciendo una misma ley, á la cual no puede sobreponerse, se ha movido uniformemente por tantos siglos.

Al principio de la cascada en el punto en donde empieza el fuerte descenso de las aguas, hay una roca saliente, ligeramente inclinada, semejante á la estupenda frente de un genio misterioso, encargado por Dios de observar el movimiento de su grande obra. Una gran taza de piedra recibe casi al terminar la cascada el golpe del agua, convierte una parte de ella en sutil lluvia y el resto rueda trabajosamente y con fuerte ruido á uno y otro lado. Visto todo esto del pié del salto, decorado por infinitos arcos iris formados en rigurosa gradacion, es un espectáculo magnífico que llena completamente el alma, que embarga los sentidos y que produce profunda admiracion. Contemplando el Guadalupe, puede asegurarse que no hay en el corazon una sola fibra que no esté en actividad, y en el alma una sola potencia sin fuego.

La cascada antioqueña no ha oido jamas el ruido de un laud, el canto de un vate, ni ha sentido sus costados oprimidos por el pié de un grande hombre. No, ella no ha oido el "horrorosamente bello" de Bolívar, ni ha sido visitada por un sabio como Cáldas, ni por un poeta como Fernández Madrid. Pero ¿dejará por eso de ser hermosa y no tendrá derecho á la futura fama? La modesta jóven, que oculta su belleza en un prado circuido de montañas y de espesos bosques ¿no tendrá tampoco derecho á la admiracion, porque su estancia no haya sido frecuentada? Eso es imposible.

Yo sé que un dia el grandioso Guadalupe será cantado por hábiles trovadores, y que el viajero inteligente, guiado por su voz, irá á sentir las emociones fuertes y agradables que allí se experimentan. No importa que permanezca olvidado, oscurecido y desdeñado por algunos años más, oyendo solamente el canto del jilguero, el rugir del tigre y el silbido de mortífera serpiente. Su dia de gloria llegará, y entónces verá á sus plantas al genio doblar su pesada cabeza, y podrá cantar uno á uno los precipitados latidos del asustado corazon de alguna curiosa belleza que, temblando, irá á rendirle admiracion.

Yo no sé cómo puede el hombre desconocer á Dios en presencia de una obra tan sorprendente como el Guadalupe. Si alguna vez la duda

FAES Biblioteca

quisiere penetrar en mi mente y mi alma pensare abandonar la fe de mis padres, iré á los piés de la hermosa cascada de mi patria á adorar al Dios que creó el mar, que maneja el rayo y que gobierna esos mundos rutilantes que ruedan sobre mi cabeza.

A LA SEÑORITA M. T. U.

POR MANUEL SALVADOR TORO.

Yo vi una flor su vívida corola
Abrir en medio de una selva, y vi
Su debil tallo, al azotarlo el aura,
Mecer sus hojas en vaiven gentil.

Sobre su frente pudibunda y tersa
Brillar el fuego del candor, y allí
Temblar su estambre el voluptuoso beso
Del céfiro galante al recibir.

Del sol naciente el luminoso disco
Su sien tiñó de virginal matiz;
Plegó su tallo, el sol en Occidente
Los últimos reflejos al hundir.

Cubrióla, al fin, la noche con sus sombras
Marchita, sin aroma, sin matiz,
Más pura y virgen, á su tallo asida
La nueva aurora sorprendióla allí....

—

Como la flor que entre las selvas nace
Púdica, virginal, tambien así
Naciste al mundo, aparicion divina,
De inmaculado cielo astro feliz!

Y serás venturosa: dan á tu alma
Sus gracias, y su amor, su sonreir
Los quince abriles que lucientes brillan
De tu horizonte en el azul confin.

No agita tu alma de pasion alguna
Ardiente el fuego abrasador, febril;
Las ilusiones su fanal te muestran
La dicha se te muestra en porvenir!

Cándida y pura, cual la flor, tu frente
Suave acaricie el céfiro de abril,
El sol de la virtud te dé sus rayos
Te dé el pudor su espléndido matiz.

1872.

UNA TRENZA DE PELO.

POR ANTONIO MARIA RESTREPO.

A María.

I.

Contempla, hija mia, esta hermosa cabellera que los pesares derribaron no há mucho tiempo. Cayó de una linda cabeza á la manera que los pétalos de la rosa arrancados por el huracan se desprenden uno en pos de otro. ¡El viento del infortunio la tronchó en flor!

Mira cuán bella es la trenza, negra como el ala de un cuervo, crespa como las rizadas espumas del torrente, reluciente como la bruñida plata. El perfume que de ella se escapa es más suave que el aroma del jazmin que embalsama con su fragancia tu pequeño y alegre gabinete.

Convenientemente arreglada en ese cofrecillo, dispuesta con estudiada coquetería, ella conserva aún la impresion de los dedos que allí la guardaron. Más todavia: fíjate y verás la huella de un beso furtivo, beso quemador que por doquiera pregonará el dolor que sintió un corazon al desprenderse de esa prenda de su belleza y juventud. Tambien hay llanto en ella; estas lágrimas que brillan como el aljófar de la mañana en el cáliz de las flores, indica cuánta pena experimentó la mujer que de ella se desprendió.

Oh! ya presientes que encierra una triste y dolorosa historia.

Escucha, pues.

II.

Elvira, á quien tú conoces, ni fué vieja como ahora, ni tenia arrugas que ajaran su semblante.

Era gentil como una hurí, y su talle esbelto se mecia como la palma en el desierto.

Su infancia fué dichosa.

Su madre la arrullaba y la adormia en el regazo, del mismo modo que la tuya lo hace.

Al despertar, su padre la estrechaba entre sus brazos y la besaba en la mejilla, así como yo lo hago contigo todas las mañanas.

Ah! cuán feliz era Elvira.

Con el rostro coloreado por la emocion, con la sedosa cabellera flotando sobre la espalda, la vieron sus vecinos varias veces acudir presurosa á refugiarse en los brazos de su madre, ostentando triunfante la dorada mariposa que aprisionara en su infantil carrera.

Tranquila, trascurrió así su infancia entre mimos, juegos y caricias.

Llegó la adolescencia, esa edad en que la mujer atrae las miradas de todos y luce en el mundo con el resplandor de la virtud y la belleza, ricos florones de su imperial diadema.

En el baile, cruzaba radiante y esbelta recostada muellemente en los brazos de apuesto galan; la concurrencia la contemplaba absorta y

murmuraba entusiasmada: "¡Qué señorita tan preciosa! ¡Cuán orgullosa estará su madre!"

En el paseo, oprimiendo los lomos de rápido corcel, adornada con los más hermosos atractivos de la moda, pasaba como encantadora maga llevándose los elogios de cuantos la veian.

Para Elvira eran las más bellas flores de los jardines, así como tambien los cantos apasionados de los trovadores y el incienso de la adulacion con que la sociedad obsequia á sus ídolos. Su existencia trascurria dulcemente, como las tranquilas fuentes de los valles que viajan perezosas reflejando en su seno las flores que las circundan.

Rica, dichosa y envidiada tuvo de consiguiente muchos adoradores.

Alfredo, jóven de relevantes prendas, cautivó su alma y se desposó con ella.

III.

Vivieron felices largos años. Pero vino la hora de las grandes pruebas. La República se conmovió como Bacante furiosa, y el genio del mal desencadenó sobre el suelo colombiano los horrores de la guerra.

La guerra feroz; la guerra salvaje!

La guerra maldita; la guerra civil!

La fortuna de Alfredo desapareció en un momento entre las insaciables fauces de la discordia armada.

Pero ademas se necesitaba su sangre.

Ese monstruo devora tambien la carne y bebe la sangre como los feroces dioses de los Aztecas.

Alfredo ofrendó su vida en un combate, y sus restos fueron pasto de las fieras del bosque.

IV.

Cuando la miseria con su obligado cortejo de desgracias se sentó en el umbral del hogar de Elvira, los amigos y relacionados de la época venturosa de su juventud se eclipsaron para siempre.

¡Esta es la historia de todos los tiempos y de todos los lugares!

Agotados los recursos, consumido hasta el último centavo de su antigua opulencia, vendido el postrer giron de su esplendoroso pasado, el hambre se enseñoreó con imperio absoluto de la casa de la viuda.

Si no murió de dolor al saber la muerte de su marido, fué porque se acordó que era madre.

Tenia cinco hijos.

Un dia aquella desventurada familia no tuvo un mendrugo de pan para satisfacer el apetito. Las lívidas sombras de la desesperacion se reflejaban en aquellos rostros pálidos, desencajados, macilentos. Sin fuerzas para sostenerse iban á morir.

Oh! María, María! Guárdete Dios de experimentar jamás el hambre! Eso es un fuego que quema la sangre; una víbora que roe las entrañas; un buitre que despedaza cruelmente el corazon!

Elvira para salvar sus hijos hizo un esfuerzo colosal: se arrastró hasta una mesa, tomó este cofrecillo y depositando un beso en la trenza de su pelo y derramando copiosas lágrimas exclamó:

Luis: pronto, hijo mio, haz un sacrificio y corre á casa de la señora X, ofrécele este pelo para su tocado. Recibe lo que te dé; pronto, hijo mio, vuela!

El niño se avanzó vacilando, tomó el cofre y se fué á cumplir la órden de su madre.

V.

En una espléndida mansion se hallaba una respetable matrona departiendo amigablemente con sus hijas.

Tal vez se ocupaban de modas, de bailes, de esas inocentes frioleras que tanto llaman la atencion de las mujeres.

El niño se presentó en el salon y visiblemente conmovido expuso el objeto de su mision.

Las señoras no pudieron resistir más y el llanto rompió sus diques.

Santo llanto el de la compasion!

—Hijo mio, dijo la matrona; tome usted esta onza, llévesela á su madre..... La señora no pudo continuar: los sollozos embargaron su voz.

El niño partió veloz en direccion á su casa. El infeliz sin conocer el tesoro, la cabellera de su madre, suponia que se le daba demasiado dinero.

VI.

Pocas horas despues Elvira recibia la visita de una matrona, quien en nombre de la *Asociacion del Corazon de Jesus de Medellin*, le llevaba dinero y le prometia enviarle todas las semanas lo necesario para vivir.

Ademas le llevaba la trenza.

—Señora, dijo Elvira, suplico á usted que conserve esa cabellera como un recuerdo de mi agradecimiento.

—Con mucho gusto, pero con una condicion.

—Hable usted.

—Que usted me permita hacerme cargo de la educacion de esta niñita.

Y señaló á Rosa, de nueve años, el más vivo retrato de su madre.

Es inútil agregar que el contrato se verificó.

VII.

Han trascurrido algunos años; Rosa ha concluido su educacion, y como premio de su buena conducta, su protectora va á hacerle un magnífico regalo.

Este es el cofre con la cabellera de su madre.

Oh! María! ¿No es verdad que esa trenza encierra una triste y dolorosa historia?

Pero historia (adiviño tu contestacion, hija mia), que tiene un feliz desenlace y honra la más hermosa y benéfica institucion de esta tierra.

Bendice, pues, ángel mio, con los labios y el corazon á esas buenas señoras que bajo la denominacion de Hermanas del Corazon de Jesus, ejercen la caridad en nombre del Redentor del Mundo!

Medellin, mayo 26 de 1876.

NO HAY QUIEN LLORE POR TI.

POR FRANCISCO JAVIER CARO. (*)

A Arnoldo Lawrence.

¡Traed, vientos, traed en vuestras alas
El adios paternal para el que muere;
Melodía final que el hombre escucha,
Que con dulzura sus oidos hiere!

La mano indiferente que te alivia,
No, no es la de tu madre; las miradas
De curiosos te cercan incesantes,
Ni frias ni crüeles, mas heladas.

El murmullar contino de las voces,
Tantas estatuas cerca de tu lecho,
La soledad de tu alma en el bullicio,
Cómo torturan tu temible pecho!

Hoja arrancada del paterno tronco
Que en clima extraño marchitarse miro!
Corazon agobiado de desdichas!....
Morirás, y te irás sin un suspiro!

¡Traed, vientos, traed en vuestras alas
El adios paternal para el que muere;
Melodía filial que el hombre escucha,
Que con dulzura sus oidos hiere!

Si el dolor inspirado ser pudiera
Cual la voz melancólica del piano,
Entendida por todas las naciones,
Grave cual ruido de tronar lejano....

Entónces el adios final sonara,
Arnoldo, de tu padre en los oidos;
Mi boca lo llevara en raudos versos,
Que lloraran por ti compadecidos.

Y mueres! ¡Y el perfume de los llantos
No embalsama tu tumba! ¡Y el consuelo
De ser llorado, huye, y nada lleva
De lo que amaste, Arnoldo, en este suelo!

¡Llevad, vientos, llevad al viejo padre
El adios postrimero del que muere;
Melodía final que el hombre escucha,
Que con pavura sus oidos hiere!

(*) Nació en Antioquia, en 1814, como se verá en la respectiva reseña biográfica.

CARTA (*)

dirigida á la señora María A. González de A., por su hijo

JUAN DE DIOS DE ARANZAZU.

Bogotá, noviembre de 1844.

El mártes me hizo el doctor la segunda operacion; esto indicará á usted que él tiene esperanzas: yo tengo pocas ó ningunas, como me ha sucedido desde que me atacó esta úlcera, y me fundo para no tenerlas ahora en su reaparicion, y más que en esto, en la inflamacion y dureza de las glándulas. Bueno es pensar así y estar prevenido para lo peor; usted debe prevenirse tambien, por si la Providencia le estuviere preparando este golpe. Cuando hablo á usted de inminente peligro, debo esforzarme en procurarle algunos consuelos. ¿De qué labios podrá usted recibirlos más bien que de los mios? ¿Quién mejor que yo podrá pedir á usted resignacion y fortaleza si el trance llega? Recuerde usted que Ana en el cántico con que presentó á su hijo Samuel para el servicio del templo, y Moises en uno de los suyos, decian; "porque el Señor es quien da la vida y la muerte, conduce al sepulcro y libra de él". Recuerde usted que en el Eclesiástico se lee: "Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, vienen de la mano de Dios", pensamiento que ha reproducido don Angel Saavedra, en su bellísimo Moro Expósito, en estos versos:

La riqueza, el poder, los hijos, todo
Viene de Dios, y Dios lo da y lo quita,
Humilde resignarse debe el hombre
Con su misericordia ó su justicia.

Mi muerte, como la de todo lo que ha nacido, es necesaria para el cumplimiento de un decreto del Altísimo, como lo es que el sol alumbre y caliente, y que la tierra se mueva sobre su eje: algun dia ha de llegar el plazo; más tarde ó más temprano, todos debemos pagar á la naturaleza ese feudo de la vida. La mia ha corrido por entre tantas penalidades, que sólo puedo esperar una vejez trabajosa, llena de dolores y de angustias, inútil para la patria, y acaso pesada para mi familia: ¿qué pierdo, pues, con que ya se concluya la prosecucion de la vida? Pero es muy natural que al verme emplear este lenguaje de triste solemnidad, desee usted saber anticipadamente cómo morirá su hijo: moriré en el seno de la religion de mis padres, en la que usted me enseñó desde la cuna, y cuyo beneficio aprecio ahora sobre cuantos he debido á usted. Moriré en el seno de esa religion tan llena de grandes consuelos y de inmortales esperanzas, y sin la cual el corazon se marchita y seca, y el alma no tiene paz ni sosiego.

(*) Se comprenderá fácilmente que esta carta no ha sido escrita para ser publicada, pero se recoge en esta coleccion para que se conozcan las ideas religiosas del autor y su redaccion fácil y elegante.

Ahora bien, ¿no encuentra usted en esto algun consuelo? Piense usted que Jesucristo dijo á los Apóstoles: "Tened confianza que yo he venido al mundo"; y recuerde tambien que San Lúcas dice: "El reino de los cielos está en vosotros". No olvide usted que fué por los pecadores, y no por los justos que estaban en el seno de Abraham, por quienes la sangre de un Dios corrió en el Gólgota. Tenga usted presente que Jesucristo dijo á sus ministros que lo que ligaran y desataran sobre la tierra, seria ligado y desatado en el cielo; que yo pediré perdon, y que repetiré con David:

"Acuérdate, Señor, de tus piedades y tus mercedes, que son de tiempo inmemorial.

"De los delitos de mi juventud y de mis necedades no te acuerdes.

"En ti he esperado, Señor: jamas seré confundido: libértame por tu justicia.

"Inclina á mí tu oido: apresúrate á salvarme."

Discurramos con sosiego. ¿Es la muerte un bien ó es un mal? No lo sé. Pero sí comprendo que todo está arreglado con infinita bondad y sabiduría, y que á ella ha condenado Dios á esa criatura que formó á su imágen y semejanza, sobre cuya faz sopló para inspirarle una alma inmortal, y en cuya creacion ostentó tanto amor y tanta beneficencia. Tened confianza en la muerte, decia Sócrates, ¿y por qué no ha de ser así? Se me replicará, acaso, que no en valde ha grabado Dios esos sentimientos instintivos, generales y providenciales en el corazon de los hombres, y que todos desde Adan acá miran la muerte como un mal, y la temen como el mayor de los males. Sea: ¿pero ese sentimiento universal no podria ser inspirado para conservar una existencia rodeada de penalidades, como que se nos ha colocado sobre un terreno de prueba y de peregrinacion? Sin ese amor universal á la vida, sin ese temor á un porvenir oscuro y macilento, ¿quién, por más feliz que se crea, se resignaria á tolerar una existencia tan llena de angustias, de pesares y zozobras? ¿Ese sentimiento universal no podria ser inspirado para contener al hombre en la carrera del mal, y evitar el desfogue de sus impetuosas pasiones? Sin ese porvenir incierto, ¿qué seria de la virtud, de la moral, de la sociedad? ¿Qué seria el hombre, en fin? Un demonio de faz humana.

Pasando de estas consideraciones á las que puede y debe hacer un cristiano, ¿no es cierto que la muerte es la única que puede conducir al hombre al término para que fué criado? ¿No es ella la que puede poner á la criatura al lado de su Criador, y realizar ese destino grande, inmenso é inmortal que está reservado al hombre? ¿No es cierto que ese mismo cristianismo, fuente inagotable y pura que corrió de un peñasco de Nazaret para regenerar al mundo y al hombre, nos dice que suframos con resignacion y confianza los males que nos envia Dios, y que un "pequé Señor", proferido con corazon contrito y humillado, nos abre la puerta á una eternidad de ventura?

¡Cuánto podrán estas consideraciones, ora filosóficas, ora religiosas! Y sin embargo de todo, se temerá siempre la muerte, como una ley impuesta por Dios al hombre, como consecuencia de la fatal curiosidad de nuestra benditísima madre Eva. Yo mismo, que así voy discurriendo con toda calma y sosiego, la temo, y me sobrecoge y arredra aunque á ella me resigne. Ya se ve, si Jesucristo decia orando en el

huerto: "Triste está mi alma hasta la muerte, y pase, si es posible, de mí este cáliz", ¿qué diré yo, pobre y miserable pecador, que tantos motivos tengo de temer, no obstante mi ciega confianza en la misericordia y bondad de Dios?

Otro que no fuera usted, censuraria acaso el sabor místico de esta carta, pero el corazon de una madre comprende este lenguaje y su oportunidad actual. Quise darle consuelos, y he vaciado mi corazon en el papel.

La excito á usted, pues, á que relea esta carta con entereza y tranquilidad, y la excito ademas á la más perfecta resignacion á la voluntad del Altísimo, si es que él tiene dispuesto, que yo, ántes que usted, deje esta tierra de peregrinacion y de prueba. Consérvese usted, Dios se lo manda, y yo se lo pido, para que le ruegue por mí: tengo gran confianza en su misericordia, tengo inmensísimas esperanzas de ir ante el escabel de su trono á rogarle por usted, ó más bien, á repetir el ruego que ahora mismo le estoy haciendo.

RECUERDOS.

POR FIDEL CANO G.

(A Rodolfo Cano).

Triste, al acabar el dia,
Voy recorriendo los campos
Y dejo salir del alma
Amargas gotas de llanto,
Porque los dulces recuerdos
De las dichas de otros años,
Hojas marchitas de flores
Que en otro tiempo brillaron,
Pidiendo un riego de lágrimas,
Al corazon van llegando.

—

La dulce voz de las fuentes,
El sol que muere en ocaso,
La flor, la brisa, las aves,
Los verdes montes lejanos....
Todo, todo es un remedo
De las bellezas del campo
En que pasé de mi vida
Los dulces primeros años.

—

En esos tiempos felices
Eran mis sueños rosados
Como esas nubes que vagan
Por el cielo retozando,
Y como ellas se dan besos,
Me daban dulces abrazos,
Amigos que ya se fueron,
Y en cuyas tumbas mi llanto
Principió á brotar del alma,
Para acabar.... no sé cuándo.

Los sencillos labradores
Que dejan ya sus trabajos,
A las fuentes que murmuran,
Acompañan con sus cantos.
¡Tambien en mi edad primera
Yo me sentaba cantando,
Junto á los mansos arroyos
Que cruzaban por el llano!

—

Entre los verdes maizales
Que remedan bellos lagos,
Cuyas aguas de esmeralda
Riza el viento perfumado,
Se muestran blancas casitas
De labradores honrados,
Pequeños barcos de plata
Que van las aguas surcando.
Tambien mis campos tenian
De esos barcos y esos lagos:
¿En dónde están? Se perdieron,
Se los llevaron los años.

—

Entre los pliegues azules
Del horizonte lejano,
Los espléndidos yarumos
Extienden sus ricos mantos,
Como nubes en un cielo
De azul oscuro pintado,
O como cisnes de plata
Sobre las aguas de un lago,
En cuyo fondo se mira
Del firmamento el retrato.
Oh! cuántos recuerdos tristes
En estos árboles hallo!
Al verlos, cuando era niño,
Sobre los montes lejanos,
En sus ramajes veia
Mi porvenir retratado,
Y hoy me recuerdan la infancia,
El único punto blanco
Que brilla en el fondo oscuro
De mi vida sin encantos.

—

Un torrente baja limpio
De las montañas al llano,
Ostentando sus cristales
De ricas perlas cuajados,
Dando besos á las flores
Y ensayando dulces cantos;
Despues se pierde á lo léjos
Por rocas aprisionado,
Y agitado y tormentoso
Sigue su marcha llorando.
Tambien aquí se encadenan
Mi presente y mi pasado:

Ayer canté como canta
El torrente sobre el llano,
Y á su grito entre las rocas,
Hoy se asemeja mi llanto.

—

Es de noche, las estrellas
Van en el cielo brotando,
Y las tinieblas extienden
Sobre la tierra su manto,
Que, como las pálidas luces
De los cocuyos bordado,
Semeja el palio del cielo
Tendido sobre los campos....
Tambien los cocuyos hablan
De ilusion y desengaño,
Dejando ver un instante
Su fanal, para apagarlo!
.....
Mi corazon late triste,
En mis ojos brilla el llanto,
Y sufro porque visito
La tumba de mi pasado.
No más recuerdos de cosas
Que se llevaron los años,
Que los recuerdos de dicha
Son queridos; pero amargos!
Voy á matar mi tristeza
De mi madre entre los brazos....

1872.

COSTUMBRES LIMEÑAS.

POR ARCESIO ESCOBAR.

LA TAPADA.

I.

Para comprender los hábitos y las originalidades de las costumbres de Lima, es necesario estudiar detenidamente el carácter de la limeña, porque la mujer personifica la sociedad entera.

En el Perú parece que domina el elemento femenino. Esta es una de las tantas rarezas de este pueblo.

El hombre, permanentemente fascinado por los irresistibles encantos de la belleza, parece que consagra su vida á la adoracion de la mujer.

Puede ser que en la fuente de la voluptuosidad y del amor, encuentre este pueblo la regeneracion de su entusiasmo, de su vigor y de su fe. En la Europa se vió este fenómeno en la Edad Média, y quizá en el Perú se encuentra en estos felices tiempos.

Pero puede suceder que, concentrando la mujer en sí todas las fuerzas morales, ejerza una influencia excesiva y peligrosa. Entónces el Perú correria el peligro de ser sometido á una dictadura femenina, cosa no del todo inverosímil, porque en su historia ya se ha visto á una mujer dragoneando de amazona, armada como un San Guillermo, encabezando conspiraciones y deponiendo vicepresidentes.

Bajo el cielo de Lima, el hombre se debilita y languidece. Al respirar su atmósfera tibia y adormecedora, parece que los vapores del céfiro ofuscaran el cerebro. Se siente una pereza embriagadora, una invencible necesidad de calma y de reposo. Se sueña con placeres tranquilos, con imágenes voluptuosas, con nubes de perfume, con el desmayo del deleite, con huríes encantadoras. En Lima se comprende mejor que en ninguna parte toda la belleza del paraíso prometido por Mahoma.

Esta influencia del clima podria servir para explicar la mansedumbre de este pueblo. El hombre es suave, dulce, humilde é indolente hasta la apatía; pero la mujer presenta un contraste sorprendente.

En medio de una naturaleza árida, estéril y desapacible, la mujer crece encantadora como la flor de las riberas del Rimac.

En su frente se dibuja la supremacía de su alma sobre todos los séres que la rodean.

Sus negros, rasgados y luminosos ojos, brillan con un fuego que revela la impetuosidad de su espíritu altivo.

Las líneas regulares del óvalo de su cara tienen toda la perfeccion del tipo griego.

Su nariz está modelada con una finura y delicadeza artísticas.

Su boca, adornada con la maliciosa pureza de una coquetería adorable.

Su cabellera es una cascada de ébano, y forma una armonía completa con sus bien delineadas cejas y sus largas pestañas.

Su talle tiene toda la soltura, gracia y flexibilidad de una refinada elegancia.

Su pié es tan pequeñuelo, lindo y arqueado, que apénas imprime una ligera huella sobre el polvo.

Y todo esto se halla realzado por la gracia de los modales y la compostura de los movimientos; porque ella posee el secreto de las actitudes románticas, de las sonrisas dulces, de las miradas ardientes, y sobre todo, comprende el arte maravilloso de los atractivos del misterio. Por eso su tipo original y perfecto es *la tapada.*

Bajo este disfraz es como la limeña despliega todo su poder y revela su carácter. Es así como aparece espiritual, burlona, alegre, altiva, impresionable, ardiente é irresistiblemente tentadora.

Su traje primitivo era *la saya* y el manto. Consistia en una *saya* negra, plegada con elegancia á la cintura, y lo suficiente alta para dejar lucir el pié. Un manto vaporoso sujeto al talle y elevándolo por la espalda hasta cubrir la cabeza y el rostro. Por debajo cubria los hombros un rico chal, cuyas dos extremidades flotaban airosamente por delante. Este vestido ha caido en desuso.

Hoy oculta su blanca frente y su leve cintura bajo los pliegues de un pañolon, y prendida de veinticinco alfileres se presenta en todas las funciones.

Vedla en la calle, en las iglesias, en las procesiones, confundiéndose entre los grupos de hombres, soportando impávida el fuego graneado de mil galanterías, sorprendiendo á uno con el nombre de su querida, atormentando á otro con un chiste epigramático, ridiculizando á éste con una palabra, burlándose de aquel con una voz fingida, y encantándolos á todos con el brillo del ojo que descubre, y con la morbidez y belleza del brazo que ostenta.

Seguidla á la Alameda y la vereis con aires de romanticismo, buscando alguna aventura novelesca. Ya es aguardando una cita para preparar una intriga; ya observando los pasos de un amante de cuya fidelidad duda; acá tendiendo redes para sorprender á un cándido; ora persiguiendo algun capricho de su ardiente imaginacion; y á todas horas soñando en amores que llenen su corazon sediento de impresiones.

Buscadla en el teatro y la encontrareis en los asientos de la platea representando un papel de misteriosa con una habilidad encantadora.

Si es la tapada del *medio mundo* puede conocerse por la atmósfera de perfumes que la rodea, por el lujo de su pañolon y de su traje, por algun brillante que luce sobre los dedos de mármol de su pequeña mano, y por la curiosidad con que dirige su binóculo á la primera galería observando los adornos de las señoras del gran mundo, para ponerse, al dia siguiente, á la altura de la aristocracia.

Mas si veis una tapada casi perdida entre la oscuridad de los asientos ocultos, cubierta con un blanco pañuelo de olan y un delicado pañolon negro, podeis contar, de seguro, que es una gran señora. Es verdad que, en ocasiones, para alejar hasta la sospecha de su rango se viste con trajes y pañolones extravagantes, pero entónces la vende el aire de nobleza de sus movimientos y la misma tenacidad con que oculta cualquiera de los encantos que pudiera servir de dato para revelar el misterio.

La *tapada* encierra toda la historia de la vida íntima de Lima, con sus placeres y sus amores, sus debilidades y sus crímenes, sus miserias y sus lágrimas, sus aventuras y sus chascos, su disipacion y sus desengaños.

Bajo este disfraz, más de una cincuentona ha andado en picos pardos con un mozuelo boquirubio, que ha estrenado sus primeros requiebros amorosos con una momia anti-diluviana, creyéndola una divinidad.

La tapada es en Lima una entidad de poderosísimo influjo. Parece que bajo este traje hubiera una sociedad femenina que extendiese su vigilancia y su accion á todas las clases. Su ojo lo ve todo; su oido escucha todos los secretos; su sombra se encuentra en todas partes.

En los salones de gobierno hay siempre alguna tapada que aguarda en un gabinete privado; que habla á solas con los ministros y sorprende los secretos de estado.

En los tribunales intriga, y consigue con frecuencia inclinar la balanza de la justicia.

En los Congresos forma una barra temible que se rie de todos los oradores.

Y en todas partes vigila, observa, asecha, enamora, rie y se burla de todo. Ella es el ángel de los misterios de Lima, la desesperacion de los curiosos, el escollo de los incautos, la policía secreta de los conspi-

radores, el brazo de las venganzas, el agente de la ambicion, la voz de los amores, el adorno de todas las fiestas y la tentacion de todos los corazones.

Quién que haya estado en Lima no ha sentido su influjo?

Ved aquí una página de esa historia infinita de aventuras.

II.

En dias pasados acompañábamos hasta el Callao á un amigo nuestro, proscrito chileno, que se ausentaba de Lima. Su preocupacion en los momentos de marcha era tan profunda, que nos excitó sobre manera la curiosidad, y despues de repetidas instancias para que nos descubriera la causa de su meditacion, nos refirió lo siguiente:

"Anoche, nos dijo, se puso en el teatro en escena la *Traviatta*, y yo que soy un frenético *dilettante*, tomé desde temprano mi asiento en la platea.

Llegó á uno de los palcos de la primera galería una picante morena de mirada revolucionaria y sonrisa irresistible que me conmovió notablemente.

Soy decidido por las morenas, y éste era el soñado tipo de mis ilusiones trigueñas. Ademas, nuestros corazones estaban unidos por algunos recuerdos.

Me puse de pié para contemplarla á mi sabor, y para ver si destacando mi figura entre el grupo de los espectadores, podia merecer una de sus miradas.

Ella recorria todas las galerías con su anteojo, pero no se dignaba mirar á la platea.

Yo fijé en ella repetidas veces mi binóculo; pero mis fuegos no fueron contestados. Despues de varias tentativas para llamar su atencion, comprendí que todo era inútil. Yo estaba en la platea, era del vulgo de los espectadores aquella noche y no merecia el honor de una mirada. En el teatro, la aristocracia de Lima jamas se *democratiza* mirando á la platea. Eso es de mal tono.

Me resigné con mi suerte y volví á tomar mi asiento.

Yo no soy muy exigente en amores, y por otra parte, en Lima no se puede serlo.

Todos tienen qué conformarse con ser olvidados, no solamente por instantes, por horas, por noches y por dias, sino tambien por meses y por años.

Y esto sucede en todas las condiciones, porque la libertad del corazon es para las mujeres el primero de los derechos.

¡Ay del hombre que intentase exigir constancia! Seria sacrificado en las aras de la independencia femenina.

Vino á consolarme de mis burladas esperanzas una tapada que ocupó el asiento inmediato al en que yo me hallaba. Me lanzó una mirada á quema-ropa y temblé. En el solo ojo que descubria habia tanta luz, que me sentí ofuscado.

Soy de una naturaleza tan ardiente que el más ligero incidente puede incendiarme. Hay mujeres que con sólo una mirada pueden turbar para siempre mi existencia.

Esto en Lima es una fatalidad, porque hay tantos ojos fulminantes y tantas mujeres bellas, que el corazon late constantemente de admiracion y de amor, y los sentidos viven abrasados por la fiebre de la exaltacion.

A medida que sentia el roce del traje de mi misteriosa vecina, las palpitaciones de mi corazon se aceleraban.

Ella me miraba de vez en cuando y yo comprendí que podia aventurar una palabra.

—Señorita, le dije con acento de cortesia, el solo ojo que usted deja ver basta para enloquecer á un hombre.

—De manera que usted puede ser para mí un peligroso vecino, porque corre riesgo de perder el juicio esta noche, me contestó con una voz encantadora.

—Pero puedo ser un loco inofensivo y totalmente sumiso á la voluntad de usted.

—¿Tan pronto hace usted una promesa de humildad?

—El corazon no necesita de mucho tiempo para conmoverse, y las promesas cuanto más instantáneas son más sinceras.

—Veremos si la impresion dura, añadió ella. Y yo creí escuchar el leve ruido de una sonrisa. Me imaginé que su risa seria la de un ángel.

No pude en aquel momento continuar la conversacion, porque el telon fué levantado y la funcion dió principio.

Las palabras y las miradas de la tapada excitaron en extremo mi curiosidad y exaltaron mi imaginacion. Mi cabeza, esencialmente soñadora, y mi corazon de pólvora, me predisponen sobremanera para los amores instantáneos y repentinos. Ademas, una aventura con una tapada tiene todos los atractivos de un lance novelesco. El amor vive del misterio; la realidad lo mata.

Las melancólicas y dulcísimas notas de la música y del canto vinieron á completar la obra de excitacion y de vértigo comenzada por mi vecina, y á pocos momentos entré en una perfecta y verdadera alucinacion amorosa.

Desde ese momento la tapada fué para mí una heroina de romance y el ideal de mis fantásticos sueños de amor. Nuestra historia, que comenzaba bajo tan felices auspicios líricos, me imaginaba que seria un romance sentimental.

En la escena en que Violeta se pregunta con afan si lo que acaba de sentir será el principio de un serio amor, la tapada me miró con intencion.

Interpretando yo su mirada, le dije con emocion:

—Lo que yo siento es indudablemente una pasion loca, desenfrenada, terrible y necesito una esperanza siquiera; puedo tenerla?

—Qué tierno es el tema de esta ópera! fué su contestacion, eludiendo mi pregunta.

No me atreví á insistir en mi súplica, y fijándome en el proscenio, permanecí silencioso. Cuando el telon cayó, reanudé la conversacion, diciéndole con entusiasmo:

—Suplico á usted que crea en la fascinacion que ha ejercido en mí su mirada.

—Pero esa fascinacion puede desaparecer con la rapidez con que se ha formado.

—Si fuera tan feliz que usted me aceptara una promesa de fidelidad, yo me comprometeria á probar á usted mi constancia.

—Y si la realidad no correspondiese á sus ilusiones, no sufriria usted un desengaño cruel?

—Eso es imposible. El ojo y el brazo que usted descubre, no pueden engañar. El sol se adivina por el reflejo de la aurora.

—Gracias. Usted galantea de una manera poética; pero como las mujeres somos un poco incrédulas, yo quisiera saber primero qué clase de tipo de belleza le gusta más á usted.

—Pero.... esa es una exigencia peligrosa para mí.

—En ella no hay peligro alguno. Yo deseo saber cuál es el gusto de usted, para calcular si puedo personificar sus ilusiones. A usted pueden agradarle las rubias y yo puedo ser morena. Ademas, no creo difícil el que usted manifieste qué clase de belleza le impresiona más.

La situacion era tirante.

Si yo entraba en una descripcion del tipo de mis ilusiones, era indudable que hacia un retrato contrario á la belleza de mi tapada. El hombre yerra siempre que necesita adivinar.

Ella comprendió mi vacilacion, y con acento de ironía me dijo:

—El sol se adivina por los reflejos de la aurora. Haga usted mi retrato, y sale así del apuro.

Todo el éxito de mi aventura dependia de este momento. Formé instantáneamente una resolucion, y le dije con acento de seguridad:

—Para mí no es difícil describir á usted. Mi corazon la ha adivinado ántes de verla, porque en este momento tiene la doble vista que inspira un magnetismo amoroso. Pero ántes necesito de usted una promesa. Para saber si el retrato que haga es perfecto ó no, usted me ofrece descubrirse.

—Imposible, contestó con una rapidez que revelaba una resolucion decidida.

—Pero mi propuesta es más difícil de cumplir que la suya. Yo no exijo que se descubra usted aquí. Usted lo hará á la salida del teatro.

—De ninguna manera. Lo más que puedo ofrecerle á usted es que, si el retrato es exacto, lo aceptaré como una prueba inequívoca de su estado de lucidez amorosa.

—Es que, en premio de mi acierto y de mi amor, yo exigiria que usted me dejara gozar de una de sus sonrisas.

—No puedo prometerle esa recompensa.

—Pero al ménos condescenderá en darme la direccion de su habicion para tener más tarde el placer de presentar á usted mis atenciones.

—Siento muchísimo no poder dar á usted gusto en esto.

—Entónces usted tiene resolucion de que yo ignore siempre con quien hablo.

—Indudablemente.

—Es decir que no sabré jamas quién es usted?

—Jamas, me contestó con una firmeza de voz que me desconcertó.

Quise instarla, pero ella con un ligero ademan me lo impidió. En ese momento comenzaba el segundo acto de la ópera y era indispensa-

ble no llamar la atencion de los que estaban á nuestro alrededor con una conversacion que, por mi parte, tomaba á cada instante más calor.

Esta tapada no es una mujer vulgar, dije para mí. Su empeño en que yo no sepa quién es, y su interesante conversacion, dejan comprender que es de elevada clase. Esta suposicion enardeció el entusiasmo de mi amor. Formé entónces la resolucion de rasgar á todo trance el velo del misterio. Sin embargo, la empresa era árdua, y yo no acertaba á adoptar un medio eficaz. Una tapada es inoculable, inmune, y yo no podia intentar ninguna medida coercitiva.

Me ocurrió entónces un plan, en mi concepto feliz.

Habia visto en uno de los palcos á un amigo que tenia una inconcebible perspicacia para conocer tapadas. Una larga práctica lo habia hecho maestro en este difícil arte, y tenia un instinto incomparable para distinguir las bellas al traves del tapajo..... de los pañolones y de los mantos.

Al concluirse el acto abandoné precipitadamente mi asiento y fuí á él. Al llegar le dije:

—Necesito urgentemente de ti.

—Estoy á tus órdenes, me contestó.

—Vé á la platea, ocupa mi asiento que es el número 323, y observa quién es la tapada que está al lado. Pero pon en actividad toda tu ciencia de adivinacion, y llama á tu memoria los recuerdos de todas las mujeres que has visto en Lima, porque es absolutamente necesario que yo sepa el nombre de esa tapada.

—Lo sabrás al instante, me dijo con una plena confianza, y partió en el acto.

Yo ocupé en el palco el puesto de él, y me puse á observar con inmensa ansiedad el resultado de mi plan.

Vi que pocos momentos despues de haber llegado *mi enviado* al lado de la tapada, entraron en conversacion.

A cada instante aguardaba que mi amigo me hiciera alguna señal que me indicara que habia cumplido su mision, pero inútilmente. El hablaba con animacion y no miraba á ninguna parte.

Por unos instantes temí que, al entrar bajo la influencia de la mirada magnética de aquella mujer, él hubiera caido en la misma alucinacion amorosa en que yo me hallaba. Pero él no era tan impresionable como yo.

En este momento noté que la morena de quien no habia podido obtener una mirada al principio de la funcion, fijaba en mí su binóculo. Este honor lo debia al puesto en que me encontraba. Para todo en la vida se necesita estar en las primeras galerías de este teatro que se llama el mundo. ¡Ay de los que están en la platea!

Pero la morena no pudo distraerme de la impresion que habia recibido. No podia pensar en otra cosa que en la tapada.

Aguardé impaciente el resultado de mi plan, pero en vano. El telon cayó en el último acto de la funcion y mi enviado no regresó. Era el cuervo de Noé enviado despues del diluvio.

Bajé con rapidez á la puerta del teatro, resuelto á seguir á aquella mujer que tanto me habia interesado; pero la fatalidad frustró mis cálculos: todas las tapadas eran tan semejantes que yo no pude distinguir

la que buscaba. Seguí á varias; pero tuve que abandonarlas, porque observé que cada una de ellas encontraba compañero en su camino. Al fin me encontré solo en la calle. Mi última esperanza estaba en mi amigo. El debia saber el nombre de aquella mujer. Corrí á buscarlo y lo encontré en su casa.

Al verme me dijo sonriéndose:

—Mi experiencia y mi penetracion han sido inútiles. No he podido conocerla.

—Ah! exclamé con un acento de mal reprimida amargura; todo está perdido!

—Ménos la esperanza, interrumpió él. Debes saber para consolarte que ella me ha preguntado por tu nombre y por tu direccion.

—Y eso qué puede significar?

—Eso significa que la historia continuará.

—Es imposible. Parto en el vapor que sigue mañana para el Norte.

—No importa; en las horas que faltan aún hay lugar para una despedida.

La tapada sabia infaliblemente mi partida, porque en Lima las mujeres lo averiguan y lo saben todo.

—Eso es una quimera.

—Pero en Lima esas quimeras se realizan á cada instante. Si permanecieras aquí, verias la verdad de mis palabras. En esta sociedad, alimentada con la disipacion, se sueña á todas horas en aventuras y en amores misteriosos. Aquí el amor no nace del corazon sino de la imaginacion. Se ama con poco sentimiento; pero se le da á los caprichos todas las formas de una trama novelesca. No debes perder la esperanza. Tu heroina de esta noche te dirá adios, porque una despedida con lágrimas es demasiado romántica para que ella no la aproveche.

—Ojalá se cumpla tu pronóstico, le contesté, y como era un poco tarde me despedí de él y me retiré á casa.

Ahora en el momento de llegar á la estacion del ferrocarril, he recibido esta esquela:

"Su compañera de la ópera le pide un recuerdo, y le envía un tristísimo adios. Usted vió la aurora, pero no ha querido aguardarse á la salida del sol. Adios!"

El billete me ha impresionado, y éste es el motivo de mi meditacion. Siento que mi viaje me obligue á dejar esta aventura en el prólogo. Sin embargo, creo que sabes lo bastante por si tú quieres continuarla. Te doy ámplios poderes para ello, y ya te he revelado la consigna."

Nosotros aceptámos la propuesta, y prometimos avisar á nuestro amigo los resultados. Puede ser que alcancemos á ver el sol que no vió nuestro amigo.

Lima, 1860.

SONETO

POR RICARDO CAMPUZANO.

(A mi vieja Elvira)

Soñé anoche, mi bien, que estaba cojo,
Que andaba con baston y con muleta;
Que era pobre con dejos de poeta
Y á más de manco me faltaba un ojo;

Que todos me miraban con enojo
Por faltarme una mísera peseta;
Que andaba de alpargata y camiseta
Y que era liberal si no era rojo.

Soñé que la amistad era mentira
Y mentira el amor más suspirado;
Que eran roncos los ecos de mi lira;

Pero despues de haberme despertado
Te puedo asegurar, graciosa Elvira,
Que la sola verdad fué lo soñado.

DISCURSO

pronunciado en las exequias del General Francisco de P. Santander

POR JOSE DUQUE GOMEZ.

¡¡Granadino ilustre, General ciudadano!!

Vuestra vida ha pasado como un relámpago, y no habeis visto el bien que preparabais á la patria; pero vuestra hemenciosa existencia ha sido útil á la República y gloriosa para vos. La relacion de vuestra vida es la historia entera de la independencia y libertad de un pueblo magnánimo, agradecido y virtuoso. Erais un hombre monumental en esta tierra; pero de hoy más perteneceis á la brillante congregacion de los hombres de Estado, de los amigos de las libertades públicas y de los protectores generosos de las ciencias y de las artes. Descansad en esa tumba á que, por desgracia de la patria, os condujo tan tempranamente el destino; y miéntras llega el último juicio de nuestro Redentor, escuchad el fallo de la posteridad.

Delante teneis una parte muy lucida y brillante del pueblo granadino, que viene, más bien que á juzgaros, á agradecer vuestros eminentes servicios. En la memoria traen frescos todavía los recuerdos de vuestros padecimientos en la campaña de Venezuela; vuestra constancia y sufrimientos en soportar las penalidades y privaciones en los heróicos

desiertos de la provincia de Casanare; vuestra bizarría en las gloriosas jornadas de Várgas, Gámeza y Boyacá; vuestros inagotables recursos é incansable actividad en reclutar valientes soldados, acumular inmensas provisiones de guerra, y proporcionar cuantiosas é ingentes sumas de dinero para sostener la denodada lucha y conquistar la independencia y libertad de Colombia, en la época difícil, cuanto gloriosa, de vuestra vicepresidencia. No han olvidado, ni olvidarán jamas vuestra lealtad, y las persecuciones por sostener los fueros del ciudadano y las libertades públicas allá en los tristes dias de los lamentables errores del *hombre grande* compañero de vuestros trabajos y copartícipe de la gloria nacional.

Los granadinos aquí presentes admiran vuestros talentos administrativos; aplauden vuestra acertada prudencia en dirigir los graves negocios del Estado, y reconocen la incontrastable firmeza con que sacasteis incólume á la República en la época peligrosa y difícil de la primera presidencia constitucional de la Nueva Granada. Yo tambien traigo en mi memoria el recuerdo, y en el fondo de mi corazon la más tierna gratitud, por el afanoso y paternal desvelo con que durante diez y ocho años protegisteis las ciencias y las artes, procurando la civilizacion de vuestros conciudadanos. Aceptad, pues, este homenaje de agradecimiento que parciales é imparciales os ofrecen juntamente.

¡¡General ilustre!! Si fuera posible levantaros de la postracion de esa *tumba*, veriais entónces que el lamentable dia de vuestra cristiana y filosófica muerte, ha sido un dia de amargura para nosotros y de fatídica tristeza nacional. ¡¡Ah, dos veces el *sol del seis de mayo* alumbró en 1816 y 1840 dias muy funestos para la patria!! Leeriais en el pálido semblante, y en el sepulcral silencio de estos espectadores patriotas, la profunda pena de haberos perdido para siempre; y recibiriais gozoso el espléndido homenaje que os traen en recompensa. Entónces, parado ahí en los confines de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad, delante del Dios misericordioso de los cristianos, cuando ya no se perjura en vano, nos veriais colocados, en medio de la religion y de la patria, protestar solemnemente una reconciliacion nacional, que asegurando la estabilidad de la República, que es el monumento de gloria que vos mismo os habeis levantado, fijase vuestro nombre en la carrera de los siglos. Que la prosperidad y engrandecimiento de la Nueva Granada sean la corona de triunfo que ciña la frente del ilustre General SANTANDER, PADRE DE LA PATRIA.

ESPIRITUALISMO. (*)

POR PASCUAL BRAVO.

¿Y qué es la vida al fin? ¿Estos latidos
De un corazon terrestre y material;
Los movimientos siempre repetidos
De nuestra débil máquina mortal?

(*) Inédita.

¿Nacer, crecer, vivir, desarrollarse,
Y luégo caducar y perecer;
Y en invariable círculo agitarse
De la nada á la nada nuestro sér?

¿No guardar un recuerdo del pasado,
Ni esperanza llevar al porvenir;
Y de un infierno el corazon cargado,
Nuestra marcha á la muerte proseguir?

Como una luz accidental, efímera,
Del vacío en la lóbrega extension,
Un instante se agita—y se hunde trémula
En dudosa, febril oscilacion,—

¿Así en el centro de la humana máquina,
Confundido en la eterna inmensidad,
Un instante se agita nuestro espíritu
Y perece en dolor y en ansiedad?

¿Producto de materia organizada
Segun químicas leyes, la Razon,
Para fines dinámicos creada,
Obrará con estúpida abyeccion?....

¿Tendencia de los cuerpos necesaria
Como la ciega ley de gravedad,
Podrá tan solo con accion precaria
Por la materia en la materia obrar?....

Y estos raptos sublimes de la mente,
Que tiende al infinito sin cesar,
Y esta gloriosa aspiracion ardiente
De belleza, de bien y de verdad;

Y esta inefable imágen soberana,
Arquetipo supremo, bello ideal,—
¿Sueño serán tan solo y sombra vana,
Que produce el trabajo cerebral?

Y esta emocion del alma enardecida
Que revela en delirios el amor,—
¿El hervor de la sangre, que impelida
Al corazon se agolpa con calor?

Esas bellas miradas que fascinan,
Esa voz que penetra el corazon,
Que el pensamiento y voluntad dominan
Y nos elevan á sin par region;

Donde callados duermen los sentidos,
Do se sueña la esencia angelical,
Donde en uno por siempre confundidos
Dos séres sueñan el supremo ideal;

Ese conjunto inmenso de belleza,
Forma, mirada y voz de una mujer,
Que sentimiento, inspiracion, pureza,
En torno irradia de su excelso sér;

¿No es más que el atractivo poderoso
De la hembra de impúdico animal,
El hábil mecanismo misterioso
Que hace sin fin la especie renovar?

¿Y el hombre—el organismo más perfecto?
¿Y explotar la materia—su mision,
Como tambien ser pasto del insecto
Y abonos producir y nutricion?

¿Y, material producto del pasado,
Deja solo materia al porvenir?
¿Y de dolor y penas agoviado
Desde feto á cadáver ha de ir?

¿Y la Verdad, el Bien y la Belleza,
Heroismo, Saber y Religion,—
La manera de ser de la cabeza,
La mayor amplitud del corazon?

¿Y tan solo expresion de negaciones
Lo eterno, lo infinito, la unidad?
¿Y conjunto sin fin de relaciones
Es solo el ser, su ley—*casualidad?*....
.....

Jamas, Jamas! Mi humano pensamiento
Se niega á recibir tal realidad....
Mas, ay! ¿en dónde hallar, en su tormento,
En dónde hallar la luz de la verdad?....

Oh! Yo no sé que es esto que en mi mente
Siento moverse con inquieto ardor,
Una fuerza terrible, omnipotente,
Un soberano instinto crëador.

—

Mas ay! que en vano, en vano se debate
Por quebrantar su bárbara prision,
Solo el dolor recoge en el combate,
Y el corazon que con violencia late
De nuevo ahoga estúpida inaccion.

La materia resiste al pensamiento:
La inercia mata el fuego de la accion:
Luz y calor y vida y movimiento
Busca anhelante, y hondo desaliento
Halla solo y horrible postracion.

De nuestro sér, nutrida, fuerte, fiera,
La lucha logra siempre renovar:
Siempre indomable su victoria espera:
Luz y calor vertiendo por doquiera,
Vida quiere doquiera derramar.

Oh! lo que siento, y que mi pecho agita,
No es una ley de la materia, no;
No es esta inerte masa que gravita
Por la ley de atraccion, ni es que palpita
Al circular la sangre el corazon;

Que en vano la materia se combina
Y mil fuerzas la ponen en accion:
Ella sigue la ley que la domina:
Obedece, no obra, y no adivina
La causa que le imprime direccion.

Pero esta fuerza, que en mi pecho siento,
Obedece á mi libre voluntad:
No me domina, y solo es instrumento
Que gobierna mi altivo pensamiento
Para un fin, con conciencia y libertad.

Y aunque sufra la dura tiranía
De la materia en que encerrada está;
Y aunque los hombres, con tenaz porfía,
Destruyan sus creaciones, su agonía
La alteza de su sér descubrirá.

Que quien desea con constante anhelo
Encontrar la verdad y la virtud,
Y siente atroz, horrible desconsuelo
Cuando, en lugar de su soñado cielo,
Ve solo vicios, mengua, esclavitud;

Quien conserva la idea de belleza,
Y culto rinde al bien y la verdad;
Y cuando halla mentiras y bajeza,
Cuando la duda invade su cabeza,
Negro dolor lo agita sin piedad;

Quien, sucumbiendo en inaccion odiosa,
Conserva aun su fuerza y libertad,
No es una masa inerte, una vil cosa:
Es un sér cuya esencia prodigiosa
Se eleva sobre el órden material.

Medellin–1860.

PAGINAS DE VIAJE.

POR ANDRES POSADA ARANGO.

Existe en la América latina, entre las ramificaciones de la Cordillera Central de los Andes, hácia los seis grados de latitud boreal, un hermoso valle, de cerca de diez leguas de longitud y cuatro de anchura, recorrido de sur á norte por un pequeño rio, que se desliza silencioso, sobre arenas auríferas, yendo á perderse en el Cauca, que se une á la vez con el Magdalena para conducir sus aguas al Atlántico.

Colocado en el centro de la zona intertropical y elevado 1,500 metros sobre el nivel del Océano, goza constantemente de una suave temperatura, que le proporciona los encantos de una primavera eterna. Su cielo, de un bellísimo azul, solo se ve colorearse con los rosados matices de la aurora; vestirse de nubecillas, blancas como nieve, ó engalanarse con los brillantes festones de púrpura y de oro que deja el sol al hundirse en el ocaso. Más qué raras son ahí las tempestades!

Las montañas que lo circunvalan, coronadas de bosque y azulencas por la distancia, tienen sus faldas sembradas de casitas blancas, que ya se perciben en medio de las rozas, ya se confunden á lo léjos con los ganados. De sus vertientes brotan mil fuentes cristalinas, que no teniendo el estío riguroso que las seque ni el invierno que las hiele, corren perennes, siempre frescas, siempre bulliciosas, siempre sonoras! Los árboles jamas pierden sus hojas; las flores ostentan por doquiera sus riquísimas corolas, y nunca niegan su perfume; y bandadas de pájaros de vistoso plumaje y armonioso canto, saludan cotidianamente el sol en su nacer.

Varias aldeas de risueño aspecto, sentadas en torno al pié de las cordilleras, se avanzan hácia el llano, que todo cultivado, muestra acá y acullá innumerables granjas diseminadas en él, limpias praderías cubiertas de reses y de bestias, ó campos de sementeras divididos en cuadros de diversos colores, que aparecen á lo léjos como alfombras, en que contrasta el verde intenso del follaje del maiz con el amarillento de la caña de azúcar, y el tinte indefinible de los yucales con el oscuro de los platanales y el café; y en el fondo se destacan manchones de arboledas, cargadas en todo tiempo con los sápidos frutos de los trópicos.

En medio de esa campiña, junto á la márgen derecha del rio, extiende sus reales Medellin, pequeña pero hermosa ciudad, atravesada por un arroyo que desciende de la montaña corriendo sobre piedras y formando blancas espumas. Varios puentes unen sus dos partes.

Ademas de la amenidad del paisaje, sus calles rectas y aseadas, sus habitaciones alegres, espaciosas y cómodas, y sus bellos jardines, contribuyen á hacer de ella una mansion agradable. Ahí se enlazan las producciones de todas las zonas, se obtienen las flores de todos los climas. Al lado de la palmera que yergue altiva su ástil y mece su penacho en los aires, crecen la violeta humilde y el fragante clavel. Junto al naranjo y al limonero del Asia que embalsaman el ambiente con sus azahares, se muestran el heliotropio de los Andes peruanos y la caléndula de la

Europa boreal. Tan bien se da ahí el jazmin de la Arabia, como el rododendro de los Alpes; los rosales de Bengala, como los íris de la Alemania; los geranios de la Buena Esperanza, como las calceolarias de nuestros páramos. Tan bien florecen el nardo y los convólvulos del litoral, como el rosado lirio y la blanca azucena de las cordilleras.

Los habitantes de toda esa comarca afortunada, son generalmente notables por su moralidad, la sencillez de sus costumbres y aun la bondad de su carácter, que es como un reflejo de la suavidad del clima, de la armonía de los elementos naturales. Descendientes de los castellanos que descubrieron y colonizaron el país, les heredaron sus creencias, la fe católica, que han conservado intacta y que cultivan aún con fervor. Ellos podrian decir como el pueblo de Israel: "Nosotros somos felices, porque conocemos lo que agrada al Señor".

En esa sociedad nacieron y han vivido mis padres, y ahí, en medio de las caricias maternales, en el regazo de la que duerme hoy en el sepulcro, adquirí yo desde temprano las mismas enseñanzas. Ah! con qué ternura me hablaba ella del Niño Dios y su pesebre; con qué emocion, de los cuadros sangrientos de la pasion del Cristo; con qué fe y con qué esperanza, de su resurreccion gloriosa y de las promesas á sus escogidos!

La falsa filosofía de los sabios, los vanos cuidados del mundo, el torrente de las pasiones desbordadas, podrán ahogar en el corazon humano los sentimientos religiosos que una buena madre grabó en su niñez; pero borrarlos completamente, jamas. A la menor tregua, al menor contratiempo, á la primera defeccion, el hombre volverá sobre sí, y entónces ese gérmen de virtud, como una planta ávida de rocío, crecerá de nuevo y extenderá sus raíces.

Nunca será excesivo el cuidado que pongan las madres en inculcar á sus hijos, desde la infancia, vivos sentimientos de piedad: á ellas ha confiado la Providencia la suerte de las sociedades; ellas deben ser, por ese medio, su áncora de salvacion y de salud.

No es, pues, extraño que con tales ideas, yo tuviera desde niño un vehemente deseo de visitar la Tierra Santa. Qué corazon cristiano no habrá latido alguna vez con entusiasmo, viajando en sus ensueños por aquella comarca? Ah! cuántas veces, elevándose mi alma en las alas del pensamiento, habia cruzado las crestas empinadas de los Andes, surcado los mares, atravesado los desiertos, é ido á sentarse bajo los cedros centenarios del Líbano!.... Más de una vez habia recorrido yo con la imaginacion las playas del Jordan y bañádome en sus aguas; habia vagado pensativo por las riberas del lago de Genezaret, visitado el Huerto de las Olivas, subido al Tabor, y orado reverente sobre el Gólgota, en el sepulcro del Hombre Dios!

Largos años han pasado desde entónces.... Cuántas dulces ilusiones de esa edad venturosa, se han disipado ante mis ojos como niebla calentada por el sol! Muchas de las bellas flores que habia entrevisto mi fantasía juvenil, han caido, deshojadas y marchitas, á mis piés! Quedábame, sinembargo, ese sueño querido, ese proyecto que yo acaricié; y llegó por fin el dia de ver realizar su cumplimiento.

El 15 de febrero de 1868, abandonaba yo el hogar paterno para encaminarme á Europa, de donde debia pasar á Siria. En dos horas llegué á la cumbre de la serranía, hácia el borde oriental, de donde contemplé

por un momento el hermoso panorama del valle, que iba ya á perder de vista. Me hallaba solo: la atmósfera, impregnada del aroma de las flores silvestres, traia á mis oidos la voz ininteligible de los insectos, el susurro de la brisa entre las hojas, y el murmurio cadencioso de las fuentes, cuyas ondas veia yo descolgarse en pequeñas cascadas; y envié en los aires, mezclados con ese rumor de las selvas, mis últimos afectos á los seres que me eran queridos. No sabia si los volveria á ver!

.....

Si yo hubiera de vivir en Europa, si me hallara precisado á renunciar á ese conjunto de recuerdos y de dulces atractivos con que se arraiga en el hombre el amor de la patria, desearia vivir en Lyon ó en Tours.

Pero nó, no quiera el hado infausto negar á mis huesos el reposo en la tierra de mis padres.... Sombree mi sepulcro uno de sus muelles * de plácido follaje; ilumínenlo de tarde los tibios rayos del sol al ocultarse, y vaguen en contorno las brisas perfumadas que recogieron mis primeros suspiros infantiles.....

Cuándo dejarémos de ser frívolos? Qué importa para el hombre, peregrino por el mundo, ave viajera sobre la faz del globo, alzar su vuelo desde un punto cualquiera de la tierra?..... Mas ¡ay! nó, que ese sentimiento instintivo de la inmortalidad, esa voz secreta que nos dice que no hemos de acabar en la tumba, nos hará siempre desear una lágrima amiga que vaya á humedecer nuestras cenizas, una voz amorosa que eleve junto á ellas sus preces al Señor, flores que adornen nuestro campo, y rocío benéfico que las vivifique!

.....

Paris, 1869.

EL DESAFÍO DE DOS AMANTES. **

POR ANTONIO JOSE TORO.

(IMITACION).

—Yo soy la azucena de la alta montaña
Que amantes abrieron los fuegos de abril,
¿Por qué tus miradas provocan mi saña,
Pretendes acaso llegar hasta mí?

—Si tu eres, ingrata, la flor altanera
Que esquivas mi afecto, con rudo desden,
Yo tengo las alas del aura ligera,
Que escala los montes, y á ti llegaré.

—Yo soy de la esencia del duro granito
Que forma los flancos del agrio peñon,
Do acallan los vientos vencidos el grito,
Y abaten las olas su altivo rumor.

* *Muelle*, árbol de América llamado tambien pimiento (Schinus molle).

** Inédita.

—Si tú eres escollo que al austro hace frente,
E inmóvil resiste la furia del mar,
Yo soy de la linfa la gota paciente,
Que en siglos consigue, la roca horadar.

—Yo soy la laguna con ondas de plata
De adelfas orlada, perfumes y luz,
En ella su manto la luna retrata,
Su faz las estrellas, los cielos su azul.

—Si tú eres el lago vestido de gaza,
Yo soy de tus aguas el cisne cantor
Que oprime tu seno, tus ondas abraza,
Y en ellas empapa su blanco plumon.

—Yo soy el abismo de nieves ceñido,
Cubierto de sombras, sin luz ni calor;
Arcano insondable, misterio escondido,
Que nadie explicarlo jamas consiguió!!

—Si tú eres la sima que nada repite,
Ni escucha mis cantos, el astro soy yo,
Que engendra los fuegos, las nieves derrite,
Y alumbra las sombras con rayos, el sol.

—Si tú eres el astro que aroma las flores,
Y espanta la noche, no inspiras temor,
Yo tengo en mis ojos mil rayos mejores,
Que siempre dan muerte, la muerte de amor....

—Si tienes ay! ojos que dan la tortura,
Tambien si lo quieres la vida darán,
Yo soy tu vasallo, venció tu hermosura,
Te adoro y no puedo, contigo luchar....

1868.

VANIDAD Y ENVIDIA.

POR MANUEL ANTONIO HERNANDEZ.

La vanidad es una faz del egoismo y, como éste, recibe tambien á su paso los homenajes del mundo entero.

Ella es el flanco descubierto de los héroes y la fuerza de las almas débiles. Ella ha motivado crímenes atroces, y servido de clave para explicar los desaciertos de los grandes hombres.

La vanidad se apodera de la juventud, y prevaleciendo sobre la voluntad, arrastra á muchos jóvenes al borde de la depravacion sin que ellos lo sospechen sino muy tarde, y cuando el camino recorrido es demasiado largo para volver atras.

La vanidad es la madre de la moda, y la hermana del coquetismo. Su dama de honor es la adulacion.

Ella es fuente y raíz de pleitos y pendencias. El miedo le debe á veces la existencia; y, por una singular antítesis, muchos actos de audacia son la obra esclusiva de la vanidad.

La vanidad inmortalizó la locura de Erostrato; fué para Alcibiades el móvil de sus acciones; levantó las pirámides de Egipto y los monumentos de la India; y era el fondo de las costumbres licenciosas de Sibaris.

La vanidad se llamó Narciso, Adónis, Cupido, Vénus..... hoy se llama presuncion, amor propio..... tiene mil nombres.

¡Io anche son' pittore!

"Yo tambien soy escritor, yo tambien soy orador, yo tambien soy rico, yo tambien soy sabio, yo tambien soy grande". Así habla la vanidad.

Y nos impele á hacer alarde de talentos que no poseemos; á enseñar lo mismo que ignoramos; á querer levantar un peso superior á nuestras fuerzas naturales; á pretender puestos que no merecemos y empleos que somos incapaces de servir con lucimiento; á ostentar vestidos lujosos y deslumbradores que al dia siguiente vendemos con descuento para saldar una deuda.

Todos los disparates que se han dicho, que se han escrito, que se han ejecutado, proceden de la vanidad.

Mi propia vanidad me ha inspirado este artículo sobre la vanidad.

La vanidad se ofende, se irrita y se enfurece por nonadas. ¡Ay! de aquel que hiere la vanidad ajena. La ira de la vanidad es mil veces más peligrosa que la cólera de la mujer necia.

Cuando la vanidad gobierna un pueblo, no consiente que se le acerque una pulga, ni que se le haga la menor censura. De aquí los golpes de estado, los conatos de despotismo y las persecuciones más ó ménos declaradas.

A la vanidad ofendida se referia Cormenin cuando nos daba este consejo:

"Guardaos de ofender á esos gallitos de aldea para quienes el amor propio se despierta y canta ántes de amanecer."

El deseo de hacer viso, que ha multiplicado los Quijotes, no es otra cosa que vanidad.

La vanidad ofendida degenera frecuentemente en violenta y desapiadada envidia.

"La vanidad humana es incurable"; pero hay dos remedios para evitar su contagio:

La HUMILDAD de Jesus;

El *nosce te ipsum* de los antiguos, ó la *modestia*.

—

En los pliegues de algunos corazones germina, crece y se desarrolla una pasion terrible y desastrosa. Larva que siempre roe, fuego abrasador que jamas consume, serpiente venenosa que muerde, martiriza y desespera al infeliz en cuyo seno llegó á alojarse.

Es la envidia.

La envidia es para el envidioso un suplicio atroz; es el buitre que está despedazando sin cesar las entrañas de un verdadero Prometeo.

La envidia es un compuesto de odio ciego, de rabia implacable, de despecho furibundo, de pesar continuo.

La envidia ha declarado guerra sin tregua ni descanso á todo lo bueno, á todo lo grande, á todo lo bello.

Ella, despertando la codicia rapaz, fundó la conquista y estableció la esclavitud; ella es el más enérgico estimulante del asesinato y del robo; ella dió forma y poder á la opresion.

La envidia dirigió el brazo de Cain; hizo de Saúl el enemigo encarnizado de David.

En Grecia desterró de su patria al justo Aristides, propinó la cicuta á Sócrates y á Focion, y mató á Filópenes y Arato.

En Italia hizo decapitar al ilustre Ciceron.

En España inmoló al heróico Viriato en sus sangrientas aras.

Ella suministró para Bonaparte un carcelero como Hudson Lowe; ella sacrificó al sabio Cáldas; ella persiguió alevosa y cruelmente al Libertador Bolivar.

La envidia de los Doctores decretó la muerte del Redentor.

Para la envidia todo es malo, defectuoso, insípido; solamente sus propios hechos llevan el sello de lo perfecto y de lo inmejorable.

La envidia percibe manchas en la luz, y sombras en el disco del sol.

Dando al grano de mostaza que ve en un cristal las dimensiones del elefante, grita en todos los tonos y con aire de triunfo: "*¡Mirad!*"

Volcan en ignicion, está siempre vomitando torrentes de lava destructora; y sus vapores que atosigan, condensándose en las alturas del mundo social, se disuelven luego en catástrofes horrorosas que llevan el luto y la tristeza al individuo, á la familia y á la sociedad.

La envidia permanece en ocasiones disimulada pero latente; y si estalla se presenta con los atavios de calumnias, difamaciones, sarcasmos, chismecitos é intriguillas, segun las circunstancias.

La envidia ha producido la falsa crítica, y á los Aristarcos vergonzantes.

La envidia, como los demonios, tiene sus horas de carcajadas frenéticas y estrepitosas, sus momentos de regocijo infernal: cuando ha conseguido el cortar las alas al genio, ó minar una reputacion bien cimentada, ó volcar de su puesto á una personalidad eminente.....

Para preservarse de la envidia no hay más que un recurso, uno solo, pero de eficacia infalible: la CARIDAD, es decir, el Amor universal.

—

Preguntóse á un jóven bien nacido: ¿Quiéres ser vanidoso ó envidioso?

—"Ni lo uno, ni lo otro", contestó.

1869.

LA CEIBA DE JUNIN.

POR EPIFANIO MEJIA.

Cerca de un puente y á orillas
De cristalina quebrada,
Abriendo al viento los brazos,
Su airosa copa levanta.

La luna que en "Pandeazúcar"
Asoma redonda y clara,
Llena su verde ramaje
De resplandores de plata.

Los vientos de linda noche
Sollozan entre sus ramas,
Como los niños mimados
Que entran gimiendo á sus casas.

Suelta la noche en sus hojas
Su llanto de gotas blancas....
Que la noche tambien llora
En este valle de lágrimas.

—

Oh Ceiba!-yo sé la historia
De tu existencia temprana;
Yo vi cuando te trajeron
De los playones del Cauca;
Te conocí cuando niña,
Creciendo á orillas del agua.

—

No es esta la misma noche
Que daba sombra á tu infancia;
Ni estos los vientos alegres
De tus alegres montañas;
Ni aquella luna que alumbra
Es ¡ay! tu luna caucana!

—

Tal vez tú como el proscrito
Que gime en tierras extrañas,
Recuerdas las dulces brisas
De tus colinas lejanas;
Por eso será que á veces
Se van dorando tus ramas
Y amarillas van cayendo
Tus hojas sobre la playa....

Así de los tristes ojos
Del proscrito, se derraman
Gotas de llanto que caen
En clima extraño regadas.

Bien haces en despojarte
De tus adornos y galas
Si como el pobre proscrito
Te acuerdas ¡ay! de la Patria!

—

Pero no, Ceiba: prosigue
Tu copa abriendo galana
Y desplegando en el aire
Tus banderas de esmeralda.
Es cierto que te arrancaron
De las riberas del Cauca;
Pero del Cauca que riega
Las antioqueñas sabanas;
Es cierto que allá dejaste
Cielo, vegas, aves, auras;
Pero aquí todo lo tienes....
A Medellin ¿ qué le falta ?
Aquí hay céfiros que arrullan,
Aquí hay turpiales que cantan,
Cielo azul, y vegas verdes
Entapizadas de grama.
Y aquella tierra y la tierra
En que hoy airosa levantas,
Es toda tierra de Antioquia
Y Antioquia toda es tu Patria.

—

Por eso, Ceiba, prosigue
Tu copa abriendo galana
Y desplegando en el aire
Tus banderas de esmeralda.

De tu cañon por las venas
Discurra constante savia
Que brote en rubios renuevos
Al desvestirse tus ramas.

A todo el que pase andando
Sobre la arena tostada,
Tu manto de estrellas verdes
Le dé abrigo y sombra grata.

Y á ti-la aurora sus risas,
El sol sus rubias miradas,
Y el arrebol de la tarde
Su lampo de oro y de grana.

—

Pero, Ceiba.... ¡no te engrías!
Que el Tiempo que te levanta,
De verte tan orgullosa,
Se puede cansar mañana!

Y ¡ay! de tu tronco redondo!
Y ¡ay! de tu copa elevada
Si el Tiempo llega á enojarse
Y de elevarte se cansa!

Se irán secando tus hojas
Y cayendo desgajadas,
Como en el pecho del hombre
Las últimas esperanzas.

Como doblega la muerte
Los brazos de enferma anciana,
Así la mano del Tiempo
Irá encorvando tus ramas.

A tierra vendrá tu tronco
Falto de apoyo y de savia,
Como el exánime cuerpo
Que cae al faltarle el alma.

Entónces, los raudos vientos
Que de "Santa Helena" bajan
Barrerán el leve polvo
De tu existencia acabada.

Tu ataud—será el vacío—
La luz—tu blanca mortaja—
Y el campo de tu sepulcro
Las antioqueñas montañas.

Marzo de 1878.

UN BAILE CON CARRERA.

POR RICARDO RESTREPO.

Hace algunos dias me encontraba yo, un domingo por la mañana, sentado al frente de mi escritorio, revolviendo inútilmente mi memoria para ver si hallaba algo qué contestar á las incesantes preguntas que me hacia un pliego de papel blanco extendido sobre la mesa. Cansado de registrar sin provecho hasta los más recónditos rincones de mi imaginacion, iba ya á archivar el importuno papel cuando observé que la cocinera de casa se habia parado en la puerta de mi cuarto. En su aire tímido y en la sonrisa de irresolucion que vagaba por su rostro, conocí que tenia algo qué decirme, y queriendo evitar sus rodeos, le dije para animarla:

—Hola ña Fulgencia! Usted por aquí? Parece que alguna cosa se le ofrece, y si yo puedo servírle téngala por conseguida.

—Pues es, niño, que yo vengo á pedirle un favor; pero usted tal vez no me lo hace, contestó la cocinera agachando la cabeza y arañando la pared á la cual se habia recostado.

—Y ¿qué favor será ese? Sepamos á ver, ña Fulgencia.

—Pues es que esta noche vamos á hacer una cenita y á bailar un poquito, y nosotras querriamos que usted nos honrara la casita asomándose por allá aunque sea un rato.

—Vamos, ña Fulgencia! Conque lo que usted me pide es que vaya á divertirme esta noche! Pues acepto con mil amores. Y ¿dónde es el baile?

—Allá en Guantéros en la casita de nosotras. Todos los convidados son personas muy decentes y no hay que temer ningun *bochinche*.

—Está bien, ña Fulgencia. Le agradezco la invitacion, y cuente usted conmigo.

Teniendo ya un baile y una cena en perspectiva, tomé el pliego de papel y lo guardé, esperando que los acontecimientos de la noche me suministraran algo qué contarle.

Cuando fueron las ocho de la noche me puse á reflexionar sobre lo que debia hacer. Yo no habia estado nunca en reuniones de esa clase, y por lo mismo tenia deseo de asistir á la que ahora se me presentaba, movido por el aliciente que lo desconocido tiene para todas las imaginaciones.

Yo no temia que en aquella diversion hubiera peligro alguno, pues si pudiera haberlo la cocinera de casa no me habria convidado. Así, pues, no vacilé en mi resolucion y comencé á vestirme.

Dudaba yo si deberia ir de ruana ó de levita; pero temiendo que la primera se considerara como un desprecio, escogí la última, la cual acompañé de pantalon y chaleco blancos. Así ataviado me encaminé á la casa del baile, la cual está situada en una de las calles mas desiertas é ignoradas del barrio de Guantéros.

Cuando llegué acababan de bailar una pieza, lo cual se conocia por el movimiento y ruido de trajes que se oia en la sala. Empujé la puerta de la calle, y como la casa no tenia zaguan ni cosa parecida, me encontré inmediatamente en la sala.

Con el ruido que hice al abrir la puerta todos los ojos se clavaron en mí, los unos con sorpresa, los otros con enojo. Saludé á las personas que estaban cerca, dándoles las buenas noches; pero la mayor parte permanecieron en silencio y las demas me contestaron con tono apénas perceptible.

—Malo! dije yo para mis adentros al ver el recibimiento que se me hacia.

Pero ya que estaba en la sala, no podia salir sin siquiera decir á qué habia ido, y esperando que se presentara ña Fulgencia ó alguna persona conocida, me puse á observar para saber en dónde y con quiénes me hallaba.

La sala en que nos encontrábamos era una pieza bastante pequeña y solo tenia dos puertas: la una era la de la calle, por donde yo habia entrado, y la otra, que estaba al frente, probablemente conducia á la cocina ó á las habitaciones que servian de dormitorio.

El bello sexo estaba representado en el baile por seis ú ocho *ñapangas*, ostentosamente ataviadas tratando de imitar las modas reinantes entre las señoras, y, á imitacion tambien de algunas de éstas, superabundantemente untada la cara con una espesa capa de yeso y *bolo*.

Los personajes pertenecientes al sexo feo eran tres ó cuatro artesanos de fisonomía simpática y pacífica, y uno de aspecto grave y belicoso, que sentado al lado de la *ñapanga* más hermosa, hablaba con tono solemne y mesurado y con la suficiencia de un orador cuyas palabras son

oráculos. Finalmente, como el personaje más conspícuo, como la figura culminante del baile, un cachaco, bien vestido y muy acicalado, paseaba su satisfecha persona de un extremo á otro de la sala, acariciándose las patillas y mirándolos á todos con aire de proteccion.

Cuando el artesano orador y el cachaco conquistador observaron mi presencia, ámbos me clavaron los ojos con una fijeza que me dió en qué pensar. El artesano se volvió luego hácia sus compañeros y comenzó á hablarles mirándome de reojo: evidentemente se trataba mí. En cuanto al Adónis de las patillas, me miró un rato, se sonrió sardónicamente, y luego me volvió la espalda con el aire más despreciativo del mundo.

—Bonitos estamos! continué yo diciendo para mi coleto. Mucho que me divertiria yo aquí si me quedara!

Y me dirigí á la puerta de la calle; pero en el momento de abrirla, un golpecito que sentí en el hombro me hizo volver la cara y me encontré con la regocijada figura de Gervasio Parra.

—Hola chico! me gritó; cuánto celebro verte aquí. Se conoce que tú eres hombre de buen gusto cuando vienes á estas *tagarnias*. No sabes cuánto vamos á divertirnos!

—Hombre! pensaba irme porque me parece que mi presencia tiene aquí pocas simpatías; pero ya que te encuentro, me quedo.

—Sí, sí, hombre! Por supuesto!

Antes de pasar adelante es preciso decir cuatro palabras sobre el nuevo actor que se presenta.

Parra pertenece á una honrada familia que, á pesar de su pobreza, ocupa una buena posicion social. Aprendió en la escuela á leer, escribir y contar medianamente, y luego se fué á una oficina pública en donde por rigorosa escala ha subido desde aspirante á meritorio hasta oficial de á veinte pesos, de ley por supuesto. Hombre de un buen humor inagotable, es una especie de cosmopolita ó anfibio social: alternativamente cachaco y artesano, lleva con tanto desembarazo la ruana como la levita, trata á todo el mundo de igual á igual y tutea á todo aquel á quien habla por segunda vez, si desde la primera no lo ha hecho. Es, en suma, el hombre más feliz de esta tierra, y, aunque sin intencion ni conocimiento, el más perfecto modelo del republicano.

—Camina, pues. Ven yo te hago conocido con toda esta gente, me dijo Parra cogiéndome de un brazo y tratando de llevarme á média sala.

—Aguarda, hombre! Vamos poco á poco. Como yo nunca he estado en estas reuniones, es preciso que me orientes un poco y me digas qué clase de gente es ésta y cómo debe uno tratarla.

—Pues bien, mira! Todas estas damas son honradas criadas que, sabiendo que esta noche habia baile, han dejado las casas en que servian, con el pretexto de que tenian una tia enferma ó cualquier otro semejante. Es muy fácil que alguna de ellas haya estado en tu casa; pero no debes darte por entendido, sino que debes tratarlas á todas de *señorita* y de *hágame el favor*, y es conveniente que les prodigues el mayor número de cortesías que te sea posible. De esa manera te granjearás sus simpatías y te convidarán á cuanta funcion pongan. No vayas á creer que aquí se baila *guabina* ó *bunde*. Nada de eso! Todas estas damas bailan polka, wals ó strauss, y te aseguro que lo hacen tan bien como cualquiera señorita de alto tono.

—Está bien; pero pasemos á los hombres. ¿Quién es aquel cachaco que parece tan satisfecho de su persona y que de cuando en cuando me mira y se sonríe atusándose los bigotes?

—Ah, hombre! Ese es un sugeto curioso que conviene tengas presente. Es Quintero, el celebérrimo Quintero. Es un muchacho de una familia pobre y humilde y que sin embargo anda siempre bien vestido y con algunas monedas en el bolsillo, aunque no se le ve oficio ni beneficio ninguno. Cuando le preguntan de dónde saca dinero, dice que se ha encontrado una mina, y yo tengo para mí que la tal mina es la explotacion y desplumamiento de uno que otro barbilampiño que se le atraviesa. Quintero no pertenece al gremio de artesanos, pues aunque en apariencia los acata, interiormente los desprecia y se considera como muy superior á ellos. Tampoco pertenece á la clase de los cachacos, pues los aborrece de muerte y trata siempre de buscarles camorra. Su manía constante es decir que esta sociedad trata á sus hijos como feroz madrastra, que aquí se desconoce el mérito, y que se estima á cada uno por su dinero y no por sus prendas morales. Yo no sé si eso será cierto; pero si fuéramos á premiar á cada cual por sus méritos, de seguro que el bueno de Quintero no recogería muchos votos en su favor. Y sin embargo, ahí donde ves á ese personaje que parece tan huraño, es el sugeto más manual del mundo. De seguro que él tiene prevencion contra ti, que pasas por hombre de plata, como él dice; pero si quieres echártelo al bolsillo, salúdalo con amabilidad en donde lo encuentres, ofrécele trago en el teatro ó acéptalo cuando te lo ofrezca, y así puedes contar con él como con tu mejor amigo.

—Te agradezco los consejos y ahora me vas á presentar á él. Pero ¿quién es aquel artesano que está sentado al lado de aquella *ñapanga* bonita, y que desde que estoy aquí no ha cesado de mirarme con malos ojos?

—Ese es un sugeto que debes estudiar, porque es el curioso tipo de una clase que, aunque poco comun en nuestra sociedad, no deja de tener algunos representantes. El maestro Hilario es un sastre que goza de una merecida reputacion como hombre honrado, y que tiene cierto talento natural, aunque muy mal dirigido desgraciadamente. Deseando instruirse, ha buscado alimento para su espíritu en las novelas socialistas de Eugenio Sue y compañía, y no pierde ocasion de leer cuanto se publica con tendencias á rebajar á los ricos, á quienes él llama ladrones, sin excepcion, ó á adular á la clase obrera. De este modo el maestro Hilario se ha formado en su cabeza un mundo imaginario para nosotros, aunque real para otras sociedades. Es hombre que habla muy serio del pauperismo y de proteccion á las industrias nacionales; que reniega contra la tiranía del capital, y no desespera de la emancipacion de los proletarios y del engrandecimiento de la oprimida clase de los artesanos. En una palabra, el maestro Hilario es un socialista con sus puntas de comunista, como dicen ustedes los que han estado en el Colegio. Desde ahora te digo que si tratas de ganar sus simpatías pierdes tu tiempo, pues él aborrece de muerte á los cachacos. Es de aquellos artesanos que, si uno no los saluda, *se la juran* por orgulloso, y si trata de saludarlos, desvían la cara por el tonto placer de hacerse los desdeñosos ó despreciativos ó de pasar por víctimas. Así, pues, si él te habla, lo que seguramente no hará, conténtate con contestarle y trata de no enredarte con él.

En cuanto á los demas artesanos que miras aquí, continuó Parra despues de una breve pausa, nada tengo qué decirte. Son el tipo comun de la generalidad de nuestros artesanos, industriosos, atentos, deseosos de instruirse, y enemigos de toda cuestion política y de vanas discusiones, en las que la experiencia les ha enseñado que nada tienen qué ganar y sí mucho qué perder.

Orientado ya acerca del modo como debia conducirme, perdí la timidez que me habia hecho permanecer aislado. Conducido por Parra nada tenia qué temer, pues él, veterano en asunto de *tagarnias* y conocedor de todos sus misterios, me enseñaria el arte de ganarme la buena voluntad de aquella comunidad.

La primera operacion de Parra fué presentarme á Quintero. Este truhan, á quien yo habia encontrado varias veces en la calle y á quien nunca habia saludado, me recibió con un aire medio amenazador, como esperando á ver de qué manera me conducia con él. Yo, que estaba preparado, traté de ser lo más amable posible y le dirigí algunas palabras halagüeñas. Inmediatamente cambió de tono: puso á mi disposicion su persona y todas sus habilidades, y quedámos tan amigos como si nos hubiéramos conocido desde la infancia.

Una hora despues estaba yo en el apogeo de la popularidad, merced á la intervencion de Parra y Quintero. Sólo el impenetrable maestro Hilario me hacia oposicion y continuaba mirándome con malos ojos.

Sin embargo, conociendo yo cuán fácil es en un país republicano "pasar del solio á la barra del Senado", no me dejé cegar por el aura popular. Y cierto que hice bien, pues pronto comenzaron á lloverme calamidades.

Serian como las doce de la noche cuando ña Fulgencia fué á preguntarnos si seria ya hora de cenar. Oyendo nuestra contestacion afirmativa, salió con algunos hombres y luégo comenzaron á traer mesas que colocaron en el centro de la sala. Sobre ellas pusieron algunos dulces, muchas botellas, y una enorme cantidad de platos y bandejas, que probablemente habian conseguido á título de préstamo en todas las vecindades.

Cuando la mesa estuvo servida, cada danzante se apresuró á dar el brazo á una de las damas presentes. Púseme á pensar cuál seria la que yo debia elegir; pero cuando terminé mis meditaciones ya la eleccion era inútil, pues sólo habian quedado sentados los manes de una vieja, que probablemente tambien era señorita, pues así lo revelaban los muchos remilgos que hacia, la escandalosa crinolina en que se habia metido y la formidable capa de estuco con que habia cubierto su casi calavera. Ya no habia remedio! Acerquéme valerosamente, y con muchas cortesías supliqué á la terrible arpía que se dignara aceptar mi brazo. Hízolo así la vieja con una majestad digna de mejor causa, y nos acercámos triunfalmente á la cabecera de la mesa que, como lugar más prominente, me habia sido designado.

Cuando yo me sentaba oí al maestro Hilario que decia á sus vecinos:

—Estos cachacos del diablo se meten siempre donde nadie los llama. Pero llegará el dia en que el pueblo altivo conozca sus derechos, y entónces los ricos ladrones nos pagarán las verdes y las maduras.

Iba yo á contestar al maestro Hilario que á mí me habian convidado, cuando un violento empujon dado á la puerta nos hizo sobresaltar, y todos volvimos los ojos. Inmediatamente entraron cuatro ó cinco hombres, todos de bayeton y sombrero de *pedrada*, rostros huraños, ojos inyectados de sangre, el pelo cayendo en mechones desgreñados sobre la frente, y llevando en la mano gigantescos garrotes que jactanciosamente hacian resonar contra las puertas y muebles. El horrible tufo que despedian manifestaba bien que cada uno de ellos estaba de sustituto de un tonel, y que su legítimo domicilio debia ser el estanco de licores destilados.

La aparicion de aquellas siniestras figuras produjo en todos el efecto de un rayo. Todos nos quedámos en silencio y cada cual comenzó á lanzar miradas afanosas buscando el lugar por donde la fuga pudiera efectuarse. El que tenia una figura más *matroz* se acercó á la mesa, miéntras los demas se hacian á las dos únicas puertas de la sala ó se colocaban cerca de las pocas velas que la alumbraban. Entónces el primero, despues de examinar á los concurrentes con una mirada turbia y estúpida, dijo con voz aguardientosa:

—Buenas noches, mis caballeros. Yo tambien vengo á divertirme.

—Hola, mi amigo Ponzoña! exclamó entónces alegremente el hasta ahí taciturno y majestuoso maestro Hilario. ¡Cuánto me alegro de que un verdadero hijo del pueblo, como tú, venga á nuestras diversiones!

Y poniendose de pié fué á dar la mano al satánico Ponzoña.

Miéntras ellos cruzaban en voz muy baja algunas palabras, pregunté yo á Parra:

—Quién es esta gente?

—Son los sugetos más malos de esta tierra, me dijo. El tal Ponzoña es un carnicero que no puede pasar ocho dias sin pelear, y de seguro que vienen á *ponerla* con nosotros, pues la levita les hace bailar el garrote. El único modo de escapar es ver si podemos ganarlos, y como probablemente te considerarán como jefe, es preciso que trates de ponerlos de tu parte ofreciéndoles trago. Ponzoña se llama el maestro Menalco.

Ya para entónces los dos maestros habian acabado de hablar, y Ponzoña, clavándome los ojos de una manera capaz de hacer dar vahido, me preguntó:

—Hola! y este cachaco quién es?

—Un servidor de usted, maestro Menalco, que desea que ustedes se diviertan aquí con nosotros. Y para festejar nuestro conocimiento espero que usted y sus compañeros nos acompañarán á tomar un trago á su salud.

—Muchas gracias, mi caballero, contestó Ponzoña acercándoseme. Yo no necesito de que ningun pepito *caripelao* me dé trago. Yo tengo plata, mire usté.

Y metiendo la mano al bolsillo, arrojó sobre la mesa un real y una navaja descomunal.

—Cómo es eso? saltó Quintero que las echaba de jaque. ¿Vienen ustedes aquí á insultarnos?

—Ello no! don.... don como se llama, dijo Ponzoña con un tono fingidamente humilde. Yo lo que quiero es encender este tabaco para irme.

Y sacando un cigarro se acercó á una vela é hizo como si fuera á encenderlo. Inmediatamente se apagaron las velas, y en medio de la profunda oscuridad se oyó el ruido amenazador de los garrotes que se levantaban. Entónces la confusion fué horrible: las mujeres corrian desatentadas de un lado para otro dando medrosos aullidos y pidiendo socorro; los platos volaban á estrellarse contra las paredes, impulsados por los poderosos garrotes, y en medio del tumulto se oia la voz de Ponzoña que, cual otro Bozzaris, animaba á los suyos gritándoles:

—Arriba, muchachos! Cuiden las puertas para que nadie se escape, y palo con el cachaco.

Parra, que probablemente era entendido tambien en achaque de garrotazos, me cogió de un brazo y me hizo meter debajo de la mesa, sobre la cual llovian tremendos golpes que me buscaban, pues los invasores habian resuelto que yo fuera la víctima expiatoria. Miéntras tanto el maestro Hilario se habia hecho á una puerta y gritaba entusiasmado:

—Arriba, pueblo valeroso! Arriba, oprimidos proletarios! Abajo la aristocracia del dinero, y palo con el cachaco!

Apurada estaba haciéndose mi situacion, pues ya los garrotes comenzaban á zumbar por debajo de la mesa, cuando Quintero, que se habia armado con un taburete, vió un poco de luz por la puerta que daba al interior, y, guiándose por ella, asestó al maestro Hilario tan rudo taburetazo, que lo trajo mal parado ó más bien mal caido al suelo. Al ver la puerta entreabierta todos los aporreados de adentro trataron de salir, y yo, deslizándome y ocultándome entre una docena de crinolinas, logré pasar al corredor, sin más aumento que dos chichones en la cabeza y sin más diminucion que la de mi levita, que dejó las faldas como trofeo de los vencedores. La noche estaba oscura como boca de lobo, y llovia á cántaros. Como yo no conocia la topografía del lugar, me lancé en la primera direccion que se me presentó, y resbalándome en el lodo del patio, caí y me empantané de la cabeza á los piés, dejando el sombrero y un botin en la caida. Logré levantarme, y para huir de los garrotes que ya me parecia que me estaban midiendo las costillas, me entré por la primera puerta que encontré. Aquella puerta daba á la cocina, en donde algunas mujeres fugitivas se habian asilado, y tomándome por uno de los atacantes comenzaron á gritar:

—Socorro! Socorro! que nos asesinan!

Ya no era tiempo de andar con cumplimientos, y yo, olvidando las recomendaciones de Parra y el tratamiento de *señoritas*, les dije:

—Patronas, por todos los diablos, callen la boca que yo tambien ando fugitivo.

—Pero ellas no me atendian y seguian gritando desaforadamente:

—Socorro por Dios! Socorro, que nos asesinan!

Temiendo que aquellos gritos pudieran atraer á mis perseguidores, salí de la cocina, y observando que habia una tapia medio arruinada, me puse á escalarla valerosamente. Habia ya logrado llegar á la cima cuando dos garroteros me distinguieron por los pantalones blancos en medio de la oscuridad, y se me vinieron encima gritando:

—Al cachaco, que se nos va! Atajen! atajen!

No teniendo tiempo para bajar con maña, me incorporé para tomar vuelo y saltar en medio de la lluvia de piedras y palos que me lanzaban,

pero mi esfuerzo fué enteramente inoficioso: un garrote, vigorosamente lanzado, me comunicó tal impulso, que sin quererlo dí el salto más estupendo de que tenga noticia. Si lo hubiera dado voluntariamente y en pleno dia, mi reputacion como gimnástico no tendria rival en el mundo.

No bien habia caido, todo magullado y lleno de contusiones, cuando dos enormes mastines se abalanzaron sobre mí con unos aullidos que claramente revelaban intenciones hostiles. Felizmente la sabia y previsora Naturaleza ha puesto siempre el remedio al lado del mal, y encontrando yo á mano el garrote que me habia hecho volar, pude libertarme de mis caninos verdugos, más no sin dejar entre sus dientes algunas tiras de mis pantalones. En fin, despues de saltar média docena de tapias y de sostener combate con todos los perros del barrio, logré llegar á la calle, en donde dí gracias á Dios de haber salido con vida.

Cuando llegué á casa y me contemplé detenidamente, no pude ménos de reirme de mi estrambótica figura. El pantalon y el chaleco blancos, que en mala hora se me ocurrió ponerme, estaban tan embarrados que no parecian sino ropa de peon cargador de tierra; el sombrero y un botin habian desaparecido; la levita se hallaba convertida en chaqueta, por la falta de las faldas, y estaba á punto de dividirse en dos porciones por un ancho descosido que le llegaba hasta el cuello. Las manos y la cara las tenia despedazadas por las ramas y piedras de que habia tenido qué prenderme en las subidas y bajadas de tapias, y la columna vertebral me dolia como si la tuviera desencajada.

Al otro dia supe que del baile habian resultado seis heridos, que mi nombre se daba como el de uno de los agresores, y que probablemente seria llamado por el juez del crimen á responder por el delito de ataque á las personas y á las cosas con escalamiento y en cuadrilla de malhechores. Miéntras se sigue el juicio, y para lo futuro, hago juramento solemne de no volver á bailes en que sean necesarios la agilidad en la carrera y profundos conocimientos en gimnástica.

Medellin, 3 de agosto de 1870.

CANCION NACIONAL.

POR JOSE MARIA SALAZAR.

A la voz de la América unida
De sus hijos se inflama el valor,
Sus derechos el mundo venera,
Y sus armas se cubren de honor.

Desde el dia que en este hemisferio
De la gloria la aurora brilló,
Vivir libre juró nuestro pueblo
Convertido de esclavo en señor:
Este voto del cielo inspirado
A la faz de la tierra ofreció;
Con placer las naciones le oyeron,
Los tiranos con susto y pavor.

Se conmueven de júbilo y gozo
Las cenizas del digno Colon,
Y los manes de príncipes tántos
Cuyo trono la Iberia usurpó.
Ya revive la Patria querida
De los Incas, los hijos del sol,
El imperio del gran Motezuma,
De los Zipas la antigua nacion.

¡Héroes indios, la América toda
Os saluda con himnos de amor,
Y os ofrece por justo homenaje
Roto el cetro del cruel español!
¡Y vosotras, oh víctimas caras
Que el cadalso del yugo libró,
Viendo el fruto de tal sacrificio
Descansad en la eterna mansion!

A los aires se eleva triunfante
De la América el fiero español;
Y á su vista se mira abatida
De la Iberia el soberbio lëon.
Ya no ruge cual ántes solia;
El aliento primero perdió,
La melena sacude sin brio
Falto ya del antiguo vigor!

Nada importa que en vez de la fuerza
Ponga en juego la infame traicion,
Y que el fin de su imperio señale
Con escenas de muerte y horror.
Los despojos, las ruinas, los pueblos,
Que la llama enemiga abrasó
Nos excitan á justa venganza,
Y nos hablan con mudo clamor.

Esto es hecho! la América al orbe
Se presenta cual nueva nacion;
La barrera del vasto oceäno
De dos mundos impide la union!
¡Adios trono, ministros, validos,
Instrumentos de vil opresion;
Bendiciendo la mano divina
Os decimos el último adios!

A la voz de la América unida
De sus hijos se inflama el valor,
Sus derechos el mundo venera,
Y sus armas se cubren de honor!

UN MONTAÑES.

POR ELISEO ARBELAEZ.

Yo he sido montañes.

En esa época afortunada en que era yo el hombre de la naturaleza, segun Rousseau, un salvaje completo; cuando creia en los duendes y las brujas como se cree en Dios, ví cosas que son para contadas.

Antonio Guzman era un viejo montañes, tradicion del siglo XVII; figúreselo usted por los siguientes rasgos.

Se peinaba con los dedos, y sólo se mojaba la cara cuando cayendo agua venteada lo cogia en descubierto.

Tenia *carriel* de cabuyas con reata de bayeta. Haga usted de cuenta que está viendo el *carriel*; ábralo usted, vea ese cuerno de ciervo, vea esa uña de águila, vea usted un pico de tominejo, el yesquero de táparo, una imágen de la Virgen; entre esos trapos, desenvuelva usted y verá qué monicongo tan arrogante y tan digno de un amo como el más encapotado sultan.

¿Quiére usted saber cosas misteriosas? Háblese con este sugetillo; que á fuer de montañes, le ofrezco á usted, es más orgulloso que un Burgrave, y dice más cosas que las mil y tantas noches.

Sostengo que Sebastiana, la hija de este hombre, merecia mejor padre y mejor cuna. Qué demonio tan bella! Dió en querer á cierto mozuelo feote y mal trecho, que sin que se haya podido saber con qué yerbas, ó plumas, ó florones *encalamucó* tan feamente á la muchacha; que ella de su bello gusto tuvo á bien marcharse con él, por allá á Remédios, último rincon de la tierra, dejando á los padres entre tristes y rabiosos, muy inquietos por junto.

Como Ramoncito el primogénito estaba ya casado, sólo les quedó en casa á los viejecillos Antonio su hijo, muchacho insidioso, agüerista, semiculebrero y consentido como el que más.

Duro trance tener qué mandarlo en busca de Sebastiana, que por lo visto se amañó poco en Remédios, así que se fué al otro mundo su muy ponderado Pacheco Valencia, agobiado de *tuntun*.

Cuando Antonio llegó á Remédios, ya Sebastiana se hallaba en aguda miseria. Habia vendido su collar de corales, que era histórico en la familia de los Guzmanes; su gargantilla de chaquiras caobas, su palomita de marfil engastada en oro de 20 quilates; sólo la imágen de San Rafael, habia escapado á tan tenaz confiscacion.

Avergonzada y triste volvió Sebastiana con su hermano, que siempre se conservó grave y pensativo al lado de la hermana extraviada. Al tercer dia de camino llegaron á un rancho pajizo, en que se les dió una franca, pero mezquina hospitalidad.

Antonio se recostó sobre una cama de palos brutos y pelados, y contrayendo las cejas llevóse las dos manos á la cabeza apretándosela fuertemente. Sentia un horrible dolor en los sesos. Una hora despues, la fiebre le tenia hirviendo la sangre.

Es necesario haber atravesado las montañas que se interponen entre Remédios y las poblaciones del centro de Antioquia, para compren-

der la cruel situacion de Antonio al sentirse moribundo en aquellas eternas soledades.

—Estoy bien malo.

—Pero qué sientes? le dijo Sebastiana, en extremo solícita.

—Me han dado yerbas, contestó Antonio.

—Pero quién?

—Sin duda aquella mujer que me dió agua en el Alto.

—La Jacinta?

—Ella. Me dieron recelos desde que ví esa agua verdosa; pero ya la habia pedido, y no me atreví á desecharla.

Si á Antonio bueno y sano se le hubiera persuadido que una yerbatera le habia hecho maleficio, eso hubiera sido bastante para morirse de congoja. Antonio atacado por una de esas fiebres que matan sin piedad en las regiones tórridas del Nordeste, y creyéndose enyerbado, era hombre muerto.

El padre de Antonio y Sebastiana, supo que su hijo yacia en triste postracion, tres jornadas más acá de Remédios. Era preciso socorrerlo; estaba en el corazon de montañas desoladas, sin recursos, sin consuelos; era preciso llevarle eso al ménos.

Si usted, amigo lector, hubiera conocido á este anciano, si usted conociera los caminos solitarios que un jóven andariego apénas atraviesa en nueve dias, le hubiera causado tristeza, le hubiera infundido respeto la figura de este padre atormentado que emprendia sereno aquella marcha, sin más abrigo que una ruana negra cucuyana, sin más compañero que su guayacan diomate, engastado en una punta de hierro labrado á la brusca.

Al alto de "Alarcon" va un jóven andariego en nueve dias, ¿ en cuántos iria Antonio, el viejo montañés de 60 años de edad? Fué en 6 dias. Pero era que él caminaba con todas sus potencias, durante todas las horas del dia y de la noche; caminaba con desesperacion.....

Viaje perdido! El hijo murió ántes que él llegara, y murió sin confesion, sin recursos humanos.

A las 8 de la noche del dia 31 de enero de 1850, el rancho pajizo del alto de "Alarcon" estaba sombrío. Llovia á torrentes.

Uno de esos enojos de la naturaleza que llenan de sombras la tierra, una de esas tempestades que enlutan el firmamento y dan á los vientos el poder de estremecer las montañas incendiadas por el rayo, una de esas solemnidades espantosas en que los desiertos heridos por el aquilon y vistos á la luz del relámpago, aparecen miserables en frente de ese cielo negro como un océano de tinta que vomita el fuego y los estruendos.....

Oh! aquello era exterminador.

Era por eso por lo que Sebastiana y la casera del rancho, puestas de rodillas alzaban al cielo miradas de angustiosa súplica. Sólo el cadáver del jóven Antonio, impasible como la materia, no se estremecia. Estaba tendido en la mitad de la salita sobre tres varas de maguey anudadas con bejucos. Ráfagas violentas de huracan entrando por el cercado alzaban de vez en cuando su cabello que se movia como una cosa viviente. Era necesario que Dios estuviera con aquellas mujeres durante esa noche. En region tan solitaria, frente á frente con un cadáver helado en medio de la tempestad y de las fieras, era preciso que estuvieran con Dios.

Pero ellas se estremecen de repente y se echan una sobre otra los brazos, ¿qué han visto?.... Es Antonio, el viejo sexagenario que apoyó su guayacan en el quicio de la puerta y da tres golpes pausados. La puerta se abre y el cadáver del hijo está delante de los ojos del padre; ay! el cadáver no está más inmóvil que aquel espectro mudo que se queda en la puerta como una estatua y cuyos ojos se abren y cuyas pupilas se ensanchan como las de un loco.

—Padre mio! grita Sebastiana, y corre á arrodillarse á sus piés.

Pero el padre está inmóvil, con los ojos fijos en el cadáver de su hijo....

—Antonio! dice al fin con voz solemne aquella estatua; y un hondo silencio contesta solo á aquella evocacion dolorosa. Dos lágrimas rodaron entónces por aquellas mejillas cobrizas de la estatua. Pero no eran lágrimas de sus ojos enjutos por el pesar y los años, era el alma que se destilaba gota á gota sobre el polvo de su última esperanza.

—Hija mia, le dijo á Sebastiana levantándola, mira el cadáver de mi último hijo, á ti debemos esta desgracia.....

Y un temblor de muerte conmovió todo aquel cuerpo disecado.

Un año despues, el montañés habia muerto tambien. Sus cabellos blanquearon en dos dias; y ese tipo indiano que en 60 años resistia la marca del tiempo, llenóse de hondas arrugas en el último año de la vida.

Marzo 9 de 1859.

EL PORVENIR. (*)

(A Mercédes).

POR CLODOMIRO CASTILLA.

Yo pensativo ayer miré á lo léjos
De un hermoso horizonte los reflejos,
Al traves de mi plácida ilusion;
Y un anhelo sentí: volar ansioso
De ese horizonte en pos, do venturoso
Se pudiera espaciar mi corazon.

El ave, así, por el azul del cielo
Debe tender el anheloso vuelo,
Cuando posada sobre el sauce está;
Y ve, despues de oscuridad sombría,
Resplandecer en el Oriente el dia
Que disipando las tinieblas va.

El sol que con su luz abrillantaba
El sueño que despierto yo soñaba,
Era la pura lumbre de tu amor.
Y esos celajes de oro, plata y grana,
Sobre una cumbre espléndida y lejana,
Eran de mi ventura el resplandor.

(*) Inédita.

Hácia allá dirigí mi pensamiento,
Cual mariposa en busca de alimento
De luz y de esperanza, bien y amor....
Iba huyendo!.... De quién? Si no lo sabes
No pretendas tener nunca las claves
Del misterio insondable del dolor.

Tocó un eden mejor que el paraíso
Que por desobediencia ingrata quiso
El progenitor del hombre abandonar;
Dó yendo la existencia regalada,
Como fuente entre flores deslizada,
Solo quedaba tiempo para amar.

¡Porqué estabas tú allí! Sin tí no habria
Ni vida, ni esperanza, ni alegría,
Y fuera triste y lóbrego ese eden;
La dicha misma fuera sombra vana,
Angustia la esperanza, cruel, insana,
Dolores los placeres, mal el bien.

Pero contigo todo resplandece!....
Tú irradias luz de amor en que se mece
Con inefable delicia el corazon.
Allí tú dabas vida y colorido
A todo resplandor y á todo ruido,
Haciendo realidad de la ilusion.

Y tenian, debido á tu presencia,
Rumor la fuente, la violeta esencia,
El pensil flores, canto el ruiseñor,
Azul el cielo, susurrar la brisa,
El árbol hojas y los labios risa,
El alma luz y el corazon amor.

Contigo allí ¿qué más ansiar pudiera?
¿Qué más ambicionar?.... Aunque quisiera
El cielo entero.... lo eres para mí!....
Porque este amor que abriga el pecho mio,
Gran sentimiento que á tu amor confío,
Encuentra un eco acorde y fiel en tí.

Toda nota de mi alma, risa ó llanto,
Feliz suspiro ó doloroso canto,
En ti resuena con cadencia igual;
En tu alma, á quien el ser feliz hoy debo,
En quien ansioso mil delicias bebo,
Sin que llegue á agotarse el manantial.

Agotarse? Jamas! Nunca las flores
Que son del alma, pierden sus colores,
Ni su perfume extinguese jamas.
Si todo ha de acabar, la virtud vive,
Su suavísima esencia sobrevive
Y es deliciosa siempre, y siempre más.

Tuyo es mi corazon! el tuyo es mio!
A esta adorable posesion confío
Toda felicidad del porvenir;
De ese porvenir limpio y sereno,
De resplandores de ventura lleno,
Que á tu influencia yo he visto relucir.

Nuestros dos corazones poseidos,
Y en todo sentimiento confundidos,
Un solo corazon han de formar,
Místico nudo de inefable dicha;
Al no soltarse no vendrá desdicha
Que no disipe el gran placer de amar.

Soy feliz! muy feliz al ofrecerte
Este fénix salido de la muerte,
Y que por ti renace nuevo en mí;
Este gran corazon resucitado,—
Lázaro de una tumba levantado
Tan sólo por tu amor y para ti.

Bogotá, marzo de 1874.

NOTICIA BIOGRAFICA DE DON JUAN DEL CORRAL.

POR JOSE MANUEL RESTREPO.

Nació en Mompox de una familia distinguida en el país. (*) Su padre don Ramon del Corral se ocupaba en el comercio, profesion á que destinaba á su hijo, dándole la educacion que entónces podia adquirirse en Mompox, que por cierto no era muy aventajada. Sin embargo, el jóven Corral, que no siguió estudios clásicos, aprovechó cuanto era posible en sus circunstancias, manifestando juicio, aplicacion y buena conducta.

Formado ya en la casa paterna, su padre le envió á la ciudad de Antioquia á vender un negocio de mercancías europeas. Casóse en aquella ciudad con doña Josefa Arrublas, y se estableció allí, dedicándose á la agricultura. Unido á los señores Juan Estéban Martínez y doctor José Pardo promovieron con su ejemplo y sus exhortaciones el cultivo del cacao en los alrededores de Antioquia, cultivo que se debe á tan buenos patriotas, pues que ántes era desconocido en aquel canton donde ha producido muchos bienes y riquezas.

Tales eran las ocupaciones de Corral, unidas á la lectura y á los estudios militares y de historia natural que hacian sus delicias, cuando brillaron en la Nueva Granada las primeras chispas de la revolucion de 1810. Él era Regidor del Cabildo de Antioquia, donde la promovió por su influjo y el de sus amigos los doctores José Pardo y José M. Ortiz. Hecha la trasformacion política y establecida una Junta provincial, Co-

(*) Nació el 23 de junio de 1778.—J. J. M.

rral la auxilió organizando las milicias de Antioquia, y sosteniendo el nuevo Gobierno con sus discursos y consejos.

Hallándose la Junta de Antioquia decidida á contribuir á la formacion de un Gobierno general en Santafé, que hiciera cesar la anarquía en que se hallaban las provincias, determinó en los últimos dias de 1810, elegir diputados para el Congreso federal que se habia convocado. Corral obtuvo el nombramiento de segundo diputado, y como tal vino á esta ciudad. Contribuyó á la formacion del Acta de federacion, más no aprobó el viaje de los diputados de las provincias á Ibagué, ni quiso ir allá. Residió un año en Santafé ocupado en estudiar, en leer y acabar de formarse, sobre todo, en los ramos militares por los que era tan decidido. Viendo que no se realizaba la instalacion del Congreso federativo, regresó á Antioquia en 1812, donde fijara nuevamente su residencia.

Ocupóse allí especialmente en la organizacion de milicias, y ya habian corrido tres años de revolucion cuando el Brigadier Sámano atacó la provincia de Popayan, ocupando su capital. Era entónces Corral miembro de una junta de seguridad pública, y viendo que algunos españoles, europeos y americanos, enemigos de la revolucion, corrompian la opinion pública, y contrariaban en la capital de Antioquia la accion del Gobierno, se decidió con sus compañeros á ponerlos presos y embargarles sus bienes. Este procedimiento ruidoso y difícil en aquellas circunstancias, dió una alta idea de la energía revolucionaria y de la fuerza de alma de Corral.

Súpose inmediatamente despues, que Sámano y las tropas reales habian sojuzgado enteramente el valle del Cauca, y que por Supía amenazaban á la provincia de Antioquia. Alarmados los patriotas y creyéndose en un riesgo inminente de caer bajo la cuchilla española, sugirieron á la Lejislatura que estaba reunida en la capital, que suspendiera la Constitucion, nombrara un Dictador, y que éste fuera el señor Juan del Corral. El 30 de julio de 1813 fué investido con la tremenda dictadura por tres meses.

Una de sus primeras providencias fué generalizar en Medellin, Rionegro, Marinilla y otros lugares, por medio del comisionado don José M. Gutiérrez la medida revolucionaria de prender, embargar los bienes y desterrar fuera de la provincia á los españoles europeos y á los americanos desafectos, que corrompian la opinion y contrariaban las providencias del nuevo Gobierno. Más de sesenta y un mil pesos se les confiscaron, que fueron destinados á los gastos de la guerra contra los españoles. Ademas, impuso multas y empréstitos forzosos á otros desafectos, cuyo monto fué de 27,800 pesos, sumas todas que se emplearon en la guerra.

Vióse por todas partes una grande actividad en los negocios militares. El Coronel de Ingenieros, Cáldas, que á la sazon se hallaba en Antioquia, marchó al sur de la provincia con el objeto de fortificar los pasos del rio Cauca, nombrados Bufú y la Cana, donde unos pocos hombres pueden impedir el pasaje á un ejército: se hicieron reclutamientos y se organizó un batallon de infantería, bajo la direccion del Coronel Dionisio Tejada. Fundóse artillería ligera para nuestras montañas, y se disciplinaron hombres que la manejaran, verdaderos progresos militares, dirigidos exclusivamente por los conocimientos de Corral, por su estu-

dio y actividad. En breve la provincia adquirió la confianza de que si fuera atacada por las tropas de Sámano, podria defenderse, fortificadas como se hallaban sus avenidas principales, y teniendo soldados que las custodiaran.

Mejoró tambien la hacienda y la administracion interior de la provincia, en cuyos ramos era auxiliado Corral por sus Secretarios el doctor José M. Ortiz y el autor de esta biografía.

Acordó en 11 de agosto otra medida de vital importancia: tal fué la declaracion de la independencia absoluta de Antioquia, separándose del gobierno y union de la nacion española. En seguida mandó jurar y reconocer en toda la provincia dicha independencia. Habíase ésta declarado ya por las provincias de Cartagena y Cundinamarca.

Por aquel mismo tiempo se preparaba y marchó de Santafé la expedicion mandada por el General Nariño, que debia dar libertad á la provincia de Popayan, dominada por los realistas que dirigia Sámano. En los primeros dias de octubre siguió de Antioquia una columna de infantería y artillería que mandaba el Coronel Gutiérrez, provista abundantemente de todo lo necesario. Unida á otra que entraba por Ibagué, insurreccionaron á los patriotas del valle del Cauca, que todo se conmovió en favor de la libertad, poniendo á Sámano en una situacion crítica. Corral hizo un servicio muy importante á la causa de la independencia con auxilio tan oportuno, que el Coronel Gutiérrez dirigió con audácia y talento.

Llegó en esto el término asignado á la dictadura de Antioquia. Corral dió cuenta á la Legislatura en un interesante Mensaje, de 30 de octubre, de todas sus operaciones, y de los principios que lo habian guiado en la administracion pública, Mensaje escrito por él mismo, y que demuestra distinguidos talentos, fuerza de alma y un espíritu superior. Como aún no habia sido derrotado Sámano, y subsistian algunos peligros, la Legislatura de Antioquia prorogó la dictadura de Corral por 4 meses más.

Al terminar el año de 1813 desaparecieron los enemigos que amenazaban á Antioquia, con la derrota que sufrió Sámano en Calibío. Entónces Corral se dedicó con más quietud, y auxiliado eficazmente por Cáldas, á establecer una Nitrería artificial y una fábrica de pólvora en Medellin. Creó una maestranza de excelentes artesanos en Rionegro, para fundir obuses y piezas de bronce de regular calibre, componer toda clase de armas, y aun hacer experimentos para fabricar fusiles, de los que se construyeron dos. Fundó tambien una escuela de Ingenieros, dirigida por Cáldas, la que debia producir opimos frutos.

En aquella misma maestranza comenzaron á fabricarse las máquinas para establecer una casa de moneda en Medellin, proyectada por Corral, y de cuya ejecucion se encargó el Coronel Cáldas. Mas la obra era larga, y las calamidades posteriores no permitieron que se perfeccionara un establecimiento que habria sido tan útil á la provincia de Antioquia.

Estas empresas eran grandes, mas no impidieron á Corral que al mismo tiempo cuidara del sostenimiento del órden, de la buena administracion de justicia y del arreglo de la hacienda pública, ramos importantes que adelantaron bastante en el segundo período de su Dictadura.

El 31 de marzo de 1814 debia terminar ésta, y Corral convocó oportunamente á la Legislatura de Antioquia para que se reuniera en la capital. Dióla cuenta de todas sus operaciones en un Mensaje de 28 de febrero de 1814, en que las detalló muy bien. El doctor Francisco Antonio Ulloa, jóven de muy distinguidos talentos, fué uno de sus Secretarios en este segundo período, quien ocupó el lugar del doctor Ortiz, haciendo servicios importantes.

En dicho Mensaje hay un trozo de la mayor importancia, que hace mucho honor á Corral, del que ántes no se habia hecho mencion. Tales son los tres párrafos en que recomienda á la Legislatura que declare la libertad de los vientres de las esclavas, acompañando al efecto un proyecto de decreto y algunos otros documentos.

Así es que el señor doctor Félix Restrepo y el dictador Corral fueron los patriarcas fundadores de la libertad de los esclavos, apoyados sí por otros patriotas de Antioquia, que coadyuvaron y sostuvieron estas ideas. ¡Loor eterno á sus filantrópicas virtudes!

Ya habia Corral terminado el segundo período de su dictadura, y los trabajos consiguientes. La Legislatura le confirió en seguida el gobierno constitucional de Antioquia, que principiaba á desempeñar. Entónces le atacó en Rionegro, donde habitaba, una fuerte pulmonía, que en pocos dias le llevó al sepulcro, el 7 de abril de 1814, á los treinta y cinco años de edad. La Providencia quiso privar á Antioquia de uno de sus más distinguidos ciudadanos, y á la Nueva Granada de uno de los primeros hombres de gobierno que, madurado por la experiencia y por la edad, habria ocupado con brillantez las más altas magistraturas de la Nacion, y dejó en la orfandad á su apreciable familia. Su más brillante elogio es el siguiente decreto del Congreso de la Nueva Granada:

"Por cuanto ha fallecido el 7 de abril de este año el presidente de la provincia de Antioquia, Diputado que fué por la misma al Congreso, ciudadano JUAN DEL CORRAL, que animado del más ardiente patriotismo, haciendo todo género de sacrificios y arrostrando todo género de obstáculos en el corto espacio de tiempo que duró su gobierno, escarmentó y arrojó de la provincia á los enemigos de la libertad que la infestaban, y organizó y aumentó considerablemente el Tesoro; estableció el órden y economía en todos los ramos de la administracion; arregló las milicias; levantó tropas veteranas; armó y equipó una expedicion militar que marchó al Sur; creó, por decirlo así, una fundicion y parque respetable de artillería, &, &. Por tanto, el Congreso, penetrado del más profundo dolor por una pérdida tan sensible como irreparable, y deseando dar un testimonio público de la alta estimacion y tierna gratitud que le han merecido sus eminentes virtudes y servicios, ha venido en decretar lo siguiente:

"1.° Se declara al ciudadano JUAN DEL CORRAL benemérito de la Patria y uno de sus libertadores.

"2.° Se celebrarán el dia 16 solemnes exequias por el descanso de su alma, en la parroquial mayor de esta ciudad, á que asistirá el Congreso en cuerpo, de luto riguroso, que llevarán sus miembros por tres dias consecutivos.

"3.° Se oficiará al Gobierno de la provincia para que los ciudadanos de esta capital, hoy residencia del Congreso, le acompañen en el mismo traje á tan piadosa ceremonia.

"Comuníquese al Poder Ejecutivo para su cumplimiento y publicacion.

"Dado en Tunja, á 9 de mayo de 1814.

"Por el Congreso, CAMACHO.—Vicepresidente, DÁVILA.—CRISANTO VALENZUELA, Secretario."

Tal fué el hombre que hubiera conseguido un lugar honroso en los sucesos y desgracias posteriores, á no haber muerto en el principio de ellos.

*** Parece muy conveniente insertar aquí los tres párrafos del Mensaje que se cita, como tan honoríficos para Corral, pues su excitacion produjo la ley de libertad de vientres, adoptada por la Legislatura de Antioquia, en 20 de abril de 1814. Fué la primera en la materia. Dicen así: ***

"Sin embargo de todo, por enérgicas y acertadas que parezcan las medidas de seguridad pública que ha tomado el Gobierno, aún restan otras de primera importancia, y que voy á exponer á vuestra consideracion. Miéntras no desaparezca de entre nosotros hasta la sombra de la esclavitud; miéntras no miremos á todas las clases interesadas por unos mismos principios en perpetuar la estabilidad de la República, no creais ¡oh Representantes del Pueblo! que la Libertad sea consolidada para siempre. No calculeis por la tranquilidad interior de que hoy disfruta la patria, de la que ha de tener en los tiempos venideros, si no procurais hacer extensivas las leyes inmutables de la justicia sobre cierta clase de hombres desgraciados que tascando con despecho el freno de la servidumbre al fin han de prorrumpir en una insurreccion sangrienta. Ved los trastornos que sufrió Esparta por haber cometido la atroz impolítica de mantener en las cadenas á sus ilotas; repasad el cuadro de las guerras de los esclavos en Sicilia, tan bien pintado por la elocuente pluma del historiador Scrofani; y descendiendo desde la antiguedad hasta nuestros dias, traed por un momento á vuestra imaginacion los horrores, los asesinatos, las crueldades practicadas en la isla de Haití, por haber querido los franceses ser ellos solos libres, sosteniendo por un formal decreto la esclavitud de los negros de sus colonias y revocando las providencias benéficas y liberales que anteriormente habian sancionado. Nada es mas temerario ni más inconsecuente que la proclamacion de nuestros derechos, si los principios de libertad, de seguridad, de igualdad y de propiedad, no han de comprender á unos hombres como nosotros, marcados de los mismos privilegios por el Soberano Legislador del Universo, y cien veces mas oprimidos que lo que estabamos nosotros por la dominacion de los españoles. ¿Qué hombre, por barbaro que sea, podria condenar en el silencio de sus pasiones los amagos que hicieran nuestros infelices esclavos para sacudir el yugo de su servidumbre? El considerarlo no más seria envolvernos en la monstruosa conducta de la Regencia, que decreta nuestro exterminio porque queremos ser hombres y usar de nuestros derechos naturales.

"Yo confieso, no obstante, que por justa que sea la manumision general de los esclavos, sus consecuencias serian mortales para la República. Unos hombres degradados en la servidumbre, sin educacion, sin elevacion de ideas y de sentimientos, sin propiedades, y no teniendo vínculo alguno que los ligase á esta Patria á quien no han pertenecido jamas, era consiguiente que se hicieran perversos y que, embriagados con una emancipacion repentina, fuesen criminales y bandoleros. Mas estas consideraciones no deben detenernos para emprender algunas operaciones fundamentales que sucesivamente vayan produciendo una manumision universal.

"El Gobierno de Chile ha sido el primero que ha tenido la gloria de declarar libre la posteridad de los esclavos africanos, y esta manifestacion de su rectitud y filantropía le ha merecido las bendiciones de todos los filósofos sensibles. ¿Y por qué hemos de ser nosotros más avaros y ménos justos, cerrando nuestro corazon y nuestros oidos al dictámen de la ciencia y al grito de la naturaleza entera? ¿Por qué no hemos de impedir que los hombres, así como los jumentos y las bestias de carga, sean arrancados los hijos de los padres, y éstos de aquéllos, mandandoles a vender á otra parte, y rompiendo los vínculos más sagrados que hay en la especie humana? ¿Por qué no hemos de prohibir la extraccion é introduccion de esclavos, y no procuraremos establecer un Montepío para la redencion de algunos, echando mano de ciertos arbitrios que se presentan cuando se examina profundamente la materia?

"Convencido de la necesidad en que estamos de ser justos con nuestros semejantes, y de ir nivelando las clases, si queremos afirmar perpetuamente la seguridad interior de la República, extendí el decreto que os acompaño sobre *libertad de vientres* y medios de extinguir paulatinamente la servidumbre, que me he abstenido de publicarlo ántes de sujetarlo á vuestras meditaciones y á la sabiduría de vuestro exámen. Yo tengo el honor de elevarlo á vosotros con el informe que sobre el mismo objeto exigí de uno de nuestros más virtuosos é ilustrados conciudadanos, el doctor Félix de Restrepo. En él hallareis tratada la materia con aquella profundidad y sentimientos que caracterizan á ese filósofo; y si quereis levantar el monumento más suntuoso á la humanidad; si quereis que caigan sobre vosotros las bendiciones del cielo y de la tierra, pronunciad con firmeza sobre un asunto que, interesando á todo el género humano, debe fijar con preferencia la atencion de los ilustres Representantes de Antioquia."

A MI MADRE.

En su dia.

POR AGRIPINA MONTES DEL VALLE.

Una sorda amargura inconcebible,
Ha impreso en tu semblante, madre mia,
El reflejo tenaz de la agonía,
De quien desea morir.
¿Quién pudiera cambiar tu suerte odiosa?
Oh! quién pudiera!
Toda mi vida diera,
Por verte un dia feliz!

Tus ojos se han secado con el fuego
De un dolor infinito,
Y una pena insondable!
Oh! si me fuera dable,
Devolverles su vida y su beldad!
Cuando era niña me bañé en sus rayos
Y mi alma recogió su dulce lumbre,
Ya de esa edad me queda:
La triste pesadumbre
Del recuerdo no más!

Fuera dichosa yo, si en este dia
Oh! amante madre mia,
Pudiera refundir en mis dolores,
Tu profundo dolor,
Y que en vez de las notas de agonía
Que preludia mi lira abandonada
En sus cuerdas, vibrara inusitada,
De dicha una cancion!

Una cancion alegre y fervorosa,
Que sirviera de bálsamo á tu pena,
Y que ahogara en tü alma generosa
La memoria tenaz....

Mas ay! que sólo el eco
De un estro moribundo,
Y ünas reminiscencias....
Y unos hondos deseos....
Al saludarte oh! madre,
Te doy en mi cantar.

UN RAMO DE PENSAMIENTOS. (*)

(Dedicado á mi amigo el señor Luis Olarte.

POR EDUARDO VILLA.

I.

Escenas encontradas y elementos opuestos se presentan á un mismo tiempo en mi memoria.

Afuera, la tempestad, la lluvia, una noche oscurísima y un cielo como tinta surcado algunas veces por la luz instantánea del relámpago.

Adentro, un aire tibio, un salon abrigado, el resplandor alegre de una lámpara y un círculo de amigos en torno de una mesa donde acaba de colocarse un servicio de té.

Estableciendo comparaciones os supondreis, sin duda, que una viva alegría debe predominar en la escena del interior. Para saber si es cierto, y para conocer si hay pesares ocultos bajo las apariencias de un bienestar que muchos envidiarian, escuchad un momento lo que están conversando esos amigos en el seno de la mayor intimidad. Yo me encontraba entre ellos y puedo trascribiros las principales frases de su conversacion.

—Qué noche tan horrible! decia Luis al verter en las tazas de porcelana el contenido hirviente de la tetera.

—Es verdad, observó Cárlos, retirando su taza; pero estamos por fortuna al abrigo de su influencia.

—Físicamente sí.

—Y por qué no en lo moral?

—Porque se hace sentir una dominacion extraña en nuestro espíritu: hay algo triste y frio en la reunion de esta noche, como el soplo de esa tempestad cuyo ruido nos llega al traves de las ventanas.

Se oyó en este momento un trueno prolongado.

—Todo eso es un absurdo, continuó Cárlos sin hacer caso de la interrupcion.

—Para mí es realidad, repuso Luis, y hallo una prueba de ello en el tema de la conversacion que sostenemos. Hace como una hora que estamos discurriendo sobre historias de muerte, de aparecidos y de sombras.

(*) Inédita.

—Por mera fantasía, replicó Cárlos. No acepto hechos cumplidos ni inspiraciones de la noche tratándose de fantasmas, y sólo creeré en éstos cuando un espectro real ó siquiera aparente quiera hacerme el honor de visitarme.

—Vas á morir en la incredulidad.

—Me parece que sí. Son visitas mui raras, y desearia saber si alguno de los presentes ha tenido la fortuna de recibirlas.

—No he sido yo, por cierto, dijo Alberto.

—Ni yo, repuso Eduardo.

—Ni yo, repitió Ernesto.

Otros varios amigos se fueron adhiriendo á esta manifestacion negativa, y al fin no hubo más que uno que guardara silencio. Se volvian hácia él todas las miradas cuando Cárlos le dijo interrogándolo:

—Por qué te callas Jorge? ¿Has sido, por ventura, el más favorecido de nosotros, y te has visto de frente con algun habitante de ultra-tumba?

—Quién sabe! contestó el interpelado con tono de seriedad.

Esta contestacion despertó entre los concurrentes un curioso interes.

—Es preciso que nos cuentes esa historia.

—Sí, sí, que la cuente, dijeron por todas partes.

—Sigue lloviendo mucho, añadió alguno, y esa relacion nos hará pasar agradablemenre la velada.

—Es un triste episodio de mi vida; no es una distraccion, murmuró Jorge.

—Que sea, pues, una confidencia.

—Lo deseais efectivamente?

—Lo exigimos, dijeron varias voces.

—Si es así, amigos mios, trataré de complaceros, haciendo en vuestro obsequio el sacrificio de mi tranquilidad.

II.

Cuando tenia veinte años, dijo Jorge, me ausenté de esta capital para hacerme cargo de una empresa minera llamada "Los Molinos", cuya direccion acababa de confiarseme.

—Lo recuerdo muy bien, interrumpió uno de los oyentes: esa empresa quedaba en la region más rica del Estado, y en la vecindad de un pueblo conocido.

—Sí, dijo el narrador, quedaba junto á un pueblo "de cuyo nombre yo no quiero acordarme."

Estuve desesperado con el nuevo género de vida durante muchos meses. Mi única distraccion era el trabajo, y los trabajadores mi única compañía. Al fin me acostumbré. ¡Qué cosa habrá en el mundo á la cual no se adapte la humana naturaleza bajo la doble accion del tiempo y la costumbre!

Un dia me solicitaron para ofrecerme en venta una propiedad rural en la vertiente superior de la cordillera. Estaba más acá de "Los Molinos" y del pueblo: una jornada corta distante de la Empresa y sólo á medio dia de la poblacion *sin nombre*. Era una hermosa dehesa surtida de ganado. Fuí á verla con el dueño, me agradó sobremanera, la compré sin dificultad, y la hacienda quedó bautizada con el título distintivo de "La Serranía".

Me impuso esta adquisicion el deber imprescindible de hacer semanalmente un pequeño viaje que describiré en dos palabras. Salia de "Los Molinos" en las primeras horas de la mañana y llegaba á la poblacion cuando brillaba el sol en lo más alto de su carrera. Allí almorzaba siempre ó tomaba reposo; luégo seguia avanzando al trote largo de un caballo de viaje; escalaba una cuesta que veia desde léjos como cinta ondulada; me detenia en "La Quiebra" para mirar el valle desde ese pliegue acentuado de la cordillera; tomaba otro camino; continuaba subiendo, y al concluir la tarde sentia ya con delicia el viento helado y aromático de "La Serranía".

Lleno de paz y dicha contemplaba yo entónces en la altura mi casita pajiza, cuyas paredes blancas se destacaban sobre la oscura selva en el sinuoso límite de los desmontes. Las vacas que pacian en las dehesas verdes de rápida pendiente; los troncos ennegrecidos de la última rocería; el torrente del monte que murmuraba oculto bajo las hojas anchas de la cañada, y los árboles seculares que debian ir cayendo para hacer *aberturas* bajo el hacha implacable del rozador: todo eso lo miraba con placer indecible cuando me iba acercando á esas cimas heladas, ocultas unas veces bajo un jiron de nieblas, y abrillantadas otras por la amarilla luz del sol que se iba hundiendo.

III.

Era un camino quebrado y solitario el que conduce del pueblo á "La Serranía". En todo ese trayecto sólo habia una vivienda que pudiera atraer la mirada del transeunte: la casa de "La Quiebra". Era conocida de todo mundo con ese nombre, y se hablaba mucho de ella por su situacion pintoresca en la banda occidental del camino. Tenia atras grandes bosques que bajando con el terreno dejaban ver el valle salpicado de chozas y de palmas en la distante bruma del horizonte.

Cuando se preguntaba qué clase de personas vivian en esa habitacion contestaban unos vecinos con aire de misterio:

"No se ha sabido nunca; nadie penetra allí, y los dueños no salen". Otros aseguraban que no habia habitantes en la casa.

Estos vagos informes fueron bien suficientes para despertar en mi ánimo una viva curiosidad.

Quise averiguar algo por mí mismo acerca de esas gentes desconocidas, y empecé a fijarme más en la casa misteriosa cada vez que pasaba frente á ella.

Noté que habia de un lado un pequeño corral para gallinas separado del patio por un cercado de cañas de maíz; de otro lado una huerta cultivada. Unas cuantas palomas estaban arrullando sobre el techo pajizo; un chorro de agua pura que caia del barranco hacia notar al pié la piedra ya gastada de un lavadero; quedaba la vivienda por la parte de atras bajo la sombra espesa de un bosque de arrayanes, y habia un jardin al frente cuyas éras humildes, lucian modestamente las flores más hermosas que puede acariciar el soplo vivificante de las cordilleras.

En vista de estas señales yo no dudé al principio que el sitio era habitado; pero reparando más tarde que no se abrian jamas la puerta y las ventanas de aquella casa aislada; que ningun sér humano se habia mos-

trado en ella, y que el silencio era absoluto en esa localidad, me acostumbré á la idea de que allí no vivia nadie.

Un dia que así pensaba me bajé del caballo atraido por la fragancia de una rosa que sobresalia en el cercado de piedra. Di un paso hácia la flor con ánimo de alcanzarla, cuando un gruñido sordo paralizó mi mano. Un instante despues vi un magnífico perro de color leonado y manchas blancas. Salió de un grupo de árboles y se vino á atacarme ladrando furiosamente.

—Quieto Guardian! Silencio! dijo una voz por el lado de la casa.

—Acá mi buen Guardian! dijo otra en la espesura del follaje. No es esa la manera de recibir á un señor en nuestra casa.

Las frases que anteceden detuvieron el perro. Habian sido pronunciadas simultáneamente por una anciana de cabellera blanca que se asomó á la puerta, y por una jóven de admirable belleza que apareció como por encanto bajo un arco florido del bosque de arrayanes.

La anciana estaba vestida pobremente y en el estilo de las campesinas; pero habia algo en su porte que recordaba á primera vista las maneras de una señora distinguida.

La jóven me deslumbró á pesar de la sencillez rústica de su traje. Estuve contemplándola y la impresion indeleble de su primera imágen está aquí todavía: aquí la siento siempre, dijo Jorge, golpeando sobre su frente tersa que parecia encenderse por la interna iluminacion de un destello del alma.

—Era, pues, muy hermosa? preguntó alguno de los oyentes.

Una extraña sonrisa plegó el labio de Jorge, y repuso con el entusiasmo de un febricitante.

—Sólo tenia quince años. Su cuello, su cabeza, sus brazos descubiertos y sus desnudos piés eran un blanco mármol tallado por un Fidias para darle una forma á la belleza virginal. La expresion de esa cara era la ingenuidad que nace de la inocencia; sus ojos eran negros; su mirada profunda y luminosa como el agua de un lago que se ve por la noche al reflejo cambiante de una iluminacion. Agregad á todo esto un óvalo perfecto, una frente de estatua, cabellera castaña rizada por la naturaleza y labios de una frescura imponderable donde lucia el esmalte de unos dientes de nácar como luce el rocío en purísimas gotas sobre la urna rosada de un gladíolo entreabierto.

IV.

La primera persona que tomó la palabra despues de aquel ataque y de aquella defensa inesperados fué la anciana señora.

—Esperamos, me dijo, que usted entrará un momento para reponerse de su inquietud, y que nos perdonará la impertinencia del mastin.

—Pobre! dijo la jóven: bien merece el perdon este viejo Guardian, porque no está habituado á ver extraños en la casa.

—No me toca el perdon, les contesté, sino el agradecimiento.

Por medio de un ademan volvieron á ofrecerme la entrada de la casa. Dí las gracias de nuevo; me volví hácia el camino para dejar atado mi caballo á la pequeña puerta de varas corredizas; atravesé el jardin y penetré en la casa donde acababan de precederme las señoras.

Pasando el corredor, invadido por las enredaderas, se hallaba una salita de estrechas dimensiones. Unos toscos asientos, una mesa pequeña con útiles de labor, otra mesa de esquina con un vaso de flores naturales y un gastado sillon cerca de la ventana, tal era el mobiliario. El lujo de la habitacion consistia en una limpieza esmeradísima y su único adorno en un antiguo cuadro de María. Extendido anchamente el manto de la imágen se ofrecia á la mirada sobre la pared blanca de la casa como un signo visible de la proteccion divina, la única tal vez que debieran esperar esas pobres mujeres, solas al parecer y apartadas del mundo, en el rincon ignorado de una montaña.

—¿Ha seguido usted contento en la casa de "La Serranía"?

Esta pregunta ingenua lanzada de improviso por esa linda jóven, me dejó comprender que todo se sabia allí: mi nombre, mi vida y mis quehaceres.

—Es muy grato ese sitio, le contesté.

—Y no aborrece usted la soledad de estos lugares?

—Algunas veces.

—Hace mal; es tan dulce! Nosotras la adoramos y vivimos felices sin conocer más sociedad que el círculo de familia.

—Tal vez sea numeroso; dije tímidamente.

—Sólo veinte individuos.

—Qué es lo que está diciendo Evangelina! murmuró la señora en tono de admiración.

—La verdad, madre mia; y voy á hacer la cuenta: una abuela amorosa y una nieta muy loca, *dos;* una criada que parece haber profesado en su cocina, *tres;* un perro muy queridito, la mirla, las gallinas, las palomas.....

—Cállate atolondrada, dijo la amable abuela, con la sonrisa de un inmenso cariño. Así la verá siempre, caballero, continuó dirigiéndome la palabra: es la alegría de la casa, y cuando ella está ausente se ve esta pobre choza triste como una tumba.

—Se ausenta, dice usted?

—Con la mayor frecuencia.

—Irá donde sus parientes?

—No tiene uno siquiera.

—A la iglesia tal vez?

—Nos queda muy distante.

—Entónces no comprendo.... le dije con extrañeza.

—Va donde los que sufren, me contestó la abuela. Recorre las cabañas de este cerro en union de *Guardian* que ha sabido cuidarla tan bien como yo misma. Está donde hay miseria, lágrimas ó dolencias, y al volver á "La Quiebra" cargada de bendiciones llora y rie al mismo tiempo. Pobre y querida niña! Ver sufrir la indigencia es su mayor tormento, y aliviar la desgracia es su única felicidad.

Cuando esto me decia la anciana enternecida, la jóven ya no estaba en medio de nosotros. Huyó blanca y ligera como una de sus palomas. Poco tiempo despues regresó del jardin y me ofreció una flor con encantadora inocencia: era la misma rosa que yo habia ambicionado cuando salió el lebrel en su defensa como lo hacia el dragon por las manzanas de oro en el jardin encantado de las Hespérides.

Me explicaba yo ahora al saber esas ausencias caritativas, la soledad pasada de la casa, la repentina aparicion del perro y todo lo demas. Pensaba al mismo tiempo en la santa labor que desempeñaba esa jóven en sus peregrinaciones, y creí ver entónces un destello de luz que rodeaba su frente como una auréola de virtudes. Antes me deslumbraba ese cuerpo modelo con su belleza virginal; ahora me conmovia la luz de esa bella alma cual si una chispa eléctrica hubiese penetrado hasta la fibra última de mi corazon.

V.

Despues de esta visita me dirigí á "Los Molinos", vivamente impresionado.

Al pasar por el pueblo hice nuevos esfuerzos para averiguar la historia de los moradores de "La Quiebra": nadie los conocia. Entónces escribí cartas, muchas cartas indagatorias á los habitantes de una poblacion de donde se me dijo que habia venido esa familia. Sus respuestas no me satisfacian, y ya empezaba á impacientarme cuando hallé un papelito doblado con esmero en una de las cartas que servian de contestacion. Al abrirlo me estremecí viendo escrita en la primera línea la palabra *Informes*. Lo leí muchas veces, y por eso he podido conservar su contenido en la memoria. El papel decia así:

"Emigraron hace veinte años huyendo de una revolucion las familias más notables de una Provincia vecina. Vino entónces de allá á radicarse en nuestro territorio el rico capitalista señor H.... con su esposa y su hija. Murió él al cabo de poco tiempo y su hija se casó con el jóven D. S. indigno de su mano. Dueño del capital este marido infame desapareció un dia dejándole á su esposa un nombre deshonrado y una niña de pocos meses llamada Evangelina.

"La señora de H.... traspasada de vergüenza y de pena ordenó entónces una liquidacion de capital, preguntando si podrian pagarse con la fortuna que le quedaba las deudas numerosas que se habian contraido en nombre suyo. Se le dijo que sí, pero quedando ella arruinada. Mandó que se pagaran y aceptó la indigencia.

"Apénas hubo cumplido su noble sacrificio, huyó de la sociedad con su hija y su nieta. Dicen que murió aquélla bajo el peso del infortunio, y que ésta ya crecida es un bello tesoro que la abuela custodia, como lo haria un avaro, en la choza desconocida de una montaña, donde le da ella misma una mediana educacion."

Recibí estas noticias con emocion profunda. Tanta honradez, tanta nobleza, tanta virtud y una resignacion tan grande, despertaron en mi sér un sentimiento dulce de cariño y veneracion á cuya influencia poderosa no intenté un solo instante sustraerme.

Interesándome esa familia de un modo particular volví frecuentemente á la casa de "La Quiebra".

Fuí recibido al principio con amabilidad, más tarde con afecto. Al entrar á la casa de paso para "La Serranía", hallaba siempre en la mesa de la salita las frutas y los dulces que me gustaban más, las flores preferidas y el ancho vaso de barro con agua refrescada para calmar mi sed. Me parecian más agradables esos pobres obsequios que los manjares de un banquete en la compañía de mis mejores amigos.

Acostumbraba detenerme una ó dos horas en cada uno de mis viajes, y mis visitas fueron haciéndose cada dia más prolongadas.

Le habia enviado á Evangelina algunos libros escogidos que leiamos juntos muchas veces, y que ella sabia apreciar con un gusto y una inteligencia muy superiores á lo que pudiera esperarse de su educacion.

Estas lecturas y conversaciones tan gratas para mí, iban obrando una trasformacion gradual en el modo de ser de esa criatura encantadora. Y fué así convirtiéndose entre nosotros el interes en amistad, la amistad en afecto y el afecto en pasion. ¿Cuándo sucedió esto, y cómo sucedió? Si averiguais tal cosa, preguntad á la aurora en qué punto del cielo cambia luz y colores para pasar así con lenta gradacion desde la negra sombra de la noche hasta la luz esplendorosa de la mañana; si quereis saber eso preguntad á la flor que crece á vuestra vista cuándo le ha dado el sol colores á sus pétalos, y cómo se abre al viento el boton delicado que embalsama los aires con su aroma....

Si nosotros no distinguimos en la naturaleza visible las líneas de transicion, mal podemos buscarlas en el santuario oculto de los afectos. No hay límites marcados en el corazon humano y por eso se pasa de un sentimiento á otro sin esfuerzo, sin choque y sin conciencia.

Ahorradme, pues, os ruego, las descripciones inútiles y los estudios morales. Paso sobre todo eso para deciros de una vez, que al fin se unieron nuestros corazones por el vínculo inquebrantable de una pasion vehemente.

La flor de la montaña acababa de abrirse y yo, su jardinero, aspiraba dichoso el aroma purísimo de su corola inmaculada.

VI.

Pasaron de este modo algunos meses. Mi vida se deslizaba suavemente en la sombra como el torrente de "La Serranía", y al descender al valle debia sentir como él las corrientes extrañas que venian de otra parte para empañar su dichosa serenidad.

Me llamó á Medellin una nota urgente de la sociedad propietaria de "Los Molinos". Se trataba de una liquidacion, una máquina nueva para el establecimiento y un contrato que estaba al terminarse con un ingeniero de fama.

Luché poderosamente entre las fuerzas opuestas del deber y del corazon. Este quedó vencido y tuve qué partir.

Permanecí varias semanas en la capital retenido por mis ocupaciones. Tuvieron lugar en este tiempo unas fiestas de plaza muy ruidosas para celebrar un aniversario político.

Yo era entusiasta entónces por esta clase de diversiones y tomé parte en ellas instigado por todos mis amigos.

Aún recuerdo la plaza, rodeada de tablados donde lucia sus galas la concurrencia femenina. Me figuro estar viendo la alta *vara de premio* cubierta de banderas; veo el *coso* que va á abrirse para dejar partir el toro enfurecido, y oigo el rumor del pueblo, los silbidos, los cohetes, la música de plaza, la rústica *chirimía* y el estruendo imponente de quinientos caballos en que otros tantos locos corren por todas partes alzando polvo y chispas sobre los empedrados de las calles.

Lo que entónces me entusiasmaba hoy me hace sonreir.

Las noches de esas fiestas eran muy animadas. Nunca faltaba en ellas un baile, una tertulia, una pieza teatral ó alguna iluminacion. La alegría de mis veinte años me impulsaba á verlo todo á pesar de mis sentimientos íntimos. Yo estaba en todas partes conduciendo á mis hermanas y ellas eran inseparables de mi prima Leonor.

Vosotros la conoceis, y no necesito describirla; lo único que os advierto es que los parientes suyos y los mios habian tomado desde tiempo atras, el singular capricho de formar con nosotros una boda de familia.

Agregad á este deseo, conocido del público, la intimidad de nuestras relaciones, la alegría de las fiestas y la circunstancia de vérseme en todas partes de brazo con Leonor, y no extrañareis entónces los rumores de murmuracion que empezaron á escucharse. Estos iban creciendo como la calumnia de "El Barbero", y pasadas las fiestas se hablaba de nuestro enlace con tanta seguridad que ninguno se habria atrevido á desmentirlo.

Determiné apresurar la terminacion de mis quehaceres y volverme á mi callada "Serranía", para cortar esa murmuracion que se me iba haciendo insoportable.

Al fin pude lograrlo y abandoné la plaza con escándalo de la sociedad.

Veo que me creeis culpable y que me haceis el cargo de haberme olvidado de la montaña estando en la ciudad, olvidándome luégo de ésta para volver á la montaña. Rectificad vuestro juicio: no fuí desleal entónces, pero sí fuí imprudente, y mi conducta ligera me pesaba como un remordimiento cuando iba caminando por el sendero de "La Quiebra".

"Pobre y querida niña! me decia interiormente. Qué vendria á ser de ti preciosa sensitiva, si llegara hasta el cerro el soplo abrasador que asfixia en las ciudades! Por fortuna estás léjos, pobre planta! y no suben tan alto las brisas y los ecos que se elevan del valle."

VII.

En el jardin de Evangelina habia un hermoso caunce, notable desde léjos por las flores doradas que adornaban su follaje. Crecia junto al vallado y cerca de una brecha cubierta parcialmente por las grandes raíces de aquel árbol. Estas eran usadas como un asiento rústico por las personas de la casa. Tambien se servian de ellas á manera de escalones para subir á un terreno más alto nivelado con el piso de la habitacion. El sitio era conocido con un nombre comun: las gentes lo designaban "El Portillo del caunce".

Allí me esperaba siempre Evangelina. Cuando yo iba subiendo divisaba á lo léjos su perfil admirable en líneas acentuadas sobre el azul del cielo. El cuadro era encantador y no se borrará jamas de mi memoria.

Figuraos esa jóven bellísima sentada graciosamente sobre un tronco caido. El fiel perro á sus piés la mira con cariño. Ella está trabajando. Su cabeza inclinada sobre una obra de labor se levanta de pronto, y quedan inmóviles en sus manos las agujas de tejer: acaba de distinguirme en la próxima colina. Yo doy algunos pasos y la miro de cerca. Viene el perro á mi encuentro. Se pone ella de pié. Entónces aparece en un círculo de luz y brillan sus cabellos con el sol de la tarde como espirales de oro que hace temblar la brisa de los cerros. Unos pasos aún y nuestras manos

se unen. Se humedecen sus ojos, su boca me sonríe y una nube rosada se trasiuce de pronto bajo el limpio alabastro de su frente.

En una de las ventanas puede verse á ese tiempo la cara de una anciana mirando con ternura y con aire de proteccion esta escena de felicidad.

Al volver á "La Quiebra" y ántes de mi llegada, mi mente se complacia dibujando este cuadro en el cielo de mi esperanza.

Buscaba desde léjos el sitio con los ojos, más cuando pude hallarlo lo encontré solitario.

Qué ha sucedido, pues? me pregúnté con inquietud. Ella ha debido verme cuando subia la cuesta; ¿por qué no sale como de costumbre á recibirme?

Llegué hasta el pié del caunce sin ver alma viviente. Dejé allí mi caballo, subí por las raíces, crucé el angosto prado y me detuve en el corredor para aquietar mi corazon que latia con rapidez. Vi entornada la puerta y penetré en la casa con la vaga inquietud de un peligro desconocido.

Apénas pisé el umbral dió un grito Evangelina y quiso levantarse; una mirada de su abuela la retuvo en su asiento. Yo me dirigí á ella y estreché sus dos manos con inmensa ternura: me pareció que ardian como si tuviera fiebre. Entónces encontré algo en aquel rostro bellísimo semejante á la palidez de la camelia.

Le pregunté cariñosamente qué tenia.

—No es nada, me contestó con una sonrisa angelical. Creo que he tenido fiebre, pero ya estoy mejor.

La señora de H.... me recibió con una amabilidad ménos natural que la que yo le conocia; me preguntó cómo me habia ido por Medellin y despues se retiró un momento, llamada al parecer por ocupaciones domésticas.

—Evangelina, mi querida Evangelina, le dije sin rodeos cuando estuvimos solos, necesito saber en el instante mismo cuál es la cruel desgracia que amenaza nuestra felicidad.

Ella bajó los ojos. Sus pestañas sedosas golpeaban sus mejillas como el ala de un pájaro, haciendo un vano esfuerzo por atajar sus lágrimas.

Debemos separarnos, me dijo con tristeza.

—No puedo comprender, le contesté angustiado, quién condena nuestros corazones á una pena tan cruel.

—Mi abuela nos condena.

—¿Y se puede saber cuál es nuestro delito?

—No sé.... me respondió con tono balbuciente.... ó al ménos no he dado crédito.... ¿No es verdad que han mentido los que escriben esas cartas?

Todo lo comprendí. Habia alcanzado hasta el cerro el soplo emponzoñado de las ciudades y se doblaba ante él la sensitiva tierna de los bosques.

—Han mentido, le contesté, adivinando la alusion de su pensamiento.

Ella me dió las gracias con su húmeda mirada. Yo volví á interrogarla al cabo de un momento.

—Y qué ha dicho esa buena madre? pregunté estremeciéndome.

—Que una niña virtuosa y sin fortuna, no debe recibir en el santuario de su cariño sino á un hombre leal que tenga libre su corazon y que pueda ofrecerlo acompañado de su nombre.

Ella tenia razon. Abandoné mi asiento sin saber lo que hacia, y principié á pasearme á lo largo de la sala cual si tuviese clavado un dardo agudo en la parte ya adolorida de mi pecho.

Evangelina continuaba callada y deshojaba por distraerse el bellísimo ramo de pensamientos que tenia entre sus manos.

Sentí pena al presenciar aquella obra de destruccion; recordé nuestra dicha y pensé que ella tambien empezaba así mismo á deshojarse. Por un temor supersticioso quise salvar las flores que quedaban, y pedí con instancia, aquel ramo simbólico como una prueba de cariño y de fe.

—Nó; yo no debo darlo, me dijo Evangelina con lágrimas en los ojos.

Era la vez primera que ella hacia resistencia á una súplica mia.

Una idea repentina y una firme resolucion cruzaron por mi mente.

—Pues bien, le contesté; hoy no merezco el ramo, pero espero ganarlo. Sólo quiero saber si me será entregado en señal de perdon y de ternura el dia que vuelva aquí para ofrecerle mi mano de rodillas á la mujer que posee mi corazon.

—Ah, sí! dijo palideciendo... entónces lo entregaré y con él toda mi alma.

—Y entónces no habrá lágrimas? le pregunté de nuevo.

—Sí habrá, me contestó; pero no de amargura sino de felicidad.

—¿Y habrá algun corazon que salga á recibirme?

—La pregunta es inútil.

—¿Dónde lo encontraré?

—Donde aguardaba siempre ántes de haber sufrido.

—¿En "El portillo del Caunce"?

—Sí.

—Es promesa formal?

—Promesa de vida y muerte.

—Adios, pues; hasta entónces, y espero que será pronto le dije despidiéndome.

Rodaron dos diamantes de sus húmedos ojos; yo estreché sus dos manos, la miré por última vez y partí de aquel hogar, asilo de ventura, llevando en mi corazon la muerte y la esperanza.

VIII.

Dos semanas despues estaba yo en la mina haciendo adelantar algunos trabajos importantes ordenados por la sociedad.

Los molinos en movimiento ensordecian á los trabajadores con su ruido monótono; las carretas de mano se cruzaban en el *carreteadero;* los peones hormigueaban, y todo hacia esperar un próspero resultado. Yo miraba esas cosas con la mayor indiferencia: me sentia abstraido, nervioso, preocupado y ajeno enteramente al interes de las faenas industriales.

Dos ó tres veces escribí para informarme de la salud de Evangelina. La señora de H.... me contestó que estaba ya mejor, pero de un modo tan lacónico y tan seco que me hizo desistir de indagaciones posteriores.

Otra carta escribí por ese tiempo, cuya contestacion aguardaba con zozobra. En ella les referia á mis padres ausentes la historia de Evangelina, y solicitaba su consentimiento para pedir su mano.

Si me lo niegan ellos, decia yo, tendré qué resignarme á la desgracia de una separacion; pero si ellos consienten, partiré sin demora al recibir su carta, porque no quiero retardar un solo instante los consuelos que espera un pobre corazon enfermo por mi causa.

Llegó el dia de la remesa. Con el peon que debia traerla desde la capital esperaba recibir la anhelada contestacion.

Habia trascurrido ya toda la mañana y parte de la tarde sin parecer el peon. Yo estaba atormentado. El sol se iba perdiendo cuando divisé al fin en la "Boca del monte" una mula con carga que parecia cansada: média hora despues me entregaba el arriero esa carta terrible que traia entre sus pliegues el oráculo de mi porvenir. La abrí con mano trémula, conteniendo el aliento.... leí unas pocas líneas.... y dejé escapar un suspiro de felicidad: mis padres consentian.

—Gabriel, le dije al criado, ensilla ahora mismo.

—Pero ya está de noche! me contestó asombrado.

—No importa.... tengo urgencia, y partiré para "La Quiebra" en el momento.... quiero decir para "La Serranía".

Los peones se miraban, el criado me juzgó loco y resoplaba mi alazan al sentir la montura, como si tambien él estuviese admirado con los efectos de mi extraña resolucion.

Partí á las 7 y 20. La luna era menguante y estando á la sazon en el último de sus cuartos no debia aparecer hasta las doce de la noche. Una oscuridad densa acababa de cerrarse sobre el vasto horizonte de las selvas.

Mi caballo era práctico por fortuna en aquellos terrenos y avanzaba con seguridad á pesar de las sombras y de las fragosidades del camino.

Habia algunos derrumbes y pasos peligrosos; habia angostas cañadas y bosques seculares donde concentraba la noche sus tinieblas. Yo pasé por todo eso sin notarlo, porque fijos en otra parte mis ojos y mi pensamiento, no podian distinguir más que una cosa: el horizonte de "La Quiebra" que brillaba para mí solo en el fondo insondable de esa oscuridad.

Pensaba con delicia en la grata sorpresa que iba á sentir Evangelina. Ya veia su sonrisa inefable cuando yo le dijera: "ahora sí merezco el ramo de pensamientos y vengo á reclamarlo".

A las cuatro ó cinco horas de una dichosa marcha distinguí en el Oriente la vaga claridad precursora de la luna. Entraba yo á ese tiempo por una calle de palmeras á la pequeña plaza del pueblo que conoceis. Todo estaba en silencio: las ventanas sin luz, las puertas bien cerradas, y en las calles desiertas no se encontraba un solo transeunte.

Siguiendo mi camino atravesé á caballo la plaza solitaria é iba á doblar la esquina de la iglesia, cuando sentí en todo mi cuerpo un estremecimiento galvánico. Acababa de distinguir confusamente una forma humana extendida en el atrio de la iglesia: era el cadáver de una mujer bajo un sudario blanco.

Imaginad la impresion de un encuentro semejante para un corazon sensible y jóven que va á sellar su felicidad en una noche de esponsales!

Me asaltaron á un tiempo el horror, el disgusto y la tristeza; pero no me sorprendí porque las costumbres del pueblo me eran bien conocidas. Era allí muy usado traer durante la noche el cadáver de la persona que moria en la montaña y dejarlo hasta el alba en la puerta del templo si ésta estaba cerrada.

El sentimiento de terror que aquella aparicion me producia fué sofocado en mí por un esfuerzo enérgico de mi voluntad. Acerqué mi caballo y quise darme cuenta de la lúgubre escena que me ofrecia la fatalidad como un *memento* triste en esa senda poblada de ilusiones.

Unas pocas personas que acompañaron, sin duda, aquel cadáver, dormian al parecer sentadas en el umbral sagrado, apoyadas las frentes sobre las columnas del pórtico. Estaban tan inmóviles que se veian en la oscuridad como un grupo de piedra.

La luna iba saliendo y con su luz creciente pude ver en el atrio la forma femenina.... Tenia un vestido blanco que caia en grandes pliegues sobre un lecho de flores.... Unas manos blanquísimas cruzadas sobre el pecho le daban la apariencia de una vírgen de mármol. Quise ver sus facciones, pero me fué imposible en ese instante porque estaba en la sombra su cabeza.... Sólo vi los cabellos que caian ondulados sobre el hombro como en el cuadro de la Concepcion pintado por Murillo.... Al fin salió la luna plenamente y su pálida luz vino á bañar de lleno el rostro de una jóven que parecia dormida.... Me fijé en él entónces.... y lancé un grito ronco, desgarrador, salvaje, que debió resonar en esa horrible noche como el ay! sin esperanza que lanza el condenado cuando el abismo se abre, y ve cerrar ante él las puertas del Paraíso.

¿Qué vi, Dios poderoso, bajo los blancos pliegues de un sudario? ¿Qué me mostró tu luz, antorcha de los cielos? Qué hallaste, corazon, en el camino de tu felicidad?.... ¿No habeis comprendido aún lo que vieron mis ojos....? El cadáver helado de mi adorada Evangelina!....

IX.

Huí como un demente, sin saber para dónde. Huí para no ver aquella escena horrible que pesaba sobre mi pecho como un mundo de hielo. Pero dónde ocultarme?

Mi caballo instigado corria por un camino lleno de luz y sombras, como corren los vientos en una noche de borrasca. Los árboles pasaban como fantasmas negros. Creí ver en el aire tres sombras que me seguian: tal vez eran la Muerte, el Remordimiento y la Desolacion.

Dejé atras una selva, crucé un rio de ancho cauce alumbrado por la luna. Yo no supe cuál era, ni sabia donde estaba. Luégo empecé á subir. El paso del alazan se habia acortado un poco, y entónces reparé en una línea de árboles que creí reconocer.... ¿A dónde me conducia aquel caballo sin rienda? Me hice por la primera vez esta pregunta, y fijándome un poco comprendí, lleno de horror, que avanzaba al galope por el camino de "La Quiebra".

"Imposible! Imposible! me dije con augustia: yo no puedo pasar por ese punto; quiero volver atras... Pero, qué estoy diciendo Dios eterno!... Volver seria otra muerte: seria hallarme otra vez al frente de su cadáver; seria verla tendida al rayo de la luna....!"

Yo no sabia qué hacer....; pensé volverme loco....; pero el pobre alazan, ajeno á mis torturas, seguia avanzando siempre, y yo ¡pobre de mí! me encontraba sin fuerza y en incapacidad mental para detener su marcha.

En la luz azulada de una eminencia apareció de pronto la casa de "La Quiebra".

Sobre el techo alumbrado blanqueaban las palomas; el agua murmuraba lo mismo que otras veces, y el viento entre los árboles movia el negro ramaje dibujando en sus sombras calados luminosos. Nada á primera vista hablaba allí de muerte ó de tristeza; pero un poco despues una voz lastimosa interrumpió el silencio de la noche: era el aullido lúgubre de un perro que se elevaba tristemente en medio de la soledad.

"Pobre perro! exclamé al divisar su sombra y verla encadenada, ahora comprendo bien por qué no estabas tú allá abajo en el atrio extendido á sus piés como has estado siempre. Te habia creido ingrato y me arrepiento."

En un costado oscuro de la casa se distinguia una luz al traves de una ventana. Adiviné al mirarla que allí estaba llorando una anciana infeliz entregada á la desesperacion. Tuve ánimo de entrar para apretar su mano y darle por consuelo mis lágrimas ardientes. ¿Por qué no lo hice así? Porque me hallé sin fuerzas, sin accion y sin movimiento propio.

Vi de cerca el jardin cultivado por *su* mano; vi el cercado de piedra donde admiré la rosa que fué causa de que nos conociéramos; vi el bosque de arrayanes á cuya grata sombra admiré yo su imágen por la primera vez....! Al distinguir todo eso me pareció sentir que se caia á pedazos mi pobre corazon destrozado por los recuerdos.

Yo no queria ver más y bajé la cabeza cerrando bien los ojos.... Ya pronto iba á pasar frente al árbol de flores amarillas. Lo hubiera dado todo en ese instante por no tener memoria. El caballo seguia avanzando á todo el trote: se oia de un modo extraño en medio del silencio el ruido de sus cascos sobre las piedras del camino. De pronto se detuvo. Llevado por la costumbre acababa de pararse ante el "Portillo del Caunce". Abrí entónces los ojos por instinto y los volví á cerrar con desesperacion porque me creí loco....

Imaginad mi asombro y mi consuelo, mi dicha y mi infortunio....! Imaginad todo eso confundido en una sensacion y no alcanzareis todavía á comprender lo que sentí en aquel momento al ver en ese sitio, inmóvil y de pié, la blanca aparicion alumbrada por la luna.

—Pero á quién viste allí? le preguntámos á Jorge todos los oyentes al verlo palidecer y demudarse.

—Mi frente estaba helada, continuó sin oirnos, pero mi sangre ardia; mi corazon dió un salto y se paró como la máquina de un reloj golpeado con violencia; el sudor me inundaba, y mis ojos cerrados seguian viéndola siempre....

—A quién? á quién? volvimos á preguntarle.

—Tenia, continuó él, un ropaje tan blanco como el que usan los ángeles; tenia suelto como ellos el cabello ondulado; su frente era la misma, sus labios, su sonrisa; esos ojos tan negros siempre llenos de luz.... Yo no podia desconocerla aunque estaba muy pálida, y murmuré temblando:

"¡¡Evangelina!!"

—La que habias visto muerta? le preguntámos todos.

—La misma, contestó Jorge con perfecta seguridad. Yo me quedé mirándola sin voz ni movimiento. La luna se ocultaba bajo una nube negra. Iba á venir la sombra, pero ántes pude ver con el último rayo luminoso que la blanca mano de la vision se alargaba hácia mí comprimiendo

un objeto oscuro entre sus dedos afilados--- ¿Quereis saber lo que era?.. Un ramo de pensamientos----

Ya no pude ver más: sentí girar los montes en torno de mi cabeza; se halló sin equilibrio mi cuerpo petrificado; rodé sobre el arzon y caí sin sentido al pié de mi caballo en la parte más pedregosa del camino.

X.

Un dormitorio á média luz, una mesa cargada de medicamentos, la cara conocida de un médico de la capital, las de mi mayordomo y de su esposa: hé aquí lo que pude ver en torno de mi lecho cuando hube recobrado el uso de la razon.

—Bendito sea el Señor! dijeron varias voces; por fin abre los ojos!

—Dónde estoy? pregunté.

—Aquí en su casa, me contestaron, en la casa de "La Serranía". No nos conoce?

—Y quién me trajo, aquí?

—La misericordia divina, repuso el mayordomo: ella mandó el aviso por medio de un animal, pues si no hubiera sido porque el alazan llegó solo y relinchando á las 3 de la mañana, yo no habria tenido noticia de la caida, y mi pobre amo con la cabeza rota se habria muerto allá abajo sin auxilio ninguno en los pedregales de "La Quiebra".

Yo no escuché otra cosa porque todo lo recordé en aquel instante, y caí por segunda vez en un largo desmayo.

Tuve despues accesos de delirio y la convalecencia fué lenta, pero al fin sanó del todo la herida de la cabeza.

—Y la del corazon? le preguntámos al narrador.

—Lo que es esa, nos contestó, todavía vierte sangre.

—¿Y nos explicarás, al fin, si fué una alucinacion la que tuviste en el atrio de la iglesia?

—Ojalá hubiera sido! Los detalles que recibí más tarde vinieron á confirmar la espantosa realidad.

—¿Y qué habia sucedido? le preguntó con interes el más curioso de los oyentes.

—La fiebre que yo noté en las manos de Evangelina adquirió poco despues proporciones alarmantes, y al fin se convirtió en un ataque cerebral. El médico que fué á verla hizo llamar ese mismo dia al párroco del pueblo quien escuchó mi nombre en sus últimas palabras.

—Y nadie te dió aviso de su postracion?

—Ninguno podia dármelo sino la pobre madre, y ella no quiso hacerlo porque me creia infiel al afecto de esa criatura angelical. Se arrepintió de su conducta cuando supo su error, y me pidió perdon en una carta manchada con sus lágrimas.

—Has vuelto á verla?

—Nunca. El médico declaró que perderia la razon si pasaba alguna vez por la casa de "La Quiebra". Ademas no tenia ya para qué volver á aquel lugar: la pobre anciana sobrevivió á su nieta poco tiempo. Ella tan valerosa para el infortunio no pudo soportar esta última desgracia.

—Una pregunta aún mi querido Jorge.

—Estoy pronto á contestarla con tal que sea una sola.

—Si no hubo engaño en la primera escena de esa noche terrible debió haberlo en la última. ¿Fué, pues, una alucinacion la que te hizo ver á Evangelina aguardándote de pié bajo el follaje del caunce?

—Eso dijo el doctor, y eso creen todavía las personas que supieron esa historia.

—Y tú lo crees tambien?

—Nó, y mil veces nó, repuso Jorge con vehemencia. Para mí Evangelina era un ángel humanizado que recobró sus alas con la muerte. Yo creo que alzaba el vuelo hácia la luz eterna cuando vió en mi dolor la sinceridad de mis afectos, y se detuvo para consolarme porque subsistia en esa criatura santa, á despecho de su trasformacion, el espíritu inextinguible de la caridad. Por esto me esperó en el sitio de la cita, como lo habia ofrecido en su promesa, de "vida y muerte", y por esto me trajo con el adios postrero el *ramo de pensamientos* como prenda de reconciliacion.

Medellin, setiembre 22 de 1878.

MUDANZAS.

POR ALEJANDRO VILLEGAS.

I.

¡Cuántas mudanzas en la humana vida!
Si alguna vez entre brillantes galas
Bello el placer se nos presenta alegre
Y con su aliento animador embriaga,
¡Cuán inocente el corazon lo aspira
Y cuán sencillo en su ilusion se engaña!
Que no es posible contener las horas
Que en la vida encontramos perfumadas,
Que una tras otra una ilusion se llevan
Y una tras otra sin descanso pasan,
Y en la constante rapidez del tiempo
¡Cuántas mudanzas en la vida humana!
¡Cuántos ayer tranquilos y felices
Hoy se lamentan en fatal desgracia!
Y cuántos hoy altivos y orgullosos
En una tumba se hallarán mañana!
Que no es posible contener las horas
Que de paso encontramos perfumadas;
Y las que vienen entre duelo y luto
Parece que no pasan, que se alargan;
Pues la sonrisa entre los labios muere;
Pero se tardan en secar las lágrimas.

II.

Ricamente adornado, y con cien luces
Un gran salon en opulenta casa
Brilla, y se escucha modular la orquesta
Con dulces notas que placer derraman;

Jóvenes llenos de entusiasmo y vida
De ventura y amor alegres hablan;
Mujeres lindas su riqueza ostentan
Y hechizan con su lujo y con sus gracias,
Y al compas de una música sonora
Dichosos todos y olvidados danzan.
¡Oh! cuánta dicha en tan hermosa noche,
Cuánta ventura á comprender se alcanza!
Salud, riqueza, amores y perfumes
Y flores y delirios y esperanzas;
Todo allí abunda con placer intenso,
Todo es hermoso en la elegante sala.
La pobre luna sus marchitos rayos
Oculta al brillo de tan vivas lámparas;
Y el que de léjos extasiado mira,
Vuelve pensando á su modesta casa
Que más tarde, tal vez, tantos dichosos
Pueden beber la hiel de la desgracia.
Más van á ser las doce; ya la luna
Su carrera veloz sin tregua avanza,
Y pronto el sol con su ardorosa lumbre
Saldrá por el Oriente á reemplazarla.

. . . . . .

Ya apareció: sus rayos no alcanzaron
Ya nada de festin ni de algazara;
Que en el salon de la ruidosa fiesta
No hay más que oscuridad, no se oye nada;
Pues no es posible contener las horas
Que en la vida encontramos perfumadas,
Y en la constante rapidez del tiempo,
Hay mil mudanzas en la vida humana.

III.

Un mes, y nada más, ha trascurrido
Despues del gran festin, do la elegancia
Y el placer y la dicha, entre perfumes,
En una noche en el salon campeaban.
Un mes, y nada más, muy corto tiempo....
Y hay gente y luz tambien en esa sala;
Pero á la dulce y armoniosa orquesta
Un doliente lamento ya reemplaza;
Y á los adornos y brillantes luces
Un crucifijo y una oscura lámpara.
La concurrencia es poca. Un sacerdote
De rodillas, al borde de una cama,
Do se encuentra una jóven moribunda
Que al crucifijo inclina su mirada,
Y balbuceando en su agonía dirige
Sus oraciones á la Vírgen santa.
Sus deudos tristes sin consuelo lloran;
Y el médico, perdida la esperanza
Al oir el "Jesus" último y triste,
Triste tambien los abandona y marcha.

Esta jóven hermosa, aquella noche
Brillaba en el salon llena de gracia;
Y ya espiró, y el lecho de la muerte
Marchitó para siempre su elegancia.
El que de léjos esta escena mira
Vuelve abatido á su modesta casa,
Pensando en cuántos ricos y felices
Tambien la tumba ocuparán mañana.
Y la luna á su vez con su tristeza
Se oculta lentamente tras la falda;
Y vuelve el sol, y sus ardientes rayos
Un cadáver alumbran. . . . todo acaba,
Que en la constante rapidez del tiempo
Hay mil mudanzas en la vida humana.
¡Ay! y cuán pronto á la salud y dicha
Suelen vencer la muerte y la desgracia!

IV.

Como burla terrífica la suerte
Al hombre, por un tiempo lo levanta,
Y entre lauros y músicas y triunfos
Lo eleva á un trono por lujosas gradas.
El hombre viendo enaltecer su orgullo,
Que todos tiemblan al brillar su espada,
Capaz se cree de avasallar la tierra
Y más se aumenta su ambicion insana.
¿Qué le falta á ese hombre á quien la suerte
Tanto tiempo ha mimado, y que se acata
Como á un héroe inspirado? Cien coronas,
Glorias, poderes y en su vida larga
Siempre flores hallando, y en laureles
Posando siempre su orgullosa planta.
A su voz tiemblan y obedecen todos;
Todo lo tiene, luego ¿qué le falta?
Sí, qué le falta para ser dichoso,
Para ser grande. . . .? No le falta nada. . . .
Pero la suerte, la terrible suerte
Que tanto juega con la vida humana,
Ah! la constante rapidez del tiempo,
Que arrebata las horas perfumadas,
En un instante, en medio de sus sueños
Cuando más dulce la ilusion halaga,
Las luces y la púrpura del solio
Por un horrible calabozo cambian.
. . . . . .
Perdió la libertad y quedó esclavo;
Y ya en vez de mandar, otros lo mandan;
Y mucho más lo humillan y lo acusan
Y le enrostran la ley que quebrantara;
Y arrojan hiel á su abatido pecho,
Y con negro borron su frente empañan;
Se olvidan de sus glorias y maldicen
El poder humillado de su espada.

Qué burla tan cruel! Qué cruel destino!
Oh! qué terrible, qué fatal mudanza!
Que en la constante rapidez del tiempo
No hay más que burlas en la vida humana.

V.

Silencio; que mi pluma nunca insulta
La víctima que abate la desgracia;
Y ménos, oh! cuando su fiera mano
Dobla una sien plateada ya de canas:
Que puede el pecador volverse justo,
Puede el justo tambien cometer faltas;
Puede el caido levantarse un dia,
Como puede caer un alma santa;
Que sólo Dios en su justicia eterna
Maneja bien la mágica balanza,
Para abatir ó engrandecer al hombre,
Para darle la dicha ó la desgracia;
Para el castigo de los negros crímenes
O para el premio de virtudes santas.
Yo sólo quiero con mi pobre canto
Contemplar de la vida las mudanzas,
Y resignado en mi genial tristeza
En dulce soledad derramar lágrimas,
Y recordar á Salomon diciendo
En medio de su pompa: "*Et omnia vanitas*"

FELIPE

POR GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

Peñol, 13 de diciembre de .....

QUERIDO AMIGO.

He llegado hoy á este pueblo con direccion á Medellin, á donde marcho á agitar un pleito de familia que se halla pendiente en el Tribunal, y en donde permaneceré dos ó tres meses. Haria traicion á nuestra antigua y buena amistad de colegio si no diera á tu casa la preferencia para vivir en ella durante el tiempo de mi permanencia en esa ciudad. Estoy rabiando por hallarme á tu lado, para que charlemos indefinidamente.

Hasta pasado mañana, que tendré el gusto de abrazarte.

Tu afectísimo, FELIPE.

¡Felipe! exclamé yo al leer esta carta que me entregaron en la calle, un dia despues de su fecha. ¡Felipe en Antioquia, y de viaje para Medellin! Ninguna sorpresa tan agradable pudiera haberme proporcionado su buena amistad.

Un dia despues de recibida esta carta, Felipe y yo aguardábamos el almuerzo en el alto de Santa-Helena, sentados en el corredor de la casa de Baénas. Yo habia ido hasta allá al encuentro de mi amigo.

Era Felipe en aquel tiempo un jóven de 22 á 23 años, de una gallarda figura, de talento vivo y despejado, y de una imaginacion ardiente y borrascosa.

La mañana era magnífica. El cielo, vestido de riguroso azul, cobijaba con modesta sencillez el valle encantador de Medellin. La llanura se extendia debajo de nosotros, con su profusa variedad de sombras y colores, como la paleta de un pintor. Medellin parecia dormir acariciada por la brisa de la mañana y el tranquilo murmullo de su rio. Las pequeñas poblaciones de que está sembrado el valle, dejaban ver sus blancos campanarios, rodeados de sauces y naranjos, semejantes al nido de una tórtola medio oculta entre las verdes enredaderas de un jardin..... Y todo este magnífico paisaje estaba rodeado de una atmósfera luminosa y trémula, que parecia formada por el hervor de infinitas partículas de luz. Era que el valle de Medellin palpitaba á los besos del sol de diciembre.

¡Qué bello es este valle! exclamó Felipe, cuyo pecho se ensanchaba como para aspirar la atmósfera perfumada del paisaje que tenia á la vista. Mira á Medellin, me decia; parece una jóven novia que despojada de sus principales galas, se reclina en su lecho de esposa, sonriendo de amor y timidez. El ancho valle sembrado de cañaverales y tornasolado con los reflejos dorados de las espigas del maíz, parece el vestido de boda de la esposa; y el rio que la arrulla con su mansa corriente, es el brillante cinturon de plata que yace á su lado desceñido. Y más léjos.... allá.... al pié de las azules cordilleras, mira las colinas caprichosamente quebradas y cubiertas de grama, semejantes al manto de seda negligentemente arrojado en un rincon de la cámara nupcial.

Yo contemplaba en silencio á Felipe, lleno de esa satisfaccion que experimenta un casado cuando oye las alabanzas que le tributan á su mujer, ó una madre cuando celebran las gracias de su hijo.

¡Qué dichosa debe de ser la vida de Medellin! continuó él. Yo habia soñado con el Oriente y ahora lo he alcanzado á ver! Rodeados de esa atmósfera, cobijados por ese cielo, alumbrados por ese sol, los habitantes de Medellin deben de ser muy dichosos! Embriagados con el perfume de sus flores, aturdidos con el bullicio de sus fiestas, en medio de tantas bellas, porque las mujeres de Medellin serán divinas, todas con los cabellos negros y los ojos centellantes; los medellinenses verán deslizar su vida como un prolongado festin. El oro de los capitalistas convertido en deleite, se debe de derramar por todas partes. Voy á pasar unos dias muy alegres, al lado de un amigo como tú, en medio de las bellas, rodeado de bailes, de paseos, de flores, de perfumes, de billetes, de álbumes, de amor y de felicidad! ¡Vamos pronto á esa tierra prometida! Y quiso arrojarse sobre Medellin, como en otro tiempo los soldados de Alejandro sobre la desenvuelta Babilonia. Pero ántes fuénos preciso almorzar, y atravesar en seguida el malísimo camino que separa á Medellin de Santa-Helena.

—

Un mes hacia ya que Felipe se hallaba en Medellin, alojado en la pieza principal de mi habitacion. Su mesa estaba llena de cubiertas para

billetes, papel satinado, tarjetas, cuadernos de música, álbumes de viaje, cadenas, *leontinas*, anillos, *mancornas* y todas esas superfluidades que constituyen la mitad del equipaje de un elegante. Ninguno que viera su habitacion podria asegurar que habia venido á seguir un pleito: no se encontraba en su mesa ni una hoja de papel sellado.

Felipe salia muy poco de la casa; no habia tenido ni el trabajo de corresponder visitas; pues, á excepcion de tres ó cuatro amigos mios, nadie habia ido á saludarle. Me habia olvidado decir que Felipe era gólgota.

Una mañana entré á su pieza y le encontré sentado en una poltrona leyendo un billete que tenia en la mano; sorprendióse algun tanto á mi vista, y trató de ocultar el papel; pero luégo, variando de intento, me dijo: Daniel, ¡qué diferente es Medellin de como yo me lo figuraba! ¿qué les ha sucedido á los habitantes de esta tierra? ¿son siempre así? ¡ni teatro, ni bailes, ni paseos, ni nada que indique que estamos entre gente civilizada! De ese modo, le contesté, tendrás más libre el ánimo para consagrarte á tu pleito; esto por lo ménos es una ventaja. ¡Gran ventaja por cierto! mas lo peor no es eso, sino que á fuerza de no tener en qué ocuparme, míra lo que he hecho. Y me alargó el papel que tenia en la mano. ¿Has hecho qué? le dije, ¿algunos versos? No, hombre, he recibido una carta. Mira, voy á decírtelo todo: pienso casarme. ¡Casarte tú! —Sí, señor, casarme, y ¿qué tiene eso de raro? desde que se pone el pié en territorio antioqueño, siente uno deseos de ser casado. Yo no puedo explicarme esto; pero parece que á Antioquia la rodea una atmósfera matrimonial, á cuya influencia nadie puede sustraerse. Es que los cabellos negros y los ojos centellantes de las bellas..... Nó, nada de eso, no es Medellin lo que parece desde el alto de Santa-Helena, y sus mujeres, aunque he visto muy pocas, parece que no son como me las habia soñado. Es que en esta tierra hay que casarse para poder conversar con alguna mujer.—Y tú, por lo tanto, has resuelto tener con quién conversar.—Sin duda. La que esto me escribe es casi la única que he visto en Medellin. Al principio creí entablar con ella unos de esos amores que tanto entretienen en otras partes; pero qué quieres! lo que al principio no era más que una diversion, se convirtió al fin en un afecto serio; lo que empezó por señas y miradas concluyó por billetes y promesas; y hoy me tiene comprometido y enamorado como una bestia.

Miéntras Felipe hablaba, leia yo la carta que me habia entregado. Era una de esas cartas que todas las mujeres han escrito por lo ménos una vez en su vida, y que todos los hombres han leido por lo ménos doscientas. En medio de mil tonterías escritas con ortografía chilena y en una letrica angulosa y tartamuda, habia sinceras protestas de amor. Estaba firmada: Rosa.

Rosa! exclamé yo, la señorita de en frente, la hija de D. Lúcas! —Rosa, sí, señor, una muchacha llena de gracia y de bellezas, mujer encantadora y sencilla! nada le decia yo sobre matrimonio en el billete que le escribí, y ella me contesta que conviene en ser mi esposa siempre que obtenga el consentimiento de sus padres.

Hablando así nos habiamos acercado á la ventana. Casi al mismo tiempo, y como si supiera que se trataba de ella, apareció Rosa en el balcon de en frente; sus mejillas se cubrieron de un encarnado vivísimo

cuando nos vió, y sin dar lugar á que la saludáramos, volvió á entrar precipitadamente; pero no sin dirigir ántes una mirada hácia nuestra ventana, al traves de las vidrieras que cerró tras sí. Estaba vestida con una sencillez, si no encantadora, por lo ménos antioqueña: un *camison* de zaraza morada, sobre el cual tenia un delantal de zaraza más morada todavía; un pañolon de seda con grandes flores alegres y esponjadas, puesto en la espalda, y prendido sobre el pecho, á una altura poco artística, con un alfiler de cobre: hé aquí todas las galas de la futura de mi amigo.

Pero nó, me equivocaba. Todo su adorno consistia en sus magníficos cabellos negros, peinados en dos trenzas, que caian negligentemente sobre su cintura, donde hacian un pequeño descanso, y luégo descendian con morbidez acariciando la falda de su vestido. Consistia en la belleza de sus ojos llenos de miradas prisioneras, que se escapaban temblando cuando llegaban á burlar la vigilancia de sus párpados severos. Consistia en su boca pequeña, que sólo de tarde en tarde entreabria para dar paso á su voz dulcísima, quedando largo rato iluminada con una sonrisa que parecia crepúsculo de su voz.

No pude ménos que dar el parabien á mi amigo por la acertada eleccion que habia hecho, luégo que me convencí de que era séria su resolucion. Hoy mismo, me dijo, voy á escribir a D. Lúcas pidiendo la mano de su hija. Y despues de haber formado mil castillos en el aire, hablado mucho y pensado poco, nos separámos, quedando Felipe entregado plenamente á sus proyectos.

Al dia siguiente y al tiempo de salir de mi oficina, me entregaron un papel, reglado á manera de factura, en el cual habia escrito D. Lúcas unas pocas líneas, suplicándome que pasara á su almacen, pues teniamos qué tratar *sobre un negocio*. La ortografía del escrito me hizo recordar la carta de Rosa, y no dudé que la excelente niña, habria aprendido á escribir bajo la inmediata direccion de su papá.

Me dirigí, pues, al almacen, seguro de que el negocio de que D. Lúcas me hablaria no podia ser otro que el matrimonio de Felipe.

Dicho almacen consistia en una vasta pieza, dividida á lo largo por un mostrador, detras del cual se veia á un lado, á manera de armario, una enorme caja de fierro, cuya fisonomía inflexible y estúpida daba cierto aire de salvaje gravedad á cuanto la rodeaba, y esparcia por todo el almacen una atmósfera fria y metálica. En el centro habia un escritorio cuyos estantes estaban repletos de gruesos libros de cuentas; uno de estos, el más grande de todos, se hallaba abierto delante de un dependiente, que con una pluma detras de la oreja, una regla en la boca y un cigarro en la mano, volvia pausadamente sus hojas con una gravedad enteramente mercantil.

El dependiente (que contaria de 14 á 15 años) volvió hácia mí su cabeza, cubierta de un gorro griego, y, sin contestar mi saludo, me preguntó: —Usted *nos* necesitaba? No, señor, le dije; sólo busco al señor D. Lúcas.—Hoy *estamos* de correo y *tenemos* mucho qué hacer.—Es que el mismo señor D. Lúcas fué el que me suplicó..... —Bien, pues espérelo usted, y volvió á su tarea con una calma envidiable.

Despues de algunos instantes, entró D. Lúcas por la puerta que daba á las habitaciones interiores, acompañado de un sugeto á quien al

parecer trataba con mucha deferencia. Era D. Lúcas un hombre que se aproximaba á los 50 años, alto, seco y encorvado, de tez amarillenta, y de una fisonomía muy poco más despierta que la de su caja de fierro. Llevaba ordinariamente pantalones de hilo color de plomo, chaqueta blanca y zapatos amarillos.

La persona que le acompañaba era un jóven de 25 á 30 años; de elevada estatura y de hombros desmesuradamente anchos. El color de su rostro demasiado encendido, tanto á causa de los rayos del sol de su pueblo como de su salud de buey, daba á su persona cierto aire arisco y montaraz, y se admiraba uno de encontrar sobre aquellos hombros tan robustos y debajo de aquella cabeza tan colorada, una casaca en vez de un *bayeton*. Estaba vestido á la última moda. Sus pantalones y su casaca conservaban intacto el brillo que habian sacado del taller de Sanin. Sin embargo, al menor movimiento que hacia, el cuello rebelde de su camisa se escurria por debajo de su corbata, y su falda, más rebelde todavía, se asomaba por entre el chaleco y el pantalon, formando un bucle circular al rededor de su cintura. Sus piés, de una dimension fabulosa, estaban sometidos á la rigurosa clausura de unas botas de charol, en donde comprimidos pugnaban por recuperar su antigua independencia. Para concluir el bosquejo de este personaje, añadiré: Que era hacendado en un pueblo cercano á Medellin, futuro heredero de una fortuna enorme, diputado á la Legislatura, pretendiente de Rosa y llamado Braulio.

Don Lúcas se despidió de Braulio con una amabilidad y una cortesanía de que no habia ejemplo en los anales del almacen; lo cual me indujo á creer que las pretensiones de Braulio podrian muy bien ser mejor acogidas que las de Felipe. Esto por parte de D. Lúcas, pues por lo que hace á Rosa, bien convencido estaba yo del cariño que á Felipe profesaba y del comprometimiento que mediaba entre los dos. Y ademas, no podia suponerse que Felipe, jóven elegante, honrado y de talento, fuera desechado, para aceptar en su lugar á un pretendiente tan mal redactado como Braulio, cuyo olor á helecho se percibia á dos cuadras de distancia. Pero quién sabe? me decia yo: todo puede ser..... las mujeres.....!

Don Lúcas se me acercó y sin más rodeos me dijo: ¡Qué tal amigo! lo necesitaba para consultarle á usted un negocio.—Sí, señor, me tiene usted á su disposicion.—Dígame usted. ¿Usted conoce á un jóven de Bogotá.... Felipe....?—Felipe? Sí, señor, es íntimo amigo mio y vive actualmente en mi casa—Sí, bien: pero dígame usted ¿qué clase de hombre es Felipe? Hay preguntas tan claras que no es fácil comprenderlas, así es que tartamudeando contesté: Pues Felipe es un jóven de Bogotá.... muy amigo mio.... y que vive conmigo.... —Muy bien, muy bien; pero dígame usted: ¿qué tal en materia de honradez? ¿qué tal de fortuna? ¿qué tal para esto de manejar intereses....? Y siguió haciéndome un larguísimo interrogatorio, pero de tal naturaleza, que á veces se me figuraba que Felipe lo que habia propuesto á D. Lúcas era que le fiara alguna suma ó le admitiera como dependiente; pues no trataba de encontrar en mi amigo las cualidades que pudieran hacerle buen esposo, sino las que le hicieran á propósito para administrador de bienes. Yo hube de contestar lo mejor que me fué posible á las multiplica-

das preguntas de D. Lúcas; pero de mis respuestas, á pesar de mi buena voluntad, debió deducirse, que si era Felipe excelente para esposo, no lo era tanto para mayordomo. Así fué que con un tono marcado de lástima, siguió el padre de Rosa.—¿Con que dice usted que el tal Felipe es un literato.... un poeta.... que hace versos?—No, señor, no hace versos: sabe hacerlos, lo cual ya ve usted que no es lo mismo. —¿Con que es hombre entregado á los libros?—Sí, señor, es un hombre entregado á su profesion de abogado, en la que indudablemente lucirá mucho.—Mire usted agregó don Lúcas, bajando un tanto la voz; desengáñese usted, esos hombres entregados al estudio no sirven para nada, entiende usted? para nada. Serian incapaces de manejar doscientos pesos, si por casualidad pudieran ganarlos. Yo le hablo á usted con toda franqueza: su amigo de usted, pretende la mano de mi hija; pero hoy mismo la ha pedido tambien en matrimonio un jóven estimabilísimo, el mismo que usted vió salir de aquí hace poco, es hijo de un amigo mio, y yo atendiendo á sus muchas cualidades y sobre todo á la inclinacion de Rosa, seguramente no podré rehusar.... ya ve usted, un padre...!

Convencido yo de la inutilidad de insistir en un asunto tan delicado, y persuadido de la falsa posicion en que me hallaba colocado, me apresuré á despedirme de D. Lúcas.

Nada me dijo Felipe de la contestacion que tuviera su carta, y yo por mi parte me guardé bien de hablarle sobre este negocio; pero pocos dias despues, y cuando ya era público el matrimonio de Rosa y Braulio, me anunció que estando ya terminado su pleito por medio de una transaccion, le era forzoso volver á Bogotá.

El dia de su marcha resolví acompañar á mi amigo hasta el alto de Santa-Helena. En todo el camino no nos dirigimos ni una sola palabra. Llegados á la casa de Baénas, y miéntras preparaban el almuerzo, salimos al corredor que queda al frente del pintoresco valle. La escena que teniamos á la vista era la misma de otro tiempo, sólo los actores habian variado. Felipe sacó silenciosamente un lápiz de su cartera y empezó á escribir en la pared.

De *una ciudad*, el cielo cristalino
Brilla azul como el ala de un querube,
Y de su suelo cual jardin divino
Hasta los cielos el aroma sube;
Sobre ese suelo no se ve un espino,
Bajo ese cielo no se ve una nube....
....Y en esa tierra encantadora habita....
La raza infame, de su Dios maldita.

Raza de mercaderes que especula
Con todo y sobre todo. Raza impía,
Por cuyas venas sin calor circula
La sangre vil de la nacion judía;
Y pesos sobre pesos acumula
El precio de su honor, su mercancía,
Y como sólo al interes se atiende,
Toda se compra allí, todo se vende.

Allí la esposa esclava del esposo
Ni amor recibe ni placer disfruta,
Y sujeta á su padre codicioso
La hija inocente.....

Está servido el almuerzo! dijo en esto Genoveva, interrumpiendo á mi amigo, con gran disgusto mio, que por encima de su hombro iba leyendo á medida que él escribia, y que deseaba mucho la conclusion de la octava que dejó empezada, para ver si podia descubrir á qué ciudad trataba tan duramente. No pudiendo averiguarlo, dije para mí: seguramente habla de Bogotá.

EL DESTIERRO.

POR CAMILO BOTERO GUERRA.

De mujeres llorosas, al destierro,
Un grupo triste y silencioso marcha....
Mariposas quemadas en su anhelo,
Pálidas flores que agostó la escarcha.

Y van llorando! De sus ojos vense
Rodar de perlas los lucientes hilos....
Postrer recurso con que el alma quiere
De la desgracia corroer los filos!

Se ven megillas pálidas y enjutas,
Ojos sin brillo, pechos descarnados,
Frentes que el mundo con crueldad insulta,
Labios sin risas, tristes y angustiados.

Pobres mujeres! Fuera de su patria
Van á buscar castigo á sus *placeres;*
Y nadie sabe cómo sufre su alma
Con la afrenta fatal.... Pobres mujeres!

Entre ellas una que al dolor se inclina,
Lleva á su hija, límpida azucena;
Recuerdo amado de virtud perdida,
Fruto inocente de maldad ajena.

Pobre mujer! En su agobiada frente
Se ve á la humillacion la pena unida,
Mas supo hacerse á la desgracia fuerte
Y ya por su hija deseará la vida.

Y la niña sonríe! Y ella encuentra
En su sonrisa angelical consuelo....
Porque ella sabe que con su hija lleva
Hogar y patria.... y el perdon del cielo!

Ven, hija, dice, conmigo,
Ven y acércate a mi lado,
Que el crímen que el sér te ha dado
Lo vamos á expiar las dos.
Ven, tesoro de mi vida!
Sér de mi sér, no te alejes....
Pero, ay! tampoco te quejes,
Hija de mi corazon!

Juntas las dos partirémos
Léjos de aquí, vida mia;
De los crímenes de un dia
Víctima santa has de ser.
Hija inocente del crímen....
Ven, tu presencia me alienta!
Heredera de la afrenta....
Ven conmigo á padecer!

Nada me queda en el mundo;
Está mi frente manchada,
Mi dignidad pisoteada,
Sin alivio mi dolor!
Y sin lástima me insultan....
Y nadie se compadece
De la infeliz que perece
Bajo el peso del baldon.

Ven conmigo, que esa mancha
Podrá alcanzar á tu frente
Y entónces, hija inocente,
Cual yo tendrás que sufrir.
Ah! quién sabe cuántas penas
Se te aguardan, ángel puro,
Tras el horizonte oscuro
De tu triste porvenir!

Pero no, sufriré sola,
Daré mi alma al sufrimiento,
Lloraré sin desaliento,
Aunque muera de llorar.
Y verá entónces el mundo
Cómo de una madre el llanto
Es rocío sacrosanto
Que el baldon puede borrar.

Sonríe, pues, hija mía,
Que cada sonrisa pura
Una gota es de dulzura,
Que en tus labios me da Dios.
Abraza á tu pobre madre,
Que en cada muda caricia,
Unido con la delicia
Viene del cielo un perdon!

Vamos, pues, al sacrificio,
Sonriendo tú, yo llorando;
Tú siempre alegre y cantando,
Siempre triste y muda yo.
Con tus manecitas de ángel
Tú me mostrarás el cielo....
Mas yo miraré hácia el suelo,
Agobiada de dolor!

Ven á mis brazos, mi hija,
Que ha llegado al fin la hora....
Ven, que el dolor me devora,
Y ya nos llevan de aquí.
Hija del alma, sonríes!
Tú sonríes.... y yo lloro!
Mas, qué importa, mi tesoro!
Sonríe, sonríe, sí....

Dios mio, yo me enloquezco!
Esa sonrisa querida
Me quita y me da la vida,
Me da consuelo y dolor....
.....
Pero es preciso ser fuerte;
Triunfaré del sufrimiento,
No daré un solo lamento,
Viviré para mi amor!

Vamos, pues, hija querida,
Vamos.... la afrenta me espera;
Mas yo la afrenta sufriera
Por estar junto á mi amor.
A sufrir á otra tierra
Léjos del hogar amado!
Mas, qué importa, si á tu lado,
Hogar y patria hallé yo?

Adios, ensueños falaces
De mi juventud florida;
Y tú mi virtud perdida
Con mi honor sagrado.... adios!
Venid conmigo, desgracias!
Mi corazon os bendice....
Porque me hicisteis felice
Con la hija del baldon!

Medellin, enero de 1873.

LA IMPRENTA. (*)

POR CAMILO A. ECHEVERRI.

Hay grandes fenómenos cuya esencia no se comprende, ni trata de adivinarse, cuando son comunes.

Hay un grande hecho, hecho inexplicable: el hecho de la palabra.

La palabra es el hombre: la palabra es más que el hombre, porque el hombre sin palabra se diferenciaria de los brutos apénas en la forma.

Es que si el hombre necesita inteligencia, la inteligencia tiene necesidad de la palabra.

Dios mismo no hubiera podido crear al mundo sin hablar.

La palabra es la fórmula del pensamiento.

Pero la palabra es más que el pensamiento; es más que el complemento del hombre.

La palabra es tentacion.

Porque es bueno que se sepa que hay tentaciones buenas y tentaciones malas.

Desde que el hombre habló pudo aspirar.

Desde que el hombre aspiró, tuvo esperanza de elevarse.

Desde que el hombre esperó, tomó confiadamente su camino.

El camino del hombre es el progreso.

Cuál será el término de ese camino?

Yo no lo sé; pero debe estar muy léjos y muy alto: y, sinembargo, el hombre lo recorrerá.

El hombre que pensaba habló.

El hombre que habló escribia.

El hombre que escribia imprimió.

Poderosas manifestaciones de la inteligencia y del esfuerzo humanos.

La palabra que era aire se convirtió en linea.

La línea que era fugaz revistió su armadura de metal.

Con esa trasfiguracion, la línea se hizo fija, permanente, clara, invencible, inmortal.

La palabra dicha se iba: era aire.

La palabra dicha se concretó en el papel; tenia de vida lo que el papel, ejemplar único de la única edicion.

Pero vino la imprenta y la edicion única pudo multiplicarse al infinito.

Desde entónces siguieron cantando entre sus tumbas los poetas; y siguió el orador haciendo temblar la tribuna con su palabra; y el legislador siguió dictando leyes; y pesares y esperanzas, y goces y desengaños; y todo, hasta la vida, y todo hasta la muerte, se hizo inmortal.

La imprenta evoca, la imprenta atrae, la imprenta da vida, la imprenta resucita.

Creced y multiplicaos, dijo el Señor.

Y el hombre creció y se multiplicó.

Pero el hombre, cuerpo y espíritu, no multiplicó, en los primeros siglos, más que la materia.

(*) Inédita.

Habia, pues, un desequilibrio resonante.

Los dos brazos de la palanca perdieron su momento estático.

La materia se elevaba, y el pensamiento sufria horribles dolores de mudez y desaliento?

Vino la imprenta y dió al pensamiento voz y fuerza.

Vino la imprenta y multiplicó las almas.

La imprenta multiplicó el pensamiento.

La imprenta trocó la tinta negra en cándida leche de la inteligencia.

Misterioso poder de una palanca!

Muévese un brazo; baja la plancha; oprime el papel, y, en el acto el aire se convierte en sólido y los muertos resucitan y la palabra toma fisonomía concreta.

La fotografía aprisionó la luz.

La caja de música aprisionó el sonido.

La imprenta aprisionó el pensamiento.

¿Hicieron la misma obra. Cumplieron la misma labor?

Nó.

Porque la luz se refleja en los cuerpos; y el sonido es el aire que vibra y que es rechazado por un cuerpo.

Esos dos grandes pasos de la óptica y de la acústica (de la luz y del sonido) se refieren á algo sólido, material.

El pensamiento no se refiere á nada: á nada tangible.

El pensamiento se refiere á todo lo impalpable, á todo lo incoercible, á todo lo espiritual, á todo lo vago.

Por eso la imprenta fué un paso incomparablemente superior al que dieron la fotografía y la música mecánica.

Por eso la imprenta no traduce, sino que retrata á Rossini, á Meyerbeer, á Verdi, á Mozart.

Por eso la imprenta no traduce, multiplica, á Miguel Angelo, á Rafael, á Murillo, á Van Dick, á Rubens.

Es que la imprenta es expresion de la ciencia cuando la óptica y la acústica son meros trabajos de arte.

De la ciencia al arte hay tanto como del alma al cuerpo, como de la verdad al empirismo; como del Creador á la criatura; como de Dios al hombre.

Medellin, 12 de setiembre de 1878.

NOCHE BUENA.

POR AURELIANO JARAMILLO F.

I.

Si miramos esta noche
Por el recuerdo que guarda,
Nacimiento y redencion
El Calvario y Belen hablan;
Es la noche de las noches
En que la tierra enlutada
Su velo rasga, y se muestra
La aureola entre cintas de alba;
El cielo se halla en la tierra
Y Dios Hijo en hombre se halla;
Cumplidas las profecías,
La redencion empezada,

¡Que el sepulcro de la cuna
Dista el grueso de una tabla!
Noche sin nubes, de estrellas,
De aromas, flores y galas
En que el hombre hasta Dios sube
Y Dios hasta el hombre baja;
Si por eso es *noche buena*
Para mí es la *noche santa.*

II.

Pero mirada la noche
Como cada cual se encuentra,
La noche cambia de aspecto
Y del misterio que encierra:
Noche de gloria y de ensueños,
Noche de horror y de penas,
De esperanza y de alegrías,
De lágrimas y tristezas;
Cuántos pensando en sus nupcias,
Cuántos pensando en la huesa,
La juventud viendo flores,
La vejez viendo pavezas....
¡Aquel su futuro mira,
Su pasado éste recuerda!
Aquel sembrando ilusiones,
Cosechando éste miserias....
Risas, lágrimas, ensueños,
Desengaños, luz, tinieblas
Es el surtido del mundo
Que él ofrece en buena feria;
Más para el que sea dichoso
Esta noche es *noche buena.*

III.

Para los que ya perdieron
Cuanto aquí en la tierra halaga,
Padres, hijos, suelo, amigos,
Fortuna, amor y esperanza;
Para los que el mundo todo
No es más que mentira y farsa,
Y el placer sombra ficticia,
Y el esplendor gloria vana,
Y el corazon un sepulcro,
Y la existencia hojarasca;
Para la jóven hermosa
Que perdió sus esperanzas
Y ve marchitas las flores
Preciosas de su guirnalda;
Para la esposa que llora
Su viudez en la cruz santa
Suspirando en los recuerdos
De aquellas sus horas gratas;
Para todo el que padece,
Esta noche es *noche mala.*

IV.

Felices los que estuvieren
En aquella edad primera
En que todo es alegría
E ilusiones hechiceras,
En que la dicha sonríe,
En que la gloria nos besa
En que todo nos seduce
En que nada nos arredra;
Felices, sí, muy felices
Todos los que las miserias
De este mundo aún no han sentid
Teniendo su dicha entera;
Los que de la vida aún
Solo han saboreado el néctar,
Los que en delirios se gozan
Soñando cielos de tierra;
Para el que espera soñando,
Esta noche es *noche buena.*

V.

El que sufre, en vano lucha
Por ver si el alma se alegra,
Que en medio de los esfuerzos
Llora el alma y da sus quejas....
¡Las penas callar se pueden
Más no se engañan las penas!
Para la Atala qué gime
Entre sus magnolias secas,
O para el Chactas que mira
Perder su dicha entre breñas
Sin más Aubry que su llanto,
Para el que pisa y entierra
El amor de sus amores
Donde cifrò sus creencias
Y hace una cruz de su vida,
Para los séres que penan,
Esta noche es *noche mala*
Aun cuando sea *noche buena.*

VI.

Para mí las noches son
Casi las mismas, serenas;
Porque para mí es lo mismo
La ciudad que las aldeas,
La soledad que el bullicio,
La calma que la tormenta,
Todo llega, asoma y pasa
Y el mundo sigue en su feria....
Yo he libado á sorbo lleno
El licor de amargas penas,
Y he chupado en las esponjas
Del placer lá dicha en perlas.

Vencedor hallé banquetes,
Vencido encontré cadenas....
Y he visto que todo al fin
Es lo mismo en esta tierra
A donde las glorias pasan
Como visiones aéreas ...!
Mas prescindiendo del *yo*
Y viendo á mi Patria opresa
Tengo qué exclamar: no tienen
Sus diciembres *noche buena!*....

VII.

Cada cual la noche mira
Como su espíritu se halla,
Para unos es noche buena,
Para otros es noche mala,
Para cuántos no será
Esta noche una de tantas ...
(Cuerpos sin nervios, que sienten
Circular, por sangre, horchata)
Para quienes todo es bueno,
Hasta su misma desgracia;
Cuántos en término medio
Ven pasar la noche santa,
Estos exclamar bien pueden:
¡El mundo es nuestra morada!
Porque para todos éstos
Las noches buenas ò malas
Vistas por un mismo prisma
Vienen á ser *noches pardas*.

Jericò-1872.

EL TRABAJO.

Discurso pronunciado en la sesion solemne de la Sociedad Católica de Yarumal el dia 2 de febrero de 1874.

POR IGNACIO HERNANDEZ.

SEÑORES.

Esta noche voy á hablaros sobre la ley del trabajo impuesta por Dios á los hombres como expiacion, como una necesidad indispensable para su existencia y como un medio de rehabilitacion del hombre para con Dios. Cuestion es esta árdua de suyo y difícil, y que no se presta ni á los arranques de la elocuencia ni á las galas de la poesía, cosas ambas de que soy por otra parte incapaz; pero cuestion de tan alta importancia que no he podido ménos que ocuparme en ella, aunque me sea preciso encerrarla en los estrechos límites de un discurso de regla. Cuento para ello como siempre, con vuestra bondadosa indulgencia.

Trasportándonos al orígen de los tiempos encontramos al primer hombre y á la primera mujer; oimos la primera órden del Criador á la criatura, presenciamos el primer acto de desobediencia, la primera entrevista entre el Juez y el reo, y oimos la primera sentencia pronunciada. Ved aquí al hombre lanzado en los senderos escabrosos de la vida, dueño de sus acciones y responsable de ellas. Ved aquí el punto de partida de la humanidad.

En adelante, dice el Señor, comerás el pan con el sudor de tu rostro, y jamas sentencia alguna se cumplió con más rigurosa exactitud. Desde entónces yace el hombre bajo el peso del trabajo y en vano querria sustraerse al cumplimiento de esta ley inexorable, que es la ley de la expiacion. En todos tiempos, en todas circunstancias, hoy como ayer,

mañana como hoy, el hombre estará atado al carro del trabajo, y el trabajo le seguirá á todas partes como la sombra al cuerpo, como el remordimiento al criminal.

El Sumo Pontífice que desde lo alto de su solio sagrado apacienta su inmensa grey extendida por todo el mundo, y bendice á la ciudad y al orbe (*Urbis et orbis*); el Prelado que cuida de una parte de esa misma grey, consagrándole sus dias y sus noches; el sacerdote que os acompaña en todos los instantes de vuestra vida desde el nacimiento hasta la muerte, nada más hacen que cumplir cada uno por su parte con la ley del trabajo, regando á veces su tarea con sudor copiosísimo de su cuerpo y de su alma.

El sabio que dedica todas sus horas á descubrir las leyes de la naturaleza, á aplicar sus descubrimientos al progreso de la humanidad, y á fijar las reglas de las ciencias y las artes; el artista que se desvela por encontrar los medios de suavizar la monotonía de la vida con las creaciones de su genio, el artesano que á todas horas hace resonar su taller con el continuo golpear de su oficio; el arquitecto que dota al mundo con monumentos inmortales, el médico que cura vuestras dolencias, el abogado que defiende vuestros derechos, el juez que os administra justicia, nada más hacen que cumplir cada uno en su respectiva esfera con la ley ineludible del trabajo.

Y aquellos varones esclarecidos y de sublimes virtudes en cuyos libros creemos encontrar á cada paso y llenos de admiracion destellos de la sabiduría divina; aquellos santos misioneros que aceptando los trabajos y la muerte van por todas partes buscando un terreno en qué sembrar la semilla del Evangelio; aquellas asociaciones de caridad pordoquiera establecidas para amparo y socorro de los que padecen, y aquellas santas vírgenes que renunciando los bienes de la tierra y dóciles al llamamiento de Dios, votan su existencia al bien de sus semejantes, ¿qué otra cosa hacen que desempeñar cada cual un trabajo el más perfecto y sublime; por Dios fecundizado, por Dios bendecido, por Dios santificado?

Buscad al hombre en las entrañas de la tierra, trabajando le hallaréis; en las profundidades de las aguas, trabajando le hallaréis; trabajando le hallaréis en la superficie de los mares trasportando de un extremo á otro del globo los productos de la industria. Veréis al rico dando con sus riquezas pábulo al trabajo; al pobre agricultor humedeciendo con su sudor el surco que ha de dar el alimento para sus hijos; al jornalero encorvado todo el dia en su penosa labor para llevar por la noche á su casa unos momentos de alegría; al mendigo haraposo pidiendo de puerta en puerta, con un trabajo el más duro de todos, pan para su hambrienta familia. Por todas partes la accion, por todas partes el movimiento, por todas partes el trabajo, duro, incesante, pertinaz. Es la humanidad como una inmensa colmena, en la que cada individuo debe sacar la tarea que le está señalada; y el cumplimiento de esta sentencia irrevocable durará hasta que el dedo de Dios suspenda el giro de esta máquina gigantesca del movimiento perpetuo.

Hay ciertamente zánganos en esta gran colmena: los ladrones de todas clases; los que se ejercitan en industrias reprobadas por la ley divina y humana; los holgazanes que viven del trabajo ajeno; todos aque-

llos que rebeldes á Dios aceptan el fallo que tarde ó temprano ha de caer sobre ellos; pero por numerosos que sean, como en verdad lo son, siempre serán muy pocos, comparados con la gran masa de la humanidad que cumple y cumplirá esta sublime ley de la expiacion.

El trabajo no es solamente una expiacion: es tambien una necesidad para la existencia del hombre. Dispúsolo así el Hacedor Supremo que como Padre bondadoso y tierno quiso que en aquello mismo que nos asignaba como una pena, encontrásemos una fuente inagotable de dicha y bienestar. En efecto. ¿Qué fuera del hombre sin el trabajo? Se entregaria á la ociosidad y á los vicios, y seguiria el camino del mal y se haria rebelde á Dios. Sin el trabajo el hombre no podria existir ni aun en el estado salvaje, porque unos á otros se devorarian y los últimos perecerian de inanicion. Pero con el trabajo goza el hombre á medida que le proporciona la subsistencia para sí y para su familia; á medida que de salvaje pasa á hombre civilizado, de pobre á rico, de rico á opulento, de dominado á dominador. Los productos del trabajo multiplican los medios de satisfacer las necesidades de los hombres, y entónces el círculo de estas mismas necesidades se ensancha hasta el infinito. Por qué es insaciable el corazon del hombre? ¿Por qué el que ayer se contentaba con una miserable cabaña no se contenta hoy ni con un opulento palacio? ¿Por qué el que ayer se encontraba satisfecho con su vestido de pobre quiere hoy ataviarse con toda la pompa del lujo? ¿Por qué el que ayer se veia feliz en la modesta oscuridad, aspira ahora al mando y al poder? Porque es preciso que nadie pueda eximirse de pagar su contingente de trabajo; porque es preciso que éste se haga sentir como una necesidad imperiosa é insaciable; porque es preciso que la ley de Dios se cumpla, y que la humanidad ande, ande, hasta que la voz del Omnipotente ordene al tiempo que se detenga y al mundo que haga silencio.

Contemplemos ahora el bello espectáculo del honrado padre de familia, entregado á sus tareas: allí concentra todas sus fuerzas, domina el ímpetu de sus pasiones y purifica su alma en la contemplacion de Dios y de sus maravillas. Reconociendo á Dios como principio y fin de su existencia le consagra todas sus obras, le dedica todos sus pensamientos, le dirige constantemente sus alabanzas, y extiende en el círculo de su familia un ambiente de felicidad que el hombre disipado no conoce, y que el ateo infeliz no puede comprender.

Los antiguos pintaban la Aurora como una diosa jóven y bella que derrama en la atmósfera un frescor delicioso, flores en la campiña, y rubíes en el camino del sol. De la misma manera podria pintarse el Trabajo, como un hermoso y robusto jóven que va derramando beneficios por toda la tierra y dejando una huella luminosa de su paso. Al lado de una opulenta ciudad se presenta una extensa campiña cubierta de ricas mieses; cerca de una fábrica suntuosa, aparece un prado esmaltado de abundantes pastos y poblado de ganados numerosos; la floresta secular se torna en pradera deliciosa y donde estaba la guarida del leon se alza un templo á la divinidad, y donde estaba el cubil del tigre se levanta un magnífico palacio; el terreno fangoso é improductivo se convierte en vega

abundosa y fértil y al sendero imperceptible de los brutos sucede el camino de hierro, y cruje la locomotora donde ántes silbaba la serpiente.

Padre del comercio y de la industria, de las ciencias y de las artes, el trabajo se abre camino por encima y por debajo de las aguas, en el corazon de las montañas y al traves de los desiertos aéreos. Inventa la escritura y la imprenta, y lanza á los cuatro vientos la simiente de las ideas: inventa la vacuna, y liberta á la humanidad de uno de sus más crueles azotes; inventa el pararayo, y arrebata millones de víctimas al furor de las tempestades; se apodera del vapor, y el hombre vuela como los pájaros; se apodera de la electricidad y la palabra adquiere la velocidad del pensamiento. Así se perfecciona el hombre; así prueba que posee un espíritu inmortal, emanacion de Dios, imágen y semejanza suya.

Camino de virtud es el trabajo: por él va el hombre andando hácia la felicidad perdurable que es el objeto de la vida presente; por él se aproxima á Dios. El hijo pródigo vuelve al seno de su Padre que con los brazos abiertos le recibe; hácense las santas amistades y fírmase la alianza eterna. Esta es la rehabilitacion del hombre para con Dios.

Alta y sublime, hermosa y amable es, pues, esta ley del trabajo que Dios nos ha dado para nuestro propio bien, y que es á un mismo tiempo pena y recompensa, castigo y perdon, justicia y misericordia; y nosotros debemos aceptarla llena el alma de alegría y colmado de agradecimiento el corazon.

Madres de familia que os desvelais pensando en la suerte futura de vuestras hijas: si deseais su felicidad educadlas en los hábitos del trabajo y del órden, instruid su entendimiento, no con esa instruccion volandera y baladí que hace la mujer bachillera; sino con la instruccion sólida y cristiana que hace la mujer virtuosa. Enseñadlas á distinguir desde temprano al hombre impío y corrompido, del jóven trabajador y honrado. El primero entra en vuestra casa con rostro de amigo, y luégo hace sonar en los oidos de vuestra hija las enseñanzas del vicio, y sopla sobre su rostro inocente el espíritu de la concupiscencia; el segundo marcha impulsado por los dictados de la moral y del honor, y trae á sus piés sus adoraciones que solo la virtud rinde á la virtud.

Jóvenes que comenzais la carrera de la vida, sois como el viajero inexperto en país desconocido y necesitais ser guiados por los consejos de la experiencia. Huid del perverso, hijo de los vicios que se os vende por amigo para arrastraros á una pérdida segura. Primero os llevará á la taberna, despues á los garitos y en seguida á las casas sospechosas. Huid.... ah! Huid el contacto pestilente de la asquerosa y vil ramera, envenenada y envenenadora que mancha vuestra alma y corrompe para siempre vuestro cuerpo. En lugar de emplear vuestros ocios en diversiones indecorosas, ó en vergonzosas disipaciones, empleadlos en cultivar vuestro entendimiento, y en formar un capital, para que cuando escojais una compañera lleveis á vuestro hogar juntamente las primicias de vuestro amor y las primicias de vuestro trabajo.

Y nosotros los que hemos gastado nuestra vida en las luchas del trabajo, y que somos considerados como instrumentos ya inútiles, tristes ecos del pasado, mojones despedazados en las vías del progreso, qué he-

mos de hacer? Continuar como hasta aquí dando ejemplo de incansable laboriosidad. Felices si al presentarnos delante del Juez Supremo podemos decirle como siervos fieles: Señor, ya he sacado mi tarea, ve si soy digno de mi salario.

He dicho.

LA HISTORIA DE UNA TORTOLA.

POR EPIFANIO MEJIA.

Jóven aún entre las verdes ramas,
De secas pajas fabricó su nido:
La vió la noche calentar sus huevos,
La vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
Buscó alimento en los lejanos riscos,
Trajo de frutas la garganta llena
Y con arrullos despertò á sus hijos.

El cazador la contempló dichosa....
¡Y sinembargo disparó su tiro!
Ella, la pobre, en su agonía de muerte
Abrió las alas y cubrió á sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo
Su compañero en el laurel vecino;
Cuando la aurora apareció en el cielo
Bañó de perlas el hogar ya frio.

Medellin, julio 30 de 1868.

LA VENTANERA.

POR ALEJANDRO HOYOS MADRID.

Acabada con el hombre la sublime obra de la creacion, y contemplándolo Dios con el orgullo del artista que se extasía en su trabajo, lo vió perfecto en sí; pero incompleto respecto al grandioso plan de su obra, cual era la multiplicacion de la especie, y entónces le dió una compañera: la mujer!

Sucediéronse los años á los años, los hombres á los hombres, las mujeres á las mujeres, los inventos á los inventos hasta llegar á la *ventana*. El primero que inventó este mueble, se enorgulleció con él, estoy seguro, porque comprendió y vió que entre otras cualidades, tenia la inapreciable de que por él se veia sin ser visto.

Pero el Diablo que no duerme, observó que por muy hermosa y acabada que fuese una ventana, estaba incompleta sin álguien que hiciera de ella el uso para el cual la creyó una obra maestra.

Entónces se dijo: " Démosle á la ventana una compañera inseparable, para que desde allí, como una reina sobre su trono, vigile todo lo que pase por sus dominios y se informe hasta del mínimo pensamiento de todo sér viviente ". Y rajándole el costado á una bruja mayor de doscientos años, le sacó de allí la *ventana* tan semejante á su madre, que el mismo Diablo se asombró.

Hé aquí, pues, el orígen de esa raza que como la judía, se halla esparcida por los cuatro vientos.

Las mujeres de esa especie, lo ven, lo averiguan y lo saben todo desde su ventana.

No paseis por cerca de su ventana, con una trenza más larga ó más ancha que otra, média pulgada; con la castaña desviada una línea á la izquierda ó á la derecha; con una hebra de pelo de la cabeza al lado que no le corresponde; con un fleco del pañolon enredado; con una arruga en el manto; con una hebra de seda negra sobre traje negro. No paseis con un boton del chaleco pronto á desprenderse; ni con el cuello de la camisa medio arrugado; ni con una pequeña mancha en la levita, porque todo eso se reproduce en su pupila, se trasparenta en su mirada, se clava en su alma instantáneamente como un variado paisaje en fotografía.

De manera que bien podria preguntarme, en qué se parece una *ventana* á una fotografía, y responder: en que ve, coge y muestra instantáneamente *todo* lo que se le pone por delante.

Y decimos *muestra*, porque á la oracion, hora en que termina su tarea, se echa al cuerpo unos cuantos tragos de chocolate, reza su rosario con mucha devocion, encomendando á Dios á todos aquellos con quienes tiene *cambalache*, y sale donde sus amigas á *mostrar sus retratos.*

Pero en lo que no tiene rival la ventanera, es en el modo de averiguar lo que pasa en todas las casas.

—Manuela, *ponde* vas?

—A un *mandao*, mi señora.

—*Vení, acercate, decime:* Teófilo no ha vuelto donde misiá Leonarda?

—Me parece que no, señora.

—Sí, yo lo sé de positivo; ya él se retiró y no se casa con Elisa, porque la vió conversando por la ventana, á las ocho de la noche, con Ernesto.

—Eh! mi señora! Yo no sabia. Adios.

—*Decime* otra cosa.... Elisa....

—Mañana, que me regañan si me tardo.

—Ya sé *onde* vas: á fiar *onde* Pedro Gual.

—*Ah vusté!* No se le escapa nada.

—Para algo hemos de ser reinas, decia no sé qué reina.

—Buenas tardes, mi señora Críspula.

—Qué tal, Petrona.

—Muy aburrida, mi señora.

—Por supuesto, si *onde* estás sirviendo, ni te pagan con puntualidad; pues yo sé que te deben mucho, ni alcanza *pa* darte á vos de comer.

—No, mi señora: allá no me deben sino seis dias que van de este mes, que me los pagarán cuando se cumpla; y de comida tengo la suficiente.

—No *vengás* con cuentos, que yo sé muy bien que en esa casa sucede eso!

—Pues ya hace once meses que estoy allá y no me ha sucedido tal.

—Bueno! Cómo acabó la pelea de Alfonso con la mujer?

—Cuál pelea, señora?

—*Hacéte* de mi alma!

—Allá *onde* sirvo? No, señora. Ni he visto, ni oido nada!

—No me lo *negués*. Si eso se sabe ya.

—Pues yo no lo sé.

La ventanera, viéndose contrariada en su propósito, apela entónces á toda clase de recursos, pues como ella no tiene sino *indicios* del negocio que trata de averiguar; pero indicios tenebrosos como su propia alma, es decir, oscuros, sin ilacion, sin solidez, quiere á todo trance descubrir un cabo del hilo: no porque ella necesite de eso para dar y referir el hecho como evidente, porque su objeto es siempre inventar sucesos, pero que tiendan á menoscabar la reputacion ajena, sino porque su ávida curiosidad de mujer, de *ventanera*, la arrastra á escarbar sin tregua y con ahinco hasta descubrir *algo* que le sirva para *descargo* de su conciencia cuando el *dies iræ!*

Así es que, continúa en estos términos:

—Bueno! *decime:* qué tal está tu nietecito? *Isque* es muy celebrito y muy parecido al padre? Con razon, si Luisa ha sido tan formal!

—Gracias á Dios, mi señora.

—Y ella y tu yerno viven muy unidos: yo lo sé.

—Cómo?

—Pues, cuando te digo que yo lo sé todo! Mañana me *traés* al nietecito para hacerle un regalito?

—Bueno, mi señora.

—Todo lo sé, hasta lo de *onde servis*, aunque vos me lo *negás*.

—Pues allá.... allá.... sí hubo alegato entre ellos; pero de esos que tienen los *casaos*, y que despues quedan contentos.

—No! Si yo sé que ella le gritó horrores y él tambien, y la cogió de las trenzas y la arrastró y....

—Válgame la Vírgen! La lengua mala si que no deja nada á vida! Pues le juro á *sumercé* que no pasó sino lo que le he dicho, porque yo lo vi y lo oí.

—Pues eso es muy público.

—Se lo habrán supuesto, mi señora. Y *sumercé* va creyendo así no más todo lo que le dicen?

—Ah! Y si lo *dicen?*

—Pero, no más que por eso va uno creyendo? Es poca *caridá!*

—Algo habrá cuando lo *dicen!*

—Hasta rabia da eso, mi señora; tanto *rabinio*.

—*Dejate* de escrúpulos y *andá* vete á traer la plata que vas á traer.

—Cuál plata! Jesus!

—Me lo supongo. Como alcancé á ver en esa boleta que *tenés* medio cerrada el nombre de un rico, es seguro que es pidiendo plata prestada.

—Con *sumercé* no hay *redencia!* Es *pa* otra cosa.

—Bien *podés* negármelo todo.

—Adios, *niña*, que *usté* es capaz de hacer hablar á una piedra.

—Y ahora que *decis* piedra, *verdá isque* Leoncio *escalabró* á la suegra el mártes?

—Jesus! Jesus! Cuando el mundo se acabe, le va á dar mi señor Jesucristo por castigo, el dejarla solita en su ventana esperando que pase alguno para averiguar la vida del prójimo, y no pasará y *usté* se condenará *ay* de rabia!

—*Perdé cuidao!*

—Qué tiesa vas, *Getrúdes*. Probarias hoy una ochuva de carne, y no *cabés* ya por la calle! Si es tan buena y generosa la patrona doña Cleofe!

—Vírgen del Pilar! Deje eso, mi señora Críspula, que es *pecao;* y ademas así le cogen odio y *rincor* y es *pa molestas!*

—Y cómo está ella? Siempre lo mismo! Con las interiores como trapo cocinero y el pecho que se puede sembrar en él una rosa de miniatura y coger un girasol! Y don Calisto, siempre bobalicon y *desgualetao* y feo y miserable!

—Adios! adios! adios!

—Ve una cosa. *Acercáte!*

—Si es que *sumercé* ....

—¿Qué hubo por fin de la plata que *dicen* que Policarpo la sacó del bolsillo del chaleco á su suegro don Calisto y la jugó?

—Yo qué sé.

—Pues yo sí lo sé!

—Será bruja?

—No tanto, pero sí lo bastante indagadora de cuanto sucede, porque siempre es bueno estar al corriente de la crónica, ó de la vida de los demas. Lo que extraño es que con vos van ya tres cocineras que se han hecho de mi alma al querer informarme de lo que pasa en las casas donde sirven.

—Pues es *pa* que vea que entre las cocineras tambien hay muchas que saben decir la verdad y no *calummian asina* no más. Lo que digo es cierto, pues ni he visto ni oido lo que usted asegura. Hasta otra vista.

—Adios!

.....

Son las siete de la noche y ya la *ventanera* está de punta en blanco para ir á visitar á sus vecinas, parientes, conocidas &, quienes por su parte la aguardan, como se aguardaba en los castillos feudales de la Edad Média, al peregrino de la Tierra Santa, al cruzado que habia atravesado mares y desiertos para ir á blandir su espada contra las huestes del bravo Saladino, para que contasen en las veladas de invierno sus hazañas y aventuras, sus prosperidades y fatigas; y en fin, todo lo que en su larga peregrinacion habian visto, oido ó sabido.

Llega, pues, la *cruzada* (honrémosla con ese nombre, ya que ella se llama *cristiana*) y al momento se entabla un diálogo de los más animados; pero tambien de los más sombríos, de los más sangrientos, de los más anticristianos que pueden hacerse girar en una conversacion. Es cosa que aterra, que anonada, aun al hombre más mundano, saber la asombrosa facilidad con que algunas mujeres sostienen por tres ó más

horas un diálogo en que se despedaza de la manera más cruel, más inícua y más infame, á toda persona viviente.

No están libres de su envenenada lengua, que todo lo inventa y lo supone, ni la respetable matrona que en su casa observa cierta forma de gobierno doméstico que cree útil para la conservacion de su caudal; ni la sencilla é inocente jóven cuyo candoroso y sensible corazon hace salir á su rostro el sentimiento que la contrista por la ausencia del objeto amado; ni la esposa que lamenta, en sentidos ayes y dolor sincero, la pérdida del que fué su amor, su apoyo, y su sosten; ni el hijo que se muestra afectuoso con su padre; ni el padre que contempla al hijo; ni la madre que ve en éste su contento, su orgullo y su esperanza.

Nada! Nada se escapa á su furor!

Esas lenguas son como el volcan que arroja su lava, su fuego y su ceniza, sin cuidarse de que caigan sobre el boton de rosa que crece á la orilla de un arroyo, bebiendo de su vapor su vida y lozanía; ni sobre la planta, tal vez medicinal, que empieza á extender sus ramos robustos y gallardos; ni sobre el árbol secular bajo cuya sombra, animales y viajeros han mitigado el cansancio y calor que los abrumaban!

Y qué medio habrá contra esa clase de mujeres?

Desgraciadamente ninguno, á mi entender, porque si no han valido las pláticas del sacerdote en el púlpito, ni sus consejos y amonestaciones en el confesonario, mucho ménos valdrá este artículo en que no se les amenaza con el infierno.

Sinembargo, yo no desespero, pues confío en que, si las ya encallecidas en ese *oficio* no se enmiendan, la nueva generacion de niñas, de jóvenes señoritas de cada país, huirán de ese detestable vicio que las afeará más que la viruela y que la lepra, pues si estas corrompen el cuerpo únicamente, aquel, infiltrándose en la sensibilidad, purísimo manantial del corazon; y en el alma, depósito santo de la caridad cristiana, envenenará sus nobles sentimientos, sus ideas generosas!

Y entónces ¡ay de ellas! porque al fin no creerán ni en la virtud, ni en la caridad, ni en la religion!

A ese abismo horroroso tienen qué conducir una *ventana* y una *lengua* mal empleadas!

Antioquia, abril 27 de 1873.

AL ATRATO.

POR BASILISO TIRADO.

En tu montañoso orígen,
Precioso rio, te he visto
Corriendo en tu fresca selva
Bullicioso y cristalino;

De blanca espuma cubierto,
Cual de algodones vestido,
De roca en roca saltando,
Jugueton, como los niños.

Tus ondas murmuradoras
Acariciaban mi oido,
Al rodar en las arenas,
Al girar en remolinos.

Eran dulces y süaves
Como el gorgeo pasivo,
Del amoroso turpial
Entre ramas escondido.

Mas ay! como el que se aleja
Con dolorosos suspiros
Del árbol en cuyos brazos
Se meció, cuando era niño,

Tal te vi, luego, alejar
De tus helechos nativos,
Despeñando tus corrientes
Con prolongados suspiros.

Allá más léjos, más léjos,
A do bajar no he podido,
Desde la alta cordillera
Te he escuchado en el abismo.

Más grande y en tu corriente
Te escapabas fugitivo,
Quebrándote entre las rocas
De los hondos precipicios!

Hoy en la vasta llanura
Que bañas, hermoso rio,
Te vuelvo á encontrar, ya manso,
Pero no tan cristalino!

No ya la frescura tienes
Que en los helechos nativos,
Ni de roca en roca saltas,
Jugueton como los niños!

Ancho espléndido, sereno,
Bajas, con paso tardío,
Por el clima de los *trúntagos*
Dejando el de los olivos.

Hácia ti, saltando bajan
En corcovos infinitos,
Mil tumultuosos torrentes
Por la lluvia enriquecidos.

Al encontrar con tus fuerzas
Cambian de bravos en tímidos,
Dejando sus locos saltos
Y acallando sus bramidos.

Allí te dan sus espumas
Quebradas, entre los riscos,
Que esparcidas en tu seno
Parecen miles delirios.

Sobre un dilatado espejo
En verde marco embutido;
Así te ves en tus selvas
Antiguas como tú mismo....

Cuántos ay! su fiel imágen
En tu retrato habrán visto,
Porque entre ellos y su cuna
Han dejado mil abismos!

Cuántos como tú, perdieron
De su vida el puro brillo,
Y su cándida alegría,
Su genio dulce y festivo!

Como tus sonoras linfas,
Cuántos despeñar han visto
Sus más santas ilusiones,
Sus ensueños mas queridos!

A la par que se alejaban
De su cuna, mil espinos
Encontraron, cual tú rocas,
En su angosto y cruel camino!

Como vas tú, á la distancia,
Van al tiempo ellos uncidos!
Tardo tú, como dudoso,
Ellos tristes....sorprendidos!

Dónde vas? – Dónde van ellos?
Todos hácia el infinito!
Tú, á las atlánticas olas,
Ellos, á las del olvido....!

DISCURSO

dirigido al Libertador, por el Presidente del Congreso de Angostura señor

FRANCISCO A. ZEA.

(14 *de diciembre de* 1819).

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Entre tantos dias ilustres y gloriosos que V. E. ha dado á la República, ninguno tan dichoso como el de hoy, en que V. E. viene á poner á los piés de la representacion nacional, los laureles de que lo ha coronado la victoria, y á presentarle las cadenas de dos millones de hombres rotas con su espada. Yo te saludo, brillante y memorable dia, en que los principios soberanos del órden representativo reciben tan solemne homenaje del heroismo en medio de las aclamaciones de numerosos pueblos redimidos de la tiranía á fuerza de prodigios!

En efecto, señores, no cabe en la imaginacion lo que el Héroe de Venezuela ha hecho desde que dejó instalado este augusto Congreso, y asombra la perspectiva inmensa de lo que ya no puede ménos de hacer. La empresa sola de pasar los Andes con un ejército fatigado de tan larga y penosa campaña, esta empresa atrevida en el rigor de la estacion de las lluvias y de las tempestades, cuando torrentes impetuosos se precipitan por todas partes; cuando los rios se convierten en mares; cuando desaparecen los valles bajo inmensos lagos, y no puede darse un paso sin peligro y sin horror, fluctuando siempre entre las aguas de la tierra y las que arroja el cielo, esta empresa sola pareció tan extraordinaria que el enemigo llegó á mirarla como un delirio militar. Así es que sobrecogido de un terror pánico á la repentina aparicion de nuestras tropas sobre las cumbres inhospitalarias de Paya, abandona una posicion formidable en que un puñado de hombres pudiera detener fuerzas inmensas. Vencida la naturaleza ¡qué oposicion no presenta todavía un ejército tres veces más numeroso, bien disciplinado, bien provisto, estacionado en aquella frontera, y batiéndose siempre en posiciones ventajosas, Gámeza, Várgas, Bonza, Boyacá, bajo las órdenes de un Jefe tan hábil como intrépido y experimentado! Pero todo cede al ímpetu rápido y terrible de los soldados de la Independencia; apénas puede la Victoria alcanzar al vencedor, y en ménos de tres meses la principal y mayor parte de la Nueva Granada se halla libertada por esas mismas tropas cuya completa destruccion daba el virey de Santafé por segura é inevitable. ¿Y qué hombre sensible á lo sublime y grande, y en qué país capaz de apreciar los altos hechos y los altos nombres, dejará de pagarse á Bolívar el tributo de entusiasmo debido á tanta audacia y á tan extraordinarias proezas? Haber llevado el rayo de las armas y de la venganza de Venezuela, desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico! Haber enarbolado el estandarte de la libertad sobre los Andes del Oriente y los del Occidente! Haber arrebatado en su rápida carrera doce provincias á la Inquisicion y á la tiranía! Haber hecho resonar desde las ardientes llanuras de Casanare hasta las cimas heladas de los montes del Ecuador, en una extension de más de cuarenta mil leguas cua-

dradas, el grito heróico de *independencia ó muerte*, que cada vez repiten los pueblos con nueva energía y más intrépida resolucion! Tantos prodigios para la salud del mundo interesado en la independencia de la América ¿no logrará la *union* de los pueblos que ha libertado y sigue libertando? Union que es de necesidad para las provincias de Venezuela, las de Quito y las que propiamente constituyen la Nueva Granada, y de infinito precio para la causa de la independencia; de grandes ventajas para toda América, y de interes general para todos los países industriosos y comerciales. La importancia en política es proporcionada á las masas como la atraccion en la naturaleza. Si Quito, Santafé y Venezuela se unen en una sola República ¿quién podrá calcular el poder y prosperidad correspondiente á tan inmensa masa? ¡Quiera el cielo bendecir esta union, cuya consolidacion es el objeto de todos mis desvelos y el voto más ardiente de mi corazon!

AÑO NUEVO.

POR ABRAHAM SALAZAR.

A mis hermanas.

" Qué es nuestra vida? El sueño de un momento,
Ola que pasa, sombra que se aleja,
Ave tímida y muda que no deja
Ni el rastro de sus alas por el viento."

(G. N. DE A).

Mirad!... En el Oriente
Como al traves de purpurino velo,
De gasas trasparentes,
Por entre blanca y vaporosa nieve,
El sol esplendoroso
Lanza al mundo su rayo majestuoso.

"Es el sol de año nuevo"
"Año nuevo feliz! yo te saludo";
La aurora sonrosada
Desata ya su cortinaje de oro
Y vierte cariñosa
La tibia luz sobre la fresca rosa.

Las brisas juguetonas
Se escuchan susurrar en la enramada,
Y en sus alegres giros
Arrancan su perfume al limonero,
Al nardo y la azucena....
De un ámbar puro el ámbito se llena.

La melodiosa mirla
Levanta su plegaria con ternura;
El ruiseñor contento
En armoniosos trinos se desata,
Y la gentil paloma
Canta tambien cuando la luz asoma.

Ayer su frente de oro
El ígneo sol en Occidente hundia....
Su rayo postrimero
Alumbró con destello moribundo
Mi albergue silencioso....
Hoy ilumina espléndido y radioso.

La noche ha recogido
"Su guirnalda de negra adormidera"....
Sus ricos artesones
Y sus raudales de luz ostenta el cielo,
En este nuevo día
En que viene el pesar con la alegría.

Viene pesar agudo
Con el triste recuerdo que me quema,
Que me persigue airado,
Y vive como yedra trepadora
Estrechamente unido
Al disecado corazon herido....

En este nuevo día
Me asaltan los pesares y la angustia,
Porque al abrir el libro,
Donde yo tengo escritos mis recuerdos
Encuentro ya enlutadas
Las páginas más bellas y doradas.

Tropiezo con la tumba de mi madre,
Con las sombras, el mirto y el cipres,
Con las hojas marchitas en que vierto
Lágrimas de orfandad y lobreguez!

Madre! ay madre! Angelical perfume
Que embalsamó nuestro tranquilo hogar;
Límpida fuente de ventura y gozo
Cuyas rápidas ondas vi pasar....!

Paloma amante que se fué del nido
A otras regiones, para no volver,
Astro luciente de fulgor divino,
De cariñosa luz, que yo he de ver!....

Si yo levanto la mirada al cielo,
Encuentro un ángel que á su Patria vuelve,
Son aun más blancas que la luz las alas
Que hácia el empíreo rápidas extiende,

Ostenta la pancarpia de su frente
Las flores más vistosas y galanas,
Que aquellas que nacieron en el mundo
En el albor de la primer mañana.

Jesus! ángel proscrito que del cielo
Vino á tocar la página de un libro,
Para arrancar al corazon la sávia
Y tornarse á su patria en un suspiro.

Era puro cual gota de rocío,
Que al hálito primero de la aurora,
De la flor sobre el cáliz perfumado
Se suspende brillante y temblorosa.

En su faz cariñosa se mostraba
El vívido boton de la inocencia,
Y su pálida frente y sus mejillas
Tenian la nitidez de la azucena.

Sus rizadas pestañas color de ébano
"Cayendo como gajos de jacinto",
Dieron sombra á sus ojos relucientes
Cuando entre ráfagas se alzó al empíreo.

Mirad hácia el Oriente!
Los variados celajes de oro y grana
Muy pronto se han cambiado
Por el azul sereno y trasparente.
El sol se va elevando
Y esta verde comarca va alumbrando....
....
Que el sol de la ventura
Sus benéficos rayos nunca os niegue,
Y que en este "año nuevo"
No sintais infortunios ni pesares
Ni que se turbe el cielo....
Sed dichosas! es esto lo que anhelo!....

Aurora, enero de 187....

LA LEVITA.

Estudio literario.

POR DEMETRIO VIANA.

I.

Hace algun tiempo que la sociedad elegante de esta culta capital, así como las clases inferiores, si nos es permitido este lenguaje tan en absoluta oposicion con lo que algunos necios han dado en llamar demo-

cracia, se sintieron hondamente impresionadas con la representacion de una pieza dramática llamada "La Levita".

Cuando vimos anunciada esta pieza, obra del literato español señor don Enrique Gaspar, le dimos poca importancia; y nuestra indiferencia, acaso nuestro desden, llegó á tal punto, que no quisimos asistir á la primera anunciada representacion de ella.

¿Qué puede ser "La Levita",? deciamos.

Un vestido, ó más bien una prenda del vestido masculino, tan prosaica, tan comun y tan insidiosa, que así cubre pechos nobles y leales, como aquellos que ocultan corazones en que se anidan la iniquidad y la perfidia; que les da aire de caballeros á los que solo por una lamentable perversion del lenguaje, por una aberrante licencia poética pueden recibir tal tratamiento, ni más ni ménos que á los que lo merecen; un vestido que se halla hoy al alcance de todas las clases, y que cualquiera puede comprar en la primera sastrería que encuentre al volver de una esquina; un vestido que sigue los mil caprichos é inconstancias de la moda, como si fuera un traje femenino; un vestido semejante ¿qué interes dramático puede ofrecer, que fase poética puede presentar, ni aun á la más traviesa y soñadora imaginacion?

Con este largo y concluyente raciocinio, dimos por derrotada la pieza; y ni por asomo sentimos deseo de asistir á su representacion.

Esta se verificó sin nuestra concurrencia, cosa de que sin duda no se apercibió el público, por más que nos parezca imposible. Nosotros pensamos brillar por nuestra ausencia; pero qué chasco! El público no nos echó ménos.

Contra nuestra prevision, contra nuestro juicio, que no fué ni más ni ménos ligero que lo que se usa entre gentes superficiales y malignas, especialmente si se trata de la reputacion de una mujer ó de la honra de una familia, el éxito de la pieza fué completo.

El público aficionado al teatro dramático, y en Medellin lo son todas las clases, quedó completamente satisfecho y complacido. Al siguiente dia todo el mundo hablaba de "La Levita" con elogio, reconociendo en ella una pieza de altísimo mérito, un drama eminentemente social. El señor Marfá recibió calurosas felicitaciones por tan acertada eleccion, y fué invitado á repetir la representacion de dicha pieza.

Confesamos que este éxito nos sorprendió, y casi, casi nos humilló.

¿Qué puede ser "La Levita"? tornamos á preguntarnos. Con una levita, prenda de vestuario que ha sido proscrita como vulgar, de los bailes de tono y de los banquetes aristocráticos ¿qué puede hacerse?

Confesamos tambien que á nuestro estrecho magin no se le ocurria cómo un vestido tan comun y tan vulgar, podia inspirar un drama, y no como quiera, sino un drama capaz de despertar tan hondo interes y de recoger tantos y tan entusiásticos aplausos.

Pero, en fin, el hecho era notorio, y por más que él humillara nuestra vanidad, hubimos de aceptarlo.

El señor Marfá quiso complacer al público aficionado, y anunció una segunda representacion de "La Levita".

Esto equivalia á decirnos: vengan ustedes á obtener una contestacion que los librará de tantas dudas y perplejidades. Vengan ustedes á saber objetivamente qué cosa es "La Levita".

Fuimos atraidos por la fama á la segunda representacion de esta comedia; y aunque han trascurrido muchos dias, y aunque debemos atenernos á nuestros propios recuerdos, debilitados por el tiempo, queremos escribir algo sobre las muchas y profundas impresiones que aquella representacion nos causó.

II.

Asistimos, no sin cierta prevencion en contra, á dicha segunda representacion de "La Levita".

Una vez en el Coliseo, tratamos de acomodarnos, lo mejor posible, tomando para ello incómodo asiento en el palenque que cierra el campo circular en que dos veces por semana tienen lugar escenas sangrientas y deplorables, que una parte de la culta sociedad de Medellin va á presenciar y á hacer objeto de especulaciones no muy limpias: hablamos de las riñas de gallos.

Nuestro teatro es una gallera, y no tiene lunetas ó butacas, cosa que debiera sacarles los colores á la cara á los hijos de la culta de Medellin.

El teatro estaba repleto de espectadores, los cuales aguardaban á que el telon se levantara, y á que empezara la anhelada representacion.

De estos espectadores, unos conocian ya la pieza, pero querian procurarse esas dolorosas emociones con que de ordinario nos complacemos en desgarrar nuestro propio corazon; y esto con el propósito de divertirnos! Otros no la conocian, y concurrian, como nosotros, atraidos por su fama.

El público se mostraba, como ya hemos dicho, impaciente; y su natural impaciencia, crecia con el no ménos natural retardo en dar principio á la funcion.

Segun los carteles de anuncio, el telon debia levantarse á las ocho en punto; y aunque hacia cerca de média hora que el reloj de la Catedral habia dado las ocho y média, esa puerta impenetrable que cierra el escenario permanecia inmóvil, la boca del proscenio no se abria, como quien dice: en boca cerrada no entra mosca.

Los carteles de teatro, decian algunos, son como los prospectos de periódico ó los programas de fiestas: unos y otros se deshacen en promesas que no se cumplen; y se engaña sin pudor al público, aprovechándose de su falta de personería jurídica y de representacion concreta.

Este no inusitado retardo agotó la paciencia del público; y entónces empezó un ruido atronador producido por los golpes dados con los bastones, y por los agudos y penetrantes silbidos de los muchachos, ruido que es el lenguaje por medio del cual expresa su impaciencia el público *civilizado*, que llega á las veces á ser soez, prevalido de su completa anonimia y de su impersonalidad.

Los intolerantes, que llegan á las veces á ser intolerables, se disgustaban de ese lenguaje rudo y disonante; y preguntaban con aire de importancia y de superioridad, si en una reunion numerosa, donde hay señoras y acaso caballeros; si en el teatro, escuela de lenguaje pulcro y delicado, y de buenas maneras y elegantes modales, son permitidas esas manifestaciones tumultuarias, propias solo de una plaza de toros.

Sin responderles palabra, aguardamos á que empezara la funcion.

Por sordo que fuera el señor Marfá, hubo de oir estas enérgicas é inarticuladas protestas; y el telon se alzó al fin; la boca del proscenio se abrió de par en par.

Al ruido sordo y amenazador producido por la impaciencia del público, sucedió el que ocasionaban las corrientes encontradas de los espectadores que iban á procurarse un puesto cómodo para presenciar el drama.

La transicion fué rápida é inesperada. A la algazara tumultuosa, se siguió un silencio tan profundo, como si el teatro hubiera quedado desierto.

¿Qué pasaba? Vamos á decirlo.

III.

En una casa de no muy modesta apariencia, vivia una familia, a quien reveses de fortuna, acaso no inmerecidos, y cambiamientos políticos, habian reducido á la miseria, miseria que ella se esforzaba en ocultar á las miradas indiscretas de todos, y aun parece que pretendia ocultarla á sus propios ojos.

Esta familia constaba de tres personas:

Cesáreo, hombre inepto y vano, botarate y superficial, que merced á un empleo público, subvenia difícilmente á las necesidades de su casa; pero que aspiraba á pasar por hombre acomodado.

Emilia, esposa de Cesáreo, mujer resignada, que comprendiendo lo estrecho de su situacion, hacia milagros de economía, y ayudaba, por medio de un trabajo incesante, á hacer más modestos los gastos del hogar.

Isabel, hija de este matrimonio, jóven de diez y seis años, sencilla, y candorosa, y casta como un niño; bella y pura como una creacion fantástica.

Esta jóven no comprendia toda la extension de las angustias del hogar, ni podia adivinar las amarguras que devoraba el corazon de su pobre madre, la cual sonreia en su presencia, para ocultar las lágrimas que le arrancaba el infortunio.

Isabel, cuyo presente era aciago y cuyo porvenir aparecia sombrío, habia recibido una educacion esmerada, propia de una más elevada posicion que aquella á que le permitia aspirar su fortuna.

Hé aquí un vicio de que adolece nuestra educacion femenina. Darles á las clases inferiores una educacion desproporcionada con su posicion y sus recursos, es crearles peligros inminentes, es tenderles una red, es hacerlas disgustar de su situacion presente y someterlas, para más tarde, á un martirio doloroso.

Cuando se abre la escena, Isabel aparece remendando un bolsillo de la levita *dominguera* de su padre, y empeñada con su madre, en una de esas íntimas conversaciones de *costurero*, en que se habla del pasado, del presente y del porvenir, evocando recuerdos y acariciando esperanzas.

En estas íntimas confidencias, en que la madre le habla á su hija de las economías á que su pobreza las obliga, se descubre el secreto de la falsa *posicion* que sostiene aquella familia. "Es preciso, la dice, observar la mayor economía en aquello que se relaciona con nuestro modo se-

creto de vivir para no decaer en el concepto del mundo, que solo juzga por lo que ve, y para quien la pobreza es el más repugnante de los vicios"

¿Es justa esta queja, merecido este reproche?

Sí, y no. El mundo le paga tributo, le rinde culto fervoroso al Becerro de oro; por eso juzga por lo que se ve. El que ha alcanzado riqueza, ocupa una buena *posicion*, aunque no haya empleado medios lícitos para alcanzarla.

Pero la virtud no está del todo abatida, ni proscrita: una vida laboriosa, honrada, modesta, consagrada al culto de la virtud, tambien da una *posicion*, y gana para el que la lleva, las consideraciones y la estimacion de todos.

Por desgracia, estas virtudes modestas no brillan como el oro, y á las veces pasan ignoradas ó inapercibidas; pero no son despreciadas. No es justo, pues, decir que á la pobreza honrada, se la mira como el más repugnante de los vicios. Nó.

Es verosímil, sinembargo, que Emilia pensara así: la desgracia suele malear los corazones, y desarrollar en ellas el cáncer corrosivo y las cóleras insensatas y tormentosas de la envidia.

Hay en ese diálogo tanta naturalidad, tanta ternura, que todos creemos asistir á una de esas escenas del hogar, en las cuales luce la franqueza y se muestran las llagas ocultas, que hacen manar del corazon lágrimas abrasadas é insólita amargura.

Isabel recibia en cada semana un real (medio real de nuestra moneda) para renovar poco á poco su biblioteca musical; pero se acercacaban los dias de su papá, y compró, con siete reales á que alcanzaban sus ahorros, un pañuelo para regalarle.

¿Quién no se enternece ante tales escenas?

Esa pobre niña aspiraba á ser rica; y su pobre madre, no echaba de ménos la riqueza, sino por las privaciones que la miseria le imponia á su hija.

IV.

Aquella desventurada familia apuraba ya el cáliz amargo é inagotable del infortunio; pero ella hacia esfuerzos inconcebibles por ocultar su miseria, y lo que es más, por aparecer holgada.

Este es un sentimiento noble y delicado, que no se debe deprimir, ni arrancar del corazon del hombre; pero la virtud tiene tambien sus límites; la virtud tiene, permítasenos la antítesis, tambien sus vicios.

Bueno es que la propia dignidad personal; que aquel rubor de las pénas de que hablaba nuestro bardo, nos hagan ocultar á los demas las angustias y las miserias del hogar. Este debe estar velado para el mundo por un tupido velo, que solo le sea permitido levantar á la Santa Caridad, que va por doquiera derramando consolaciones y esperanzas.

Pero aparentar lo que no somos; querer competir en lujo y comodidades exteriores, con las clases acomodadas ó ricas, es una verdadera calamidad social, una insensatez, una locura.

En la descripcion de este vicio, en el análisis exacto que hace de él, es donde el autor del drama muestra el profundo conocimiento que posee de las crueles dolencias sociales que aquejan á nuestra época.

Resignarse á ser pobre es una gran virtud, que por fortuna no es rara en nuestra sociedad, ni en ninguna sociedad amamantada por los fecundos pechos del cristianismo; pero resignarse á ser pobre y á parecer pobre, es una virtud, cuya práctica es mas difícil, porque ella es una de las simpáticas faces de la humildad, la más laboriosa y sublime de todas las virtudes.

El jefe de aquella desventurada familia, no se atrevia á confesar, sino en el secreto del hogar, su embarazosa situacion; y por el contrario, su necia vanidad, lo hacia aparentar que era rico, y aceptar compromisos y gastos superiores á sus recursos.

Un dia que no habia lumbre ni pan en el hogar; cuando parecian agotados todos los recursos y la miseria mostraba su hórrida faz, se apareció en casa de aquella pobre familia, un antiguo amigo, que no veian desde luengos años ántes, y que hablaba de empresas y especulaciones en las cuales tenia comprometidas cuantiosas sumas de dinero.

Este nuevo personaje empezó por halagar las ya desfallecidas esperanzas de Cesáreo, ofreciéndole la Secretaría de una sociedad de préstamos reintegrables que iba á fundar, empleo que tendría la dotacion de 30 a 40 mil reales (1,500 á 2,000 fuertes) por año.

Cuantas ilusiones se despertaron en la mente de Cesáreo y de su esposa!

Prevalido de estas promesas, le exigió dinero prestado á Cesáreo, precisamente cuando no le quedaban á éste mas que tres pesetas en el bolsillo, por todo capital. ¿Pero cómo aparecer pobre, cómo siendo su huésped millonario, habia de confesarle su miseria?

Es una situacion verdaderamente dramática, llena de enseñanzas morales, la que nos ofrece Cesáreo luchando con esfuerzo desesperado é impotente por salvar *su posicion* en el espantoso naufragio, que habia sepultado su fortuna y ahogado con ella sus esperanzas.

Busca y halla dinero para su huésped; da banquetes, juega y va al teatro, todo por complacer al hombre que ha hecho lucir en las densas brumas de su infortunio, un rayo de esperanza.

¿Pero cómo hace esos milagros? Ocurriendo á medios reprobados por la moral y la decencia, primero; y echando mano de recursos criminosos despues. Es el fatal *crescendo* del vicio.

Sin embargo, estos recursos se agotaron, y era preciso dar un banquete. Cesáreo no tenía ni un centavo ¿qué hacer? Mandó á su esposa que miéntras él iba al teatro con su hija y con su huésped, ella saliera á vender la levita de los dias clásicos, y su vestido nuevo de gró.

La suerte está echada; es el vértigo que produce el vicio, el que arrastra al infortunado Cesáreo á tales extremos.

Él se quejaba de esta sociedad egoista, superficial y vana, en que se evalúa al hombre y se le concede una posicion, no por su mérito real, sino por su vestido, por lo que tiene ó aparenta tener.

Y él que aspiraba á conservar su *posicion*, tenia necesidad de engañar á los demas, de cerrar los ojos delante de su porvenir y de aceptar sacrificios en inmensa desproporcion con sus recursos.

Este necio orgullo, esta vanidad insensata, lo llevaban con paso rápido hácia el borde del abismo, en cuya profunda sima se hallan la deshonra y el crímen!

Salieron para el teatro Cesáreo, su hija y su huésped, y Emilia dió rienda suelta á sus comprimidas lágrimas, prontas á ahogarla.

Ah! no vierais sin compasion, sin que las lágrimas humedecieran vuestros ojos, por más empedernido que estuviese vuestro corazon, á la pobre Emilia echarse encima los vestidos de calle para ir á cumplir la dolorosa y humillante comision de vender la levita de su marido, y su traje nuevo, acaso testigo mudo, recuerdo cariñoso de dichas pasadas!

¿Quién le ha impuesto tan grande, tan doloroso sacrificio?

Emilia lo ha dicho al tomar la levita de Cesáreo para ir a venderla,

"Por ti .... Maldita seas."

Cesáreo tambien lo habia dicho.

"Hacemos de la levita un signo de posicion, cuando solo debe serlo de educacion .... Yo engañando á las gentes con mis exterioridades, disfrazo el hambre y convierto la levita en careta de mi estómago .... Porque el traje ha venido á ser el regulador de las personas decentes, y para conseguir algo de la humanidad, no hay más remedio que gritarla; "Soy rico; no necesito nada tuyo."

Hé aquí el secreto de tantas amarguras.

V.

Nos es preciso retroceder un poco.

Frente á la casa que ocupaba la desventurada familia de que venimos tratando, vivia el señor Valeriano, hombre laborioso, económico y honrado, que bajo de una corteza ruda y tosca, ocultaba uno de los más nobles y elevados caractéres.

El mundo al verlo llevar con tan poca elegancia sus vestidos de caballero; al oir su lenguaje descarnado y vulgar, acaso le habria concedido una sonrisa de desden ó de burla.

Pero al saber que era rico, se habria inclinado delante de él, y besádole la mano reverente, aunque ignorara que habia allegado su fortuna á fuerza de un trabajo sostenido, de una probidad intachable y de prudentes economías. Así es siempre el mundo!

El señor Valeriano se enamoró de Isabel, su preciosa vecina, con una de esas pasiones profundas, tranquilas y razonadas, propias de los corazones rectos, y que son prueba de perdurable cariño; y se presentó en casa de Cesáreo á pedir la mano de la jóven.

Los padres de ésta, recibieron tal demanda como un favor del Cielo, como una sonrisa de la fortuna que tan rudamente los habia tratado; pero era necesario hacer que su hija aceptara aquel novio.

Isabel desechó esta pretension, porque ignoraba que la angustiosa situacion de sus padres, exigia de ella el doloroso sacrificio de aceptar por esposo, á un hombre que no habia cautivado su corazon.

Cuando ella comprendió toda la extension de las miserias y de las angustias del hogar, se resignó al martirio, y accedió á la demanda del señor Valeriano.

Pero el señor Valeriano, hombre de espíritu recto y sagaz, comprendió que no debia comprar una mujer, sino ganarse un corazon. Con tal fin provocó y obtuvo una entrevista á sólas con su pretendida.

Allí se mostró tal como era: noble, elevado, sincero y generoso. La pasion le prestó inefable elocuencia, y le pintó á Isabel su amor, sus

esperanzas y sus temores con tanta verdad, que la jóven sintió de súbito, que su corazon correspondia aquel cariño tan vehemente.

Ella, por su parte, mostró, como al traves de un puro y límpido cristal, el fondo de su alma. No le ocultó á su pretendiente ni las miserias ni las lágrimas del hogar; le dijo con noble franqueza, que ántes de ese momento, su matrimonio era una especulacion vergonzosa que ella aceptaba por librar á sus padres del hambre; pero que ahora se llamaria su esposa con orgullo y con amor.

¿Qué era entre tanto de Cesáreo?

Él habia perdido su destino, habia vendido su levita de los dias clásicos, habia agotado todos los recursos y apurado las heces amargas de la miseria; habia desgarrado el corazon de su esposa é impuéstole dolorosas humillaciones; pero para mantener su *posicion*, para ocultar sus angustias, para engañar al público, habia ocurrido á medios ilícitos. Su necio orgullo, su insensata vanidad, lo empujaban por la fatal pendiente del crímen, como ántes hemos dicho.

Un dia en que él le pedia proteccion indirectamente al señor Valeriano, hablándole de un supuesto personaje, que no tenia ni pan ni trabajo, aquel le ofreció trabajo en una obra; pero Cesáreo rechazó con orgullo aquella oferta. Él rehusaba trabajar como la clase obrera, por no comprometer su *posicion*, por respeto á su levita; parece que preferia el presidio al taller; el pan ganado con la estafa, al que se gana con el sudor de la frente.

En la descripcion que el autor hace de estos vicios sociales, fué donde el público reconoció la profunda moralidad y alta enseñanza del drama.

Cada uno de los espectadores hallaba entre él y el protagonista, numerosas y humillantes analogías; cada cual veia en los vicios de aquél, sus propios vicios; á todos les parecia mirarse en un espejo de cuerpo entero, que al reflejar las imágenes corpóreas, mostraba los misterios y las lepras de cada corazon; cada uno comparaba sus actos con los del héroe de la escena, y se reconocia culpable, y sentia nacer en el fondo de su alma el deseo de regenerarse. Reprobando los extravíos ajenos, reprobaba los suyos propios.

¿Quién hay tan feliz que no se haya extraviado alguna vez, siguiendo los insidiosos consejos del orgullo y de la vanidad?

VI.

El señor Valeriano con la sagacidad de hombre de negocios, habia descubierto que el supuesto millonario era *un caballero de industria*.

Él le habia dado á Cesáreo quinientos reales ($ 25) para una limosna, y éste sólo le habia mandado á la persona agraciada, cien reales ($ 5), estafándole el resto.

El señor Valeriano lo supo al ir á llevarle al favorecido un nuevo socorro.

Las confidencias que acababa de hacerle Isabel, le revelaron todo lo que necesitaba saber.

Cuando debia darse el banquete de que hemos hablado, se presentó el huésped de Cesáreo de rigurosa etiqueta, llevando una *levita* nueva.

—Vienes de pontificar, le dijo éste.

El señor Valeriano le exigió á aquél un resguardo por las acciones que habia ofrecido tomar en la sociedad de préstamos reintegrables; pero sólo con el objeto de cerciorarse de la verdad de sus sospechas.

La escritura del huésped no le dejó duda, y entónces descubrió toda la farsa de que Cesáreo era víctima; y por arrancarle al supuesto empresario el papel que contenia la prueba de sus acusaciones, sacó el bolsillo de la levita que vestia aquél; y este inocente bolsillo, fué como una intuicion misteriosa y providencial: el *millonario* llevaba la levita de Cesáreo, la que Emilia habia vendido junto con su traje de gró, para proveerse de los fondos necesarios para el banquete!

El golpe fué terrible, el desengaño cruel. Cesáreo abrió de súbito los ojos; todas sus esperanzas se disipaban como el íris fugaz; vió el fondo del abismo á cuyo borde habia llegado; y con viril energía, y atraido por el encanto de la virtud, retrocedió espantado, exclamando:

"Basta. No más ficciones. Fuera la hipócrita máscara que nos cubre y con la cual, rindiendo parias al mundo, no hacemos sino caminar al abismo .... Sí, yo soy pobre, pobre; pero quiero vivir honrado para mí, para mi familia, para Dios .... Amasaré yeso con levita, seré un triste jornalero, pero las gentes honradas aplaudirán mi conducta; y cuando llegue la noche habré podido comer unas patatas con honra y dormiré sobre un felpudo con la conciencia tranquila."

La dicha parecia sonreirle despues de las crueles agitaciones y de las terribles borrascas que habia experimentado. Un necio orgullo, una vanidad pueril, un mal entendido decoro, lo habian precipitado; y la virtud incomparable de la humildad, lo salvó en el momento mismo en que su honra iba á zozobrar sin esperanza.

Ya veis el papel que desempeña la *levita* en este ingenioso drama. Es por ella, por lo que Cesáreo se empeña en sostener una posicion apócrifa, luchando con esfuerzo desesperado é impotente contra la fortuna; es por ella, por lo que oculta su pobreza, como un secreto vergonzoso, y se ostenta holgado y feliz; es por ella, por lo que se ve precisado á vender su *levita* clásica y el vestido de su esposa, ocasionándole á ésta, dolorosas humillaciones; es *ella* quien lo empuja por la carrera del crímen y de la deshonra, que dejan sobre la frente una mancha corrosiva é indeleble.

El desenlace nos deja satisfechos, porque nos muestra que la virtud de la humildad nos regenera y rehabilita á nuestros propios ojos, y nos da valor y resignacion para aceptar nuestra posicion por oscura y humilde que sea, y para sobreponernos á rudos y dolorosos cambios de fortuna.

Tales fueron las enseñanzas que recogimos en aquella noche. Entónces comprendimos que la *levita* es un consejero insidioso, que nos tiraniza y oprime, como todas las pasiones, y nos impone sacrificios incompatibles con la dignidad personal, con el sosiego del espíritu, con la paz del corazon y con la dicha del hogar. Entónces supimos cuál era la faz poética y cuál el interes dramático de *la levita*.

A MARIA. *

POR RICARDO LOPEZ C.

Permíteme, purísima María,
Que me postre á tus plantas anhelante,
Que abrasada en tu amor el alma mia
Tu augusto nombre y tus virtudes cante.
¿Por qué no has de mirarme, Madre mia,
Con dulce amor y plácido semblante?
Si te dicen tan claro que no miento
Mi voz, mi corazon, mi pensamiento!

Hoy mas que nunca con amor bendigo
Á la que, niño, me quitó la muerte,
Que al enseñarme á conversar contigo,
Me enseñaba tambien á conocerte,
En tí mostrándome al mejor amigo
Y al defensor mas poderoso y fuerte:
Mi dulce madre! que al volar al cielo,
En tí dejóme celestial consuelo!

Perdido en el revuelto torbellino
De risueñas, falaces ilusiones,
Pisé incauto en el borde del camino
Que conduce al jardin de las pasiones;
Pero el recuerdo á mi memoria vino
De aquellas infantiles oraciones,
Y ellas fueron el fúlgido lucero
Que me trajo de nuevo á tu sendero.

Y como tú desde el empíreo envias,
Porque eres fuente de piedad, Señora,
Alado querubin á quien confias
La súplica llevar del que te implora,
Te apiadaste, benigna, de las mias
Pues es grande ante tí sólo el que llora.
Oh! si formara siempre el llanto mio
Por cada culpa un abundante rio!

Yo quise como el ave placentera
Que recobró la libertad perdida,
En un himno amoroso mi alma entera
Hasta tus piés alzar agradecida;
Y sucedió que, pobre adormidera
Por impensado golpe estremecida,
Muda la voz, doblóse mi cabeza
Al ir á celebrar tanta grandeza!

¿Qué pudiera decirte en este dia
Que igualara los férvidos cantares,
Los raudales de amor y poesía
Desatados al pié de los altares,

* Inédita.

UNIVERSIDAD EAFIT Sala Documental
EAFIT Biblioteca

Los himnos entonados á porfía
Por vírgenes y vates á millares?
La lira de los bardos no poseo,
Pero sé que me escuchas porque creo.

Dudar de tu pureza, Madre mia,
Fuera negar de Dios la omnipotencia;
El que rige los mundos ¿no podria
Dar á una Vírgen su divina esencia,
Y venir á eclipsar la luz del dia
Conservando sin mancha su inocencia?
Ó inmaculado fué tu Sér bendito,
Ó tu hijo no es Dios ni es infinito.

Reina y Señora te proclama el mundo,
Señora y Reina te proclama el cielo,
Reina y Señora exclama el moribundo
En su lecho de penas y de duelo;
Pues eres el amigo sin segundo
Que tiene para todos un consuelo:
Vírgen, Madre y Señora eternamente
Proclamada serás de gente en gente.

La tierra que se ofrece á nuestros ojos
Con una magnitud incalculable,
El bello sol que en mil destellos rojos
Por doquiera su luz vierte inefable,
Y esos miles de mundos que de hinojos
Admiro yo, problema indescifrable,
Al cielo comparados, son arenas.....
Y el cielo Tú con tu presencia llenas!!!

La corte celestial, el coro alado
Que halla en tí sus eternas alegrías,
Las vírgenes que entonan á tu lado
Sublimes, incesantes armonías,
Son obras como tú del Verbo increado,
Del inmortal autor de nuestros dias:
Del Dios que supo fecundar la nada,
Fué tu seno bendito la morada!

Ni la sonora voz de una doncella
Unida á los acordes de su lira,
Resbalando sutil en noche bella
Sobre el ambiente que en contorno gira,
Ni la dulce y ternísima querella
De la tórtola amante que suspira:
Nada de aquello que imagina el hombre,
Iguala la dulzura de tu nombre.

Mas bella que la cándida azucena
Junto á la fuente cristalina y pura,
De hinojos puesta, de respeto llena,
Miraste un dia en la celeste altura

Sobre alba nube descender, serena,
Incomprensible, angélica figura,
Y que ante tí postrándose, decia:
"Tú eres Madre de Dios, Vírgen María!"

Madre de Dios! las fuentes murmuraron,
Madre de Dios! el viento repetia!
Tornó al cielo Gabriel, lo saludaron
Como al gran mensajero que volvia;
Los cantares celestes resonaron
Con sublime, magnífica armonía;
Y en una lluvia de divinas flores,
Los ángeles te enviaban sus loores!

Sólo halla el hombre en su morada triste
De una dicha futura la esperanza:
Si tú, Vírgen sin mancha, padeciste,
¿Podrá encontrar el pecador bonanza?
Sí la hallará, si tu poder le asiste,
Pues quien te ruega á tí todo lo alcanza.
Oh! no nos niegues tu favor divino
En el desierto, terrenal camino!

Por libertar al Niño amenazado
Á ser herido con punzante acero,
Por el negro furor de un rey malvado,
Tus piés hollaron áspero sendero.....
Mas fué despues tu corazon clavado,
Porque es Jesus tu corazon entero;
Y aumentaron los hombres tu agonía
Dejándote vivir en aquel dia!

No hay pena alguna cual tu acerba pena,
Ni otra bondad cual tu bondad divina:
Si el pueblo cruel, la sanguinaria hiena,
Pidiéndote perdon la frente inclina,
Á tu hijo, siempre generosa y buena,
Le pedirás perdone á Palestina.
Sólo es dable virtud tan excelente
Á la madre de un Dios omnipotente!

Si llega á las alturas celestiales
Mi fervoroso y lastimero canto,
Convierte á mí tus ojos maternales,
Muévate, oh Madre! mi copioso llanto!
¿Á quién afligen los terrenos males
Asido de la orla de tu manto?
Yo el númen de los bardos no poseo,
Pero sé que me escuchas porque creo.

Medellin—1877.

LAS PENAS DE UNA ALMA.

POR VICENTE RESTREPO.

*** En 1869 publicó el señor don Vicente Restrepo un estudio biográfico del presbítero Manuel Tirado V. del que sólo se tiraron 200 ejemplares, que fueron repartidos entre los amigos del autor.

Como no es fácil reproducir íntegro, en esta obra, aquel trabajo tan tierno y tan justo, nos limitamos á insertar una parte, la que se refiere á la última enfermedad del presbítero Tirado, sacerdote virtuoso, instruido y afable y cuya memoria es de grato recuerdo en Antioquia.

Para mejor inteligencia resumiremos en pocas palabras su vida anterior.

El presbítero Tirado nació en Belmira en 1809. Fué ordenado sacerdote ántes de cumplir 22 años de edad. Sirvió con distincion, ya como coadjutor, ya como cura de almas, en varios pueblos del Estado.

En 1839 la esposa de su hermano Francisco lo llamó á su lecho de muerte para entregarle su última hija, niña de brazos, que confió á su cuidado. Con toda la paciencia de una madre, él la hizo atender en su casa, formó su corazon, se ocupó con afan de su educacion y no se separó de ella sino 19 años despues, cuando la unió en matrimonio con el señor Vicente Restrepo.

En 1852 fijó su residencia en Medellin. En marzo de 1865 hizo un corto viaje á Europa y visitó algunas ciudades de Inglaterra, Francia, España é Italia. En Roma tuvo la dicha de presentar el tributo de sus homenajes y de su fe al grande y santo Pontífice Pio IX. ***

J. J. M.

"Habia en ese agonizante (el presbítero Manuel Tirado Villa) lo único que el hombre puede y debe ambicionar: la muerte del héroe, del mártir y del creyente."

CAMILO A. ECHEVERRI.

(Núm. 164 de "La Restauracion").

En diciembre del año de 1865 regresó el presbítero Tirado de Europa á la casa de su sobrina en Medellin. La tierna niña que habia recogido y cuidado con solícito afan, era á la sazon el centro de una familia que le esperaba como al ángel tutelar cuyas virtudes debian completar la dicha del hogar, de ese hogar de que él era el alma y al que hallaba cual su corazon indulgente y tierno lo deseaba.

El horizonte habia cambiado para el presbítero Tirado. Acercándose ya á la edad de 58 años, aunque jóven por su porte, su figura, sus modales y su inteligencia, él aspiraba á una vida retirada y tranquila, en la que los goces de la familia alternasen con las funciones del sacerdocio. La calma habia vuelto á su espíritu y la alegría á su corazon. Si miraba su pasado no encontraba en él motivo alguno de intranquilidad y sí gratos recuerdos de una vida llena de buenas obras. A su rededor, sus ojos se detenian con indecible amor sobre la frente de su sobrina, á cuyo esposo honraba con una confianza en la que la diferencia de edades no era tenida en cuenta. Tres tiernos niños hacian su encanto y sus delicias. Él tomaba parte en sus juegos, rebajaba su inteligencia para ponerla á su alcance, y su corazon le hacia centuplicar las gracias infantiles que su afecto descubria en ellos. Sus ilusiones de porvenir se concentraban todas en ese hogar; él veia venir tranquilo los frios años de la vejez, al lado de tan caros objetos, ocupado de la educacion de los hi-

jos de su sobrina, á quienes su cariño veia crecer por anticipacion en gracia, en inteligencia y en virtudes..... hasta que llegado al término de la vida, ellos cerrasen sus ojos.

Lleno aún de los recuerdos de su reciente viaje, se ocupó activamente de la redaccion de sus impresiones y de sus observaciones sobre los países, la historia, los monumentos, los hombres y las cosas del antiguo continente. Habia procurado ver y estudiar lo que estuviese á su alcance, con espíritu observador y filosófico, y al efecto, habia recogido numerosos apuntamientos, á los que daba enlace y vida.

Ya se preparaba á publicar la obra, resultado de su trabajo, cuando una voz poderosa y terrible tocó á su corazon y desvaneció ¡ay! todos los proyectos del hombre. ¡Era la voz de Dios cuya hora se acercaba!

Cuando el sacerdote creia haber tocado á la época del descanso; cuando juzgaba terminada la lucha, era entónces cuando llegaba para él la prueba decisiva, indeclinable. ¡La lucha sorda, silenciosa y sin tregua del sér moral que ve el buitre de Prometeo que le devora las entrañas, y que destruye y aniquila á fuego lento y dia por dia su sér físico, llevándolo á pasos contados, pero seguros é inevitables á la tumba!

El presbítero Tirado sentia, hacia algunos meses, dolores extraños, caprichosos, que recorrian diversas partes de su cuerpo, cuando á fines del año de 1866, notó que le habia aparecido algo como una mota blanca en la extremidad de la lengua. El se dirigió poco despues, no sin inquietud, á los ilustrados médicos doctores Manuel V. de La-Roche y Manuel Uribe A, amigos de su confianza. Estos comprendieron que ese pequeño grano era el gérmen de un cáncer devorador, y así se lo manifestaron á su amigo, dándole la seguridad de que ese cáncer le ocasionaria la muerte en un término no muy lejano, y ofreciéndole á la vez aliviarle en cuanto les fuese posible, pues como hombres de ciencia su ministerio no alcanzaba á más. Ignoramos qué ideas se revolverian en su mente al oir aquella sentencia terrible; pues sólo sabemos que exigió de ellos un secreto profundo sobre esto y volvió á su casa mostrando rostro sereno.

¿Qué debia esperarse del presbítero Tirado en tan horrorosa situacion? Hombre de un temperamento eminentemente nervioso, las enfermedades afectaban en él un grado extraño de intensidad, y su imaginacion inquieta ayudaba á los nervios á abultar la imágen del dolor. La postracion moral habria sido el resultado inevitable de la prueba en otra persona que no hubiese tenido el temple de alma que él reveló en ocasion tan solemne.

Habia escrito, hablando de las catacumbas de Roma, que acababa de visitar:

"La fe pura, la moralidad, enaltecen el corazon, le inspiran ideas nobles, grandes sentimientos: ellas elevan á los hombres y á los pueblos á una altura de donde pueden desafiar á sus perseguidores y verdugos, despreciar los peligros, hacerse superiores á sí mismos, á las miserias consiguientes á la triste humanidad, y coronar con suceso las más difíciles empresas."

Estas reflexiones, fruto de convicciones profundas, encierran el enigma de la fortaleza de alma del presbítero Tirado. La fe y la moralidad fueron el eje sobre el cual giró toda su existencia: la fe y la moralidad de su vida fueron el escudo salvador que opuso á los males que le aquejaran en la larga enfermedad que precedió á su muerte.

El corazon tierno del sacerdote aceptó para sí el sacrificio; pero lleno de un generoso desprendimiento no quiso llevar el alarma al tranquilo hogar de su familia. Con admirable resignacion cristiana tomó el cáliz del dolor, lo llevó á sus labios y lo apuró lentamente, devorando en silencio los sufrimientos intensos de la enfermedad que ganaba terreno. Esta situacion espantosa se prolongó por un año. ¡Un año entero de largos insomnios en los que los dias y las noches se encadenaban sin un consuelo humano! ¡Un año ocultando sus torturas á los que velaban con anhelante afan sobre sus dias, á quienes no se ocultaba ya que algo extraordinario pasaba en su sér físico ó moral, y provocaban en vano una confidencia tan deseada como temida!

Al fin se hizo necesario romper el silencio, y revelar á la familia del presbítero Tirado el golpe fatal que se le esperaba. El médico llamado á asistirle en su enfermedad, el discreto depositario de sus secretos padecimientos, doctor Manuel Uribe Angel, fué el encargado de desempeñar esta penosa comision. El dia 27 de octubre de 1867 la casa del sacerdote estuvo sumida en el dolor..... Ya el cáncer habia hecho progresos alarmantes, la garganta comenzaba á inflamarse, las fuerzas decaian rápidamente y el enfermo habia tenido qué suspender las funciones de su ministerio. Desde ese dia el presbítero Tirado no pensó en otra cosa sino en prepararse dignamente á su próximo fin, desprendiéndose con entera resolucion de las ilusiones de la tierra que no merecieron una lágrima de sus ojos; ofreciendo á Dios el tributo de los afectos de su corazon, y trasformando así el amor á las criaturas en un homenaje de santa y ardiente caridad que buscaba á Dios como á su foco natural. Se ocupó ante todo del arreglo de sus pequeños negocios temporales y dispuso de su moderada fortuna: una parte de ella la destinó á la celebracion de numerosas misas, que encargó se dijesen desde en vida y la otra la dejó á su familia, no olvidando en la reparticion á los pobres vergonzantes de Medellin, á quienes ordenó se distribuyese cierta suma. Hizo donacion de algun dinero para los templos de Sopetran y Angostura, y dejó el ornamento, el cáliz y el misal de su oratorio privado á la iglesia de Evégico. No quiso que se entregasen estos objetos hasta despues de su muerte, así como no permitió que se dispusiese desde en vida de su breviario. ¡Tan celoso de la integridad del carácter sacerdotal era el ministro de Jesucristo, que quiso morir rodeado de sus insignias, como el soldado veterano que muere con sus armas en el campo del honor!

La peligrosa lisonja que la sociedad, que mimaba al presbítero Tirado, le prodigaba, habia aumentado su sensibilidad natural y comunicado á su carácter cierta susceptibilidad suspicaz, fuente de uno que otro disgusto con sus amigos. No queriendo llevar á la tumba un solo resentimiento, escribió á las personas con quienes tenia alguna pena, suplicándolas olvidasen el pasado. Votos ardientes de caridad y preces á Dios para que le colmara con sus dones, fueron la recompensa merecida de su humildad. Hecho esto, se recogió por algunos dias, repasó en su memoria el curso entero de su vida, y arrodillado á los piés del director de su conciencia, hizo una confesion general de sus faltas. Así se elevaba por grados de la tierra el alma del justo, para acercarse más y más á esas regiones excelsas del angelical amor donde sólo la gracia de Dios sostiene á los mortales.

En tanto que su sér moral se purificaba, su sér físico era minado sordamente por el espantoso cáncer. La lengua se ulceraba y se convertia poco á poco en una masa informe, que más tarde se dividia y caia por colgajos. La inflamacion de este órgano tan interesante, comunicándose á todo el interior de la boca, y de ésta á la garganta, ocasionaba al enfermo atroces dolores que sólo la morfina calmaba por intervalos. Los dientes llegaron á ser como cuerpos extraños que con su contacto avivaban el sufrimiento intenso de las membranas y de las carnes en descomposicion; fué necesario extraerlos uno á uno. Recordamos que, ya muy débil, llamó un dia al doctor Uribe para que le sacase las últimas piezas de su dentadura fuerte y sana. Este le hizo sentar en una silla y comenzó la operacion. A cada muela que arrancaba el instrumento, el paciente hacia señal al médico de que continuase. El sensible doctor Uribe se estremecia horrorizado ante el espectáculo de aquel hombre que, presa del dolor, conservaba un semblante impávido; al fin no pudo ménos que exclamar: ¡"Amigo, usted es un héroe, ó un bárbaro"!

Una salivacion nauseabunda y continuada atormentaba y extenuaba al presbítero Tirado, tan pulcro siempre y tan cuidadoso de la limpieza de todo su cuerpo. Por otra parte, su alimentacion, tomada en pequeñas dósis y con dificultad creciente, se reducia á un poco de vino y algunos líquidos. Privado casi del uso de la palabra, solo podia pronunciar frases entrecortadas, y con frecuencia tuvo qué comunicarse por escrito con el médico, el confesor y sus amigos.

Desde muy á principios de noviembre se reunió á la familia el señor don Francisco Tirado, hermano del Presbítero, y pocas semanas despues su sobrino político el señor don Abraham García, que volvia del agitado Congreso de 1867. Ambos amigos fieles de su vida y confidentes de sus últimos dias, ellos venian á la vez como los delegados de los miembros ausentes de la angustiada familia del presbítero Tirado. El círculo íntimo de aquellos á quienes le unian los vínculos sagrados de la sangre y de los afectos, se estrechaba á su rededor para proporcionarle el corto alivio de que era susceptible su incurable mal, y para admirar al heróico sacerdote que ascendia por el camino estrecho y escarpado de la penitencia á las cimas insondables do espera la eterna beatitud á las almas de los justos.

Nada tocaba ya sobre la tierra ese corazon probado en el crisol de la adversidad, y que marchaba de sacrificio en sacrificio. Sus ojos ya no buscaban esos tiernos niños á quienes prodigaba ántes sus caricias; él los habia puesto bajo la guarda de Dios. Sus libros, esos mudos pero elocuentes amigos y compañeros de su vida, pasaban por su mano para ser trocados por misas, y su rostro se inmutaba. Muerto á todas las vanidades, él cogió un dia el voluminoso rollo de sus "Impresiones de viaje" y lo entregó á su sobrina diciéndole: "Tome para que enseñe á sus niñitos á leer en manuscritos".

¿Cuál era la fuente de vida donde el presbítero Tirado se refrigeraba, dando vuelo prodigioso á sus fuerzas morales á la par que decaian sus fuerzas físicas? Él acercaba sus labios sedientos á las fuentes puras de la gracia, y encontraba en el uso frecuente del sacramento de la eucaristía, un escudo invulnerable á las pasiones humanas. La oracion y la meditacion casi continuas; el holocausto que hacia á Dios de su vida,

sometiéndose á su voluntad, aceptándola lleno de gratitud y pidiéndole que mandase á su siervo y hablase á su corazon: "Habla, Señor, que tu siervo escucha", decia en medio del silencio de sus angustiosas noches. Tales eran las armas que lo hacian invencible. Varias veces en la semana hacia celebrar el santo sacrificio de la misa, en su oratorio, y cuando ya no le fué posible asistir personalmente, acompañaba de intencion al sacerdote desde su lecho.

Siéndole muy penosa la conversacion, hacia alternar en la lectura á los que le asistian, pues la lectura frecuente era el recurso á que apelaba para distraer sus males, nutrir su pensamiento de ideas grandes, y buscar en las acciones de los héroes cristianos, santos y generosos ejemplos qué imitar. Su atencion se sostenia por horas enteras con interes marcado, y su encanto llegaba por momentos hasta el olvido de sus dolores. Hacia repetir al lector los pasajes más selectos; se detenia á comentarlos ó bien á aplicarlos á su actual situacion. Las vidas de San Beltran, el apóstol de Colombia; de Santa Isabel de Hungría; el libro de Job; la Historia de las misiones y de los mártires de la China, por el abate Huc; el libro inimitable de la Imitacion, y parte de las obras de San Agustin, del Reverendo Padre Ventura, de Augusto Nicolas, del abate Poulle, de monseñor Munguía (Arzobispo de Michoacan en Méjico, compañero de viaje y amigo del presbítero Tirado) fueron devoradas en pocas semanas. Un dia que se le leyó el capítulo admirable del ejemplo de los santos, en la Imitacion de Jesucristo, se sintió tan fuertemente impresionado, se consideró tan pequeño comparando sus tribulaciones con las pesadas tribulaciones de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de todos los amigos de Dios, que no quiso que se le volviese á leer en dicho libro. Por otra parte, la lectura de las Conferencias sobre las grandezas de la Santísima Vírgen, por el abate Combalot, era para su alma un suave bálsamo que calmaba su tristeza. El culto tierno de la Madre del Salvador habia sido siempre para su afectuoso corazon como el rocío santo que da expansion y vida. Cuando los pesares lo agobiaban, él imploraba á la dulce y piadosa María con la confianza del niño mimado que sabe que su madre no se hará sorda á sus súplicas.

El presbítero Tirado habia hecho un estudio detenido de los síntomas de su enfermedad, así es que podemos decir que asistia al espectáculo de su propia muerte con toda la impasibilidad de un médico que con fria calma examina el estado del paciente. Seguia con ojo observador las distintas faces del mal, sin hacerse ilusiones sobre su fin á la vez que sin pretender festinarlo. "En mí se conduce, escribia él, un cuerpo herido de muerte, que, semana más ó ménos, muy breve va á la tumba". Recurria al movimiento como medio eficaz de distraccion y no se redujo un solo dia completamente á la cama. Continuó hasta fines de diciembre el ejercicio corto á caballo. Sus últimos paseos se encaminaron con frecuencia al cementerio, y pidió á su hermano, que hiciese preparar su bóveda en un lugar seco donde no la humedeciese el agua de las goteras.

Su situacion era cada dia más alarmante; los que lo acompañaban llegaron á creer que apénas alcanzaria á saludar la aurora del año de 1868, para morir muy luégo: pero su agonía debia prolongarse aún por algun tiempo. En los primeros dias de enero, viendo que ya la hostia consagrada no podia posar sobre su lengua sin peligro, quiso recibir pú-

blicamente, y por última vez, el santo viático. El sacerdote que lo administró pasó por en medio de la sala, donde estaban arrodilladas varias señoras vestidas de negro y con velas encendidas en la mano, y se acercó al lecho del enfermo, que con los ojos bajos oraba en la actitud del más piadoso recogimiento.

En esos dias (el 8 de enero) se presentó en la casa de habitacion del paciente una comision de la "Escuela de Ciencias y Artes" compuesta de los señores doctores Nicolas F. Villa, Gregorio Gutiérrez González y Benito A. Balcázar, con el objeto de "manifestarle la pena profunda que experimentaba este instituto por su desgraciada situacion, la gratitud que abrigaba por los numerosos trabajos literarios con que lo favoreció; el reconocimiento que tenia por el constante interes que habia mostrado por su conservacion y adelanto; y para despedirse fraternalmente de tan importante compañero, llamado de un modo irrevocable por la Providencia al viaje eterno".

A continuacion el presbítero Tirado, que no podia hablar, hizo una señal al señor Abraham García, que lo acompañaba, y éste dirigió la palabra á la comision en los siguientes términos:

"Señores:

"Hace unas pocas horas que el señor presbítero Tirado supo el objeto de vuestra comision, é inmediatamente escribió las siguientes líneas que son las que me indica os lea como contestacion al mensaje que venis á traerle."

"Señores:

"Recibo con religioso respeto y suma gratitud, las manifestaciones que acabais de hacerme á nombre de la Escuela de Ciencias y Artes, que ha querido acordarse de mí y mandaros á prodigarme consuelos en mi desgracia.

"Aseguradle, señores, que aprecio debidamente el paso dado por ella en esta ocasion solemne para mí; que quien durante la vida y en dias felices trabajó con decision é interes por la existencia y brillo de la Escuela, continuará haciéndolo con sus ruegos despues de haber salvado el umbral de la tumba. Yo pediré al Altísimo su proteccion y sus divinas inspiraciones para vosotros que buscais la ciencia, porque la ciencia y la religion están íntimamente unidas: porque el que se consagra al culto de las ciencias y de las artes se consagra al del Dios, que por excelencia se llama "Dios de las ciencias".

"Decid, señores, á la Escuela, que la Providencia divina, en sus inescrutables decretos, me ha concedido esa resignacion cristiana que tanto necesita el creyente católico, sin la cual no podria soportar los dolores que afligen y estenuan mi cuerpo, y que confío en Ella que me conservará esa tranquilidad de espíritu hasta que llegue mi último dia, que tan cerca veo ya.

"Poned esta contestacion en conocimiento del respetable Cuerpo que os diputa y aseguradle toda mi gratitud y que hago constantemente votos por su progreso y engrandecimiento; votos tan sinceros cuanto que son hechos en estos momentos en que golpeo con las manos mi sepulcro; y os doy á vosotros y á la Escuela el adios de la Eternidad."

En la nota con que se dió cuenta al Presidente de la Escuela del desempeño de tan penoso deber, la comision decia:

"Admiró á ésta el porte varonil de nuestro consocio en su extrema situacion á que le ha reducido la cruel enfermedad que pronto lo llevará al sepulcro, y la serenidad y resignacion cristianas con que aguarda aquel último trance, que hace palpitar de temor los corazones de hombres valerosos."

Poco despues el doctor Camilo A. Echeverri, que habia estrechado la mano fria del moribundo, daba á la prensa las siguientes líneas:

"EL SEÑOR PRESBITERO MANUEL TIRADO VILLA.

"Estamos escribiendo cuatro líneas que se refieren á un vivo. No sabemos si cuando hayamos acabado de escribir vivirá aún.

"¡Tan rápidos son los progresos de su mal! Tan inevitable la muerte de quien está sujeto á él!

"El señor presbítero Tirado, atacado repentinamente por el desarrollo de un cáncer en la lengua, ha pasado y está pasando sus últimos dias, de la manera más digna de admiracion y de respeto.

"Declarada mortal su enfermedad por los doctores médicos á quienes consultó, se retiró al momento, á cumplir con el propósito que meses atras habia formado: cortó sus relaciones con el mundo y se sentó, tranquilo y resignado, á aguardar el golpe que ha de dar fin á su vida.

.....

"Se despidió de sus amigos uno á uno llamó impías las lágrimas de los que lo lloraban, y elevando su pensamiento y su corazon á Dios, se sentó á aguardar..... y está aguardando.

"Hay algo sagrado en la frente de un cadáver: la última mirada, la mirada helada de la muerte imprime en ella cierta cosa augusta, sobre la cual cae como una profanacion el aliento de los vivos!

"Pero hay otra cosa más augusta y más sagrada en la frente del que, vivo aún, rodea su frente con la auréola de la muerte y se presenta á los demas como leccion y como ejemplo de valor, de fe, de sólida esperanza y de humildad!

"Nosotros estuvimos, hace poco, á visitarlo: nos vió y nos saludó con plena serenidad y cortesía: "Este es, nos dijo abrazándonos, al retirarnos, el abrazo de la eternidad".

"Temblamos y nos sentimos agobiados con el peso de aquel cadáver.

"Inclinamos nuestra cabeza y salimos de la estancia admirando al hombre, venerando al sacerdote, é iluminados con el ejemplo del cristiano.

"¡Felices los que tienen fe!

"Porque su esperanza no flaqueará jamas.

"¡Felices los que tienen esperanza!

"Porque ellos ven cambiarse la noche del sepúlcro en una eterna aurora!"

Así se fijaban todas las miradas en la casa santificada por la fe del sacerdote, cuya alma amante se exhalaba envuelta en el perfume de la oracion. ¡El ministro de Jesucristo seguia predicando elocuentemente con el ejemplo cuando su boca habia enmudecido y que sus piés helados no podian llevarlo á la morada de los desgraciados!

La última funcion de su ministerio sobre la tierra presentó á los que lo rodeaban el espectáculo de una escena conmovedora: este fué la bendicion de un hermoso cuadro de la Dolorosa, obra del hábil cuanto amable artista aleman, señor Cárlos Hofrichter. Semejante á un cadáver que se levanta de su sepulcro, el presbítero Tirado estaba de pié, revestido de la estola y con el libro en la mano. Sus labios se movian apénas, dejando oir un murmullo sordo y confuso. La Santa Madre del Salvador, con sus divinos ojos elevados al cielo, muestra en su semblante un dolor noble y sereno, cual conviene á las almas privilegiadas. Sobre sus rodillas descansa el cuerpo exánime de su amado hijo. Ella parecia en ademan de decir al sacerdote que la bendecia: "Ecce homo. Este es el hombre del dolor cuya imágen debes grabar en tu corazon". Los ojos de los asistentes se fijaban en la palidez mortal del discípulo de Jesucristo y la comparaban con la del cuerpo lívido de su divino Maestro. ¡Cuadro admirable, digno del pincel de un Dominichino, de aquel que supo pintar la última comunion de San Gerónimo!

Algunos síncopes de carácter alarmante que experimentó el paciente, hicieron necesaria la administracion de la última uncion de los moribundos, ántes de terminar el mes de enero.

Su cuerpo inclinado, débil, arrugado y macilento le daba el aspecto de un anciano de noventa años, pues, como lo hacia observar lleno de razon el doctor Uribe: ¡quince meses de sufrimientos habian marcado sobre ese cuerpo la huella indeleble que dejan treinta años de una vida ordinaria! Veámos la pintura que el presbítero Tirado hacia de los rápidos progresos del cáncer:

"La caprichosa úlcera ya parece que se detiene y calma y que casi pierde su carácter destructor, y ya cambia de faz, corroe, devora, destruye como lo hiciera un ser vivo, dotado de espontaneidad, y animado por la voracidad de una sanguijuela ó de un vampiro, cuando olfatean sangre. En poco más de cuatro dias devoró todo el centro de la lengua y una gran parte del lado izquierdo, hasta la epiglótis.... El frio en las extremidades es por momentos tan intenso que se puede comparar con el de la muerte...."

El edificio desmoronado y en ruinas se sostenia á fuerza de alimentar la parte moral. "Si ésta flaquea, decia él mismo, la material sucumbe". Las lecturas piadosas continuaban, los entretenimientos espirituales se hacian más frecuentes. El director de su conciencia y algunos sacerdotes amigos, entre los cuales se distinguia por su celo el virtuoso presbítero Joaquin Restrepo U, iban á visitarlo, á consolarlo y á exhortarlo á que perseverase hasta el fin.

"Háblame, escribia él á una de las personas que lo acompañaban, háblame usted de Dios, de los destinos eternos, de la terrible cuenta al Juez supremo.... No esté creyendo que mi muerte está léjos, ni ménos que sea como se cree, por agotamiento de fuerzas, lo contrario sucederá en mí. En el choque en que están los sistemas nervioso y sanguíneo, y la prodigiosa sobreexcitacion del cerebro, verá usted entrar una especie de somnolencia o cansancio, y seguirse la muerte."

El moribundo decia verdad: sentado en el borde del sepulcro, él seguia dueño del campo de batalla en lo físico y en lo moral, y al tocar el combate á su término su inteligencia se mostraba más clara y más despejada que nunca.

Mas, si su frente se veia serena, era de esa serenidad que da la confianza en Dios y la esperanza del triunfo, pues la prueba seguia adelante. Dios habia permitido que esa alma luchase sin tregua, y sordas tempestades se formaban en la mente del sacerdote. Detengámonos á contemplar al héroe cristiano en sus agitadas luchas interiores, teniendo á la vista sus últimos apuntamientos, irrecusables testigos de su fin.

La medicina, impotente para extirpar el mal espantoso del cáncer, solo logra aliviar sus agudísimos dolores con el uso de los narcóticos. El presbítero Tirado así lo comprendia y el médico ilustrado y cristiano que lo recetaba le administraba la morfina con entero conocimiento y mano segura: apesar de eso, crueles ideas atormentaban el corazon del sacerdote. Ya temia que se sospechase que él llegara á abusar de esa espada de dos filos, y que vencido por el sufrimiento y rebelde á la voluntad de su Dios apelase á ese terrible agente; ya su imaginacion excitada le mostraba á los que le asistian negándole el único alivio físico á su alcance, el que le proporcionaba el narcótico, ofuscados por necias preocupaciones. En vano se pretendia llevar la tranquilidad á su espíritu, la negra pesadilla, interrumpida un momento, volvia pronto con el dolor. Veámos el cuadro que él mismo trazaba de sus angustias morales:

"Hace algunas semanas que me he convencido, escribia á su médico, á fuerza de observar el curso de la enfermedad, y á mí mismo, que no es posible, de ninguna manera, á la naturaleza humana, sobrevivir á los síntomas dolorosos y de mil modos incómodos que apareja esta. Que es de necesidad apelar al único y solo recurso que la Providencia ha dejado á los médicos, el narcotismo. Envolver á la humanidad en este manto salvador para no morir desesperado y dar en el escollo del suicidio.... Hé aquí lo que motiva estas líneas tristes y suplicantes: Sentemos, primero, que mi enfermedad es mortal, que pronto me llevará á la tumba; sentemos, como consecuencia: segundo, que á una enfermedad que no tiene remedio no debe aplicársele. Pero por esto ¿dejarémos á la desgraciada víctima entregada á su furor? No. Esto seria contrariar á la humanidad, aun á la moral, al simple sentido comun. ¿Qué hacerse por parte del médico?"....

En otra ocasion, le decia:

"Si usted, olvidándose de que mi enfermedad me llevará dentro de pocos dias á la tumba, temiera darme la morfina que ella exige, cediendo en esto á preocupaciones, yo moriré y moriré muy afligido; víctima de todos los fenómenos infernales del cancro complicados con los nerviosos.

"Tengo razon para decirle que mi feliz muerte natural, y aun la salvacion y limpieza de mi nombre, dependen de esta al parecer pequeñez."

La antevíspera de su muerte tomó la pluma, por la última vez, y escribió las siguientes líneas á una de las personas de su familia:

"Temo no poder ya resistir el sufrimiento de la cabeza y que me producirá la locura ó la muerte, por esto le pongo estas líneas para que vea que estoy en mi juicio.... Seria más cruel quitar el recurso del narcótico á un enfermo, que el asesinarlo: si tal cosa sucediese conmigo la cuestion seria terrible.... No aguarde de mí ningun abuso.... Soy creyente. Espero de Dios mi salvacion. No quiero perder tanto como he trabajado para que el Señor me dé el Cielo por sus méritos infinitos. Nada de esto sacrificaria yo por no sufrir."

La tristeza habia invadido esa alma que gemia oprimida por tantos males, y que podia decir con el santo Job: "Si me echo á dormir, digo: ¿cuándo me levantaré? y despues de haberme levantado, no hallando alivio, espero la tarde, y lleno de dolores llego así, hasta que á la luz del dia suceden las tinieblas de la noche". (Job. VII 4).

El presbítero Tirado se reprochaba á sí mismo esa tristeza y procuraba desecharla temiendo que ofendiese á Dios. Luégo recordaba estas palabras del Evangelio de San Mateo: "Jesus, tomando consigo á Pedro y á los dos hijos de Zebedeo, empezó á entristecerse y angustiarse. Y entónces les dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte". (Mateo XXVI 37, 38). De donde concluia: "Luégo la tristeza no es pecado". Y continuaba: "Tampoco se prohibe dar cosas que consuelen puesto que el ángel vino á confortar á Jesus (*confortans eum*). No vino á librarlo porque no lo pide, vino á confortarlo para que sufra."

La tristeza del sacerdote no era esa tristeza sombría que conduce á la desesperacion, era sí ese sentimiento noble, fruto de una caridad ardiente, que hacia exclamar al Apóstol en su lenguaje de fuego: "Verdad digo en Cristo, no miento.... Que tengo muy grande tristeza y continuo dolor en mi corazon"; (Romanos IX 1 y 2) era la tristeza de una alma que pasa por la vía árida y dolorosa de las privaciones y de las angustias para acercarse á Aquel que dijo: "El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí" (Mateo X 38). Tal es el pálido bosquejo de las penas del ánimo que él sufria miéntras su cuerpo era la presa en que se cebaba el cáncer voraz: enfermedad cruel que altera la constitucion de la sangre y turba los humores: ciego instrumento de tortura que roe sin descanso el cuerpo humano produciendo dolores tan intensos como variados; mas, demasiado débiles para quitar todo sentimiento ó causar una pronta muerte; bastante violentos, por otra parte, para llevar la tristeza al corazon, llenar de sombras el espíritu y tener á su víctima agobiada bajo el peso de una inquietud creciente.

El presbítero Tirado habia hecho traducir del frances y se hacia repetir frecuentemente, la lectura de la admirable oracion con que termina el abate Poulle su sermon sobre las aflicciones:

"Si yo os pido, señor, decia él en su corazon, acompañando al lector y penetrado de profunda fe, si yo os pido que alejeis de mí ese cáliz de dolor y de oprobio, no me oigais: mi salud depende de eso. Desconfiad de mi malicia, conservadme siempre en esa especie de imposibilidad de ofenderos.... ¡Herid! perezcan para mí el siglo y sus encantos, y sus placeres y sus riquezas: dadme únicamente la paciencia y me devolvereis más de lo que me quitais.

Herid y fortificadme; no tengais consideracion por mi delicadeza: emplead el fierro y el fuego: ejecutad por todas partes una operacion de muerte.... Herid y no os detengais ¡oh Dios mio! no os contenteis con haber comenzado: poned fin á vuestra obra: vuestras manos solas pueden hacerla avanzar: ella pereceria en las mias. Imprimid siempre y con más fuerza, la imágen de vuestros sufrimientos sobre mi cuerpo y en mi alma, á fin de que en la eternidad no tengais ya más qué grabar sino la imágen de vuestra gloria."

Así se anonadaba á los ojos de Dios el héroe cristiano. Lleno de humildad, él se sorprendia á veces despreciándose á sí mismo, se creia indigno de la gracia del Altísimo, se consideraba como un servidor inútil y temblaba ante la cuenta que debia dar de su vida. Mas, pronto volvia la confianza á su corazon, con el recuerdo de aquel dichoso ladron que colgado en la cruz cerca del Salvador le decia: "Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino. Y Jesus le contestó: En verdad te digo: Que hoy serás conmigo en el paraíso". (Lúcas XXIII. 42, 43). El vaso de agua fria del Evangelio dado á uno de los pequeñitos, á nombre del divino Maestro, y que tendrá su galardon en el cielo, consolaba tambien al discípulo de Jesucristo que habia puesto en la balanza del soberano Juez el peso de tantas almas redimidas de la esclavitud del pecado, ó conducidas por el camino de la perfeccion cristiana. Con rázon repetia él que se consideraba más feliz en su situacion actual que cuando, á la edad de 23 años, lleno de esperanzas y de vida, fué ordenado sacerdote.

Una vez que el enemigo de su salvacion no encontró ya lado flaco en su alma, se propuso atormentarlo con la desconsoladora idea de que podria llegar á un estado tal de postracion, que teniéndosele por muerto, se le enterrase vivo. En otra ocasion le sugirió que su familia, cansada de atenderlo, tramaba llevarlo á otra casa. Se le vió despertar acongojado y triste: preguntando dónde estaba: viendo los objetos que lo rodeaban sin poderlos reconocer: suplicando á los suyos que lo dejasen morir en su casa, que su fin estaba muy cerca y que pronto descansarian de su cuidado.

Y en efecto, el presbítero Tirado no era ya sino un cadáver al que solo faltaba tenderse en el sepulcro.

Recordemos las últimas escenas de su agonía admirable. Un dia se le halló despertando bañado en su propia sangre. La rotura de una vena de la lengua habia provocado una fuerte hemorragia. Eran las ocho de la noche. La familia alarmada hizo llamar al médico y al confesor. En vano aplicaba el médico pelotas de agárico empapado en una solucion de cloruro de hierro en la parte de la lengua donde estaba rota la vena: la sangría continuaba. El paciente, sentado con la boca entreabierta, casi exánime, rendido al fin por el agudísimo dolor que le ocasionaba la cauterizacion, tomó la pizarra en mano y dirigiéndose al director de su conciencia escribió:

—¿Tengo obligacion de someterme á esta operacion?

—Sí, contestó aquél.

—¿Y si el médico no tiene esperanzas de conservar la vida?

—Miéntras halla vida, replicó el confesor.

Entónces el moribundo dirigió una mirada significativa al doctor Uribe, indicándole que continuase, y creyendo próximo su fin dió el abrazo de la despedida á cada uno de los que estaban con él, y saludó con un movimiento de la cabeza y de la mano á los criados que permanecian frente á su lecho. Gestos de gratitud acompañaban su accion. La

gratitud, ese sentimiento de los corazones nobles y generosos, habia dado mayor realce á sus virtudes durante su larga enfermedad: los menores servicios tenian para él un gran precio, y llegó á besar con humildad y dulzura la mano de una persona de su familia que lo asistia.

Dos ó tres dias despues de este suceso, el presbítero Tirado hizo venir al médico, sintiéndose agobiado por una debilidad profunda. El doctor Uribe quiso ver si lograba distraer un poco su ánimo abatido, y le propuso correrle la silla frente á la puerta para que viese la clara luz del dia y pudiese gozar por la última vez del espectáculo de la naturaleza. "No, caro amigo, le contestó él, mi vista tropezaria con los niñitos divertidos en sus juegos, y mi corazon podria conmoverse". Poco despues agregó: "Hoy tengo mi razon tan completa y mi inteligencia tan despejada, que podria componer un discurso seguido, como en mis mejores tiempos".

El dia 3 de febrero, víspera de su muerte, sus ojos, aunque abiertos, estaban cerrados á la luz; los párpados producian en su caida un ruido semejante á un chasquido. A las nueve de la mañana pidió la pizarra é intentó escribir algunas líneas: solo logró trazar caractéres confusos y en desórden que ninguno de los suyos comprendió. Entónces dió á entender que creia que en todo el curso de ese dia tendria lugar su muerte. Todo aquel dia y el siguiente, hasta acercarse el supremo momento de la agonía, los pasó como en ejercicios espirituales, dirigiéndose á Dios por medio de amorosas y tiernas aspiraciones, y pidiendo á los que lo acompañaban que lo exhortasen con reflexiones piadosas, cortas lecturas y fervientes oraciones jaculatorias.

A fin de llegar al último anonadamiento de su personalidad, y poder decir á su divino Maestro que se habia desprendido de todo, renunció de su propia voluntad, de palabra y de hecho, en los que lo rodeaban. No volvió á tomar su escaso alimento, no mitigó su sed ni hizo uso del narcótico, sino cuando se le manifestaba que así debia hacerlo.

El dia 4 por la mañana dijo á un amigo á quien distinguia con su confianza: "Hoy pesa sobre usted una responsabilidad terrible, pues mi agonía será larga y penosa". Y al declinar el dia, olvidando sus males para ocuparse de los que estaban con él, dijo al mismo amigo: "Yo me voy pronto, y mañana podrá continuar usted sus trabajos interrumpidos".

Como á las cuatro y média de la tarde pidió que se acercase á su lecho el hermoso cuadro de la Dolorosa, pareció considerarlo con atencion, y observó como cosa singular, que distinguia muy bien el cuerpo del Salvador y el de su santa Madre.

Se recogió en su lecho y entró en una especie de somnolencia ó cansancio, como él mismo lo habia dicho algunos dias ántes. Serian las siete de la noche cuando volvió en sí. Se le ayudó á incorporarse y se le ofreció agua. Como no veia nada, se le llevó el vaso á los labios. Él pidió que se le diese alguna bebida deliciosa, porque su paladar tenia en ese momento una sensibilidad de gusto exquisita. Esa sed material era como la pálida imágen de la sed ardiente que devoraba su alma. ¡Sed insaciable de amor de Dios! ¡Sed de los bienes del cielo prometidos como galardon á los justos! ¡Sed de la eterna paz que espera más allá de la tumba á los que perseveran en las luchas de la vida!

Se ayudó al moribundo á acostarse por última vez; siguió un rato en estado de somnolencia; luégo golpeó repetidas veces la pared con la mano. No podia ver ni hablar. ¡Acaso se figuraba en medio de las tinieblas que lo rodeaban, que golpeaba dentro de su sepulcro! ¡Sospecharia quizá que su familia no percibia que habia llegado la última hora! ¡Oh Dios santo! ¿Qué idea cruel atormentaria el alma de ese justo en momentos tan solemnes? Una de las personas presentes saltó al lecho del moribundo y le dijo en pocas palabras: que no temiese nada, que estaba en su lecho rodeado de su familia, y que el confesor y el médico se hallaban allí, prontos á desempeñar su augusto ministerio. Un movimiento convulsivo de los músculos de la cara, acompañado de la agitacion de las manos, fué la respuesta muda pero elocuente y llena de gratitud del sacerdote. Eran cerca de las ocho: la vida se desprendia del postrado cuerpo en medio de la calma más profunda, sin que se exhalase un ¡ay! ni un suspiro de su pecho. Como se le estuviese arreglando la cama, levantó la mano y con un movimiento de exquisito decoro dió á comprender que se le cubriese bien.

El presbítero Upegui, su confesor, recitó las oraciones de los agonizantes, le aplicó la indulgencia plenaria que le habia concedido el Padre comun de los fieles, como gracia especial para aquel momento, y lo absolvió en repetidas ocasiones. Cuando ya parecia sin vida, una persona piadosa que, sentada cerca de él, estrechaba su mano, le dijo que la moviera si deseaba recibir, por la última vez, la absolucion. El la movió y espiró poco despues, á las diez y média de la noche.....

El cadáver del justo reposaba sobre el lecho del dolor. Su cabeza estaba en la misma actitud en que descansaba la cabeza del Cristo sobre las rodillas de su santa madre, en el cuadro que sus ojos habian contemplado pocas horas ántes con anhelante amor. La parte baja de su cara y el ángulo de la barba mostraban una rara semejanza con el hermoso rostro de aquel divino Señor.

Su bella alma, que cual limpio y luminoso lago reflejó la imágen de Dios acá en la tierra, voló al seno de su Criador, de Aquél en nombre de quien Jesus dijo:

"Todo aquel que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos." (Mateo X. 32).

Medellin, julio 4 de 1869.

UN BAILE DE GARROTE EN EL CAMPO.

Costumbres.

POR VICENTE A. MONTOYA.

AL SEÑOR DOCTOR GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

"Y como solo para Antioquia escribo
Yo no escribo español sino antioqueño."

G. G. G.

I.

Todo está preparado ya en la casa
Donde debe tener lugar el baile,
La familia pequeña está acostada
Con órden de dormir sin despertarse;

Barrida está la sala y ocupada
Con dos bancas no más para sentarse;
Suspendidas en clavos hay dos velas
Y barridos el patio y los alares.

En el cuarto interior hay una mesa
Con copas y botellas de las grandes,
Hojaldres y buñuelos y tabacos,
Y de natilla tentadores mates.

Debajo de la mesa hay una olla
Que contiene *conserva*, y son iguales
Los pedazos de un queso sin aliño,
Que le habrán de servir para auxiliares.

II.

Ya cerró la oracion; está ya oscuro
Y empiezan á llegar los convidados,
O los que no lo son, porque hay muy poca
O ninguna etiqueta en estos casos.

La dueña de la casa está ocupada
En quitar los sombreros y guardarlos
A todas las mujeres que se acercan,
Sin su permiso y con su propia mano.

Las mujeres se entran sin demora
A arreglar sus vestidos en el cuarto;
Es decir, a quitarse la cabuya
Con que traian el *camison* alzado.

Llega el dueño del tiple y se prepara
Con cuidado y afan para templarlo,
Cambiándole las cuerdas que están falsas
Y las flojas clavijas remojando.

El encargado del cajon se ocupa
Cortando los bolillos de algun palo,
De un taburete los estrena listo
Que en cuero sin curtir está aforrado.

Y está otro *poniendo* su guitarra
Con el tiple que al fin está templado
Y el guache está llenando de achirillas
Su dueño, porque vió que estaba escaso.

Por fin empieza la primera punta
Para avisar á los que están cercanos
Que ha llegado la hora, porque algunos
No entran sin saber que están bailando.

Los que están en la sala se recuestan
A la pared para dejar el campo,
Las mujeres se sientan, en las bancas,
Que ya su *camison* han desalzado.

III.

Sale un mozo á la escena. Está vestido
Con pantalon de dril, sombrero caña,
Ruana pequeña que le alcanza al pecho
Y, teñida de azul, camisa blanca.

Una vez en el puesto á invitar sale
Con sombrero en la mano á alguna dama,
Y ésta en el acto se levanta y pone
La mano en la cintura y se adelanta.

Da una vuelta en el puesto: el compañero
Da otra vuelta tambien tras de la dama
Y se coloca en el opuesto lado
Y unas veces la sigue, otras la aguarda.

Ella baila formando un número ocho
Sin dar al bailarin nunca la espalda
Que adelante y atras los piés dirige
Casi siempre al compas de la guitarra.

Está vestida de color rosado
Con pocas interiores telas blancas,
Y á medida que baila se dibujan
Tal vez sus piernas con primor formadas.

No tiene ni corsé ni apretadores,
Ni ménos crinolina y calcinaguas
Y por lo mismo sus ocultas formas
Al traves de su ropa se retratan.

Pasa al fin por delante la pareja
Dando la vuelta con desden y calma:
Hace vénia el galan y da la vuelta,
Diligente otra vez, de puesto cambia.

Mas, al dar la mujer segunda vuelta
Con grito de señal otro se avanza,
Y ocupa el puesto del galan primero
Que de su punta satisfecho estaba.

Otra mujer á la tercera vuelta
Va á reemplazar á la primera dama,
Porque ellas tienen siempre por costumbre
No dejar que se canse la que baila.

Deseo ya tienen de beber los músicos
Y por lo mismo de tocar acaban,
Y el nuevo bailarin con una *média*
Pronto la pena de ordenanza paga.

IV.

Ved allí un mozo que gozando toma
Con su amada buñuelos y conserva
Miéntras otro le mira con envidia,
Y rabia y zelos su mirada encierra.

Un otro saca del carriel de cuero
Repleta de licor media botella,
Y en obsequio á la madre y por la hija
Ofrece un trago que en el acto aceptan.

Hablan dos hombres del maíz que nace
Que promete magnífica cosecha,
Y á su lado otros dicen que ya el cura
Anunció, predicando, que habria guerra.

Allí una niña, al parecer muy triste,
Con sus fijas miradas en la puerta
Espera á alguno, porque ya es muy tarde
Y esa larga demora la atormenta.

"No le hagas mala cara á Joaquincito"
Una madre le dice á su mozuela,
Miéntras ésta ocupada con Bernardo
Ni obedece, ni busca la respuesta.

Uno pregunta si vendrá Juliana,
Y es para saber si viene Elena;
Aquél extraña que demore Pablo,
Y es porque le gusta que no venga.

Un marido celoso está mirando
A su jóven hermosa compañera,
Que con alguno al parecer se ocupa
De negocios de grande trascendencia.

Entre tanto de nuevo se preparan
Los instrumentos de tocar las vueltas,
Y á lo que empieza la sonora música,
Todos forman el círculo y esperan.

V.

Ya salen otra vez los bailarines
Y el canto empieza, con tan grande esfuerzo,
Que sobresale del cajon y el guache
Y se oye resonar desde muy léjos.

Los que tocan el tiple y la guitarra
Dos versos cantan de cualquier cuarteto,
Y los que tienen el cajon y el guache
Repiten, al cantar, los mismos versos.

Al compas de su música ruidosa
Acaban el cuarteto los primeros,
Y los segundos en el mismo tono,
Solo repiten el cantar de aquellos.

Y nunca agotan su feliz memoria,
No repiten jamas los mismos versos,
Y en el instante de acabar el uno
Empieza el otro con el mismo acento.

Si yo tuviera tan feliz memoria
Pudiera aquí copiar hasta un cuaderno,
Mas, ya que tanto á conseguir no alcanzo
Porque soy incapaz, pondré un ejemplo.

"El amor nace con penas
Con penas se hace constante
Y sin penas no hay amante
Y si hay amante es apénas.

Por un tropezon que di
Todo el mundo murmuró,
Todos tropiezan y caen,
Como no murmuro yo?

Si yo fuera pajarito
A tus hombros diera el vuelo,
Picara de tu boquita....
La lástima es que no puedo!

Los ojos de mi paloma
Son bellos y son azules;
Se parecen á los cielos
Cuando se apartan las nubes.

De las escalas del cielo
Cuando San Juan se rodó
San Pedro dijo "Caramba!
Que ya San Juan se mató!"

Una mujer con su llanto
Trató de volverme loco
Diciendo que era por mí,
Y su llanto era por otro.

Cuando alguno quiere á alguna
Y esa alguna no lo quiere,
Es lo mismo que encontrarse
Un calvo en la calle un peine.

Yo *vide* una muy bonita
Y los ojos le *blanquié*
Y como no me queria
Ojiblanco me quedé.

Yo he hecho por ti una cosa
Que tú por mí no la harás,
Quererte sin que me quieras,
Qué más quieres? ¿Quiéres más?

A tus puertas he llegado,
No vengo á pedirte nada,
Un besito y un abrazo
Y un pedacito del alma."

VI.

Las diez son de la noche y es preciso
Que bailen nuestras gentes la guavina,
Ya la guitarra y el cajon candentes
A eligir las parejas los convidan.

Todos buscan el punto en que su dama
Se encuentra, y á citarla se dan prisa,
Y en ménos de un minuto, ya está llena
La sala de parejas bailarinas.

Se empujan y atropellan todos juntos
Porque son muchos y la sala es chica;
Pero todas alegres saltan, bailan,
Y siempre el pié del compañero pisan.

Nunca se ve desórden en los trajes,
Las telas blancas nunca se divisan,
Ni las mujeres usan calcinaguas
Porque nunca se ponen crinolina.

De manera que bailan sin estorbo,
Sin la molestia de las cien varillas;
Y qué importa se empujen y atropellen
Y. . . . se muelan las carnes? Es guavina!

Al compas unos bailan de la música,
Perdiéndolo otros federados giran;
Unos se mueven con desden y calma,
Otros parece que candela pisan.

Hasta que al fin de vueltas y revueltas
Un golpe de cajon todo termina,
Se desatan cansadas las parejas
A reponerse de la cruel fatiga.

Y se callan tambien los trovadores
Que ya su voz en la garganta espira,
Pero ántes de acabar es necesario
Que algunos de sus versos nos repitan.

" Dame, niña bonita,
Lo que te pido:
Un abrazo y un beso
Con un suspiro.

Tu corazon partido
Yo no lo quiero,
Yo cuando doy el mio
Lo doy entero.

Un sombrero de pelo
Me dió mi dama,
Yo conocí el cordero
Que dió la lana.

Por esta calle vive
La huerfanita,
Quién viviera con ella,
La pobrecita!

No te subas tan alta
Que no eres reina,
Que las torres más altas
Se ven por tierra.

Dices que no me quieres,
Ya me has querido;
Ya no tiene remedio
Lo sucedido.

Con todas me divierto,
Me rio y hablo;
Tan sólo á la que quiero
La miro y callo.

Tiene la que yo quiero
Un diente ménos;
Por ese portillito
Nos entendemos.

Ya mis ojos te han dicho
Que yo te quiero,
Si ellos son atrevidos
Yo no me atrevo.

De rodillas rendido
Vengo á rogarte
Que me dés un remedio
Para olvidarte."

VII.

Sigue el baile de vueltas y guavina
Mezclándoles tambien bríndis diversos,
Los que siempre dirigen y encabezan
Aquéllos que se tienen por más diestros.

Canta el gallo por fin. Llegó la hora
De retirarse los que viven léjos,
Que son gentes que tienen la costumbre
De encontrarse en su casa amaneciendo.

Pero ántes de marchar se desayunan
Para evitar el daño del sereno,
Y de á dos ó de á tres en la cocina
Toman el chocolate en coco negro.

Cuando amanece, pocos personajes
Han quedado en la sala y al momento
Todos se marchan, y se quedan solos
Los de la casa trasnochados dueños.

Rionegro, 6 de mayo de 1867.

CONCLUSION DE UN BAILE DE GARROTE.

POR PEDRO A. ISAZA C.

Á MI AMIGO VICENTE A. MONTOYA.

I.

Es condicion para escribir costumbres,
Pero han de ser costumbres antioqueñas,
No escribir el idioma de Castilla,
Sino el idioma de las selvas nuestras.

Están tocando la postrer *guavina*
Y bailadores hay á *média caña*,
Que andan de lado con garrote al brazo
Y su sombrero blanco con *pedrada*.

Llevan la ruana en la muñeca izquierda,
Y con la misma ruana cobijada
El *código penal*, que llaman ellos;
Es decir, de afeitar limpia navaja.

Tosen fingido y se pasean despacio
Con desden insultante por la sala,
Dan unos gritos en falsete agudo
Que hacen, de miedo, estremecer las damas.

Sueltan á veces expresiones torpes
Que no se entienden porque todos bailan,
O porque están *en chispa* casi todos,
O porque meten ruido los que cantan.

Pero es el hecho que el humor alcohólico
Se sube como sube la champaña;
Hasta que al fin el entusiasmo mismo,
A fuerza de subir *bota la tapa.*

Entónces ¡ay! la desgraciada vela
Que en un rincon apénas alumbraba
Recibe un palo, y al instante mismo
El que no es muy valiente se *encarama.*

Principia un ruido atronador y horrible
Como la voz de ronca catarata;
Se oyen los palos al chocar con fuerza,
Chispas menudas de las armas saltan.

Las mujeres dan gritos espantosos,
Y apiñadas se trepan en las bancas,
Miéntras que algunos más *prudentes* que ellas
Se meten á temblar bajo las camas.

Nada se atiende, ni la voz del hombre,
Ni el agudo *chillido* de las damas,
Que llaman á su padre y á sus hijos,
Y al Padre Eterno y á los santos llaman....

II.

Hay algunos heridos, pero nadie
Piensa en tocar, cobarde, retirada;
Todos avanzan y en revueltos tumbos
Salen atropellados de la sala.

III.

Ya en el patio, al influjo de la brisa
Que mece la floresta en la mañana
Principian á embotarse los cerebros
Y principia á calmarse la borrasca.

Tambien algunos atrevidos *gallos*
De aquéllos que doquier hacen *tagarnia*,
Al rudo choque de las armas todas,
Emprenden, sin chistar, la retirada.

Otros, no muchos, pero sí de aquéllos
Que llevan su sombrero con *pedrada;*
Que arrastran el garrote por el suelo
Y que guiñan el ojo á las muchachas;

Pues esos tales, al primer trancazo,
Al apagar la luz, que es el alarma!
Cogen las vigas y en el zarzo tiemblan
Miéntras la bulla y la tormenta calman.

Socorro! gritan las mujeres viejas:
Que se matan! exclaman las muchachas;
A la carga! contestan los varones
Y otros temblando rezan en las camas.

La familia menuda que tiene órden
De dormir ó de estarse allí callada,
Al oir el bochinche pega el grito;
Crece la confusion, crece el alarma.

Aquí y allí, sombreros pachurrados,
Mujeres por doquier desentalladas;
Las hojaldres en polvo convertidas
Y en menudos pedazos la tinaja.

La conserva y la olla ya no existen,
Los tabacos, *volaron* en la zambra:
Y al pié de un San José, medio caido,
Las botellas están, pero quebradas.

IV.

Al mucho rato, cuando ya el silencio
Ha venido á reinar entre la casa
Viene la dueña con la vela en mano,
Y asomándose así.... como asustada.

Hasta entónces algunos de los hombres
Que *prudentes* están bajo las camas
No asoman la nariz, pero con miedo,
Y se cubren de nuevo con las sábanas.

Así aguantan los pobres média noche,
Hasta que la luz por las rendijas pasa,
Y les anuncia á los VALIENTES GALLOS,
Que la calma llegó tras la borrasca!

Epílogo.

Debajo de una tarima
Dos vihuelas hay quebradas,
Média copa *vendedora*
Y unos restos de empanada.

Girardota, enero 16 de 1868.

EL GALLINAZO.

POR CAMILO A. ECHEVERRI.

El Gallinazo es "lo que todo el mundo conoce por tal".

Su nombre científico lo ignoro.

Y aun cuando lo supiera, me guardaria bien de introducir en este artículo nombres técnicos y bárbaros, y definiciones científicas matizadas de palabras en griego y en latin.

No lo hiciera aunque supiera más zoología que Humboldt, Cáldas y los dos Cuvier.

El Gallinazo no tiene ni aun este nombre en propiedad.

Casi nadie le llama sino con apodos irritantes: lo llaman *chicora, negro, guale, gus*....

El Gallinazo no conoce un solo amigo; ni sabe lo que es una sonrisa que de otros labios nos viene; ni recibe jamas un cariño. Hombres y brutos, todos se apartan si se acerca él.

Cuál es su delito?

Ser feo.

Véalo usted todo.

Y note usted que, bajo este punto de vista, la suerte del Gallinazo se parece á la del hombre.

Parécesele tambien el Gallinazo al hombre en que nace predestinado como él.

Pobre criatura! que lleva su sino unido inexorable y fatalmente á su existencia! ¡Pobre pájaro inocente de quien no puede acordarse uno sin que le parezca que está viéndolo pasar llevando á cuestas el odio, el desprecio, la burla ó el horror de los demas!

Ni aun el Diablo es tan infeliz como el Gallinazo. El Diablo debe tener momentos deliciosos.... ó es un majadero.

El Gallinazo jamas se sonríe.

Véalo usted de pié en un caballete.

Repare usted ese ojo siempre abierto y esa bella cabeza calva inclinada siempre bajo el peso de grandes pensamientos y de grandes aflicciones.

En qué piensa ese Gallinazo?

Piensa en lo mucho que *vale* y en lo poco que lo *estiman*. Piensa en lo que *merece* y en el trato que *le dan*. Apura su imaginacion, visita los retretes de su conciencia investigando por qué lo odian, por qué le tienen asco, por qué se rien de él, por qué lo silban, por qué le hacen *torcidos* las mujeres, por qué le tiran piedras los muchachos....

Infeliz!

Te quejas porque ignoras que naciste *para eso!* Mírate en un espejo y contempla despues al hombre!

Si no puedes mudar de cuerpo, no te canses queriendo cambiar de suerte. Esa es la ley del mundo. No luches contra tu destino.

No comas. Engulle: traga entero. No andes despacio nunca; sigue corriendo al galope como has corrido siempre, no sea que en la parada te alcance una piedra ó un sarcasmo.

Los hombres son unos insensatos!

Te llaman *feo!*

Y ¿quién te lo dice?

Te dicen "*hediondo*"!

Oh! y olvidan que todos, hombres y mujeres, hedemos siempre *algo* y algunas veces *mucho!*

Te califican de "*puerco*", "*desaseado*"!

Y no caen en la cuenta de que esas *porquerías* que tú comes son las mismas que ellos arrojan á la calle! Y no ven que porque tú las consumes tienen ellos vida y salud!

¿Cuánto duraria el mundo ¡oh Gallinazo! si tú murieras? ¿Cuántos meses viviria una poblacion si tú no quisieras volver á entrar á ella?

¿Quién, faltando tú, destruiria esos focos de infeccion que pululan en los campos y poblados bajo la forma de animales muertos, de cueros hediondos, de carnes podridas, de mataderos, de muladares?....

¿Qué seria de Colombia sin ti?

Sin ti, que te comes, cada dos ó tres años, los tres ó cuatro mil cadáveres con que las revoluciones decoran esta tierra ¿qué Estado *soberano* no habria ya sucumbido al cuádruplo esfuerzo de las batallas, de los banquillos, de las epizootias y de las epidemias?

Me acuerdo, con horror, de que en 1862 no habia gallinazos en Antioquia. Todos se habian ido para el Estado del Cauca á limpiarlo de los cadáveres que la guerra, los juzgados militares y la ley del talion iban dejando caer en los campos y caminos!

¿Habrá algo más solemne, más augusto, más elocuente, más bellamente medroso que un Gallinazo posado en la cruz de una sepultura?

El escritor que inventó "el ángel de la muerte" acababa, sin duda, de ver un Gallinazo en un cementerio.

Él.... el comedor de cadáveres, de pié sobre una tumba!

A qué va allá?

Va á reclamar su presa? ¿Va á recrearse con ese aire pesado y frio que rodea las habitaciones de los muertos?

Nó.

Va á meditar. Va á consolarse pensando que su enemigo, el hombre, es tan infeliz como él, y á veces más.

¡Cada tumba, dice, encierra un cuerpo muerto; pero ese muerto, cuando vivia, llevaba otra tumba en su corazon!

¿Quién no ha visto un Gallinazo sobre la torre de una iglesia?

Su aspecto sombrío, su ademan melancólico y el respeto que su vista impone, causan miedo.

Aparta uno los ojos de él; pero quiere al punto mirarlo de nuevo y vuelve á alzarlos.

Entónces el Gallinazo, llevado de la curiosidad, alza tambien la cabeza y ve para arriba.

Y el hombre tambien mira al cielo y se acuerda de Dios.

El Gallinazo que, en el cementerio dice: "Acuérdate de que eres polvo", os obliga, cuando va á la iglesia, á recordar que teneis un alma responsable.

El hace en un segundo más que el cura con dos horas de plática doctrinal.

No hay misionero comparable á un Gallinazo!

Y en un tejado!

Oh, señor! Véalo usted tomando razon del corral de una casa, ó de las existencias de una plaza de mercado, cuando se acaba la feria.

Sus pupilas ruedan sin cesar.

No hay nada. Ni un raton muerto, ni una hoja untada de manteca, ni un hueso con una partícula de carne, ni cosa alguna comible que escape á su mirada penetrante y firme.

El Gallinazo baja á los corrales de las casas á cualquiera hora; y á la plaza siempre que no está llena de gente.

Ni, allá, la cocinera, ni, aquí, los transeuntes, le dan cuidado.

Éntre quien entrare, pase quien pasare, él sigue revolviendo la basura con el pico, como una trapera la revuelve con su gancho, en busca de algun algo.

Nada lo distrae, pero él no se descuida. Todo lo ve y está viéndolo siempre.

Si una mulada, ó una tropa, ó un alcalde que anda con escolta publicando el bando, llega á pasar por su puesto, él se aparta brincando algunas varas; pero ni vuela ni se va.

No le mostreis, empero, un muchacho, porque lo vereis temblar. Ya no busca, ya no come. Su frente se cubre de sudor; por sus ojos pasan sombras, y el pobre no tiene más que un pensamiento: vigilar, vigilar! para no ser sorprendido.

Es que sus padres le mostraron, y su instinto le denuncia, al muchacho como enemigo nato suyo.

El Gallinazo no vuela ahora por no perder las ventajas de su puesto estratégico; pero agacha la cabeza, suspende la respiracion, apura la vista y afloja el ala.

Apénas el muchacho, que ha ido acercándose con gentil disimulo, dando vueltas, cantando y haciendo que mira para otra parte y que ignora que tal Gallinazo existe, apénas el muchacho se inclina, so pretexto de coger un lápiz ó de rascarse un tobillo, el Gallinazo aprovecha la ventaja de la posicion y emprende vuelo. El sabe muy bien que su enemigo buscaba una piedra y que acaba de dar con ella.

Un muchacho de experiencia, ó de esperanza, debe andar siempre con la piedra en el bolsillo.

Los gallinazos, para buscar alimento, se juntan á veces en número de cuarenta ó más, y parten.

Al principio avanzan en línea recta y á poca altura, recorriendo unas ocho cuadras en varias direcciones.

Despues comienzan á elevarse y á volver y revolver en círculos perfectos ó en bellas espirales que trazan con lento, sereno y majestuoso vuelo.

Al verlos cruzarse tan pintoresca y animadamente, llama la atencion el notar que ninguno está viendo cómo debe volar: todos están mirando para abajo y registrando la tierra pulgada por pulgada.

Y siguen trazando círculos que se entrecortan como grandes mallas de una cota inmensa.

Y miran siempre á tierra. Y lo ven todo.

Hay un hombre, un buey, un marrano, un perro, un gato dormido, no importa en dónde.

Ellos clavan la vista en él y siguen dando vueltas y avanzando.

¿Está ese hombre ó ese *animal* vivo; pero herido de muerte, ó caido en un precipicio sin salida, ó rota una ó más piernas, ó enfermo?

Los gallinazos siguen dando vueltas; pero no avanzan más.

Unos de entre ellos se destacan de la bandada, bajan á reconocer el estado patológico del paciente, y vuelven á dar su informe.

Si de él resulta que el mal no es de cuidado, la bandada prosigue; si resulta que es grave pero que dá espera, la bandada se va y vuelve.

Y sigue apartándose y volviendo hasta que la comision declara que ya la víctima está *in artículo mortis*.

Entónces los círculos se estrechan, los gallinazos giran lentamente, absorta su atencion en ese cuerpo.

Lo ven respirar, lo ven estremecer, conocen cuándo se queja, contemplan una á una sus congojas, cuentan sus paroxismos uno á uno, presencian la marcha de su agonía; pero no bajan.

Apénas, eso sí, apénas ha pasado el último estertor, apénas los músculos del moribundo se han contraido, con doloroso calambre, para estirarse bruscamente en convulsion espasmódica, cuando, con alas que silban como la tempestad en las jarcias temblorosas ó como palanquetas que un cañon despide; y veloces más que el águila, los gallinazos se precipitan en línea recta.

Diríase que aquello es una lluvia de areolitas.

Caen todos cerca del cadáver y comienzan por averiguar si el cuerpo está bien muerto.

Lo pellizcan, lo pican, lo chupan, le rascan las ventanas de la nariz, ponen el oido, atisban si respira.... Si el cuerpo no se mueve á pesar de esto, levantan, cuando pueden, uno de sus miembros ó todo el cuerpo y lo dejan caer pesadamente.

Si la opinion se confirma, comienzan á obrar.

Pero ántes de tocarlo en *otra parte* para romperlo, le sacan los ojos invariablemente.

Esta prudente costumbre tiene un orígen y un motivo que he olvidado por ahora; pero que me parecian muy sólidos cuando me acordaba de ellos.

El célebre naturalista, Gregorio Gutiérrez G, á cuya amistad y galantería debo todas estas noticias, ha dado un paso en favor del Gallinazo.

En otra Memoria científica que está elaborando para la "Escuela de Ciencias y Artes" ha consignado una observacion que él deja plenamente demostrada.

En efecto: recoge, examina y compara minuciosamente cuanto dijeron sobre las trasmutaciones de los Granos Gerarde en 1632, Bonnet en 1764, Duhamel en 1768 y, en los últimos tiempos, Latapie, Bordeaux y el profundísimo Raspail, pasa junto á todo eso las obras del doctor Anderson, dadas á luz no ha mucho tiempo y con ese vuelo instintivo del Genio, descubre un mundo de existencias nuevas, como Colon descubrió un nuevo mundo!

"Así, dice el autor, á quien citamos *textualmente*, así como sembrando *trigo*, (*triticum*, Linn) se cosechan, á veces en la espiga algunos granos de *avena* (*sativa*. Linn); así como en una mata de trigo hay á veces espigas de zizañas (*Lolium*, Linn); así como á veces se ha trasformado el trigo en grama comun (*Triticum repeus*, Linn) ó en grama de olor (*fleum pratence*, Linn); así como Arturo Hervey sembró arena y cogió cebada (*Hordeum vulgare*, Linn); ASÍ TAMBIEN los animales pueden producir, y *producen*, especies nuevas que no son híbridas ni infecundas."

Y, prosiguiendo, Gutiérrez, demuestra con toda claridad y apoyado en datos tomados de la antigüedad, que *el Gallinazo* es un verdadero condor trasformado.

¡Gloria al Genio!

El Gallinazo y el hombre se parecen en todo: ménos en una cosa.

El Gallinazo no trata nunca de escalar el puesto de la aristocracia. Hijo del condor, pariente consanguíneo del águila real, y del valiente milano, jamas les pide cosa alguna, ni los busca, ni los imita, ni los plagia.

¿Es orgulloso?

No lo sé.

Pero el hombre.... oh! el hombre, ¿quién es? ¿Qué pretende ser?

El *hombre es un negro* con el pelo liso, con los labios delgados, con un ángulo facial de ochenta ó más grados, y con la piel de color claro, casi blanca.

Y qué es *un negro?*

Un *negro* es un *orangutan* que tiene los brazos cortos, que no tiene el cuerpo cubierto de vello espeso, y que tiene un ángulo facial de 70°

Y qué es un orangutan?

Un orangutan es un *mono* que no tiene cola (el *Chimpancé* y otros), que anda en dos piés, y que tiene alta estatura y prodigioso instinto y un ángulo facial de 50 grados.

Y qué es un *mono?*

Un mono es un orangutan chico, un negrito con cola, un blanco con la piel peluda.

Y, sin embargo, el hombre se llama á sí mismo, criatura predilecta de Dios, hecha á imágen y semejanza de ÉL.

Pero el hombre olvida que fué creado ¡DESPUES DE CREADO EL MONO!

En otra cosa se parecen el Gallinazo y el hombre.

El Gallinazo nace blanco, como nace inocente y puro el corazon del hombre.

Al Gallinazo lo ponen negro los dias, como quitan los años al corazon del hombre la inocencia.

¡Blanca túnica de mi niñez que, á la luz del remordimiento, brillas como un recuerdo en mi memoria, ¿en dónde estás? ¿Quién te desgarró? ¿Quién te manchó? ¿Quién te arrancó de mí y arrojó al lodo tus santísimos girones? ¿Quién te cambió, á ti, tan limpia y pura, por la negra y asquerosa vestimenta de los vicios?

El Diablo, dicen.

Ignorantes!

Si el Diablo saliera del infierno, no seria Diablo.

Si pudiera estar en todas partes, seria Dios.

Ignorantes! hipócritas! El Diablo que nos corrompe somos nosotros mismos.

Canaan, febrero 29 de 1868.

ANTIOQUIA.

POR JOSE MARIA FACIO LINCE.

La noble frente de laurel ceñida
Sacuda el polvo de la tumba helada;
Romped los lazos de la muerte impía
¡Preclaros hombres de mi patria amada!

Córdoba, Zea, Girardot, Mejía,
Restrepo, Uribe de la tumba alzaos:
Los nobles pechos descubrir dignaos
Do amor de gloria sin cesar ardia.

La voz tonante de entusiasmo henchida,
Que al vil tirano de pavor cubriera;
La voz cobrad, que con denuedo hacia
Morir triunfando juventud guerrera.

Hablad vosotros que mi aliento espira:
Antioquia os pide vindicar su gloria;
Decid los hechos de su ilustre historia
Cuando en cadenas sin piedad gemia ....

Y cual sacude la su frente altiva
Con vil señal de esclavitud marcada
La frente hermosa de arrastrar cansada
Coyunda infame que la Iberia uncia!!

Y cual se lanza á la espantosa lucha
Y al fin te postra armipotente España
Allá en los campos donde sangre mucha
Que sangre tanta de antioqueños baña!!

¿Escuchaste mi voz.... ? De siglo en siglo
El renombre de Antioquia sonará,
Donde quiera que el pecho se conmueva
Al eco ronco de *muerte ó libertad!!*

.....
.....

SUEÑOS DE POETA. (*)

(DOLORA.)

POR FIDEL CANO.

A Juan C. Tobon.

Serán mi amor y mis cantos
Y mis glorias para ti,
Y tu amor y tus encantos
Y tus besos para mí.

Con guirnaldas de violeta
Tú mi frente ceñirás,
Y mis lauros de poeta
Sobre tu sien llevarás.

Enlazados en la historia
Nuestros nombres vivirán,
Y mi ventura y tu gloria,
Los siglos celebrarán....

Así á su amada decia,
En un sueño arrobador,
Un poeta que creia
En la gloria y el amor.

Pasó el ensueño, el poeta
Su sien con afan tocó,
Y con la mirada inquieta
A su adorada buscó;

Y halló.... la corona helada
Del desengaño en su sien,
Y en los labios de su amada
La sonrisa del desden.

(*) Inédita.

UNIVERSIDAD EAFIT Sala de Patrimonio Documental

EL ULTIMO POETA.

POR FEDERICO JARAMILLO C.

"El poeta que ciñe el laurel de la victoria en las sienes de los héroes, canta tambien el himno fúnebre sobre el sepulcro de las naciones. La lira es igualmente sublime sobre el escudo del vencedor y sobre la tumba del vencido."

D. Cortés.

I.

¿Cuándo espirará la última nota de este cántico eterno de la naturaleza?

¿Cuándo habreis acabado de cantar, ruiseñores de la creacion?

¿No se ha agotado ya el cuerno de la abundancia? No han sido cogidas todas las flores de nuestro paraíso?

¿La fuente cristalina y fecunda un tiempo, del amor y de la vida, no ha desaparecido?

La fe no está muerta? No es ya la inocencia un cadáver podrido? No yace la esperanza en la tumba cerrada de nuestro corazon? ¿No duerme Lázaro?....

II.

In freta dum feuvii current; dum montibus umbræ
Lustrabunt convexa polus, dum sidera pascet.

Virgilio.

Miéntras sobre la cuna de la niñez podamos contemplar el rostro idolatrado de nuestro hijo, arrullado por la inocencia, adormecido con una sonrisa divina, y acariciado por los ángeles;

Miéntras que aquel que lleva el dulce nombre de padre pueda estrechar contra su corazon á una mujer querida, llenar de besos las mejillas de sus hijos, y recibir sus dulcísimas caricias;

Miéntras ese cielo se colore de púrpura y de oro, y sonría la aurora matinal; al ver huir temerosa delante de los rosados resplandores de su frente, la pálida armada de las estrellas;

Miéntras el carro del sol recorra la bóveda azul y la mirada del hombre le siga en su curso;

Miéntras la tormenta, sombra de la ira de Dios, ponga miedo al mundo, velada por las tinieblas, arrastrada por los huracanes é iluminada por la claridad de los relámpagos;

Miéntras la noche siembre en el éter su cosecha de estrellas y pueda el hombre comprender el sentido de estos caractéres de oro;

Miéntras la luna brille y el corazon sienta y espere; miéntras el bosque murmure y refresque con su sombra al peregrino fatigado;

Miéntras la soledad, siempre bella y melancólica, arrulle el corazon con el cántico dulce y vaporoso de sus sueños y arrobe el alma con sus inefables rumores y sus suavísimos silencios;

Miéntras brille en esa ardiente fragua del pensamiento la centella del genio, arrebatando á la muerte su terrible guadaña, sustrayendo el tiempo á la eternidad, borrando los mares, uniendo los polos, prestando las alas á los ángeles, y creando las maravillas de la civilizacion;

Miéntras el alma, llamada á su libertad original por el grande espectáculo de la naturaleza, contemple la inmensidad de los campos, la sombría soledad de los bosques y de las rocas, las tempestades de la noche y las apacibles auras de la mañana;

Miéntras que los insectos, mundos invisibles, maravillas microscópicas, granos de polvo pesados tan rigorosamente en la balanza de la creacion, como el astro que rueda en los cielos, se presenten á nuestra contemplacion;

Miéntras que el pensamiento, relámpago ardiente, úna con un profundo sulco de luz las puertas del dia á los confines del ocaso, y como Elías, arrebatado en un carro de fuego, traspase las barreras del orbe;

Miéntras que el estruendo de las cataratas, el rugido de los volcanes, las inmensas llamaradas de fuego que lanza la tierra de sus entrañas desgarradas, y el orbe convulso, recuerden al hombre el poder de su Dios;

Miéntras haya campos, léjos de las ciudades, en donde sean puros y consoladores los pensamientos de la mañana, en donde sea alegre el sueño melancólico de la vida y olvidemos vanos proyectos de grandeza, quiméricos halagos de gloria, injusticias y desprecios del mundo;

Miéntras haya libres que rompan las cadenas, aceros que se cruzen por la patria, héroes y mártires que se ofrezcan en santo holocausto por la fe, la justicia y la libertad;

Miéntras haya un amigo, miéntras haya corazones generosos que se consagren á amarse por toda la eternidad;

Miéntras haya una esposa tímida, casta, tierna, amorosa y santa que nos aduerma entre su corazon, nos mire con una sonrisa inefable y nos estreche deliciosamente;

Miéntras haya suspiros para el recuerdo, lamentos para el infortunio, miradas y adioses para la esperanza, últimas lágrimas para la separacion;

Miéntras el vino alegre el corazon y le haga olvidar su luto;

Miéntras la tumba y el cipres que la embellece sean tristes y sombríos; miéntras los ojos tengan lágrimas y el corazon pueda romperse;

Miéntras haya un Dios,

Las notas de este inmenso concierto de la creacion, resonarán sin cesar y la Poesía reinará sobre la tierra.

Y al cantar, lleno de embriaguez, un dia el último poeta saldrá con el último hombre de esta vieja morada del mundo.

Dios tiene todavía el orbe entre su mano, semejante á una hermosa flor que él mira con alegría.

Cuando esta flor colosal se haya marchitado; cuando las estrellas, lámparas de ese inmenso templo, antorchas del gran festin de la vida brillen, por la última vez, iluminando la ira de Dios y los paroxismos de la tierra, entónces habrá dejado de cantar el último poeta.

19 de junio de 1859.

LA VIDA SIN AMOR.

A Emilio.

POR DOMINGO DIAZ GRANADOS.

La vida sin amor, eso no es vida!
Vivir sin ilusion es vegetar!
Llevar una existencia maldecida,
Morir sin descansar!

La vida sin amor es un desierto
Melancólico, tétrico, eriäl,
Donde todo se agosta al soplo yerto
De un aura glaciäl!

La vida sin amor es ancho lago
Sin borrasca, sin olas, sin rumor,
Que no tiene siquiera el triste halago
Del viento del dolor.

¿Qué es el hombre lanzado á la existencia
En un mundo de penas y de afan,
Si no tiene en su mísera existencia
De amor el dulce iman?

¿Qué es para el hombre el corazon, si frio
Desfallece en perenne languidez?
Árbol sin hojas, túmulo vacío
Cubierto de cipres.

El amor es la luz de Dios nacida
Que alienta y vivifica nuestro sér,
Alma del alma, vida de la vida
Y fuente del placer.

La indiferencia apaga el sentimiento
Y es la tumba de toda inspiracion,
Verdugo que encadena el pensamiento
Y oprime la razon.

En vano del dolor en el despecho
Busca el hombre la amarga soledad,
Y pretende acallar entre su pecho
De amor la tempestad!

Ay! en vano en su loco desvarío
Quiere el gérmen matar de la pasion!
El pesar le devora, y el hastío
Le roe el corazon!

Porque el alma de fuego se alimenta
Y en la emocion encuentra la salud;
Se eleva, se entusiasma en la tormenta,
Se abate en la quietud.

Y bien! tú eres feliz! Sobre tu cielo
Miro una estrella sin rival lucir,
Que desvanece con su luz el velo
Que oculta el porvenir!

Tú eres feliz! Tu corazon palpita
Con la emocion sublime del placer,
Con la vehemencia celestial, bendita,
Que imprime la mujer!

Porque arde sin cesar tu pensamiento
En la fecunda llama del amor,
Que eleva el alma en dulce arrobamiento
A un mundo superior!

Porque tienes un ángel en el mundo
Bajo el cendal soberbio de la Hurí,
Que un tesoro de amor, de amor profundo,
Encierra para ti.

Porque el amor en tus jardines hizo
Nacer, Emilio, peregrina flor,
Que para ti renueva el paraíso
Con todo su esplendor!

Pero yo desdichado! en mi camino
Sólo encuentro la zarza del pesar!
Ay! las flores al sol de mi destino
Se agostan al brotar!

Para mí no hay un ángel de ventura
Que auyente de mi vida la aridez,
Y disipe la tétrica amargura
Del alma en su viudez!

Una belleza fascinó mis ojos
Su brillo celestial me deslumbró,
Y un campo de placeres, sin abrojos,
Mi mente adivinó!

Creí su amor indestructible, eterno,
Mio su puro corazon juzgué;
Me soñé un paraíso, y un infierno
Al despertar hallé. ...

De ese cielo de encantos y de gloria
Que á la luz del relámpago entreví,
Sólo queda una fúnebre memoria,
Terrible para mí. ...

Sólo un recuerdo! Lámpara espirante
Que ilumina un altar sin oblacion!
Hoja sutil, que por el aire errante
Desgarra el aquilon!

Y hoy siento de mi älma en lo más hondo
Bullir secreto, misterioso afan,
Como se agita el gas allá en el fondo
De incógnito volcan.

Y siento el corazon estremecido,
Cual barco débil que sacude el mar,
Y siento presuroso su latido,
Ya próximo á estallar.

Mas todo en vano! Súbito la calma
Ahoga la violenta sensacion,
Y deja triste, desolada el alma
Y yermo el corazon....

Sí: que la fe murió con la esperanza,
Con sus creencias la ilusion murió,
Y su poder á revivir no alcanza
La luz que se apagó....

En vano la ardorosa fantasía
Su fuego, su entusiasmo al pecho da,
Si el corazon en la quietud sombría
Del desafecto está!

Una alma ardiente, una alma apasionada
El patrimonio de mi vida fué;
Mas hoy se abate, de luchar cansada,
Sin ilusion, sin fe....

Por eso, en mi dolor, contra mi frente
Romper quisiera el áspero laüd,
Pues hiela el corazon indiferente
Temprana senectud!

Por eso al verte tan feliz, amigo,
Me abruma un pensamiento matador,
Y desgarrado el corazon maldigo
Mi vida sin amor!

LA SABANA DE BOGOTA.

POR JOSE MARIA SALAZAR.

Entre las llanuras inmensas de la América Meridional obtiene la de Bogotá un lugar distinguido, y es de la más hermosas que pueden presentarse al viajero. Cuando éste abandona los lugares bajos de la Costa, y,

separado de las playas ardientes que riega en su curso el Magdalena, trata de procurarse un asilo contra el fuego abrasador de aquellas regiones, ó por huir del molesto aguijon de los insectos, y de la mordedura de esos reptiles venenosos, siempre armados contra su vida, busca una tierra más amiga del hombre, y sube esta altura prodigiosa que lo separaba de nosotros, de repente se ofrece á sus ojos el más agradable espectáculo, y un nuevo órden de objetos recrea deliciosamente su imaginacion: la tierra igualmente extendida le ofrece el más vasto horizonte, el cual crece en razon del contraste, y del pequeño espacio á que se hallaba ántes reducido: el cielo varia á cada instante sus formas, ya se cubre de nubes, ya se aclara, ya brilla con un azul oscuro muy superior al de la Costa; una cadena de montañas, cuya cima se pierde en los aires, rodea la llanura; este es el término del horizonte cuando la atmósfera está despejada, y aquí se ofrece un soberbio cuadro muy propio para encantar la vista.

Tal era el sitio en donde existia antiguamente la capital de Cundinamarca, en que los Zipas habian erigido su trono y recibian el homenaje de los diversos pueblos que estaban bajo de su imperio. Si hubiésemos de creer una tradicion recibida desde la antigüedad más remota, se vió algun dia anegado el terreno por las inundaciones del Funza; y apoderándose de esta comarca la consternacion y el espanto huian despavoridos sus moradores á buscar las cimas de los montes como un asilo de seguridad: los animales, los sembrados y las posesiones todo se hallaba sumergido; ni le quedaba al Mozca otro auxilio que el de una fuga precipitada, ó buscar algun suelo que le ofreciese la hospitalidad. Entónces apareció un hombre divino, cuya memoria ha existido siempre en el espíritu de estas generaciones, llamado con el triple nombre de Zhué, Bochica y Netquezeba, significaciones muy sublimes en el idioma patrio, en las que se le daba una especie de culto religioso. Este hirió con la punta de su cayado una de las más duras cerranías, les dió libre curso á las aguas, y precipitándose ellas con la mayor violencia formaron la Cascada del Tequendama, obra admirable de la naturaleza. ¿Qué diremos de esta antigua fábula consagrada por la supersticion de los pueblos, y recibida como un dogma de los más respetables en la Religion Mozca? ¿Seria que conservaban algunos vestigios del diluvio del mundo, como ha sucedido en casi todas las naciones, que acomodando esta idea primitiva al sistema particular de su culto, le han dado infinitas modificaciones, y confesando la existencia del hecho, han diferido en el modo de representarlo?

LA HACIENDA DE SAN PEDRO.

POR MARCELIANO VELEZ.

A média legua de Santamarta está situada la hacienda de San Pedro. El Manzanares, pequeño rio, despues de rodar por la pendiente de la Sierra Nevada, discurre silencioso por los alrededores de San Pedro, humedeciendo con sus aguas esa tierra hospitalaria. Una casa de azotea de bella apariencia con su ingenio movido al impulso del vapor, grandes se-

menteras de caña de azúcar, inmenso número de palmas de coco y de diversos árboles frutales, tal era en 1848 la hacienda de San Pedro, y tal sería con poca diferencia en 1830, cuando el Libertador fastidiado de la vida pública, lleno de tristeza el corazon, la eligió para descansar en sus últimos dias y poner término á su agitado vivir.

Fué en 1848, cuando yo muy jóven todavía y animado por un sentimiento de gratitud hácia el grande hombre de la América, fuí á visitar su postrer morada. Extraño entónces á las cuestiones políticas, no perteneciendo á ninguno de los bandos que se disputaban el poder en mi patria, yo iba á contemplar con solemne recogimiento el lecho mortuorio de un hombre, de quien habia oido decir, que era el libertador de 5 naciones y el redentor de más de diez millones de esclavos. Él, sin más recursos que su genio vasto y profundo se habia lanzado atrevidamente en la más arriesgada de las empresas, porque su alma grande comprendió los sufrimientos de la América, oyó las quejas que daba un mundo contra otro, y pesando su genio y los obstáculos halló posible la redencion de ese mundo que gemia.

Los grandes hombres presienten el porvenir, y es por esto que realizan con la precision de un cálculo matemático, esos acontecimientos que para el vulgo de las gentes son sobrenaturales. Esa presciencia de lo futuro, compañera inseparable del genio, fué la que dió á Alejandro el imperio de Asia en cambio de sesenta talentos y treinta y tres mil soldados; la misma que autorizó á César para pasar el Rubicon y gritar enajenado *Alea jacta est*, y la que impulsó á Colon á arrojarse con tres bajeles en el desconocido mar en pos de ignotas tierras.

La América es el contrapeso de la Europa y el Libertador Bolívar que sabia esto, pensó que el viejo mundo en la cabeza de Napoleon reasumia demasiada fuerza moral para que pudiera existir el equilibro, y comprendió que él era el hombre del nuevo mundo en cuyo cerebro residia la fuerza reguladora. Conoció que habia nacido para llevar á cabo grandes cosas, y confiado en su alta mision resolvió dar independencia y libertad á cinco pueblos; y lo verificó.

Cuando el pensamiento se detiene á contemplar la vida y la muerte del héroe americano, una angustia indefinible viene en pos de la admiracion que causa sus hazañas, porque es entónces cuando la razon humana se persuade que no hay hombre alguno por privilegiado que haya sido, que no esté sujeto á las vicisitudes de la suerte. El mayor enemigo de los españoles, sin cuya espada la América seria todavía un mundo oprimido, se vió precisado á pedirle á un español honrado y caballeroso un lecho en qué morir, porque sus conciudadanos todo se lo negaron en su última hora. Nuevo Temístocles, despues de haber libertado á su país necesitó proteccion y consuelo, y todo lo encontró en techo enemigo.

Con temeroso respeto penetré á la pequeña estancia que ocupaba el Libertador el dia de su muerte. El libro en que leia, su cama y los demas muebles que adornaban la pieza en aquella época han sido conservados con celo casi religioso, sin duda para darle á esa célebre habitacion la solemne grandeza que tenia entónces. No olvidaré nunca lo que sentí al verme en aquel lugar, para mí sagrado. Fijos los ojos en el lecho en que el gran Bolívar sintió las bascas de la muerte, creí oirlo recitar en voz alta para que lo oyera Colombia sus grandes hazañas y sus inmensos servicios á la causa americana. El estruendo de Carabobo, Boyacá y Junin,

unido al confuso clamoreo de sus ingratos enemigos, llegaba á mis oidos, como una reconvencion lanzada contra los pueblos libres y felices hoy, porque él así lo quiso.

Cualesquiera que hayan sido los sufrimientos que acompañaron al Libertador en sus últimos momentos, por el injustificable abandono de sus conciudadanos, para él debió ser una especie de compensacion la seguridad que tenia de su vindicacion en el porvenir; porque muerta la generacion que acibaró su vida, ¿qué jóven al visitar el lugar de su muerte puede pensar en otra cosa que en la gratitud que inspiran los beneficios que le hizo á la América y á la humanidad, dándole á cinco pueblos un gobierno propio y redimiendo tantos oprimidos? En aquella pequeña estancia es donde todo jóven debe ir á buscar las inspiraciones de su patriotismo en los dias trabajosos de la patria, y cuando se aprecie en su verdadera magnitud la empresa que el Libertador llevó á cabo, á costa de tantos sacrificios, la hacienda de San Pedro será el objeto de una piadosa peregrinacion. No pasarán quizá muchos años sin que Santamarta sea la Meca de los republicanos.

Por uno de esos caprichos de la suerte, tres grandes hombres, atletas formidables del pensamiento humano, han encontrado su muerte en la hospitalaria ciudad de Santamarta. Bolívar, Ordóñez y Caro acostumbrados á vivir en las altas regiones de la política, luchando siempre con las tempestades que amenazaron la vida de los pueblos, necesitaban una tumba ruidosa. Semejantes al ave audaz que forma su nido en la roca avanzada de la catarata, ellos buscaron su sepulcro en la orilla del Océano, para ser adormecidos en su sueño eterno por el estruendo de las grandes tormentas.

Despues de haber examinado lo que llamó mi atencion en la hacienda de San Pedro, volví a la ciudad profundamente conmovido, porque la visita que acababa de hacer habia despertado en mi alma un afecto hasta entónces desconocido: el amor á la patria.

En 1843 una escuadrilla condujo los restos del Libertador á la Guaira, para ser depositados en el sarcófago que Carácas, su ciudad natal les tenia destinado. Todas las naciones amigas de Colombia enviaron un buque de guerra para aquel fúnebre acompañamiento. El pabellon granadino no se veia izado en ningun buque para baldon nuestro!

1856.

TUS OJOS. (*)

POR JUAN DE DIOS MEJIA.

(A la señorita M. de J. B.)

Tienes niña unos ojos....
¡Qué ojos tan lindos!
Como tu alma risueños
Como ella vivos;
Como ella vivos,
Y sonrientes, y dulces,
Negros, ladinos.

(*) Inédita.

Los luceros del alba
No son más bellos,
Ni jamas el diamante
Tuvo más fuego;
Tienen más fuego
Tus ojos que los ojos
De más incendio.

Al mirarlos el alma
Que ama lo bello,
Eleva sus miradas
Hasta los cielos;
Hasta los cielos
Y allí al Criador encuentra
Del universo.

Él les dió esas miradas
Encantadoras
Que el pobre peregrino
De ellos invoca;
De ellos invoca
Como alivio en sus marchas
Duras, penosas.

Que con ellos tus gracias
Conserve el cielo,
Y que vivas dichosa
Son mis deseos;
Son los deseos
De quien admira tanto
Tus ojos bellos.

Vuelve lira á enlutarte
Con los crespones
Ya que la patria sufre
Tantos dolores....
¡Tantos dolores
Que á su vista enmudecen
Los corazones!

Vuelve lira á velarte,
Vuelve y no salgas
Sino cuando otros ojos
Te hablen al alma;
Te hablen al alma
O cuando el suelo patrio
Se halle sin manchas.

Setiembre de 1877.

LAS CHISPAS.

Estudio sobre modismos del lenguaje.

POR JOSE MARIA MARTINEZ PARDO.

No sabemos ni hemos podido averiguar, quién ó quiénes serian los que penetrando bien el sentido, ó mejor la significacion traslativa de ciertas palabras, tuvieron la feliz ocurrencia de aplicarlas á hechos y situaciones al parecer tan extrañas, pero que les corresponden de un modo tal, que casi puede decirse que les pertenecen en propiedad, pues que dan á conocer con toda exactitud la idea que se quiere expresar. No podemos dudar que la primera candelada que se vió en la tierra, fué obra de nuestros primeros padres, y que fué en el paraiso terrenal en donde se encendió la primera fogonada que debió lanzar muchas *chispas:* sacamos de aquí que más ántes que viniera al mundo la progenie de Adan, ya habia *chispas*, y tal vez, y sin tal vez, la feliz pareja sufrió los dulces efectos de las que mútuamente se lanzarian el uno al otro, y que debieron producir un dulce incendio en sus corazones.

Tenemos, pues, que en su orígen la *chispa* ó las *chispas*, que debieron empezar en plural, no eran otra cosa más que unas partículas desprendidas y arrojadas á vuelo por un cuerpo, ya fuera animado ó inanimado, ó muerto, puesto en combustion por cualquiera causa que fuera, que prontamente desaparecian, á no ser que dando en otro inflamable, no dejarian de producir su efecto, un incendio, en ocasiones de resultados funestos, tanto en el órden físico como en el moral.

A nosotros, que hemos emprendido la tarea de escribir este artículo, lo que más nos falta para hacerlo á contentamiento de los que se tomen la pena de leerlo, es *chispa*, y si Dios nos hubiera concedido este dón de escritor con *chispa*, no hay duda que lo haríamos á las mil maravillas, así como lo hicieron Larra, Lafuente y lo hacen Breton, Trueba y otros más de los chapetones, particularmente si son de la Andalucía, á quienes para escribir y decir les sobra *chispa*.

Ni *chispa* de honor tiene el que no se le da cuidado quedar mal con todos: ni *chispa* de caridad el usurero que abusando de la situacion apurada de un labriego le hace el bien, por ser él, aun cuando hasta su nombre ignore, de darle uno por ciento, con la correspondiente garantía; pero ni *chispa* de devocion luce en la señorita que va á la misa haciendo más ostentacion de la cubierta de su devocionario ó libro de oraciones, porque es de carey ó concha nácar con sus chapetas de plata, que atencion á lo que contienen sus páginas. La necesidad de lanzar *chispas* de sus miradas de fuego, no le deja parar el manto ni por dos minutos seguidos en su cabeza.

Hay ojos que lanzan *chispas*, que incendian si no es que matan al que las recibe en su pecho, cuando ellas apagan á las que debian salir de aquellos por donde penetran para causar su efecto.

Arde la patria en guerra civil: la hoguera está prendida y cunden las *chispas* por las ciudades y los campos: todos preguntan: ¿qué hay de *chispas?* y cosa rara y contraria á las leyes físicas: las *chispas* crecen y se aumentan en proporcion que se alejan de su orígen. Entónces cir-

culan, unas veces como públicas, otras con reserva; *chispas* de triunfos, de derrotas, de reclutamiento y hasta en bandos con música y todo, se publican las *chispas*, que turban la quietud de unos, hacen cerrar sus cajas de fierro á otros, obligan á abandonar el hogar al que no quiere ni matar á su hermano ni morir á sus manos, por motivos que ignora ó que nada le importan. En las épocas de guerra civil es cuando más abundan las *chispas*, y para que esto suceda necesario es que haya el competente número de *chisperos* ó *chispeadores*.

La noticia no resulta cierta; fué apénas una *chispa*.

Uno nos escribe: "A la partida del correo corre la chispa, que voló, pues se supo ántes de la llegada de éste, que el gran General se prepara para venir al Cauca, para con los auxilios que le presta el Perú y con las armas en la mano, recabar de la Nacion que se le complete la parte que le faltó de su período presidencial que le resultó trunco por causa de la traicion del 23 de mayo". ¡Cáspita con la chispa tan gorda, que casi alcanza á preñada! Pues debe saberse, si es que se ignora, que hay *chispas* gordas y preñadas en ocasiones, y que por lo mismo debe haber *chispas* flacas y sin carga ninguna.

En el órden cronológico de las *chispas*, debimos haber puesto despues de las que llevan este nombre como propio, la *chispa* más antigua y tal vez célebre por referirse á la historia sagrada, cual fué la que tomó Noé apénas salido del arca, y por cuya causa ha venido la desgraciada suerte de los hijos de Cam. El patriarca ó segundo padre del género humano, no sabia la cualidad del jugo de la uva, de *achispar* al que lo toma, para que los aficionados á distraer sus penas, reales ó supuestas, con *chispas* de esta clase, pretendan autorizar su conducta citando este hecho como que por este medio hubiera querido el navegante de los cuarenta dias con sus noches distraer su aburrimiento de esa penosa navegacion, con una *chispa* que le arrancó el *maledictus* lanzado á uno de sus hijos. La necia curiosidad que nos arrastra á entrometernos hasta en negocios ajenos, y averiguar que se come ó se bebe en la casa del vecino, nos ha hecho preguntar á algun catador si en lugar de comer Noé la uva hubiera chupado caña ¿le habria venido tambien la *chispa*? Y la solucion? *Sub judice lix est*, como dice Horacio.

En la noche de la última funcion lírica, hubo un gran sarao en el hotel Medellin: la *chispa* fué general; el brandy y el champaña causaron la *chispa* de alegría que era natural; pero sobre todo, la *chispa* de fulano es divina, porque hasta allá alcanza el entusiasmo por las *chispas* que tienen su orígen en el contenido de una botella que se le diviniza, tanto más cuanto más locuras hace el que cogió la *chispa*.

¿Cuánto tiempo hace que no se *chispa* el vecino? Va para tres dias, y ha prometido no volver á *chisparse:* lo ofrece por su palabra de honor.

"La noticia es buena;
Mas exige cuarentena."

Y no se habia puesto el sol del segundo dia cuando el vecino se nos presentó con una *chispa* soberana, que tambien las hay de esta clase, y malas lenguas dicen que no son raras.

Lo más triste que puede ofrecerse á nuestra vista, es una mujer chispada: ántes que presenciar un espectáculo semejante, mejor quisiéramos montar una mula *chisparosa*.

Perdió el pleito el litigante y echa *chispas* contra el juez, contra el abogado y contra las leyes.

Va largo ya esto de chispas y no hemos dicho nada de la chispa eléctrica, y esto con intencion porque tendriamos que llegar al *Rayo*, cuestion de física y de política á la que tenemos miedo.

4 de mayo de 1868.

EL POBRE.

POR FEDERICO VELASQUEZ.

A mi estimable é inteligente amigo doctor Demetrio Viana.

Vedlo allí está, desamparado y triste
Apoyado en su rústico bordon,
Demandando al que pasa indiferente
"Una limosna por amor de Dios".

Vedlo allí está, sus ojos ya sin lágrimas
Expresan el martirio del dolor,
Mal envuelto en sus míseros harapos,
Resignado implorando compasion.

Vedlo allí está, con faz acongojada
Voz dolorida y vacilante andar,
Extendiendo su mano temblorosa
De hambre, de frio y de penoso afan.

¿Qué será de él, vagando á la ventura
Sin familia, sin pan y sin hogar,
Esperando piedad del que no sufre
Ni ha sufrido escasez de abrigo y pan?

¿Qué será de él cuando la noche lóbrega
Lo sorprenda, infeliz ¿adónde irá?
Quién condolido le dará un asilo
Y un rincon dónde pueda descansar?

Quién á ese sér tan desgraciado y mísero
Dirále compasivo: "Ven acá;
Tú desfalleces, y el Señor me ordena
Consolar al que llora y darle pan?

Ven á mi hogar y encontrarás sustento,
Y un lecho donde puedas reposar;
Eres muy pobre, yo bastante rico
Para hacerte feliz. ¡No sufras más!"

Nadie, tal vez! El gélido egoismo
En el hombre mató la compasion;
Oro y lujo, palacios y recreos,
Orgullo y vanidad.... hé allí su Dios.

Si una mano cubierta de diamantes
Nos *señala* y *exige* un regio *don*,
Llenámosla fastuosos de oro y joyas
Sin saber si merece, ó no, el favor!

¡Pero al pobre, al mendigo, al indigente
¿Para qué, ni por qué se les dará?
¡Que perdonen por Dios se les responde
Y, muchas veces, se les trata mal!

¡Ciegos! No vemos que negando al pobre
El pan que nos demanda en caridad,
Ofendemos á Dios que nos prescribe
Al que sufre y padece consolar!

¿Quién está libre de vagar mañana
De calle en calle como el pobre va?
¡Cuántas riquezas se han trocado en humo!
¡Cuántos palacios en escombros hay!

¿Cuántos que ayer paseaban en carroza
Las calles de una régia capital,
Vagan hoy agobiados de miseria
De puerta en puerta mendigando un pan?

Espejos son los pobres do la suerte
Se muestra inexorable, faz á faz.
El rico y el mendigo son hermanos:
Vecinas la opulencia y la orfandad!

Vedlo allí está, desamparado y triste
Apoyado en su rústico bordon....
¡Oh! no dejeis que lo consuma el hambre,
Dadle consuelo, por amor de Dios!

Agosto de 1868.

MI COMPADRE FACUNDO.

POR JUAN DE DIOS RESTREPO.

I.

Segun pública voz y fama, mi compadre tiene cincuenta mil pesos mal contados, y por consiguiente es lo que se llama un *gamonal*, la figura conspicua de la parroquia. Es un tanto cuanto miserable, tiene sus puntas y collares de intrigante, y es un sí–es–no–es usurero; por lo demas, no tiene defecto notable.

Su padre, un chapeton de los de ciento en carga, fanático é ignorante que era un contento, no le enseñó otra cosa que á temer al Rey, á Dios y al Diablo; á leer, aunque no de corrido, y regularmente las cuatro reglas de aritmética. Gastó su escaso patrimonio en educar á su hijo mayor, que cursaba en Popayan ciencias eclesiásticas, llamado á ser la esperanza y lumbrera de la familia. Nuestro bravo chapeton murió casi en la miseria, y mi compadre no heredó, segun me ha dicho, sino un machete momposino y un macho corsario. Pero Facundo tenia entónces veinte años, buenos puños, escelente salud y confianza en su estrella, ó como decimos hoy, fe en el porvenir. Con algunos ahorrillos que tenia, pues el niño era de suyo guardoso, cargó su macho con una pequeña ancheta de víveres, terció á la cintura su buen machete, y tomó alegre y ufano la derrota de los pueblos de abajo, del país del oro y de la fortuna. Comprando aquí, vendiendo allá, reduciendo á oro sus pequeños beneficios, que vendia con provecho á los comerciantes de Medellin, economizando á más no poder, pudo comprar una recua de mulas, darle más extension á sus rescates, y allegar algun capital despues de seis años cumplidos de trabajo. De sus correrías en aquellas comarcas mineras, donde las costumbres son más sueltas, la gente más alegre y desenfadada que en lo interior de nuestras montañas, datan los únicos recuerdos pícarescos y las aventuras *non sanctas*, que de su juventud refiere mi compadre. Casi todas consisten en guapezas, pues él tiene grandes pretensiones á jayan. Algunas veces, cuando me encuentro en su casa á la oracion, despues de que toma lo que él llama su *jícara de cacao*, y enciende un cigarro, recostado en el corredor sobre una silla, si los tiempos son buenos para él, y le han pagado sus premios con puntualidad, y sus cosechas han sido abundantes, y sus marranos se han vendido con reputacion en la feria semanal de Medellin, suele ponerse decidor y contarme sus hazañas en la tierra de abajo, siempre las mismas, de cuya veracidad absolutamente no respondo.

Una vez, en un baile en Zaragoza, le embistieron en gavilla siete negros, grandes como una iglesia, y con el momposino de márras mató á tres y puso en fuga á los restantes, maltrechos y mohinos. En otra ocasion, un Alcalde le tomó tema porque ámbos cortejaban una mulata muy jaque: motivo por el cual lo atacó una noche con doce alguaciles; él se atrincheró en un *zarzo*, vibró un garrote, y tanto al Alcalde como á los alguaciles "se los mamó en cánones". Con tigres que, á fuer de comunistas, le asaltaban sus mulas, tuvo sinnúmero de escaramuzas, de las que salió siempre vencedor. Pero al fin le sucedió real y verdaderamente una aventura, de aquellas que hacian á Sancho renegar de la caballería andante. Unos malhechores lo molieron á palos, y le robaron el fruto de muchos años de trabajo, con el cual, en libras de oro, volvia para su tierra: nada le dejaron, quedó limpio como bolsillo de poeta español ó de literato granadino. Pero á nuestro buscador de plata, que era duro de mollera, no hubo de acobardarlo aquel percance. Poseia esa voluntad obstinada, con la cual el hombre casi siempre llega á donde va. Careciendo de capital para seguir su antiguo oficio de rescatante, á pesar de sus pretensiones nobiliarias, pues segun dice es más blanco que el diablo, se alquiló en una mina como jornalero, y por meses y años estuvo con la barra trabajando de sol á sol. Es muy comun entre los

nobles de la antigua Antioquia echar á un lado la negra honrilla cuando se ven apurados por la suerte, y entregarse á labores materiales; pareciéndoles más digno y honroso trabajar, aun en los oficios más vulgares, que imitar á los blancos de otras partes que, cuando no pueden ser negociantes ó empresarios de industria, se agrupan en las poblaciones á vivir de petardos ó de empleos.

Y ya que estoy discurriendo sobre el carácter de los antioqueños, observaré, que estos no tienen pasiones á médias: por lo regular sus aficiones son impetuosas, sus sentimientos enérgicos. De aquí resulta que los que toman buen camino, los que se proponen un objeto laudable, como mi compadre, á despecho de todos los obstáculos van muy léjos. Pero tambien, cuando alguno se echa á rodar por la mala pendiente de los vicios, no se detiene hasta llegar al abismo. Si álguien coge los dados en la mano, no se anda por las ramas: en una noche juega todo su capital, agota su crédito, el de sus amigos, y venderia hasta su alma para seguir jugando si hubiera quien la comprase. Al que le da por el culto de Baco abandona á sus hijos, descuida sus negocios, echa á un lado respetos sociales, y se mete en una taberna hasta que su familia lo recoge tembloroso, demente, moribundo. Entre los que se dedican á la *plutocracia*, á la avaricia (culto muy popular) hay algunos que perfeccionan la ciencia hasta el punto de convertir al Harpagon de Moliére, al israelita de Balzac en tipos pálidos, derrochadores y pródigos.

Esta energía y entereza de carácter para marchar en la senda del bien ó del mal, peculiar á la raza antioqueña, no la apunto aquí como un defecto; paréceme, al contrario, una gran cualidad. Los pueblos de sentimientos flojos y enervados tienen siempre en perspectiva la esclavitud ó la miseria. Dése al pueblo antioqueño buena educacion, trabájese por reformar sus costumbres, en el sentido de darles más suavidad y cultura; procúrese para la industria un desarrollo más fraternal, ménos egoista, que ofrezca á todos colocacion y porvenir, y entónces la energía de carácter, en vez de producir esos tipos corrompidos y monstruosos, servirá como una máquina de alta presion para empujar estos pueblos hácia grandes y poderosos destinos.

Y volviendo á mi compadre, que dejé con la barra en la mano ganando su jornal, añadiré que, despues de dos años de privaciones y de trabajar como negro, dejó aquel oficio y se metió á sepulturero, es decir, á buscar oro en sepulcros de indios. Como no le ligase en aquello, como se dice por acá, compró un terreno selvoso en un valle caliente, asió de una hacha y se puso á derribar monte con el valor de un titan. Cosechando maíz, plátano y engordando marranos, que vendia en los minerales vecinos, reunió algunos miles de pesos al cabo de mucho tiempo. Como se viese ya con un mediano capital, retiróse á la parroquia que hoy habita, donde abrió tienda de comercio. El sentido práctico de los negocios, y el espíritu de movilidad son tambien en los antioqueños rasgos distintivos. Ninguno se adhiere al lugar en que nace si allí no prospera, ni á la profesion en que se crió si esta no le ofrece rápidas ventajas. Un individuo es alternativamente agricultor, comerciante, minero; poblaciones enteras andan vagando de Norte á Sur y de Sur á Norte, en busca de tierras más fértiles y de minas más ricas. Y esta inquietud y movilidad no hay que atribuirlas á novelería ó inconstancia, sino al

deseo febril de mejorar de condicion, de adquirir independencia y capital: con tal de llegar á estos resultados, son indiferentes al antioqueño toda especie de climas, lugares y profesiones; habiendo, como dice Tocqueville de los americanos del Norte, una especie de heroismo en su ansia de ganar.

En el comercio le sopló bien á mi compadre: negociante de la escuela positiva de nuestros mayores, que sólo compraban al contado ó á crédito pequeñas cantidades, jamás se vió devorado por la usura, como nuestros negociantes modernos, que usan y abusan del crédito de una manera insensata. Empleó sus beneficios, lentos pero seguros, en tierras al rededor del lugar, las cuales no le costaron casi nada, pues comenzó adquiriendo una pequeña propiedad, y despues desalojó á los vecinos enredándolos en tratos, y arruinándolos con dinero á subido interes. El *gamonal* de pueblo cuando cae en un punto se extiende como una verdolaga. Como propietario territorial y banquero de los vecinos necesitados, sus influencias y connotaciones en el lugar se han extendido de una manera prodigiosa. Ligado íntimamente con el cura de la parroquia, ha formado con él esa temible liga del poder espiritual y del poder temporal, del Papa con el Emperador, á la cual no hay quien resista. El más fuerte tinterillo del lugar, queriendo casarse con la hija mayor de mi compadre, está enteramente á sus órdenes. César, Pompeyo y Craso no tenian más influencia en Roma, que este rústico triunvirato en su parroquia. El tinterillo dirige al Alcalde, la gruesa voz de mi compadre domina en el Cabildo y el cura gobierna las conciencias. Toda eleccion se hace á su sabor; nada se lleva al cabo sin el *fiat* de estos caballeros. Contra esta trinca, organizada poco más ó ménos en los demas pueblos de la República, se estrellan las predicaciones de la prensa, y los esfuerzos generosos que hacen algunos jóvenes ilustrados por hacer calar la idea democrática hasta las últimas capas sociales. Uno que otro periódico, que suele llegar á la parroquia, cae en manos del gamonal ó del cura, y cuando se dignan comunicar á los vecinos, que regularmente no saben leer, lo que contiene, es teñido con falsos y apasionados colores. Si trae algun proyecto de libertad que no le gusta al cura, lo que no es raro, pues los curas jamas le han tenido á estas cosas muchísima aficion, al momento grita nuestro presbítero: *heregía!* (a) Si el cuitado periódico habla en favor de algun impuesto que consulte la igualdad, la contribucion directa, por ejemplo, entónces el gamonal vocea: *comunismo!* Con la primera de estas palabras intimidan la conciencia del ignorante vecindario; con la segunda asustan los bolsillos. Y por ende resulta que la República, que no se la encuentra sino en la Constitucion, en algunas leyes y en algunas cabezas; la República, que no puede penetrar en el distrito, ni calar en las masas, ni adherirse la tierra, es un árbol hermoso sin raíces, un diamante montado al aire.

II.

Por el rápido bosquejo que antecede, conocerá el benévolo lector cómo se hacen la mayor parte de esas riquezas parroquiales que abundan en Antioquia; las cuales no se adquieren pisando alfombras, ni vi-

(a) En la respectiva reseña biográfica se harán algunas observaciones sobre las ideas religiosas del autor.—J. J. M.

viendo entre algodones, sino con la barra en las minas, con el hacha en los montes, lentamente, amontonando cuartillo sobre cuartillo, evitando todo gasto, suprimiendo todo goce. De aquí viene que esos hombres, admirables de pobres por la entereza y el valor con que buscan la riqueza, una vez conseguida ésta no saben qué hacer con su plata, desconocen toda usanza de buen gusto, y siguen con la sórdida economía que en tiempo de pobreza y angustia acostumbraban.

Una vez conocida la posicion política y financiera de mi compadre, el lector me acompañará á su casa para estudiarlo en la vida doméstica; si no es que ya está aburrido con el presente estudio, el cual no se presta, si ha de respetarse la verdad, á cuadros dramáticos, ni á pinturas brillantes, siendo las costumbres parroquiales de suyo dormilonas y prosaicas.

Por supuesto que mi compadre es casado. ¿Quién no se casa en Antioquia? Si el matrimonio, como dicen algunos, es acto de moralidad, aquí estamos todos en camino de salvacion; y si es tontería, como dicen otros, ¿quién no es tonto por acá? En esta provincia todo el mundo se casa; unos por amor, otros por cálculo y la mayor parte por aburrimiento, pues no encontrando el hombre placeres ni vida social de ninguna clase, de grado ó por fuerza tiene que refugiarse en la vida de familia. Y como todos los hombres se casan, resulta que todas las mujeres se casan tambien: por manera que á las feas no se les espera aquí como en otras partes, la ortodoja pero fastidiosa tarea de vestir santos, sino otra más mundana pero más divertida, la de vestir muchachos.

Segun pública voz y fama, mi comadre Fulgencia no tuvo quince. Sus piés son grandes y desparramados, debido esto, por una parte, á la vulgarísima costumbre que predomina en las parroquias, aun en las familias ricas, de andar las mujeres descalzas, y por otra, á que los españoles no pudieron naturalizar en esta provincia el breve y pulido pié andaluz. Las pecas y despues las viruelas formaron en su cara un mosaico que rechaza toda tentacion. Pero mi compadre no la tomó por bonita sino por hacendosa, y considerada bajo este aspecto, ella vale un Perú. El dice que su mujer hace una arepa como la más pintada, lava y aplancha á las mil maravillas; no deja perder un huevo, ni un grano de maíz; sabe la cantidad exacta de frísoles que come un peon, y precisamente las *tablas* de chocolate que produce un millar de cacao.

La casa de mi compadre, situada en el extremo del lugar, es al mismo tiempo casa de campo. Da por el frente á una de las calles y por el interior se entra á la hacienda. Esta casa es grande, sólida, pero á su construccion no ha presidido ninguna idea de comodidad ni de elegancia. Compónese de tres ó cuatro grandes piezas, sin independencia unas de otras, por manera que el dia que viene un huésped hay que ponerle cama en la sala. No hay que buscar en ella ni papel en las paredes, ni espejos en la sala, ni un canapé blando, ni un mueble cómodo, ni adorno gracioso de ninguna clase. En la sala se encuentran por todo asiento algunas tarimas, en las cuales se han sentado tres generaciones. En la alcoba se ven camas ordinarias sin colgaduras, las susodichas tarimas por asiento, un enorme escaparate y en las paredes algunos santos grotescos desteñidos por el polvo o mordidos por las cucarachas. Aquellas casas tan desmanteladas inspiran tristeza, pero armonizan perfectamente con las costumbres puritanas, frias, silenciosas y monótonas de la familia pa-

rroquial antioqueña. Aquella desnudez en las paredes, aquella uniformidad en las costumbres, aquella ausencia de toda variedad y de todo placer, da á la vida que allí se lleva una vaga semejanza con la de los claustros. Al entrar en una de esas casas piensa uno involuntariamente en la otra vida.

Trabajar mucho de dia y rezar mucho de noche es la vida de la familia. El destino de las mujeres en esas casas no tiene nada de poético. Ellas desgranan el maiz, cuidan los marranos, aplanchan la ropa, cosen los vestidos, preparan la comida y ordeñan las vacas. Como ya no hay esclavas, y es preciso ahorrar el pago de sirvientes, porque la economía de la parroquia no da cuartel, causa grima ver á las hijas de mi compadre, guapas muchachas, con sus manos blancas y sus bellas caras ovaladas, confeccionando en la cocina arepas, las cuales por la costumbre de hacerlas siempre en la casa y cuatro veces al dia, son el tormento de la cocina antioqueña. Como en la familia oriental del patriarca ó del beduino, se vive allí en cierta fraternidad con los animales. Con frecuencia se ve á los terneros correteando en las alcobas, al burro paseándose majestuosamente por la sala, y á las gallinas cacareando sobre el lecho conyugal. Todos especulan en la casa y cada uno pesca para su canasto. El patron especula en todo; la señora engorda marranos con los desperdicios, y ti ne en la calle compañías á cuenta y mitad con pulperas y revendedoras; las niñas en sus ratos perdidos, hacen cigarros para vender, ó cosen camisas á los *agregados* ó arrendatarios: los beneficios de estos pequeños negocios van á parar en una alcancía.

La gastronomía en casa de mi compadre, como en toda la provincia, es ciencia poco cultivada: por lo general en Antioquia no se come como en otras partes para gozar, sino pura y simplemente para vivir. Los vegetales en la comida son la base fundamental; la carne ocupa un lugar secundario, y volatería se ve en la mesa por muerte de un obispo. El matar una gallina es acontecimiento que se discute con cuatro dias de anticipacion, y cuando á este grave despilfarro se resuelven, escogen para víctima, no la más jóven y robusta, sino la que ya está jubilada por su edad provecta. El azúcar se guarda en el escaparate como cosa de lujo, que no se usa sino para las bebidas de los enfermos, y el pan, llamado por acá *pan de trigo*, gástase solo cuando hay huéspedes, ó para que el cura ú otro vecino de campanillas tome su chocolate, cuando á la oracion se encuentra de visita.

Pero esta rígida economía se abandona cuando se aparece algun huésped en la casa. Por lo general los antioqueños en su tierra á nadie convidan á comer. Domina el principio egoista, poco culto y ménos social de "cada uno en su casa y Dios en la de todos". Fuera de Antioquia, en Bogotá, en Jamaica ó en Europa tórnanse obsequiosos y convidadores, porque tienen gran facilidad para adaptarse á los usos, y asimilarse las costumbres de los pueblos en que viven. Pero si en Antioquia no convidan, cuando les llega un huésped, trátanlo con afecto y cordialidad, obséquianlo á más no poder. Cuando á mi compadre se le aparece alguno de sus grandes amigos de Medellin, echa la casa por la ventana. Entónces reclútanse para festejarlo los mejores comestibles que hay en el lugar: no queda pollo, ni gallina g orda que no perezca, y el gallo, á pesar de sus fueros de sultan, tiene que poner los piés en polvorosa para

escapar de aquella atroz carnicería. En esas bodas de Camacho se presenta en columna cerrada contra la digestion del viajero un escuadron de fritos: huevos fritos, carne frita, pollos fritos, gallinas fritas, todo frito, siguiendo las malas tradiciones de la grasosa cocina española. Figura entre los obsequios hacerle comer á uno, quiera que no, todo lo que se pone en la mesa, y por vía de cariño lo matan de una indigestion. Aquel dia campea en la comida una botella de vino de consagrar, pedida por vía de préstamo al mayordomo de fábrica; y el cafe molido el año anterior, entrando en servicio activo, va á dar á manos de una moza iliterata que, no alcanzándosele nada en la materia, echa á cocer el polvo, á guisa de pastilla de chocolate, y sirve despues al pobre viajero sobre la comida el fementido brebaje en tazas de tomar mazamorra.

Para las muchachas de la familia no hay más desahogo que el domingo, y eso porque de sus ahorros pagan á una vecina, para que en su lugar desempeñe los quehaceres domésticos. Desde temprano se echan encima lo mejor que tienen en la percha, y el indómito y robusto pié es aprisionado en zapatos de cordoban, con gran trabajo eso sí, pues los zapatos por falta de uso suelen encogerse en la semana, al paso que los piés de su dueño adquieren mayores proporciones. Despues van á misa y al mercado, en el cual, en *parranda* con sus amigos, compran frutas y comen hojaldres. El baile les está vedado como diversion pecaminosa, pero suele permitírseles asistir á alguna nocturna lotería. Para esas pobres criaturas, que llevan una vida tan trabajada y monótona, una lotería es casi una felicidad. Allí se encuentran los amartelados de ámbos sexos: los galanes del pueblo las echan de rumbosos, librando cuando hacen *alto* á sus respectivas partes contrarias, y, entre ambo y terno, se murmuran promesas de amor, y se obtiene el anhelado *sí*. A las diez, mal de su grado, dejan la placentera diversion y vuelven á la casa con su madre, á veces acompañadas de sus respectivos galanes, que marchan á una distancia razonable, pues eso de dar el brazo á las mujeres seria considerado en la parroquia como liviandad imperdonable.

Mi compadre algunas noches, despues de rezar el interminable rosario, se pone la ruana pastusa y el sombrero de alas luengas; trépase sobre unos enormes zuecos, empuña el garrote, y, miéntras dan las ocho, hora obligada de acostarse, se va á *tertuliar* con los vecinos que están en corro en alguna esquina de la plaza, sentados en el suelo fumando y platicando. Oigamos un momento á los vecinos.

—Caramba! dice uno, mi compadre mató su vaca negra, y le dió tres arrobas de sebo.

—Es que le está ligando, añade otro con cara de envidia; su *arao* parece un monte: cada mata tiene tres mazorcas.

—¡Qué mula tan *macana* le *trujeron* del valle á *mano* Blas!

—Pero con mi macho rucio para una cuesta es darla dada.

—Y qué habrá de nuevo afuera? pregunta el sacristan.

—Las cosas están malas, responde la cabeza más fuerte en política de la parroquia; me escriben de la Villa que los rojos están otra vez en Santafé atacando la religion, y reclutando tropas para destronar al Papa.

—¿Es cierto, pregunta otro, que le ganaron cien pesos á *ño* Chepe?

—Así dicen, responde un amigo suyo, y lo *pior* es que está jugando lo ajeno: á mi compadre Facundo no le ha podido pagar lo que le debe.

—Pues cómo no se ha de *fregar*, añade un rígido moralista, si la Maruca le come medio *lao*.

—*Ño* Chepe es todo un gallo, replica el gracioso del corro, pero ahora sí zafó el *joto* (se quebró).

—Pobrecito! exclaman todos, con hipócrita conmiseracion.

Por doquiera el hombre es el mismo: en todos los países, en todas las zonas sociales, la murmuracion es su ocupacion favorita y las desgracias ajenas lo ponen de humor excelente.

A pesar de que la educacion y el saber no valen dos higas para mi compadre, hubo de mandar su hijo mayor á estudiar á Bogotá, estimulado por el deseo de tener un leguleyo en la familia, pues en Antioquia predomina la maldita aficion á pleitos y camorras de escribanía. Sucedió que nuestro jóven llegó á Bogotá cuando los estudios estaban en anarquía, y de moda la política. En lugar de habérselas con las leyes de Partida, Gregorio López, don Juan Sala y demas poetas, se dió á frecuentar los clubs, la fonda de Stevenell, á coquetear en la calle de San Juan de Dios, y á hacer al Salto escursiones estudiantiles. Al cabo de cuatro años sabia bailar perfectamente, puntear la vihuela con primor, hacer cuartetos y cortejar muchachas. Provisto de estos graves conocimientos resolvió coronar su carrera presentándose al grado, y quedó como el té, hecho doctor por infusion. A los pocos dias de regresar á la casa paterna tuvo una conferencia con su padre, y le anunció de llano en plano que no tenia vocacion para hacer escritos, ni enredar en las escribanías. Luégo se ha declarado en completa insureccion contra la sórdida economía y las costumbres tradicionales de la familia. Quiere que empapelen la casa, la adornen con algunos muebles y sobre todo que cambien las duras tarimas, inventadas para hacer penitencia, por sofás ó canapés. Pretende que se mejore la comida, se tome vino al ménos los domingos, y café todos los dias, que llama él la bebida del siglo. De por allá vino gólgota, y á fuer de tal quiere reformarlo todo. Exige que sus hermanas anden calzadas, constantemente vestidas de limpio, y que se paguen cocineras. Dice en alta voz que puede uno ser muy buen cristiano, trabajador y honrado y vivir con decencia; que si la plata no se gasta en proporcionarse algunos goces, y llevar vida de caballeros, maldita la cosa para que sirve. Estas verdades de á puño son para mi compadre enormes heregías. Para un acumulador antioqueño de raza pura, la palabra *goce* es hasta inmoral. Enseñado á ser en su familia tan absoluto como Nicolas, y tan infalible como el Papa, estas contradicciones lo tienen aturdido, desesperado. Mi comadre permanece neutral entre los dos partidos beligerantes, pero las muchachas se han ladeado al del hermano innovador, pues las mujeres jamas oponen obstáculo á ninguna idea de progreso, y siempre están dispuestas á aceptar todo lo que significa placer, refinamiento ó elegancia.

—Ese mozo se ha perdido en Santafé, me decia mi compadre, dias pasados. Lo mandé á que aprendiera á hacer escritos, y no sabe poner "ante usted parezco y digo". Pero ha venido con la cabeza llena de cucarachas y de grandezas. Dice que la casa está fea, como si yo no hubiera vivido en ella treinta años sin darme un dolor de cabeza; la comida siempre le parece mala, y la sala oscura cuando de noche se enciende una sola vela. ¡Obispo tenemos! Bonito estoy yo para hacer una boda

todos los dias, y un velorio todas las noches! Y esas mocozuelas de sus hermanas, á su ejemplo, andan ya todas *ideáticas* pidiendo galanuras, maestros de frances, y otras cabronadas. Ya no quieren hacer nada, sino amansar tarima y chirriar zapatos. Dale con la *tuntunita* de aprender. ¡Dios me guarde de mujeres sabidas! ¿Quién las mete á saber más que Fulgencia, que jamas aprendió sino los oficios de la casa, y á criar sus hijos en el santo temor de Dios?

LA MUERTE DEL NOVILLO.

POR EPIFANIO MEJIA.

Ya prisionero, y maniatado, y triste
Sobre la tierra quejumbroso brama
El más hermoso de la fértil vega,
Blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado;
El bruto ve con timidez el arma,
Rompe el acero palpitantes nervios:
Chorros de sangre la maleza esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo;
El arma brilla purpurina y blanca;
Se queja el bruto, y forcejando tiembla,
El ojo enturbia.... y la existencia exhala.

Remolinando por el aire, vuelan
Los negros *guales* de cabeza calva,
Fijan el ojo en el extenso llano
Y al matadero, desbandados, bajan.

Brama escarbando el arrogante toro
Que oye la queja en la vecina pampa,
Y densas nubes de revuelto polvo
Tira en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
Corre el ganado por las verdes faldas,
Huele la sangre. .. y el olor á muerte
Quejas y gritos de dolor le arranca.

Los brutos tienen corazon sensible,
Por eso lloran la comun desgracia
En ese clamoroso *de profundis*
Que todos ellos á los vientos lanzan.

Julio de 1868.

A MEDELLIN.

POR HELENA F. LINCE.

Cuán bella estás! sentada cual sultana
Sobre el pérsico, espléndido cojin;
Y es de tus piés la lúmida pëana,
El más pomposo y plácido jardin.

Cuán bella estás! Del valle de las flores,
Serás siempre la Hespéride gentil;
Dánte los bosques lánguidos rumores,
Frescas coronas bríndate el pensil.

Cuán bella estás! Del árabe la mente,
Nada tan bello acertará á soñar;
Por ti él trocara su preciado Oriente,
En ti el Eden imaginando hallar.

No envidies tú del Yémen los jardines,
Flores sin par da el valle para ti;
Tu guirnalda de pálidos jazmines,
Ronda veloz el lindo colibrí.

Besan tu sien los céfiros amantes;
Ledo te arrulla el tierno ruiseñor;
Y en las fuentes los pámpanos flotantes,
Dan á tu sueño mágico rumor.

.....

Mas ¡ay! tan sólo con tu imágen bella
Réstame ya, sin tregua delirar!....
Oculta para mí, tú, como estrella
Que su disco luciente hundió en el mar.

Si no he de verte más; si un hado pérfido
Léjos de ti, condéname á morir,
Que un soplo tuyo venga á mi sepulcro,
Sus pálidas violetas á entreabrir.

Bogotá, enero de 1866.

LA BELLEZA

POR ELEUTERIO RAMIREZ.

A la señorita amalfitana Matilde Palacio.

Bendita la madre que te durmió en su regazo,
ó te dió á libar el dulce néctar de la vida.
Y bendito el señor que imprimió en tu rostro la
inmaculada pureza de los ángeles.

S. DE MONBELLAN.

I.

Niña te conocí, Matilde, y jóven te conozco. Y tienes, más que toda otra hermosura, la belleza del corazon, la pureza del alma; ó lo que es lo mismo, el candor de la inocencia, la nobleza del honor, la beldad de la modestia, la dulzura de la humildad.

¡ Bendita la madre que te dió á libar el dulce néctar de la vida !

II.

Matilde: al traves de la distancia que nos separa, óyeme, y guarda mis palabras, que son las de la amistad. Ténlas como un recuerdo del amigo que te dijo *adios* para siempre, que quizá no te volverá á ver más en la vida.

Si eres feliz y dichosa, Matilde, recuérdame en medio de tu ventura; si eres desdichada, si el infortunio te llegare á apretar con sus manos huesosas, haz que yo lo sepa para derramar en silencio las puras lágrimas de la amistad.

III.

La belleza *física* en la mujer es un dón del cielo, como dónes son para Natura los íris de la luz, el oro de los arreboles, el esmalte de las mariposas, el ámbar de las flores, las arpadas lenguas de pintados pajarillos, el gemido de los mares, y el cielo con sus soles, sus nubes y sus brumas.

Hé aquí una clase de belleza que debemos admirar y aun amar con el hálito de la poesía; pero no rendirle culto, ni ofrendarle nuestra vida, ni hacer de ella el *móvil, el objeto, el centro* de nuestro amor.

La mujer, Matilde, que no tiene más atributos que la belleza de sus *formas*, es "una mentira que no habla, una flor de un solo dia"; es un aroma, un sonido, un eco, una aurora, un meteoro, una ráfaga, que nace y muere, brilla y se extingue, llega y pasa, luce y desaparece, como el ensueño, como la ilusion.

No te envanezcas por la gallardía y hermosa disposicion del cuerpo, que con pequeña enfermedad se destruye y afea, dice el gran libro de Kémpis.

Los que han tenido la fortuna de leer las obras inmortales de la célebre novelista inglesa Carlota Bronté (*Currer Bell*), notan que casi todas las heroinas de poetisa tan desgraciada, son mujeres desprovistas de hermosura; como queriendo demostrar "cuán poco necesita de este dón, una mujer sensible é inteligente para cautivar el corazon de los hombres".

IV.

Los amantes y los poetas hacen el lindísimo retrato de una belleza femenina, así:

Los cabellos son oro, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus cejas arcos de cielo, su frente campos elíseos, sus labios corales, y su aliento nardo, diamela y cinamono. Perlas son sus dientes, copo de nieve su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, alabastro su blancura, y es su conjunto, dulcísimo como la dicha del Paraíso, como el eco de las cítaras de Sion.

Mujer bella, la más bella. Hija de la Grecia, sultana de la Circasia perfil de la diosa de los antiguos amores, destello sublime de la primera mujer.

Pues bien, Matilde: ¿es esta belleza de la mujer lo que *debe ser* el arrobamiento del corazon, la alegría del alma, el hechizo de la mente?

¿Es esta belleza la esencia del amor, el cielo del hogar, el ángel de la familia, la religion de dos existencias que deben confundirse en *una*?

¿Esta belleza que tanto aturde al hombre y por la que entrega su porvenir, es acaso un bien ó un mal? ¿Es *siempre* el beso del aura sino la congoja de la tarde? ¿Será mañana lo que es hoy? ¿Es eterna é inmutable; es siempre dia sin noche, siempre cielo sin nubes, siempre luz sin tinieblas, siempre contento sin luto?....

V.

HÁGASE! Hé aquí la palabra de que se valió el eterno Dios cuando de la nada creó todo lo que constituye la belleza *física:* el cielo, la tierra y el océano; los animales, los vientos, los volcanes; los arroyos y los rios; la grama humilde y el alto sicomoro; el hermoso lirio y la azucena cándida; la gemidora tórtola y el ruiseñor festivo; el dia con su luminaria resplandeciente y la noche con su antorcha lánguida.

Y HÁGASE! dijo tambien, cuando, del barro de la tierra, hizo el cuerpo del hombre, que en nada era superior á la piedra, al árbol, á la fuente: *materia*, y nada más.

Y solamente cuando ya quiso, en su bondad infinita, dar vida, animacion, espíritu, belleza celestial, hermosura angélica á *ese pedazo de barro*, dijo Dios: HAGAMOS! que el alma, y no el cuerpo, fué lo que hizo del hombre á *su imágen y semejanza*!

Hagamos! Hé aquí, Matilde cómo el mismo Dios nos dice: *el alma*, la belleza del cielo; *el cuerpo*, la belleza de la tierra.

Bien lo veis, pues, que no es atributo del alma, ni su esencia, ni su luz, ni su aroma, unos labios de coral, unas megillas de rosa, unos cabellos de oro, unas manos de marfil.

Es que Natura, mi querida amiga, suele conceder a algunas mujeres una hermosura así, deslumbradora, lo mismo que dá á las flores su hálito, á la luz sus lampos, al aura sus gemidos, al viento sus ráfagas, al mar sus brumas, al lago sus encantos, al campo sus galas, al volcan sus rugidos, al trueno su estertor, á la tormenta sus rayos, y al relámpago su luz....

VI.

¡Cuántos matrimonios no hemos visto desgraciados, Matilde, porque acaso no tuvieron para su amor otro centro, otro móvil, otro encanto que una belleza de formas!

Alguien ha dicho que para toda clase de gente ordinaria, para los séres abyectos, tiene el alcázar del matrimonio una puerta falsa: *el interes.*

Ahora yo no sé cómo calificar esa entrada que tantos hacen á ese gran templo del amor, por la *sola* fascinacion de unos ojos atrevidos, de un mirar encantador, de un conjunto que arrebata la sensualidad....

VII.

La mujer *buena* es un libro que consta de tantas páginas, que la vida entera no basta para hojearlo, ni el corazon para sentir las emociones que produce: esto ha dicho quien, con plectro de oro, ha cantado melífluamente *la mujer:* don Severo Catalina.

Buena! Cuánto es lo que dice este adjetivo, Matilde.

Ser *buena*, es ser el sol del hogar doméstico, el respeto y el orgullo de la familia, la hija agradecida, la esposa fiel y amante, la madre tierna y cuidadosa.

Ser *buena*, es ser el ángel de los pueblos, el ornato de las sociedades, la pura fuente de las generaciones.

Ser *buena*, es poseer la belleza de la inocencia, la santidad de la resignacion, la entereza de la virtud.

Ser *buena*, es ser humilde y modesta, paciente y bondadosa, caritativa y benéfica.

Ser *buena*, es ser recogida y pura, honesta y recatada, candorosa y púdica.

Ser *buena*, es tener como recibidos de Dios los éxtasis del amor, el fuego de las miradas, el latir del corazon.

Ser *buena*, es tener el alivio para los dolores ajenos, y oraciones para el cielo, y fuerzas en la desgracia, conformidad en el infortunio, calma religiosa en los sufrimientos.

Ser *buena*, es tener cuidado para el enfermo, lágrimas para los que lloran, palabras de consuelo para los que gimen, y un pan para el que tiene hambre, un abrigo para el que tirita de frio, una gota de agua para el que agoniza de sed.

Ser *buena*, es tener, dulces como la miel, palabras de esperanza para el mísero mortal en las horas lentas del padecimiento.

Ser *buena*, en fin, es ser "hija del cielo, madre de los desvalidos y mensajera de la Providencia; es ser la enseña de la misericordia, y el emblema de la ternura; es ser *Hermana de la caridad*, que está donde quiera que hay lágrimas qué enjugar y penas qué compartir...."

VIII.

Tenias una hermana, Matilde. El mundo la llamó *la hija modelo, la mujer buena.*

Dormida yo la ví en las soledades de la muerte. Fuése su alma, cual un perfume, á lo alto, porque de Dios era; y dejó, como un incienso fúnebre en los corazones que la amaron, su recuerdo y su memoria.

Qué más nos dejó? su cuerpo! Que voló el aroma y nos quedó la flor; cruzó el meteoro y nos dejó el reflejo; se ocultó el astro y nos quedó el crepúsculo; volóse el ave y nos dejó su nido; se ocultó la sonrisa y nos quedó el labio; se fué el corazon y nos dejó su ambiente; la virtud se voló y nos quedó para imitar su ejemplo.

Se fué la esposa y se quedó el esposo; se fué la madre y se quedó la hijita huérfaña; se fué la hija y se quedó la madre anciana; se fué *Mercédes*, y quedaste tú, Matilde, para imitarla, para ser lo que ella fué: *la hija modelo, la mujer buena.*

Adios, Matilde, adios!

Rio-Negro – 1875.

DOS ASTROS.

POR JUAN CANCIO TOBON.

(En el álbum de mi amigo C. H.)

I.

¡Qué bella está la mañana!
Principia á brillar el sol!
Su cuna ya se engalana
De anchas cortinas de grana
Sobre un cielo tornasol.

Las nubes que en el oriente
Tienden su negro capuz,
Se alejan cobardemente
Cuando el sol alza su frente
Entre guirnaldas de luz.

El turpial desde su nido
Alza sus cantos dolientes,
Baladas de amor sentido,
Que se mezclan con el ruido
De las auras y las fuentes.

Los cabellos de la aurora,
De bellos iris teñidos,
Mece la brisa sonora
Que á las flores enamora
Con besos y con gemidos.

¡Cuánta luz, cuánta armonía!
¡Cuántas voces de dulzura!
¡Cuántos ecos de alegría!
¡Qué lujo de poesía!
¡Cuánto amor, cuánta hermosura!

La tierra y el firmamento
Se saludan con sonrisas,
Se acarician con el viento
Y se hablan con el acento
De fuentes, aves y brisas.

Así de la existencia el claro dia,
Brilla radiante en torno de la cuna
Que mecen la inocencia y la alegría,
Entre rayos de amor y poesía
Que arroja de su cielo la fortuna.

Es su sol la dulcísima mirada
Del ángel que acaricia nuestras frentes
En esa edad risueña y perfumada;
Sus brisas, esa música sagrada
Del ruido de unos besos inocentes.

Las aves que revuelan amorosas
En ese nuevo mundo de fragancia,
Son las arpas festivas y armoniosas
Pulsadas por las fadas misteriosas
Que arrullan esos sueños de la infancia.

Esos sueños de paz y de inocencia,
De dulces y de castas alegrías,
En que brilla el fanal de la existencia
Sobre el limpio cristal de una conciencia
Sin luto, sin dolor, sin agonías.

Como brillan las lumbres matutinas,
Sobre velos de tul y de escarlata,
Bañando en rayos bosques y colinas;
Así á la infancia alumbran diamantinas
Blancas estrellas de color de plata.

Somos felices cuando no pensamos,
Somos dichosos cuando no sentimos;
Dulcemente dormidos deliramos
Con ese mundo azul que abandonamos
Y sin saber ¡ay Dios! que lo perdimos.

II.

El sol ya se ha levantado
Con apacible sosiego
Sobre su carro dorado,
Como un gigante abrasado
En torbellinos de fuego.

Es su luz más encendida,
Más brillante su fulgor,
Tiene más fuerza, más vida;
Su corona enrojecida
Brilla con más esplendor.

Ya no son las altas cumbres
De los empinados montes
Las solas que en sus techumbres
Reflejan las rojas lumbres
Que él manda á sus horizontes.

Es la tierra toda entera
Quien recibe sus fulgures;
La grama de la pradera,
El musgo de la ladera,
Los cálices de las flores.

A muchas plantas da vida
Con los fulgores que vierte
Sobre la tierra aterida;
Pero esa luz encendida
¡A cuántas flores da muerte!

En su brillante carrera
Todo es grande, todo bello,
Ya bañe de luz la esfera,
Ya calcine en la pradera
Las flores con su destello.

Así es la juventud: siempre brillante,
Coronada de luz y de grandeza;
El rastro de sus piés siempre radiante
Estampa firme, y mira hácia adelante
Horizontes de límpida belleza.

Como la luz del sol, limpia y ardiente
Su corona de sueños encendida,
Brilla radiante, fúlgida, esplendente,
Llevando un mundo en su orgullosa frente,
Mundo de amor, de animacion y vida.

Ya como el rey gigante del espacio
Rompe tinieblas, mundos ilumina;
De zafiros, de perlas y topacio
Lo adorna todo, y alza su palacio
Sobre el dosel de la ilusion divina.

Derrama como el sol sus respladores
Y vierte como él su luz dormida,
O bien marchita como el sol las flores;
Los placeres prodiga ó los dolores:
Los extremos se tocan: muerte ó vida.

Abarca con profética mirada
Los mundos que se extienden á su vista;
Crea, como Dios, mil séres de la nada,
Y altiva, generosa, entusiasmada,
El porvenir, intrépida, conquista.

Y como el sol abrasa el firmamento,
El bosque, el prado, la colina umbría;
Ella alumbra en su loco atrevimiento
Ese mundo moral del pensamiento
Que palpita en su ardiente fantasía.

III.

El sol ya va declinando....
Lentamente, lentamente
Va sus lumbres apagando,
Hasta caer espirando
En su tumba de occidente.

Sus resplandores dormidos,
Débiles y vacilantes,
Mustios y descoloridos,
Sobre los prados floridos
Van cayendo por instantes.

Los reflejos encendidos
De su corona de rayos,
Trémulos, desvanecidos,
Parecen ojos dormidos
De la muerte en los desmayos.

De nieblas ancho sudario,
De nubes negro capuz,
Vése en el tul solitario,
Cual pabellon funerario
Que va absorbiendo la luz.

El universo doliente
Llora la muerte del dia
En un suspiro ferviente,
Y en el éter trasparente
Se oye su voz de agonía.

El astro rey se reclina
Sobre su tumba de flores....
En la remota colina
Muere la luz purpurina
De sus últimos fulgores.

Así en la edad de la vejez sombría
Apagándose van las ilusiones
Y los dulces ensueños de alegría,
Que en su loca y ardiente fantasía
Forjó la bella edad de las pasiones.

La corona de flores que en la frente
Llevó la juventud, ya está marchita;
La enferma senectud, triste y doliente,
Rueda cansada al pálido occidente
Donde el arcángel de la muerte habita.

Triste recuerda la pasada historia
Que con placer y con amor leia,
Bañada en lumbre de esplendente gloria,
Y viene á descansar en su memoria
Un pasado de luz y de alegría.

Y el recuerdo ... cadáver insepulto
Del bien que fué, parodia maldiciente,
Entre anchos velos de crespon oculto,
Viene á rendir á los dolores culto
De la vejez en la arrugada frente.

Ay! Como el sol su frente fatigada
Triste reclina en el dormido ocaso,
Así la senectud mustia, cansada,
Baja doliente hácia la tumba helada
Con lenta marcha y vacilante paso.

Sol que se pone, y vida que se acaba,
Luz que se extingue, y alma que se va,
Astro del mundo que ántes alumbraba,
Alma del hombre que ántes palpitaba,
Gigantes existencias muertas ya!

IV.

Al fin su crespon sombrío
Tendió la noche enlutada....
Quedó el cielo mudo y frio,
Como un sepulcro vacío
En el panteon de la nada.

De sombras anchos girones
Flotan en el negro espacio;
Enlutados pabellones
Que en fúnebres escuadrones
Pueblan el viudo palacio.

Y como cuervos tendidos
En la hosca inmensidad,
Lanzan lúgubres graznidos
Cual murmullos despedidos
Del mar de la eternidad.

En la tempestad que truena,
Nube que al romperse cruje,
La electricidad que llena
El hondo azul que resuena
De la borrasca al empuje.

Pronto un astro de consuelo,
Rasga del cielo el capuz,
Y ya disipado el velo,
Deja ver el ancho cielo
Bañado otra vez en luz.

Es la vírgen silenciosa
De la solitaria noche,
Que, tímida y ruborosa,
Asoma la faz hermosa
Por las rejas de su coche.

Así cuando la muerte muda y fria
Viene á apagar el sol de la existencia,
En torva noche se convierte el dia,
Que ántes brillante y fúlgido lucia
Del astro del placer á la influencia.

Abre la tumba su enlutado seno
Oscuro, tenebroso, ancho y profundo,
De misterioso horror y sombras lleno,
Para trocar en podredumbre y cieno
Los placeres y glorias de este mundo.

Y como tigre hambriento que se lanza
Sobre indefenso, tímido cordero,
La muerte airada hácia el mortal avanza,
Y un sepulcro le muestra en lontananza,
Término y fin de su áspero sendero.

Gemidos y lamentos y oraciones
Se oyen en torno de la abierta fosa,
Súplicas, ayes, tristes vibraciones
De amantes y dolientes corazones,
De almas heridas oblacion quejosa.

Mas en medio del luto y la amargura,
De los ayes del sér abandonado,
Un astro brilla, cuya lumbre pura
Se derrama cual fuente de ventura
Sobre las sombras del sepulcro helado.

Que esta noche tambien tiene su luna
Y de las nubes despedaza el velo,
Astro de paz, de gloria y de fortuna.
No temais: el sepulcro es una cuna
Mecida por los ángeles del CIELO.

Rionegro, diciembre 1.° de 1872.

EL GALLO.

POR MANUEL URIBE ANGEL.

Durante la última guerra que los españoles sostuvieron contra los moros, cuyo término final estuvo en la toma de Granada, y durante las guerras italianas que el vencedor peninsular mantuvo contra Cárlos VIII de Francia, el vicio de jugar dinero alcanzó en Europa, en España especialmente, proporciones incalculables: se jugaba siempre y por todas partes, con especialidad en los campamentos militares. El sacrificio de fortunas inmensas era diario y permanente; el furor por sacudir el alma con las emociones quebrantadoras del azar, habia saturado toda la fibra de la nacion española.

Luis de Manjarres, uno de los conquistadores de Santamarta, compañero de don Gonzalo Jiménez de Quezada, naufragó en las bocas de Ceniza, y estuvo nadando, sostenido sobre bancos de arena que se desmoronaban bajo sus piés, durante una tarde y una noche entera, al amanecer de la cual se prendió de la costa y se salvó, para ilustrar en seguida su nombre con clarísimas hazañas de soldado. Este aventurero referia que al caer en el agua, una sota nadaba junto a él, que fué lo último que vió al oscurecer, que á la mañana siguiente estaba todavía á su lado y que fué lo primero que distinguieron sus ojos con la luz. Agregaba que esa maldita carta lo perseguia en tierra y agua, en vida y en muerte, y que en el juego habia causado siempre su perdicion.

Muchos guerreros de los de Granada y de los de Italia vinieron á América en calidad de aventureros conquistadores, y trajeron muchas cosas buenas y muchísimas cosas malas.

Trajeron, por ejemplo, la cruz; pero trajeron los dados.

Trajeron la doctrina cristiana; pero trajeron grandes vicios.

Trajeron la Biblia, libro de muchas fojas sagradas; más tambien trajeron el naipe, libro de cuarenta fojas descosidas, fojas malditas que tanto mal han derramado sobre la humanidad de este Nuevo mundo. Trajeron, en fin, nuestros progenitores, desde el "cara ó sello", expresion la más simple de la suerte, hasta la ruleta y las cantarillas. Trajeron el maíz negro, los pares o nones, el *trique*, los bolos, el billar, el bisbis, la cachimona &, y----trajeron los gallos.

Las ciudades de las islas Antillas, como que fueron las primeras erigidas por españoles invasores, tuvieron tambien el privilegio de recibir las primicias de toda esa mies de corrupcion importada por nuestros antecesores para ser aclimatada en América. La ciudad de la Habana, en la isla de Cuba, se distinguió entre todas por la feracidad de su suelo para hacer germinar, crecer y fructificar aquella simiente.

Los combates de gallos se erigieron en la Perla de las Antillas en costumbre tan arraigada, que hoy la educacion de los gallos para la pelea y las cuantiosas apuestas á ellos, han venido á ser una especie de culto que tiene sus festividades habituales. Los gallos insulares gozan de gran celebridad en el mundo americano, y su raza extendida por todas partes, hace el contento y delicia de los jugadores. De allá han sido importados los mas famosos conocidos en esta tierra, y sus familias han crecido y se han multiplicado de un modo asombroso.

El primer gallo conocido en territorio antioqueño, fué traido por el lucitano Francisco César, en su primer viaje de exploracion á estas comarcas. Ese gallo se perdió á orillas de un rio de la parte occidental de este territorio, y no se tuvo mas noticia de él, hasta la entrada del licenciado Badillo, algunos meses mas tarde. Soldados de este capitan, pernoctaron á las orillas del mismo rio, y á la mañana del dia siguiente oyeron cantar el animal, posado sobre el ramaje de un árbol. Bautizaron el sitio con el nombre de "Rio de los gallos", lo cogieron y lo trajeron consigo. Es posible, sin embargo, que este gallo no dejara posteridad en el país, atendida la rapidez del viaje de Badillo; pero sea de él, sea de otro ú otros traidos despues, es muy cierto que la estirpe gallinácea está ventajosamente representada en este suelo por todos sus matices y variedades. Introducciones antiguas de esta útil familia; adquisiciones recientes y cruzamiento de especies, con más el esmero prolijo que se tiene en perfeccionar la raza, han producido el efecto natural de tener una variedad infinita de sugetos, variedad tan vasta y tan feliz, como la que con grandes esfuerzos y desvelos hayan podido producir ingleses, franceses y alemanes en la raza bovina, por ejemplo.

Desde el clásico gallo criollo, amigo inseparable de conquistadores y colonos, tesoro inapreciable de viejas campesinas, hasta el fino gallo inglés de pura sangre, aquí se tiene de todo en el género. Diversos tamaños: grandes, chicos y medianos. Diversos colores: rojos, verdes, blancos, negros, giros, marañones, gallinos, chaquiros &. Diversas calidades: criollos, mestizos, finos, ingleses, cubanos, perijaes, canaguayes, tufos. Sucede con ellos tanto como lo que sucede con la raza humana de por acá, que de todo tiene, ménos blanco pura sangre. El antropologista en un dia feriado, pudiera estudiar si quisiera, todas las curiosidades físicas é intelec-

tuales de que la descendencia de Adan es capaz, prévia la mezcla ilimitada de sus diferentes sangres: blancos amarillos, negros, indios, rojos, mulatos, zambos, mestizos, y entre ellos, cuarterones, saltoatras &, todo como en las gallináceas, que tambien pudieran ser provechosamente examinadas por el zoologista y por el aficionado.

Los romanos eran hombres francos en todo. Su barbarie, que ellos calificaban como civilizacion, mostraba todas sus caras á la luz del sol. Tenian circos y anfiteatros en que se daban espectáculos sangrientos con regocijo para todo el mundo: hacian que las fieras se devorasen unas con otras; que los gladiadores se matasen entre sí, é inmolaban á los que no creian, como ellos, en los dioses inmortales; pero sobre todo eso moralizaban poco ó nada.

Los ingleses han abolido la esclavitud de los negros y persiguen y castigan el tráfico de esclavos; critican y se horrorizan cuando se trata de fiestas de toros y riñas de gallos; pero permiten, ó por lo ménos toleran, el pugilato hasta la extincion completa de la vida humana. ¡Excentricidades propias de ingleses!

Entre los pueblos de orígen latino, aficionados al juego, aquí, verbigracia, cuando se trata de apostar á los gallos y de divertirse con sus peleas, unos censuran acrimoniosamente y otros aplauden con furor; pero entre tanto la costumbre prevalece, los gallos siguen combatiendo y el pueblo deleitándose en sus combates.

El gallo criollo no es gallo de pelea; es pesado en sus movimientos, cargado de carnes, y de carácter tímido y cobarde. Galanteador incansable, eso sí.

El gallo criollo es el gallo histórico, el gallo tradicional, el gallo de la pasion, el gallo del hogar, el amigo del perro de la casa, el reloj de la noche, el compañero inseparable de la familia campestre, el protegido de la señora y el obrero infatigable de las provisiones de cocina. Su historia viene unida á la defeccion de San Pedro en el huerto de los olivos, y por su estructura orgánica se puede calificar como perteneciente al estilo gótico. El gallo fino de pelea es de órden dórico, jónico ó corintio.

El gallo criollo no carece de belleza, ántes por el contrario la tiene en alto grado, y la saca de la majestad de sus formas, de la riqueza de su sangre y de los vistosos reflejos de su pluma. Es lástima que su cola sea corta.

Para juzgar la magnificencia de su porte y su mérito *personal*, es preciso verlo de pié. Sus miembros son ordinarios y broncos, pero su todo es admirable. Hay en su fisonomía *moral* algo que revela al mismo tiempo humildad y orgullo, pusilanimidad y soberbia; engola pronto, pero huye veloz. Su pico de color variado, pero siempre granívoro, es regular y perfecto; su cabeza roja con ojo luciente, tiene mejillas de plata bruñida; su cola abundosa y lisa, aunque escasa al centro, tiene la blandura del terciopelo y los reflejos del tornasol; sus flancos guarnecidos de un cortinaje espléndido, son lujosos y galanos como los fluecos de una colgadura imperial; su canto sonoro y grave, es dulce en ocasiones como un recuerdo de la infancia, y su conjunto á la vez que simpático, es valioso y estimable, como todo lo que es útil y provechoso al hombre.

El gallo criollo relaciona su existencia con la existencia económica, con la vida doméstica; pero como yo no pretendo hacer en este momento

la historia científica de las gallináceas, considero solamente el gallo bajo su aspecto social y en su relacion con las costumbres. Abandono, pues, criollos, copetones, calzados, enanos, churruscos, cochinchinos &, y llego al gallo inglés, al gallo de raza, al batallador de circo, al héroe, en fin, al guerrero tipo.

Un gallo fino de pura sangre, es un sér magnífico y sorprendente entre todos los séres de la creacion. Abstraccion hecha de sus variadas especies y atendiendo sólo á su carácter genérico, sus formas prominentes se destacan así: tamaño regular, apostura firme, movimientos veloces y acompasados, actitudes elegantes y sueltas, plumaje rico y vistoso, fisonomía alegre y grave al mismo tiempo, desenvoltura perfecta en sus cultos y bélicos ademanes. La cabeza del gallo fino es pequeña, su cresta y mejillas rubicundas, sus órbitas sin hundimiento, sus ojos salientes y móviles, claros y esféricos, su sangre bermeja y abundante, su vitalidad pasmosa y sus nervios enteramente galvánicos y sensibles. La gola de este animal es copiosa y brillante como el íris, lisa como el raso y suave como la piel de un niño. Levantada en señal de cólera, forma un círculo radiado, un ribete dócil y aéreo de belleza incomparable. Sus alas rígidas en extremo, están unidas al cuerpo por articulaciones, que tendones y ligamentos sólidos y compactos sostienen con energía y explican la resistencia incansable que el animal despliega en sus frecuentes batidas. A cada uno de sus flancos pende una madeja de plumas delicadas y flexibles, imitando la forma de las dos charreteras que cuelgan sobre los hombros de un general uniformado; pero más delicadas, más bellas aún que los entorchados de oro con que fabrican las últimas. Su cola erguida se eleva atrevidamente, formando un ángulo recto con el cuerpo y dejando caer con negligencia, pero con donaire, arcos caprichosos formados con las delgadas, lucientes y afelpadas plumas de sus lados. En el cuarto inferior de sus piernas va calzada su espuela, ligeramente curva y convexa hácia su parte inferior y cóncava por la parte de arriba, imitando dos finos y agudos estiletes dispuestos diestramente para el ataque. Siempre en armas, este gallo ordinariamente se recomienda por su gallardía; pero poseido por la cólera ó en sus momentos de cortejo y amor, su garbo y donosura son indescriptibles. Tal es, débilmente pintado, el animal de que trato, en tiempo de paz. En tiempo de guerra, es ménos bello físicamente, por culpa del hombre; pero su génio y carácter se elevan á una altura incalculable.

La idea absoluta del valor y de la temeridad no ha tomado su orígen en el hombre, como unidad ó punto de partida. El gallo ha debido ser el genitor legítimo de tal idea, así como de la que se tiene del coraje ilimitado, de la arrogancia y de la audacia en toda su extension. En el valor del hombre hay siempre algo de flaqueza y de combate consigo mismo; en el arrojo del gallo todo es espontáneo y natural; el primero vence el miedo por la inteligencia, miéntras el segundo es temerario por la carne y por la sangre. El hombre obedece á un cálculo; el gallo obedece á un instinto, instinto que no se halla desenvuelto en grado tan alto ni en el toro, ni en el tigre, ni en el leon, ni en la pantera, ni en ninguno de los otros seres de la creacion.

El gallo inglés tiene tan elevada idea de sí mismo, que si pasara por entre las dos piernas del Coloso de Ródas, á buen seguro que inclinaria la cabeza para no tropezarla contra el busto.

La sutileza de su vista y oido son tales, que muchas ocasiones el águila ó el milano, que pasan á distancia y en silencio imperceptibles para el hombre, provocan de su parte un movimiento de defensa instántaneo y lleno de gracia: se recoge, se apoya contra la tierra, inclina el ojo ligeramente cerrado hácia el cielo, cacarea rápidamente y dispone cuerpo y alas para volar huyendo al primer ataque.

Dije que la familia española tenia lindas disposiciones hereditarias para tentar fortuna en el juego, y es la verdad.

Antes se jugaba mucho, hoy se juega ménos. Antes jugaban todos, hombres y niños y hasta las mujeres. Las mujeres no deben jugar, porque los caprichos de la suerte son tantos y sus veleidades suelen conducir á situaciones tan difíciles, que en la exaltacion de una pérdida se verian quizá obligadas á jugarlo todo en "paro seco".

Los combates de gallos son un divertimiento para algunos y partidas de interes positivo para la mayor parte. Son espectáculos públicos, donde todo el mundo puede entrar, ménos los hijos de familia. La policía los permite mediante un derecho crecido, pues ella parece decirse: "Es preciso vivir de alguna cosa, es necesario gravar algo; las virtudes, no, porque ellas de suyo son harto gravosas; los vicios, sí. Vivamos de ellos"; y la policía vive de los vicios. Es un sistema fiscal como cualquiera otro; su moralidad es, por lo ménos, sospechosa. Pero qué demonios! El Gobierno debe ser ateo en todo el sentido que abarca la palabra.

Permitidos los combates de gallos, trato de presenciar uno y describirlo á mi modo, si es que tal escena puede describirse.

La gallera es un circo limitado de pedazos de madera de dos piés de altura, elevados verticalmente y unidos uno á otro para no dejar salida posible á los animales combatientes. El suelo de ese circo es bien nivelado y está cubierto por una ramada ó por un toldo de lona. Al rededor de ese circo, de pié ó mal sentados, se colocan los espectadores.

El público de ese lugar es un público heterogéneo y raro en su semblante. Considerado en sus momentos de ocio, es decir, cuando no hay riña, ese público es bullicioso y turbulento: habla, rie, grita, gesticula, pondera, deprime, fuma, escupe, pisotea, empuja, cambia de lugar, va, viene y secretea. Se diria, al verlo, que es una tropa de poseidos. Se parece algo á un mercado público, pero es mas innoble, más bastardo, de peor condicion.

Reunida la gente, reunidos los gallos y los Jefes que los dirigen, ya unos en frente de otros, comienza la lidia de casar la pelea.

Esta operacion lenta es enfadosa, puesto que da por resultado el fastidio de esperar. Uno de los animales es más grande que el otro, en concepto de un bando, y lo contrario piensa el opuesto; éste pesa más, pero el contrario tiene mala pluma; la espuela del uno es ménos larga; pero el otro ha dormido en la humedad. La raza, la descendencia, las peleas ganadas y perdidas, el dueño primitivo, el criadero, la historia, en fin, entera, antigua y moderna de cada uno de los antagonistas, viene al conocimiento de todo el auditorio. Por supuesto que en todo este tiempo salen de la boca de los casadores y aún de algunos

individuos más de los respectivos partidos, frases más ó ménos jactanciosas, chanzas ofensivas, exageraciones ridículas, ponderaciones extravagantes, satirillas indigestas, propuestas capciosas, intrigas de engaño, insultos, y en ocasiones encuentros de hombre á hombre ántes que tenga lugar el de los gallos. Toda esta algarabía va expresada en un lenguaje especial, dialecto significativo y grosero tomado á la profesion, porque es preciso advertir que el gallero tiene un vocabulario para su gasto. "Muerde de los pelos del buche, le dió en cincochorros, en el empate, en tatequieto, en el matadero" &, son frases que fuera de muchísimas otras, el hombre de este oficio lleva por todas partes en la vida civil, y con las cuales entra á veces, hasta en los salones, con pretension de hacer el espiritual, oportuno y talentoso.

Casada una riña y determinado el fondo de la apuesta principal, los bandos respectivos se dividen, cada cual con el fin de aguzar las espuelas de su gallo, de preparar su pluma y disponerlo para la lid.

Despues de afiladas las astas, se presenta un hombre con una tajada de limon, entre cuya carne las introduce, estruja y frota cuidadosamente. Ese caballero es el juez de gallos, y sus funciones son decidir todos los casos dudosos que se vayan presentando, y contra cuyas sentencias se refunfuña en ocasiones, pero no se apela jamas. La pequeña operacion que él ejecuta con el jugo del limon, tiene por objeto limpiar ó por lo ménos neutralizar algun veneno, que los contrarios hayan podido untar al gallo. Como se ve, esta precaucion es una delicada galantería recíproca que los jugadores se hacen; un homenaje rendido á la buena fe y á la probidad del enemigo.

Tienen razon, porque de un lado, la experiencia prueba que estos reprobados manejos han sido practicados en ocasiones; y de otro, el oficio imprime carácter y la trapacería y el dolo forman su tipo.

Antes de una pelea definitiva y por apuesta en el circo, los gallos han sido ensayados en uno ó más *aporreos* (voz técnica) y desprovistos de su cresta y barba. Preparadas las espuelas, el juez de gallos, con unas grandes tijeras, recorta la gola, melenas, plumaje de los lados, cola y hasta la vestidura del tronco y piernas á cada uno de los combatientes, si es que esto no ha sido hecho con anticipacion por los respectivos amos. Con esta mutilacion sacrílega, el animal pierde casi toda su belleza, y toda la perderia si eso fuese posible, pero no lo es.

Otra de las operaciones preparatorias consiste en refrescarlos, arrojándoles sobre la cabeza y debajo de las alas duches de agua fria, empujados por la boca de los careadores. Hecho esto, los gallos son puestos sobre la arena, los padrinos ó careadores se interponen un momento entre los dos adversarios, miéntras el público despeja el campo y toma su colocacion debida.

La algazara que precede y acompaña estos preparativos, se suspende de repente por un momento al tiempo de comenzar la lucha. La fisonomía de todos los concurrentes revela, sin poder ocultarla, una extremada agitacion nerviosa, de la cual no están exentos los careadores, pues uno, el que más confianza tiene en su adalid, aprovechando el momento de silencio, se pára de lleno en la mitad del circo, y miéntras que con el dedo indicador de la mano derecha lo señala, con un ligero movimiento giratorio

de cabeza y con el ojo brillante recorre la multitud y grita con voz entera y fuerte: "¡Veinte condores más á este gallo!"

Al mismo tiempo que esto sucede, los gallos puestos uno en frente de otro, prontos y ansiosos por dellogarse, y á pesar de la lastimosa desnudez de su espléndido ropaje natural, desarrollan bajo el influjo de la cólera, del odio ó acaso más bien del placer de matarse, desarrollan, digo, proporciones de alta nobleza, de alto brío y de altísima hermosura. Su marcha es pausada y majestuosa, su cuello erguido y soberbio, su ojo centellante y vivo, su cabeza móvil, su ademan seguro y firme y su conjunto heróico y sublime. Es entónces cuando su canto repetido y sonoro, alcanza los tonos del clarin que anuncia la batalla y la matanza. Las bandas bélicas que usan los hombres en sus combates, el relincho del caballo en medio del fracaso de la pelea, no son ciertamente de un carácter tan guerrero, como lo es el canto del gallo precursor de un duelo á muerte. En estos momentos su *persona* alcanza formas verdaderamente épicas, y si yo escribiera á fines de la última centuria, es cierto que llamaria á Caliope en mi ayuda, para cantar su epopeya. El sér mas simpático, mas interesante y mas estimable en una gallera, no es ciertamente el hombre, es el gallo.

Puestos á un lado los careadores y dejados en libertad los gallos, se arrrojan velozmente el uno sobre el otro. Esta primera parte de la querella, llamada *revuelos*, no es el ordinario sino el exordio del sangriento drama que ha de seguir. Rara vez, á no ser que la casualidad intervenga, ó que los adversarios sean de primera fuerza, hay heridas ó muerte en los *revuelos*. Los gallos en este primer acto se atacan de frente, cambian de puesto á cada tiro, hacen un cuarto de conversion y dan siempre la cara al enemigo. Nunca, jamas un floretista de oficio en un salon de armas, mantiene mas cuidadosamente su cuerpo en guardia. La soltura de los movimientos, la velocidad en el ataque, la destreza en la defensa y la maestría en los golpes, andan con más rapidez que la vista del hombre que las contempla.

En tiempos anteriores los guerreros no se contentaban con llevar en sus campañas simplemente el nombre bautismal ó de pila. La historia nos da, Ricardo corazon de leon, Cárlos el temerario, Parédes el esforzado, Gonzalo el invencible. Estos calificativos constituyen lo que se llama el nombre de guerra. Exactamente lo mismo se hace con los gallos cuando sobresalen por su valor ó habilidad. El Revólver, el Mascachochas, el Trueno, el Rayo, el Relámpago, el Bismark, suelen ser nombres tan populares y conocidos en las galleras, como puede serlo entre las naciones el de Molke, para no buscar mas ejemplos.

Pasado el preámbulo de que hablámos, los dos contrarios, cegados por la ira ó ansiosos del triunfo, suspenden repentinamente la prontitud del ataque, pero redoblan su violencia y su coraje. Entónces es cuando combaten tiro por tiro y cuando luchan pecho con pecho, cuerpo con cuerpo, pico con pico y espuela con espuela. Muerden, baten, hieren, esquivan, buscan y furiosos siempre y llenos de rabia se lastiman, se aturden, se degüellan,

se matan ó exangües y debilitados se paran, se arrodillan, ó caen al fin el uno junto al otro moribundos y agonizantes, pero combatiendo siempre y pareciendo decir cada uno como el Argante de Jerusalem: "Aun muriendo, vencido ser no quiero".

Hay ocasiones en las cuales uno de los combatientes se muestra tan eminentemente diestro, que más que un instinto parece poseer el arte de la esgrima. Cada uno de sus golpes va acompañado de una profunda estocada. Un lazzaroni napolitano, un bravo de Venecia ó un asesino calabrés, no asestarian sus golpes con tanta fijeza. De repente el asta entra por un ojo y las tinieblas se apoderan de los dos, su punta atraviesa uno de los vasos de la parte lateral del cuello y una copiosa lluvia de sangre salpica instantáneamente el suelo. A veces la herida cae sobre la cabeza, el animal es fulminado como por una centella eléctrica, pierde el conocimiento, se aturde, rebota sobre la arena, se eleva por el aire, salta por encima de la cabeza de los espectadores, grita, cacarea ó se queja lastimosamente. De cuando en cuando un golpe simple y que parece sin gran significacion, debilita el ardor del combatiente, su cara palidece, el ojo se marchita, cae y muere. Un golpe seco y sin sonido perceptible sobre la articulacion del cuello con la cabeza, deja al animal tan sólo el tiempo preciso para lanzar un gemido, caer sobre la arena, convulsionar cuerpo y miembros y perecer súbitamente.

Son tantos los incidentes ocurridos en este desafío cruel, que relacionarlos todos seria prolijo á la par que doloroso y mortificante. Asidos por el pico simultáneamente ó de carnes ya mortificadas, baten al mismo tiempo y caen entretejidos y revueltos, detenidos en su movimiento por las espuelas hundidas en uno y otro cuerpo. Con frecuencia el animal es herido de muerte con su propia arma, desviada al punto del ataque. Más adelante uno de los dos antagonistas , ó ambos, se mueven con dificultad; sus alas caen y se arrastran, sus piernas tiemblan, su cola se inclina, la cabeza cárdena y amoratada chorrea sangre; los ojos cubiertos por los párpados hinchados, ofrecen la ceguera absoluta; pierden el tino, embisten al acaso, muerden sin concierto ó desfallecen. Cuando el triunfo se decide por uno que queda todavía fuerte, el victorioso continúa el ataque; golpea, pone la pata sobre la cabeza del rendido, lo estruja, lo pisotea, levanta el cuello, canta y torna á la matanza y á la carnicería sin tregua y sin descanso. Muerto, todavía lo persigue y lo maltrata.

Esto y mucho más en cuanto á los campeones. Vuelvo al pueblo y examino su participacion en el asunto. Si el agresor es cruel y temerario, obedece á un ciego impulso de la carne; si el hombre es bárbaro y frio en estos casos, obedece á la razon pervertida. La peor parte queda para él.

Dije que al tiempo de comenzar la lucha los espectadores guardaban un momento de calma y de silencio, sin abandonar por eso su mal contenida exaltacion. Este sosiego dura poco y se acomoda siempre á las distintas peripecias del drama. En los lances sorprendentes ó en la vacilacion de la victoria, este silencio suele presentarse de nuevo y semejante al de un templo durante el sacrificio, ó al de una feria cuando pasa la Majestad. ¡Todo culto tiene sus momentos de recogimiento y reverencia!

Cuando, lo que pudiéramos llamar la parte dinámica del entusiasmo de los galleros, se desenvuelve en todo su vigor y en toda su energía, entónces esa multitud asume un aspecto singular. Un frio observador pudiera y debiera estudiar la humanidad en esos instantes, porque ese estudio de pura psicología, muestra el alma enferma por una faz asquerosa y repugnante.

En tanto que los combatientes se disputan valerosamente el triunfo, los apostadores levantan el bullicio y el estruendo á una altura que aturde y desvanece. El vértigo deberia ser enfermedad de galleras, así como la peste lo es de los campamentos militares. Este anuncia las heridas; aquél predice la muerte ó la huida de tal gallo; el vecino da con aplomo el triunfo definitivo á uno de los dos, y él jamas se ha equivocado; don Fulano redobla su apuesta; don Zutano *quiere abrirse;* el otro pasa al bando contrario; cual, á la menor ventaja, grita de un modo estridente: "Veinte onzas á mi gallo", quien se mueve airado y pára las apuestas; aquí se levanta un brazo para mostrar al tahur de enfrente con los dedos de la mano, el número de pesos convenido; allá dice álguien: "Fueron diez"; acá responde otro: "Fueron ocho". Pedro, en el colmo del frenesí, se agita en su puesto; bate con los brazos cuando su gallo bate; Juan agacha la cabeza, tiembla y se acurruca cuando el suyo está en peligro; Diego gesticula, tiembla y suda; un careador tranquiliza su inquieto bando; el contrario lo anima y asegura; la confusion sube de punto, los semblantes se alteran, los ojos brillan, las manos se mueven, las palabras se chocan, las risas van al lado de la blasfemia, el populacho se iguala con la nobleza, el plebeyo se hombrea con el blanco, el hombre de bien fraterniza con el tramposo, y tal que se avergonzaria de recibir en público el saludo de alguno, lo llama amigo en la gallera; las condiciones personales se confunden, el color de las fisonomías cambia segun las emociones del ánimo; Francisco se pone verdinegro como el agua del mar á la caida de la noche; Pablo está lívido como un cadáver, su hermano blanco como la cera, el que sigue tiene la expansion y la rubicundez de la dicha y la esperanza; y así diversos y acentuados matices por doquiera. En vista de todo esto, se diria que se está en una cueva llena de camaleones, cuyos reflejos cambian temblorosos al menor movimiento de la luz.

Un fisiologista sacara quizá algun provecho personal de su asistencia á riñas, porque al ménos confirmaria la exactitud de algunos fenómenos vitales de importancia. Él veria, por ejemplo, que un espolazo dado sobre la arteria carótida, en la parte lateral del cuello, produce la muerte instantánea del animal; que una herida que interesa sólo la vena yugular, es grave, pero no precisamente mortal; explicaria por qué cuando el asta entra por un ojo, la vision se extingue en ambos, aunque el órgano opuesto quede aparentemente sano; sabria que la lesion que cae sobre la articulacion del cuello con la cabeza, afecta la médula oblongada y mata de repente; que el aturdimiento resulta de una conmocion cerebral; que la parálisis de la mitad del cuerpo proviene de una herida recibida en el hemisferio cerebral opuesto; que golpeado ó herido el cerebelo, el gallo al batir cae sobre la cola y retrocede en lugar de avanzar; que si el arma interesa la columna vertebral, hay parálisis en la una ó en las dos piernas, y así de otros accidentes que con frecuencia ocurren. Hasta estoy por pensar que un médico fisiologista atento é instruido, llevaria grandes ventajas en este juego.

En los entreactos suelen ocurrir cosas dignas de mencion. En un grupo se paga el dinero perdido; se disputa en otro sobre la cuantía de una apuesta; se analizan los lances del combate, se disiente sobre muchos puntos y suele haber más calor de espíritu y de genio que el que se requiere. Por influjo del mal humor causado por la pérdida; por el estímulo que produce el ejemplo de bravura que dan los gallos; por la vista de la sangre que ha corrido; por la irritacion proveniente del tumulto y de la gritería, y no pocas veces por la intervencion de las báquicas líbaciones que suelen entrar en el divertimiento, el lenguaje de algunos se descompone, el insulto suele ser de buen calibre, la soberbia invade, las amenazas cunden y luégo asoman la navaja, la cachiporra, el puñal ó el revólver como la última razon de toda querella. En esa situacion suele haber entre hombres, certámenes sangrientos y deplorables; pero en general, por mucho que sea el aparato, la conclusion es en raras ocasiones luctuosa, porque entre tahures hay docilidad de carácter, el odio pasa pronto, el resentimiento no existe y el vínculo sagrado del vicio liga en breve los corazones. Insultos que en las circunstancias ordinarias de la vida civil no se lavarian sino con sangre, en el angusto recinto de un garito pasan casi desapercibidos, ó por lo ménos son prontamente perdonados y olvidados. Un momento despues, al dia siguiente ó en la próxima funcion, hombres que parecian querer entredevorarse y que se habian ultrajado hasta la deshonra, se presentan ante el mismo público brazo con brazo y tan amigos como Pithias y Damon, ofreciéndose hasta morir el uno por el otro. El billar mismo con todos sus inconvenientes, comparado con la gallera, puede ser reputado como un lugar de recogimiento y penitencia; casi como un monasterio de inocentes monjas.

En cuanto á trapacerías, trampas, fraudes, engaños, astucias, redes, infidencias &, el curioso puede oir un veterano encanecido en el oficio y sabrá linduras y maravillas.

Yo presencié todo esto y mucho más que no cuento. Recorriendo con la vista la corporacion entera, iba á lanzar un fallo afirmativo y cruel como la escena misma; pero atendida su gravedad me contenté con murmurar entre dientes: "Los que estamos aquí no parecemos hombres de bien"; y me salí.

Medellin, á 27 de mayo de 1871.

QUIERO SER GATO. *

POR JUAN JOSE BOTERO.

"Me dijo: escucha, sabe que quiero
Darte una prueba de mi bondad."

G. G. G.

Si Dios dijera:
Ven acá Juancho,
Dime qué quieres.
¿Quieres acaso
Ser mucha cosa
Ó no ser algo?
Quieres ser bueno,
Quieres ser malo,
Ser un demonio
Ó ser un santo?
Quieres ser rico,
Quieres ser sabio

(*) Inédita.

Ó ser un necio
De largo á largo,
Sin luz de genio
Sin un centavo?
Quieres ser ave
Aguila ó gallo
Jilguero, mirla
Torcaz ó pato,
Un lagartijo,
Un feo sapo
Ó algun cuadrúpedo
Como el caballo?
Quieres ser perro?
Quieres ser asno?
Quieres ser tigre?
Quieres ser gato....?

Oh! Dios del cielo
Dios bueno y santo,
Yo le dijera,
Entusiasmado,
Si acaso quieres
Servirme en algo,
Si de este pobre
Te has acordado,
Yo quiero hablarte
Claro muy claro,
Ser lo que he sido
No es de mi agrado,
El hombre pasa
Tantos trabajos
En este valle
De duelo y llanto!
Si uno es pequeño
Lo andan pisando
Y es un estorbo
Si acaso es alto;
Si es uno pobre
Malo, muy malo,
Si somos ricos
Todo es cuidados,
Si feo, *ellas*
No le hacen caso,
Y si bonito
De uno es esclavo,
Si con las *jembras*
Hemos peleado,
Qué desazones
Las que pasamos;
Más si sucede
Todo al contrario,
Y uno con ellas
Se enreda ¡diablos!
Los pobres hombres
Sufrimos tanto
Que en esta vida
Todo es trabajos.

¡Dios Poderoso!
¡Dios Bueno y Santo!
Yo le dijera
Con mucho acato,
Si es que pretendes
Servirme en algo,
Si aliviar quieres
Al pobre Juancho
Dándole un dia
Algun descanso,
No me hagas necio
Ni me hagas sabio
Pobre ni rico
Bueno ni malo,
Bonito, feo,
Corto ni largo,
Fiero demonio
Ni humilde santo,
No me hagas ave
Águila ó gallo,
Jilguero, mirla,
Torcaz ó pato,
Ni lagartijo
Ni feo sapo
Ni tan cuadrúpedo
Como el caballo.

Sabes Dios mio
Por lo que aclamo?
Oye y perdona
Mi desacato,
Sin que lo tomes
Á gran pecado:
Sin yo sentirlo
Sin saber cuándo
Así, de pronto
Vuélveme gato....

Gato ser quiero,
Pero no, *gato*
De dos patitas
Y de dos manos,
Gato de pelo
De uñas y rabo
De cuatro patas
Y que haga: *miau.*

Quiero ser libre,
No ser esclavo,
Vivir durmiendo
En los tejados,
Andando solo
Siempre robando
Siempre comiendo
Buenos bocados,

Sin afanarme
Por el *mercado*
(Del comestible
Es que yo hablo).
Ni por chaquetas
Ni por calzados,
Ni por muchachas
Ni por muchachos
Ni por Cristico
Ni por el diablo....
Entrando á solas
Y paso á paso
Á las cocinas
Donde hay guizados,
Y en los festines
Y en los zaraos,
Comiendo todo
Lo de mi agrado,
De dia durmiendo
De noche andando
Por los canceles
Y por los zarzos,
Y en las despensas
Que es un encanto,
Buenos chorizos
Quesos curados
Jamones, lenguas,
Siempre tragando....
Luego á paseo,
Salir al campo
Y si deseos
Me dan de pájaros
Comerme uno,
Dos, tres, ó cuatro;
Volviendo alegre
A mis tejados
Donde el sol quiebra
Sus tibios rayos,
Y allí al sonido
De un dulce piano
Echando al cuello
Mi fino rabo,
Irme tendiendo
De largo á largo,
Tan perezoso
Tan descuidado
De las miserias
De un mundo vano!

—

Y habrá quién goce
Como los gatos?
Y habrá quién viva
Tan descansado?
Y habrá quién coma
Tan sin trabajo?
Y habrá quién duerma
Tan sin cuidados?
Si esta no es vida
Mejor no la hallo.
Oh! Dios del cielo,
Dios Bueno y Santo
Si acaso piensas
Servirme en algo,
Si aliviar quieres
Á este tu Juancho:
AHORA MISMO
VUÉLVELO GATO.

Junio–1878.

DISCURSO

en la instalacion de una asamblea electoral.

POR MIGUEL URIBE RESTREPO.

Señores.

La República entera agitada y conmovida por grandes y vitales intereses; todas las asambleas electorales reunidas hoy, acaso en este mismo instante, á fin de llenar las graves y delicadas funciones que la ley atribuye, ¡qué espectáculo tan grandioso, tan sublime y tan digno de fijar la atencion y las miradas del filósofo político, que entrevé ya y columbra por entre el denso velo de los tiempos, la gloria y los altos destinos de la patria! No se puede contemplarlo, honorables electores, sin experimentar una viva emocion de patriótico entusiasmo, sin adherirse fuertemente, sin enamorarse cada vez más de la belleza, de los encantos,

y de las ventajas del sistema popular representativo. De ese sistema, señores, invencion feliz de los tiempos modernos, que no reconociendo más soberano que al pueblo, ni otra autoridad que la de la ley, es al mismo tiempo el más razonable, el más conforme á la naturaleza de las cosas, el mejor calculado para promover la felicidad comun, y para fijar sobre bases justas é inalterables el imperio de la libertad. Libertad santa, prerogativa inestimable conferida al hombre por la mano misma del Creador en la efusion de sus bondades y de su munificencia; ¡qué bella, qué augusta, y qué sublime apareces á mis ojos en estas ocasiones solemnes é importantes, en que el pueblo granadino se reune, no ya como los antiguos pueblos de la Grecia y Roma de una manera estrepitosa y tumultuaria para decretar el ostracismo á sus más grandes hombres, y para turbar, y confundir, y trastornarlo todo, sino de un modo pacífico y juicioso para nombrar sus mandatarios! En el que se reune, lo diré mejor, para ejercer un grande acto de la soberanía nacional, acto verdaderamente espléndido y augusto, con el cual tampoco tienen nada que ver los decretos y mandatos trazados en los gabinetes de los reyes, porque estos no son comunmente más que la expresion de sus caprichos, al paso que lo que vosotros vais á hacer, será la expresion de la voluntad pública regulada por la ley.

Mas, para que esto sea, señores, verdaderamente así, para que vuestros sufragios procedan de acuerdo con el voto y las necesidades públicas, para que no se frustren infaustamente las sábias miras del *Pueblo legislador*, ¡qué la Patria se presente en este momento á vuestros ojos en toda su augusta majestad! ¡qué su imágen sagrada venga á ratificar vuestros sentimientos, y á ilustrar vuestros consejos! ¡Que desaparezcan á su presencia, como las nieblas á la del sol, el interes particular, el egoismo, la ambicion, las prevenciones, los odios, la discordia..... Aquí, en este santo y respetable lugar, vosotros no sois individuos de familia; aquí no teneis padres, parientes, deudos, ni amigos: ni sois tampoco aquí agricultores, comerciantes, hombres de leyes, militares, ó civiles. Sois ciudadanos, ciudadanos electores, perteneceis á la Nueva-Granada. No veais, pues, más que á la Nueva-Granada y sus necesidades al cumplir vuestro mandato.

Nada me permitiré deciros acerca de las eminentes dotes de que deben hallarse investidos vuestros candidatos, y sobre todo, señores, esa persona tan feliz como desgraciada que haya de ocupar la primera magistratura del Estado. Se trata de una eleccion, y esta necesariamente es un acto espontáneo y libre de vuestra voluntad, que no debe ser ni prevenido ni influenciado. Los pueblos como los individuos tienen para su conservacion un instinto seguro que los guíe; entregaos con docilidad á ese fuerte y poderoso sentimiento, oid de buena fe las inspiraciones de vuestra conciencia, ved, os lo repito, nada más que á la Nueva-Granada, consultad al bien general del pueblo.

Si obrais, señores, de esta manera, yo me atrevo á pronosticaroslo, vuestro acierto es seguro, y la patria será salva.

Medellin, 1.° de agosto de 1836.

EN EL ALBUM

de la señorita Isabel Bunch.

POR GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

I.

Coronada de flores y cantando
La alegre juventud viene á la vida;
No halla una zarza su flotante manto,
Ni su planta ligera halla una espina.

El recuerdo del cielo que abandona
Se mira retratado en su sonrisa,
Y en el fondo se ve de su mirada
La esperanza del mundo que imagina.

Las ilusiones en tropel vistoso
Revuelan sin cesar ante su vista,
Sonidos armoniosos murmurando,
Murmurando de amor frases divinas.

Marcha confiada, y en la abierta senda
Ni el llanto observa ni las tumbas mira,
Pues se entretiene en deshojar las flores
Que de su sien en la guirnalda brillan;

Y en el sendero que feliz recorre,
No halla un abrojo, ni su pié vacila,
Pues las flores que arranca á su corona
Entapizan la senda de la vida:

¡Pobre turpial, que los espacios puebla
Con el acento de su voz divina,
Y los alambres de su jaula cubre
Con el plumaje que á sus alas quita!

¡Inocente y voluble mariposa,
Que vuela errante en la extension perdida,
Regando el polvo de sus alas de oro
Por dondequiera que inconstante gira!

Y delirando amores y placeres,
La juventud, soñando con la dicha,
No halla una zarza su flotante manto,
Ni su planta ligera halla una espina.

II.

Tú vienes á la vida sonriendo
De bellas flores con la sien ceñida,
Y sin temor del porvenir incierto
Pues la luz de tus ojos lo ilumina.

Oh! quiera el cielo que en tropel vistoso
Las ilusiones por doquier te sigan,
Y con sus alas encantadas cubran
El sendero escabroso que transitas!

¡Que la guirnalda de modestas flores,
Que pura en torno de tu frente miras,
No se marchite al fuego de los años
Y conserve su aroma y lozanía!

El palpitar del corazon deshoja
Las bellas flores que la sien ceñian,
Y una corona deshojada hiere
La misma frente que adornara un dia.

Mas la guirnalda se conserva intacta
Cuando inocente el corazon palpita.
¡Que inocente el latido siempre sea
De tu inocente corazon de niña!

Ave feliz! que en tu dorada jaula
Nunca mires tus plumas desprendidas!
Mariposa inocente! que conserves
El polvo de oro que en tus alas brilla!

¡Quiera el cielo, Isabel, como yo quiero,
Que en la senda escabrosa de la vida
No halle una zarza tu flotante manto,
Ni tu planta ligera halle una espina!

ESTADO NATURAL DEL HOMBRE.

POR LUCIANO CARVALLO.

La perla, que se forma en la concha nacarada, no ostenta los reflejos de su brillante tersura si el buzo no la extrae del fondo de la mar.

Tal es la mente humana: envuelta en densas nubes aparece en el hombre, y no resplandece en la Historia, si una enseñanza eficaz, que la vivifique y fecunde con el poder de la palabra, no hace surgir de ella el verbo del espíritu, la vida del pensamiento.

La instruccion es el buzo que saca la inteligencia de la mar de la ignorancia ó de los abismos del error; y la lustra y abrillanta para que se refleje en sus ideas el esplendor de la verdad.

¿Pero no es la enseñanza un proceder contrario á las tendencias del espíritu? ¿No nace el hombre sumido en la ignorancia? Y no será la ignorancia su estado natural? ¿Y es justo, es racional, enmendar la obra de la naturaleza? ¿Es el hombre más sabio que el que dictó leyes al mundo, ó tiene títulos para interpretar algunas y corregirlas á su antojo? ¿Con qué derecho se toma al espíritu del hombre y se le enfrenan sus pasiones y se le ordenan sus apetitos y se le ilustra su inteligencia?

Hobbes, con su lógica audaz, enseñó que el estado natural del hombre es la guerra; Rousseau, con su pasion, proclamó que era la vida errante, la vida de los bosques. Tales sistemas que encuentran la perfeccion de la naturaleza humana en las cavernas y selvas; en el brutal desarrollo de todos los instintos, de todos los apetitos, de todas las inclinaciones; en el amor inculto; en la vida selvática, sin ningun concierto, ninguna armonía, entre ese gran complexo de facultades que constituyen al hombre, son doctrinas devastadoras contra las cuales se rebela el profundo sentimiento que el género hummano tiene de la alteza de su dignidad.

¡ La guerra el estado natural ! ¡ La naturaleza destruyéndose á si misma ! ¡ El hombre esforzándose en llegar al no ser y esto por una ley de su propia organizacion ! ¡ Qué delirio !

Las selvas y las cuevas; el placer sensual desenvuelto en todas sus faces; el apetito satisfecho en todas sus manifestaciones; el hombre arrastrado por brutales instintos, dominado por ardorosos deleites, sin razon que le dirija, ni libertad que le eleve. ¡ Qué abyeccion !

Vivir en perpetua guerra para destruirse á sí mismo es contrariar la gran ley natural de la propia conservacion.

Vivir vida selvática, en que los elementos morales y la fuerza intelectual pierden toda su valía, es tambien contrariar otra gran ley natural, comun á todos los séres: el desenvolvimiento progresivo de todas sus propiedades.

Por consiguiente la guerra y la vida de los bosques son estados violentos, contrarios á las leyes que presiden el desarrollo de la organizacion humana.

¿Cuál es, pues, el estado natural del hombre?

El desenvolvimiento armónico de todas sus facultades para desempeñar el papel que la Providencia le ha designado en el vasto plan del Universo, es decir, la perfeccion.

¿Es por ventura el capullo el estado natural de la azucena, y el huevo el estado natural del avestruz?

Si así fuere, violentad la naturaleza para que no vista la tierra sus hermosísimas plantas ni se pueble de animales.

Si así fuere, decid á la humanidad que arruine los monumentos; destrulla las ciudades; desvaste los campos cultivados; anatematice los descubrimientos, la Historia, la Filosofía, la expresion artística de la belleza ideal, la ciencia toda, y se repliegue á los desiertos á buscar albergue en las cavernas, alimento en las frutas, en las hojas y pieles su vestido!

Si así fuere, maldecid esos cuarenta siglos del mundo antiguo y esos diez y nueve del mundo moderno, en que la humanidad atormentada por su ingénito dolor y cruelísima ignorancia, ha venido conquistando, con trabajos constantes y sudores perennes, la luz de la verdad, el imperio de la razon, el desenvolvimiento de la libertad en el deber, la nobilísima expansion del sentimiento, la norma de las costumbres, la direccion de los instintos, la cooperacion de la naturaleza material en favor de su primacía, y todo ese cúmulo de medios apropiados para embellecer su existencia, ennoblecer su asociacion y elevar su espíritu con la impresion de la verdad, que es lo que llamamos civilizacion y progreso!

Si así fuere, decid á esta civilizacion qué del Gólgota para acá ha venido creciendo como aquella "piedra que sin mano alguna de hombre se

desgajó del monte, y despues de haber reducido como á tamo de una era de verano, los imperios del mundo, se hizo una gran montaña que hinchió toda la tierra", decid, repito, á esta civilizacion bella y grandiosa, que haga alto en su marcha; que apague la lumbre de la ciencia; que desnude al corazon de sus santas esperanzas y á la inteligencia de sus excelsas creencias; que arranque á la imaginacion y al sentimiento la aureola de la poesía y de la belleza estética; que oprima con el despotismo la libertad justa y digna; que desate instintos y extinga el deber; que encienda la guerra y reduzca á pavesas los frutos de la paz; que empañe con el descaro del cinismo el suave reflejo del pudor; que convierta la fraternidad en tiranía; que sustituya á la luz, las sombras; al órden el caos; y que torne al hombre á ese estado primitivo, sueño de los insensatos!

¿ No palpais el absurdo de tan repugnante doctrina?

Necesario es, pues, proclamar con el cristianismo que el estado natural del hombre es la constante aspiracion á una felicidad inacabable, colocada más allá de los límites del tiempo y de los remates del mundo; y el progreso perpetuo de la inteligencia, la libertad y el amor.

El rayo del sol al pasar por un prisma de cristal se refringe y descompone en primorosos colores. Así la verdad matriz al pasar por la inteligencia, se descompone y divide en infinitas verdades, generadoras del progreso. Débil nuestro entendimiento no da paso franco á toda la verdad, y, como un prisma de óptica, la divide y clasifica para poder asimilársela y alimentarse de ella.

De esta manera la debilidad de la inteligencia engendra la diversidad en las ciencias; y cada ramo del saber concierne á cada faz de verdad, á cada rayo de luz, de que el alma se apodera con su vision intelectual.

Por eso el hombre adora; y la religion le enaltece, le vivifica y le ilustra. Calcula; y surgen las matemáticas con el prodigio de sus fórmulas, erigiéndose en criterio del mecanismo universal. Observa los cuerpos y fenómenos que le cercan; y la Química y la Física se constituyen intérpretes del misterio de las esencias y de la rica hermosura de las escenas del mundo. Habla; y la Filología y la Gramática aproximan las lenguas, pulen los idiomas y vigorizan la expresion. Eleva su pensamiento á Dios y al Angel, le repliega sobre sí mismo, le extiende al mundo---- y nace la Filosofía que se encarga de robustecer el sentimiento de su dignidad, de guiarle para inventar y de auxiliarle para descubrir. Imagina y siente con vivísimo entusiasmo; y la Poesía y el Arte comunican al espíritu la suave uncion del amor, y dan á las formas plásticas la expresion de lo infinito-- Pero no es fácil contar tantas fuentes de progreso ni tantos focos de luz, que irradiando en todo sentido y convergiendo á un mismo centro, constituyen, en conjunto, las preciosas armonías de la civilizacion moderna.

Las sociedades progresan en tan variados caminos. La humanidad aspira, con incesanto vehemencia, á una Verdad absoluta, á un Bien infinito, á una Belleza inmutable, y buscando con ardor esos grandiosos objetos, deja en la historia del pensamiento humano los surcos luminosos de sus perseverantes labores.

Tál es el destino del hombre, su estado natural: progresar constantemente en el campo de la Verdad, del Bien y de la Belleza; aspirar á la perfeccion.

Mas todo progreso debe subordinarse á la verdad revelada, porque ella es la síntesis que contiene el arcano de la Providencia y el misterio de la humanidad.

Ufanas las sociedades en estos últimos tiempos con el progreso de las ciencias, por el lado material, han desdeñado la verdad moral y la verdad religiosa.

Bueno es que el hombre en su gabinete con una cuartilla de papel, un lápiz y un compas, mida con exactitud la fuerza de los vientos, el girar de la tierra y el rodar de los cielos.

Bueno es que sorprendiendo los secretos del mundo haga de un hilo metálico el maravilloso mensajero del pensamiento humano.

Bueno es que vigorice el lenguaje, hable con pureza, escriba con elegancia.

Bueno es que torne la amargura en placer, en salud la enfermedad, en fuerza la languidez.

Bueno es, en fin, que obediente á la ley progresiva de la civilizacion, ande, avance y conquiste en el vasto campo del saber.

Pero esta civilizacion sin moral, este saber sin religion, es la civilizacion automática, la civilizacion materialista, siempre carcomida por el brutal sensualismo. No es la civilizacion metafísica, espiritual y fecunda que ilumina la conciencia y santifica el corazon; que embellece el alma y vigoriza el cuerpo; que deja en las ciencias y en las artes los diáfanos reflejos de su celeste inspiracion. No es una civilizacion austera, fortalecida por el sacrificio, sino una civilizacion voluptuosa enervada por el deleite. Es una civilizacion efímera, brillante si se quiere; pero no una civilizacion perfecta, una civilizacion inmortal.

1872.

ANTIOQUIA! (*)

Cancion.

POR ARCESIO ESCOBAR.

I.

Cuando Colon tendió su vuelo de águila
Sobre las olas del hinchado mar,
Halló escondido en medio del Océano,
Un mundo bajo un cielo de cristal.

En ese mundo el Genoves intrépido
Desplegó de la España el pabellon
Y dormida á la sombra de ese lábaro,
Tres centurias la América vivió....

Despues sobre la cumbre del monte Ávila
La voz de libertad un hombre dió,
Y al escuchar esa palabra mágica,
Un pueblo esclavizado despertó.

(*) Inédita.

Hubo un combate entre el Condor de América
Y de España el cruelísimo Leon;
Morillo fué el Leon de la metròpoli,
Y Bolívar de América el Condor.

Sobre la sien del humillado déspota,
Su espada puso el héroe vencedor
Y un pueblo libre, jòven, y magnánimo,
Apareciò en el mundo de Colon....!

Y en ese mundo de montañas ásperas
De grandes horizontes como el mar,
Existe Antioquia, la region aurífera
Suelo de amor, de bendicion, de paz.

II.

Revestida de selvas románticas
Bajo un cielo sereno y azul,
Por el sol refulgente del trópico
Sus montañas bañadas de luz,

Es Antioquia la perla de América,
De Granada el hermoso verjel,
De los héroes la cuna magnífica,
Y de un mundo el precioso joyel.

Viste galas de pompa selvática,
De laureles corona su sien,
Es la reina de un mundo poético
Y de amor y riquezas Eden.

Flota izado en sus montes el lábaro
De Granada la libre nacion,
Y ese hermoso pendon es el símbolo
De la gloria, la fuerza, la union.

En el suelo de Antioquia no hay déspotas,
Solo el pueblo es el único rey,
Y ese pueblo moral y demócrata,
Es guardian del derecho y la ley.

En sus hijos no hay clases, ni títulos,
Los hermana la santa igualdad,
Ese dogma divino, evangélico
Que en la tierra fundara Jehová.

De Colombia en los fastos históricos
Está escrita su gloria marcial,
Con la sangre preciosa de mártires
Cuya fama es su aureola inmortal.

Medellin, 1856.

"TEMPLADO POR EL TRISAGIO".

POR HERMENEGILDO BOTERO.

Medellin, 10 *de junio de* 1878.

SEÑOR DOCTOR NICOLAS F. VILLA.

Mi apreciado amigo:

En una conversacion que tuvimos usted y yo en dias pasados, con nuestro respetable amigo el señor doctor Manuel Uribe Angel, se habló muy de paso, de ciertas expresiones de nuestro idioma que, por su estructura y por su significado, están fuera de la jurisdiccion de la Sintáxis y de las definiciones del diccionario español. Esto me hizo recordar lo que dijo don José Selgas sobre lo que él llama *frases hechas*, que existen sin estar subordinadas á ninguna regla. Mencionó el señor Selgas especialmente aquellas frases, "*á ojos vistas*" y "*estar pelando la pava*", frases en que, como se ve en la primera, ni *ojos* es femenino, ni *vistas* masculino, y sinembargo ella sigue su curso, sin que la Sintáxis se dé por entendida, notándose que la segunda no quiere decir que se le estén quitando plumas á una ave, ni que ésta sea una pava; de modo que el diccionario tiene qué guardar silencio en vista de la trasgresion expresa que se hace de sus definiciones.

Existe, pues, un trastorno ó desórden, que sin duda será de gran tono, pues tiene cabida en el uso comun de los grandes hablistas.

Pero ¿qué dirémos de las frases que podemos llamar provinciales, que han tomado asiento en el lenguaje vulgar sin título conocido? Me permito recordarle una de ellas.

De un individuo que en fuerza de sus convicciones se muestra incontrastable en ciertos asuntos, oimos decir: "*está templado por el trisagio*". Sinembargo no se trata de un instrumento que ha de dar ciertos tonos, sino de un hombre que quiere imponer su voluntad, ó que no transige con las ideas de los demas aun cuando sean razonables y juiciosas.

Hablo de esta frase porque oí decir á uno de nuestros hombres públicos más instruidos, que ella habia nacido en Antioquia, en cierta ocasion que indicó y que, segun dijo, fué esta.

Vivia en una ciudad del Estado el honrado señor Leandro Contréras, que ejercia la no ménos honrada profesion de violinista. Este señor fué invitado en cierto dia para que fuera á tocar el violin en una casa retirada de la ciudad, donde se debia cantar un trisagio. A fin de que la invitacion tuviera todos los caractéres de seductora, se le hizo para un sábado en la noche. Usted sabe, mi buen amigo, que el sábado en la noche es como el punto *acápite* que se pone en la serie de las mortificaciones de la vida. Sea porque la esperanza de gozar algo en el dia feriado que está en puertas, es más significativa que la realidad, ó sea porque á nada serio se nos puede arrastrar en dia domingo, el hecho es que desde la cita amorosa más platónica hasta la orgía mas insensata, figura en casi todos estos incidentes un sábado en la noche. La taza de té que se ha de tomar con un amigo íntimo; la reminiscencia de escenas que pasaron y que están cubiertas con

el pluscuamperfecto, como con la losa del sepulcro, y todo cuanto tenga algo de confidencial, se aplaza para un sábado en la noche. Convengamos, pues, en que la invitacion hecha al señor Contréras fué muy diplomáticamente manejada. Como lo veremos, los resultados están de acuerdo con este concepto.

El señor Contréras desde la mañana del sábado consabido, se afeitó; puso cuerdas nuevas á su violin; reconoció el correaje de su avío de montar, é hizo traer una mula vieja que tenia pastando en los ejidos de la ciudad. Con una impaciencia juvenil ensilló la mula desde ántes de las once de la mañana y se puso las prendas que constituian sus vestiduras de viaje. Sobre el coginete del lado de montar aseguró con unas correas el talego de bayeta que contenia el violin, y para completar un golpe de vista simétrico se colgó en la muñeca derecha un foete grueso de antigua construccion con abrazaderas de plata. Montó lleno de entusiasmo; pero al salir de la casa creyó que debia hacer participar de sus goces á algun otro sér, porque el egoismo no tiene cabida en los corazones llenos de satisfaccion y de contento. Recordó que en el corredor tenia una mica y determinó llevarla á la casa de la funcion, donde esperaba que lo pasaria muy bien: puso un maleton en el arzon trasero de la silla, y sobre él colocó la mica, atándola en la hevilla de la grupera. Quedaron, pues, á la izquierda, el violin, á la derecha, el famoso foete, y en la parte posterior la mica, ocupando estos tres objetos, poco más ó ménos, los tres vértices de un triángulo isósceles, en cuyo centro se ostentaba la simpática fisonomía del honrado violinista.

Puesto en marcha este interesante grupo, se presentó á poca distancia de la ciudad un pequeño recuesto, que hizo el señor Contréras que lo salvase la mula de un solo galope; pero como la pobre no estaba ya para gracias, se detuvo jadeando en la parte más alta. El señor Contréras se conformó con que estuviera *treguando* la mula, como dicen nuestros viajeros; pero para no desperdiciar momentos, sacó el violin, lo templó y preludió la pieza con que debia acompañar el canto del trisagio. Satisfecho del primer resultado, se preparaba para ensayar un variante caprichoso de compases que pensaba introducir en el acompañamiento para el canto; pero en este instante se estaban cumpliendo graves acontecimientos en la parte posterior del grupo. La mica habia oido, debajo de sus plantas, ruidos extraños que la hicieron concebir serios temores por su autonomía, y tratando de averiguar la causa de tales rumores, se habia inclinado para ver qué era lo que estaba sucediendo. En este momento observó algo extraordinario, y creyendo que habia llegado el *casus belli*, tan controvertido entre los publicistas, sin deliberacion alguna, metió una mano como en actitud de contener un desborde. La mula, por su parte, notando que tan extraña intervencion violaba todos los principios de derecho público en materia de neutralidad, comenzó á dar brincos. El señor Contréras levantó rápidamente el brazo izquierdo con el violin en la mano para precaverlo de toda contingencia, y asió fuertemente con la derecha la cabeza de la silla; pero como la mica habia perdido el equilibrio, y andaba por las cerdas de la cola de la mula, tratando de recuperar su primitiva posicion, el movimiento se hacia cada vez más vertiginoso. Al fin el señor Contréras cediendo á tan irregular vaiven, cayó en una falda muy pendiente y rodó por ella sin poder evitarlo; pero con un empeño tenaz, llevaba en alto el brazo izquierdo, atendiendo exclusivamente á la seguridad del violin. Por

último, el movimiento involuntario de todo su cuerpo cesó al pié de un cercado, y en el acto, colocándose de espaldas el artista, sin curarse de averiguar si se le habia roto algun miembro, recorrió las cuerdas de su instrumento y notó que le daban los mismos tonos en que las habia puesto. Entónces, lleno de esa satisfaccion, que podemos llamar resignada, con que Francisco I dijo "todo se ha perdido, ménos el honor", el señor Contréras, como contestando á un pensamiento que lo atormentaba, exclamó: "Sí, está templado por el trisagio"

Tal es el orígen que, me han dicho, tiene esta frase. Yo creo que los antioqueños debemos respetarla como la demostracion del entusiasmo artístico de un amable compatriota nuestro. Hablo sólo de respeto. En cuanto al uso de la expresión, quisiera oir la respetable opinion de usted.

Entre tanto me repito

Su atento amigo y afectísimo servidor.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

POR FRANCISCO OSPINA ALVAREZ.

I.

Qué es la Fe?
Rayo de un sol que presta su blancura
A las paredes de la tumba fria;
Perfume blando que á la tierra envia
El solo que es Criador, á su criatura;

Beso que dió la madre con ternura,
Al hijo de su amor, miéntras dormia;
Estrella amiga, protectora guia,
Que rasga el velo de la noche oscura.

Esa es la Fé! Anuncio cierto y santo
De una vida mejor tras esta vida,
Do el pesar cesará, cesará el llanto;
Do el alma amante que lloró afligida
Dando consuelo al triste en su quebranto
Dulce paz hallará, dicha cumplida.

II.

Qué es esperanza?
Es de la mirla, en la mañana, el canto,
Porque no duda que la luz le llega;
Es el aroma que la rosa riega
Cuando presiente de la lluvia el manto;

El sí que da la amante, sin quebranto,
Cuando su mano al tierno esposo entrega;
Sonrisa del piloto que navega
Al recordar el ribereño encanto.

Tal es la fuerza á que la voz humana
Dió el dulcísimo nombre de Esperanza:
I qué esperar? Felicidad mañana:
Hé ahí la ciencia con que el alma avanza,
La sola fuente que dulzura mana,
El telescopio que hasta Dios alcanza.

III.

Qué es la Caridad?
Es la simiente que se arroja al suelo
De la cual nace la dorada espiga;
Lazo que al hombre con el ángel liga,
Rayo de sol que da calor al hielo;

Iris que se alza de la tierra al cielo
Por do el alma transita sin fatiga;
Pico de la paloma que mitiga
De su pichon el incesante anhelo.

Esta es la Caridad. Bello instrumento
Que pule siempre la labor terrena,
Sin que al trabajo turbe el sufrimiento;
Que el sacrificio por la dicha ajena
Es manantial del solo sentimiento
Que hace feliz á la persona buena.

Bogotá—1877.

AYACUCHO. (*)

POR JUAN C. LLANO.

Trasladémonos ahora al Perú, rastreando la senda luminosa de nuestro héroe, quien, en obediencia á las órdenes del Libertador, y arrastrado por su propia inspiracion, habia desembarcado en el Callao al comenzar el año memorable de 1824. Bolívar le habia precedido unos pocos meses, y al darse á la vela en Guayaquil, habia dirigido á los peruanos su última proclama desde el suelo colombiano, en la que al concluir, epilogando su pensamiento, les decia:

"Yo os prometo que no se habrá pasado un año sin que el estandarte de la Libertad cubra con su sombra protectora todo el territorio de los hijos del Sol."

Esto anunciaba el 6 de agosto de 1823; y al año cumplido, el 6 de agosto de 1824, en la gloriosa jornada de Junin, verificada en esta última fecha, empezaba el cumplimiento de aquella feliz y maravillosa inspiracion. Con el retardo de un solo dia, el sol de Boyacá, que habia presenciado cinco años ántes la realizacion de una profecía semejante, iba á

(*) Fragmento de un estudio biográfico muy interesante sobre el General José María Córdoba.

mostrar á los descendientes de Atahualpa y de Pizarro, la espléndida aurora de su emancipacion.

Para que se juzgue con alguna propiedad acerca del mérito contraido por Bolívar y sus dignos compañeros en la titánica y aventurada empresa de recobrar el Perú del yugo de la España, vamos á dar una idea del estado político de aquel pueblo, pocos meses despues del arribo del Libertador, copiando un párrafo del malogrado Larrazábal, quien, con su pluma inimitable, la compendia en un solo rasgo, en estos términos:

"Cuando Necochea llegó á Lima (febrero de 1824) todo era allí confusion y desórden. Los primeros magistrados se habian pasado al enemigo, los empleados habian abandonado sus destinos, y los oficiales del ejército sus cuarteles. Torretagle y el Ministro de la Guerra, Berindoaga, Marqués de San Dónas, volaron al Callao y se entregaron á Rodil. De ciento y pico de oficiales del ejército peruano, se presentaron á Rodil 105. El General Portocarrero se pasó á los españoles. Un regimiento de granaderos montados, de Buenos Aires, que observaba los movimientos de Rodil, se insurreccionó y se fué al Callao, aumentando las fuerzas españolas. Los Comandantes Novájas y Ezete se sublevaron con los escuadrones en Supe, y se vinieron á Lima, llevándose prisionero al Coronel colombiano Cárlos María Ortega, con cuya ofrenda se presentaran á los españoles. Todos los dias se recibian partes en el Cuartel general Libertador, de la desercion de uno ó más oficiales, de uno ó más piquetes de tropa, que con armas se pasaban al enemigo. Uniéronse, pues, en detestable acuerdo el destino, la perfidia y los tiranos; los que vendian su patria y los que anhelaban humillarla, teniéndola en la más degradante servidumbre! Y los malos explotaron la ignorancia del pueblo, diciéndole qne la guerra habia cesado por fortuna en el Perú, no quedando otros enemigos de su felicidad que Bolívar y sus colombianos, en cuya destruccion debian trabajar de consuno todos los hijos del país; porque la idea de los pretendidos libertadores no era otra que quedarse con el Perú y someterle á Colombia."

En vista de este cuadro tan magistralmente delineado, se comprenderá cuán punzante sería la espina que traspasaba el corazon del Libertador, cuando, acabando de leer el decreto que le conferia la Dictadura de aquel pueblo degradado, exclamó, en presencia de los mismos que le imponian aquel terrible cargo:

"Vamos á salvar este triste país de la anarquía, de la opresion y de la *ignominia*."

Y le salvó! pero, de qué manera! De la más prodigiosa de que hay constancia en la crónica universal de los sucesos humanos; es decir, sacándolo todo, á semejanza del Criador, de aquel cáos tenebroso de desórden, de egoismo y de miserias, que la envidia, el resentimiento y la traicion mantenian en constante y pavorosa ebullicion.

Jamas en la vida portentosa de Bolívar, ni en la de ningun otro de los hombres más extraordinarios de la Historia, ha contemplado nuestra mente un fenómeno más digno de admiracion que el que ofrece aquel gigante en los últimos meses que precedieron á Junin. Alejandro penetrando en el corazon de la India; Aníbal haciendo frente durante cuarenta años á la pujanza del coloso romano; Carlo Magno en sus 50 campañas contra los bárbaros; Napoleon en su asombrosa lucha contra

todas las potencias de Europa, no brindan nada comparable al grandioso espectáculo que ofrece aquel hombre predestinado, que, solo, de pié, con los brazos cruzados, semejante á una estatua de granito, blindada en amianto; ó como Daniel y sus compañeros en el horno de Babilonia, contemplaba sin conmoverse el inflamado y rugiente torbellino que salia de aquel abismo insondable de pasiones encontradas y de opuestos intereses. De repente el coloso recogiendo sus fuerzas se inclina sobre ese abismo, y á su soplo omnipotente, como por ensalmo, extínguese el incendio; y un nuevo pueblo independiente y libre, vió su nombre con asombro, inscrito contra su voluntad en el escalafon de las naciones.

Pero nó, que no estaba solo! Para sacar á flote el nuevo pueblo de en medio de ese antro de deslealtad y de traiciones, y hacer frente á 18,000 veteranos españoles de los laureados en Bailen, en Zaragoza y Tórres-Vedras, ufanos con veinte años de esforzado y hazañoso guerrear, contaba con 4,000 bravos colombianos, de los vencedores en Boyacá, Tenerife y Carabobo, con la sagacidad y la prudencia de Sucre, y, sobre todo, con la espada fulminante de Pichincha!

En mayo de aquel año, inauguróse al fin aquella campaña, la más célebre en los anales de aquella gran contienda, pero como las dos fuerzas enemigas estaban separadas por un espacio de 200 leguas, por lo ménos, con pésimas vías de comunicacion, el primer choque no vino á verificarse sino el 6 de agosto, en los campos de Junin. En ménos de una hora de una carga de lanza solamente, la caballería española, rodó destrozada, á los piés de los jinetes colombianos. Este golpe, que puede considerarse como el intróito de la gran jornada de Ayacucho, fué de grandes consecuencias: los hijos desleales del Perú, que sólo aguardaban el más ligero descalabro de parte del ejército auxiliar, para volar en masa á apoyar á los realistas, al saberlo, escondieron la cabeza amedrentados, como el caracol bajo su concha; las insoportables fanfarronadas de un enemigo engreido y altanero, desaparecieron por completo, para ser reemplazadas por el terror y el desaliento; y, finalmente, el entusiasmo y la confianza radicaron con más fuerza en las filas de los republicanos. Ya no era difícil augurar el desenlace.

Pocos dias despues de la batalla de Junin, el Libertador en acatamiento á un decreto del Congreso colombiano hubo de resignar el mando en Jefe del ejército republicano en la persona del esclarecido General Sucre, quien teniendo como siempre de segundo al General Córdoba continuó dirigiendo aquella campaña con la inteligencia, actividad y circunspeccion que le eran características. Casi un mes hacia que Sucre, marchando de continuo á la defensiva, buscaba un local á propósito para librar un combate de tan ilimitada trascendencia; pues intentaba, y con razon, neutralizar hasta donde le fuera dable, la enorme superioridad del ejército realista, con las ventajas de una buena posicion, cuando el 8 de diciembre recibió por la posta una órden terminante del Libertador en que le prescribia que "*cualquiera* que fuese su posicion y la del enemigo, aventurase una batalla, bajo el concepto que no debia reparar en el mayor número, ni en atrincheramientos, ni fortificaciones, si las tenia, y que en todo caso debia buscarle para *batirle*." Esto advierte Larrazábal y Restrepo agrega que "Sucre desde aquel momento determinó cumplir la órden terminante de Bolívar.

Cuando tal órden se recibió, el ejército español capitaneado en persona por el Virey Laserna, ocupaba la eminencia y los declivios del cerro del Condorcanqui, que domina la planicie un tanto barrancosa de Ayacucho, donde acampaba el Ejército libertador. A las ventajas de la disciplina y del número de las fuerzas realistas, excedentes á las republicanas en poco ménos de la mitad, agregaban en esta vez las de la magnífica posicion que la naturaleza del terreno les brindaba. Se necesitaba tener la divina inspiracion del libertador del pueblo de Israel, ó la presciencia del Moises americano, para vislumbrar la victoria al traves de inconvenientes de tanta magnitud, é imponérsela al destino con tan maravillosa é incontrastable decision.

Inmensa é indescriptible era la ansiedad que reinaba en los dos opuestos campamentos al asomar al dia siguiente, radiante y majestuoso, por detras de las empinadas crestas de los Ándes, el sol del 9 de Diciembre, que debia alumbrar el desenlace de una de las más rudas contiendas que se hayan librado entre la Libertad y el Despotismo.

Renunciamos á la idea de ofrecer aquí una descripcion circunstanciada de la célebre batalla de Ayacucho, que juzgamos suficientemente conocida de nuestros lectores: nos basta para nuestro propósito, que no es otro que el de poner en evidencia la participacion que tuvo en ella el protagonista de esta Biografía, el presentar una compendiosa relacion de sus detalles más importantes, extractada del parte oficial del Estado Mayor general del Ejército Libertador.

Sucre y Laserna, siguiendo la usanza clásica, dividieron respectivamente sus fuerzas en tres alas ó columnas paralelas, dirigidas por sendos generales: la derecha de los independientes, capitaneada por CÓRDOBA, confrontada con la izquierda de los realistas, guiada por Villalóbos; la izquierda republicana, dirigida por Lamar, se avistaba con la derecha del enemigo, que conducia Valdes. Miller y Monet mandaban los centros respectivos: éste el español, aquél el americano.

Antes de entrar en la narracion de la batalla de Ayacucho, con perdon de nuestros lectores, vamos á connotar en un rápido episodio, dos interesantes anécdotas que debemos á dos renombrados escritores, al eminente literato, señor Manuel Ancízar, y al señor Coronel Manuel A. López, ocurridas en los primeros dias de Diciembre de aquel año" anécdotas que á la vez que ponen de manifiesto el lamentable estado á que habia llegado el ejército independiente, en vísperas de la decisiva jornada de Ayacucho, por consecuencia del descalabro de Corpahúaico, nos muestran la índole caballerosa, que al fin, tras once años del más bárbaro y porfiado batallar, habia recobrado, para honra de la humanidad, aquella contienda formidable, volviendo á entrar en el cauce que han abierto las humanitarias prácticas del cristianismo.

"El 3 de Diciembre (dice Ancízar en su Biografía del General Sucre) marchando los ejércitos por las alturas de Matará, hicieron los realistas un súbito movimiento sobre su izquierda, para tomar la espalda de los patriotas, lo que notado por Sucre, retrocedió á Corpahúaico, pero no tan pronto que escapase del infatigable Valdes, cuya division atacó y destrozó la retaguardia republicana, capturando gran copia de equipajes, bestias de tiro, y para remate de quebranto, el parque y uno de los dos cañones que constituian el tren de campaña; brillante golpe, que Sucre di-

simuló dando el parabien á Valdes, y añadiendo un regalo de chocolate, á que el festivo español correspondió con varias cajas de tabaco i galantes palabras de pésame; género de cortesías que no siempre mediaron en aquella guerra extremada en todo, ménos en la benignidad de los combatientes."

La otra anécdota no la copiamos, porque no la tenemos á la vista; pero trasladamos su sentido en estos términos:

El 9, dos ó tres horas ántes de la batalla, el General español Monet pidió cortesmente al General Córdoba una breve entrevista para los oficiales y soldados de los dos ejércitos; pues en ambos habia individuos que aunque encontrados en ideas políticas, estaban estrechamente unidos por el lazo de la amistad y áun de la sangre, que deseaban darse un cordial abrazo, que para muchos de ellos iba á ser seguramente el último.... Córdoba, en términos igualmente atentos, otorgó la solicitud del Jefe español; y miéntras duró aquella tierna y patética entrevista, asistieron ambos á ella, conmovidos por el tocante espectáculo que ofrecian aquellos viejos veteranos, al dirigirse entre sollozos, una última despedida, para volar en seguida, á desgarrarse las carnes con el despiadado acero, acatando los inexorables mandatos de ese móvil misterioso á los ojos de la razon, que llaman el honor. . . . .

La ternura es un sentimiento de suyo expansiva cual ninguno; así es que, Córdoba y Monet, arrastrados por el calor de aquella escena, se pusieron al habla, y departieron con franca animacion sobre los funestos efectos de la guerra. Momentos ántes de despedirse, el español propuso al americano, arrebatado de un generoso impulso, que orillasen de algun modo honroso, aquella áspera contienda, que tanto habia hecho gemir la humanidad en catorce años seguidos. Córdoba le replicó con entereza, que reconocieran la independencia de todas las Colonias de la América española, y era punto concluido.

—Pero eso es imposible, repuso Monet, toda vez que el éxito de la contienda sólo depende ya de una batalla, que indudablemente será favorable a nuestras armas. ¿No ve usted, agregó, esa inexpugnable posicion que coronan 10,000 aguerridos veteranos? ¿Cree usted, General, que sea posible perder con semejante ejército? Córdoba sin inmutarse, pero con un acento que revelaba la mas incontrastable conviccion, le contestó sin vacilar:

—No puedo negar á usted, General, que el ejército de ustedes es muy superior al nuestro por la disciplina, por el número, y áun por la ventajosa posicion que actualmente ocupa; pero nuestros soldados son mejores que los de ustedes, porque saben por qué pelean, como lo confesará usted á la hora del combate.

A las diez y média (cuenta el Coronel López, testigo presencial de aquella entrevista) el General Monet volvió á la línea, y llamando á Córdoba, le dijo: General, vamos á dar la batalla.

—Vamos, le replicó Córdoba; y dándose un cordial apreton de manos, tornaron en el acto á sus puestos respectivos.

Rasgos de esta naturaleza conservan todavía cierto sabor caballeresco, que nos arrancan involuntariamente un grito de admiracion, y nos impelen á descubrirnos reverentes en presencia de aquellos grandes caractéres, dignos de los tiempos heróicos del valor.

No está de por demas agregar que el sol de aquel glorioso dia no habia escondido aún su último rayo, cuando Monet, prisionero ya de Córdoba, confirmaba con noble ingenuidad, la inspirada asercion de su afortunado y generoso vencedor.

A las diez y média de la mañana se rompen los fuegos: Valdes es el primero que desciende del declivio; y el entusiasmo de una primera acometida, agregado al ímpetu vigoroso que la inclinacion del terreno le imprime á todo cuerpo, en virtud de la fuerza de gravedad, le dió á aquella embestida una pujanza irresistible; la izquierda republicana que la recibe, aunque compuesta en su mayor parte, de los pocos peruanos que Lamar pudo cazar entre los bosques, sostiene con denuedo aquella carga por espacio de dos horas, al cabo de las cuales empieza á desmayar, y retrocede al fin en confuso remolino. Habia llegado, pues, el momento supremo; y Córdoba arrancado de su puesto natural por una órden del General en Jefe, vuela en auxilio de Lamar á remediar aquel conflicto; pero al llegar, haciéndose cargo de toda la inminencia del peligro, su espíritu se recoge durante unos pocos segundos, é invoca al genio de la guerra en busca de un expediente extraordinario, á propósito para reanimar el entusiasmo y la esperanza, que empezaban á abandonar á los patriotas. De pronto aquel hombre se endereza, y sus ojos fulgurantes anuncian una extraña determinacion: era que el genio protector del Nuevo Mundo acababa de insuflar en aquel cráneo la más vigorosa y fecunda inspiracion de que hay memoria en los fastos militares. Córdoba al sentirla, echa pié á tierra, é imitando al célebre Espartaco, hunde su acero en el vientre del caballo, y exclama con resonante y vigoroso acento: "¡Soldados, yo no quiero medios para escapar, y sólo conservo mi espada para vencer! No hay retirada!"

En seguida, al tiempo de cargar á un enemigo, que ya se supone victorioso, un nuevo grito se escapa de su pecho: "¡Adelante, arma á discrecion, paso de vencedores!!" Y, por si algo faltaba á la fuerza incontrastable de ese grito, que la Historia trasmitirá encantada á la más remota posteridad, acompañando al eco que le sigue repercutiendo en las profundas cavidades de los Andes, manda tocar el *Bambuco* americano, pieza desconocida en la música militar; pero la más adecuada para despertar en el corazon de nuestros pobres labriegos, disfrazados de soldados, las más gratas emociones; quienes al oir en cualquier tiempo aquella pieza alegre y bulliciosa, se sienten trasportados y conmovidos, al recuerdo de su aldea nativa, de su juventud, de sus amores.....!

Aquella accion, aquella voz de mando, aquella pieza popular, asegundadas por la imponente actitud del héroe de quien partian, epilogan de un solo rasgo, toda la homérica jornada de Ayacucho. Víctor Hugo, con su pluma de oro, ha inmortalizado una inmunda palabra de taberna, pronunciada por Cambronne en Waterloo, al intimársele por los vencedores la órden de rendicion. Y si el General frances, con una ruda é insolente interjeccion, lanzada, acaso sin conciencia, en un momento de rabia ó de despecho, ha logrado glorificar una derrota y trasmitir su nombre á la posteridad; ¿en qué idioma hubiera podido encontrar el eminente poeta epítetos que alcanzasen á encomiar bastantemente aquel *Paso de vencedores!!* que convirtiendo en triunfo una derrota, arrancó todo un continente de una larga opresion de tres centurias?

Escritores tan distinguidos como el General Jomini y el sesudo Augusto Nicolas, son de sentir que las arengas más brillantes que connota la historia militar de las naciones, palidecen en presencia de la accion ejecutada por el gran Condé en la batalla de Friburgo, que consistió en arrojar su baston de mando en medio de las filas enemigas, en lo más recio de la reyerta, para reanimar el valor de sus soldados, que ya empezaban á blandear. Y nosotros agregamos, si es que no padecemos estrabismo intelectual, que la accion ejecutada por nuestro héroe, es diez veces más osada, más original y más romántica que la del renombrado táctico frances.

Pero apelemos á la pluma imparcial de un historiador extranjero, para que se vea que no hay el menor rastro de exageracion, por nuestra parte, al aseverar que aquella incomparable voz de mando, desconocida en la Táctica militar, fué la causa eficiente de la gran victoria de Ayacucho.

"Valdes, dice Larrazábal, atacó nuestra division "Lamar", con tal ímpetu, que por el momento la *obligó á ceder*. En el acto Sucre, que con una serenidad inalterable vigilaba desde un punto llamado La Sabanita, los movimientos de ambos ejércitos, ordenó á Córdoba que cargara sobre el enemigo, y reforzó la division Lamar. Córdoba se desmontó de su caballo y desnudando la espada, le mató. "Soldados, les dijo gallardamente, yo no quiero medios para escapar, y sólo conservo mi espada para vencer! ¡Adelante, paso de vencedores!" Y no fué fanfarronada; porque cayó sobre dos batallones de la division "Villalóbos" y sobre ocho escuadrones, y los arrolló en un momento. *Nada pudo resistir su carga.* Monet corrió con su division en ayuda de Villalóbos; pero Córdoba *la desbarató tambien.* En breves instantes Monet estaba herido, varios jefes habian perecido y los soldados se dispersaban con pavor. Dos batallones quisieron formarse; pero Córdoba *no les dió tiempo....*

En pocos momentos, pues, la impetuosa carga de Córdoba ha destrozado y puesto fuera de combate, la derecha, la izquierda y el centro del enemigo. De pronto, y miéntras la caballería colombiana á órdenes del bravo llanero, Coronel Laurencio Silva, auxiliado por Lara y por Lamar, acaba de acuchillar al enemigo, que huia en todas direcciones, Córdoba se apercibe de que el Virey al ver lo que pasaba, permanece atónito sobre la elevada cima del Condorcanqui con la retaguardia realista, intacta aún, fuerte de 2,000 hombres por lo ménos. A una nueva órden de Córdoba, aquella misma division que le habia seguido en toda la batalla, diezmada ya por las balas enemigas, jadeando de fatiga, pero ebria más que nunca de entusiasmo, empieza la ascension de aquella falda, circunvalándola en todas direcciones, y en pocos minutos, los soldados que la componen, con su bizarro Jefe á la cabeza, desafiando imperturbable la metralla de los realistas, sin devolver un solo tiro, coronan al fin aquella áspera cima. Laserna, al contemplar aquel arrojo sin ejemplo, no alcanza á balbucir la menor órden; y sus soldados, viéndose cortados en todas direcciones, se remolinan, se arraciman y rempujan, aturdidos y confusos, en busca de alguna salida; pero en vano, el cerco de bayonetas que los rodea, los acosa y los persigue por doquiera, es invencible.... La batalla ha terminado: todo el mundo se entrega á discrecion; y el

mismo anciano Virey, abatido y cabizbajo, es conducido respetuosamente por CÓRDOBA en persona, á la presencia del General en Jefe.

Tal fué la célebre jornada, que al cabo de catorce años seguidos de pasmoso é incesante batallar, en una lucha cruenta y desastrada cual ninguna, puso fin á la dominacion peninsular en todo el vasto territorio de la América española. 4,000 colombianos, auxiliados por algunos centenares de peruanos, pusieron fuera de combate cerca de 10,000 veteranos españoles, de los mismos que tantos laureles acababan de cosechar en las formidables guerras napoleónicas. CÓRDOBA, el héroe de aquella espléndida batalla, fué proclamado General de division sobre el campo mismo, al dispararse el último tiro; proclamacion que fué acogida y saludada por una inmensa salva de vítores y aplausos, que el entusiasmo y la admiracion arrancaban á aquellas legiones inmortales de gloriosos veteranos de la Libertad. Acababa de cumplir 25 años, y la fama de su nombre colmaba ya el Continente americano, del uno al otro polo!

El célebre abate de Pradt, hablando sobre los resultados de aquella gran jornada, emite el siguiente juicio:

"La batalla de Ayacucho ha sido para la España y la América, lo que fueron para César y Octavio las de Farsalia y Accio contra Pompeyo y Marco Antonio: uno de aquellos combates *definitivos* que destruyen un poder y consolidan otro."

Bolívar profiere el siguiente concepto, en una proclama dirigida á los peruanos:

"El Ejército Libertador ha terminado la guerra del Perú, y aún del Continente americano por la *más gloriosa* victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo."

Y para decirlo todo de una vez, el General Sucre, en la nota en que participa al Vicepresidente de Colombia la pacificacion del Perú, resume en el siguiente párrafo, los resultados de aquella batalla.

"Por consecuencia de aquel triunfo (Ayacucho) se han humillado 25 Generales; 1,100 Jefes y oficiales y 18,000 soldados en el campo de batalla, y en las guarniciones; y redimido del poder de los tiranos un terreno de 400 leguas, y 2 millones de habitantes, que bendicen á Colombia por los bienes de la paz, de la libertad y de la victoria con que los ha favorecido!"

En la marcha de retroceso del Ejército Libertador hácia el Sur del Perú, despues de la batalla de Ayacucho, las poblaciones salian en masa, á la vera del camino, á saludar y contemplar alborozados á los hombres generosos que acababan de conquistarles una patria, á costa de tantos y tan grandes sacrificios. A su arribo á la ciudad de la La Paz, en el alto Perú, se vió precisado á detenerse para recibir la entusiasta ovacion que aquel pueblo le habia preparado de antemano. En medio de la plaza principal se alzaba un magnífico solio con tres asientos, á que fueron conducidos en los hombros de una delirante muchedumbre, Bolívar, Sucre y CÓRDOBA. Sentado el Libertador en medio de los dos últimos, una ninfa diputada por la Municipalidad, le ofrendó una hermosísima guirnalda de laureles de oro, recamada de piedras preciosas, suplicándole, en un elocuente discurso, que aceptara ese pequeño testimonio del reconocimiento de un pueblo hácia el padre y salvador del Perú.

Bolívar, hondamente conmovido con aquella patética demostracion, despues de dar las gracias á aquel pueblo por tan espontánea ovacion, toma la guirnalda en la mano, y ciñendo con ella las sienes del jóven CÓRDOBA, concluye en estos términos:

"La corona que me ofrendais, no la merezco yo: ella pertenece de derecho al verdadero vencedor en Ayacucho."

CÓRDOBA, arrancándose instintivamente la guirnalda, y encarándose con el Libertador, le dirige *ex-abrupto*, esta magnánima y bien sentida frase:

"Si esta prenda, de tan gran valor moral, la cedeis, señor, al vencedor en Ayacucho, permitidme colocarla sobre la frente del General Sucre, á quien corresponde, como mi Jefe en aquella batalla; en la que no me cupo á mí otro mérito que el de haber ejecutado fielmente sus órdenes."

A su turno el General Sucre, rehusando aceptar aquella alhaja, y devolviéndola al Libertador, le dijo así:

"Vos no podeis ceder esta guirnalda: la ciudad de La Paz honró con ella al Libertador de Colombia y del Perú que nos ha conducido de victoria en victoria, desde Guayana hasta el Potosí; ése sois vos."

Un torrente de lágrimas inunda las mejillas del Libertador, quien aparenta ceder por un momento ante aquella explosion de los mas nobles y generosos sentimientos, arrojándose en los brazos de sus dos ilustres compañeros; pero incorporándose de nuevo, despues de algunos segundos, recobrado un tanto de su primera emocion, insiste en colocar aquella guirnalda sobre la frente del *verdadero* vencedor en Ayacucho, quien hubo de resignarse al fin á admitirla, para poner término á la obstinada porfía del Libertador; pero al dia siguiente la dirigió á la ilustre ciudad de Rionegro, como un testimonio de cariño al lugar de su última residencia.

Que Bolívar y Sucre se hubiesen ostentado magnánimos y generosos en aquella lucha; ellos, hombres de edad provecta y de gran tacto social, se comprende; pero que un niño, si puede decirse así, como lo era CÓRDOBA, en presencia de aquellos dos ilustres personajes; cuyo corazon debia brotar vanidad por todos los poros, al ver su nombre en tan temprana edad, volando en las alas de la fama, les hubiera igualado en desprendimiento, es una cosa verdaderamente sorprendente.

En el alto Perú quedaba todavía sin someterse, una division de algo más de 2,000 españoles, á órdenes del General Olañeta, resto del grande ejército de Laserna. No habiendo querido aquel General aceptar la capitulacion de Ayacucho, fué preciso rendirle por la fuerza, lo que se consiguió en el combate de Tumusla, librado en 1.° de abril de 1825, en que sucumbió Olañeta. De ahí para adelante la marcha del Ejército Libertador, cargado de laureles, fué una ovacion continuada, hasta el rio Desaguadero, último confin de aquel vasto territorio.

CÓRDOBA permaneció algun tiempo en el Perú, prestando siempre servicios eminentes á la causa de la Independencia, hasta la rendicion del Callao, último baluarte de la dominacion española en todo el continente, ocurrida el 23 de enero de 1826.

Diciembre de 1875.

LA COPA DE AGUA. (*)

(Version).

POR RICARDO CAMPUZANO.

Quitó un hombre la vida á otro hombre
Con el furor de la insaciable hiena,
Y el cruel remordimiento desde entónces
Implacable siguióle por doquiera.

Él vivia solo, miserable, inquieto
Envidiando el descanso de la huesa;
Le era triste y odiosa la mañana
Y espantosa la tarde más serena.

Un ángel descendiendo á su camino
Una ancha copa colocó en su diestra,
Diciéndole con voz enternecida:
"Dios ya tiene piedad de tu honda pena;

"Busca con qué llenarla en todas partes
Que Él, que del hombre el corazon sondea,
Te otorgará su gracia cuando logres
Presentarle esa copa estando llena."

El asesino hácia el primer arroyo
Corrió temblando como herida sierva
Y al sumergir la copa dentro el agua
Sacóla con terror, vacía y seca!

Durante mucho tiempo el desgraciado
Hizo en los rios infructuosas pruebas,
Mas al probar ante el abismo amargo,
El mar le huyó como el arroyo huyera!

Desesperado entónces se dió golpes
En la frente y el seno con dureza,
Implorando de Dios, ó la locura
O el rudo golpe de la muerte fiera.

Y al detestar ante la faz del Cielo
Su horrendo crímen, como hermosa perla
Brotó del corazon ardiente lágrima
Y ¡oh gran dicha! la copa quedó llena!

Jericó - 1878.

(*) Inédita.

UNA NOCHE DE ANGUSTIAS. *

POR DEMETRIO VIANA.

Al señor doctor José M.ª Quijano O.

—Lector, ¿has sufrido?
—No.
—Este escrito no es para ti.

C. Cantú.

I.

En 1876 el Estado de Antioquia se lanzó en la guerra.

Yo, actor en este sangriento drama, no soy llamado á decidir, si tuvo ó no razon para ello.

Yo era enemigo de la guerra.

Tengo la conviccion de que la guerra no da más que soluciones transitorias; de que ella no resuelve ningun problema; y de que, por el contrario, enmaraña y complica los problemas mismos que aspira á resolver.

Cuando las matanzas han cesado; cuando los nublados se deshacen, despues de la tormenta; cuando el fragor de los combates se disipa y se pierde en el espacio; cuando la atmósfera se serena y deja vislumbrar en los lejanos horizontes las tibias alboradas de la paz, surgen de repente nuevos pavorosos problemas que piden una solucion.

Se alzan entónces en remotas lontananzas leves nubecillas que se van condensando poco á poco, hasta que forman nubarrones que se destacan á lo léjos como negros promontorios.

La tempestad reaparece; la tormenta agita de nuevo y conmueve las ondas; y hierve el mar como una inmensa caldera.

La guerra entre la Francia y la Alemania no terminó con la capitulacion de Paris.

La Francia fué vencida y humillada; se desmembró su territorio y se le arrancó una fabulosa indemnizacion.

La paz se compró al precio del honor frances; pero esta paz no es más que una tregua.

Las heridas hechas á la Francia, no se curan ni cicatrizan, sino con el bálsamo corrosivo y deletéreo de la venganza.

Un dia,—sólo Dios sabe cuando,—un dia la Francia se alzará regenerada y engrandecida por el infortunio; y retará de nuevo á su afortunada rival.

Y la lucha será titánica; el fragor de las batallas conmoverá toda la tierra; la sangre formará anchurosos rios y enrojecerá los mares; las tinieblas cubrirán el Continente europeo; y cualesquiera que sean los resultados de esta lucha gigantesca, quedará en pié un nuevo problema, que será preciso resolver.

En 1862 fué vencido en Colombia el partido conservador, el cual quedó despues de su derrota aniquilado y disperso.

---

* Inédita.

Y, sin embargo, la victoria obtenida por el partido liberal, no fué definitiva.

Las proporciones que alcanzó la guerra de 1876, son una prueba perentoria de esta verdad.

En 1877, fué vencido de nuevo el partido conservador; y tal vez hoy se siente más inseguro su afortunado vencedor, que ántes de aquella lucha desastrosa.

Y un dia,—sólo Dios sabe cuándo,—un dia se recomenzará la lucha; y será porfiada, y sangrienta, y desoladora; y no será la última, ni asegurará la paz de la República.

Véase, pues, que tengo razon para decir que la guerra no da soluciones permanentes.

La guerra engendra la guerra, como la paz engendra la paz.

II.

Yo era enemigo de la guerra; pero comprometido en ella el Estado, yo debia correr la suerte de éste, y la del partido á que pertenezco.

Y la corrí voluntariamente.

El General en Jefe del Ejército antioqueño me señaló un puesto en el Estado mayor general de dicho Ejército; y lo acepté.

Cuando regresé á esta ciudad el 29 de Agosto, despues de mi infructuosa comision y calumniado viaje á la Capital de la República, ya mis dos hijos mayores habian sido llamados al servicio militar, y destinados al Ejército del Sur.

Tenia, pues, un estímulo más, para aceptar el puesto que se me habia señalado.

Con el objeto de incorporarme al Ejército, emprendí viaje para el Sur el dia 3 de Setiembre, acompañado de mi hijo menor.

Supe el 4, al llegar á Abejorral, el desastre de Los-Chánco. Forzamos la marcha, y llegamos á Manizáles el 7 poco despues de medio dia.

Allí permanecimos hasta el 6 de Noviembre en que emprendimos marcha para el Tolima. El Ejército que hizo aquella campaña habia marchado ántes.

El 9 lo alcanzámos, mi hijo menor y yo, en Santo-Domingo.

III.

El Ejército llegó el 11 á Santa-Ana, y bajó el 13 al *llano* de Garrapata.

Mis dos hijos mayores me habian precedido en esta marcha, la cual hicieron á pié.

El 17 se acercó á nuestro campamento el Ejército enemigo y quedó avistado con el nuestro.

Desde el centro de nuestras posiciones se veian flamear sus banderas izadas, y blanquear sus toldos de campaña.

De este dia en adelante, era inminente una gran batalla.

Cerca de la oracion de este dia, recibí una esquela escrita con lápiz, en la cual mi hijo mayor me decia: "Papá: mándenos *algo* que lo estamos pasando muy mal".

Esto queria decir que estaban pasando *hambre* mis dos mencionados hijos!

Ellos y yo no estábamos juntos, aunque haciamos parte de un mismo Ejército.

El 18 bajó á mi toldo el menor de ellos. Venia en busca de auxilios; y como yo comprase en su presencia algunas provisiones para darlo, me dijo, con la melancólica sonrisa que le era habitual: "Papá ¿usted tiene con qué pagar? y si no, yo tengo. He resultado muy rico ahora."

Abrió su cartera, y me mostró el caudal de que alardeaba. Ascendia á siete reales y medio!

¡Todo le sobró!!

En este dia hubo un pequeño tiroteo entre las avanzadas de los dos Ejércitos, y algunas escaramuzas el 19.

Departiamos en sabrosa plática al principiar la noche de este dia, mis compañeros de toldo y yo. La conversacion tomó de repente un carácter melancólico, y hablámos de la proximidad de la batalla.

—Y si da la desgracia, decia uno de ellos, de que nos derroten ¿por dónde nos iriamos para Antioquia, caso de salvarnos?

—Yo no me podria ir, le contesté.

—¿Por qué nó? me dijo sorprendido.

—Porque tengo tres hijos en el Ejército; y no podria pensar en salvarme, sin saber qué suerte les toca.

—Tienes razon! me contestó, conmovido.

El 20, como á las ocho y média de la mañana, le avisó un Ayudante al General en Jefe, que el enemigo movia parte de sus fuerzas sobre la Hacienda de San-Felipe.

Inmediatamente se dió la voz de *alarma!* y poco despues, el ruido de las descargas atronaba el espacio y cansaba los ecos!

Luégo que hube cumplido algunas órdenes que me dió el Jefe, fuí á saludar á mis dos hijos mayores, los cuales hacian parte de la fuerza que cubria el ala izquierda del "Alto de la Ametralladora", y á quienes no veia desde dos dias ántes.

Estuve en festiva plática con ellos, y les llevé algunas provisiones. Mi hijo menor me acompañó á esta visita.

No pasó por mi mente ni un pensamiento amargo!

IV.

Despues bajé en una comision urgente al *llano;* y al regresar al mencionado "Alto", me tendí á descansar en el toldo del Tesorero general del Ejército, pues habia hecho el viaje á pié y corriendo.

Allí dejé á mi hijo menor, con órden de no salir á ninguna parte.

A un *toque de carga,* dado seguramente por error, avancé hácia la Ametralladora. No hubo tal carga.

Al llegar á la trinchera que servia de fortificacion á aquel punto, encontré agonizando al interesantísimo jóven del Tolima, señor Ignacio Uribe, quien acababa de recibir un balazo en la cabeza.

Eramos amigos. Al verlo fuí dolorosamente sorprendido.

El sol enviaba sus abrasados rayos sobre aquel moribundo.

Ayudado por algunos de los que allí estaban, lo trasladé á la sombra que proyectaba un árbol; me quité una *bufanda* de lienzo que llevaba y le hice con ella una pequeña cabecera.

Poco despues espiró!

Cuando este malogrado jóven exhalaba el último suspiro, elevé al Cielo, desde el fondo de mi corazon, una fervorosa plegaria; y exclamé, dejando caer una bendicion sobre el moribundo:

"Dios mio, perdonadle!"

No sé por qué, pero creí que Dios habia acogido benigno aquella súplica, y que le habia otorgado perdon al que acababa de dejar la vida, y de comparecer ante su Augusta majestad, en cumplimiento de un gran deber.

Cubríle la cara al jóven Uribe con su sombrero de anchas alas; y luégo me ocupé con otros en cargar las *curvas* de la Ametralladora.

Poco rato despues llegó á aquel punto el excelente jóven bogotano, señor Francisco Gutiérrez, Ayudante del bravo Casabianca; levantó el sombrero que cubria la cara del muerto, y en la fisonomía de aquel jóven se pintó la expresion de una indefinible sorpresa.

Ignacio era su amigo, su condiscípulo y su compañero.

El jóven Gutiérrez exclamó conmovido: Ignacio!

Pero sus ojos y los mios permanecieron secos. Teniamos el deber de ahogar nuestras lágrimas.

Por otra parte, en medio del fragor del combate, y de las emociones y peripecias de la batalla, la sensibilidad se enerva, y ve uno, con cierta estúpida indolencia, escenas desgarradoras y terribles.

Es una fortuna!

El jóven Gutiérrez sacó del bolsillo de su blusa un Crucifijo de marfil enclavado en cruz de ébano; lo puso sobre la boca entreabierta, y muda para siempre, del cadáver, y descubriéndose, murmuró una oracion.

V.

El fuego que se hacia sobre ese punto, era incesante, nutrido y certero.

La muerte batia de continuo sus hoscas alas sobre nosotros; y dejaba oir el ruido de sus pasos, semejante al zumbido de un insecto ó á un lejano y misterioso suspiro.

Allí permanecí hasta cerca de la oracion, hora en que el fuego amainó.

Debo confesar una cosa, aunque hacerlo me cueste trabajo y me dé algo como vergüenza y remordimiento.

En cerca de cinco horas que permanecí en aquel lugar, no llegó á preocuparme la suerte de mis tres hijos.

Una ciega confianza, una feliz imprevision, me daban la creencia inconsciente de que ellos no corrian peligro alguno.

Y acaso las emociones de la lucha, el vértigo que produce y los peligros que apareja, vuelven á uno supremamente egoista.

Oh! cuán insensata y despiadada será la guerra, cuando es capaz de hacer que un padre olvide el peligro que amenaza á sus hijos!

Cerca de la oracion me fuí á buscar la mula en que habia cabalgado aquel dia, la cual estaba oculta y amarrada en un pequeño bosque.

Monté, y seguí, por un camino difícil, hácia el punto en que habia visto á mis hijos mayores la última vez.

Supe, ántes de montar, que mi hijo menor se habia ido para el *llano* á buscarme, pues ignoraba mi paradero.

En el pequeño trayecto que tenia que recorrer, encontré á un soldado, á quien le pregunté:

—¿Qué hay de los muchachos Vianas?

—Al Teniente Viana lo mataron, me contestó, acaso ignorando que yo era el infortunado padre de aquellos.

Hay no sé qué instinto que nos hace rechazar como inverosímil aquello que nos desgarra y martiriza; á la vez que nuestra imaginacion se complace en convencernos, de que lo porvenir nos trae siempre en sus pliegues de tinieblas la más insólita amargura y los más crueles desengaños.

Aquel instinto es algo como una ráfaga de esperanza, que viene á acariciar nuestro corazon y á templar sus dolores, en presencia misma del infortunio que nos amenaza.

Estas lúgubres imágenes son hijas del temor que nos inspira lo desconocido.

Yo no di, no podia dar crédito á tan aciaga noticia; pero apresuré, sin embargo, el paso, y llegué al punto donde habia visto á mi hijo mayor en la mañana de aquel dia.

Allí lo hallé sano y salvo; lo abracé con efusion y con infinita alegría.

Este era el Teniente Viana.

No era, pues, cierto que lo hubieran matado. Creí conjurada la desgracia que se me anunció tan bruscamente.

Pero inquieto por la suerte de mi otro hijo, le pregunté con ansiedad al mayor:

—¿Qué hay de Emilio?

—No sé, papá. Averigüe pronto y avíseme, me contestó.

Volví hácia la derecha, y me dirigí al punto donde lo habia visto, sin sospecharlo, la última vez!

No estaba allí!

Una congoja mortal helaba mi sangre y prensaba mi corazon.

Seguí recorriendo la línea á la derecha, y de repente me encontré con el Coronel Lorenzo Estrada, Jefe de la fuerza de que hacia parte mi hijo.

—Coronel, le dije con indecible angustia ¿dónde está Emilio?

—Allí está en mi toldo, herido.

—¿Herido no más, Coronel?

—No lo engaño; está muerto.... me dijo abrazándome.

No sé lo que pasó por mí.

Ni un grito se escapó de mi pecho, ni una lágrima de mis ojos!

El estupor, ese benéfico estupor que causan las grandes sorpresas y los grandes dolores, se habia apoderado de mi espíritu, y ahogaba los instintos del corazon.

VI.

Corrí, solo, al toldo del Coronel Estrada, toldo que me era muy conocido.

De tantos parientes y amigos que tenia en el Ejército, ninguno podia acompañarme.

Oh! No hay soledad igual á la que se experimenta en un campo de batalla!

No hay indolencia semejante á la que se apodera de los corazones en un dia de combate.

Enardecidos los hombres; presa de los instintos feroces y del vértigo que los llevan á la matanza, ven sin conmoverse esas escenas de sangre y de horror; y ni el aspecto pavoroso de la muerte los hace trepidar.

Hay entónces no sé qué mezcla de egoismo y de generosidad: ésta los lleva hasta el sacrificio; y aquél los hace indiferentes á los ayes del dolor, á los gritos de desesperacion y de agonía exhalados por las víctimas!

Llegué solo al toldo.

Eché pié á tierra, y, sin cuidarme de mi caballería, entré.

Solo, tendido en el suelo, cubierto con un *bayeton*, habia un cadáver.

Alcé, temblando, la punta de aquel sudario.

El rostro pálido y ensangrentado de mi hijo se ofreció á mis ojos!

Me arrodillé delante de aquel cadáver, frio é indiferente á mi inmenso dolor; lo abracé convulsivo; junté mi cara á aquella cara helada por el hálito pavoroso de la muerte; y de mi pecho se exhalaban rugidos que lo desgarraban, y de mis ojos corrian abrasadas y rebeldes lágrimas que se mezclaron con la sangre de mi hijo!

Un momento despues se encendió un fuego nutridísimo sobre la trinchera donde acababa de dejar á mi hijo mayor.

Entónces se me prensó horriblemente el corazon y se nubló mi espíritu. La idea de que pudieran matarme á este hijo en el momento mismo en que yo abrazaba aquellos despojos queridos, se apoderó de mi alma y me torturaba despiadada.

Ese fuego duraria diez minutos, que fueron una eternidad para mí.

Cuando se apagó, salí fuera del toldo, y desde una pequeña eminencia, grité con acento lleno de lágrimas, de ansiedad y de desesperacion:

—Ricardo Viana!

—No me puedo mover de mi puesto, me respondió mi hijo.

Algo como una ráfaga de alegría me trajo aquella voz querida.

Alegría! he dicho, alegría! en medio de tanto dolor!

Oh! misterios insondables.

Yo no sé; pero un alivio, un consuelo; un lampo de luz en medio de las densas brumas que rodeaban mi espíritu; un rayo de esperanza para mi corazon próximo á romperse, todo eso y más habia en esas pocas palabras.

Aquella respuesta serenó algo la tempestad que agitaba todo mi sér; reanimó mis fuerzas agotadas, é hizo lucir en los senos recónditos de mi alma el faro místico de la resignacion.

VII.

A ese tiempo pasaba por cerca de mí el Jefe del batallon á que pertenecia mi hijo mayor.

—Mándeme, le dije, á Ricardo. Vea mi situacion.

De allí mismo dió la órden.

Algunos momentos despues, llegaban á aquel punto, por opuestas direcciones, mis dos hijos.

Ellos ignoraban la terrible verdad, aunque hacia más de cuatro horas que el doloroso suceso habia tenido lugar.

—Mataron á Emilio, les dije, con voz desfallecida y apagada, mostrándoles el cadáver; y nos abrazamos deshechos en llanto.

Terrible debió de ser aquel grupo!

Calmado un tanto este primer acceso de dolor, nos arrodillamos, y, levantando los ojos y las manos al Cielo, con sincero y fervoroso acento exclamamos:

"Gracias, Señor, que probais nuestra fe con tan rudo padecer!"

¿Qué fuera del desgraciado sin la resignacion?

En ese instante pasaba por allí á caballo el General en Jefe, y al oir llanto, preguntó como enfadado:

—¿Quién llora aquí?

—Yo, le respondí alzándome. Mataron á Emilio....

—¡Cuánto lo siento! me dijo abrazándome.

—Me voy á llevar el cadáver á Mariquita.

—Bueno.

—Pero me llevo á mis dos hijos.

—No, dijo. Ricardo que se quede en su puesto.

Obedecimos sin replicar.

El Jefe siguió su interrumpida marcha.

Convinimos entónces en trasladar aquellos restos queridos á la casa de la Ambulancia, que era nuestro hospital de sangre.

Mis hijos, ayudados por algunos amigos suyos, se encargaron de esta operacion.

Yo me adelanté solo hácia el *llano* á buscar peones para conducir el cadáver á Mariquita.

Inútiles fueron mis esfuerzos. Volví solo y desalentado á la Ambulancia.

Allí, debajo de un toldo armado en el corral al pié de un árbol corpulento, puesto sobre una *barbacoa* improvisada por algunos buenos cristianos, á quienes Dios pague esta buena accion, estaba el cadáver de mi hijo.

Su cabeza ensangrentada descansaba sobre una pobre almohada de paja.

A su lado, tendido en el suelo, se hallaba el cadáver del jóven Ezequiel Vélez.

Unas mujeres, de esas que van á los campamentos á compartir con tantá abnegacion las fatigas y los peligros del soldado, y que tan útiles, espontáneos, desinteresados y oportunos servicios prestan, acompañaban á los dos cadáveres, y por un sentimiento de piedad, tan ingénito en la mujer, les habian puesto unas velas alrededor.

Allí estaban tambien mis hijos y algunos parientes y amigos suyos.

VIII.

Determinamos entónces bajar el cadáver hasta el toldo del General Obdulio Duque, donde creia yo que se me darian cuatro soldados de la intrépida Division Giraldo, para conducirlo hasta Lumbí, límite Norte de nuestro campamento.

Cuatro jóvenes decentes se ofrecieron voluntaria y generosamente á cargar los restos desde la Ambulancia hasta aquel toldo.

El cadáver estaba descubierto, y colocado apénas sobre su lecho de muerte.

Era preciso cubrirlo, y *amarrarlo* á tan extraño féretro, para que no se cayera.

Mi hijo menor se quitó su ruana para que sirviera de sudario; y yo hube de desmontarme y de quitarle el cabestro á mi caballería, para atar con él á tan lúgubre lecho el cadáver ensangrentado de mi hijo!

Emprendimos la marcha. Mi hijo mayor se despidió de nosotros, y fué á ocupar su puesto.

Anduvimos como un kilómetro, por un piso húmedo y pantanoso, y llegamos cerca de las nueve de la noche al toldo del valeroso y modesto General Duque.

No me engañé: el noble, y gallardo, y jamas bien sentido General, me acogió con la genial benevolencia de su carácter; dió órden para que se me prestara el auxilio que pedia y algunos otros; y poco despues estaba en marcha el convoy fúnebre.

Yo, conocedor del camino que debiamos recorrer, abria la marcha; me seguia mi hijo menor, quien llevaba luz en un farol de trapo, para alumbrarles á los cuatro soldados que iban cargando el cadáver.

La noche estaba cuajada de tinieblas, con las cuales formaba un extraño contraste la vívida luz de las hogueras de nuestro vivac, que se veian desde léjos como cocuyos gigantescos.

La marcha se hizo en obstinado silencio, y sin ningun incidente digno de referirse.

Despues de caminar como dos kilómetros llegamos á la casa que queda en el extremo Norte del *llano* de Garrapata. Allí hicimos alto.

El cadáver fué depositado en el angosto corredor de aquella casa, la cual estaba, como éste, atestada de heridos.

Los cuatro soldados que tan bondadosamente me prestaron aquel inolvidable servicio, regresaron á su campamento.

Yo le di á cada uno *sólo un real*, pues todo mi capital ascendia á cuatro reales!

Quedé literalmente sin un centavo!

IX.

Volvimos, mi hijo menor y yo, al *llano* en busca del toldo del General Teófilo del Rio, con el propósito de pedirle cuatro soldados de las fuerzas de la *Cordillera*, compuestas de antioqueños domiciliados en el Tolima, para seguir la interrumpida marcha.

Las densas tinieblas de la noche, anunciaban uno de esos fuertes aguaceros que caen siempre despues de una batalla.

Un viento Norte, impetuoso y helado soplaba sin cesar. Poco despues llovia á cántaros.

El viento nos apagó la luz del farol, y perdidos y sin rumbo, anduvimos largas horas en aquel extenso *llano*.

Por fin dimos con el toldo del General del Rio. Pregunté por éste, y se me contestó que dormia.

Convencido de que á esa hora y despues del largo y recio aguacero que áun nos azotaba, no era posible seguir la marcha; y juzgando que podia ser una falta de consideracion despertar á un Jefe que habia estado lleno de atenciones y rodeado de peligros durante el dia, no quise que se le despertara.

Volvimos bridas entónces hácia la casa en que habiamos dejado el cadáver.

Despues de un largo andar, siempre azotados por el agua y por el viento, llegamos á aquella casa.

Pero como en ella no habia materialmente donde posar nuestro pié, resolvimos ocupar un toldo vacío que se hallaba cerca de aquel lugar.

El piso del toldo estaba inundado, y su atmósfera viciada por las fétidas y nauseabundas emanaciones de un matadero, que distaba poco de allí.

A pesar de todo, debimos aceptarlo por albergue.

La lluvia continuaba, aunque no tan fuerte como ántes, y el viento Norte, cargado de humedad, no cesaba de soplar.

Escogimos el punto más conveniente para poner las monturas, y luégo que hubimos desensillado y amarrado á unos cercos nuestras caballerías, fuimos á trasladar el cadáver de la casa en que lo habiamos dejado al toldo.

El agua y el barro del camino cubrian nuestros piés hasta el tobillo cuando hicimos este viaje.

El cadáver habia sido confiado á unos heridos de los que se hallaban en el corredor donde lo dejamos.

En aquella casa no habia más hombre útil que el centinela; el cual ni podia abandonar su puesto, ni respondernos una palabra.

Hubimos, pues, mi hijo menor y yo, de cargar aquellos restos queridos.

Yo tomé, del lado de los piés, los barrotes de la *barbacoa* que servia de féretro; mi hijo del lado de la cabeza.

En la punta de uno de los barrotes, colgué el farol, ya encendido; y abrí la marcha.

La distancia que teniamos que recorrer era como de cincuenta metros.

La recorrimos con no poca dificultad, ya por lo malo del piso, ya por el estado de nuestro espíritu.

Llegámos á la posada elegida, cargados con aquella preciosa carga. Eran las doce y média de la noche.

La depositámos en el lugar ménos mojado y más al abrigo de la lluvia, la que se habia convertido en una llovizna tenaz.

X.

Al lado de aquel toldo habia otro, en que se hallaban unas cuantas mujeres, un anciano y un niño; pobres gentes que habian llegado al campamento á llevar auxilios á sus deudos.

Cuando una de aquéllas nos vió llegar, con tan extraña carga, semejantes acaso á fantasmas salidos de una tumba, se incorporó, y dirigiéndose á mí, preguntó:

—¿Está muerto, ó herido?

—Muerto, la respondí.

—¿Quién es?

—Un hijo mio.

—¿Cómo se llamaba?

Oh! cruel pretérito.

—Emilio Viana, la contesté, con voz ahogada por las lágrimas.

Entónces el anciano, como movido por el poderoso resorte de los recuerdos, se incorporó y me dijo:

—¿Cuál de los Vianas es usted?

Era claro que me conocia.

—Demetrio, le dije. ¿Y usted quién es?

—José M.ª Améztica, me contestó.

Eramos casi amigos. El tiempo con sus implacables injurias, la ausencia, la penumbra y la situacion de ámbos, habian impedido que nos reconociéramos.

El anciano se levantó, y me estrechó la mano con el interes que inspira la sincera compasion.

Despues, junto con aquellas piadosas mujeres, entonó un *Rosario* por el descanso del alma de mi hijo.

Era solemne aquella voz quebrantada por los años, en medio de aquella agreste naturaleza, de aquella intensa oscuridad, de aquel profundo silencio, interrumpido á intervalos por las descargas que se oian hácia la parte Sur de nuestro campamento, por el monótono ruido del viento al azotar el follaje de los árboles, y por el *alto, ¿quién vive?* que daban á lo léjos los centinelas.

Un contraste melancólico formaba la voz cascada del anciano con el delicado timbre de la voz de las mujeres, que tiene no sé qué inefable y tierna melodía, cuando ellas elevan fervorosas plegarias.

Parece que Dios le hubiera dado ese acento á la mujer sólo para orar; porque cuando ora, especialmente en ocasiones solemnes, hay en cada nota suya una súplica, un suspiro, una lágrima!

A ese concierto doloroso, se unieron nuestras oraciones, impregnadas de sollozos y de lágrimas.

Cuando hubimos acabado aquella piadosa tarea, tratamos de descansar.

El anciano y las mujeres volvieron á sus pobres y rústicos lechos. Mi hijo menor y yo, nos sentamos sobre los sudaderos y nos recostamos sobre las monturas.

A pesar de que el clima es ardiente, estábamos ateridos.

Yo quedé colocado entre mi hijo menor y el cadáver de Emilio: éste á la derecha; á la izquierda aquel.

Pocos instantes despues mi hijo menor fué vencido por el sueño, y se durmió.

Una idea meláncolica surgió entónces en mi mente y me desgarraba el alma.

Estaba en medio de dos hijos: el uno dormia el sueño perdurable y misterioso de la muerte; el otro despertaria bien pronto, y sentiria la cruel renovacion de sus dolores!

Ni un instante de sueño vino á serenar las tempestades de mi alma.

Estaba sólo, faz á faz con mi dolor.

El viento apagó la luz que yo habia dejado, por piadosa costumbre, para alumbrar el cadáver.

Una densa oscuridad lo envolvia todo.

El silencio era terrible, y parecia hacerse más intenso con el ruido pausado de las descargas, con el siniestro y lejano ladrido de los perros, y con la voz de *alerta!* de los centinelas.

De repente ví salir de un pobre *rancho*, poco distante de nuestro toldo, á un hombre provisto de una vela encendida; llegó hasta donde estaba suspendido el farol en que yo habia dejado la luz que apagó el viento; puso allí la vela que llevaba; se descubrió delante del cadáver y recitó en voz baja algunas oraciones.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
Sala de Patrimonio Documental
AES
Biblioteca

Cuando hubo acabado esta obra de misericordia, tan tierna y tan espontánea, le dije:

—¿Quién es usted?

—Juan Correa, me respondió.

—De dónde?

—De Rio-Negro. Estoy en la fuerza de Pensilvania.

—Dios le pague lo que acaba de hacer, le dije sollozando.

—Amen, me contestó, y se fué.

XI.

Mi hijo mayor habia quedado en su puesto, segun la órden de nuestro Jefe.

Su dolor sin consuelo, su soledad, sus penalidades y sus peligros, todo estaba,—por esa doble vista de padre,—presente á mis ojos, y oprimia despiadada y cruelmente mi corazon.

Cada vez que oia una descarga, sentia que un frio intensísimo ateria mis miembros; y una terrible ansiedad, una indecible congoja, un horroroso presentimiento, se apoderaban de mi alma, y la torturaban.

Cuando veia que mi hijo arrostraba un peligro inminente; que la muerte batia alrededor de él sus misteriosas alas; que en un instante inconmensurable podia morir, sin que nadie recogiera su último suspiro; cuando se ofrecia á mis ojos extraviados y á mi mente delirante, tendido en el suelo, ensangrentado y exánime, cubierto de esa repugnante palidez, que es como el sudario de la muerte, un sudor glacial corria por mi cuerpo, y un grito de horror, ahogado por mis sollozos, se exhalaba de mi pecho.

Yo no me sentia capaz de sobrellevar una nueva desgracia; de soportar un nuevo rudísimo golpe.

Esto me daba miedo y abatia las fuerzas de mi espíritu.

A veces no sabia donde estaba; sentia como rota la unidad de mi conciencia, y no podia darme cuenta de mi situacion.

Trataba entónces de recoger mis ideas y de anudar mis recuerdos.

Vano esfuerzo!

Veia lo pasado en confusa lejanía, y dudaba de la realidad de lo presente.

Me creia presa de una horrorosa pesadilla, y aguardaba que al despertarme se disiparia todo, como se disipan los fantasmas de la noche, al despuntar las claridades de la aurora.

Vana esperanza!

Sólo una dicha tuve en aquella aciaga é inolvidable noche.

¡Una dicha! en medio de tanto dolor!

Sí. El cáliz del infortunio es inagotable; y no hay quien haya libado tanto de él, que haya apurado hasta sus heces amargas.

¿No es una dicha ahorrarse una pena?

Tal vez no!

"Hay un lujo en sufrir."

No sé por qué nos complacemos en desgarrar nuestro propio corazon!

Hay como un consuelo inefable, como un placer salvaje, en presenciar escenas que nos arranquen lágrimas, que restreguen é irriten las heridas de nuestra alma.

El estupor en que me habia sumido la desgracia, me hizo olvidar de los pedazos de mi alma que estaban léjos de mí, y que ignoraban, y no podian prever siquiera, todas las amarguras de mi espíritu, y la inmensa desolacion que habia caido sobre nuestro pobre hogar!

XII.

Aunque las horas del dolor son lentas y pausadas, al fin pasó aquella noche; y han pasado tantas despues!

La aurora del 21 lució,—tras largo y penoso aguardar,—en los lejanos horizontes, más allá de las cumbres azuladas de la Cordillera oriental, y vino á iluminar un campo de desolacion y de estrago.

Gracias á los oportunos servicios de los señores D. Benito y D. Juan B. Navarro, y á las órdenes de mi buen amigo, el señor doctor Cuervo, pude continuar mi marcha como á las ocho del dia.

En el trayecto hubo un incidente doloroso.

Al llegar á "La-Guardia", uno de los cargueros resbaló y cayó. Los otros no pudieron conservar el equilibrio del cadáver, y éste fué al suelo!

Algo como un vértigo de horror pasó por mí: se nublaron mis ojos y se paralizaron los latidos de mi corazon!

Mariquita, la ciudad arruinada, era la cuna de mis mayores, y allí fuí á depositar los restos de mi hijo.

No quedaban sus huesos en tierra extraña.

Quién sabe dónde quedarán los de su padre!

Condujimos el cadáver á la casa del señor D. Benito Navarro. Allí lo lavé y lo vestí. De allí salimos para la iglesia.

Los señores D. Benito y D. Juan B. Navarro, D. José Manuel Paris, D. Aquilino Linares, doctor D. Manuel Fernández y D. David Escobar, cargaron el humilde féretro en que pusimos aquellos restos preciosos.

En el templo hallamos el cadáver del jóven Ignacio Uribe, el cual iba á recibir junto con el de mi hijo, "las lágrimas y las oraciones que la Iglesia le da á cada tumba".

El canto fúnebre, majestuoso y solemne, me conmovió profundamente.

En medio de esta lúgubre solemnidad, recordé que mi hija mayor cumplia años ese dia. "Oh! que cruel ironía de la suerte! Qué cumple-años tan amargo!" exclamé.

El recuerdo de mi familia se clavó entónces tenaz en mi memoria; y el considerar su situacion cuando recibiera la triste nueva de la súbita é infinita desgracia, que habia venido á enlutecer para siempre el hogar, me afligia sobre toda ponderacion.

Pero tuve el consuelo de llorar!

Concluida la ceremonia fúnebre, condujimos los dos cadáveres al cementerio; y allí les dimos humilde sepultura.

Yo arrojé sobre el féretro de mi hijo la primera paletada de tierra, y entoné, con los circunstantes, el *Credo*.

Esta profesion de fe hecha al borde mismo de la tumba, en presencia de los despojos de la muerte, delante de lo desconocido que se abre para recibir un cadáver, y se cierra despues para devorarlo; esta profesion de fe, hecha con el corazon desgarrado por el dolor, tenia algo de infinitamente tierno, y derramaba en el alma un suavísimo consuelo y una firmísima esperanza!

¿Qué fuera del desgraciado sin la fe?

Entónces comprendí estas palabras del señor D. Eugenio Díaz, al hablar del entierro de Rosa, uno de los personajes de su *Manuela:*

"El pueblo rezaba el *Credo* en voz alta, y era sublime oir aquel 'Creo en la resurreccion de la carne y en la vida eterna', pronunciado delante de los sepultureros, que en ese momento apretaban la tierra, para incorporar en su seno la carne y los huesos de Rosa."

Poco despues, todo estaba concluido....

Todo? No. Me quedaba un dolor sin consuelo, un vacío que nada puede colmar!

En la tarde del dia 21 regresamos al campamento, desandando el camino por donde habiamos pasado por la mañana con tan lúgubre procesion.

La suerte de mi hijo mayor me preocupaba.

No lo ví, sin embargo, hasta el dia 22.

En este dia subí al "Alto de la Ametralladora", y me hice conducir al punto donde habia muerto Emilio.

Murió al pié de un árbol.

La tierra arenisca que recibió su cadáver, estaba aún empapada con su sangre.

Recogí, y conservo, aquella tierra ensangrentada.

¿Cómo, preguntará alguno, pude soportar tantos dolores y asistir á tan desgarradoras escenas, sin que se me rompiera el corazon?

Sélgas, el inspirado escritor, lo ha dicho:

"Al padre le corresponde amortajar á su hijo, porque su hijo al venir al mundo es el que le ha traido del Cielo, el augusto nombre de padre.

"Al hermano le corresponde enterrar al hermano, porque ellos, al venir á la vida, al dormir en un mismo regazo, al mecerse en una misma cuna, se han traido mutuamente el santo nombre de hermano.

"¿Quién puede negarles tan sagrados privilegios?

"Quién? El dolor pusilánime, la pena egoista, los espíritus débiles.

"¡Cosa singular! Cuanto más honda es la pena, más animosa se siente el alma para cebarse en ella; porque no hay un valor semejante al que se despierta en los corazones varoniles, cuando se ven acosados de grandes dolores."

Yo comprendo toda la filosofía de estos sublimes conceptos.

En la casa del señor D. Benito Navarro, convertida en Hospital de sangre por la benevolencia de la esposa de aquel bondadoso caballero, encontré algunos dias despues de los sucesos que acabo de narrar, al Coronel de las fuerzas del Tolima, señor S. Guzman, abrasado de fiebre originaria de una grave y peligrosa herida que habia recibido en Garrapata.

—Coronel, me dijo, nosotros hemos sufrido un mismo dolor.

—¿Por qué? le contesté.

—Yo tambien perdí un hijo en Garrapata, mi hijo único, y su cadáver quedó en el campo enemigo, me contestó, sin quebrantamiento de ánimo.

Por egoista que sea el dolor, no puede ménos de contestarle, conmovido y admirado:

—No, Coronel, usted ha sufrido más, infinitamente más que yo. Yo

siquiera tuve el tristísimo consuelo de recoger el cadáver de mi hijo, y de depositarlo en lugar sagrado; y estoy sano del cuerpo. Usted no!

Un profundo silencio se siguió á este doloroso diálogo.

Hace pocos meses que pasé por el campo de Garrapata.

Mis ojos se secaron, cuando experimenté el dolor de tántos y tan acerbos recuerdos.

La herida de mi alma no ha cicatrizado aún, aunque le he aplicado el bálsamo milagroso de la resignacion cristiana.

Poco despues de que el Ejército antioqueño abandonó aquel campamento, pasé dos veces por allí.

Nada hay comparable á la infinita tristeza que se apodera del espíritu cuando se visita un campo de batalla, recien pasadas estas hecatombes salvajes.

A la algazara de los campamentos y al fragor de los combates, se sucede un silencio de muerte.

En Garrapata habia entónces cadáveres insepultos, huesos calcinados, restos dispersos, silencio, soledad, estrago, desolacion.

Por todas partes se veia la huella del ángel exterminador.

Hoy aquel campo, abonado con tántos cadáveres y con tánta sangre generosa, está cubierto de espesos matorrales; y hay no sé qué de melancólico y de lúgubre en su indefinible soledad.

Parece que el aire está poblado de lamentos, y que en las auras que agitan el follaje de las malezas, se oyen rumores siniestros, gritos de desesperacion, ayes de dolor, quejas y, acaso, maldiciones.

¡El árbol á cuyo pié murió Emilio, muestra al viajero su ramaje seco!

Medellin, noviembre 20 de 1878.

AL SEÑOR LUIS OLARTE.

POR ANTONIO JOSE PEREZ.

Héme por fin metido, caro amigo,
En medio de los bosques y cañadas
Matando moscos y lidiando peones
Que me roban paciencia y esperanza.

La triste soledad que reina en ésta
Tortura á veces, sin piedad el alma,
Otras veces arrulla mis ensueños
Y hace liviana la pesada carga.

Aquí se goza al pié de las hornillas
Viendo el vapor del agua cocinada
Que con el humo de los hornos sube
Jugueteando, á perderse en la montaña.

Así fugaz la vida se desliza,
Así tambien las ilusiones pasan;
Pero hoy mis dulces ilusiones quedan
En blanca sal que entre los fondos se halla.

Cuando se muestra el sol esplendoroso
Dorando la colina más cercana,
Me sumerjo en las aguas cristalinas
Que forman al unirse tres quebradas.

La "Asonadora" y el "Tinoco" llevan
En encontrada direccion sus aguas,
Hasta el punto en que las parte humilde
La quieta y apacible de las "Pavas".

Entónces confundidas y revueltas
En ancho lecho bulliciosas marchan;
Y llegan á la "Vieja", donde rinden
Sus suaves brisas y sus linfas claras.

—

Es hora de almorzar y suena el cacho:
Con su sonido, alégranse las caras
De los peones que en grupos van llegando,
Riendo los unos miéntras otros cantan.

Yo su patron con ellos me sonrío,
Al ruido de los platos y cucharas
Y al olor que despiden las arepas
Del fogon en las piedras recostadas.

—

Con mi escopeta al hombro y con mis perros
Voy subiendo en la tarde por la falda,
Por donde el canto del arriero anima
Los perezosos bueyes de la rastra.

Allí sentado con mirada ansiosa
Mi vista por los montes se dilata;
Y en el azul del horizonte busco
Las blancas nubes que en mi patria vagan.

Entónces ¡ay! mi pensamiento loco
Concentro todo en mi Rosita amada,
Y á su recuerdo en mi mejilla surca,
Pura y ardiente silenciosa lágrima.

Por ella sólo resignado sufro
La triste soledad de mi montaña;
El cielo sabe que su amor me inspira
Y que es su amor, mi todo, mi esperanza.

—

Los quehaceres del campo, el ejercicio,
Rinden el cuerpo, y entre tanto el alma
Se olvida en el trabajo de las penas
Que en la noche vendrán á devorarla.

¡Triste es la noche en medio de las selvas!
El silbido del viento en las cañadas;
Las hojas secas que á su paso lleva
Y el mismo murmurar de las quebradas;

Sí, todo aumenta en el silencio, y tiene
Un eco misterioso en nuestra alma:
Lo mismo que en el dia la distrae
Convierte por la noche en un fantasma.

La soledad es bella, pero triste;
Tiene dias alegres y de gala;
Nos sonríe, halagando el pensamiento
Con gratísimos sueños de esperanza.

Mas es mujer la soledad, y goza
Viviendo como aquella de inconstancia;
Por eso ya nos acaricia alegre,
Como pronto de todo nos espanta.

Yo, sinembargo, en ella me divierto
Viviendo, como vivo, de esperanzas,
Fabricando castillos en el aire
Y viendo sal do quier amontonada.

Ya ves, amigo, el inconstante giro
De la fortuna, en nuestra vida humana:
Ambos ayer la dicha acariciámos,
Contigo es liberal, conmigo avara.

Ambos ayer del cielo recibimos
Dos bellos ángeles, y al pie del ara,
Radiantes de placer y de ventura
Sus bellas frentes vimos coronadas.

Tú eres feliz y de tu Luisa al lado
Por sus caricias tus caricias cambias,
Yo léjos de mi amor, y su recuerdo
Bañando siempre con ardientes lágrimas.

EL SALTO DEL GUADALUPE.

POR EL PRESBITERO PEDRO RAFAEL BAENA.

La sabiduría de Dios y su poder sin límites se dejan ver claramente en los portentos de la naturaleza y en la creacion del Universo. En las obras de sus manos resplandece el genio eterno del que es la fuente de la ciencia.

El tiempo, con sus rudos y terribles golpes, su pasar ligero y su pesada planta, no hace balancear las creaciones de Dios, portentos naturales que, con su hermosura y grandeza, aflojan las fibras del corazon del hombre.

El mundo es viejo y en su carrera muchos siglos cuenta. Un grito de destruccion anuncia su tremenda marcha. Los hombres le temen porque, al pasar, sus cabezas caen, y el sér que los anima vuela presuroso á las llanuras de la Eternidad.

Lleva el mundo casi seis mil años, y las naciones y ciudades que fueron ya no lo son: atropellólas el tiempo en su carrera, y ellas, obras de los hombres, como los hombres se extinguieron, á semejanza de los proyectos que en su delirio forma la ambicion de la humanidad, como los cálculos que brota el cerebro del hombre, como el perfume de la flor que el viento lleva....

Pero las obras de Dios, colocadas en su puesto, esperan impávidas y tranquilas el momento en que Él diga: "*Consumatum est*". La trompeta del Angel en el juicio universal dará esta sentencia con acento pavoroso.

Hasta entónces la portentosa catarata del rio Guadalupe permanecerá imponente, mugidora é impetuosa.

Oh prodigios de Dios! Al pié de esta pintoresca obra del Criador abre el alma sus inmensos senos y grita con el entusiasmo de la fe: Dios es grande, siempre grande en sus obras.

Corre el rio estrechado por dos faldas, luchando con las duras piedras que quieren detener su paso, sin conseguir otra cosa que despertar su coraje, ántes de la terrible batalla que más adelante se presenta.

Cuando á la cúspide de la cascada llega, muestra su cabeza blanca, y desafiando al abismo con el mugir de su furia, se lanza impetuoso y violento desde una altura de doscientos metros: cae pesado sobre la dura roca, vomita ahí hirviente espumarajo que sale de su vientre y emprende otro vuelo de cincuenta metros. Sigue entónces silencioso como el guerrero que despues de haber postrado á sus enemigos, se recuesta pensativo á la fresca sombra de un árbol corpulento.

Muestra en su caida, y con graciosa galantería, un grueso cordon de blanco y encrespado humo.

De sus extremos se forman hilos de gotitas cristalinas que brillan como una menuda lluvia de diamantes heridos por los rayos del sol.

Cuando cae en su primer descanso, se introduce con fuerza en el hueco de la dura mole, formado por el fuerte golpe en su caer perenne: se convierte el agua en vapor y vuelve á elevarse imitando un espeso caracol, más crespo y más blanco que el hermoso cordon que hacen las aguas al caer.

Sobre el blanco vapor lanza el astro soberano sus dorados rayos en las mañanas de estío, formando pequeños arcos que, con sus hermosos y lucientes colores, hacen de aquel sitio un eden de inspiracion y de encanto.

Desvíanse de su centro algunas cantidades de agua que, extendiéndose á lo largo de la superficie, forman otras tantas fajas de vistosa y trasparente plata.

Todo allí es grande y majestuoso.

La inspiracion absorbe el alma.

Goza mucho el espíritu viendo aquel gigante de blancas canas desafiar los siglos y cayendo siempre con igual teson.

Solo el bramar de la cascada se oye.

El pajarillo subido en una rama, contempla admirado la obra del Criador; luégo, temeroso de caer en sus ondas trasparentes, dirige su vuelo á otra region.

El viento, semejante al viajero que, llevando un camino solitario, encuentra dormido al ladron objeto de sus temores, abre sus alas y va pasando silencioso.

Aquellos fértiles y verdes campos están custodiados por aquel centinela colosal que hace casi seis mil años truena con acento pavoroso.

Su fortaleza la adquiere de aquel Dios que habita más allá de los mundos un santuario que no se puede siquiera concebir: la inmensidad es su lugar, la eternidad su edad, la omnipotencia su fuerza y la unidad de su vida.

¿Qué dirá el libre pensador, ese esqueleto sin alma, ante esta maravilla? Invocará la casualidad?

Y---- qué dirá el verdadero católico?

¡Se anonadará y confesará, con el entusiasmo de su amor, la sabiduría y la grandeza de Dios!

Carolina, 13 de agosto de 1875.

LA RAZON Y EL SENTIMIENTO.

POR JOSE DE LA C. RESTREPO.

Dos facultades predominan en el alma humana, la razon y el sentimiento.

La primera estudia la creacion, el segundo la admira y goza de sus bellezas.

La primera ha producido las ciencias, el segundo las bellas letras y las bellas artes.

El entendimiento escudriña la naturaleza, relaciones y atributos de Dios y de sus obras maravillosas; el corazon saborea las bellezas que las adornan y se deleita en sus encantos.

Apoyada la razon en la observacion y el raciocinio, ha medido los cielos, numerado los astros, surcado los mares y descubierto el asombroso cúmulo de verdades que constituyen el patrimonio de la inteligencia. El ángel, el hombre y el insecto; las nebulosas, los orbes y las pulgas, todo lo ha estudiado, todo lo ha recorrido.

El corazon ve, admira y goza de las verdades conquistadas por la razon. Alza los ojos al azulado firmamento y se extasía en una muda y sublime admiracion. Las olas del mar, los raudales de las montañas, las selvas y los jardines lo embalsaman. La mujer lo entusiasma, porque la mujer que conserva con dignidad su puesto es la sinópsis de las bellezas de la creacion, el oásis en que el hombre reclina su frente fatigada por las agitaciones del mundo y su espíritu contristado por las humanas miserias.

Débil de suyo el hombre y abrumado con su caida primitiva, mira con pesar el universo que le rodea, y su mirada intelectual espira anonadada por la inmensidad y magnificencia de ese mismo universo.

El corazon alcanza á mayores alturas. En alas de la caridad se remonta al trono mismo del Dios bueno y misericordioso, y abismado en sus

eternas bellezas lo admira, lo abraza y le dirige cánticos de amor y de entusiasmo.

El necio que pretenda aplicar el sentimiento al estudio de las ciencias ó la razon al de las bellas artes, no encontrará al fin sino confusion; así como se alimentará de error y de tinieblas el hombre que quiera formarse con el ejercicio de una sola facultad. El ejercicio de la razon sola produce el racionalismo, esqueleto orgulloso sin vida y sin encantos. El ejercicio exclusivo del sentimiento produce el sensualismo ó materialismo, ente lánguido y corrompido, sin elevacion, espansion ni sublimidad.

El ejercicio armónico de estas dos facultades guiadas por la revelacion, forma al hombre y lo hace rey de la creacion y dominador de la naturaleza.

El sentimiento más bien que la razon conduce á Dios, porque éste es la belleza infinita y aquél es atraido por todo lo bello.

Más el corazon que lo busca por las sendas del vicio, lo aleja en vez de acercarlo.

Es por esto por lo que el vicioso y el impío no gozan de Dios ni aun en sus maravillosas manifestaciones.

Para séres tan desgraciados las virtudes no tienen encantos, ni maravillas la naturaleza.

La aurora no les sonríe ni la tarde les produce sublime y misteriosa melancolía.

El firmamento azul y poblado de temblorosas estrellas no los levanta á los altísimos designios de Dios, ni los negros horrores de la noche y de la tempestad les muestran su poder.

Para el impío y el vicioso los coros celestiales no cantan, los astros no alumbran, la tierra no tiene flores, la naturaleza entera es un vacío tan vasto y estéril como su corazon.

El ejercicio del entendimiento debe tener por guia las verdades eternas reveladas por Dios á la humanidad, así como el cultivo del sentimiento debe encaminarse á la Divinidad, que es el prototipo de toda belleza y de toda armonía. De lo contrario, tal ejercicio será pernicioso y estéril.

El firmamento reflejado por las mansas aguas de los rios de la antigua Caldea llamó la atencion del espíritu y produjo la astronomía.

Las pinceladas históricas del Génesis han servido de pauta á la historia.

Noé enseñó con su arca la navegacion, y los millares de bajeles que hoy surcan todos los mares y todas las latitudes, deben su flotante quilla á los brazos del patriarca.

La torre erigida por el orgullo humano en las orillas de los rios babilónicos, hizo que se levantaran las pirámides en las arenas del Desierto, y los mil monumentos que desafian los siglos.

Josué y Gedeon, David y Júdas Macabeo, enseñaron á las naciones cómo se defiende la patria y se abaten las tiranías.

Salomon aleccionó á los reyes en el arte de administrar justicia, de dar gloria y prosperidad á los pueblos.

El sistema de cambio de las primeras generaciones sugirió la idea de la contabilidad.

Las avenidas periódicas del Nilo, borrando los mojones de las heredades egipcias, engendraron la geometría y sus aplicaciones.

La tendencia natural del hombre á ensanchar los límites del horizonte que le sirve de hogar, lo obligó á navegar y á escribir la geografía.

Las investigaciones sobre la piedra filosofal, produjeron la química; sobre el suelo que pisamos, la geología; sobre las plantas, la botánica; sobre los animales, la zoología; sobre nuestra estructura material, la anatomía y la fisiología; sobre los fenómenos atmosféricos, la meteorología.

Recogido el espíritu en los límites de su propio sér, se estudió á sí mismo y en sus manifestaciones, y de este estudio brotaron las ciencias intelectuales.

Qué campos tan vastos y fecundos para la razon!

Colocada entre dos océanos de maravillas, ve en el uno la vida y los elementos para conservarla, y en el otro los atrios resplandecientes del templo de Dios, que más tarde serán su morada inmortal.

Con el lenguaje, las matemáticas y los bajeles, el hombre, sér endeble y fugaz, se lanzó á la conquista de la naturaleza y la dominó.

Puso nombre á los astros, midió sus tamaños, examinó su luz y los acompañó en sus eternas revoluciones.

Los interrogó sobre sus destinos, y para contestarle lo engolfaron en luz, le contaron los dias de su peregrinacion terrenal y le señalaron la grandeza, la magnificencia, el poder y la sabiduría del Sér que los habia formado de la nada y esparcido en los senos interminables del universo.

¿Qué encontramos en el ejercicio del sentimiento?

Moisés, contemplando la formacion del universo, la caida original y la historia de las primeras generaciones, escribió bellezas inimitables.

Job, penetrando en los senos misteriosos de la vida humana y de sus miserias, echó los fundamentos del más sublime sentimentalismo.

David, alabando á Dios y cantando sus atributos, trazó la clave celestial de la poesía cristiana.

Salomon, poseido de la inspiracion divina, reunió en los libros sapienciales toda sabiduría y toda verdad. Su pluma traza una línea más resplandeciente que su diadema.

Los profetas, anunciando á un pueblo rebelde la justicia de Dios, y Juan, señalando desde su destierro las postreras agonías del mundo, enseñaron á toda la tierra cuán terrible y cuán majestuoso es el Dios del Sinaí, el Dios de los ejércitos. Su pluma es semejante al rayo que cruza las nubes.

Los evangelistas, bosquejando la vida y milagros de Jesus, presentaron á la humanidad el cuadro luminoso y perfecto de la virtud. Qué amable, qué deliciosa es la virtud! El corazon noble é inocente se trastorna de gozo al contemplar la virtud divina del Salvador, las virtudes sublimes é inenarrables de la vírgen de Nazareth, sol de belleza y magnificencia en medio de la creacion. María es el poema de la eternidad.

Homero, arrullado por los murmullos del Escamandro, refrescado por las brisas del Simois, conmovido por los escombros calcinados de Ilion y el recuerdo de los mil héroes y las mil divinidades que combatieron en aquellas playas, levantó la voz de su lira inmortal hasta el Olimpo, voz que conmoverá los corazones hasta la más remota posteridad.

Virgilio y Tasso, Gesner y Milton, Klopstock y Gœthe, Byron y Chateaubriand han formado con su pluma la atmósfera embalsamada en que respiran los corazones el ambiente que los vivifica, que los fortalece, que los entusiasma.

La prosa es el lenguaje de la ciencia.

La poesía sea ó no rimada, es el lenguaje del sentimiento.

La música es el lenguaje del corazon, cuando las armonías y las bellezas lo levantan en alas del entusiasmo á la region de los delirios.

Cuando el alma es agitada por el soplo de las emociones, sus ojos se humedecen y ven la naturaleza como sometida á la misma emocion. Si suspira, cree oir la voz de los elementos que le hacen coro. Si llora, las gotas de rocío le parecen lágrimas. Si el dolor la hiere, la tierra se mueve en su órbita acosada por el dolor. Si quiere comunicarse, su lenguaje no obedece á las leyes del arte, porque las leyes son restricciones, son tropiezos, son la expresion del infinito, y el alma agitada por la pasion proclama su independencia de toda opresion y se engolfa dulcemente en los piélagos sin nombre dados en herencia á los espíritus por el Espíritu eterno.

Cuando las emociones del alma son tan fuertes que producen en ella el entusiasmo que precede al delirio, el corazon se agita y golpea como para que le abran las puertas de la inmensidad, porque desea lanzarse á ellas, y veloz y luminoso, cual centella eléctrica, recórrela buscando la fuente que irradia las dulzuras del sentimiento. Esa fuente existe, y esa fuente es Dios; pero un Dios inaccesible para el que no lo busca por los caminos de la inocencia ó del arrepentimiento.

El gentilismo, buscando la fuente de la belleza y de la felicidad, deificó la materia y se hundió en un mar sombrío de errores y de vicios.

Los orientales doblaron su rodilla ante el fuego y los astros.

Los egipcios ante los elementos que los favorecian ó los aterraban.

Los griegos, tan voluptuosos como su clima, su cielo y sus islas, trasladaron al mármol los perfiles seductores de las beldades de Atica y de Corinto, y poblaron el Olimpo, el Parnaso, y el Helicon de mil divinidades que sólo existian en las imaginaciones delirantes de aquellos pueblos materializados.

En resúmen: la verdad es el manjar de la razon, la belleza lo es del sentimiento.

La belleza es como el vestido de la verdad.

No hay verdad sin belleza, y ésta no existe sin aquella.

Mas como la verdad varía en sus modos de ser, sin que se afecte su naturaleza, la belleza se manifiesta tambien de diversas maneras.

La humanidad tiene nocion de una verdad perfecta que encierra en sí todas las verdades sin confundirlas: esta verdad es Dios. Tiene tambien nocion de una belleza incomparable y de la cual irradian las bellezas, como del sol los rayos luminosos: esa belleza infinita es Dios mismo.

La fe es la ciencia que se refiere á Dios, verdad infinita: la caridad es el amor á su belleza inefable: la esperanza es la cadena de oro que las une.

Sin Dios no hay verdad ni belleza, y por consiguiente no hay ciencia ni amor.

Por esto he sujetado la ciencia á la fe, que es la revelacion, y el amor a lo bello lo he subordinado á la caridad.

Fuera de Dios no hay verdad sino sofisma, no hay belleza sino ilusion.

DISCURSO

acerca del mérito y utilidad de la Botánica.

POR FRANCISCO A. ZEA. (a)

Aunque la Botánica puede considerarse como una ciencia de creacion moderna, si se comparan sus débiles é inciertos pasos en el vasto espacio de los siglos con el vuelo majestuoso y rápido, que ha tomado á nuestra vista, es innegable que fué la primera de que necesitó la razon humana, la primera que contribuyó á nuestro alivio y conservacion, formó el comercio y produjo la agricultura.

No quiero yo decir que en la infancia de la sociedad se tuviesen ideas generales, ni aquellos principios luminosos, que propiamente constituyen la ciencia, sino que obligado el hombre por la necesidad á coger este ó aquel fruto, que le hacian en la vista ó el olfato una impresion agradable, es forzoso que la experiencia del daño y del provecho le hiciese poner cuidado en reconocerlos y distinguirlos; que observase el porte y la fisonomía de las plantas que los daban; y que guiado por la analogía natural, hallase en otras especies del mismo género la misma utilidad. Por más limitados é informes que fuesen tales conocimientos, debieron irse trasmitiendo de una en otra generacion como el mayorazgo de la especie humana, y aumentándose cada dia con los descubrimientos que les ofrecia el acaso y á que en ciertas circunstancias les conducia la necesidad. ¿Y no es muy natural que cuando se encontraban en los bosques, ó que las sombras de la noche, las tempestades y el terror del rayo les obligaban á reunirse en el seno de las rocas, en las cavernas espaciosas, ó debajo de aquellos grandes árboles comtemporáneos del universo, trocasen unos con otros los diversos frutos que habian recogido, y que tal vez en aquel mismo dia habian algunos descubierto? A lo ménos es innegable que el conocimiento de las plantas útiles á la conservacion de la vida, debió preceder á la hermosa y grande idea de reunirlas en un corto recinto, cuidarlas y reproducirlas. De suerte, señores, que fuese el comercio, aunque reducido al nuevo cambio de frutos, anterior á la agricultura, como parece persuadirlo nuestra inclinacion natural á trocar lo abundante por lo escaso; siempre es cierto que una y otra fuente del engrandecimiento y del poder del hombre, se debe á la atencion que puso en las producciones vegetales. ¡Qué hubiera sido de él, si viviendo como las fieras, de sangre y carnicería, hubiese mirado las plantas con la indiferencia que las miran ellas, sin haberse aplicado desde luégo á conocerlas y distinguirlas! Entónces la

---

(a) Don Francisco Antonio Zea fué enviado á España como cómplice de Nariño en la publicacion de los "Derechos del hombre". Debido á las instancias y mediacion de don José Celestino Mútis, se le permitió pasar á Paris, en donde continuó sus estudios de ciencias naturales. A su regreso á Madrid fué nombrado profesor de Botánica del Jardin botánico, y en 1804, por muerte de Cavanilles, tuvo el honor de reemplazar á este ilustre sabio, en la direccion de aquel establecimiento.

Fué en aquella época cuando escribió varias memorias importantes sobre la quina, sobre el cultivo y utilidad de la palma de coco & y cuando al abrir el curso de Botánica, pronunció el discurso que ofrecemos hoy á nuestros lectores.

tierra, abandonada á la merced de la naturaleza, se habria convertido en una inmensa selva que el tigre haria temblar, y en que los animales inocentes no hallarian ni sustento ni seguridad; y no solamente no se hubieran levantado los imperios, ni formado las naciones, sino que tal vez la misma especie humana habria perecido como muchas que han desaparecido del globo.

Pero el Sér Supremo, que vinculaba la existencia de la sociedad en el conocimiento de las plantas, no solamente nos lo ha facilitado clasificándolas y poniendo á cada género y especie su sello distintivo, sino que continuamente nos exhorta á su estudio con aquellas sublimes expresiones de la Omnipotencia, que pintándose en los ojos de todas las generaciones y encantando todos los sentidos, hablan al corazon, y resuenan en los siglos y en la eternidad. ¿Quién no admira la majestad y el lujo de la creacion vegetal? Quién no es sensible á las delicias de la verdura y de la sombra? ¿A quién no embelezan la púrpura y el oro de las flores, y los matices de carmin y grana que brillan en los frutos? Los prados inspiran alegria; en las florestas se siente una especie de ternura, y se difunde el alma; las selvas silenciosas convidan á la meditacion, y hacen concebir grandes ideas; y en todas partes recrean las plantas el olfato y la vista, y hechizan dulcemente el corazon. Así se explica la naturaleza por medio de atractivos y de gracias, por una rápida serie de impresiones, que son más vivas y más agradables, á proporcion que más nos importan los objetos á que quiere inclinarnos.

Por eso sin duda cautivan más nuestra atencion las flores y los frutos, en quienes grabó los caractéres propios para conocer y distinguir las plantas, y por eso presentó al Padre de los hombres el brillante espectáculo de todas las que eran útiles y hermosas cubiertas de frutos y de flores en el dia de magnificencia y de gloria en que le daba el cetro de la tierra.

No solamente nos exhorta al estudio de las plantas la misma Divinidad, pues la naturaleza no hace más que referir sus expresiones, traduciéndolas de la eternidad; sino que positivamente ha manifestado lo mucho que nos importa cuando para presentar á los hombres un modelo de sabiduria en su favorito Salomon, le comunicó el conocimiento de todas ellas, desde el muzgo que nace en la pared, hasta el cedro colosal que levanta sobre el Líbano su copa majestuosa. ¿Y me empeñaré yo en atraeros á una ciencia á que tan manifiestamente nos escita el Criador mismo, y que concedió como el más precioso dón al rey privilegiado, á quien quiso colmar de luces y grandeza? Sustituiré la miseria y la debilidad de mi discurso á la sublime elocuencia de la primavera y de las flores, y presumiré exaltar la imaginacion inanimada, que fuere capaz de resistir al encanto de este ameno jardin, que á imitacion del Sér Supremo ha puesto nuestro soberano para persuadir al estudio de la botánica, y al mismo tiempo facilitarlo? No, señores, yo no tengo la pretension impía de introducir en el templo de Flora á los que ella misma ha puesto la señal de reprobacion, haciéndolos frios é insensibles á las gracias de la vegetacion y al placer de la curiosidad; pero vosotros, corazones hermosos, almas sensibles, imaginaciones brillantes, talentos queridos del cielo, venid á este jardin, en que la gloria y el poder del rey van reuniendo para vuestra instruccion y delicias, y para el bien de

Europa en algun dia, tantas preciosas producciones que solo parecian destinadas á las augustas selvas de los Andes, hondos abismos, valles solitarios y llanos inmensos del Ecuador, en que derrama el sol torrrentes de fecundidad. Venid: vosotros teneis vocacion al sacerdocio de la naturaleza, y así os lo indica el sobrecogimiento religioso que sentis en su presencia, las hermosas ideas que se os presentan á la voz de la primavera, y la llama divina que arde ahora en vuestro corazon. Reconoced vuestra vocacion, y entrad en el santuario, á cuyo servicio os consagra ella misma, revistiéndoos de luz el pensamiento, y coronándoos de flores la imaginacion, para que anuncieis con esplendor y gracia á las generaciones la grandeza y los bienes de la creacion amena.

Yo estoy encargado de enseñaros su idioma, abriros su templo, iniciaros en sus misterios, é inspiraros la más alta idea de la importancia y de la santidad del ministerio á que sois llamados.

Comienzo exhortándoos á purificar el pensamiento de los siniestros juicios y preocupaciones que con la envidia y la ignorancia conspiran contra la botánica, hija del cielo, concebida en la luz, y mandada á la tierra para establecer la santa agricultura, y formar la sociedad humana. ¡Ojalá que las sombras, que el pecado difundió tan repentinamente, no nos la hubiesen ahuyentado, que hubiéramos recibido de su mano los dónes celestiales de que ahora disfrutamos, y muchos más que aún retiene la naturaleza! Sesenta siglos hemos corrido buscándola, y á este empeño, á que aún sin saberlo nosotros nos encaminaba la necesidad, se deben ciertamente todos los bienes de la vida, hallados al acaso, cuando de edad en edad llegábamos á descubrir sus vestigios. Tambien hemos alcanzado á oir su voz, y le hemos sorprendido de cuando en cuando secretos importantes; otros se le han adivinado, y á fuerza de combinaciones y conjeturas se ha adquirido alguna luz; y á lo ménos no hay ya que buscarla á la ventura en el seno de la oscuridad. Y en este caso, cuando se adelanta más en un dia que ántes en un año y casi se le alcanza á descubrir, se interpone como un rio la opinion arbitraria de ser ocioso el empeño, queriendo cortar el paso á las almas generosas, que por una especie de inspiracion divina corren en pos de tanto bien para la humanidad. ¡Ojalá no fuera cierto que la necia preocupacion de la inutilidad de las indagaciones botánicas retrae á infinitos jóvenes de emprender tan gloriosa y tan importante carrera: que otros desertan muy á los principios, creyéndose desengañados, por no haber comprendido la utilidad de la nomenclatura, que equivocan con la ciencia; y sobre todo, que por esa miserable idea mira el público, si no con desprecio, á lo ménos con indiferencia, á los que por el mero hecho de consagrar sus talentos á buscarle tan rico mayorazgo, debiera coronar de laureles! Pero ¿en qué se funda esta injusticia? En que presentando á un botánico cualquiera planta, sean ó no conocidas sus propiedades, no decide para qué sirve; es decir, en que la ciencia no ha llegado á su perfeccion, que seria el secreto de que jamas llegase, sino fuera el verdadero genio siempre independiente de su siglo y superior á la tiranía de la opinion vulgar. ¿Está acaso demostrado que jamas llegará á aquel punto? ¿Y no será un bien cualquier paso que adelantase, si en llegando á la cumbre ha de dominar sobre la naturaleza y obligarla á que le ofrezca sin reserva los dónes de la creacion? Mas, prescindiendo de la ventaja

inestimable de irse acercando á la fuente de los tesoros naturales, ¿no ofrecen las ciencias más utilidad que la inmediata y directa, que claramente vemos que fluye de ellas? Contribuir á los adelantamientos de la razon, nutrirla, fortificarla, darle aquel vigor y energía de que necesita para inventar principios y descubrir nuevas verdades, ¿no es utilidad? Lo es evidentemente; y por lo mismo no se puede oir, sin un sentimiento profundo, dar la preferencia exclusiva á ciertas ciencias, degradando y casi envileciendo á otras, como si el bien de la sociedad no pidiera que se respeten y se admiren todas, y que todas se cultiven con entusiasmo y se coronen de gloria.

Pero tambien prescindo de que en este género de utilidad indirecta, que consiste en contribuir con ideas al tesoro de la razon, muy pocas pueden competir con la botánica; y ved la utilidad clara y perenne que se le niega sin exámen, tomando de aquí motivo para despreciarla.

Tiene la botánica dos ramos, que algun dia formarán dos ciencias separadas, porque esta subdivision es tan ventajosa en la economía literaria como la del trabajo en la política: el uno es la determinacion de las plantas, y el otro el descubrimiento de sus usos y virtudes. Concedamos por un momento que este ramo, sin duda el más precioso, no llegue jamas á florecer; pero por eso ¿ha de cortarse ó abandonarse el otro que produce tantos frutos?

Aquella puede llamarse la botánica conquistadora, ésta la conservadora; cuyos nombres solos darán idea de la importancia de una y otra, y de su eterna alianza. ¿De cuántas producciones útiles y preciosas, que á falta de la botánica conquistadora nos adquirieron en remotos siglos el acaso ó la necesidad, carecemos el dia de hoy, porque aún no se habia formado la botánica conservadora, que nos trasmitiese su conocimiento? Los escritos que nos han quedado de los antiguos naturalistas ¿son más que unos tristes monumentos de las pérdidas que ha hecho la humanidad, no pudiéndose determinar por sus descripciones arbitrarias las plantas de que nos dan importantes y curiosas noticias? ¿Y que diremos al oir á Plinio anunciarnos como perdido el conocimiento de otras muchas, ya por no habérseles dado nombre para distinguirlas, ya por ser ordinariamente sus descubridores los hombres del campo, ya tambien por hacer misterio de ellas los que habian alcanzado á explorar y reconocer sus virtudes? ¿Qué diremos al verle pintar atónita la antigüedad contemplando los prodigios de las plantas: al oirle que se llegó por su medio hasta predecir los eclipses del sol y de la luna, y que aún se conservaba en el vulgo de su tiempo aquella tradicion?

¿Cómo se habria hecho su eficacia favorita de los poetas para obrar portentos, si generalmente no se hubiera reputado extraordinaria? Y para escitar un entusiasmo tan sublime y tan general ¿no es preciso que se hubieran visto efectos admirables, ya que no los prodigios increibles que el vulgo les atribuia? Pero ¡ay! que de tantas y tan preciosas plantas sólo han llegado á nosotros, por falta de botánica, las pocas con que la sobria agricultura se habia contentado; más aquellas que por sus efectos asombrosos se apropiaron los sacerdotes paganos para aturdir la razon: las que reunian en los bosques sagrados á la sombra terrible de sus misterios y supersticion, sin confiar el secreto sino á discípulos escogidos, despues de largas, duras y aun mortales pruebas, de que no

dispensó á Pitágoras la celebridad de su nombre ni la recomendacion de un soberano: digo que el conocimiento de aquellas plantas, con que se hacian tan raras curaciones y portentos, se perdió por falta de botánica que lo conservara.

Sé muy bien que se quiere dudar de esos fenómenos; pero yo no encuentro fundamento, pues no son conocidamente superiores á la naturaleza, y depone en su favor toda la antigüedad: depone el mismo Pitágoras, aquel filósofo modesto, en cuyos labios brillaba la verdad; y depone el respeto con que toda la tierra miraba á ciertas familias singulares, que se daban un orígen divino, porque de padres á hijos se trasmitian el secreto de alguna planta mágica, que así las llamaban. Es cierto que tambien se creia en la eficacia de sus palabras, cuyo encanto ya parecia que obraba por sí tales prodigios, ya comunicando esta virtud á las plantas de que se valian, pero ¿quién no advierte que aquel y otros supersticiosos artificios eran el medio de atribuirse á sí mismos la gloria de la naturaleza para hacerse venerar de su siglo? Así vemos que Melampo, médico de Argos, para curar de impotencia al hijo de Filaco, le lleva al sagrado bosque, celebra un sacrificio, y en medio de todo aquel vano aparato de misterios y de ceremonias, clava en un árbol el cuchillo sangriento, y retirándolo, se lo entrega, para que tomando en vino el orin que se formaria, lograse, como logró, su deseo. Así vemos tambien aquel sacerdote descendiente de los antiguos Marsos, que nos pinta Virgilio, adormeciendo las serpientes con su canto y tacto, siendo puro efecto de ciertas plantas, cuyo secreto era conocido en muchas partes del Africa, en la Judea, y últimamente descubierto por Jacquin y Mútis en América, y perpetuado por medio de la botánica conservadora. ¿Y para qué hemos de recurrir á los remotos siglos, cuando el nuevo continente nos ofrece recientes é incontestables pruebas de las pérdidas que ha hecho el género humano de mil preciosas producciones, por falta de esta misma botánica que se suele despreciar? La tradicion y la historia, los conquistadores y los conquistados, están de acuerdo en decir que allí habia hombres que se hacian admirar por los secretos que poseian de muchas plantas; pero casi todos se perdieron, ya por la supersticion pagana, bajo cuyo velo odioso se escondian, ya principalmente porque faltando la botánica, falta la ambicion de tan sólidas riquezas. Ahora mismo están llenas las relaciones de nuestros misioneros de estériles noticias de muchas producciones preciosas para la economía, las artes y la medicina, cuyo uso encuentran entre los salvajes, y con las cuales podian enriquecerse nuestra agricultura y comercio, ó á lo ménos conservarse su conocimiento, si ellos pudiesen describirlas y determinarlas. ¡Qué triste idea la de perder cada dia tantos bienes, y bienes que tan caro han costado á la humanidad! Porque esos descubrimientos, debidos siempre á las tribus salvajes, no se hacen sino á fuerza de sacrificios de hombres, probando el veneno y la muerte en la desesperacion del hambre y del dolor, para hallar á la suerte el alimento y la vida. Y cuando no se sacase de la botánica más utilidad que conservar eternamente las importantes conquistas que ha hecho el género humano al precio de su sangre, ¿no seria este un bien inestimable? Si la materia médica se ha enriquecido prodigiosamente en nuestros dias: si los raros secretos de los salvajes de la Guayana y del Canadá se han divulga-

do en Europa: si, en fin, nos aprovechamos de los descubrimientos que los pueblos silvestres han comprado bien caro á la naturaleza, sólo es porque la botánica ha brillado por algunos instantes, como un meteoro del cielo, en medio de las sombras de la ignorancia y de la barbarie, que dominan en aquellas selvas. Pudiera determinadamente citar en comprobacion muchos ejemplos; pero me contentaré con uno, que es de infinito precio. Estaba ya casi perdido el conocimiento del árbol amigo de los hombres, el de la quina, que se mira como la adquisicion más preciosa que ha hecho nuestra especie: le confundia con otros, y hasta se habia desacreditado; pero la botánica reprodujo su mérito, y no sólo ha perpetuado su conocimiento, sino extendídolo desde Cartagena hasta Huánuco, desde las montañas inhospitalarias del Orinoco y del Amazonas, hasta la costa encantadora del mar de Guayaquil. ¡Gloria inmortal á Mútis y Pavon, á Ruiz y á Humboldt, á Bompland y Tafalla! Honor y nombre eterno á los que tanto han aumentado el precioso mayorazgo de la medicina ántes reducido al estrecho recinto de la famosa Loja.

¿Y no es tambien un beneficio debido á la botánica mostrarnos en un país las plantas útiles que se creian privativas de otros? En casi tres siglos no se habia siquiera sospechado que existiesen en las selvas de Bogotá muchas de las más estimadas producciones del Egipto y de la Arabia, del Japon y de la China, de la India y de las Islas célebres del Asia, y aun las del Norte y del Sur del mismo continente americano; y un solo botánico, el ilustre Mútis, no solamente las ha encontrado, sino descubierto otras nuevas no ménos importantes, que despues irán hallando en varios países otros naturalistas. Así se encadenan los bienes de la ciencia y se extiende el imperio del hombre, sucediendo tal vez que un descubrimiento, al parecer estéril para algunas generaciones, comience inesperadamente á fructificar para la nuestra. ¿No sentia la Europa que la Poligala Senega dada á conocer por el célebre Tennet, que aquella planta inestimable con que los salvajes de Pensilvania se libran de una serpiente desoladora, y cuya eficacia se ha reconocido en graves y mortales enfermedades, no se introdujese al comercio por la barbarie de sus poseedores? Pues Mútis, encontrándola en las florestas del mismo Bogotá, ha enlazado para gloria de la botánica aquél con este beneficio, y franqueado al género humano tan precioso medicamento. Ya llegará el dia, glorioso para el rey y para la nacion, en que publicadas las obras de un sabio tan original, se engrandezca el imperio de la agricultura con las brillantes conquistas que él ha hecho en la naturaleza, se extienda nuestro comercio, y apareciendo la América tan nueva para Europa como en el mismo siglo de Colon, tenga que agradecernos la humanidad inmensos bienes que estaba muy léjos de conocer. ¡Modesto y sabio Mútis! ¡Genio creador y benéfico! Perdonad á mi corazon que os pague anticipadamente el tributo de admiracion y reconocimiento debido por todos al naturalista generoso que dedica su vida y su caudal al servicio de los hombres, sin exigir de ellos, como decia Séneca, más recompensa que la impunidad.

Abusaria, señores, de la benévola atencion con que me honrais, si quisiera indicaros los bienes que han de proporcionar al género humano las diversas expediciones botánicas que la munificencia del rey ha costeado en el afortunado continente en que la naturaleza ha derramado sus

más exquisitas producciones; pero es fácil figurárselas, comparando las plantas que posee la agricultura con las que se ofrecen por sí mismas en los dichosos climas que protege el sol. Nuestros mejores frutos degeneran á poco que se descuide su cultivo; y apénas se abandonan á la naturaleza cuando pierden los jugos deliciosos que han adquirido por una larga serie de combinaciones, y se hacen duros é insípidos, y algunos de ellos ácidos y amargos. La mayor parte de las hortalizas eran, cuando silvestres, ásperas y desagradables; muchas de ellas mal sanas, y algunas positivamente nocivas; y las raíces, cuyas fibras delicadas y nutritiva fécula nos proporcionan tan gratos alimentos, no tenian el sabor y la corpulencia que han adquirido cultivadas; y pierden cuando se descuidan. Pues si el hombre ha logrado mejorar tan prodigiosamente muchas producciones que no parecian hechas para sustentarlo, ¿qué no hará sujetando al cultivo tantas que siendo silvestres le proporcionan en América un alimento sano y agradable, siempre que la necesidad le obliga á recurrir á la naturaleza? Muchas de ellas son conocidas en el país; y es de creerse que nuestros botánicos hayan descubierto muchas más si todos han llevado la gloriosa idea de hacer conquistas para la agricultura, como la llevaban de hacerlas para la botánica.

Porque ello es cierto que aun en el estado actual de la ciencia no faltan medios de presentar á la humanidad algunas nuevas producciones, cuyos usos económicos y medicinales puedan anunciarse con seguridad. ¿No hemos visto, más de una vez las islas y costas desiertas á uno ú otro naturalista salvar una tripulacion enferma y abatida, curándola y manteniéndola con las yerbas y frutos que descubrian?

Este es el otro ramo de la botánica, que todavía no produce todos los frutos que se esperan; pero que no deja de dar algunos, y ya comienza á cubrirse de flores. Bien claramente os manifestaré en el curso de mis lecciones, que se halla más adelantada de lo que parece esta importante parte de la ciencia: que tenemos preciosos datos, sabias conjeturas, combinaciones admirables, y que ya puede esperarse llegar al término dichoso en que encontrados los caractéres que deben indicar las virtudes de las plantas, se logre determinar sus usos como se determinan sus géneros. No me detengo á probar esta asercion, porque es más propia de la enseñanza que de un discurso, y porque será el objeto principal de mis lecciones cuando explique la parte filosófica de la botánica. Si tengo la fortuna de que emprendais seriamente el estudio de tan importante ciencia, qué os presentaré con todos sus encantos, hermosa como la aurora, graciosa como la primavera, interesante y amable como las mismas flores, me atrevo á prometeros, sobre la fe de la naturaleza, dar tal temple á vuestro genio y tal impulso á vuestras ideas, que pueda esperarse de algunos de vosotros la formacion de la nueva ciencia que he anunciado, y cuya importancia es tal que sólo el servicio de bosquejarla podria pagarse con la inmortalidad.

A MI PADRE.

POR FRANCISCO JAVIER CARO.

ÁNGEL.

Ya Dios te llama á sí, sus voces oye!
Limpia, limpia tu alma, y si es preciso
Tu corazon rasgar, aún indeciso,
Para de él arrancar el dulce afecto
Que tienes á tu esposa, hijos y Patria,
Rásgalo todo para ser perfecto!

Cierra tu oido al para ti tan dulce
Sonido de la voz del hijo amado,
Y ay! el abrazo conyugal rehuye,
Y todo afecto terrenal destruye!

Deja así solos corazon y alma,
Que así, cual alma pura, elevaránse
Al reino eterno de la eterna calma.

MI PADRE.

¡Angel de luz y precursor de muerte!
Deja, déjame ir, y con mis manos
Arrancar la Miseria, que á mis hijos
Cruda tiende sus brazos inhumanos,
Del umbral de mi puerta. Ay! ella espera,
Cuando yo suba á la felice esfera,
En mi sitio y hogar poder sentarse....
Oye, escucha los ayes que á su aspecto
Tímida lanza mi familia!.... Recto
Y justiciero es Dios, y al par clemente,
¿Y que alce dejará su seca frente
La Miseria en mi hogar? ¿Que reina sea?
¿Que mis hijos el pan, que les arroje
Para reinar sobre ellos, se disputen
Cual afanosa turba de lebreles,
O lo demanden ay! á hombres crüeles?

Y si esto no te mueve, espera al ménos
Que al menor de mis hijos, al que apénas
Ahora comienza á dar débiles pasos,
Por despedida eterna le dé un beso;
Y entónces celestial mansion ocupe,
Que harto me oprime de la vida el peso!

YO.

Inútil fué su ruego. Vi la Muerte
Sus párpados cerrar con mano fuerte;
Yo vi tambien dos lágrimas heladas
Temblar en sus mejillas descarnadas;

Y vi la cadavérica Miseria
Señorearse del modesto asilo;
Y al hijo tan amado, que el tranquilo
Sueño gozaba de inocencia alegre,
Tender los brazos y esperar lloroso
El beso acostumbrado.... Un ¡ay! resuena,
Vaga en redor de la familia triste....
Llegó el dia de afan, de horror, de pena....
¡Padre mio! ¿por qué, por qué te fuiste?

LAS MODAS.

POR ALBERTO GOMEZ M.

Hemos creido siempre que todas las personas deben usar el traje que cuadre mejor con su edad, con su destino y posicion; y juzgamos que es sumamente ridícula la costumbre que algunos tienen de vestirse de acuerdo con la última moda, ó en armonía con el último "*figurin*", únicamente por vivir, como se dice, al órden del dia.

Las modas tienen tal dominio, ejercen una dictadura tan sombría en el ánimo de algunos séres escasos de criterio, que estos no alzan la voz contra ellas para poner en claro todas sus extravagancias.

Pocos son los hombres, y muy pocas las mujeres que prefieran la comodidad á las modas.

A esta tierra vienen del extranjero algunas cosas muy buenas; pero en cambio, llegan otras demasiado malas.

Uno que otro descubrimiento en el mundo científico viene hasta nosotros á recordarnos que la verdad marcha y progresa, y que debemos ansiar por perseguirla á fuerza de estudio y de constancia; pero desgraciadamente nos vienen libros que envenenan el alma de los jóvenes, y modas que tiranizan á los unos y ridiculizan á los otros.

¿Quién obliga á un hombre de ancho ó dilatado abdómen, de grueso cuello y de constitucion eminentemente apoplética á usar corbata ajustada como un dogal, y levita estrecha y apretadora como la bestial *camisa*? La moda, es decir, la tiranía más absoluta.

Y jamas caerá esta tiranía, porque si los hombres y los pueblos combaten siempre en contra de los reyes y del absolutismo, tambien es cierto, que se han resignado humildemente á la salvaje dictadura de las modas.

¿Quién obliga á esa niña llena de belleza y lozanía á cambiar la frescura suavísima de su rostro, por un emplasto de arroz y vermellon? La moda exagerada.

Esta exige color subido, muy subido, y aunque el natural sea exquisito es preciso tener un color elevado á una altísima potencia.

¿Quién no ha visto, por su desgracia, mujeres á quienes Dios concedió, con pródiga mano, abundantes, sedosos, negros y hermosos cabellos, abdicar de ellos y tapados ¡Dios piadoso! con rolletes de cerda?

y con cachumbos expropiados en las peluquerías? ¿Qué hacer? La moda exige la *castaña*, y ante ella todo se sacrifica, naturalidad, belleza y elegancia.

¿Quién no ha visto mujeres abandonadas del mundo, solteronas condenadas por la edad á reposar en el museo de las notabilidades pasadas, levantarse instantáneamente de su postracion, y en alas de una nueva moda, recorrer frenéticas y entusiasmadas las poblaciones, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazon?

Ah! Esas pobres mujeres, que necias deliran, se echan en brazos de la nueva moda, porque no quieren quedarse estacionarias en tanto que el mundo elegante sigue su marcha apresurada.

Piensan que la escofieta blanca, el cosmético reparador, la monumental *castaña*, el traje de cien vuelos y los artificiales dientes de bellísimo marfil, son capaces de encubrir todos los horrores que la inflexible y severa mano del tiempo ha dejado caer sobre ellas.

Ellas ven en cada moda que viene el codiciado anuncio de su resurreccion; pero la moda llega, las arrastra, las precipita y las hunde un poco más en el abismo del ridículo y del infortunio.

¿Quién no ha visto niñas nacidas en el fondo de la más profunda miseria, hijas de hombres agobiados con el peso de las deudas, y martirizados por una pobreza siempre creciente, entregarse con frenesí á la última moda que llega, cambiando el humilde traje de la mujer sencilla por las bellas vestiduras de las mujeres soberbias?

Ah! las modas las sedujeron, las tiranizaron: era preciso pagar el tributo debido á estas divinidades: era forzoso estar al órden del dia, y el pobre padre que no tuvo fuerza para resistir, fué víctima de las exigencias de sus hijas, y ocurrió para satisfacerlas, primero al petardo.... despues á la estafa.

¿Quién es tan feliz que no ha visto millares de jóvenes, de esos que no han tenido otra escuela que el garito, otro destino que martirizar mujeres *abrasándolas* en el fuego destructor de sus miradas, vivir siempre á la última moda, lujosamente vestidos, solicitando á la llegada del correo, si vino, al fin, "El Diario de sastres" y si los nuevos figurines traen angostos o anchos los pantalones, cerrados ó abiertos los chalecos? Esos holgazanes, que no tienen derecho de llevar una levita, que no han aprendido á ganar, viven, sin embargo, á la última moda, se visten al estilo de las gentes trabajadoras, y acomodadas, y pasan á los ojos de los insensatos, como séres llenos de gracia y de talento. Nunca será exagerado el público sensato en el castigo de estos hombres que sin profesion y sin dinero propio, quieren ser esclavos sumisos de las modas vigentes.

¿Quién no ha visto por todas partes, y en todas las clases sociales, los estragos, es decir, la perniciosa influencia de las modas exageradas?

¿Quién no ha visto á honrados artesanos, arrastrados por el influjo de las modas, abandonar su oficio humilde pero productivo y honrado, para lanzarse en lo que llaman "alta sociedad" buscando costumbres á que no pueden someterse, vestidos que no pueden soportar, y amigos aristocráticos que les ayuden á consumir el ahorro que representa muchos años de industria, y muchas horas de fatiga?

Nosotros que no escribimos para insultar, y que solo mostramos una úlcera para que algun médico la cure, hemos conocido artistas po-

bres de cuna, como dicen algunos, y ricos de corazon y de cabeza, como diremos nosotros, que han llegado á obtener, á fuerza de abnegacion, lo que da el trabajo honrado: pan para la familia, tranquilidad para el espíritu.

Mas tarde los hemos visto llevar una existencia atormentada por los remordimientos, amargada por crueles decepciones. Ellos abandonaron sus antiguas relaciones, guardaron, como deshonrosos, los instrumentos de su oficio, y alzando su vuelo á las altas regiones se echaron en brazos de las modas, y terminaron su carrera agobiados por la miseria y el ridículo.

Seguir ciegamente las modas sin consultar la edad, la posicion y sobre todo, la fortuna, es una necedad que á veces tiene su castigo en el ridículo, casi siempre en la ruina.

Ciertamente, el hombre que es un sér esencialmente racional, hace mil cosas que lo presentan como escaso de sentido comun. Con las modas, á las cuales se entrega servilmente por vanidad y por no chocar con las reglas del buen tono, ha dado la demostracion de cuanto acabamos de decir. A ellas sacrifica, por necedad, su modestia, su comodidad, su carácter y hasta su dinero.

Las gentes entregadas definitivamente á las modas, sin cuidarse de la edad, del destino, y de la posicion de cada cual, forman un *mosáico* sorprendente, un conjunto lleno de ridiculez.

Un capataz de presidio provisto de guantes, baston, botin de dócil cabritilla, y chaleco de cien pintas: un sacristan de parroquia con cachucha de militar: un sepulturero con blusa y con espada: un rector de colegio con ruana y sin botines: un niño de corbatin: un viejo con *lentecito:* una jóven pobre con ricas telas y diamantes alquilados: una solterona con sayita hasta las pantorrillas y el pecho al descubierto: una.... son cosas anómalas, tan tristemente ridículas que al enunciarlas salta á nuestro rostro la vergüenza.

Y sin embargo, las modas tienen tanto influjo que las aceptamos ciegamente sin averiguar si ellas están de acuerdo con nuestra edad, nuestro destino, nuestra posicion y sobre todo con nuestros recursos.

Hay todavía algo más.

Las modas llevan su influencia hasta la tumba. Este asilo sagrado no debia escaparse á las exigencias de su tiranía.

Hay modas que requieren ciertos vestidos para el adorno de los muertos. ¡Quién lo creyera! Ni aun este poco de polvo se escapa á la sombría y constante dictadura de la moda. Y cuenta que ningun doliente llevará deudo suyo á la última morada, sin cubrirlo previamente con el vestido que manda la ordenanza de las modas.

Y hay en esto tanta exigencia, que á las difuntas de inocencia problemática jamas dejan de ponerles, al depositarlas en el lecho mortuorio, los guantes blancos y la corona de frescos azahares, para no faltar á las prescripciones de la moda.... y para evitar comentarios.

LA CASCADA.

POR MANUEL S. TORO.

¡Qué triste soledad! Bullen las ramas
Que el inconstante céfiro acaricia,
Y entre la oscura selva sordo ruido
Forman al descender las claras linfas;
Ora murmuran, se detienen, callan;
Ora con rapidez se precipitan,
Y entre el musgoso lecho do se mecen
Ruedan, ruedan, y al punto desparecen.

No es cual su voz el eco estrepitoso
Que hace en su sima hirviente catarata,
Ni del trueno el horrísono estampido
El són remeda de sus tersas aguas;
Sobre rocas serpeando al borde llegan
Y hácia el abismo rápidas se lanzan;
Vacilan, se atropellan, se confunden,
Y olas tras olas, agitadas, se hunden.

Tal vez la mirla entre el ramaje umbroso
Duerme del agua al prolongado arrullo,
Miéntras la brisa sollozando mece
Las verdes ramas del hojoso arbusto;
De alegre turba enamorado el canto
Léjos, muy léjos, resonando escucho
Cual tierna queja que de amor se eleva
Y en sus alas, vibrando, el aura lleva.

Con su sereno resplandor la luna
Cubre el desierto y anchuroso bosque,
Negras sombras formando en la eminencia
Al herir con su luz los altos robles;
El viento gime en las oscuras grutas
Donde el ave carnívora se esconde
Y en las cañadas de pavura lleno,
Oigo el zumbido retumbar del trueno.

¡Cascada triste! al pasajero dile
Que aquí tus aguas contemplando estuve,
Oyendo el ruido que cayendo forman
Tras de las ramas que el abismo cubren;
Ví los arbustos que en contorno crecen
Y aspiré de sus flores el perfume
Miéntra el recuerdo de mi amada ausente
Turbó mi faz y estremeció la mente!

Y si una ninfa sin rival hermosa
Visita el grato y delicioso valle,
Y pensativa, y trémula, y confusa,
Sobre el verde gramal llega á sentarse,
Deja que vierta el comprimido lloro
Que su sensible corazon abate
Y guárdalo en tu seno " que á la selva
Tal vez su llanto á recoger yo vuelva ".

1870.

LOS ENTREACTOS DE LUCIA.

POR JUAN JOSE MOLINA.

I.

Se estrenaba por primera vez la Lucía de Lamermoor, en esta ciudad, en la noche del 23 de abril de 1865.

Acabado el primer acto, y descendiendo yo del cielo de la armonía, de donde me venian aún como un eco misterioso las dulcísimas cadencias y la suave melodía del *regnava nel silenzio* y los patéticos murmurios de los esponsales de Edgardo y de Lucía, se me acercó un amigo que me trataba con afable familiaridad y despues de hablarme con entusiasmo de Assunta, de Enrico (el malogrado Enrico!) y del inmortal Donizetti, quiso sacarme de mi honda preocupacion desplegando todo el lujo de su inimitable agudeza y de su galano decir.

Ese amigo, á quien llamaré Emilio, y que es bien conocido entre nosotros, está dotado de la poderosa facultad de vibracion y posee un espíritu infatigable, pronto siempre á la réplica respondiendo á cada incidente de la vida publica ó a cada episodio de la vida literaria con una página, una línea ó una palabra; pero se entiende que es la palabra justa, la línea picante ó la página verdadera, siendo su talento tanto más seductor cuanto que se anima en su movilidad con todos los colores de la fantasía. Decir otro rasgo más seria señalarlo con su nombre y apellido.

Emilio, decia, quiso arrancarme del éxtasis en que me hallaba y volverme al diapason normal con suaves y delicadas transiciones.

Y he usado la palabra éxtasis, de significacion elevada, porque expresa perfectamente bien mi pensamiento.

Era la primera vez que yo, músico aficionadísimo, veia y oia una ópera, esa ópera era *Lucía* y Lucía se encarnaba en Assunta Mazetti.

Desenvolveré mejor mi pensamiento.

Assunta no seria tal vez una artista consumada; pero á mí me parecia que lo era en esa noche de inefables recuerdos; yo la creia igual á la Malibran ó á la Grisi, que apénas conocia por la fama y que no me era dado calificar de una manera conveniente. A Assunta faltaria mucho seguramente por lo que hace al fuego escénico, pero poseia una admi-

rable vocalizacion, una voz fresca y argentina que se desataba en cadenciosos trinos con una facilidad indescriptible.

Asistia á la representacion de *Lucía*, es decir, de la obra maestra del más tierno é inspirado de los maestros italianos, y por último conocia yo lo que era ópera, la recopilacion más hermosa del sentimiento musical que da vida y movimiento, luz y perfumes, gracia y donosura á las más bellas creaciones del poeta; la ópera, de la cual no me habia formado ántes una idea cabal, porque á esta ciudad, escondida entre abruptas montañas, no habian llegado otras melodías que las estruendosas de la naturaleza, cuya melopea, como la del canto gregoriano, se desarrolla en notas prolongadas y sonoras.

Emilio me sacudió el brazo amistosamente y me dijo:

—Vaya! deje usted de ser artista por un momento, y sea hombre; ó mas bien, sea artista en otro sentido, y admire las bellezas que se agrupan en los palcos como constelaciones en el cielo de la belleza ideal.

—Es verdad, le contesté, se halla aquí lo más selecto de la sociedad medellinense, y el espectáculo es hermoso.

—Ahora, continuó Emilio, si usted quiere yo le refiera alguna historia palpitante, de esas que yo *invento*, es decir, descubro, en mi calidad de antiguo cronista de periódicos, no tiene más que escoger, dando una revista á los palcos que tenemos á nuestro frente.

Más por condescencia que por curiosidad, recorrí ligeramente la galería del medio, de un vistazo, y me detuve en el palco del señor Don N. en donde se hallaba una jóven que me era completamente desconocida.

Era estrella de otro cielo, pero era estrella de primera magnitud.

Era de una blancura sorprendente y que resaltaba del fondo oscuro de su traje, como resalta la nieve de los negros pedruscos del Soratá. Si yo hubiera sido poeta, hubiera comparado esa blancura á la piel del armiño, al plumon del cisne, al mármol de Páros ó al lirio que entreabre su cáliz de plata al beso matinal.

—¿Quién es aquella jóven, de blancura mate, que conversa actualmente con un anciano, en el palco de Don N. ? pregunté yo.

—Allá lo aguardaba, me respondió, esa jóven está casada con ese anciano, y es una ave de paso; viene de Bogotá y seguirá para Popayan.

Hice un gesto de duda: no me parecia natural que ese anciano, que podria ser su padre, fuese su esposo.

—Es así como se lo digo, con el *item* que ella lo ama entrañablemente; mire usted que dulce sonrisa le dirige en este momento.

Es esa una historia palpitante que tengo inédita y cuyo carácter conservaremos por ahora. Pero sentémonos que el entreacto será largo y ya volverá sobre las tablas la novia escocesa que ha robado su atencion.

Nos sentamos, y yo procuré en vano, rechazar dos ó tres motivos de la cavatina del primer acto, que mi memoria retenia aunque con vaga incertidumbre.

—

Pues señor, (y la historia irá en compendio y sin apellidos, que es como si dijeramos el *non plus ultra* de la discrecion de un cronista) habia en Bogotá, en el puente de Lésmes, una casita de pobre apariencia

y de un interior muy triste en donde residian dos jóvenes huérfanas, conocidas generalmente con el nombre de *las dos hermanas*. Habian perdido su madre en la infancia y su padre poco tiempo despues, en una de esas guerras fratricidas que ya no volverán, Dios mediante. La mayor se llamaba Clara y la otra Elvira, y era aquella la que hacia las veces de madre y llevaba sobre sus hombros, como el peso de Atlante, la direccion y el cuidado del hogar.

Las niñas se sostenian merced á una pension alimenticia que el Gobierno les suministraba, y al constante trabajo que algunas buenas vecinas les conseguian.

Elvira era de constitucion débil y enfermiza, por lo cual el rudo trabajo recaia sobre Clara, pero ambas llevaban una vida tranquila y serena hasta donde lo permitian sus escasos recursos.

Clara era por ese tiempo una jóven como la que tenemos á la vista y al estudio; blanca y pura como la blanca luz de la reina de la noche, tenia largos cabellos rubios como el oro de las espigas, ojos azules tras de los cuales se veia el azul de su alma, mejillas de rosa.... y en fin, su espíritu se habia pulido con la desgracia, como el diamante al fuerte roce de su propio polvo.

—Me supongo, le dije sonriendo, que usted no la conoceria, y que ese boceto será de pura fantasía.

—Ese boceto es exacto, me replicó, aunque queda pálido ante el cuadro original; yo no conocí á Clara, pero sí conozco á su hija, que tenemos á la vista, y la semejanza de las dos ha sido sorprendente; dentro de poco me apoyaré en los hechos.

Continúo el relato. Merced á los recursos de que he hablado, Clara y Elvira podian llevar una vida sencilla, pero sin cuidados, y descansando felices sobre el porvenir, fiadas en la inocencia de su corazon y en la ignorancia de los peligros de la vida.

En el año de 1848, cuando cumplia Clara los quince años, y cuando ya se desarrolló en todo su esplendor su belleza virginal, causó esta una honda impresion en dos jóvenes de distinta posicion social y de encontrados caractéres.

Se llamaba el uno Ricardo y el otro Alejandro; éste era de la alta aristocracia, de vida relajada y no buscaba sino el placer persiguiéndolo con renombrada tenacidad; aquel era un modesto teniente del ejército de línea que estaba acuartelado en la ciudad, y era al contrario, sencillo, moderado y de sanas costumbres; sin aficion á la carrera militar, habia entrado de conscripto por la provincia de Tunja y habia adquirido sus grados á fuerza de sus merecimientos y de una conducta ejemplarísima; sus superiores le tenian un cariño entrañable y se hacia acreedor á él á despecho de sus gratúitos malquerientes.

Alejandro vió á Clara y se encendió en él una de esas pasiones ardientes que queman un corazon y tiznan las reputaciones más inmaculadas; Ricardo la vió con frecuencia y la amó en lo más callado de su alma y sin esperanza de retorno; conocerla y amarla fué para él lo que un rayo de sol para un paisaje dormido en las tinieblas, á quien da vida y animacion, luz y colores y despierta los callados ecos de las eternas armonías. Seria en vano pintar las mudas adoraciones y misterios inefables que llenaron su corazon á las primeras revelaciones del amor;

basta decir que amaba por la primera vez y con esa intensidad y absoluta consagracion de que sólo disponen los que no han entregado su juventud á las disipaciones miserables, escollos demasiado frecuentes en los cuarteles en donde la libertad de las maneras cambia de nombre y es la fuente de la más desvergonzada corrupcion. El amaba ardientemente, porque las naturalezas castas son tambien las naturalezas apasionadas, puesto que la pasion crece cuando se la contiene, y en fin, porque está en la naturaleza humana que todo corazon se abra al sol de la vida, siquiera sea una sola vez, como toda planta reverdece ó florece en el mes encantador consagrado á la Reina de los cielos.

Clara, lo diré de una vez, no fué insensible al amor de Ricardo, y en vano luchó interiormente con ese sentimiento que se alzaba en su corazon para rivalizar con el amor á Elvira; en vano se ocultaba aquella alma á la sombra, como la violeta oculta su corola y derrama su perfume; llegó un dia en que ese amor irradió sobre su semblante y brotó de su corazon como se abre la azucena á los rayos del sol de la mañana.

Y era imposible que no se amaran, puesto que mil circunstancias sociales los ponian en contacto y hacian notar la similitud de existencias, de caractéres y de virtudes que habia entre ellos.

Una circunstancia precipitó los sucesos y permitió que los dos jóvenes se entendieran sin hablarse.

Alejandro, prevalido de su posicion, y cansado de aguardar el resultado de otra maquinacion que sus compañeros de placeres le ayudaron á formar se presentó en la casa de Clara cuando ésta se encontraba sola, encorvada bajo el rudo trabajo á que estaba sometida su existencia, y despues de dirigirle algunos cumplimientos que formaban la moneda menuda de su gasto, dejó caer sobre ella una de esas miradas que tienen por objeto empañar la aureola de la inocencia y del pudor.

La sangre acudió á las mejillas de Clara, en reflejos de púrpura y sin poder articular palabra alguna se deslizó en llanto, Ricardo entraba en ese momento y comprendiendo lo que pasaba tuvo el valor bastante para contenerse intimando al Lovelace saliese de esa casa, pues esa jóven estaba, sino bajo la proteccion de la ley, al ménos bajo la egida del más puro y noble de los amores.

Alejandro se sonrió con desprecio, y salió á buscar á sus compañeros en solicitud de una pronta y enérgica venganza.

Ricardo se atrevió entónces á hablar á Clara de los peligros de su situacion y le ofreció con su mano toda la sangre de su cuerpo y todos los pensamientos de su alma.

Clara aceptó ese amor y esa mano y se pensó que el matrimonio debia celebrarse á la mayor brevedad posible.

Alejandro entretanto, prevalido de sus relaciones personales, obtuvo de la camarilla que regia secretamente los destinos de la República, fuera enviado Ricardo á una provincia lejana para asuntos del servicio militar; y á tiempo que él solicitaba sus licencias indefinidas ó retiro de servicio, se le dijo que estaba en su honor no eludir el encargo que se le habia confiado; en vano hizo conocer la causa de su peticion, se le habló del honor y del deber y tuvo que resignarse á partir, despedazado el corazon.

No le quedó siquiera el recurso de acudir al Jefe que se habia declarado su protector; éste habia sido removido de su encargo por sus opiniones políticas, de manera que de rechazo vino á sufrir Ricardo por ese suceso que hiciera tanto ruido en la República: todo se liga en este mundo, la caida de los palacios arrastra consigo los nidos de las golondrinas.

—

El piano de Pietro se hizo oir en ese momento y los músicos corrieron á sus puestos; volvimos cara al escenario y el telon se levantó. Volvimos á Lucia!

II.

¡Cómo describir las dulces emociones y los encantadores arrobamientos que me produjeran las melifluas melodías y las piezas concertantes de que está lleno el segundo acto de *Lucía!* ¡Con qué lenguaje pudiera expresar dignamente los movimientos de alegria, de pesar, de temor y de honda tristeza en que oscilaba mi alma, en escalas cromáticas, y al unison de la magnífica partitura de Donizetti!

No seré yo ciertamente quien pueda expresar un juicio acertado sobre esa obra tan acabada, mas juzgándola con el corazon no puedo ménos de ratificar las opiniones del ilustre Scudo.

"*Lucía*, dice, es sin disputa la obra maestra de Donizetti; es la partitura mejor concebida y mejor escrita que nos ha dejado; aquella en que hay más unidad y que encierra las más felices inspiraciones de su corazon. Cada uno de sus trozos es encantador y perfectamente adecuado á la situacion....."

Todavía, apesar del tiempo trascurrido, resuenan en mi alma todos los gritos de duelo, de reconvencion, de estupor y de locura recogidos en su quinteto admirable; aún distingo, por encima de todas las voces armoniosas, la de Assunta, que se elevaba en cadencias adorables y se destacaba como la luna entre los astros de la noche, como la palmera entre los abrojos del desierto; todavía tiemblo de terror cuando recuerdo el *maledetto sia l' instante* que Edgardo.... que Rossi dejaba caer como la más estridente de las amenazas que haya lanzado un amante engañado, desde Atalide hasta Ethelvood.

Assunta, bello pájaro del paraiso, cuyo gorjeo igualaba á su plumaje, sin llegar aún á la escena de la locura que era su fuerte, desataba notas de una flexibilidad adorable y esparcia un perfume de gracia y juventud que encantaba todos los corazones. La orquesta, por su parte, repetia en sordina, los acentos apasionados de Edgardo y de Lucía y aún la ronca voz del implacable Asthon.

Vueltos al mundo de la realidad Emilio y yo, despues de cambiar nuestras notas de admiracion, que vibraban aún, en recuerdo de las inefables armonías, como vibra largo tiempo la hoja de cobre sacudida por el martillo, continuámos nuestra conversacion del primer entreacto.

—

—Habiamos llegado al *brutum fulmen* elaborado por Alejandro, le dije.

—Es verdad, me contestó, esa tempestad que se habia descargado sobre Ricardo no le prometia dias felices, y por lo que hace á Clara, in-

necesario será decir que su corazon vino á sufrir de rechazo la más acerba de las penas.

Su situacion vino á ser más angustiada y difícil que ántes; Elvira perdia gradualmente su salud desarrollándose en ella una terrible enfermedad del corazon; la módica renta que el gobierno les pagara fué reducida, por la penuria del Tesoro público, á proporciones tan insignificantes que ya no podia servirles de recurso alguno.

Lo que sucedió despues no sé como explicarlo, tal vez se considerará absurdo, por no poder desarrollar largamente una tésis sicológica y social que á ese desenlace se refiere.

Pasaron los meses y los años sin que se obtuviera la menor noticia de Ricardo, apesar de la solemne promesa que hiciera de escribir semanalmente por los correos nacionales, y de regresar apénas cumpliera debidamente su comision. Alejandro que maniobraba secretamente, del modo que ya hemos indicado, consiguió hacer desaparecer la correspondencia de su rival, é hizo correr la noticia fingida de su matrimonio con una payanesa, y del consiguiente olvido de sus sagrados compromisos.

Gastó con Clara, por otra parte, la conducta más digna y más cumplida: la visitaba de tiempo en tiempo y con las consideraciones más delicadas, suministrándole de una manera velada algunos recursos, mediante las labores que hiciera ejecutar por ella.

Mas, llegó un dia, en que el médico ordenara para Elvira el cambio de clima y la sujecion á un régimen costoso en demasía. Hasta allí no habia ahorrado Clara ni trabajo, ni vigilia, ni privaciones, ni sacrificio de sus propias joyas, recuerdos de su santa madre; mujer por la debilidad, era á la vez hermana y madre por el amor entrañable que tuviera á Elvira; pero no pudiendo hacer más, se retorcia en mudas desesperaciones y le parecia que una voz secreta le gritaba al oido, que en sus facultades estaba salvar á su hermana aunque ella pereciera en el deshonor.

¡Pobreza, cuántos corazones has destrozado, cuántas almas has segado en la flor con tu despiadada guadaña! Diosa sombría, eres á veces el soplo y la mensajera de la muerte!

En fin, amante despechada y hermana abnegada hasta el sacrificio, llegó para ella una hora de duelo, una hora atea, como dijera Shakspeare, en que doblegada bajo la inmensa pesadumbre de su azarosa situacion cedió al seductor Alejandro que espiaba ¡hombre sin corazon! ese momento cruel, y sin duda su ángel tutelar debió cubrirse de dolor y pena ante el sacrificio de esa pobre y desamparada mujer.

Ya ve usted que no la disculpo, apénas señalo las circunstancias atenuantes, separándome, y con mucho, de las extrañas teorías de Sue y Dumas hijo, acerca de la mujer que cae conservando la virginidad de corazon. Apénas podré decir con Gregorio, interpretando a Víctor Hugo:

"Oh! no insulteis á la mujer que cae,
No sabemos que peso la agobió...."

Para mayor desgracia el sacrificio fué infructuoso. Elvira se postró más y más, y ántes de que fuera posible hacerla cambiar de clima rindió su vida, dejando á Clara sumida en la más atroz desgracia.

La alegría, ese dulce sol de la vida, desapareció de esa pobre casa para siempre. Clara renunció al amor tirano de Alejandro y ya no quiso sino morir; pero pasaron los dias y tuvo que resignarse á los duros combates de la vida porque conoció que iba á ser madre sin haber sido esposa!

Lágrimas, penas, sufrimiento, mudas agonías.... eso es el cortejo que dejan en pos de sí esos jóvenes sin corazon y sin honor que se entregan maniatados al terrible tirano de los sentidos y que buscan el placer como la suprema ley de la existencia.

Nunca será la sociedad demasiado severa para con ellos, ni las leyes suficientemente previsoras para contenerlos.

Esto que he referido pasaba en el año de 1851, en lo más crudo de la emergencia política de esa época azarosa.

Para no salvar los límites del entreacto llegaré, sin transicion al año de 1854.

Es conocida generalmente la guerra que entónces incendiara la República. Un soldado oscuro, aunque muy atrevido, quiso hacerse superior á las leyes y enarboló la bandera de la dictadura; más luégo, y como por encanto, acudieron de todas partes los defensores de la patria y en recios combates pelearon las batallas de la justicia. La más sangrienta y la más reñida de ellas fué la del 4 de diciembre, en Bogotá.

No entra en los límites de mi narracion decir algo sobre ella, bástame seguir á un capitan del ejército del Sur que, aunque herido en lo más crudo del combate, volaba que no corria hácia la calle de Lésmes, cuando hubo libre tránsito, merced á la victoria de las fuerzas constitucionales.

Era Ricardo. La más cruel de las maquinaciones lo habia retenido en el último confin de la República; pero la revolucion habia desbaratado el secreto poder que labrara su desgracia! Qué momentos aquellos, el tiempo se arrastraba perezosamente para él y le parecieron siglos los minutos que tardaron en abrirle la puerta de la casita de las dos *hermanas*.

—Clara, gritó Ricardo.

Aquella, pálida como la muerte, no pudo hablar y fué á apoyarse sollozando sobre la cama de su hija; la niña temblando echó los brazos al cuello de su madre, prodigándole este santo nombre, á tiempo que Ricardo, comprendiendo la inmensidad de su desgracia, caia por tierra, desmayado.....

Ricardo perdió el juicio; no pudo resistir á esa herida moral más honda y más cruel que la que le habian causado las balas enemigas. Fué recogido para un hospital de locos.

Clara no murió, tenia su hija y debia vivir para ella. ¡Amor de madre, dulce y abnegado amor, límpido y puro carbunclo que brilla en la alegría como en el dolor, de noche como de dia!

Renuncio á pintar lo que ocurrió despues en la vida de Clara. Cuando el egoismo de las malas pasiones no ha petrificado el corazon, no puede haber una tortura más cruel que la de saber que hay una criatura noble y abnegada que sufre las consecuencias de una situacion que no fué propia.

Clara debió sufrir hondamente al saber que Ricardo habia muerto para el mundo de la razon, á consecuencia de la herida moral que con

sus propias manos le causara. Por eso su sol se fué apagando en la tristeza y en el abandono, fué ya una tierra sin rocío, un cielo sin estrellas, una agonía lenta que acabó al fin con su vida en el seno de la más santa resignacion.

La huérfana fué recogida por una estimable señora viuda, que habia quedado sin hijos, y que gozaba de algunas comodidades. La hizo educar en uno de los mejores colegios de la capital y acabó por adoptarla.

La niña creció en belleza y virtudes y alcanzó á ser una de las más puras beldades de Bogotá.

En el año próximo pasado, siendo ya jóven y sin conocer á fondo la historia de su madre visitaba la casa de locos, en compañía de su madre adoptiva.

Al examinar la celda de un loco melancólico, este fué presa de la más extraña agitacion. De improviso se tiende á los piés de la jóven diciéndole.

—¿Tú no eres muerta Clara, llegas en fin?

Y su voz era tan dulce que parecia un suspiro de la noche.

Era Ricardo, anciano ya, más por el dolor que por los años.

Qué pasó en él en ese momento, nadie podrá decirlo; tal vez el enjambre confuso de recuerdos se levantaria de repente en su alma cantando y batiendo alas, despertando los ecos dormidos de las alegrías desvanecidas del pasado.

La jóven, que tambien se llamaba Clara, volvió á su casa hondamente preocupada y fué entónces cuando se le refirió con detalles la historia de su madre.

Al dia siguiente volvió al hospital y se repitió la misma escena; entónces ya no pudo dominarse y se dirigió á la casa de un eminente médico á quien refirió la historia de lo sucedido y le suplicó se consagrara á la curacion del loco.

El médico, ya por deber como por piedad y para resolver un problema de la ciencia médica, se ofreció consagrarse á esa curacion y se consagró á ella de una manera decidida.

Durante seis meses la jóven concurrió diariamente al hospital, siguiendo con puntualidad las prescripciones del Doctor y al fin el buen resultado coronó la empresa.

Ricardo recobró la razon, pero no la dicha.

Clara que se habia acostumbrado á ese amor del anciano, que no habia amado aún y que quiso rehabilitar la memoria venerada de su madre coronó su obra de abnegacion uniéndose á Ricardo. Su amor era puro y sereno como el lago rodeado de sauces que refleja hasta la última hoja seca del árbol que se inclina á sus orillas.

La madre adoptada murió hace poco tiempo y ese es el luto que ve usted en Clara, y tanto para distraerse como para fijar la completa salud del anciano han resuelto viajar por toda la República.

Esa es la historia de la jóven que tenemos á la vista. Ya ve usted que tiene toda la serenidad de un hermoso cielo, toda la trasparencia de un lago tranquilo y toda la virginidad de una rosa blanca.

—

Poco despues Darío Achiardi empuñaba su battuta y toda la atencion se dirigia al escenario. Volviamos á *Lucía*.

"O SUFRIR O MORIR!" *

Plegaria de un ciego.

POR EL PBRO. BALTASAR VELEZ.

(Á MI AMIGO JUAN JOSÉ MOLINA).

Bebe afectuosamente el cáliz del Señor—
si quieres ser su amigo y tener parte con él.

(IMITACION)

¡Piedad, mi Dios, piedad! Amargo llanto
Vierten mis ojos porque te he ofendido,
Dejé de amarte y tu precepto santo
Provocando tus iras he infringido.
¡Perdona mi pecado! En vez de enojos
Más llanto otorga á mis culpables ojos!

Más llanto sí; el que á David le diste
Para llorar su abrumador pecado,
Tú no concedes el perdon al triste
Si en llanto el corazon no se ha empapado.
¡Dame lágrimas, pues, y dame acentos
Para elevarte oh Dios! estos lamentos!

Mas ¿qué fuerza, Señor, á ti hoy eleva
Aqueste corazon ayer tan duro?
Ayer no oraba ¿qué hoy á ti lo lleva?
¿Es el amor ó el interes impuro?
Tú lo sabes mi Dios! el pecho mio
Tan solo cuando sufre no es impío.

Hoy que el dolor tortura mi existencia
Y mis ojos del sol la luz no miran
Ya me acojo, Señor, á tu clemencia
Y tu bondad y proteccion me inspiran!
¡Sanos mis ojos no alcé ayer del suelo
Y ahora enfermos los elevo al cielo!

"O sufrir ó morir!" esa es la historia
De todo corazon acá en el mundo—
Siempre el dolor te trae á la memoria
O Dios! á quien olvida el goce inmundo.
Y ese olvido, Señor, es muerte, infierno,
Para el que vida quiera y cielo eterno.

¡Ese olvido es mi crímen, Dios clemente!
¡Yo de ti me aparté como hijo ingrato!
¡Tú eras solo mi bien cuando inocente
No buscaba el placer sino tu trato!
Mas ¡ay! te abandoné y entónces mi alma.
Separada de ti perdió su calma.

Inédita.

Nací cristiano. Mi piadosa madre
Juntándome las tiernas manecitas
A darte el nombre me enseñó de Padre
Y en ti á esperar en mis dolientes cuitas-
Con mi padre y con ella-de rodillas-
Yo ensalzaba, Señor, tus maravillas.

Cuando niño, á mis juegos te asociaba;
Te alcé altares lo mismo que á María;
Llegó mi pubertad-mi alma te amaba-
Llegó mi juventud y te seguia,
Mas al finar mis juveniles años
Del mundo te dejé por los engaños.

Voló mi edad feliz!.... la edad madura
Tras ella vino y extraviado hallóme:
De tu amor alejado y por la impura
Senda del vil placer doquiera vióme
De mí, á tu vez, oh Dios! te retiraste
Y en castigo al placer me abandonaste.

El dolor es un bien: es una prueba;
Libremente aceptado purifica;
Porque él á la virtud y á Ti nos lleva
Y las penas del alma dulcifica.
Ven, oh dolor! visítame constante
Porque sin ti de Dios estoy distante!

Tú aquí, Señor, con el placer castigas
Al que por él te abandonó culpable,
Con la pena revocas ó mitigas
Tu sentencia de odio perdurable.
¡Dichoso aquel á quien le mandas penas!
¡Ay infeliz del que al placer condenas!

Pérfido el mundo me tendió sus brazos
Y yo inexperto le alargué los mios,
Y al caer como víctima en sus lazos
Sus mil aplausos prodigóme impíos,
Cantó victoria-celebró su empresa
Gozando cruel en devorar su presa.

Yo al mundo, entónces, le rendí el tributo
De orgullo y vicios que insaciable exige-
Le dí mi amor y coseché por fruto
Los ruines odios con que asaz me aflige;
Calumnias torpes, miserable envidia,
Amigos falsos y doquier perfidia.

Limpio mi corazon, vírgen estaba
Cuando el mundo le vió por vez primera;
Mas cuando éste del pecho le arrancaba
Blando y fácil le halló, como la cera,
Y de este corazon hizo un Proteo
De vicios y maldad-deforme y feo.

Tal es, mi Dios, el corazon manchado
Que está á tus plantas de rubor cubierto.
No te acuerdes, Señor, de su pecado
Y dále vida, porque está ya muerto!
¡Tu corazon mi corazon reciba!
¡Haz tú que llore y se convierta y viva!

1879.

TRABAJO Y ECONOMIA.

POR RICARDO VILLA.

I.

El trabajo es una necesidad, una virtud y un placer.

Es una necesidad, porque tal es la condicion humana que sin el trabajo no puede existir ni prosperar; es una virtud, porque es el cumplimiento de un deber y un preservativo de los vicios; es un placer, porque nos priva del fastidio, uno de los males que mas carcomen la existencia. Es tambien una pena impuesta al estado de imperfeccion y de pecabilidad en que ha caido el hombre, al mismo tiempo que uno de los mayores bienes de que podemos gozar, porque es lo único que puede rehabilitarnos ante Dios y ante los demas hombres.

Tres clases de trabajo podemos distinguir en el hombre, que corresponden al triple aspecto bajo el cual se considera: el físico, el intelectual y el moral.

Por el trabajo físico el hombre desarrolla su cuerpo y adquiere riquezas; por el trabajo intelectual el hombre ejercita su inteligencia y adquiere conocimientos; por el trabajo moral el hombre educa su corazon y adquiere virtudes. Todo trabajo sostenido produce un capital: capital material, capital intelectual ó capital moral.

El hombre tiene una inclinacion natural á atesorar, y á medida que adquiere desea adquirir más. Esa inclinacion está felizmente combinada con este hecho: que miéntras más se tiene tanto más fácilmente se adquiere.

El rico desea serlo más, y con ménos trabajo gana más que el pobre; el instruido aspira á aumentar sus conocimientos, y con más rapidez puede alcanzar la ciencia que el que apénas empieza sus estudios; el virtuoso apetece la perfeccion, y sin afan y con placer puede llegar hasta donde no alcanzan ni los deseos del vicioso. Riqueza llama riqueza, bien sea física, moral ó intelectual.

La pena principal del trabajo no está en continuar, sino en empezar; por esto la base primordial de una buena educacion, está en infundir el *hábito del trabajo*, que es tambien el que lo hace amar. El hombre corre entónces tras la ocupacion, como los rios hácia los océanos: busca ansioso los depósitos soñados de la riqueza, de la ciencia ó de la santidad.

Esos tres trabajos son necesarios al hombre, y no puede separarlos sin truncar su existencia. Necesita de pan para vivir, de virtudes para ser dichoso, de conocimientos para ensanchar su espíritu.

Pero hay uno que tiene la preferencia sobre los otros, segun este precepto del Evangelio: "Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demas se os dará por añadidura". Esta promesa divina está fundada en el desenvolvimiento lógico del trabajo. El hombre que educa ante todo su corazon y practica las virtudes, busca la ocupacion y apetece la ciencia, como nueva luz que puede guiarle en su vida terrenal. La virtud huye de la ociosidad, ama el trabajo y se ejercita en él.

No hay estado ni condicion que pueda excusar del trabajo. El moral obliga siempre y á todos; el físico pesa particularmente sobre el pobre; el intelectual es una consecuencia de la vida. Estos tres trabajos se armonizan, y perfeccionan al hombre con el desarrollo simultáneo de su cuerpo, de su corazon y de su espíritu.

El exceso en el trabajo físico debilita la organizacion y aniquila la existencia; el exceso en el trabajo intelectual enerva la inteligencia, agota las fuerzas físicas y consume la vida. En el trabajo moral no cabe exceso. La virtud puede recorrer una escala infinita desde la ausencia de todo delito, de toda falta, hasta la más extensa práctica del bien, hasta los más heróicos sacrificios en favor de los hombres. No hay límite en el ejercicio de la virtud, porque ella sólo busca á Dios, su eterna fuente, conduciendo á la santidad, y dando hombres como los que la Iglesia ha declarado modelos en la tierra y bienaventurados en el Cielo.

Hay en todo trabajo un capital con que la naturaleza ha favorecido á algunos hombres. Unos nacen con una organizacion hercúlea, otros con una alma vigorosa capaz de elevarse á las más altas concepciones, y hay algunos dotados de un corazon tan noble, tan sensible, tan fecundo para el bien, que marchan por el camino de la virtud como por una senda cubierta de flores.

Cuando el hombre empieza la vida con esas dotes, se eleva como el globo inflado por el gas, como los vapores que calienta el sol, y la humanidad se enorgullece con una de sus más hermosas personificaciones.

Los tres trabajos se diferencian tambien en sus resultados. El trabajo material produce materia, pan ú oro; repleta trojes, almacenes ó cajas; alimenta los cuerpos y enriquece las naciones. El trabajo intelectual produce conocimientos, ciencias, bellezas; acumula ideas que alimentan los espíritus y engrandecen las sociedades. El trabajo moral produce afectos, fruiciones, bienestar; presenta modelos á todas las clases sociales; crea instituciones para favorecer todos los infortunios; atesora virtudes que hacen la dicha de los hombres. El trabajo material engendra fuerzas materiales, crea riquezas, da poder á las naciones; el intelectual disipa la ignorancia é ilumina á los pueblos; el moral da estabilidad á las sociedades, destruye el crímen, fortalece las relaciones sociales, hace habitable la tierra. La gloria que se adquiere con las riquezas perece con el rico; la que se adquiere con la inteligencia dura miéntras dure el mundo; la que se adquiere con las virtudes traspasa los lindes del tiempo y permanece por toda la eternidad.

Esos tres trabajos combinados y apoyándose mutuamente hacen poderosas á las naciones, felices á los hombres y constituyen la única y la verdadera civilizacion.

II.

El trabajo nada vale sin la economía, la cual no es otra cosa que la conservacion de lo adquirido.

A cada trabajo corresponde una economía; habrá, pues, tres clases de economía como hay tres clases de trabajo.

El trabajo produce materia, y su verdadero representante es el dinero. Ahorrando y reuniendo dinero se forman capitales y se llega hasta la opulencia.

La economía en los valores materiales es una virtud, porque se ahorra lo que se le quita al vicio, se prepara el porvenir siempre incierto, se asegura la subsistencia de otros séres y se aumenta la riqueza pública.

Pero no toda economía puede considerarse como una virtud, pues hay algunas que degeneran en vicio y pueden llegar hasta el crímen.

El hombre que quita á sus más legítimas necesidades sus debidas satisfacciones y al pobre su socorro, cae en la avaricia, amor desordenado de las riquezas, que es siempre duro y egoista.

La economía debe estar fundada en la prudencia, en la razon y en la caridad. Ser miserable con el pobre y fastuoso con el rico, es una atroz injusticia y una gran tontería; no remunerar como es debido el trabajo del que nos sirve, para consumir ese ahorro en la satisfaccion de necesidades facticias, es un robo á la vez que un despilfarro.

Para que la economía sea virtud, es preciso que vaya acompañada de la justicia, que se funde en un trabajo más productivo y en la eliminacion de gastos superfluos, que no se haga en perjuicio del menesteroso á quien hay obligacion de socorrer, y que se ponga freno á la ambicion desmedida de adquirir.

"¡Ay de vosotros, dice Isaías, los que juntais casa con casa, y agregais heredades á heredades hasta que no queda ya más terreno! ¿Por ventura habeis de habitar vosotros solos en medio de la tierra?" El apóstol Santiago dice tambien: "Ea, pues, ¡oh ricos! levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobreveniros. Podridos están vuestros bienes, y vuestras ropas han sido roidas de la polilla. El oro y la plata vuestra se han enmohecido; y el orin de estos metales dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habeis atesorado ira para los últimos dias. Sabed que el jornal que no pagásteis á los trabajadores que segaron vuestras mieses, está clamando; y el clamor de ellos ha penetrado los oidos del Señor de los ejércitos. Vosotros habeis vivido en delicias sobre la tierra, y os habeis cebado á vosotros mismos para el dia del sacrificio."

—

En el trabajo intelectual tambien hay economía como en el material. En este se conservan valores, que forman la riqueza; en aquel se conservan ideas y hechos, que constituyen los conocimientos.

Lo que se economiza en el trabajo material se guarda en objetos materiales; lo que se economiza en el trabajo intelectual se deposita en una facultad del alma, en la memoria.

El capital intelectual, en vez de consumirse con el uso, como sucede con el material, se aumenta con su ejercicio: guardarlo seria perderlo.

El hombre que se ha enriquecido con conocimientos tiene el deber de comunicarlos para su bien y para el de sus semejantes. El egoismo del hombre instruido es tan criminal como el del rico; pues hay pobres de inteligencia y de conocimientos, á quienes es necesario socorrer, como á los menesterosos y á los mendigos.

En el desarrollo de la inteligencia y en la adquisicion de ideas, hay tambien un abuso que puede llamarse de consumo, y es el de enseñar el error y encender las pasiones. Una inteligencia que se pervierte con ideas falsas y que toma interes en propagarlas, es como un capital adquirido por medios inicuos y que se emplea en la satisfaccion de vicios vergonzosos.

Si con el trabajo material deben buscarse riquezas legítimas, con el intelectual debe aspirarse á adquirir la verdad y á discernir el error. Extraviarse en la via del estudio es pérdida de tiempo, á la vez que fuente de males para el hombre y para la sociedad.

La avaricia es á la riqueza material, lo que el orgullo á la intelectual. La primera no respeta el trabajo ajeno, y todo lo sacrifica á su egoismo; el segundo desdeña los pensamientos que no son suyos, y es altanero, pretencioso é intolerante: todo lo inmola á su *yo*. Tanto el capital del avaro como la falsa ciencia del orgulloso se han acumulado por medios ilegítimos; el primero á costa del pobre, el segundo á costa de la verdad.

El caudal de la verdadera ciencia debe adquirirse con un corazon sencillo y una alma humilde. El soberbio cree saberlo todo, y sinembargo es "ignorante hasta de su propia ignorancia". El verdadero sabio desconfia de sus fuerzas, y reconoce y proclama que "lo único que sabe es que nada sabe". El primero empieza independizándose de la Religion; el segundo acaba reconociendo que sin ella no hay felicidad posible, y que Dios se encuentra siempre tras de sus obras.

—

Los productos del trabajo moral son tambien suceptibles de acumulacion, y forman el capital más bello que puede poseer el hombre. Ese capital se conserva en el corazon, residencia de los afectos, manantial de donde parten todas las acciones generosas y todos los sentimientos nobles.

Así como todos los conocimientos se relacionan unos con otros, así tambien todas las virtudes se enlazan entre sí, atrayéndose mutuamente y formando, un todo indisoluble. Sobre ellas descuella la piedad, que segun un ilustre Obispo, "es el amor, y el amor más verdadero, más fuerte, más penetrante que existe sobre la tierra. Cuando no hay amor no hay fuerza para soportar la carga de la vida, y los pensamientos se evaporan en la atmósfera del siglo, porque no tienen lastre que los sostenga."

La virtud por su naturaleza activa, y jamas permanece oculta ni ociosa: sale al exterior, se expande, y miéntras más se ejercite, más se engrandece y refina.

En el uso del capital moral no cabe egoismo, porque este vicio es incompatible con la virtud; no cabe soberbia, porque la virtud es inseparable de la humildad; no cabe exceso, porque el amor no conoce límites.

Las virtudes no se adquieren ni pueden adquirirse con perjuicio de nadie; ellas no tienen más víctima que los vicios.

El capital moral puede tambien perderse, si las pasiones se apoderan del corazon; pero basta el arrepentimiento sincero para recuperar el capital perdido, apareciendo con nueva y mayor brillantez.

III.

Hay, pues, tres clases de trabajo, y tres clases de economía; tres grandes ocupaciones para el hombre, que producen tres capitales: moralidad, ilustracion, riqueza.

Para desgracia de la humanidad, la armonía que debe reinar en esas tres grandes fuentes de paz y de progreso, no siempre se conserva.

La moralidad, como hermana primogénita protege la ilustracion y las riquezas; pero el orgullo extravía la primera, pervirtiendo las inteligencias, y el placer corrompe las segundas, envenenando los corazones. Este es el orígen de esa lucha perenne que tanto atormenta á las sociedades: lucha de la pobreza irreligiosa contra la riqueza y la moralidad; lucha de la riqueza corrompida contra todo freno á las pasiones; lucha de las inteligencias extraviadas contra todas las ideas de órden, de justicia y de autoridad. En esa lucha estéril y devastadora, la Moral resiste y se defiende, amparando al pobre, protegiendo al rico, conservando la Verdad y salvando al fin la sociedad. Si ella pereciera, la barbarie cubriria la tierra, y en su caida arrastraria ciencias y riquezas.

Entre tanto, la riqueza y la ilustracion desaparecen con el hombre; pero el alma virtuosa vuela al seno de la Sabiduría eterna, donde se engolfa en el Océano de la ciencia y de la felicidad.

ELEGIA. *

POR JUAN C. ARBELAEZ.

(Escrita con motivo de la muerte de la señora Juana Bernal de Fonseca, acaecida en Gachetá el 21 de setiembre de 1875).

Ayer por el cansancio fatigado
Este valle pisé y este poblado.

En la noche tranquila hirió mi oido,
Resonando lejano, un alarido
De espanto y de dolor!
De mi lecho salté.... abrí la puerta
Y dejé la ventana medio abierta
Para escuchar mejor.

* Inédita.

De nuevo oí desgarrador lamento
Y en los tejados resonaba el viento
Con triste majestad!
Pensé entónces en todos los que ausentes
En mi memoria y corazon presentes
A cada instante están.

Y sin saber por qué, mis ojos luego
Se arrazaron de llanto y el sosiego
No pude recobrar!
Supe despues que la inflexible muerte,
Sin pensar de tus hijos en la suerte,
¡Te arrancó de tu hogar!

Pobre esposo! qué harás en tu quebranto
Cuando al llamar á la que amabas tanto
De tus hijos queridos
Solo oigas resonar los alaridos!

Eleva entónce tu mirada al cielo
Y busca allí consuelo,
Que en la tierra responde al afligido
Gemido por gemido.

Nunca te vi de paso por el mundo,
Mas en tu muerte mi dolor profundo
Noble matrona, fué.
Que soy hijo y esposo y con tu muerte
Me recordaste nuestra aciaga suerte....
Y por eso lloré.

Hay tambien un tributo que merece
La mujer que en virtudes se enaltece
¡Y que se paga aquí!
¡A ese influjo secreto obedecia
Cuando en mi älma la emocion bullia
Y humedecer mis párpados sentí!

Más cuando á conducirte á la morada
De los muertos llegamos.... y embargada
Del ministro de Dios la voz oí....
Mezclados al oir la voz y el llanto
De tu esposo y tus hijos ... ah! Dios santo!
¡No sé lo que sentí!

INFLUJO

DE LA CULTURA INTELECTUAL EN LA LIBERTAD HUMANA.

Discurso pronunciado en la sesion solemne de la Universidad nacional de Colombia en el año de 1875.

POR JOSE I. ESCOBAR.

Como el agua en una tierra seca y porosa, así se infiltran las ideas en el alma tierna del niño. El lenguaje, el hábito, el ejemplo, todo contribuye á fundir el alma, blanda aún, en un molde preparado de antemano. De ese modo se heredan las ideas y con ellas las costumbres. Las mismas causas que nos han hecho aquí cristianos, libres i humanitarios, nos habrian hecho fetichistas y esclavos en el Congo, y antropófagos en la Nueva Zelandia. La respetable matrona colombiana, que mira el suicidio como el mayor de los crímenes, nacida y educada en la India, se arrojaria sin vacilar en la pira en que ardiesen los restos mortales de su esposo. El cristiano fervoroso que peregrina á besar reverente el santo sepulcro, si se hubiese hallado entre la turba judía que reputaba blasfemo al Hijo del Hombre, habria sido probablemente de los que gritaban: "Caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos!" Y vosotros, nobles defensores de la libertad del pensamiento, ¿estais bien seguros de que no habriais votado en el Consejo de los Quinientos por la muerte de Sócrates?

Tal es el poder del medio moral, de la atmósfera de ideas en que vivimos y nos es forzoso respirar.

Lo que hay de comun en las almas son las ideas heredadas. Lo que distingue el "hombre-individuo del hombre-humanidad", es lo que él ha añadido á esas ideas, la manera como las ha modificado, ó el grado en que se las ha asimilado y hecho fecundas por su propio trabajo mental. El que no ha hecho algo de eso, el que no ha dado su fruto, no tiene nada propio, nada que intelectualmente lo distinga de los demas hombres. Es un mero producto del medio moral en que vive, un árbol desviado de su direccion natural por la presion, y convertido en planta rastrera. Nunca se ha preguntado porqué cree ó deja de creer en tal ó cual cosa, porqué ejecuta ó deja de ejecutar tal ó cual acto. Cree pensar, pero es la sociedad quien dirige sus acciones. Llamarlo libre seria abusar de las palabras. Libre es el que se ha asimilado siquiera la dósis de pan intelectual que necesita para guiar su conducta. Libre es el que con verdad puede decir: *yo pienso.* No se entra en la comunion sagrada de los hombres libres sin haber recibido el bautismo doloroso de la duda.

Las ideas que no nos hemos asimilado suficientemente, parásitas del alma, aun supuestas verdaderas, son infecundas, huevos en un nido solitario que no calienta ningun plumon. Encended en ella la llama del pensamiento, y á su calor las vereis germinar y crecer y dar frutos, buenos ó malos, no importa. El error tambien es útil: él tiene su destino en la economía mental, como lo tienen los volcanes en la economía terrestre. Pues que mil sendas conducen al error y una sola á la verdad, es fuerza haberse

extraviado mil veces para acertar con el verdadero camino. La naturaleza es un maestro excelente pero rudo: sólo despues de haber dejado parte de nuestra carne en los abrojos del sendero extraviado, venimos á caer en la cuenta de que hemos errado el camino. Pero aunque no fuese así, "más vale, dice el profesor Tyndall, el furor del torrente que el estancamiento del pantano: porque en el uno hay vida siquiera, y por consiguiente esperanza, miéntras que en el otro no hay nada".

Pero no es la herencia obligada de ideas lo único que se opone al libre curso del pensamiento. La fatalidad tiene aquí un auxiliar poderoso en la sancion pública, garra formidable, siempre abierta y pronta siempre á clavarse en aquellos que se atreven á pensar por sí ó á vivir á su modo. Y cuánta sea la eficacia de esta fuerza, casi tan ciega como las del mundo de la materia, dígalo la uniformidad que se nota casi por donde quiera en las sociedades modernas. ¿Se cree por ventura que todas las inteligencias libremente desarrolladas producirian unas mismas ideas, á la manera en que todos los peros dan peras?

"Todo público es ortodojo y anatematiza á los disidentes". La independencia del pensamiento no es ménos odiosa á los demagogos que á los déspotas. En el piélago de los intereses y de las pasiones humanas no sobrenadan sino los que no llevan el pesadísimo lastre de un carácter independiente y de una inteligencia libre. ¡Ay de aquel que se atreva á poner en duda alguno de los artículos de fe de su partido político por ejemplo! Por eso se halla ordinariamente sin sacerdote el templo de la imparcialidad. Por eso hallan rara vez los partidos entre sns miembros quién les preste el impagable servicio de decirles la verdad cuando es amarga. Por eso guardan para sí tantos pensadores el fruto de sus meditaciones, privando á la sociedad de un caudal inmenso de ideas, si verdaderas, útiles por eso; si erróneas, útiles tambien, porque está en la naturaleza del error hacer resaltar la verdad.

Si tuviésemos presente que somos falibles y que pueden ser erróneas nuestras opiniones, no coronariamos de espinas á los que las ponen en duda y las discuten; seriamos indulgentes con los que en busca de más luz penetran osadamente en lo desconocido; no olvidariamos que no se mejora sin innovar, ni se innova sin atacar mas ó ménos lo existente. Colon no habria descubierto un mundo, si se hubiese atenido á las ideas de los hombres ilustrados de su tiempo. Bacon no habria dado una nueva y excelente direccion al espíritu humano, si no hubiese empezado por darle rienda suelta al suyo para buscar libremente lo verdadero. Si amásemos de véras la verdad, respetariamos á su madre, que es la duda, deidad severa que martiriza al hombre para engrandecerlo, que con acíbar lo unge rey.

Pasajeros en una débil nave, separados del abismo por una tabla apénas, estamos prontos, sin embargo, á taparles los ojos á los que, dudando de la infalibilidad del piloto, quisieran interrogar las estrellas para inquirir si hay algun rumbo mejor hácia el puerto deseado. La humanidad es grande, pero no es humilde ni agradecida. Ella se ha figurado siempre que las escasas gotas de verdad que hay en el torrente turbio de la vida, son todo el océano de la verdad; y por eso ha pagado, cuando no con la cruz ó la cicuta, al ménos con la esponja empapada en hiel y vinagre, á los hijos de la luz que se han atrevido á quitar alguna tiniebla de la oscuridad de su noche.

La independencia del pensamiento, condicion esencial de la verdadera libertad en el individuo, lo es tambien del progreso en la sociedad. La riqueza mental se aumenta con el cambio de ideas, como la afectiva con el cambio de sentimientos, como la material con el cambio de productos. Pero nada podria cambiarse donde todos pensasen de la misma manera; y es preciso reconocer que si existe alguna actividad en el comercio de las ideas, es porque ha habido y hay hombres, bien pocos por cierto, que no respetan los diques caprichosos ó absurdos que las ideas dominantes ponen al *hervir vividor* del alma.

Pártase del principio de que ya no hay nada que hacer en la esfera del pensamiento, de que lo que existe es lo mejor, y pasarán siglos y siglos sin adquirir una partícula más de verdad ni de felicidad; como sucede en los pueblos del Oriente, donde las palabras bondad, justicia, derecho, significan únicamente conformidad á la costumbre. Por eso se ha petrificado en ellos la raza, en términos de no poder modificarse sino para retrogradar ó perecer. Por eso son hoy esclavos de bárbaros los hijos de Ismael, cuyos antepasados fundaron en ménos de un siglo un imperio casi tan grande como el imperio romano.

El poder de la costumbre no es tan absoluto en los pueblos cristianos; pero el mal existe en ellos tambien. Ya Tocqueville habia observado cuán restringida está por la opinion pública por la libertad de pensar en los Estados Unidos; y voces tan autorizadas como las de Stuart Mill, Matthew Arnoldt y Kingdon Clifford han llamado recientemente la atencion de los pensadores hácia los perniciosos efectos de este género de tiranía, que va cobrando mayor fuerza á medida que va haciéndose más y más efectivo el principio del gobierno de las mayorías.

Pero no basta tener ideas propias; es preciso tambien proceder de acuerdo con ellas. Creernos autorizados para examinarlo todo, es simplemente nuestro derecho; examinar siquiera aquellas ideas cardinales que son como los polos de la inteligencia, es nuestro deber; respetar en la práctica el resultado del exámen, proceder conforme á lo que se cree verdadero, cueste lo que costare, ese es el ideal. No basta templar el alma para la verdad; es menester templar tambien el carácter para la libertad.

Lo único que podemos oponer con ventaja á todas las tiranías, es la educacion. Educar á un hombre es enseñarlo á servirse de su propio juicio, á darse cuenta de la razon de sus creencias y de los motivos de sus acciones. Tal es la labor que es preciso emprender, si en materia de libertad no nos contentamos con el nombre sino que buscamos la cosa. Es preciso enseñar de modo que el pan intelectual se convierta, como lo ha dicho un escritor ilustre, no en grasa sino en músculo mental.

LA PALOMA DEL ARCA

Á MIS AMIGOS JOSÉ MARÍA VERGARA I VERGARA Y ADRIANO PÁEZ.

POR EPIFANIO MEJIA.

Cuarenta dias y cuarenta noches
Llovió sobre la tierra.... Entre las aguas
Se fueron sumergiendo lentamente
Las colinas, las selvas, las montañas.

A las cumbres más altas de la tierra
Se subieron las gentes, espantadas;
Pero de allí se fueron desgajando
Como las hojas que la ola arrastra.

En la copa de un árbol centenario
Una águila quedó....batió las alas....
La cólera de Dios iba creciendo....
La cólera de Dios subió hasta el águila.

Gentes, montes, camellos, golondrinas,
En el revuelto piélago flotaban....
El arca de Noé se iba elevando,
Blanca y serena, cual marina garza.

Rasgando el seno de enlutada nube,
El sol apareció.... Su roja llama,
Que ántes bañara bulliciosos pueblos,
Bañó de resplandor mundos de agua.

Llenóse el aire de flotantes nieblas
Cuando el cielo cerró sus cataratas:
Entre espumas y olas lentamente
Remolinaba, descendiendo, el arca.

En ella, al lado del hambriento tigre
Blanco cordero sin temor balaba....
Tu cólera, Señor, á quién no aterra?
Tu cólera, Señor, á quién no amansa?

Un dia, Noé, para buscar la tierra
El negro Cuervo á los espacios manda,
El animal por los espacios vuela
Nieblas rasgando con sus negras alas.

Solo y perdido en los helados vientos,
Divisa al fin en la extension lejana
La negra cima de encumbrada roca
Que su cabeza entre la mar levanta.

Vuela.... y subiendo á su escampada cumbre
La encuentra de cadáveres regada,
Y como el genio de la guerra, inquieto,
Aquí y allá sobre los muertos anda.

Noé, cansado de esperar, suspira,
Y la Paloma á los espacios larga;
El ave santa de rosado pico
Hiende las brumas con sus blancas alas.

Sola y perdida en solitarios aires,
Al fin divisa, por el sol bañada,
Como pedazo de flotante musgo,
La verde cima de glacial montaña.

Brillan sus ojos como dos rubíes;
Como azucenas sus alitas blancas:
Vuela.... y al fin sobre la verde oliva
Sus rojos dedos de coral descansa.

Suelta su pecho cadencioso arrullo,
Coge su pico humedecida rama,
Y como el ángel que bajó á María
Desde la cumbre en el azul se lanza.

(Miéntras el ave de nevadas plumas
Lleva la oliva de la Paz al Arca,
El negro Cuervo en la escampada roca
Su sed de sangre entre la sangre sacia).

Noé de pié sobre el flotante buque
La ansiosa vista en los espacios clava,
Y de repente de rodillas cae
Y al alto cielo su mirar levanta.

Mudo y absorto en oracion ferviente
"Gracias, Dios mio!" en su interior exclama;
Y aletando la Paloma llega
Y el verde ramo entre sus manos larga.

El sol muriendo entre la mar y el cielo
Con roja lumbre los espacios baña;
De Iris de Paz abrillantados arcos
Cubren el techo de la nave santa.

Pasan y pasan silenciosas noches;
Brillan y brillan rutilantes albas,
Y albas y noches en la mar encuentran
La santa nave que en silencio baja.

Un dia, al fin, de la lejana Armenia
Sobre los montes, de repente pára....
Merman las aguas.... en la negra cumbre
Como un castillo se divisa el Arca.

Abre Noé la ventanilla y mira....
Riega la luna su fulgor de plata;
Brilla en la mar la matutina estrella;
Abre la aurora su brillante alcázar.

Van asomando los desnudos montes....
Van asomando las colinas calvas....
Van asomando los abiertos valles....
Buscan sus lechos las dispersas aguas....

Vuelve la mar á su cajon de tierra....
Soplan los vientos sus desiertas playas....
No hay una nave que sus ondas surque....
Rios y fuentes de las cumbres bajan....

Conchas del mar sobre los montes brillan;
Montes enteros en la mar se arrastran:
En donde un pueblo levantó sus torres....
Riega un volcan sus relumbrantes llamas.

Abre Noé la diluviana puerta. ..
Vuelan las aves y al azul se lanzan;
Corren las fieras y los montes buscan:
Ruedan los peces y á las ondas saltan.

Pita en la altura el arrogante toro;
La yegua al viento su relincho alarga;
Ladra saliendo de la nave el perro;
El gallo airoso entre la nave canta.

(Ved la paloma! en el vecino bosque
Llena su pico de menudas pajas
Y en la ventana de la blanca nave
Arma su nido y sus polluelos saca.

Miéntras las aves, compañeras suyas,
Huyen y dejan para siempre el Arca,
Ella se queda acompañando al hombre
En la desierta terrenal morada.

Triste es su arrullo! Su doliente arrullo
Es una queja agonizante y larga;
Pero consuela al corazon que sufre,
Porque de quejas se alimenta el alma).

Pisa Noé la humecida tierra
Y sobre el punto en que su pié descansa,
Con su mujer y con sus hijos todos,
Un alto templo al Hacedor levanta.

En sus altares sacrificios hace:
Cuando el cordero entre sus manos alza,
Brilla la nieve de seiscientos años.
En su cabeza, como el humo, blanca.

Medellin, Abril 10 de 1869.

NUESTRA GRAN LLANURA ORIENTAL.

INTERESES POLÍTICOS VINCULADOS EN SU COLONIZACION.

POR EMILIANO RESTREPO E.

La mitad, ó poco ménos de la superficie territorial de los Estados Unidos de Colombia, está comprendida entre el pié de la rama oriental de la gran cordillera de los Andes, el Arauca, el Meta, el Orinoco, el Casiquiare, el Rionegro ó Guainía y el Amazonas. Posee ahí nuestro país veinticuatro mil leguas cuadradas, que hacen parte de la gran llanura de la América del Sur, que se extiende desde el Delta del Orinoco hasta los más remotos nacimientos del Madeira.

Seguramente no hay en toda la superficie del globo una comarca más pródigamente dotada por la naturaleza que esta inmensa llanura. La bañan dos de los tres grandes rios de la América meridional, y sus dos grandes hoyas hidrográficas están enlazadas naturalmente por un extenso canal, el Casiquiare, merced al cual es posible la más extensa navegacion mediterránea. Rios innumerables, muchos de ellos de tanto volúmen de aguas como los mayores de Europa, navegables por centenares de leguas, descienden del Oriente y del Occidente á enriquecer con su tributo las dos arterias principales.

Esa region abriga en sus senos, en sus bosques y en sus praderías cuantas riquezas naturales puede imaginar el hombre.

Posee el oro, la plata, el cobre, el hierro, el plomo, los diamantes, la sal gema, la hulla, el mármol, el pórfido, el granito, &.

En las faldas de la cordillera, que le sirve de límite por el Occidente, en una extension de cerca de quinientas leguas geográficas, crece el árbol de la quina, fuente de una riqueza que solo los siglos agotarán.

En sus inmensas praderías ofrece alimento gratúito y generoso á centenares de millones de cabezas de ganado.

En los bosques de la parte ardiente se encuentra un sinnúmero de plantas medicinales, de alto valor y de extenso consumo en los mercados del mundo, y productos variados que reclama la grande industria europea y de los Estados Unidos de América, para trasformarlos en otros tantos elementos de goces ó de servicios para el hombre.

La fertilidad de sus terrenos admite el parangon con la de los valles del Nilo y del Gánges, y deja atras la tan afamada de la hoya del Danubio.

Region dotada de tales condiciones, está llamada indudablemente á ser el asiento y la mansion de pueblos florecientes, ricos y poderosos.

Su situacion geográfica, sus infinitas comunicaciones fluviales, su exuberante fertilidad, sus inagotables riquezas naturales, hacen de ella la más importante comarca del mundo, sin que pueda igualarla la grande hoya del Mississipi, cubierta hoy de Estados florecientes, y de ciudades populosas.

Cualesquiera que sean los destinos que el porvenir reserve á los pueblos de raza latina, poseedores actuales de aquella comarca, ya lle-

guen á regenerarse por medio del trabajo, y á engrandecerse por medio del capital, ó ya, devorados por la anarquía, ó envilecidos por el caudillaje, hayan de hundirse en el abismo de barbarie al cual los empujan las locas pasiones que los agitan, es la verdad que en el curso de los siglos, que para la vida de la humanidad son años, esa portentosa llanura llegará á ser el asiento de un gran pueblo.

Singularmente favorecido nuestro país por la naturaleza, posee en esa vastísima llanura, una region que se extiende á las dos grandes hoyas hidrográficas que la forman. En ella se encuentran los territorios de Casanare, San Martin y el Caquetá, en los cuales no alcanza á tener Colombia cincuenta mil habitantes de poblacion civilizada.

En la parte meridional de nuestro territorio el Imperio del Brasil tiene puesto el pié hace muchos años, y avanza sin detenerse en su tenaz usurpacion, diseminando sus colonias, fundando poblaciones y haciendo reconocer en ellas su soberanía.

Al Oriente y al Norte, nuestros inquietos vecinos de Venezuela pretenden espulsarnos de las márgenes del Orinoco y del Casiquiare, y nos disputan con la posesion de esas aguas el derecho de navegarlas.

Treinta ó más años hace que nuestra diplomacia se agita estérilmente para dar solucion á las cuestiones de límites con el Brasil y con Venezuela. Pero es de notarse que, en tanto que Venezuela se reduce, al ménos en lo principal, á pretensiones puramente especulativas y á debates que no pasan de ser protocolos de cancillería, el Brasil, procediendo como Alejandro, resuelve de hecho la cuestion, avanzando sin cesar sobre nuestro territorio, fundando pueblos y estableciendo autoridades dependicntes de su Gobierno en los puntos más convenientes, rechasándonos hácia la cordillera, y preparándose en toda forma para resistirnos el dia en que resolvamos reivindicar por medio de la fuerza nuestro derecho escarnecido y pisoteado.

El señor doctor Manuel Murillo Toro, en sus recientes, esforzados y notabilísimos trabajos como Ministro Plenipotenciario de Colombia cerca del Gobierno de Venezuela, y el señor José María Quijano Otero en su importantísima "Memoria histórica sobre límites entre la República de Colombia y el Imperio del Brasil", han dejado demostrada hasta la evidencia la plenitud del derecho que nos asiste como soberanos á las grandes porciones de territorio que nos disputa Venezuela sobre el Casiquiare y la hoya del Orinoco, y á las no ménos extensas é importantes que nos ha usurpado el Imperio del Brasil en la hoya del Amazonas. Mas ¿qué se ha adelantado con esos importantísimos trabajos? Nada; nuestro derecho queda demostrado; pero á ese derecho se opone y sigue oponiéndose la brutal solucion de los hechos. La demostracion del despojo tolerado, al lado de la prueba de nuestro derecho de soberanos, evidencian nuestra debilidad y nuestra impotencia para reivindicar ese derecho, y para imponer á nuestros vecinos el respeto á nuestra soberanía y á nuestra integridad nacional; conclusion lamentable y oprobiosa, á la cual no querriamos llegar; pero que cae sobre el honor y sobre la dignidad de nuestro país con toda la fuerza de una deduccion lógica indeclinable.

Lo que está pasando con Venezuela y con el Brasil en lo relativo á las cuestiones de límites, prueba que la solucion de estas cuestiones no

está ni en las cancillerías ni en los protocolos. Esas cuestiones, traidas al terreno de los hechos por el querer voluntarioso de nuestros vecinos, deben resolverse tambien en el terreno de los hechos. Es preciso ponernos en capacidad material de defender nuestro territorio; y eso no lo conseguiremos jamas si no llevamos la colonizacion á nuestras llanuras orientales; si no fijamos allí una masa considerable de poblacion, que en el trascurso del tiempo suministre los soldados que hayan de formar los ejércitos que se encarguen de la reivindicacion de nuestro derecho; si no nos ocupamos sériamente de la reduccion de las tríbus salvajes, que en número de ochenta ó cien mil almas pueblan nuestras llanuras orientales, incorporándolas por el afecto, por las instituciones, por el idioma y por las costumbres, en el gran cuerpo de la familia colombiana; si, en fin, no creamos allí un gran pueblo, vinculado á la tierra por medio de la apropiacion del suelo, que venga á ser por su riqueza, por su moralidad y por su valor, el inespugnable antemural de nuestra soberanía.

Necesitamos ser en nuestras llanuras orientales tan fuertes como lo son nuestros vecinos. Solo haciéndonos fuertes llegarémos á ser respetables y respetados. Pensar que en las luchas del débil con el fuerte, salvan á aquél la evidencia de su derecho y las prescripciones de la justicia, es desconocer las enseñanzas de la historia y la experiencia de cada dia.

Dueños nosotros de la parte alta de las grandes aguas navegables que afluyen al Amazonas y al Orinoco, estamos llamados, por nuestra situacion geográfica y por nuestros futuros intereses comerciales, á ser los campeones en América del gran principio de derecho público, consagrado en el Congreso de Viena en 1815 y en el Congreso de Paris en 1856, sobre libre navegacion de las aguas que bañan sucesivamente varios países. Para legitimar á ese respecto nuestras pretensiones, necesitamos crear grandes intereses en nuestras comarcas bañadas por esas aguas; y para ponernos en aptitud de defender dignamente y con seriedad aquel gran principio, debemos adquirir en la region misma para la cual habremos de reclamar su efectividad y su respeto, el grado de poder y de fuerza que presta la sancion de los hechos á la existencia del derecho.

De aquí el que los grandes intereses políticos del país en lo futuro, su engrandecimiento moral y su prosperidad comercial estén tan íntimamente ligados con la colonización de la gran llanura Oriental de Colombia. Es preciso acometer sériamente esa obra, ó resignarnos á vernos excluidos de esa comarca, sentando con nuestra indolencia los precedentes en fuerza de los cuales nuestros descendientes se verán privados de la parte más rica de nuestro territorio.

Las opiniones que hoy emitimos no son nuevas en nosotros. El estudio y la meditacion nos las hicieron formar hace muchos años. Iguales ó semejantes emitimos en un estenso informe que presentamos á la Cámara de Representantes en 1870, con motivo de un mensaje del Poder Ejecutivo relativo á un crédito adicional que se pedia para atender á los gastos de construccion del camino del Meta; mensaje cuyo estudio se nos encargó. Creemos de oportunidad la reproduccion de dicho informe en la presente obra. Dice así:

"HONORABLES REPRESENTANTES.

Se me pasó en comision, para informar, el mensaje especial del Poder Ejecutivo, de fecha 16 del corriente, por el cual pide un crédito adicional al Presupuesto en curso, por la cantidad de diez mil pesos, destinada á subvenir á los gastos que ocasione, en el resto del presente año económico, la apertura del camino que debe enlazar la capital de la República con el rio Meta.

El Congreso del año pasado votó para dicha obra la cantidad de diez mil pesos, la cual se ha estado invirtiendo en los trabajos de que da cuenta el señor Secretario de Hacienda y Fomento en su Memoria del presente año. Mas, segun lo informa el Poder Ejecutivo, la cantidad votada está al agotarse, precisamente en los momentos en que los trabajos se encuentran perfectamente organizados, marchando con toda regularidad, y cuando prometen, si se persiste en ellos con sostenida constancia, la pronta realizacion de una obra de primordial importancia para la República, llamada á incorporar en la fecunda vida de la civilizacion, de la industria y del progreso, una de las más hermosas y espléndidas regiones del globo.

La Administracion que va á terminar quiere dejar asegurado el porvenir de los trabajos de aquella empresa, á fin de que la que le sigue no vea interrumpida, aunque solo sea por algunos meses, una obra de cuya pronta y feliz terminacion se esperan fundadamente resultados altamente provechosos para el país. La Administracion actual teme con razon todos los males que para la empresa del camino aparejaria una suspension de los trabajos por algunos meses. Esa suspension diseminaria los numerosos elementos que, á fuerza de inteligentes y perseverantes esfuerzos, se ha logrado agrupar, volviendo á presentarse, cuando los trabajos hubieran de continuar, las mismas dificultades que fué preciso vencer para su iniciacion y para su actual acertada organizacion.

Ademas, el Poder Ejecutivo informa que se han pedido al extranjero, por cuenta del Gobierno, algunas herramientas necesarias para los trabajos del camino, y los materiales para un sólido puente de hierro, que se colocará sobre el Rionegro en el punto en que lo corta el camino que se está abriendo. Para el pago de las herramientas y del puente, es preciso que se vote la suma necesaria, una vez que la partida votada en el presupuesto en curso no es bastante ni siquiera para atender á la continuacion de los trabajos del camino en el pié en que hoy se encuentran organizados.

Vuestra comision no vacila en acoger con entusiasmo las ideas del Poder Ejecutivo, y cree que la Representacion nacional debe apresurarse á votar la pequeña cantidad que se le pide para una obra que indisputablemente es del más alto interes para el país.

Circunstancias del todo personales ponen á vuestra comision en aptitud de poder informaros, probablemente con acierto, sin duda con toda imparcialidad, sobre la importancia del camino de Bogotá al rio Meta.

En el mes de diciembre del año próximo pasado hizo el infrascrito un viaje á Villavicencio y sus contornos. Se esmeró en conocer á fondo la primorosa region que forma la parte oriental de la República, y trajo de allí la conviccion de que la Nacion ha tenido á sus puertas, sin sos-

pecharlo quizá, una comarca de fácil civilizacion, de fertilidad bíblica, superior en condiciones de todo género al rico valle del Nilo, al no ménos espléndido del Danubio, y tan extensa que será capaz de contener, de alimentar y de enriquecer toda la poblacion de la América del Sur.

En efecto, figurémonos una comarca de cien leguas de ancho, de doscientas cincuenta leguas de largo, con una temperatura média de veintiocho grados del termómetro centígrado, con una ligera inclinacion de uno por ciento, cruzada por millares de rios y de caños, la mayor parte de ellos navegables por medio del vapor, constituyendo la más privilegiada red hidrográfica, y formando toda en su conjunto una extensísima llanura, donde se alternan caprichosamente anchas zonas de bosques con grandes praderías de ricos pastos naturales, capaces de contener y de alimentar por centenares de miles, por miriadas, los rebaños de ganado lanar, vacuno y caballar. Pampas sin fin, donde el sol, como en el mar, sale al nivel de los ojos del observador, y donde una naturaleza generosa acumuló con loca prodigalidad todas las riquezas tropicales de los reinos animal y vegetal.

Esas selvas seculares, que se levantan sobre las más ricas capas de *humus*, cuya fertilidad no agotarian ni los siglos, ni el más perseverante trabajo humano, están pobladas de riquezas que se escapan á los cálculos más frios del espíritu, y que sobrepujan á las creaciones fantásticas de las más delirantes imaginaciones. Allí crecen, hasta tomar proporciones colosales, el cedro caobo, el laurel, el diomate, el oloroso, el granadillo, el brasil y el guayacan de variadas clases. Bajo esos tupidos ramajes abunda la ipecacuana y la zarzaparrilla escala, en multiplicadas espirales, las más elevadas copas de los árboles. Allí abundan el cumare, cuya fibra formaria un rico artículo de exportacion, el árbol de la copaiba, multiplicadas resinas, el árbol del caucho, y una variedad inmensa de palmeras, muchas de ellas que dan la más dura macana, y entre todas el gigantesco corneto, que se eleva á una altura de veintiocho metros, y cuyo tronco, recto como una flecha, no tendria rival para las construcciones.

Allí, siguiéndose atrasadísimos sistemas de cultivo, se producen admirablemente la caña de azúcar, el plátano de variadas clases, el maíz, la yuca, la tavena, el arroz, el cacao, el café, el algodon y el tabaco. Allí la industria del añil daria rendimientos inmensamente superiores á cuanto en el sistema ha alcanzado el trabajo del hombre.

La cordillera que limita por el Occidente tan magnífica region, descansa en su base más avanzada, sobre un banco de sal gema, de excepcional pureza y de tal manera abundante, que millones de consumidores en decenas de siglos no llegarán á agotarlo. Ese banco es conocido en Cumaral y en Upin, y es de tan sencilla y tan poco costosa explotacion, que un millar de arrobas de vijua de primera calidad se obtiene con un gasto de dos ó de tres pesos.

Las piedras calcáreas se encuentran en abundancia en el Guatiquía, en la quebrada de la Salina, en Upin, en Cumaral y en muchos otros puntos. La arenisca, y en general las rocas sedimentarias se hallan por todas partes. Hay abundantes fuentes de petróleo, y la tradicion general del Llano designa la hoya del Ariari como una region grandemente rica en oro.

Abunda en las selvas el gusano de seda americano, en cuya educacion ha hecho tan notables progresos el modesto, patriota y perseverante sabio colombiano, doctor Manuel Vicente de la Roche. Hay tambien una pequeña araña, de color rojo, que hila una brillante y consistente seda, insecto que, de seguro, está llamado á desempeñar un papel importante en la sericicultura.

Proverbial es la rápida reproduccion de los ganados en aquella comarca, los cuales se multiplican, como en otros tiempos los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, "como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo". Conocidas son tambien las magníficas calidades del ganado vacuno de aquella region.

Así, pues, la industria pecuaria, la agricultura de las tierras calientes y la exportacion de maderas de ebanistería y de multiplicados y valiosos productos naturales, adquiririan en aquella comarca, una vez colonizada, una importancia de primer órden, dando ocasion á la formacion de capitales como hasta ahora no los ha habido en el país.

Allí esperan la voz de la civilizacion y del cristianismo, para entrar en la vida civil, las numerosas tribus de aborígenes, dóciles por carácter, que demoran en la extensa region que média entre el Humadea y el Orinoco, á lo largo del Vichada y del Guaviare.

Allí una gran masa de riqueza latente se ofrece al trabajo para remunerarlo con usura, aguardando solo que el hacha del colono pueble con sus ecos la inmensidad de las selvas, para entrar en la circulacion universal.

El dia en que una gran parte del grupo de poblacion que vegeta hoy en la miseria, en la desnudez y en el embrutecimiento sobre las crestas y en las altas mesetas de los Andes, descienda á aquellas portentosas llanuras, guiada por hombres emprendedores y secundada por los capitales que aquí viven del agio y de la usura, agostándolo todo, para regenerarse por medio del trabajo, para elevarse por medio de la industria, para hacerse verdaderamente poderosa y grande, haciéndose rica, ese dia será un bello dia para el país, porque será el primero de una nueva y fecunda éra, semejante á aquella que viene formando la marcha triunfal de la Union Americana en el camino del progreso.

El cuadro que he venido desarrollando no está exagerado ni con un solo golpe de pincel. Por el contrario, es muy inferior á la realidad de los hechos; y eso porque mi espíritu no alcanza á abarcar los ilimitados horizontes que guarda el porvenir, y un porvenir no muy remoto, para aquellas regiones, cuando haya echado raíces en ellas la generosa y fecunda civilizacion industrial del siglo diez y nueve.

Tengo conviccion de que el inmenso y fertilísimo valle del Mississipi es inferior bajo todos aspectos á nuestras llanuras orientales. El sistema hidrográfico de éstas no cede en nada al de aquella feliz comarca. Las riquezas naturales de nuestros llanos son cien veces superiores á las de la bella region cantada por Chateaubriand, y en cuanto á fertilidad, ni el Egipto en sus más felices años de inundacion las sobrepujaria. Pues bien; la Union Americana, pobre aún en capitales, con una poblacion muy poco superior á la nuestra, y cuando apénas principiaba á restablecer las fuerzas que le agotó la larga guerra de su independencia, compró á la Francia por ochenta millones de francos ese valle del

Mississipi, para convertirlo luégo en el asiento de esos numerosos Estados llamados del Sur y del Oeste, que han surgido allí como por encanto, en poco más de sesenta años, y que han hecho del pueblo americano el primer pueblo del mundo. Y entre tanto ¿qué hacemos nosotros con nuestras privilegiadas regiones orientales, con esa region paradisáica que, como regio patrimonio, nos dió la Providencia? Vegetar en la miseria, á sus puertas, viviendo entre montañas que nos aprisionan, y que aprisionan el progreso. Mantenerlas convertidas en la mansion de los jaguares, ó dejar que sus inmensos contornos sean recorridos por tribus nómades, á las cuales ni de léjos señalamos el camino de la civilizacion. Algo más que eso hacemos. Miramos con estúpida indiferencia la progresiva invasion que de esa comarca hacen nuestros vecinos del Brasil, y toleramos en silencio el crecimiento y la difusion de aquel pueblo sobre nuestro territorio, preparando, así con nuestro abandono y con nuestra criminal indolencia, la pérdida definitiva de nuestras importantes fronteras orientales, y consintiendo en que, de hecho, se nos excluya de las aguas del Orinoco, del caño de Casiquiare, del Rionegro, del Amazonas y de sus numerosos afluentes. Estamos abandonando la herencia de nuestros hijos, su patrimonio en el porvenir; y, más desidiosos que Essaú, no pedimos en cambio ni siquiera un plato de lentejas.

Y á la vez que toleramos las constantes usurpaciones del Brasil, ni siquiera volvemos nuestras miradas hácia el Nordeste, donde se levanta el jóven y vigoroso Estado de Guayana, destinado en un porvenir, quizá no muy remoto, á cerrárnos el curso del Orinoco, y á rechazarnos sobre la cordillera, como los brasileros nos empujan ya hácia ella.

Pero eso no puede, no debe continuar siendo lo que es. Es preciso que salgamos de nuestra apatía y que velemos, no tanto por nuestras actuales comodidades como hombres, como por nuestros destinos como pueblo. Es preciso que llamemos á la vida de la civilizacion y de la industria la comarca donde más tarde ha de estar el asiento del gran pueblo colombiano. Es preciso que aclimatemos una numerosa poblacion en nuestras llanuras orientales, fijándola allí por medio de la propiedad territorial y vinculándola al suelo por medio del trabajo regiamente remunerado, para hacer de ella un antemural contra las incesantes invasiones del Brasil; para que grite la voz de ¡atras! á esos tenebrosos usurpadores, que avanzan sobre nuestro territorio protejidos por la inmensidad de los desiertos que de ellos nos separan. Es preciso que nos apoderemos, por medio de los misioneros, de las numerosas tribus que pueblan lo más avanzado hácia el oriente de nuestros Llanos, para incorporarlas en nuestra nacionalidad y servirnos de su valor en la defensa de nuestro territorio. Es preciso que hagamos desaparecer el desierto que nos separa de la Guayana, creando allí un pueblo que más tarde pueda gritar con autorizada voz, con la voz del poderoso, á nuestros inquietos vecinos de Venezuela, algo parecido, pero en otro órden de ideas, á lo que los sectarios de Mahoma gritaban á los pueblos que invadian: "paso, civilizacion ó muerte!"

Sí, el gran porvenir de la República está en nuestras regiones orientales. Allí se levantará, en el trascurso de los tiempos, un pueblo semejante al en que en poco más de medio siglo ha conquistado para la in-

dustria, para la civilizacion, para el establecimiento de la raza humana, el inmenso valle de Mississipi. Dia vendrá en el que nuestros descendientes, habitando esas regiones, cruzadas por ferrocarriles, pobladas de ciudades florecientes y ricas en producciones de todo género, que lanzará sobre los mercados del mundo la más febricitante actividad, se admiren de que nosotros, sus padres, sus antepasados, hayamos vegetado en la miseria por más de tres siglos á las puertas de una comarca en nada inferior á las más ricas y poéticas regiones del Yemen. Una sonrisa de compasion, tal vez de desprecio, asomará á los labios de nuestros hijos cuando comparen su suerte con la nuestra, como la sonrisa de desden que el hijo de la Inglaterra del siglo XIX pasea por sus labios cuando compara su suerte y la grandeza de su país con la suerte de los *pictos* y la pequeñez de la Bretaña en los tiempo de éstos.

Pero ¿ cómo iniciar la obra, al parecer gigantesca, de la colonizacion de esas inmensas comarcas del Oriente? ¿Tenemos los recursos, los medios para coronarla?

Sin duda. El punto de partida se halla en la construccion de un camino que dé pronto acceso, fácil entrada á la llanura. Una poblacion, ignorada ayer, llama hoy la atencion. Villavicencio, que hace pocos años era un miserable caserío, va tomando rápidamente los aires de una ciudad. La industria comienza á nacer allí bajo los más felices auspicios. Las plantaciones de café, de cacao, de añil y de caña de azúcar principian á aparecer en medio de la selva, y ántes de tres años el nombre de aquella oscura aldea sonará en las revistas europeas. Villavicencio que se encuentra al pié de la cordillera en una bella y feliz situacion topográfica, á donde abocará desde luégo el camino del Meta, que más tarde ha de ir hasta Cabuyaro, vendrá á ser el centinela avanzado, el centro de poblacion, el punto de descanso de donde partirá luégo la civilizacion, que en olas, cada vez mayores, haya de bañar toda la comarca. Pero, para que Villavicencio llegue á adquirir la importancia que necesita como centro de civilizacion; para que pueda encontrarse en aptitud de desempeñar el papel que le corresponde en la obra de la colonizacion del Llano, es necesario unirla á nuestros centros de poblacion por medio de un camino que, acortando las distancias y facilitando los trasportes, llame hácia ella, en el menor espacio de tiempo posible, una masa considerable de pobladores. Abierto el camino, la inmigracion hácia los llanos principiará por familias, luégo seguirá por grupos, hasta que al fin se trasforme en enjambres semejantes á los que, partiendo de los Estados de Nueva Inglaterra, formaron en pocos años los florecientes y poderosos Estados del Oeste de la Union Americana. Todo estará en dar el primer impulso, en determinar la formacion de la corriente y en darle direccion. Las cosas seguirán luégo su curso natural, siendo probable que ántes de treinta años, cuatro ó seis estrellas más decoren el pabellon de la República.

Lecho para la corriente, es decir, camino fácil, pronto, seguro y barato para los colonos, es lo que se necesita, y para hacerlo es que pide al Congreso actual la Administracion que ya termina, un pequeño recurso. ¿Podriamos negarlo? No. Gastemos en esa obra, precursora de tantos bienes en lo político y en lo social, treinta ó cuarenta mil pesos anualmente. Ese será dinero puesto á un interes tan alto como aquél

de que hablaba Jesus, y que se daba al desvalido y al menesteroso. Para asegurar la verdadera conquista de esas comarcas y su real incorporacion en el país, lo cual no puede obtenerse ni se obtendrá nunca sino por medio de su ocupacion material, puesta al amparo y bajo la custodia de la inteligente y fecunda apropiacion individual, hagamos algo, aunque sea en pequeño, comparable á lo que la Union Americana ha hecho para redondear su territorio y para establecer su verdadera unidad sin solucion de continuidad.

Recordemos que aquel gran pueblo de hoy, pobre entónces relativamente y con excasa poblacion, compró, no para él, sino para sus descendientes, por ochenta millones de francos, la Luisiana. Recordemos que, pocos años despues, prodigó de nuevo sus riquezas en la adquisicion de la Florida. Recordemos que ha gastado los millones de dollars, por centenares, en la construccion del ferrocarril continental, que se extiende, en prodigiosas dimensiones, desde Boston en el Atlántico, hasta San Francisco en el Pacífico, viniendo así á enlazar, por medio de una via que se recorre en siete dias, grandes centros de poblacion, separados ántes por desiertos y por largos meses de navegacion. Recordemos que recientemente ha gastado varios millones en la adquisicion de la América Rusa.

Nosotros, por fortuna, no tenemos necesidad de comprar territorio. Poseemos la más bella y más rica region del globo. Pongámonos en aptitud de defenderla de quienes nos la usurpan dia por dia, y para ello civilicémosla, explotándola en nuestro provecho y en provecho de los intereses solidarios de la humanidad. La primera piedra de esta civilizacion la constituye la pronta apertura del camino del Meta. Coloquemos con fe esa piedra, porque de su colocacion han de surgir bienes sin fin para nuestros hijos. Así lo ha comprendido el país, que ha aplaudido y aplaude la patriótica labor emprendida por la Administracion que termina. Así lo han comprendido todos los Congresos, desde el de 1864, que han venido señalando, como mejora material de primera importancia, el camino del Meta. Inspirémonos en el sentimiento del país, claramente manifestado, y no dejemos que muera en gérmen una obra cuyas fecundas consecuencias presienten con alegría todos los que de véras aman el país; todos aquellos que, elevándose sobre pequeños intereses de actualidad, viven en sus descendientes y para sus descendientes.

Perdonad, honorables Representantes, que me haya extendido tanto sobre el asunto de este informe. Quizá me haya salido de la cuestion, dejándome llevar de impresiones que tal vez no resistan el exámen de una crítica fria y severa. Discúlpeseme, porque algo como el presentimiento de lo que se aguarda para Colombia en un próximo porvenir, asalta mi espíritu cuando éste medita sobre la importancia de nuestras regiones orientales.

En conclusion, someto respetuosamente á vuestra consideracion el proyecto de ley que abre al Poder Ejecutivo el crédito adicional al presupuesto en curso, pedido en el mensaje especial de que al principio me ocupé.

Honorables Representantes.

Bogotá, Marzo 28 de 1870. EMILIANO RESTREPO E." *

* Tomado del "Diario Oficial" número 1868, de 2 de abril de 1870.

Hé aquí por qué concedemos nosotros tanta importancia de actualidad y de porvenir y tanta significacion política á la colonizacion del territorio de San Martin, el cual, por su situacion en toda la parte central de la llanura, por la poca distancia que lo separa de la region más abundante en capitales acumulados y de más densa poblacion que poseemos, y por las inmensas facilidades que ofrece para la fundacion y progresivo desarrollo de grandes establecimientos industriales, es el llamado á ser el gran foco de la colonizacion, la cual, en el trascurso del tiempo, se extenderá, en oleadas sucesivas, por el Norte hasta el Arauca, y por el Sur hasta el Amazonas.

Una gran parte de esa labor corresponde al Gobierno nacional. Lo restante lo hará el esfuerzo individual, que afluirá allí en busca de ganancias y riquezas, á medida que se propague en los espíritus la conviccion de que aquella comarca constituye el más vasto y fecundo teatro que pudiera elegir para su ejercicio la actividad humana.

Toca al Gobierno federal fomentar con perseverancia y con liberalidad la construccion de los caminos que pongan en comunicacion pronta, fácil y barata la cordillera con la llanura; atraer al alto Meta, por medio de una subvencion considerable y efectiva, los vapores que hoy surcan las aguas del Orinoco y del Apure; difundir la instruccion en la masa de poblacion sedentaria de la llanura; estudiar hasta conocerlos, para luégo aplicarlos con perseverante energía, los medios más adecuados para alcanzar la reduccion de los indígenas, su iniciacion en la vida de la civilizacion, y su incorporacion efectiva en la gran familia colombiana; crear, en fin, estímulos eficaces para determinar la adquisicion sucesiva del suelo, reformando, á este respecto, nuestra incompleta, absurda y egoista legislacion sobre enagenacion de terrenos pertenecientes al dominio público. En una palabra, el pensamiento cardinal de Gobierno debe simbolizarse en esta generosa aspiracion: vivir en nuestros descendientes y para nuestros descendientes; hacer sacrificios de actualidad en obsequio y para el servicio de los grandes intereses del porvenir; tener en cuenta, con noble abnegacion, lo que debemos á nuestra raza, á nuestros padres, á nuestros hijos, á nuestros remotos descendientes, que vendrán á ocupar nuestro lugar y nuestro suelo dentro de cincuenta ó cien años, preparándoles con el amor de padres, mejores tiempos que los que á nosotros tocaron en suerte. Así procedieron y de esa manera obraron nuestros padres en su homérica lucha contra el despotismo peninsular. Para legar á sus hijos un suelo libre é independiente; para hacer de éstos un pueblo de ciudadanos, rompiendo las coyundas de la tiranía colonial; para crear, en una palabra, esa gran cosa que se llama la *Patria*, aceptaron con varonil entereza el mayor, el más variado, el más múltiplo de los sacrificios. Miraron con indiferencia el cadalso, el destierro, la proscripcion, las cadenas, la confiscacion, el hambre y todas las fatigas de una lucha de quince años.

Imitémoslos en algo, engrandeciendo esta Patria que fué regada con su sangre, que se levantó sobre sus huesos, y cuya radiosa frente ciñeron ellos con la noble y bella corona de su heroismo y de sus glorias...

No nos arredremos ante la magnitud de la labor que el deber nos impone en favor de nuestros descendientes. En el siglo XIX "querer es

poder"; pero no olvidemos que solo aquellos países donde la causa y los intereses del presente se hacen solidarios con la causa y con los intereses del porvenir, llegan á alcanzar la grandeza, la prosperidad y el poderío. Así obraron los romanos desde la fundacion de su ciudad, y por eso lograron hacer de ésta la señora del mundo. Así han venido obrando, desde fines del siglo pasado, la Inglaterra y los Estados Unidos de América; y por eso esas dos naciones son los dos más grandes pueblos de la tierra. Ellos encabezan la civilizacion, y en su marcha triunfal en el camino del progreso escuchan el coro de todos los aplausos y reciben el homenaje de todos los respetos.

Para el desempeño de nuestra labor meditemos un plan; discutámoslo en todos sus pormenores y detalles, y una vez elegido, pongámoslo en ejecucion con tenaz perseverancia, sin que sean parte á modificarlo los cambios sucesivos que en el personal de nuestra administracion pública son inherentes á nuestro sistema de gobierno. Si elevamos la cuestion á la altísima region de los más preciosos intereses del porvenir, y si logramos hacer converger hácia ella todas las voces de la opinion, desaparecerán en el abismo de su pequeñez las miserables disputas que nos dividen, que encienden los odios recíprocos, que esterilizan nuestras fuerzas, y que nos conducen á la ignominia y á la barbarie.

Felizmente en el siglo XIX la civilizacion, merced á los grandes progresos de las ciencias y de las artes, marcha con paso mucho más acelerado que en los siglos anteriores. La imprenta, con su inmenso poder de vulgarizacion y difusion; el telégrafo, que trasmite el pensamiento con la misma velocidad de éste, y el vapor aplicado á todas ó casi todas las artes mecánicas, á la navegacion y á la locomocion terrestre, son otros tantos poderes que suprimen los obstáculos, que allanan las dificultades y que disminuyen las distancias. Merced á ellos, las diferencias de pueblo á pueblo van desapareciendo, la solidaridad humana surge y toma vitalidad y consistencia, y el hombre viene á ser el amo, el señor, el dueño de la tierra.

Es verdad que si se abandona por un momento esa antevision del porvenir, en que se presienten para la patria mejores tiempos y más grandes horizontes, y se desciende á la contemplacion de nuestra situacion actual como pueblo, el espíritu se acongoja, el desaliento invade el alma, y vienen á la memoria las fatídicas palabras que las descepciones, la ingratitud y las amarguras arrancaron al Libertador de Colombia en una hora de vivísimo dolor, sobre el porvenir de las Repúblicas hispano-americanas. El espíritu, sin embargo, reacciona prontamente contra ese momento de debilidad, é interroga á la Historia, para buscar en ella una palabra de aliento que devuelva al alma su fe y al patriotismo su confianza; y la Historia le dice que esa Alemania, hoy tan pensadora, tan rica, tan populosa y tan civilizada, era, hace algunos siglos, un país de lagunas y de pantanos, de bosques y de desiertos, donde se agitaba un pueblo en que ardia el incendio de las guerras civiles, y donde el despotismo brutal y envilecedor no desaparecia por momentos sino para ceder el puesto á la anarquía y al desórden; que esa hermosa Silesia, hoy tan próspera y tan floreciente, era, hace poco más de un siglo, una region de aguas estancadas y de selvas seculares, donde imperaban la miseria y la desolacion; que esa poderosísima Inglaterra, pasmo y ad-

miracion del mundo, pasó por épocas más crueles que las que nosotros atravesamos, devorada por las guerras civiles, desmembrada, descuartizada, sin instituciones y sin industria. Ella, la Historia, generalizando el gran problema de la humanidad, nos enseña y nos demuestra que el progreso es inherente á la naturaleza humana, y, estableciendo sobre fundamentos inconmovibles la gran verdad de la unidad de nuestra especie, repudia la absurda teoría segun la cual habria razas predestinadas para el poder, la civilizacion y la grandeza, y razas condenadas á la esclavitud, á la ignorancia y á la miseria. Y puesto que esto es así, nos dice Ella, ese grado de poder, de grandeza y de cultura á que han alcanzado en Europa y en América las razas setentrionales, podrá ser alcanzado y lo será tambien por las razas meridionales que ocupan las más bellas y más ricas comarcas de la América del Sur. El tiempo, que es el grande obrero del progreso, y el infortunio, que es el gran maestro de los pueblos, depurarán las nacionalidades suramericanas y harán de ellas, en lo futuro, países tan ricos, tan prósperos y tan florecientes como esa admirable Union Norteamericana, y como esas tan jóvenes como vigorosas colonias de Australia.

Extendido y generalizado así el problema, la confianza vuelve al espíritu, el corazon se abre á la esperanza, y los males de la patria, su pobreza y su atraso presentes, y nuestras mismas locuras pierden el carácter de vicios fundamentales é incurables, para tornarse en meros accidentes transitorios, que el tiempo habrá de curar y curará. Nutrido el espíritu con esa fe, y alentado con esas fecundas enseñanzas, léjos de desesperar de la salud de la patria y de su futura grandeza, opone, con el acento de la conviccion, á las siniestras palabras de Bolívar, el juicio mucho más filosófico y más profundo de César Cantú, quien, al hablar de los países de la América del Sur, dice: " en las antiguas colonias españolas la agitacion impide aprovecharse de las ventajas naturales, *pero la agitacion es síntoma de vida, aunque parezca de muerte . . .*"

*** Capítulo de un interesante libro del señor Restrepo E, intitulado: *Una escursion al territorio de San Martin* en diciembre de 1869. ***

NONES

POR FRANCISCO MEJIA.

La señora Raimunda N. dirijió á Don Francisco Mejía una esquela en la que le pedia dinero prestado. El señor Mejía que tenia el don de la improvisacion y de la oportunidad, contestó al pié de la boleta, lo siguiente:

No le remito el dinero
Por dos razones, Raimunda:
Primera, porque no quiero;
Porque no tengo, segunda.
Ya ve usted que se funda
Mi negativa anterior
En dos razones de peso,
Mas á pesar de todo eso
Soy con el mismo fervor
De siempre; su servidor.

LA POESIA RELIJIOSA.

POR ARCESIO ESCOBAR.

La poesía religiosa es, sin duda, la más bella y elevada de todas, porque dirige á Dios un himno de gratitud y de amor, y revela las aspiraciones del alma á sus destinos inmortales. Esa poesía es la voz armoniosa de la conciencia, y tiene por orígen el instinto sublime de la fe, que es la más imperiosa necesidad del espíritu. El hombre ama y busca la fe, porque encuentra en ella la esperanza y la vida del alma, y huye y se horroriza de la duda y de la negacion porque esconden en su seno el desencanto, la esterilidad y la muerte.

El estudio y cultivo de la poesía religiosa, es decir del arte cristiano y de la literatura espiritualista, es hoy una necesidad vital en las naciones americanas, porque las teorías anarquistas, impías é inmorales son difundidas por la escuela literaria que, apartándose de la fe y quebrantando los diques que la moral pone á las pasiones, desnaturaliza la idea de lo bello enalteciendo el crímen; produce la duda en todas las doctrinas religiosas, filosóficas y políticas; corrompe las costumbres y enferma la imaginacion, el corazon y la conciencia de los pueblos. El arte en su más bella expresion, que es la poesía, debe ser un poderoso instrumento de moralidad, de cultura y de civilizacion, cantando lo bello, que es la verdad, mostrando que sólo la virtud debe ser ensalzada, y propagando la fe y el sentimiento religioso; porque, como dijo Francisco Bacon, la religion es el aroma que impide á la ciencia corromperse. El poeta no debe ser en los pueblos el maestro de la duda y de la incredulidad, sino el obrero del bien, el campeon de la virtud y el apóstol del sentimiento y de la fe.

La escuela revolucionaria que, con el nombre de reformadora, resucitó en Europa á fines del siglo XV y en el XVI los falsos sistemas literarios de la antigüedad pagana, predica hoy en las sociedades modernas el *naturalismo* en religion, el *racionalismo* en filosofía, el *liberalismo* en política y el *sensualismo* en moral y en literatura; mueve cruda guerra al arte cristiano; derrama en las obras filosóficas, históricas, políticas y literarias, un cúmulo inmenso de falsas ideas sobre estética; oscurece y trastorna los principios morales; excita á la rebelion y á la absoluta independencia á la vanidosa razon humana; desconoce y niega la autoridad de la revelacion religiosa, y siembra en los pueblos esas semillas venenosas que producen frutos de muerte para la fe cristiana y para la libertad política, que es su corolario forzoso.

Esa escuela escéptica hiere en sus más sólidos y sagrados fundamentos la organizacion de la sociedad cristiana y pretende sacar al espíritu humano del carril por donde lo ha dirigido el Evangelio; esa escuela cubre de sombras vastas y elevadas inteligencias y produce obras históricas como *Los montañeses* de Alfonso Esquiroz y *Los girondinos* de Lamartine, en los cuales con la pompa de un hermoso estilo, se encomia la fuerza brutal personificada en criminales tan sangrientos y abominables como Robespierre, Marat y Danton; esa escuela propaga libros como *La Biblia de la humanidad* de Michelet, y *El órden en la hu-*

manidad de Pedro José Proudhon, que sirven para probar en qué abismo de tinieblas é impiedad se hunden los espíritus que, fijando en las fuerzas del orgullo, se apartan de la doctrina inmortal del que dijo: "Yo soy la luz del mundo y el camino de la vida"; esa escuela precipitó en la idolatría al célebre poeta Gœthe, y le inspiró esta vulgar y horrosa blasfemia: "hay cuatro cosas que detesto igualmente, el tabaco, las campanas, las chinches y el cristianismo"; esa escuela ha extraviado la clara y vigorosa inteligencia de Víctor Hugo, y le ha hecho decir que "el poeta puede creer en Dios, en las diosas; en Pluton, en Satanas ó en nada"; esa escuela, segun las palabras de Pedro Leroux, uno de sus más fieles y entusiastas admiradores y discípulos, forma "esa literatura de estro delirante, de audaz impiedad y de horrorosa desesperacion que hoy dia llena nuestros romances, nuestros dramas y todos nuestros libros; escuela, ó más bien familia que llamamos *byroniana;* poesía inspirada por el vivo y profundo sentimiento de la realidad presente, es decir, por el estado de anarquía, de duda y de desórden en que se ha hundido el espíritu humano, con motivo de la destruccion del antiguo órden social y religioso"; esa escuela, en fin, es una propaganda de materialismo, y no tiene más moral y más culto que la moral de la utilidad y el culto del placer, de la voluptuosidad y del orgullo.

Y á pesar de que esa escuela pretende sustituir los goces de la tierra á las aspiraciones sublimes de la filosofía cristiana, se nota que del seno de ella sale una poesía que, aunque en ocasiones asombra por el brillo y el vigor de su inspiracion y por la belleza de la forma, tambien es cierto que desconsuela y atormenta por la amargura y tristeza de su sarcasmo y de su ironía melancólica y escéptica; espanta porque desahoga sus pesares con maldiciones y blasfemias, y horroriza porque, en vez de predicar á los ricos la caridad y á los pobres la resignacion, entona cantos de venganza, derrama á torrentes el odio en el corazon de los pueblos, y hace presagiar el desquiciamiento de las sociedades y la ruina de la civilizacion cristiana. ¿Por qué en la opulenta Inglaterra la vena satírica de Jorge Crabbe exalta la desesperacion de las clases proletarias privándolas del alivio de la resignacion y del consuelo de la esperanza? ¿Por qué Byron, poseido de una tristeza sombría y pavorosa, se queja, maldice y delira, como si fuera uno de los condenados que Dante presenta encerrados en tumbas ardientes en castigo de su orgullo, de su escepticismo y de su impiedad? ¿Por qué la inspirada y pindárica musa de Víctor Hugo ha tomado la entonacion de una sibila democrática y revolucionaria que anuncia dias de turbacion y de espanto, y que excita á los pueblos á romper el freno de toda autoridad política y moral? ¿Por qué el concierto de las liras de todos los poetas de esa escuela no forma el himno del amor y de la esperanza que lleno de uncion se eleva al cielo y ruega á Dios en medio de los padecimientos de la vida, sino la impugnacion de la Providencia, la imprecacion del orgullo, el desprecio por todas las creencias y la inconsolable amargura de la deseperacion? Porque en esa escuela literaria la fe ha muerto, y porque para todos sus poetas el escepticismo ha envenenado las fuentes de la inspiracion!

Y esta impiedad propagada en Europa y en América por la autoridad de la moda, ha producido esa literatura licenciosa que desatiende

todas las reglas, extravía el buen gusto y que se ha convertido en una negacion dogmática, en un escepticismo intolerante y perseguidor que combate el arte cristiano en su esencia, que es el espiritualismo y la fe. Separada la literatura de la idea de Dios, que es el tipo inefable de la belleza infinita, y rota esa misteriosa cadena de la autoridad moral que se llama la fe y que es la sumision de la voluntad humana á la revelacion de la voluntad divina, la razon del hombre no ha encontrado un rumbo fijo para llegar á la idea de lo bello, y por una consecuencia inevitable el trastorno moral, que es el error, ha seguido á la negacion de la verdad religiosa. De este modo esa escuela funesta ha desnaturalizado la poesía, ha hecho cambiar de aspecto á los más nobles sentimientimientos del hombre y ha convertido el arte en el agente del mal. No hay, ni puede haber belleza en el error, en la negacion, en el vicio y en el crímen, aunque se les rodee de la simpatía que inspira la desgracia, y aunque se les revista del atractivo del heroismo. La escuela materialista sostiene lo contrario, y uno de sus más grandes poetas y el que mejor la caracteriza, Byron, no sólo ha intentado hacer simpáticos, el crímen y el vicio, sino que se ha atrevido á decir que la virtud es fastidiosa. (*) Esto no sólo es espantoso sino ridículamente absurdo, porque hay una correlacion íntima y necesaria entre la verdad, la belleza y el bien: lo que es verdad en moral tiene que ser hermoso, y lo que es hermoso tiene que ser bueno y agradable; es decir, debe necesariamente estar de acuerdo con los preceptos de la razon divina, que es la justicia. De manera que el pensamiento de Byron equivale á esta blasfemia: ¡Dios es fastidioso!

El inmenso mal que ha producido en el mundo este horroroso trastorno en la apreciacion de los más santos principios morales, puede estimarse con exactitud comprendiendo la verdad de estas palabras de Donoso Cortés: "el retroceso ha comenzado en Europa con la restauracion del *paganismo literario*, el cual ha traido sucesivamente las restauraciones del *paganismo filosófico*, del *paganismo religioso* y del *paganismo político*. Hoy en dia el mundo está en vísperas de la última de las restauraciones, la *restauracion* del *paganismo socialista!*"

Armada esa escuela de los principios de la antigüedad pagana, se presenta en las sociedades modernas resucitando, como nuevos, los más viejos y erróneos sistemas morales, filosóficos y políticos del politeismo griego y romano, sobre cuyas ruinas apareció triunfante é imperecedera la divina ley del Evangelio. Negando en el fondo todos los sistemas religiosos, proclama, sin embargo, el *naturalismo* como fuente de una moral puramente humana, que santifica todas las pasiones hasta en sus más depravados excesos, y que envilece todos los sentimientos concentrándolos en los apetitos materiales y privándolos de los encantos del espiritualismo y de la inmortalidad con que los engrandece la filosofía cristiana. Por este motivo en la mayoría de las producciones eróticas de esa escuela, el amor es considerado como la fiebre de los sentidos; y en sus producciones morales la venganza se presenta como justicia, los asesinatos en nombre de causas políticas como hechos inocentes y como actos de patriotismo, el orgullo como virtud, y el sórdido egoismo utilitarista como digno de reemplazar á la abnegacion y á la caridad.

(*) Hernesto Hello.

El sistema democrático á que esa escuela aspira, y que pretende establecer como progreso político y como mejora social, no es la democracia cristiana, sino el antiguo y desacreditado despotismo oclocrático de las repúblicas griegas, formulado de nuevo en el *Contrato social*, cuyas disociadoras ideas han ejercido una influencia tan desastrosa en la existencia política de las repúblicas hispano-americanas, y del cual con tanta verdad ha dicho Benjamin Constant: "no conozco ningun sistema de esclavitud que haya acreditado errores más funestos que esa eterna metafísica del *Contrato social*." La práctica de las absurdas ideas de este código de la demagogia moderna produce ese estado social en que, segun las proféticas palabras de Edmundo Burke, los gobiernos son tiranos por política y los pueblos rebeldes por principios.

Todas las ideas falsas ó impías que en moral, filosofía, política y literatura, cuyos errores predicados con demagógico entusiasmo en Europa, en el siglo pasado y en el trascurso de éste, vinieron á nuestras sociedades en los momentos en que amenazaban su existencia independiente. Una gran parte de la valerosa generacion que fundó estas repúblicas, dotada de más buena fe y heroismo que de ciencia y prevision, aceptó como verdaderas esas doctrinas materialistas, que desde entónces comenzaron á adquirir prosélitos en las clases estudiosas y á debilitar su fe religiosa. Este es en todas las repúblicas hispano-americanas el orígen del partido político anticristiano, que consecuente con las tradiciones de su historia, fiel á los principios y á la enseñanza de sus maestros de Europa, y lógico en la aceptacion de todas las consecuencias de su sistema, niega resueltamente la revelacion cristiana, estima á Jesucristo un filósofo y al Evangelio una doctrina puramente humana, tan reformable como las leyes y constituciones de las naciones actuales, y sostiene que las leyes y los gobiernos deben ser ateos. ¡Cómo si las leyes, que deben ser la espresion de la justicia, y los magistrados que deben ser sus honrados ejecutores, pudieran, sin ser criminales, separarse de la moral, que es la fuente de todo derecho, y olvidarse de Dios, que es la síntesis y el principio de toda la justicia!

Y esa escuela que quiere leyes y gobiernos ateos, desea, tambien, que la literatura sea impía. No! mil veces no! Ningun ramo del saber humano puede separarse de Dios; la ciencia impía es infecunda y maldita. La juventud estudiosa de las repúblicas hispano-americanas debe en todas sus labores tener por elevado y primordial objeto lo que el primero de sus maestros, el gran literato y publicista don Andres Bello, decia al Sr. Domeyko: "el gran deseo que me anima es que la ciencia en América se halle siempre unida con la fe, inseparable de la fe, y que sea hija de la palabra de Dios." De este modo es como la literatura debe contribuir al progreso, á la civilizacion y á la felicidad de las sociedades hispano-americanas; á la fundacion de naciones libres y morales, y al establecimiento de la democracia cristiana. Los maestros de la duda y del escepticismo son obreros de anarquía y despotismo. No hay ni puede haber verdadera libertad fuera del cristianismo.

En la parte en que nuestra incipiente literatura puede ser original, propia y americana, tiene que ser esencialmente religiosa y cristiana. El órden moral no está trastornado en todas nuestras sociedades, y sus recuerdos, sus aspiraciones y todos los sentimientos de su vida íntima son

profundamente cristianos. El poeta que canta en medio de los Andes, contemplando sus elevadas y nebulosas cimas coronadas de eterna nieve; viendo la grandeza de sus selvas, la vasta estension de sus luminosos horizontes, la perspectiva risueña de sus fecundos valles, el curso de los más grandes rios de la tierra, el cúmulo asombroso de todas las riquezas; aspirando el aroma de millares de flores que convierten los campos en jardines; oyendo el trueno de las tormentas, el ronco clamor de las cataratas y el misterioso rumor de los vientos en el silencio de las montañas; y en el seno de esta maravillosa naturaleza sociedades jóvenes, inteligentes y vigorosas que están desarrollando todos los elementos de su vida y formándose á la sombra de la cruz; el poeta que observa todo esto debe necesariamente meditar en Dios y en su poder infinito. No pretendo, por esto, que la literatura se concrete á tratar de asuntos esclusivamente religiosos; pero sí deseo que tome la moral por fuente primera de su inspiracion y por base inalterable de todos sus juicios. Este es el fundamento del arte cristiano, y modelándose en él la literatura americana puede unir el mérito imperecedero de la belleza moral con todas las escenas de la vida de nuestras sociedades, y con todos los variados y grandiosos cuadros de la naturaleza.

A JULIA.

POR GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos!

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquilo mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pié;
Y de la senda en la áspera pendiente
A mi lado jamas temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso á paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar el triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreir sonrío,
Reclinado en tu seno angelical,
De ese inocente corazon, que es mio,
Arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
En tu limpia mirada vense arder,
Al traves de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico rüido
De dos flautas lejanas, cuyo són
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Y eso me basta para ser feliz!

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
Más mi muerte jamas tus ojos lloren!
Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

MISS CANDA.

POR EDUARDO VILLA.

I.

Habíamos abandonado los muelles de New-York para dirigirnos á Brookling, en una de esas tardes de otoño en que el aire es templado, y los árboles de la gran ciudad empiezan á desprenderse de sus hojas amarillas.

Mi amigo X y yo habiamos atravesado el *Rio del Este* en un bote de vapor; habiamos tomado un coche en el *South-Ferry*, y despues de recorrer una distancia de 2½ millas acabábamos de penetrar en el inmenso cementerio de *Green-Wood* por una ancha avenida orillada de mármoles, como esa vía solitaria de Pompeya que lleva el nombre de "Calle de los Sepulcros".

El que hubiese intentado seguir nuestro derrotero en ese gigantesco jardin de 330 fanegadas, habria visto como nosotros bellísimas alamedas entre el bosque, fuentes que rodaban, lagos que dormian, obeliscos, columnas, y gran número de estatuas, como una poblacion petrificada sobre las caprichosas ondulaciones de las colinas.

Recorrido todo aquello al paso apresurado de un caballo de coche, empezaba á dominarnos el vértigo de la admiracion y sentimos necesidad de tomar algun reposo.

A la sombra de un bello monumento nos detuvimos al fin para descansar en la altura dominadora que deja ver un horizonte inmenso, al traves de los árboles de ese gran jardin.

Sin poder evitarlo, y sin darme cuenta de ello, me habia quedado mudo y pensativo cuando la voz de mi compañero vino á despertarme.

—Te encuentro contemplativo, me dijo, pero no lo extraño. No puede nadie estarse indiferente en presencia de un espectáculo semejante: dos grandes ciudades á la vista, dos grandes rios cruzados por vapores, puertos, fortalezas, la verdura del campo, las aldeas rojizas y el Océano azul cercando el horizonte con su línea infinita----

—No pensaba en nada de eso, le contesté.

—Pues entónces?----

—Pensaba en este monumento de mármol que nos da sombra, mansion suntuosa, cuya bella portada que ha traspasado la muerte únicamente, no tiene más que un nombre escrito sobre su cornisa.

—Podrias leer ese nombre desde aquí?

—Perfectamente. Lo que dice es: *Miss Canda.*

—Conoces esa historia?

—Nó, le contesté, pero me inspira simpatía sin conocerla.

Mi amigo estuvo callado algunos instantes como si luchase con una contrariedad interior, y me dijo por último con el aire de una resolucion forzada:

Voy á referirtela.

Abrió en seguida el enverjado de hierro que defendia de los transeuntes un jardin admirable.

—Acércate, añadió, y sentémonos en esta gradería de piedra invadida por las enredaderas; es preciso que escuches la historia de esa jóven sobre la misma tumba que guarda su memoria.

La tarde oscurecia. Los árboles distantes se veian casi negros, y las aguas iluminadas por el sol poniente nos arrullaban con sus rumores tristes.

Cuando empezó mi amigo á relatarme la triste historia que voy á trascribir, se vió un cipres movido por la brisa, que agitaba su follaje de duelo sobre el mausoleo de Miss Canda. Las ramas entretejidas al rozarse dejaron escapar un eco triste comparable á un gemido que saliera de esa tumba en la quietud silenciosa de aquella soledad.

II.

Situada en la parte más hermosa de la *Calle* 10ª y no léjos de la *Quinta-Avenida*, habrán podido ver los que visitan á New-York en los veranos, una hermosa vivienda rodeada de árboles corpulentos, cuya elegante construccion pertenece al estilo de los castillos franceses.

Hace algunos años que vivia en esa residencia Mr. Canda, uno de los banqueros más opulentos y más conocidos en *Wall Street.*

Despues de haber perdido una esposa que llamaban *modelo* en la mejor parte de la sociedad americana, y despues de haber enviado á la Universidad de *George-Town* á sus dos hijos adolescentes, el rico capitalista, que era hombre de corazon, sintió en medio de su hogar el frio inmenso del duelo y el *spleen* intolerable que nace del aislamiento,

Se necesitaba de un sér providencial con poder sobrehumano para esa curacion desesperada.

Ese sér existia, pero el mal era grave y debia desaparecer muy lentamente.

Pasaron meses y años. Un dia llegó por último en que Mr. Canda sintió con extrañeza que el pesar y el hastío se habian borrado de su frente bajo el hálito puro de un ángel de consuelo. Luisa Canda, su hija, habia sido el médico salvador; el remedio, la ternura filial.

Desde que estuvo bueno Mr. Canda sintió en su pecho una trasformacion completa. Se habian cambiado en un solo sentimiento todos sus afectos y todos sus placeres. Ya no habia para él más que el amor de su hija; foco de luz que concentraba sobre ella todos los rayos luminosos de la existencia. No era ya solamente la ternura de un padre lo que sentia por Luisa: era algo semejante á un culto; era la adoracion.

Luisa cumplia veinte años.

En la mañana de ese natalicio, Mr. Canda habia entrado al gran salon de recibo donde habia poca luz á causa de las colgaduras. Colocado de pié junto á una ventana que daba sobre el parque, esperaba sin afan á que enganchasen el coche, para bajar las escaleras.

Sin reparar en él Luisa entró poco despues y se dirigió al retrete inmediato cruzando todo el salon. Los cabellos dorados de esa jóven, la elevada estatura de un bellísimo cuerpo, el óvalo admirable de una cara griega, el paso majestuoso, y los ramos de flores que llevaba sobre la falda recogida de su traje blanco, le daban el aspecto de una pintura clásica de la Primavera, cuando va á regar sobre la tierra sus dones perfumados. Pero me engaño acaso en la comparacion, porque la Primavera se sonríe y ella estaba muy triste.

Luisa se detuvo ante el retrato de su madre. Al pié del lienzo y sobre el mármol de la chimenea fué colocando á la manera de un *ex-voto* esas flores bellísimas que habia traido, y que mezclaban en una confusion encantadora todos los tintes y todos los perfumes de sus pétalos.

En seguida acercó á la pared una silla de resortes, dobló sobre ella una rodilla, inclinó la faz hasta tocar la cara del retrato, dió un beso sobre el lienzo y dijo sencillamente:

Buenos dias, madre mia.... Hé aquí todas las flores que he recibido en mi cumpleaños. Os las traigo como siempre, para que no olvideis jamas á vuestra hija.

Era conmovedor ese cuadro de ternura.

Corrió una lágrima por la mejilla del padre que observaba esta escena desde el salon vecino, y al movimiento que hizo para enjugarla, su mano tropezó con el bronce de una estatua. El ruido imperceptible hizo volver hácia ese lado la hermosa cabeza rubia que se bajó al instante ruborosa. El ave sorprendida quiso huir, pero dos brazos abiertos la llamaban. Luisa no vaciló un momento: voló como una alondra al pecho de su padre para ocultar en ese nido de seguridad la frente sonrosada.

III.

Pocos instantes despues la hija descansaba sobre las rodillas del padre. Este separaba cariñosamente la sedosa cascada de rizos ondulantes y le decia á Luisa besándola en la frente;

—He admirado las flores con que han saludado vuestro natalicio.

—Teneis razon, porque son admirables.

—Y estais contenta, no es verdad?

—Bien sabeis que no puedo estarlo, repuso con tristeza: el dia de mi cumpleaños es siempre para mí una fecha de desgracia.

—Todavía esas preocupaciones?

—No lo son, padre mio, y apelo á vuestros recuerdos. Yo debia ser feliz con vuestra ternura que es superior á todo merecimiento; con mis amigas de colegio que me sirven de hermanas; yo debia envanecerme con la brillante sociedad que frecuenta nuestra casa; yo debia estar alegre con los compañeros de mi soledad: mis libros, mis aves y mi piano.... Porqué soy desgraciada?

Permaneció en silencio Mr. Canda y ella continuó con energía:

—Escuchadme. Voy á deciros en qué consiste mi desgracia. Para el vaso de miel que se desea amargar una gota de acíbar es bastante: para envenenar la copa de dulzura que libo todo el año tengo tambien por gota de amargura el dia siempre funesto de mis natalicios.

—Luisa, hija mia, es preciso desechar esas ideas.

Ella continuó hablando sin notar la interrupcion.

—¿No es verdad que jamas se ha terminado el dia de mi cumpleaños sin que me haya ocurrido algun suceso desgraciado? ¿Y no es cierto, decidme, que el sol de mi natalicio rodando lentamente viene siempre á morir entre una nube de lágrimas?....

—Es una casualidad.

—Es un decreto, padre mio: viene del cielo y me resigno. Yo sé que debo sufrir siempre en ese dia memorable que es de felicidad para todas mis compañeras: ellas celebran sus aniversarios; yo los lloro.

Todos los esfuerzos que hizo Mr. Canda para distraer á su hija fueron infructuosos. Cuando creyó que ya empezaba á desprenderse de esos pensamientos sombríos la oyó decir con voz entrecortada:

—Hoy es mi natalicio. No sé qué desgracia va á sucederme, pero siento ya sobre mi sien su soplo frio y los latidos de mi corazon me la anuncian.

—Por piedad, Luisa, ni una palabra más.

—Voy á guardar silencio: perdonadme que os haya entristecido; pero vais á prometerme lo que os pida.

—Cuanto querais.

—Os preparábais á salir, segun creo.

—Sí, hija mia; el coche está á la puerta.

—Mandad que desenganchen, porque espero que permanecereis todo el dia cerca de mí.

—Voy á llamar á Tom para darle la órden.

—Y tambien le direis que no estamos visibles para nadie, no es verdad?

—Como gusteis.

—Mil gracias, padre mio. Ahora sólo falta que me permitais besar vuestra mano afectuosa ántes de subir á mi habitacion.

—Qué vais á hacer?

—A llorar.

Cuando se quedó solo Mr. Canda se dejó caer sobre un sillon, apoyó los dos brazos sobre sus rodillas, su frente palpitante se inclinó sobre sus manos, y permaneció así durante largas horas en medio de un abatimiento profundo.

IV.

Ese dia, despues de haber subido á paso lento la escalera alfombrada, despues de haberle dado una órden terminante á la camarera de servicio para asegurarse de que se respetaria su aislamiento, Miss Canda penetró con el alma oprimida en el santuario virginal de su habitacion privada.

En el mueblaje y en la colgadura elegantísima de esa perfumada vivienda no se encontraban más que dos colores: el azul limpio de los cielos y el blanco inmaculado de la inocencia. Pero en ese momento las persianas caidas dejaban los objetos en una vaga oscuridad, y á causa de ella sin duda, Luisa creyó ver cuando entraba una sombra de luto que se extendia por toda la habitacion.

Esa mañana de terribles presentimientos todo era extraño en Miss Canda, segun el informe indiscreto de la camarera Jenny que la observaba desde el pasadizo á favor de un espejo y de una puerta entornada.

El piano abierto le ofreció á Luisa al pasar una pieza de Schubert sobre su atril de ébano: ella no le concedió ni una mirada. Pasó junto al armario de su biblioteca sin alargar la mano; desatendió por primera vez el canto de sus canarios, y miró con indiferencia á sus peces dorados que nadaban á flor de agua siempre que veian una cabeza rubia reflejándose en el espejo de sus fanales.

Pero lo que era más extraordinario para la observadora Jenny, era ver que Miss Canda no se habia sentado delante de su escritorio como de costumbre, para escribirle á Clara Brown, esa amiga adorada que vivia en otro barrio média legua distante.

Lo que pasó en esa alma atormentada por la espina punzante de una desgracia desconocida, quién podria adivinarlo! .... Se ha inferido apénas su penosa agonía por la palidez progresiva de su frente, y por la agitacion febricitante que dominaba en todos sus movimientos.

No tuvo la pobre Luisa ni áun el consuelo del llanto, porque los dolores indefinidos no tienen lágrimas.

Las horas iban trascurriendo para ella con una lentitud desesperante. Se diria que aguardaban á álguien: tal vez á la Desgracia. . . .

Varias veces llamó á Jenny para preguntarle si su padre habia recibido alguna visita ó si habian venido para él cartas de luto. Las respuestas negativas no alcanzaban á calmarla.

Se levantaba de su sillon azul á cada paso que resonaba en la escalera. Temblaba como las hojas de sus árboles, y se estremecia con ellas, cuando algun soplo del mar despertaba por casualidad un eco imperceptible en el ramaje inmediato de su jardin.

Así pasó toda la mañana y las primeras horas de la tarde el débil corazon de una niña torturado por un presentimiento incomprensible.

A la caida del sol Miss Canda tuvo un momento de reposo. Se arrodilló sobre un reclinatorio y pudo orar. La oracion alivia siempre.

Cuando Luisa fué á reclinarse cerca de una ventana que bañaba el sol poniente con su última claridad, sentia el pecho ménos oprimido, sus lágrimas corrian libremente y su espíritu se habia fortificado.

Pero estando ya sacudidos con rudeza los nervios de esa sensitiva, exhausto ese frágil cuerpo por una lucha superior á sus fuerzas se fué doblando lentamente en una postracion encantadora; sus párpados cayeron, sus pestañas al cerrarse enjugaron una lágrima, rodó su cabellera sobre el hombro . . . . y se quedó dormida . . . .

En un cuadro admirable ha representado Thomas Broocks *La vision de una mujer creyente.* Parecia una copia de ese cuadro el blando sueño de Luisa junto á su Biblia abierta, con su bello semblante inundado de serenidad y con un rayo de sol que cayendo del cielo venia á trazar una auréola brillante en torno de su cabeza.

Tal vez en ese sueño de inocencia ella veia tambien, como en el cuadro, esos ángeles vaporosos que bajaban por un rayo de oro hasta la mujer dormida, y que la llamaban tendiéndole los brazos cuando se abrian sus alas en la luz para volar hácia el azul del cielo.

V.

Estaba ya la noche muy entrada cuando resonó un campanillazo en la habitacion de Miss Canda.

Jenny habia acudido al llamamiento sin dilacion ninguna y se encontró en la pieza con una oscuridad completa. Pero ántes que ella, y llevado en alas de su afecto de padre, habia acudido Mr. Canda, quien se ocupaba afanosamente en prender el gas en un mechero de bronce.

Cuando la luz brillante al traves de un globo de color esparció por el cuarto una claridad rosada, Luisa apareció inmóvil todavia cerca de la ventana y reclinada con languidez sobre un sofá de terciopelo.

Estaba aún muy pálida, pero una sonrisa imperceptible se asomaba con temor en el coral rosado de sus labios.

—Es ya de noche? preguntó con inquietud.

—Sí, hija mia. Bien habeis visto que acabo de encontrar en plena oscuridad vuestro cuarto.

—Podeis decirme la hora?

Mr. Canda sacó de su bolsillo un magnífico reloj comprado donde Tiffany y le hizo ver á Luisa el disco de porcelana. Eran las 8 aproximadamente y en la estacion primaveral en que se hallaban oscurece á las 7.

—Es la primera vez que me sucede, pensó Luisa.

—Ya veis que ha pasado sin accidente este dia tan temido.

—Teneis razon. Jamas se habia tardado hasta la noche la desgracia de mis aniversarios.

—Y ahora estais contenta?

—Ahora estoy ménos triste.

—Muy bien: empieza á renacer vuestra alegría; yo la completaré.

—Habeis hallado un medio?

—Infalible. Aquí teneis una carta que han traido para vos de parte de vuestra amiga más querida.

—De Clara Brown? preguntó con viveza.

—Leedla.

"Mi adorada Luisa:

"El dia funesto ha pasado sin desgracia. Acabo de saberlo, y mi pobre corazon que se hundia con el vuestro, está flotando ahora en un oceano de felicidad.

"He bendecido al cielo de rodillas; he besado con el pensamiento vuestra blanca frente, pero siento que falta algo todavía en el fondo oscuro de mi alma; lo que falta es la luz, es vuestra presencia.

"Mamá y yo hemos resuelto reunir á vuestros amigos en una tertulia improvisada para celebrar esta noche misma la primera felicidad de vuestros cumpleaños. Venid. Sereis la reina. Vuestro padre os acompañará.

El nombre que se veia al pié de esta carta, y sobre el cual posó Luisa ligeramente los labios; era el mismo que habia adivinado su cariño.

—¡Buena y querida Clara, murmuró, siempre la misma!

—Y qué pensais hacer? le preguntó su padre.

—Vestirme á toda prisa miéntras enganchan el carruaje.

Mr. Canda no pudo reprimir un movimiento de extrañeza.

—No comprendo vuestra admiracion, añadió Luisa con una sonrisa franca que dejó ver por primera vez dos hileras de perlas admirables; yo habia creido que hablábais hace poco de no sé qué alegria que ibais á completar.

—Siempre salgo vencido, le contestó su padre, y sonriéndose á su vez, se dirigió á su cuarto.

En seguida dió la órden de enganchar sin aventurar otra palabra de objecion. Temia ver evaporada esa tranquilidad naciente, y que se formase de nuevo la negra nube de lágrimas, que ántes amenazaba y ahora se perdia como una tempestad desvanecida.

Un instante despues un carruaje luciente y una hermosa pareja de alazanes, parecidos como dos gotas de agua, estaban esperando al pié de una escalera de granito.

El padre y la hija ocuparon los asientos de atras, Richard el cochero pidió la direccion, y el magnífico coche despues de haber trazado una curva elegante entre los árboles del jardin empezó á rodar calladamente sobre el ancho enlosado de la *Quinta-Avenida*.

VI.

La hermosa calle de *Broadway* impresiona siempre de un modo particular á las personas que la ven por la primera vez, ó á las que desembocan de repente en ese vasto hervidero de la civilizacion americana. Cuando se ve de dia se siente sólo el vértigo del movimiento; viéndola por la noche, el vértigo de la luz.

Pocos pueden resistir, sin aturdirse, la vista de ese enorme cordon de coches que se cruzan, la de esa luz inmensa que brilla en los almacenes abiertos ó en una doble hilera de mecheros de gas que se extiende indefinidamente á lo largo de las aceras; pocos ven sin admiracion las fachadas de esos palacios de mármol que se llaman *hoteles*, y muy pocos, ó mas bien ninguno de los que circulan entre esa corriente humana, puede hablar sin gritar al oido del compañero para poder ser escuchado,

El estruendo de esa gran avalancha es comparable apénas al aspecto vertiginoso de esa vasta circulacion.

El coche de Mr. Canda iba á entrar ya en el movimiento de aquella inmensa calle cuando una de las personas que iba dentro, exclamó al estrechar la mano de la otra:

—Habeis olvidado vuestros guantes, padre mio.

—Es verdad Luisa: no habia caido en la cuenta.

—Hay que volver por ellos, añadió ésta, y dirigiéndose al cochero le dijo que parara.

—Es inútil la vuelta, repuso Mr. Canda. Richard: os detendreis un momento para comprar un par de guantes en un almacen cualquiera de *Broadway*.

Esta detencion sólo duró un instante, pero fué suficiente para persuadir al cochero de que la briosa pareja de alazanes no queria detenerse y que era más prudente no pararla en el tránsito. Él se detuvo sin embargo á la puerta del primer almacen que encontró pocos momentos despues de haber doblado la *calle* 10ª hácia la derecha. No se sabe si para obrar así habia sido movido por el hábito de obediencia, ó por una imprudente confianza en la fuerza de su mano.

Mr. Canda saltó ligeramente del coche y entró en el almacen. Luisa permaneció en su asiento. La pareja de tiro estaba muy inquieta.

Pasaron algunos instantes.

Richard en el pescante habia logrado ya una vez dominar la fogosidad asustadiza de los caballos, pero trascurrido un momento se asustaron de nuevo, chasquearon los frenos impacientes por partir y el cochero alarmado tuvo que hacer los mayores esfuerzos para contenerlos. El miraba hácia la puerta del almacen esperando que el amo regresara para aflojar las riendas, pero el amo no volvia, porque la abundancia de compradores lo obligaba á demorarse más de lo regular.

Se escuchó en esto un ruido extraordinario que venia de la parte baja: era una máquina de apagar incendios arrastrada á toda prisa por una compañía de bomberos.

La ruidosa máquina vino á encontrar de frente aquellos dos caballos asustados que resoplaban temblorosos, y pasó tan cerca de ellos que los hizo encabritar . . . . Ese ruido inusitado y ese movimiento acabaron de espantarlos . . . . Fué ya impotente la mano vigorosa de Richard, se vieron chispas brotando de las piedras, resonaron con estrépito las herraduras y los caballos partieron desbocados . . . .

El desgraciado padre asomó en aquel instante. Comprendió lo que pasaba desde el umbral de la puerta, adivinó el peligro, lanzó un grito desgarrador, y quiso correr como un desesperado tras aquellos caballos que volaban á la muerte arrastrando con un furor salvaje su vida y su esperanza. Quiso correr, repito, pero se paralizó su corazon, sus piernas vacilaron, y á pocos pasos cayó sin movimiento, como herido por la electricidad, sobre el ancho enlosado de la calle.

VII.

Algunos transeuntes condujeron en brazos á Mr. Canda hasta la botica más próxima para prestarle los primeros auxilios.

Miéntras esto sucedia en las inmediaciones de la *calle* 10ª dos caballos sin rienda corrian como dos furias por el espacio que acababa de despejarse ante el tren precipitado de los bomberos.

Cuantas veces se ha visto, se ha leido, ó se ha soñado una de esas carreras desenfrenadas, el espíritu se estremece, porque el caballo no representa ya el bruto dócil á la mano del hombre, sino la fiera escapada, el animal salvaje que quiere destrozarlo.

La carrera que presenciaba la gran ciudad del Norte en esa noche terrible era más espantosa que la que ha descrito Zorrilla en armoniosos versos, porque allá tenia el potro berberisco un ancho campo en la region de las nieves hasta que sus fuerzas se agotasen sin ajeno peligro; era algo peor que la del noble potro de Gonzalo de Oyon, porque allá no aparecia más que un hombre en peligro al borde del precipicio; era más temible todavía que la del caballo salvaje que llevaba á Mazeppa atado fuertemente sobre su lomo desnudo, porque la inmovilidad forzada del jinete lo libraba al ménos de caer hecho pedazos en los sombríos desfiladeros de la Tartaria. Era peor, era más espantoso que todo aquello, porque aquí habia dos fieras en vez de una y en lugar de correr libres arrastraban encadenadas un coche hecho pedazos, cuyas ruedas chispeaban, y cuyo estruendo infernal, aumentando el espanto de las bestias, le daba mayor fuerza á ese impulso de muerte invencible como la fatalidad.

Con narices infladas, ojos de fuego y bocas espumosas, con los pretales rotos, las correas enredadas y las riendas tirantes, aquellos dos caballos arrastrando una jóven inocente pasaban y desaparecian como una exhalacion.

Ningun obstáculo detenia su carrera, porque al estrépido lejano los cocheros desviaban previendo un peligro desconocido, y la multitud abria campo por instinto. Nadie los atajaba: no se intenta atajar una locomotora á escape; no se detiene nunca al huracan que pasa . . . .

Un hombre sin embargo, trataba todavía de luchar valerosamente contra lo imposible: era el cochero Richard que reuniendo sus esfuerzos en una tentativa suprema sintió que brotaba sangre de su mano y que las riendas se rompian . . . . Perdió entónces la última esperanza, se olvidó de sí mismo, pensó en esa jóven desgraciada que iba á morir acaso por haberse confiado á su cuidado vigilante, en esa alma angelical que se habia hecho adorar de todos los que la servian . . . . Y confuso, aterrado, sin darse cuenta de la imprudencia de sus palabras gritó con desesperacion:

—Socorro . . . . ¡Socorro!

Con un valor heróico Miss Canda habia permanecido hasta entónces en el fondo de su asiento inmóvil y muda en su terror como un sér petrificado. Pero cuando esas palabras llegaron á sus oidos se irguió sobre los cojines y apareció apoyada en la portezuela rota, pálida, de pié, mirando al cielo y en el ademan de una íntima plegaria.

Corrian entónces los caballos con más furia que nunca y la multitud los miraba temblando: se diria que ella iba á presenciar uno de esos suplicios bárbaros de los tiempos antiguos . . . .

Algunas personas comprendieron en la actitud de Luisa la intencion de lanzarse del carruaje y le gritaron angustiadas:

Deteneos ; sois perdida ! . . . .

Pero esas voces se apagaron entre los clamores de la gente y ese consejo caritativo no pudo alcanzar hasta el oido de la víctima . . , .

Le gritaron con más fuerza . . . . Ya era tarde . . . . La blancura de un ropaje apareció un instante fuera del vehículo como si un ángel hubiese alzado el vuelo . . . . y despues . . . .

Un grito inmenso y profundo repetido por mil ecos resonó en toda la calle . . . .

El cadáver de Miss Canda todavía palpitante apareció sobre un lecho de piedras, sirviéndole de almohada su cabellera rubia. Se habian cruzado sobre el pecho esas manos de mármol, y el vestido de baile la envolvia castamente entre sus pliegues como el blanco sudario de las vírgenes . . . .

VIII.

Al contarme este episodio doloroso el amigo que me lo referia se habia conmovido gradualmente. En sus últimas palabras se notaba la voz breve y entrecortada de una emocion profunda que habia sabido trasmitirme.

Tan absortos nos encontrábamos en esta relacion que la sombra nos habia invadido poco á poco. La noche habia llegado sin notarlo nosotros y sin que hubiésemos pensado en retirarnos . . . .

Pensativos y en silencio permanecimos mucho tiempo. Despues de largo rato me animé por último á dirigirme á mi amigo para hacerle una pregunta . . . .

—Y Mr. Canda? le dije.

—Ah ! es verdad. El pobre anciano pasó cuarenta dias con una fiebre cerebral que lo arrastraba rápidamente hácia su hija, pero la ciencia médica cumpliendo con un deber sagrado tuvo la cruel satisfaccion de retirarlo del sepulcro.

Mas bien que un convaleciente que dejaba su lecho parecia un cadáver saliendo de una tumba. Aunque envejecido veinte años, su cuerpo volvió al fin á la vida, pero su alma se habia quedado aquí, en el cementerio de Green–Wood.

Al principio tuvo valor para interrogar á Jenny sobre los menores incidentes que habia podido presenciar en las últimas horas de esa pobre alma querida, cuando la desgarraban los presentimientos que iban á realizarse. Tuvo tambien fortaleza sobrehumana para interrogar á una persona sobre el trágico accidente del coche. Esa persona interrogada fué el mismo Richard. Ese infeliz criado condenado á sobrevivir á su ama, se salvó milagrosamente, porque se reventaron las correas de tiro y el coche quedó libre.

Pero ántes he dicho que ese valor aparente fué al principio. Pocos dias despues una postracion invencible vino á apoderarse de aquel hombre infortunado. Sus salones se cerraron, sus amigos lo perdieron de vista, y cuando se preguntaban qué habia sido del opulento banquero, nadie daba razon; ninguno podia darla.

Acaso he dicho mal porque el guardian de Green–Wood sí podia dar noticias muy frecuentes acerca de esa vida vacilante. El veia todas

las tardes un anciano encorvado por un dolor latente, un hombre de barba blanca y vestido de luto, que subia penosamente apoyándose en un baston, hasta lo alto de esta colina.

Aquí pasaba, y pasa aún largas horas llorando. La tumba que lo atrae no tiene como has visto, mas que un nombre escrito sobre una losa blanca, pero ese nombre es el mismo y es el único que está escrito indeleblemente sobre su corazon.

—Y todo este monumento? pregunté.

—Todo se ha levantado régiamente bajo sus órdenes inflexibles. Pero aún no era bastante, y en la funesta fecha del aniversario le agrega año por año, mármoles, esculturas ó relieves. Eso es, segun se dice, el regalo acostumbrado de los natalicios; yo veo en ello mas bien un testimonio eterno revelando que en medio de la inconstancia humana hay un solo dolor que no se borra nunca: el de un padre afectuoso sobre la tumba de su hija.

La oscuridad creciente no me habia permitido reparar parte por parte ese noble testimonio . . . . pero la luna iba á salir bien pronto y entónces seria fácil. Aguardámos.

Algunos minutos más tarde pudimos admirarlo, porque ese palacio blanco con calados de mármol se alzaba de la sombra suavemente bañado en la luz azulada de la luna creciente.

Y lucian del mismo modo en una calle prolongada otros mil monumentos semejantes . . . .

Y blanqueaban las losas debajo de los sauces, como innumerables sudarios de una generacion dormida . . . .

Y los árboles temblaban al impulso constante de las brisas marinas . . . .

Y en las aguas de la bahía oscilaba el reflejo de los astros . . . .

Y allá en la sombra vasta la ciudad opulenta que nos ha recordado con una de sus viviendas la primera parte de este triste episodio . . . .

Y acá en la luz dormida el cementerio inmenso que nos ha recordado con una de sus tumbas la segunda parte de esta historia . . . . y de todas . . . .

. . . . . .

Decid si en todo aquello no habia lo suficiente para dejar en la memoria impresiones tan imborrables como las del viajero que ha visto alguna vez alumbradas por la luna las ruinas majestuosas del Coliseo romano.

Tal vez debilitadas, acaso confundidas, pero siempre indelebles las impresiones mias se han despertado al encontrar entre las páginas de un libro el ramillete de violetas que cogí aquella noche sobre la tumba de Miss Canda.

Y esas impresiones una vez despertadas volvieron á vivir como esos séres misteriosos de las leyendas alemanas, bajo el poder vital del rayo de la luna.

Si extrañásteis su palidez esto la explica. Si extrañais su tristeza escuchad una palabra más:

Esas noches de luna que cantan los poetas; esas noches azules que reviven impresiones, no pueden ser nunca las inspiradoras de la alegría. Ellas llevan entre sus brisas recuerdos y pesares para saturar los corazones que sienten; porque esos corazones prefieren el dolor á la indiferencia, y aceptan la tristeza á falta de felicidad.

Medellin, Marzo 1876.

LA ENTRADA EN GUAYANA.

CANCION.

POR JOSE MARIA SALAZAR.

CORO.

En Guayana, libre
De vil opresion,
Tremola glorioso
El patrio pendon.

Cantad, guayacenses
Himnos de alegría
Al deseado dia
De la libertad.
Ya ven vuestros ojos
La brillante aurora
De esta precursora
De felicidad.

¿Dónde está el tirano
Mil veces vencido?
Ha cobarde huido
Del campo de honor.
Llevad con orgullo,
Jóvenes guerreros,
Los dignos aceros
Timbres del valor.

Guayana es abrigo
Para el desgraciado,
Para el que ha dejado
Su patria infeliz.
Un gobierno, amigo
Del hombre virtuoso,
Le dará reposo,
Y asilo feliz.

Gemisteis, señores
Del más vasto imperio,
Bajo el cautiverio
Del yugo fatal.
Colombia os envia
Valerosos brazos,
Y sus dulces lazos
De amor maternal.

Celebre la historia
El virtuoso empeño
De Piar y Cedeño,
Su resolucion.
Y mil veces gloria,
Y eterno renombre
Al rival del nombre
Del gran Washington.

¡Ninfas de Orinoco!
De laurel y flores,
De los vencedores
Coronad la sien.
Sus hechos publica
La voz de la fama,
La patria los llama
Autores del bien.

CURAZAO.

(Páginas de viaje).

POR LUIS M.ª RESTREPO I.

.....

Cuando al amanecer del dia 8 de agosto de 1878 el vapor que nos conducia desde Puerto Cabello, se balanceaba al frente de la ciudad, no sé qué sensaciones experimenté. Las formas caprichosas de los edificios; los canales que cruzan la poblacion; el movimiento y la vida y la animacion; los pequeños barcos que comunican los barrios entre sí; la luz que el sol hacia proyectar sobre una parte de la ciudad, quedando aún otra en la oscuridad; el mar que la circunda con su eterno ruido, su constante movimiento y sus vastos horizontes; todo, en fin, fué para mí un motivo de entusiasmo y de admiracion.

Hijo de las montañas donde se oye apénas el canto de las aves, el hacha del labrador y las apacibles brisas que hacen estremecer las hojas de los corpulentos árboles; me encontré de repente en presencia de un espectáculo que me era desconocido. Disculpable era, pues, mi admiracion en aquel momento.

Al separarse el buque para tomar rumbo directo á la entrada del canal principal, me pareció que abandonábamos un nido de palomas. Sentí que el corazon se oprimia: creí por el momento que no tocariamos ya en la isla. A mayor distancia ésta se ofreció á mi imaginacion como un gran campamento, con sus tiendas de diversos colores y sus graciosas formas.

Recostada sobre los flancos de dos colinas de corta elevacion: cruzada por canales en distintas direcciones: bañada por el mar hácia el Sur: compuesta de edificios de elegante y variada construccion; la ciudad se asemeja á una odalisca perezosa, sus miembros ceñidos de fajas preciosas de esmeralda, acariciada por frescas brisas y sus piés bañados por el Oceano.

Las olas del orgulloso mar caribe vienen á besárselos humildemente, y luégo huyen espumosas y cristalinas como satisfechas del honor que la soberana les ha dispensado.

Venecia de las Antillas, Curazao tiene para el viajero que por vez primera la visita, encantos que mi pluma no puede describir.

La Holanda la conserva como un preciado floron de su corona, no para explotarla sino para engrandecerla.

Su gobierno es justo, liberal y tolerante.

Por esos sus habitantes no hablan de conquistar su independencia. No la necesitan, pues disfrutan de ella ampliamente.

Ojalá otras naciones del antiguo continente que conservan colonias, comprendieran que las insurrecciones de los pueblos son hijas legítimas de la opresion de los gobiernos.

Ojalá que la que fué nuestra antigua madre patria pusiera en práctica en sus colonias de América, que todavía conserva, el sistema neerlandes, y de seguro no tendria que sostener sangrientas guerras como la

de Cuba. Miéntras quiera esclavos en vez de hombres libres, tendrá que combatir eternamente.

Esta es la ley del siglo, la de todos los siglos: esta es ley de la humanidad.

Se ven ruinas en algunos puntos de la ciudad, escombros hacinados, edificios medio derruidos, algo que revela un terrible cataclismo.

Ciertamente: durante 70 años, segun las más antiguas crónicas, esta hermosa isla no habia sufrido ningun accidente desgraciado; pero vinieron los tiempos en que parece que los hombres y la naturaleza, á porfía, se conjuraron contra ella.

Medidas fiscales dictadas en la vecina República de Venezuela, paralizaron su comercio; y como si esto no fuera bastante, las convulsiones naturales se encargaron de lo demas.

Vino el 23 de setiembre del año próximo pasado. Un inesperado temporal arrasó parte de la poblacion, difundiendo entre los habitantes el espanto, el luto y la desolacion.

Familias que ántes gozaban de bienestar, deben un techo á la caridad pública.

Caballeros respetables y de buena posicion social anterior, ejercen oficios que repugnan á su carácter.

Como el Nilo en sus periódicas inundaciones, el mar barrió los límites de la propiedad, sin que su invasion se pueda estimar como las de aquel gran rio, provechosas y fecundantes.

Hermanas de la Caridad, esas hijas del cielo que consagran su vida á la abnegacion y al sacrificio, fueron envueltas por las olas y arrastradas al abismo por salvar á sus hermanos.

Mar insondable, mar Caribe! Como el esclavo tu te has sublevado contra la graciosa Antilla, y pretendido sumergirla en tus abismos. Como el esclavo has querido vengar 70 años de servidumbre; mas en vano!

Abandona tu insano furor, y continúa bañando con tus azuladas aguas una de las perlas de las Antillas. Ese es tu destino, esa tu mision.

Como justo castigo de tu soberbia, soporta sobre tus lomos los barcos que de todas las naciones vienen á saludarla en su desgracia, á traerle consuelos y esperanzas. El hombre los ha fabricado para dominarte y es forzoso que abandones tus iras y tus resistencias inútiles contra el el Rey de la creacion.

Curazao se levantará cada dia más hermosa, surgirá de sus propias ruinas. Así lo auguran el movimiento de su abrigado puerto y la laboriosidad de sus hijos. El porvenir le sonríe.

Y así debe ser. Pueblos como Curazao no mueren; como el fénix de la fábula se levantan de sus propias cenizas.

Aquí recibe el extranjero una acogida cariñosa. Se practica la hospitalidad de los tiempos bíblicos, de la época de los Patriarcas. Por reconocimiento debo decirlo asi.

Los pueblos donde se tortura la conciencia, donde se entraba el culto que el hombre quiere rendir á la Divinidad, donde los templos se convierten en cuarteles, donde los más altos Magistrados hacen alarde de no profesar ninguna religion. Allí donde los mandatarios no se conforman con despreciar todo culto, sino que pretenden por medio de la fuerza material, que sus gobernados no practiquen ninguno, que abandonen sus

ritos y sus prácticas piadosas para tornarse en muchedumbres sin fe y sin creencias; esos pueblos están sujetos á frecuentes convulsiones y cada dia que pasa será un nuevo escándalo que dan á la vista de las naciocultas que los observan.

Y crecerán el malestar y la vergüenza si esos paises se llaman republicanos y han proclamado en todos los tonos la absoluta libertad de conciencia.

Curazao es Colonia, no es República. Sus gobernantes no han ensordecido al mundo hablándole de libertades públicas; y sin embargo, los católicos y los protestantes, los hebreos reformistas y los ortodoxos tienen sus templos que se levantan los unos al lado de los otros: todos son respetados.

Cada comunion, de una manera pública y solemne, sin que se le inquiete y moleste por nadie, y mucho ménos por la autoridad, tributa culto á Dios en la forma que se le antoja.

Guardan entre sí los miembros de las respectivas comuniones una perfecta armonía, sin que sea necesario que la autoridad se torne en sacristan ó en verdugo, en árbitro de las creencias de cada cual, en Juez de la conciencia.

Curazao es colonia, no es República; y no obstante, sin fausto y sin ostentacion, sostiene casas de dementes, lazaretos, asilo de indigentes, con edificios aseados y decentes, donde se da á los desgraciados una asistencia no sólo apropiada, sino hasta cierto punto agradable y amena.

Por todas partes se encuentra la benéfica mano de las Hermanas de la Caridad difundiendo el bien y dando consuelo y esperanzas á los que sufren.

EN EL LAVADERO DE "AGUA-CLARA".

POR JUAN J. BOTERO.

"Vió que era una jóven lavandera, que divertia su soledad, soltando sus pensamientos y su voz, miéntras concluia su tarea."

EUGENIO DÍAZ.

Solita me manda madre
A lavar ropa á la fuente,
Que quien limpia tiene el alma,
Limpia á su casita vuelve.

—¿ Quién canta en el lavadero
Con esa argentina voz?
Dije, fuí y hallé una niña,
Rosa del cielo en boton.

Al verme tembló la niña,
Y al verla me dió temblor,
Si ella temblaba de susto,
De.... susto temblaba yo.

Estando sola y tan bella
Quise mostrarle mi amor.
Recordando *los cantares*
Del sabio rey Salomon.

Y la dije: —Embriague mi alma
De tu perfume el olor,
Fresco lirio de estos valles,
Pura rosa de Saron.

Cándida y blanca paloma,
Que en la enramada cantó,
Suene otra vez en mi oido
Que es linda y dulce tu voz.

—Es que.... mire.... madre un dia
Cierto consejo me dió,
Y al ver á usted tan cerca
Me da no sé qué temor.

—Y, ¿podré saber yo acaso,
Lo que ella te aconsejó?
—Que atenta fuera con todos.
—Y qué más?—No mas señor.

—Es decir que si me acerco....?
—Si se acerca más, me voy.
—Pero.... —No hay pero que valga,
O usted marcha, ó marcho yo.

—Bien, no volveré á acercarme,
Te dejo pronto, mi amor,
Mas, quiero saber tu nombre
Niña de la dulce voz.

—Margarita: así me llaman,
Hija de las selvas soy,
Mi sencilla y pobre cuna
Entre flores se meció.

Allá en esa serranía
Donde ahora brilla el sol,
Tienen la casa mis padres,
Y con ellos vivo yo.

La vida de las ciudades
No la conozco, señor,
Solo así de vez en cuando
Con mi madre á misa voy.

--Escucha hermosa serrana:
¿Ignoras lo que es amor?
¿Alguna vez abrigaste
En tu pecho esta pasion?

—Yo amo tanto y con tal fuerza
Como nadie nunca amó,
Amo á la Vírgen María
Y á Cristo Nuestro Señor.

A mis padres les profeso
El más puro y santo amor,
Y á todos mis hermanitos
Los amo de corazon.

Amo á las flores del monte
Porque ellas me dan su olor,
Cuando los pétalos abren
A la tibia luz del sol.

Al arroyuelo que baja
Por la falda jugueton,
Y á las aves que á su orilla
Me complacen con su voz.

Al sol, la luna y estrellas
Al cielo con su arrebol....
En fin.... amo cuanto existe,
Pues todo es obra de Dios.

—De suerte tambien que al hombre....?
—Mucho amo á los hombres yo,
Porque son nuestros hermanos
Y así lo manda el Señor.

—Pero, dime: ¿no has sentido
Otra clase de aficion,
Prefiriendo á uno solo....?
—Quién dice, yo? no señor.

—Quieres saber lo que ignoras,
Quieres que te enseñe yo,
Todos los goces que encierra
La más divina pasion?

Pues atiende: en este mundo
A todo sér le da Dios
Otro sér para que sea
Su compañero, su amor.

Y estos dos séres formando
Uno solo de los dos,
Se miman así.... se besan....
Y se abrazan con ardor....

Pero.... ¿por qué á tus mejillas
Brota el carmin del rubor?
—No sé, mas siento que late
Con fuerza mi corazon.

Ignoro lo que me dice
Y sin embargo, me voy,
Pues yo que no era miedosa
Estoy con miedo, señor.
. . . . . .

—Margarita inmaculada!
Flor de las selvas, ¡adios!
Ojalá conserves puros
Siempre tu aroma y color.

Adios paloma sin mancha
Vuelvo á tus bosques, adios!
Allá donde nada turbe
La paz de tu corazon.

Ave implume: torna al nido,
Que entre musgos te abrigó
Vírgen: oculta tus gracias
De este mundo engañador.

Y perdona si atrevido
En mal hora quise yo,
Deshojar con ruda mano
Las rosas de tu pudor.

Tal dije y mi lavandera,
Alzó la ropa y marchó,
Y al trepar por la lomita
Volvió á seguir su cancion.

Solita me manda madre
A lavar ropa á la fuente,
Que quien limpia tiene el alma,
Limpia á su casita vuelve.

Rionegro, febrero de 1879.

CERVANTES.

Discurso pronunciado el 23 de Abril de 1875 en Nueva-York, en el aniversario del fallecimiento de Cervantes

POR MANUEL URIBE ANGEL.

Señores: Excusad que un americano del Sur, sin otro título que el que le da la fortuna de sentir sangre española corriendo por sus venas, venga en este momento solemne á reclamar por algunos instantes vuestra benévola atencion.

He dicho que este momento es solemne, porque en él tiene lugar la celebracion de una festividad, mitad religiosa y mitad literaria. Religio-

sa, porque en ella el espíritu ferviente del cristiano se eleva hasta Dios para pedir reposo por el alma de un español ilustre, quien jamas tuvo quietud durante su peregrinacion mundanal en esta vida. Hablo, señores, de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Empero, un sentimiento casi indefinible se apodera de mí en esta ocasion. Sentimiento que, bien analizado, me hace experimentar veneracion, respeto y . . . . ¿lo diré, señores? miedo tambien. Veneracion por la grandeza y santidad del objeto que me obliga á razonar; respeto hácia vosotros cuya competencia é ilustracion me imponen, y miedo, porque, obrero humilde en la tarea de la civilizacion, y ciudadano completamente desconocido en la república de las letras, mido mis fuerzas, invoco mis facultades y las encuentro siempre estériles y flacas. Sin embargo, espero más de vuestra indulgencia que lo que tema por mi incapacidad.

Cervantes es, señores, un hombre inmortal; y digo inmortal, porque no encuentro en nuestra lengua, á pesar de su opulencia, un calificativo que lo defina mejor.

Sin que pretenda entrar en razonamientos que den á mi discurso el aire de una conferencia didáctica que ofenda acaso vuestra sabiduría y redunde en mi contra, tornando petulante y vanidoso, os pido permiso para entrar en ligeras disertaciones que sirvan de fundamento á la opinion que mantengo acerca del eminente escritor de nuestra patria. Y no extrañeis, os lo suplico, que diga nuestra patria, porque aunque miembro de una república naciente, y hablando con españoles peninsulares, yo siento que al trataros de una gloria que nos es comun, las fibras de mi carne se hacen consustanciales con las fibras de vuestra carne, y porque si vosotros os llamais los descendientes de Pelayo y el Cid, yo sé tambien que desciendo de ellos. No sé por qué, ni me lo explico, pero es cierto que al apretar la mano de un español ó de un americano, yo me siento tocado por la chispa eléctrica de una fraternidad indestructible.

La lengua española, señores, es una bella y esplendorosa lengua. Nacida en las montañas Hespéricas, en medio del estruendo del combate, ella tiene en su índole el carácter viril y altivo del pueblo que comenzó á formarla; aspirando á su perfeccion en las provincias centrales de la Península, ella tiene la severidad y el brio de los viejos castellanos; y mecida muellemente al traves de las brisas embalsamadas y calenturientas de Andalucía, ella ha unido á su vigor y fortaleza primitivas, el tipo ligero y fantástico de la atmósfera estimulante de aquel suelo meridional.

Formada al principio con el habla de los pueblos celtiveros y asimilándose el elemento provenzal, sentó primitivamente, los fundamentos del romance. Los fenicios, los cartagineses y los romanos suministrándole alternativamente el auxilio de sus respectivos idiomas, contribuyeron á incorporarla y á darle la personalidad que más tarde debia asumir. El castigado latin, sobre todos, hijo primogénito del puro griego que se habló en la culta Aténas, sirvió de padre á nuestra vigorosa lengua. Más tarde, durante la invasion sarracena y en los siete y medio siglos que duró la dominacion de los árabes en España, el carácter del romance, entero por su orígen, vigoroso por su formacion, pero algo rudo por

sus tradiciones, tomó de los cultos muslimes de Córdova y Sevilla, de Cádiz y Granada, ese tipo ligero y alegórico, sutil y sensible, que tan bien cuadra á los hijos de aquellos países talismánicos y encantados del Oriente.

Por eso, señores, nada encontrarémos de extraño é inexplicable, si excudriñando el Génesis de la lengua española, notamos que á fines del siglo XV, al cerrarse gloriosamente esa lucha titánica de independencia contra los moros, que tuvo su término con la toma de Granada, hallamos ya la lengua de Castilla en su maximum de unidad y perfeccion. En efecto, cuando el trono de los reyes de Leon, de Castilla y Aragon, fué ocupado por el emperador Cárlos V de Alemania y por su hijo el sombrío, pero hábil administrador, don Felipe II, y cuando en ese vasto imperio sus posesiones no tenian ocaso, la lengua de don Alfonso el Sabio sonó armoniosa y suave, melodiosa y elegante por toda la redondez de la tierra.

Y debia ser así, porque para ese tiempo ésta habia alcanzado ya las condiciones filosóficas de una completa universalidad, y porque para ese tiempo ella respondia satisfactoriamente á todas las exigencias que pide la expresion del pensamiento humano, bajo todas las formas, tanto en el órden físico como en el órden moral.

Si detenemos nuestra mente en el cumplimiento de ese gran fenómeno de la formacion y perfectibilidad de la lengua, y si la hacemos asistir atentamente á las diversas evoluciones por las cuales debió pasar en su laboriosa tarea, notaremos que principiando por los viejos romances y las antiguas baladas, por los simples villancicos y por las leyendas locales del hogar, el español fué elevándose gradual pero rápidamente, hasta asumir todas las formas y responder victoriosamente á todas las reclamaciones de una bella y noble literatura. El carácter simple de los viejos cantares, la trivialidad del adagio, la versificacion primitiva, el cuarteto, la quintilla simple, el redondo soneto, la triste elegía, la égloga, el idilio, la décima y todo lo que podemos considerar como rudimentario, fué siempre elegante y dócil en nuestro idioma. No era eso bastante, sin embargo; de la manifestacion simple de las costumbres, la lengua española debia elevarse á la expresion sublime de la pasion y á las especulaciones subtiles de la más profunda filosofía; de las pequeñeces naturales de las costumbres comunes, á la sublimidad de la oda y de la epopeya. Vosotros lo sabeis mejor que yo, el español ha sido bastante para todo; y no habria arrojo ni temeridad en afirmar, que ninguna faz del pensamiento humano haya carecido de medio alguno para palpitar entera, bajo formas claras y precisas, en los labios de un hombre que tenga la dicha de articular la lengua de Castilla. La mecánica, la física, en todos sus ramos, las ciencias naturales, la ideología, la lógica, la psicología y todos los ramos del saber, encuentran en su rico vocabulario un granero inagotable para formular sus ideas, sus hipótesis, sus teorías, sus doctrinas y sus leyes. Un lenguaje que se adapta perfectamente á las groseras aspiraciones del vulgo, y que alzándose por escala llega siempre fecundo hasta las regiones más elevadas de la metafísica; un lenguaje que tomando por base la expresion del sentimiento popular, asciende siempre con majestad y grandeza hasta entenderse con las infinitas sutilezas del alma y con la soberanía excelsa de Dios mismo, es, en

mi sentir, un lenguaje que ha alcanzado la educacion y perfectibilidad posibles sobre la tierra.

Comenzando á mediados del siglo XII, si el recuerdo de mis lecturas no me engaña, y viniendo hasta la época presente, podemos considerar y traer á la memoria esa pasmosa constelacion de claros ingenios españoles, que han venido cultivando el idioma español y formando con su labor infatigable el gran repertorio de nuestra biblioteca nacional. Mena, don Juan Manuel Gil Polo, don Alfonso el sabio, son los genitores preclaros de nuestra literatura; el chistoso Tirso de Molina, el dulcísimo Calderon de la Barca, el severo Mariana, el épico historiador Mendoza, el sensible Garcilaso de la Vega, el satírico Quevedo, don Estéban de Villégas el anacreonte peninsular, don Francisco Manuel Melo, don Tomas de Iriarte, Cadalzo, el vigoroso Moratin, el castizo Jovellanos, el conde de Toreno, don Manuel Godoy, Martinez de la Rosa, el duque de Rívas, don Mariano José de Larra, don José de Selgas, y ese simpático pseudónimo que corre por el orbe de las letras como Fernan Caballero, y mil más que hacen una lista interminable, lucen entre los sabios y entre los poetas como el sol en medio de su carrera.

Empero, señores, en un punto casi equidistante del principio y del fin de ese período, se destaca la figura descollante y egregia del mutilado de Lepanto, de MIGUEL DE CERVÀNTES SAAVEDRA, colocado en su pedestal de gloria como una atalaya permanente, ella es el faro brillante hácia el cual deben volver los ojos todos los que pretendan navegar por el mar inmenso de la literatura española, si quieren hallar puerto seguro para entrar felizmente en las tierras prometidas de la inmortalidad.

En efecto, el talento de Cervántes como escritor y como hablista, encierra en sí la expresion sintética de todo lo bello, de todo lo bueno y de todo lo útil en asuntos literarios.

Prescindiendo de las numerosas obras de aquel fecundo ingenio, sin traer á nuestra mente la memoria de sus comedias y de sus poemas pastoriles, fijémonos por un momento en ese inmenso libro, en ese libro monumental y eterno, nacido del fondo del alma de nuestro compatriota, y que anda por el mundo, conocido de todos, con el nombre de "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha".

Despues de las Sagradas Escrituras, libro admirable como la expresion de Dios, yo no conozco nada más alto, nada más excelso que el Quijote como la expresion del hombre. Con razon lo ha llamado álguien el Pequeño Evangelio de la humanidad.

La lengua de Castilla, divina en su orígen como toda concesion hecha por la Providencia al hombre, estuvo siempre sujeta á la intervencion dañina de varios elementos que amenazaban detenerla en su desarrollo y pureza. El latinismo primero, el culteranismo luégo y el abominable galicismo de la época presente, han venido, como jurados enemigos, manchando la limpieza y castidad de nuestro idioma. Cervántes, por disposicion que parece providencial, está ahí, de pié, como centinela vigilante, para dar la voz de órden y el grito de alarma á todos los que pretendan trasgredir las leyes establecidas por los grandes maestros. Tan cierto es esto, que yo considero como enteramente indigno de la gloria á todo el que, sea cual fuere su habilidad, se separe al escribir del

tono impreso al español por el sér privilegiado, cuya muerte conmemoramos hoy.

Por otra parte, si reflexionamos más sobre esa época de transicion y de anarquía, tanto en las costumbres como en las letras, en que se encontró el pueblo español al advenimiento de Cervántes, comprenderemos con infinita facilidad que la tarea tan felizmente ejecutada por él, de restituir á la lengua la vieja sávia que ántes la alimentaba, casi perdida ya; y la tarea no ménos fecunda de reformar con un solo golpe de pluma los hábitos, las costumbres y las maneras sociales, dan á Cervántes más que el tipo del genio el carácter de redentor. Por eso yo no quiero llamarlo simplemente genio, quiero llamarlo funcion providencial de su época.

El Quijote es un libro admirable por el donaire de la forma y por la intensidad del pensamiento. No habrá uno sólo de los que me oyen que deje de conocerlo; no habrá uno sólo que al leerlo, no haya admirado el certero criterio de Cervántes en el escrutinio de los libros de caballería andante; no habrá uno sólo que no haya gozado, al penetrar en los menudos detalles de la vida comun, de esa comedia humana, tan diestramente interpretados por nuestro sublime escritor; no habrá uno sólo que no haya percibido la maravillosa facilidad, con que sube aquel genio desde la narracion trivial de los consejos populares en la boca de los venteros, de los arrieros, de los campesinos, de las dueñas y de las rameras, hasta las alturas del estilo enfático, poético y florido con que describe la edad de oro, las excelencias de la poesía y el para siempre célebre discurso sobre la profesion de las letras y de las armas; no habrá uno sólo que no se sorprenda al ver la habilidad con que penetra en los repliegues del alma y en las variedades infinitas de los ecos de la pasion, cuando lea detenidamente la Historia del Cautivo, trozo en que el espíritu mismo de Cervántes exhala tristemente los acentos de sus acerbas penas personales. El dolor introdujo siempre su diente acerado y venenoso en aquella sensible organizacion; pero así debia ser, porque el dolor es la prueba de los grandes hombres, y si bien es cierto que frecuentemente mata y aniquila el cuerpo, con no ménos frecuencia purifica y engrandece el alma.

¿Y qué diremos de Cervántes, cuando introduce en sus narraciones al célebre escudero Sancho Panza? Mil veces he intentado creer que el verdadero protagonista del libro, es mas bien el escudero que el caballero. Me rindo, sin embargo, al querer del escritor; él hizo morir al hidalgo manchego, y con su muerte las órdenes de la andante caballería quedaron extinguidas. Sancho se quedó viviendo, y si no os parece temeridad os diré, que su prole se ha multiplicado y engrandecido prodigiosamente, haciéndose en cierta manera la señora del mundo. ¿No era Sancho el prototipo de la glotoneria y del egoismo? ¿Y no son el egoismo y la sensualidad el espíritu triunfante de la época? Por mi parte, yo querria que otro Cervántes viniera á dar el golpe de gracia á los poltrones y á los egoistas, porque así tendria el mundo el espectáculo de una nueva redencion.

Dije al principio que el nombre de Cervántes era inmortal, y que no le aplicaba otro epíteto que lo calificara mejor, porque no lo encontraba en la lengua castellana. Eso que dije, lo convierto ahora en una

fiarmacion perentoria, y para terminar voy á demostrarlo en breves y ocncisas palabras.

Supongo que la nacionalidad española desaparezca definitivamente; todo perece. Supongo que las republicanas de América tambien dejen de existir: todo muere. Supongo en fin, que la lengua española caiga en desuetud: todo es posible. Pero áun con tales suposiciones el nombre de Cervántes no morirá jamas, porque, vosotros lo sabeis, señores, todas las naciones cultas del mundo han recogido ese nombre y han traducido su libro, para conservarlo con el mismo cuidado y esmero, con que los sacerdotes de la antigüedad conservaban el fuego sagrado en sus altares. Se requiere, pues, para que Cervántes caiga en el olvido, que el ángel del juicio haga sonar la trompeta sobre todos los horizontes del globo, anunciando el aniquilamiento total de la humanidad.

He dicho.

POR ELLA.

POR HERACLIO URIBE E.

Despues que triste y en penosa ausencia
La amarga copa del dolor probaba,
El eco escucho de la voz que siempre
Partióme el alma.

Y aunque inflexible contra mí se muestra,
Aunque centellas de furor me lanza,
No sé que instinto protector me dice
Que no es ingrata.

Y que ella sabe que en mi pecho impera
Y que los lazos que á su vida me atan,
Lazos que dichas y dolor nos dieran,
Conserva mi alma.

Y que ella sabe que por ella sola
La vida llevo, que sin ella cansa,
Y que por ella los azares sufro
De la desgracia.

Por ella el ruido del cañon guerrero
Que la discordia con furor dispara,
Desprecio, y sigo sin temor el rumbo
Que honor me traza.

Por ella el señó del feroz tirano
Que vil oprime á mi querida patria,
Me avisa sólo que á las armas vuele
Y á la venganza.

Por ella aspiro á que en mi caro suelo
Impere sólo *Libertad* sagrada,
Y que el perjuro que las leyes viole
Sin vida caiga.

Rionegro-1835.

PEDRO J. BERRIO.

POR ABRAHAM MORENO.

Las calamidades sociales, como los infortunios domésticos, son el alerta que la Providencia nos da para que fijemos siempre la atencion en su Omnipotencia.

Nuestros dias felices corren como fugitivas sombras y los contamos por instantes; al paso que los de la adversidad se prolongan cual rio caudaloso, sin más término que el abismo insondable.

Si Dios nos hiere en medio de los goces, ó si interrumpe agradablemente nuestras penas, un mismo designio debemos atribuirle; porque ¿quién es el hombre para oponer su débil razon á la Sabiduría del Creador?

Estas son las reflexiones que nos hacemos al meditar en las vicisitudes que han agitado á nuestra Patria en los últimos quince años; al recibir los duros golpes de la fortuna, ó al presenciar alguna calamidad pública.

Entónces recordamos, con dolor, cuántas cosas y cuántas instituciones santas, ha arrastrado en pos de sí el turbion revolucionario; cuántos hombres ilustres ha cubierto el polvo del olvido; y, sobrecogidos de terror, nos parece ver á la sociedad amenazada de grandes catástrofes.

Al presente nos traen conturbados tristes é inesperados sucesos: todavía la Iglesia antioqueña llora la muerte reciente de su sabio y bondadoso Prelado, cuando la eternidad abre su inmenso y misterioso seno para recibir el espíritu de un ciudadano, distinguido entre los notables, por relevantes dotes.

Queremos hablar del hombre eminente, cuyo nombre hemos colocado al frente de estas líneas, y que despierta en nuestra alma diversas emociones, segun la época á que refiramos nuestras reminiscencias. Unidos á él por los vínculos de una amistad de muchos años, nunca interrumpida, y asociado nuestro nombre á casi todos los actos de su vida pública, no somos quizá los más imparciales para escribir su historia; pero el santo fuego de la gratitud, que arde vivazmente en nuestro pecho, y el amor á la Patria, nos impelen, ya que no nos autoricen, á emprender un trabajo superior á nuestras facultades.

Así, pues, sin pretender el título de literatos, vamos á trazar sencillamente un boceto biográfico del hombre que creó la época más honrosamente notable del Estado de Antioquia, y que supo dar á éste respetabilidad en el interior, y renombre aun más allá del Océano.

El 28 de mayo de 1827 vió la luz Pedro Justo Berrío, bajo el espléndido horizonte de la ciudad de Santa Rosa de Osos. Sus padres, señores Lorenzo Berrío y Juliana Rójas, se distinguieron más por su honradez, sus sencillas costumbres y su laboriosidad, que por la elevacion de la alcurnia y por el brillo de la riqueza, vana aquella y perjudicial ésta, cuando no se hallan apareadas con la sólida virtud. Ese matrimonio patriarcal, feliz en la oscuridad de su morada, se afanaba por dar piadosa educacion á su hijo, deber sagrado que con tanto desden se mira en estos tiempos.

Los inolvidables dias de la infancia corrieron brevemente para Pedro Justo, al suave calor de su modesto hogar, recibiendo de los autores de su existencia las primeras nociones en la carrera de las letras, por la cual mostró predileccion desde edad muy temprana.

A la de diez y seis años fué matriculado en el Seminario de Antioquia, dirigido á la sazon por el meritísimo é ilustrísimo señor Obispo doctor Juan de la Cruz Gómez Plata. El nuevo alumno de aquel Instituto, que tan importantes hombres dió á la Iglesia y al Estado, sobresalió pronto entre sus condiscípulos y se captó las simpatías de los superiores, por su madestia, por su aplicacion, por la claridad de su talento y por su moralidad. El señor Gómez Plata, ilustrado y prudente como era, no prodigaba su afecto ni sus elogios sin discernimiento, y por ésto estimamos como recomendacion óptima del jóven Berrío, el cariño y las distinciones que le dispensó aquel Prelado.

Con tan buenos auspicios hizo lucidos cursos de Filosofía, Teología y Cánones, y parte del de Jurisprudencia, en el espacio de siete años. De los claustros del Colegio pasó á su suelo natal, y allí se dedicó á la práctica forense: algunos meses despues siguió para Bogotá, y en aquella ciudad terminó el estudio de la Jurisprudencia, coronando su carrera de ámbos derechos con los grados académicos, obtenidos en mayo de 1851.

A su regreso continuó nutriendo su espíritu con el estudio y la lectura, y se dedicó por algun tiempo á la enseñanza en el Colegio de Zea, que contribuyó á fundar en Santa Rosa.

En el Circúito judicial de este nombre, ejerció la abogacía con acierto y honradez, sin que nunca procurase obtener ventajas por medios reprobados. Entre sus trabajos notables conocemos la brillante defensa que en 1853 hizo del señor presbítero González, hoy dignísimo Obispo de Antioquia, en la causa que á éste se siguió por haber leido en el púlpito una encíclica del Santo Padre, condenatoria de ciertas leyes que atacaban los derechos de la Iglesia. Obtuvo con esa vigorosa defensa, en la que empezó á sobresalir su carácter independiente y firme, la absolucion de su cliente, á despecho de las pasiones de la época.

Consagróse tambien al comercio, y la holgada fortuna que él le procuró estuvo sin reserva á disposicion de sus amigos.

Jamas, ni aun en la fogosa edad de la juventud, se apartó de la rigidez de costumbres que observó en toda su vida, y que le atraian el respeto de cuantos le rodeaban.

En la sociedad doméstica concentraba él todas las delicias de su vida, y creyó llegar al colmo de sus modestas aspiracianes, cuando, en mayo de 1858, contrajo matrimonio con la noble y respetable señora

doña Estefanía Díaz. Pero el curso de los acontecimientos lo llevaba forzadamente á otros destinos.

En el año de 1854 continuó esa serie de servicios patrióticos y desinteresados que constituyen el mérito sobresaliente del doctor BERRÍO, y que ya desde 1851 habia empezado á prestar á la causa de sus convicciones políticas, sometiéndose á las rudas fatigas del soldado. Contribuyó en aquel año á restablecer el imperio de la Constitucion, conculcada el 17 de abril por medio de un golpe de cuartel.

Reintegrada la Provincia de Antioquia, por la consolidacion de las tres en que ántes estaba dividida, fué uno de los miembros más conspícuos de la Legislatura Constituyente. Desde 1856, en que fué creado el Estado del mismo nombre, concurrió á las Legislaturas sucesivas hasta 1862.

Fué representante al Congreso nacional por este Estado en 1856 y 1857.

En los cuerpos colegiados no brilló ciertamente, el doctor BERRÍO, por la elocuencia de sus discursos, ni por esa intemperancia en el uso de la palabra que es el resabio incurable de nuestros legisladores; pero sí se distinguió por la rectitud de sus juicios y por el acierto de sus votos, los cuales emitia siempre con independencia y madurez.

En el mil veces funesto y deplorable año de 1860, en que principió la cruenta lucha que por tres años devastó los hermosos campos de la Patria, el doctor BERRÍO no vaciló un instante en abandonar las comodidades de su casa, para consagrar su inteligencia y su brazo á la República, gravemente herida.

Organizó en el Departamento del Norte varios cuerpos de tropa que en los diferentes campos de batalla á que él mismo los condujo, se distinguieron por su disciplina y su valor. Sobresalió por actos de arrojo en los dos asaltos que, con escasos elementos y reducido número de tropa, dirigió contra las fortificaciones que ocupaban en las inmediaciones de Anorí las fuerzas invasoras del Estado de Bolívar. Nosotros pudimos admirar en aquellas difíciles emergencias, la fuerza de voluntad de nuestro amigo, quien aun en los mayores peligros alentaba al soldado con festiva familiaridad, dando el raro ejemplo de tomar para sí lo peor de la tarea.

Aquellas audaces acciones le atrajeron merecido renombre, y por esto el Poder Ejecutivo, justo apreciador del mérito, en decreto de 23 de agosto de 1861 decia: "atendiendo á que el señor Comandante Pedro J. Berrío ha prestado al Estado grandes é importantes servicios en la actual contienda, desempeñando con la mayor lealtad y patriotismo las graves comisiones y encargos que se le han encomendado, se le nombra Coronel de las milicias del Estado, y se le encarga del mando militar de los Departamentos de Santa Rosa y Amalfi".

Con tal carácter continuó ejecutando activas y acertadas operaciones y contribuyó eficazmente al triunfo de las armas constitucionales el 14 de enero de 1862, en la memorable jornada de Santo Domingo.

El Coronel BERRÍO no ceñia nunca espada, ni ostentaba uniforme ni divisa de ninguna especie, ni conocia las evoluciones militares, ni habia estudiado la táctica; pero era admirado por su serenidad y por su atrevimiento en los más serios conflictos. Su valor reflexivo le permitia medi-

tar acertados planes que ejecutaba sin vacilacion, cuando le tocaba obrar bajo su responsabilidad. Como subalterno, obedecia las órdenes superiores, aunque no estuviesen en acuerdo con su modo de pensar, y si alguna vez las censuraba, llevado de su natural impetuoso, jamas iba hasta la insubordinacion.

Terminada la terrible lucha y sometida la Nacion á la ley del vencedor, el doctor BERRÍO no pensaba sino en volver á sus pacíficas tareas; pero, como sucede siempre que los gobiernos no se apoyan en la justicia del derecho y en el pedestal de la opinion, los nuevos mandatarios dieron en perseguir y vejar a los ciudadanos que más se habian distinguido por su adhesion al régimen anterior.

Despojada de sus mas preciosos derechos una gran mayoría del Estado, le fué forzoso recuperarlos, ocurriendo al doloroso extremo de las armas. Aunque el doctor BERRÍO conceptuó inoportuno el movimiento se vió compelido á secundarlo, cuando se convenció de que le era imposible detener á sus copartidarios. Con la gente que pudo reunir en Santa Rosa se dirigió hácia esta capital, á la cual se avistó, sin tener en cuenta la escasez de sus recursos militares. Conocida es su célebre retirada del Venteadero y la série de evoluciones estratégicas con las que logró desconcertar á su adversario, superior en número y en elementos á los de sus soldados, extenuados por la fatiga de una penosa marcha. Encamínóse hácia Angostura, cuando el Jefe que lo perseguia, creyendo que seguia sus pasos, ocupaba á Yarumal. Entónces el Coronel BERRÍO emprendió la ofensiva, y el 2 de enero de 1864 acometió á las fuerzas del Gobierno en éste lugar, atrevida é impetuosamente, sin darles tiempo á reconocer á un enemigo que creian desbandado. Veintiocho minutos bastaron al caudillo restaurador, para obtener uno de los triunfos más espléndidos que cuenta la historia de nuestras lamentables discordias civiles.

Concluida la campaña, con la no ménos notable batalla del Cascajo, librada el 4 de enero de dicho año, la reaccion quedó consumada; y seguidamente el Ejército y el Pueblo, por unánime inspiracion, proclamaron al Coronel BERRÍO Jefe civil y militar del Estado de Antioquia.

Hasta aquí, hemos visto en el doctor BERRÍO, caracterizados al buen ciudadano y al hombre de genio militar. En adelante lo encontraremos, ademas, como Magistrado civil, descollando en el bufete por elevadas dotes.

En su primer decreto, expedido con el carácter de Jefe Supremo (10 de enero de 1864) organizó provisionalmente el Gobierno, y declaró que el Estado de Antioquia continuaria formando parte de la Union Colombiana, conforme á la Constitucion nacional, con lo cual empezó á dar seguro rumbo á la nave del Estado.

Consagróse, desde luégo, al desarrollo de un sistema de administracion verdaderamente liberal, mirando ante todo al afianzamiento de la paz, tan indispensable como precaria en aquellos momentos.

La situacion era en verdad delicada: el Gobierno general tenia á su disposicion un ejército aguerrido y victorioso, que acababa de

triunfar del Ecuador en Cuaspud La República estaba sometida á la dura ley del vencedor, quien naturalmente no toleraria—era de suponerlo—la nueva actitud asumida por un Estado esencialmente conservador; y los partidarios del régimen anterior, los liberales de accion de todas partes, pedian la guerra contra Antioquia y acumulaban, para ello, toda clase de elementos.

Entre tanto el Gobierno del doctor BERRÍO, movia todos los resortes aconsejados por una política hábil y digna, ya dirigiéndose á los altos poderes federales, ya á los gobiernos de los Estados, en términos comedidos pero enérgicos, para conseguir que se reconociera el derecho con el cual Antioquia habia reivindicado la plenitud de su soberanía.

No fué menor el trabajo que empleó en calmar la impaciente aspiracion de sus copartidarios, quienes sin conocer á fondo la situacion del país, querian lanzarse á conquistas bélicas.

Serenada la tempestad con el reconocimiento del nuevo régimen, mediante los esfuerzos de los buenos hijos del Estado, tan diestramente dirigidos, su experto piloto se consagró al cumplimiento leal de las promesas que habia hecho al Gobierno general para obtener aquel acto de justicia.

Dió una espléndida prueba de valor civil y de confianza en la opinion, licenciando inmediatamente el ejército, sin dejar un solo hombre sobre las armas, á despecho de muchos que juzgaban peligrosa y aun imprudente la medida. Su presencia de ánimo calmó el temor de unos y el ardor de otros, no sin un grande esfuerzo de su parte para conseguirlo.

Se mostró tolerante y magnánimo, concediendo una ámplia amnistía y prohibiendo todo género de procedimientos por compromisos políticos, sin preocuparse por pueriles temores de conspiracion.

Si hasta entónces, en ejercicio del omnímodo poder de que estaba investido, dictó algunas medidas vigorosas, imprescindibles en una época anormal, para la seguridad comun, de allí en adelante se despojó de aquel poder voluntariamente, restableciendo las garantías individuales. Convocó una Asamblea constituyente, que debia ser elegida por el voto libre de todos los ciudadanos, y reunirse dentro de breve tiempo; prohibió las exacciones forzosas y dió cuantas disposiciones fueron necesarias, para establecer la concordia y hacer efectivos todos los derechos.

Con semejante política no podia ménos de fundarse la paz, como se fundó, en efecto, sobre bases sólidas. Las elecciones se efectuaron en la más completa calma y con entera libertad. La Asamblea constituyente se instaló el 15 de junio, y el doctor BERRÍO se apresuró á resignar en ella el mando, con ánimo decidido de no continuar en él.

La Asamblea, le nombró por *unanimidad* de votos Gobernador provisional del Estado, y previendo su negativa, eligió una comision encargada de comunicarle el nombramiento y de significarle los vivos deseos de que á este respecto estaba animada aquella Corporacion. Desde luego manifestó resueltamente el doctor BERRÍO, su firme propósito de no continuar ni un dia más en el poder, expresando un profundo agradecimiento por la distincion que se le hacia. Porfiada fué la lucha que con él sostuvo la comision para decidirlo, y cuando se declaró vencido, en fuerza de las razones y encarecidas instancias de és-

ta, las lágrimas brotaron de los ojos de aquel; emocion significativa de la inmensidad del sacrificio á que se le obligaba. Parece que su magnánimo corazon presintiera en aquellos momentos, que la promesa que se le arrancaba lo habia de encadenar por el resto de sus dias á ese "potro de tormentos" como él denominaba el Gobierno.

Las votaciones populares para Gobernador del Estado debian efectuarse en 1865, conforme á la Constitucion expedida por dicha Asamblea. Se verificaron, en efecto, en medio de la calma y de la regularidad más completas, y el doctor BERRÍO, único candidato que apareció en la liza eleccionaria, resultó favorecido por la casi totalidad de los votos de los ciudadanos, que en gran número concurrieron á las urnas.

Él no pudo en esta vez oponerse al torrente de la opinion pública, que exigia todavía el concurso de su patriotismo y de su tino político para continuar encaminando al Estado por la segura senda del progreso. Se necesitaba que diera consistencia y desarrollo á las nuevas instituciones, y que con su prestigio asentase sobre bases sólidas la paz, tan apetecida y todavía tan incierta.

El 7 de agosto de aquel año, tomó posesion de la Gobernacion del Estado, para el primer período constitucional. En su discurso de recepcion expresaba bien la tortura en que se hallaba:

" A mí, decia, se me hizo el alto honor de nombrarme Gobernador; tomé posesion del destino, y creia que cumplido el período señalado, yo podria recuperar mi tranquilidad perdida y volver al seno de mi familia á gozar de las delicias del hogar doméstico, y que no tendria que sufrir más las amargas penalidades que son inherentes al empleado público que quiere cumplir con sus deberes, teniendo por norma de su conducta la justicia y la conveniencia pública.

" Esto pensaba ; pero gozando de la confianza de mis conciudadanos, favorecido todavía inmensamente con ella, y sin haber terminado el plan propuesto para afianzar la libertad del Estado, lo confieso con toda franqueza, mi amor propio sufriria, si voluntariamente me retirase desde hoy."

Franqueza digna de todo elogio, que muestra las rectas intenciones de que estaba animado, y su inquebrantable voluntad para hacer el bien.

La desconfianza con que era mirado el Estado de Antioquia por el Gobierno nacional y por los de los otros Estados, creyéndolo siempre el centro de conspiraciones del partido conservador; no ménos que la esperanza que abrigaba éste, que de aquí saldria su redencion, mantenia en excitacion los ánimos y en constante tortura al hombre que conservaba, por decirlo asi, el peligroso equilibrio de la situacion.

El haber podido sostener ésta, sin dar un motivo fundado de queja á sus adversarios por violacion del compromiso contraido con el Gobierno colombiano, y sin perder, por otra parte, el prestigio entre sus copartidarios, es uno de los timbres que más enaltecen el tacto político del doctor BERRÍO.

Llegó el año de 1867, que el destino tenia señalado para someter á una terrible prueba á la Nacion, y para mostrar todo lo que pesaba en

la balanza política un Estado como el de Antioquia, teniendo á su frente un caudillo como el doctor BERRÍO.

El voluntarioso Presidente de la República habia pretendido, desde fines del año pasado, que se celebrase un plebiscito, por medio del cual los pueblos le confirmasen sus poderes; y despues de su desacuerdo con el Congreso, expidió su alarmante proclama de 13 de febrero, dejando conocer la gravedad de los planes que meditaba. Insidiosamente quiso luego adormecer, ó atraer, á los Gobiernos de los Estados por medio de notas insinuantes..

El de Antioquia se limitó, por entónces, á avisar recibo de estas y á rechazar moderadamente las ideas que ellas contenian. Pero llegó un dia, el 29 de abril, en que el General Mosquera obrando francamente asumió la Dictadura, y era ya preciso tomar algun partido.

En el mismo instante en que el Gobernador de Antioquia, recibió tan infausta noticia dió el grito de alarma en su célebre proclama de 10 de mayo, que como una chispa eléctrica inflamó de tal manera el patriotismo de los antioqueños de todas las parcialidades políticas, que en pocos dias se organizó y equipó un ejército de cerca de 6,000 hombres.

"Ese documento (decia entónces un malogrado jóven liberal), capaz por sí solo de distinguir la administracion actual en los anales políticos de Antioquia, apareció en el instante más oportuno, revestido con las galas de la causa constitucional, escrito en el idioma enérgico de la verdad y apoyado en el voto unánime de los antioqueños."

La actividad y energía desplegadas en esas circunstancias por el doctor BERRÍO, contrastaban con la conducta observada por los demas Jefes de los Estados, los cuales ó apoyaban la Dictadura, ó se limitaban á estériles manifestaciones de simpatía por la causa constitucional, ó guardaban una neutralidad sospechosa.

Antioquia, segun hemos visto, se levantó como un solo hombre, y su sacudimiento conmovió hasta las más remotas extremidades de la República.

Sin esa imponente actitud la caida del usurpador no habria sido tan pronta; la guerra, por consiguiente, habria sido inevitable, y quién sabe si la Dictadura estuviera todavía triunfante.

Pero el doctor BERRÍO no se limitó á lo que llevamos dicho, sino que extendió su influencia fuera del Estado. Él envió un comisionado especial á los Estados del Atlántico, donde la Dictadura tenia mucho séquito; y este comisionado contribuyó poderosamente al sometimiento de la fuerza que mandaba el General Rudecindo López, y logró celebrar un convenio de paz con el Gobierno de Bolívar, tambien adicto á la revolucion oficial. Él se dirigió á los Jefes de los demas Estados para animarlos á contribuir al restablecimiento del órden, inspirándoles confianza en sus leales palabras. Y por último, movilizó el ejército del Sur hácia la capital de la Union; dando una prueba de sumision, al hacerlo regresar á virtud de la órden que recibia del Designado que el 23 de mayo se encargó del Poder Ejecutivo.

Este año lo terminó con un acto que prueba sus miras elevadas y sus sinceros esfuerzos por cimentar la concordia sobre bases sólidas. Hablamos del convenio de paz, amistad y comercio que

celebró en la villa de María con el Presidente del Cauca, por medio del cual se restableció la cordialidad entre los dos Estados y se inició una política civilizada y cristiana, armonizando los intereses de las partes contratantes.

La última proclama del Gobernador de Antioquia, referente á los pasados sucesos y al convenio enunciado, contiene estos conceptos notables:

"¡Qué hermoso espectáculo habeis ofrecido en esta vez! Confundidos todos los colores políticos bajo una sola divisa, la divisa de la República, os habeis estrechado como hermanos el dia en que visteis en peligro las instituciones libres, conquistadas con la sangre de nuestros padres. La opinion fué unánime, y sea dicho para honor de vosotros, y para orgullo del que habeis puesto al frente de vuestros destinos, ni un solo antioqueño se atrevió á manifestar simpatías por la causa de los usurpadores .....

"El año de 1867 va á desaparecer. La aurora del de 1868 será una aurora de paz, que con sus vivos resplandores y con su vivificante frescura nos anunciará dias de bonanza, siempre que estemos alerta para conservar estos dos inestimables dónes: Libertad y Orden."

La conducta patriótica y leal del doctor BERRÍO en las emergencias de 1867 le valió, sin duda, el nombramiento que le hizo el General Sántos Gutiérrez para desempeñar la Secretaría del Tesoro y Crédito nacional, cuando en abril de 1868 se hizo cargo este ciudadano de la Presidencia de la República. El doctor BERRÍO no aceptó el portafolio; pero continuó mereciendo la confianza y las consideraciones del Gobierno nacional.

No obstante, cuando el General Gutiérrez abandonó la honrada línea de conducta que se trazó al principiar su administracion, y cometió un escandaloso atentado contra la soberanía del Estado de Cundinamarca, el Gobernador de Antioquia fué el primero que se apresuró á protestar enérgicamente contra él. En nota de 27 de octubre manifestó al Presidente de la Union, con la entereza que acostumbraba y con libertad republicana, sus opiniones y deseos con respecto á ese atentado.

Bajo el influjo de la penosa situacion que habia creado el funesto acontecimiento del 10 de octubre, se verificaron en 1869 las votaciones para la Presidencia del Estado, y los pueblos que de antemano se habian fijado en el doctor BERRÍO, lo volvieron á favorecer con sus sufragios para aquel puesto.

Acaso en esta ocasion no hubiera convenido políticamente al doctor BERRÍO, ceder al favor popular, pero es preciso reconocer que una fuerza irresistible encadenaba su voluntad y lo obligaba á un sacrificio superior á los que hasta entónces habia hecho, segun lo dejó comprender en su discurso inaugural de 1869:

"Conozco, decia, que consultando mis intereses, yo no debiera atender al llamamiento que se me ha hecho; pero parece que el hombre, aunque dueño de su libertad, tiene á veces qué seguir un camino que no está de acuerdo con su voluntad."

Ademas, un gran pensamiento acariciaba tiempo hacia el doctor Berrío, al cual no le habian permitido dar desarrollo las complicaciones políticas. Frecuentemente nos decia: "Nada habrémos hecho de positivo provecho para el Estado, miéntras no lo pongamos en inmediata comunicacion con el extranjero, por medio de un camino á la altura de las necesidades de la época. El renombre y las glorias militares ó políticas pasan fugazmente, y solo queda lo que contribuya al bienestar moral y material de los pueblos. Nada justificaria la exaccion de las contribuciones existentes, si no se empleasen en el fomento de esos grandes intereses. Me encuentro, pues, comprometido á poner por obra aquel camino y á llevarlo á un punto en que sea imposible dejar de continuarlo despues de mi Administracion".

Despues de varias exploraciones y de un meditado estudio, el Gobierno expidió su memorable decreto de 14 de febrero de 1871, disponiendo la apertura de un camino carretero al Magdalena, convencido como estaba de la imposibilidad de conseguir, en mucho tiempo, los grandes recursos que se calculaban necesarios para un ferrocarril.

Al servicio de la carretera puso el doctor Berrío su incontrastable energía, su valor moral, y todos los recursos del Estado, sin pararse en pequeñas consideraciones. Para apreciar debidamente la medida de que nos ocupamos, seria menester estar al corriente, como lo estamos nosotros, de todas las contrariedades, obstáculos, censuras é intereses egoistas que hubo de arrostrar el doctor Berrío, los cuales no amilanaron ni por un momento su ánimo levantado.

Aunque emprendió con entusiasmo la carretera, no desechaba el pensamiento de trasformarla en ferrocarril, llegado el caso, bien que como hombre de accion más que de palabras, no queria desprestigiar con vacilaciones su obra; y por esto, sin darle de mano, contribuyó á la venida del Ingeniero, señor Cisnéros, con quien el Gobierno actual celebró el importantisimo contrato para la vía férrea que está en ejecucion.

Debe, pues, Antioquia al Gobierno del doctor Berrío un justo homenaje de gratitud por haberlo colocado resueltamente en la senda del progreso, y haber dado seguro rumbo á la empresa que producirá por resultado indeclinable el ferrocarril al Magdalena, sin cuya obra nuestro adelanto en la vía de la civilizacion será enteramente nulo, pues, como decia él mismo á la Legislatura de 1871: "Antioquia, más que cualquier otro Estado, necesita de buenos caminos que le abran las puertas del comercio del mundo; y por cobardía ó timidez en buscar salidas para nuestros productos, no debemos permanecer indiferentes á ese admirable movimiento industrial que vence todo obstáculo y engrandece las naciones. Dentro de 25 ó 30 años serémos el pueblo más pobre de la tierra, si no hacemos esfuerzos por conseguir buenas vías de comunicacion."

Débese á la Administracion del doctor Berrío la Escuela de Artes y Oficios, primer establecimiento de su clase que se ha creado en el Estado, para cuya realizacion le fué preciso vencer mil preocupaciones y luchar con la interesada grita de ciertos gremios que se creian perjudicados. Despues se han convencido sus mismos enemigos, de que es este uno de los más benéficos institutos, y de los que más gloria dan á su fundador.

El Hospital de caridad del Estado, casi arruinado cuando se inauguró el Gobierno del doctor Berrío, vino á ser por sus reiterados esfuerzos, el mejor de la República.

El telégrafo eléctrico, los edificios públicos, los puentes y tantas otras obras de adorno y utilidad, son monumentos que testifican el grado de adelanto á que nos condujo la Administracion del doctor Berrío.

La instruccion pública fué otro de los ramos á que consagró gran parte de sus desvelos, con una constancia y un éxito digno de los mayores elogios. Díganlo sus importantes y bien concebidos decretos de Plan de estudios y orgánico de la instruccion primaria, que tan copiosos y saludables frutos han producido. Díganlo el brillante estado en que dejó la Universidad, en la cual regentó algunas clases, á pesar de sus ocupaciones; y la lucida juventud que allí se educa con tan buen éxito. Dígalo el profundo dolor que su muerte ha causado en los alumnos de ese plantel, quienes lo han manifestado noblemente, como solo sabe hacerlo el corazon juvenil, repleto siempre de generosa lealtad. Díganlo la Escuela de Artes y Oficios, refugio de los pobres hijos del pueblo, y las Escuelas normales, recurso de todos los pueblos pobres. Díganlo 485 establecimientos de educacion, que existian el dia en que dejó el Gobierno, á donde concurrian á nutrir su espíritu 21,461 alumnos de uno y otro sexo, cuando en los primeros años de su administracion sólo se contaban 204 de esos planteles con 7,758 alumnos.

Todavía despues de terminado su período presidencial, y por el espacio de un año, continuó el doctor Berrío prestando importantes servicios como Rector de la Universidad, con tino y lucimiento, dando así una prueba de su amor á la ilustracion y de la predileccion que en todo tiempo le mereció la juventud estudiosa.

El Poder judicial en todo país verdaderamente civilizado, es la salvaguardia de las instituciones y el regulador de las relaciones entre gobernantes y gobernados. Sobre su augusta mision y su impasible sabiduría reposan la seguridad personal y la propiedad privada. El doctor Berrío comprendia esto perfectamente, y por lo mismo guardó constante y severo respeto por la inmunidad de los Jueces y Magistrados; y tanto era lo que acataba su independencia, que ni aun en los asuntos judiciales en que estaba interesado el Estado se ingeria, directa ni indirectamente, siquiera fuese para lo que le era lícito como gobernante. Él sabia muy bien que, segun la máxima de Montesquieu, no hay libertad en donde el poder judiciario no está separado del ejecutivo y del legislativo; y que el Gobierno será opresivo allí donde la administracion de justicia depende del capricho ó del favor, de la voluntad de los gobernantes, ó de la influencia de la popularidad. Por esto, una de las cosas que más honran á Antioquia es la proverbial integridad del Poder judicial; y merece por tanto, un profundo reconocimiento el Magistrado que contribuyó á rodearlo de prestigio. Con sobrada razon el digno Tribunal Superior del Estado en su informe á la Legislatura de 1873, cuando ya nada tenia que esperar del doctor Berrío, se expresó en términos sumamente honrosos para éste y para todos los empleados generales del Estado.

Fiel el doctor Berrío á sus severas máximas de moralidad y órden, fué infatigable apóstol de estos dos elementos de bienestar social, como

gobernante. Persiguió la vagancia y todos los vicios que de ella se derivan, sin consideraciones de ninguna especie; y fué el brazo fuerte de la justicia para el castigo de los criminales, aun sacrificando los afectos del corazon.

Con laudable constancia se dedicó á la mejora de los caminos públicos: no hay uno solo de éstos que no hubiera recibido importantes reformas, ya decretadas directamente por el Gobierno, ya efectuadas á virtud de sus repetidas órdenes é instrucciones.

El establecimiento de la importante y benéfica institucion del Banco de Antioquia, se debe en mucha parte á la influencia del doctor Berrío. Con razon la Asamblea general de accionistas le hizo el honor de nombrarlo su Director, al descender del solio presidencial.

En suma: no existe hoy en Antioquia obra de progreso, empresa de importancia á que no esté asociado el nombre del doctor Pedro Justo Berrío.

Hemos presentado á este benemérito ciudadano con títulos bastantes para merecer la estimacion pública, que nadie podrá negarle, sin estar cegado por la pasion: modelo del buen hijo, del buen esposo, del buen padre de familia; ciudadano patriota y abnegado; militar experto y valiente; legislador prudente y sesudo; Magistrado incorruptible, y político de gran tino. Tantas cualidades unidas á un continente grave y meditabundo, á un carácter impetuoso, aunque circunspecto, á un corazon generoso y expansivo, revelaban una alma hecha en el molde de las de los hombres de genio. Lo comprobó así en su corta pero brillante carrera pública, durante la cual no desmintió su indomable energía; luchando por el triunfo de ideas fijas, se elevó sucesivamente á una altura á la que pocos han llegado en este país. Si tratásemos de compararlo con algun personaje histórico, diriamos que relativamente tuvo rasgos de analogía con Abraham Lincoln, célebre Presidente de la Union Americana, del cual se ha dicho lo siguente, * que podemos aplicar al doctor Berrío como el compendio de su biografía:

"La grandeza de Mr. Lincoln no consistió tanto en sus talentos, que no eran tan brillantes cuanto sólidos; ni en su educacion que fué descuidada como la de todo hombre que, como él, nace y crece en el seno de la pobeza; ni en la sagacidad del político, ni en la audacia del tribuno ó del reforrmador, sino en la fortaleza de su buen sentido, en la firmeza de su carácter, en el instinto con que supo adivinar el genio y las tendencias de su su pueblo, en su patriotismo nunca desmentido, en la honradez genial de su carácter, aplicada á la solucion de las dificultades y en la calma serena de su espíritu, que sabia seguir sin ofuscarse el hilo de los acontecimientos, proporcionar los esfuerzos á la magnitud de la crísis y dar á la causa de una idea abstracta todo el interes del entusiasmo y de la pasion.

"Su principal grandeza consiste en haber sabido elevarse sucesivamente del campo estrecho de las elucubraiones de un abogado, á la inmensidad del teatro de pasiones, intereses y creencias encontradas, que se desarrolló casi súbitamente á sus ojos en el devorante incendio de la guerra civil."

* En "La Opinion" por S. Camacho Roldan.

El corazon sensible del doctor Berrío fué cruelmente atormentado por los sufrimientos domésticos. Miéntras estuvo consagrado á las faenas del Gobierno, la muerte le arrebató á su venerada madre, á su hija primogénita, encanto de sus dias bonancibles, á dos de sus bondadosas hermanas .... y para colmo de desdichas, cuando apénas se habia retirado á disfrutar de las delicias del hogar, perdió inesperadamente á su inmejorable esposa; rudo y terrible golpe al cual le fué imposible sobrevivir. Él lo presintió así, cuando en un rapto del dolor que le causó la cercanía de tan funesta catástrofe, prometió á la fiel compañera de sus dias que pronto la seguiria en el viaje á la eternidad.

Los grandes dolores son para el hombre honrado un crisol que lo depura y lo acerca más á su Criador. Por eso creemos que el doctor Berrío presentia su último fin, cuando á pocos dias de su inmensa desgracia nos escribia lleno de cristiana resignacion:

"Perdí una esposa querida, inmejorable, y he quedado aturdido y como sumido en un abismo espantoso. Desgracias grandes he tenido en los últimos siete años, pero la presente sobrepuja á todas. La vida no puede tener atractivos para mí, y aunque acato humildemente los decretos del Omnipotente, es mucho lo que sufro! Cuando yo proyectaba planes de felicidad, retirándome de esos ingratos puestos públicos y consagrándome al hogar, Dios tenia resuelto otra cosa!"

Tantas penalidades, unidas á los amargos desengaños que debe esperar siempre quien baja del poder, en cuyo camino se quedan cansados tantos amigos, contribuyeron sin duda á reagravar sus males físicos, contraidos en las fatigas de la vida agitada de la política, y aceleraron su fatal desenlace.

Y el 14 de febrero de 1875 á las 6 de la mañana, la mano que ántes empuñó vigorosa las riendas del Gobierno de un importante Estado, sostenia apénas el signo precioso de la Redencion; la cabeza que hasta aquel instante se mantuvo erguida, se doblegaba como una débil espiga; el corazon que ántes latia de entusiasmo por la Patria, se hacia apénas sensible en cansadas, interrumpidas pulsaciones .... Y los amigos y las matronas piadosas unian sus plegarias, en pavoroso y tétrico silencio, á las del sacerdote .... Era que ya se apagaba una existencia preciosa; era que pocos instantes despues habiamos de tener la acerba pena de recibir el postrer aliento del doctor Pedro J. Berrío, cuya alma, protegida por los últimos consuelos de nuestra adorable Religion, voló á trasfundirse en el seno del Eterno.

Medellin, febrero 25 de 1875.

A UNA AMIGA.

POR RICARDO LOPEZ C.

Ay! hace tiempo que cantarte quiero,
Mas no he encontrado notas para ti;
Y al consagrarte mi cantar primero,
No hallo acento bastante lastimero
Que exprese lo que tengo que decir.

Yo sé llorar, mas todo el mundo llora;
Sé lo que saben todos: suspirar. ..
De algo más grande necesito ahora!
Y en la insaciable sed que me devora,
Victima soy de languidez mortal!

Ni suspiros ni lágrimas mitigan
De tu pecho el amargo sinsabor;
¿Y qué hallarás donde tus pasos sigan?
Corazones tal vez que te bendigan
Porque sientan, al verte, compasion....

Pero no más, porque impotente el mundo
Para aliviarte como yo será!
Tras la rápida risa de un segundo,
Vendrá un año de llanto gemebundo
De indecible, tristísima ansiedad!

Y si brilla en tus labios y en tus ojos
Un momento aparente animacion,
Son entónces más graves tus enojos,
Más punzantes del pecho los abrojos,
Más intenso tu amargo torcedor!

Si el que en medio de espléndida riqueza
Ve postrarse á sus piés la multitud,
Y sumisos al borde de su mesa
Los que llevan escudos de nobleza,
No es bastante feliz; ¿lo serás tú?

Tú que has visto la luz de la esperanza
Apagarse al furor del vendaval,
Y no alcanzas á ver en lontananza
Un preludio siquiera de bonanza
Que de tu alma la sed venga á templar!

Tú que valiente y resignada y pura,
Quieres que el mundo ignore tu afliccion;
Quieres sola llorar tu desventura;
Y al apurar la copa de amargura
Manifiestas que es dulce su sabor!

Y cuando estrechan tus maternos brazos
A los que alegres miras sonreir,
Hijos que son " del corazon pedazos "!
Y los hallas opresos en los lazos
De la red misma que te envuelve á tí;

¿Quién al tósigo cruel que te envenena
Un nombre suficiente le dará?
¿Qué poeta tendrá bastante vena
Que pueda al ménos tan intensa pena
Con pálidos colores bosquejar?

Dirán que sufres, que eres desgraciada,
Que mueres de dolor.... poco decir!
Si siempre has de vivir acongojada,
Si siempre has de vivir desesperada,
Un bien será la muerte para tí!

Mas tú tan tierna, espiritual y hermosa,
Por qué viniste al mundo á padecer?
Ay! tú tan digna de vivir dichosa,
Una vida tan triste y pesarosa,
Por qué en el mundo llevarás, por qué?

Dó está la caridad? De donde viene
Una voz de consuelo para tí?
¿Por qué la sociedad víboras tiene,
Y aquella que te muerde se entretiene
Al hacerlo mirándote morir?

Mas recíbelo tú con alegria,
Cual la inmortal Teresa de Jesus,
Que cuando el mundo pérfido la heria,
" Gracias mi Dios, que por tu amor, decia,
Me es dado padecer". Cuánta virtud!

Sé que naciste para amar lo bello,
Porque tienes sensible un corazon,
Y arde en tu mente el vívido destello
Que te hiciera gozar con todo aquello
Que el genio admira, creacion de Dios.

Mas esa chispa que tu mente inflama
Será tu bien, tu salvacion será,
Porque en tu pecho prenderá la llama
De fe en el Dios que al que padece y le ama
Le reserva mayor felicidad!

Sufre y espera, pues, amiga mia,
Con viva fe, con fiel resignacion,
Porque trocarse mirarás un dia
Tu aguda pena en plácida alegria
Y en dicha eterna tu tormento atroz.

Enero de 1873.

LAS LENGUAS.

POR FRANCISCO DE P. MUÑOZ.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO SEÑOR JUAN J. MOLINA.

Las ciencias ofrecen una riquísima cosecha de verdades al espíritu que trabaja por enriquecerse y atesorar conocimientos.

Las matemáticas rigurosas, exactas, inalterables y universales, le brindan verdades absolutas que, ademas de vigorizar el raciocinio por la índole de los métodos y la certidumbre de los procedimientos que emplean, le proporcionan la perfecta inteligencia de las leyes que forman la armonía, la solidez y la duracion del universo material.

Las ciencias naturales, hijas de la sagaz observacion del hombre, le presentan el cúmulo de verdades apreciables por los sentidos y le esclarecen la razon y el carácter de los fenómenos que le impresionan como sér de sensaciones; de suerte que es en ellas en las que el espíritu deseoso de comprender la naturaleza tal como ella se insinúa en el alma, por medio de los sentidos, busca y halla la explicacion de sus variadas apariencias.

Las ciencias intelectuales, replegando el alma sobre sí misma y aislándola del mundo exterior, buscan dentro de sus propias tinieblas con la antorcha que unas veces llaman Razon y otras Fe, la causa y la razon de su sér, los atributos y diferencias de sus facultades, su destino, sus aptitudes y su orígen. Son las ciencias de un mundo superior que flota más allá de los sentidos; y sus verdades son una acumulacion extraña de principios hijos de la Fe y de principios hijos de la Razon.

Las ciencias políticas y sociales, remontándose del individuo á la especie, del hombre á la familia y de éstos á las razas y á las naciones, estudian al hombre como sér colectivo, provisto de una mision providencial y obligado á formar un conjunto armonioso por la recíproca conformidad de derechos y de deberes, de libertades y de restricciones.

El que estudia cualquiera de estas ciencias busca un FIN: descarlo es una noble aspiracion, hallarlo una gran conquista; conquistarlo y poseerlo es una gloriosa felicidad y una inestimable adquisicion.

Pero, hay en el copioso repertorio de los conocimientos humanos, algunos que si no son ni deben ser un FIN, son el MEDIO más eficaz para conseguirlo, hoy que la civilizacion no es la obra exclusiva de un hombre, ni de un pueblo, ni de un continente, ni de una raza; hoy que todos los hombres, todos los pueblos, todos los continentes y todas las razas son fuerzas convergentes que empujan al mundo en una misma direccion, con un mismo objeto y hácia un mismo fin. El título con que encabezamos estas líneas habrá hecho comprender al lector que queremos hablar de los IDIOMAS.

Saber su propia lengua es ser ciudadano de su propia nacion; saber la lengua de otra nacion es tomar carta de naturaleza en ella y adquirir títulos para ser convidado á los festines de sus inteligencias; saber muchas lenguas es multiplicarse acrecentando su capacidad para aprovecharse de los frutos madurados entre los pueblos que las hablan; no saber ninguna lengua es renunciar á su razon y convertirse en un sér degenerado. Entre

FAES
Biblioteca

un sordo-mudo y una bestia no hay, segun los sabios, otra diferencia que la de ser mejor la bestia que siquiera posee sus instintos y tiene aptitudes para cumplir con su mision.

Aprender una lengua extranjera es romper la valla que separa su propiedad de la del vecino para poder, con derecho y legítimamente, segar en campo ajeno, aprovechándose de las más gallardas de sus flores, de los más sustanciosos de sus frutos y de los más ricos de sus granos.

Saber el frances, el italiano, el ingles, el aleman, el portugues; conocer las lenguas que han hablado y en que han escrito los hombres que han sobresalido en la Historia por sus talentos, su imaginacion ó su ciencia, es introducir en el alma un elemento de grandeza, un nuevo aparato de perfeccion y, por decirlo así, una nueva facultad.

El hombre que habiendo emprendido el estudio de una lengua desconocida para él, ha logrado hacerse capaz de comprender las obras escritas en ella, se asemeja al viajero que empeñado en las dificiles gargantas llamadas "puertas de las naciones", asoma al fin al término ganado con sus esfuerzos y fatigas. Abrese de repente ante sus ojos la inmensa llanura sembrada de ciudades y de aldeas, de sementeras y de prados, de estanques y de bosques; y más allá, en el lejanísimo confin, montañas azuladas disolviéndose lentamente en el infinito azul de un horizonte ilimitado. Su alma fatigada se alivia y fortifica respirando á plenos pulmones el aire saturado de aromas que incitan y satisfacen á la vez su dulce voluptuosidad.

Las literaturas tienen, como los paisajes, sus rasgos y caractéres especiales y exclusivos: poseen un genio propio que las vuelve más adecuadas para la inteligencia y desarrollo de ciertos conocimientos. Unas para la filosofía, otras para la política, éstas para las ciencias, aquellas para la poesía; de suerte que cada una tiene su mérito y su aptitud predominante. Nunca el que habla hebreo, por ejemplo, se remontará á las nebulosas abstracciones que el griego permite alcanzar, como el que habla esta lengua, "la más bella que hayan hablado los hombres", no podrá conmover con el patético y natural sentimentalismo de la primera. Nunca se alcanzará en italiano la concisa elocuencia parlamentaria del inglés, ni en inglés la melodiosa armonía del italiano; como no igualará nunca el español al aleman en la riquísima combinacion que la nomenclatura de las ciencias requiere para la perfecta expresion de sus verdades.

No hay, pues, idioma cuyo conocimiento sea inútil, ni aun los que pudieran ser llamados *arqueológicos* por haber pasado con las generaciones que los hablaron. Los que miran con desden el estudio de las lenguas muertas son como los que condenaran el estudio de la Historia por cuanto han muerto ya y pasaron para siempre las naciones, los hombres y los hechos inmortalizados por ella. Estos quisieran en la especie humana una solucion de continuidad, una ruptura completa con el pasado que es siempre la base y, con frecuencia, la razon del porvenir: para éstos, lo mismo que para los insensatos ó los hombres irreflexivos, no hay otro momento útil que el presente sin conexion, sin enlace y sin importancia alguna. Para ellos la memoria y la lógica son una facultad y un arte tan perjudiciales como inútiles.

Quizá sean más ricos de enseñanzas los escritos de las generaciones pasadas que nos dan á conocer sus costumbres, sus verdades, sus senti-

mientos, sus ideas, sus aberraciones y las dificultades que la mente humana ha logrado vencer en sus primeros esfuerzos, que las brillantes amplificaciones del siglo en que vivimos que es un siglo de pura *decoracion*, si se nos permite calificarlo así.

Estudiar las lenguas muertas no es inútil: al contrario, no merece el nombre de sabio el que no sepa descifrar el testamento espiritual en que todos nuestros antepasados nos legaron el abundante patrimonio de conocimientos y verdades de que estamos tan orgullosos y engreidos. Su estudio tiene aún una importancia más capital de la que á primera vista se observa; y que convierte el aprendizaje de las lenguas en mucho más que *un medio*: en un *fin* de trascendentales consecuencias.

Viénense involuntariamente á nuestra memoria las palabras de César Cantú, á propósito de los orientalistas que exhumaron en la India las más bellas revelaciones del sentimiento humano.... "Pero sobre todo, el venturoso descubrimiento de una India más rica que la que Vasco de Gama abrió á la Europa; cuyo valor no consiste en los aromas, en las perlas, ni en el oro bárbaro, sino en tratados de ciencia nunca explorados, en minas de sabiduría indígena, por largo tiempo intactas, en tesoros de doctrina simbólica profundamente sepultados, y en monumentos por largo tiempo escondidos, de primitivas y venerandas tradiciones".....

Han sido hallados, en efecto, con el estudio del sanscrito, del pelvi y de otros hijos mayores de la lengua primitiva, algo más que momias y tesoros: sus viejos papiros, deshechos y casi disueltos por el tiempo, son como el *alma momificada* de los primeros gigantes intelectuales de la especie: en esos documentos brillan mejor y más esplendorosamente las revelaciones primitivas y los sentimientos poéticos de una organizacion nueva, vigorosa y vírgen.

Y no son las ciencias, la filosofía, la historia, la poesía, las únicas que se aprovechan de los veneros imprevistos é incalculables depositados por la ciencia antigua bajo el polvo de sus archivos sepultados: la religion misma furibundamente combatida por el espíritu moderno, ha hallado en el propio arsenal á donde sus enemigos acudian á buscar armas, los más seguros fundamentos de su doctrina, los más sólidos sostenes de sus tradiciones y creencias.

Así es que los filólogos modernos, como Schlegel, G. de Humboldt, Wiseman, Niehbur, Klaproth, Remusat y otros, admiten la unidad de la especie humana, como una verdad *demostrada* por la convergencia de todas las lenguas conocidas hácia un tronco único, roto en mil pedazos, *y roto violentamente*, como lo refieren de Babel, las Santas Escrituras. Los sabios orientalistas, estudiando y comparando las lenguas vivas y muertas, han reconocido en todas ellas vocablos y giros que demuestran un indisputable parentesco ó una evidente afinidad. Y ellos formulan el resultado de sus observaciones con tanta certidumbre como el geólogo que reconoce en un conglomerado de nueva formacion, el orígen de las brechas ó pudingas que las primitivas prominencias han suministrado por la repentina ó lenta erosion de los cataclismos, las vicisitudes y los años.

La fabula de Babel, como decia Voltaire, no es una fábula; y la demostracion se debe, no á la Fe que nada demuestra, sino á la Razon que analizando las lenguas antiguas ha reconocido en ellas y en las modernas, *fragmentos angulosos* que revelan la trituracion instantánea de una gran

lengua perdida; y *fragmentos arredondeados*, más voluminosos miéntras más antiguos y ménos alterados por la corriente de los tiempos, ó por la frotacion de los pueblos que, impulsados por sus destinos, se han arrastrado por el tortuoso cauce de la historia.....

Hemos tomado la pluma para trazar estas líneas en un momento en que reflexionábamos sobre el desden con que la juventud de nuestro país acostumbra mirar el estudio de las lenguas: desden que podria disculpar, si fuera disculpable, el desgreño con que son tratados en nuestros establecimientos de educacion. Ojalá nuestra voz fuera bastante poderosa para despertarla de semejante apatía. No bastan no, como lo creen algunos, las buenas ó malas traducciones con que la *Prensa mercantil* trata de propagar las obras maestras de otras lenguas; porque son casi siempre infieles, siendo como es imposible trasmitir á una lengua todo el espíritu y el color de un escrito confeccionado y *pensado* en otra. Dijimos ántes, y repetimos ahora, que cada lengua tiene su aire, su índole, sus propiedades y sus aptitudes características.

Debe haber siempre armonía entre la concepcion y el instrumento, porque ¿cómo seria una fogosa oracion de Demóstenes pronunciada por el labio burlon de Talleyrand? ¿Cómo será el don Quijote de Cervántes, vertido á otra lengua, cuánto perderia de su gracia, disfrazado con el traje del castellano actual? Nos parece que serian horrorosas, palabras de amor pronunciadas por el labio de un cadáver! Y no es esto solo: el dia más desgraciado del poeta Klopstock, segun cuenta él mismo, fué aquel en el cual leyó la primera version francesa que se hizo de su hermoso poema, la Mesiada; de suerte que no es atrevido el decir que son muchos los puntos de contacto que existen entre una traduccion y una calumnia.

Quisiéramos que los Gobiernos mismos intentaran un ensanche mayor de los estadios de literatura extranjera; que se enseñara el frances, el inglés, el latin, el griego y el aleman con tanta perseverancia y habilidad como se enseña el castellano.

El aleman hablado por el pueblo más poderoso y más ilustrado de Europa, merece ya una mencion en nuestros programas de enseñanza. Si hubieramos conocido esta lengua, y por medio de ella las grandiosas producciones intelectuales del genio germánico, no nos habriamos atrevido á estampar, como ya lo hemos hecho, la irreflexiva calificacion de *bárbara* aplicada á la Alemania por escritores que no conocen de ella, ni aun su geografía ni su constitucion política. Nosotros, poseyendo apénas la lengua francesa, no conocemos de la literatura y de las ciencias alemanas, más que lo que hemos entrevisto al traves del prisma frances cuidadosamente envuelto en sus propios oropeles.

Si es un deber en los hombres instruirse, y en los pueblos civilizarse, para alcanzar la altura de los más ilustrados, ó por lo ménos para hacerse capaz de comprenderlos y apreciarlos, estudiemos la lengua del pueblo cuya hora de labor ha sonado ya, si no estamos equivocados. Hay en la importancia sucesiva de las razas, algo como una alternabilidad providencial que las encomienda del impulso civilizador y las reviste de un magisterio ó de una soberanía que las hace predominar en épocas marcadas de la historia.

Al principio las antiguas razas teocráticas de la India que trasmitieron sus conocimientos á la raza etiópica en Egipto; luégo la pelásgica que

creció, lució y murió con la civilizacion griega; mas tarde la latina que dominó con Roma al mundo, legando su brillo y su poder á la Francia de los tiempos modernos; y despues.... despues.... ¡quién sabe si ha sonado ya para la raza latina la hora del descanso! Quién sabe si habrá sido como una de esas estrellas que despues de haber resplandecido por muchos años, se extinguen de repente ahogadas en los abismos del espacio! ¡Quién sabe si por más que lastime nuestras simpatías de sangre, la raza germánica la habrá reemplazado para dirigir los destinos providenciales de la humanidad!....

Los que son jóvenes lograrán quizá tiempos muy distintos: preparémoslos, instruyámoslos, armémoslos para las épocas que vienen; y cuando lo logremos, descansemos ó muramos con la noble satisfaccion del que ha cumplido su mision y llenado su deber.

Medellin, á 30 de marzo de 1871.

A MI AMIGO EPIFANIO MEJIA.

POR CASTOR MARIA JARAMILLO.

Solo para mandarte memorias mias.

E. MEJÍA.

He leido con gusto
La bienvenida
Que á Vergara diriges
En seguidillas,
Y me han gustado
Porque hablas de la tierra
Que yo más amo.

La montaña del "Caunce"
Que tanto quieres,
La recuerdo mi amigo,
Una y mil veces;
En ella tengo
De todos mis hermanos
Tristes recuerdos.

Hay noches que, despierto,
Sueño que habito
En la tierra do vives,
Y que yo envidio;
Mas sólo puedo
Con los ojos del alma
Verla de léjos.

Me ha encantado, Epifanio,
Ver que tu lira
Pulsas en tus montañas,
Que son las mias:
Donde mis padres
Vivieron largos años,
Como tú sabes.

Sin embargo confío
Volver á ella
Y gozar con lo mismo
Que me atormenta:
Llevar mis hijos
Y enseñarles tus campos...
Los campos mios.

Un abrazo te mando,
Mi caro amigo,
Con estos malos versos,
Y entre suspiros,
Con toda mi alma
Deseándote una vida
Tranquila y larga.

Julio 20 de 1871.

LA MUSICA.

POR JUAN JOSE MOLINA.

À MI AMIGO DEMETRIO VIANA.

I.

En la escala de las manifestaciones del sentimiento humano es primero la prosa, luégo la poesía y por último la música.

La prosa es la observacion, la poesía es el sentimiento, y la música es el éxtasis del alma.

La primera, en lo general, es la moneda corriente de la vida; la segunda es la copia de la naturaleza por medio de la palabra, y la tercera el reflejo de lo eterno, de lo inmortal y de lo divino.

Hay á veces elegante prosa que toca á los límites de la poesía; tales son algunas deslumbradoras páginas de Chateaubriand, de Donoso Cortés y de Eugenio Pelletan; hay poesía que entra á la penumbra de la música, como las *Armonías* de Lamartine, las *Dolorias* de Campoamor y algunos *ayes* lastimeros de lord Byron; y así tambien hay algunos himnos musicales que no recuerdan ninguna voz humana y tienen un sello y un acento de un mundo superior al nuestro; tal vez la voz de un ángel ó el eco perdido de la ciencia adámica! Decidnos si no, ¿qué voz del mundo material ha hablado con la suave y arrobadora melopea y el acento ternísimo del *Requiem* de Mozart, del *Stabat Mater* de Rossini, de la última *Aria* de Lucía de Lammermoor, del *Miserere* de Allegri ó de la *Plegaria* de María de Rohan? . . . .

La palabra es más precisa; pero la nota musical es más poderosa. Hace recorrer el alma en un minuto, en un segundo, toda la escala de los sentimientos, desde la suave melancolía hasta el misterioso dolor que se desata en lágrimas, de éstas á la sonrisa, de la sonrisa al delirio: es la tecla misteriosa que hace vibrar en nosotros fibras ignoradas que yacen adormecidas de continuo.

Cerrad si no los ojos del cuerpo, sumergíos en el mundo de los recuerdos y evocad las impresiones de la dicha que pasó; aquella cosa vaga y ondeante que hizo latir el corazon en vibraciones infinitas: aquello que fué nada y que fué todo: la luz de una mirada, el ondular de una sedosa cabellera, la esperanza que acariciaba la vida, el perfume de una flor, el ritmo sonoroso de la mujer amada, un crepúsculo vespertino ó el adios desgarrador que arrojamos á orillas de una tumba y sobre el borde del infinito . . . . . ¡Buscad todo eso en la memoria y aparecerá con caractéres borrados, gastados tal vez por la mano inexorable del tiempo.

Pero incrustad esos recuerdos en la música y con el auxilio de una romanza, de la nota plañidera de una flauta que gima en las soledades de la noche, con las suaves armonías del piano, con las voces majestuosas del órgano que retiemblen en las catedrales, y ya vereis cómo aparece de nuevo el recuerdo con toda la pureza inmaculada de la primera suavísima impresion: vuelve á golpear el corazon apresuradamente las paredes que detienen sus oscilaciones infinitas.

En dónde estaba dormido ese recuerdo? ¿Qué tecla fué á buscar el sonido aparentemente muerto en el corazon? ¿Qué reactivo mágico hizo aparecer bajo su influencia los tintes gastados y perdidos?

Ese es un misterio de la vida del sentimiento; pero es una realidad ante los resultados maravillosos de la más encantadora de las artes que el hombre haya llegado á conocer.

II.

La música sirve para expresar una agradable sucesion de sentimientos por medio de sonidos: es la literatura de los sentidos y del corazon.

Hasta hace poco tiempo no ha ocupado en los estudios serios sino un lugar secundario, tal vez porque se la ha mirado como un juego de la fantasía, como un capricho encantador, como una cosa ondeante y vaga que escapa á todas las categorías del pensamiento y no hace parte de las cosas estables de la vida.

Y sin embargo, todos reconocen que su poder es omnímodo, que su influjo es extenso y que al mismo tiempo está al nivel de todas las inteligencias y al alcance de todas las fortunas.

El literato, el pintor, el arquitecto, el escultor, necesitan para ser debidamente apreciados, un círculo simpático é inteligente, aficionados que tengan algunas nociones superiores á las del vulgo. El músico no exige sino oidos que oigan y corazon que sienta; subyuga al anciano que ha encanecido en el estudio, como al niño que apénas principia á balbucir los dulces nombres del hogar; al rico que lleva una vida regalada y asiste á los conciertos y á las representaciones líricas, como al mendigo que retiene y repite las melodías que bajan de los salones suntuosos á las calles en que arrastra su miseria. ¡Qué más, si los mismos brutos se dejan avasallar y olvidan por un momento que tienen garras y veneno!

La música se dirige á todo el mundo y no tiene necesidad de buscar la inteligencia como intérprete de su lenguaje universal. Aquí y allá, unidos y dispersos, bajo el ardiente sol de un cielo tropical ó en la ciudad de nieve sobre las regiones del Polo, los hombres se agitan y se mueven y se someten á su poderosísima influencia.

Tiene un lenguaje universal que no alteran ni oscurecen todas las trabas que los hombres han puesto ante sí para no ser ciudadanos de una República universal; ni la diversidad de idiomas, de religiones ó de formas de gobierno han podido ejercer influencia sobre su carácter de lengua universal. Tal vez al mismo tiempo que en estos desiertos del mundo interpretamos una encantadora melodía de Mozart, de Rossini, de Auber, de Donizetti ó de Pergoleze en mil y mil lugares y en circunstancias distintas, evocan otros los mismos grandes pensamientos de esos genios sublimes y brillantes; pero en todas partes la misma melodía exhala al aire su perfume, como la flor fragante, y agita el corazon bajo las más variadas y fecundas impresiones.

Cual más, cual ménos puede apreciar en lo más recóndito de su hogar la nota divina que agitó el estro poderoso del poeta del sonido.

A ese respecto la música goza de una gran superioridad sobre las demas artes. ¿Cómo formar una idea del juicio final de Miguel Angelo, del descendimiento de Rubens, del Apolo de Belvedere y de la Vénus

de Milo .... sin verlas y estudiarlas, trasportándose á los lugares en que se hallan? La descripcion, la pintura, la fotografía y el grabado son palabras frias ante la grandiosidad de aquellos cuadros y ante la majestuosa esbeltez de aquellos bustos. El alma apénas adquiere cierto entusiasmo de convencion, que no satisface las grandes aspiraciones de la inteligencia y los principios generales de la Estética.

No sucede así con la música. En cualquiera parte del mundo, algunos signos cabalísticos, algunas gotas de tinta derramadas en formas caprichosas, estampan *La Invitacion al valse* de Weber, *La Plegaria* de Moises ó la *Cavatina* del Attila, y cualquier instrumento, debidamente pulsado, murmura las mismas ideas de aquellas melodías, hiere el aire con idénticas vibraciones y el oido las recoge sin perder ni un suspiro, ni una queja, ni una voz amante; sin que deje de percibirse el acento, el ritmo, la cadencia, el rico colorido, los más delicados adornos y las más suaves inflexiones.

Y aun para gozar de esa dulce embriaguez de la música, no necesitais recorrer toda una obra de largo aliento del maestro; os basta y sobra muchas veces una romanza, una balada, una serenata de Schubert, una cadencia de Bellini, algun grito estridente de Verdi ó algun pasaje concertante de Meyerbeer; y es porque los hombres de esa inspiracion dejan casi siempre en cualquier fragmento, el sello poderoso de su rica originalidad. Sucede en la música lo que en las ciencias, en las bellas letras y en las otras artes liberales: unos necesitan grandes cuadros y otros reducidas miniaturas, éste un libro, aquél una oda, y otro tal vez una sola palabra para hacerse inmortales. Los genios predestinados sueltan al aura sus cantos como gorgea el pájaro, como exhala la flor su perfume y como murmura el arroyo, con la más encantadora naturalidad, con la sencillez que da la inspiracion. Las ideas de algunos se condensan en perlas y las de otros se cristalizan en diamantes. Lafontaine hacia una obra maestra en una fábula, Cervántes en un libro. Benvenuto Cellini con dos onzas de plata y Bernardo de Pallissy con una pelota de barro!

III.

Examinemos el hombre de ayer y el de hoy; abramos la historia mitológica y los anales escritos á nuestra vista y hallaremos la misma sorprendente y maravillosísima influencia. Orfeo despues de haber perdido á su Eurídice vivió retirado en el bosque del Hemus, donde no cesó de exhalar su dolor en cántigas sublimes, que sometieron la naturaleza á su influencia; Anfion, el autor del ditirambo, se salvó del naufragio á que lo condenaron sus compatriotas, por haber hallado un delfin amante de sus notas armoniosas; Accion construyó al són de su lira de oro las murallas de la gran ciudad de Tébas; y en fin, en todas las cosmogonías la música ha gozado de una legítima influencia, traduciéndose en emblemas reveladores de la poderosa imaginacion de los antiguos.

Mas, ¿para qué apelar á la mitología, si la historia nos hace conocer la existencia del poder individual y colectivo de la música? Saul en sus horas de angustia no hallaba alivio hasta que David no lo sometia á su influencia, merced á su arpa melodiosa; el orgulloso Alejandro, que se titulaba hijo de Júpiter, se sometia á la suave presion de Timoteo; Errick,

rey de Dinamarca, perdia completamente sus sentidos y se trasformaba en otro hombre bajo la influencia de la música.

Si esceptuamos al Egipto primitivo, no ha habido nacion alguna que no haya amado ese arte encantador; los pueblos civilizados y los bárbaros, los griegos, los romanos, los judíos, los galos, los germanos .... los napolitanos que corren al teatro de San Cárlos, y los negros de Guinea que aduermen su pesar en los ingenios de la Habana, cantando las baladas de su país .... todos, todos buscan la música, como un instinto de la naturaleza, como un recurso para sus grandes aflicciones, como la voz de sus alegres fiestas y el eco de sus adoraciones al soberano Rey de lo creado. Se la oye en los campos y en las ciudades, en los palacios y en las cabañas; es el el consuelo de la soledad y al mismo tiempo el más poderoso elemento de solaz en las grandes reuniones.

La música está en la naturaleza y eso le da su carácter de universalidad; hay música en los grandes sacudimientos de la atmósfera y en las calladas y serenas noches de verano; música en el ruido de la cascada que se desata en hirvientes copos de espuma, y en el dulce murmullo de la brisa que apénas besa tímidamente la flor y la columpia; música en el concierto de los pájaros que pueblan los bosques y las ciudades; música en los ruidos del cielo y en los gemidos de la mar; música en nuestros corazones en donde una bandada de ruiseñores cantan de continuo las alegrías del pasado, los vivísimos esplendores del mañana, los dulces afectos del hogar, las resplandecientes mirajes de la gloria .... y el resúmen de todas las armonías, la armonía universal, el amor, la religion .... y Dios!

La música es, en cierto modo, una conquista del hombre sobre la naturaleza. Ya hemos dicho lo que constituye su carácter; pero el hombre la ha arreglado á la medida de sus necesidades y del ideal que tiene en el fondo de su conciencia. Dia por dia perfecciona los sistemas de solmizacion, inventa nuevos instrumentos, halla recursos armónicos desconocidos de los antiguos, y deja impreso en sus trabajos el sello distintivo de su culto fervoroso por el progreso indefinido; encuentra en el fondo de su corazon riquezas melódicas que no se han traducido al lenguaje comun y persigue el eterno ideal de la belleza, que sólo poseerá despues de pasar las etapas de la vida.

Ahora, entrando á otra serie de consideraciones, ¿de dónde viene el sonido, ese agente imponderable, ese conductor misterioso del sentimiento poético y musical de que está dotado el hombre? ¿Cuál es la fuente abundante, inagotable de las sensaciones? Si como se sostiene, la luz está en todas partes, el sonido al estado de sonido parece no existir en ninguna.

El silencio parece ser el estado normal de la atmósfera en que vivimos y el sonido un accidente en el silencio. ¿Es éste el fondo permanente, continuo, perpetuo sobre el cual brillan y se pierden los sonidos como los meteoros luminosos en la atmósfera?

¡Qué de misterios en todas esas grandes cuestiones que escapan á la generalidad de los artistas! Las ciencias irradian una luz intensa que ofusca á la primera mirada; pero pasado el círculo de iluminacion hallamos siempre la valla impenetrable de la oscuridad y del silencio. Antros pavorosos, secretos de la naturaleza, sombras y misterios de este lado

de la vida. ¡ Qué pequeño es el hombre que se cree dueño de sus destinos y soberano de la materia, porque puede dominarla hasta cierto punto! ¿Qué ha hecho para justificar ese orgullo? Engolfaos en la ciencia que ha penetrado más íntimamente en el secreto de la materia, en la descomposicion de los cuerpos. ¿Qué ha hecho el químico para coronarse de gloria por la infinidad de sus recursos? Ha aglomerado todas las fuerzas eléctricas, cuya naturaleza le es desconocida, y obrando sobre el oxígeno y el hidrógeno ha formado una gota de agua .... como sudor de la ciencia ....! ha querido hacer una piedra preciosa y apénas ha podido carbonizar el diamante!

Ese es el resúmen de la grandeza humana, cuando el hombre pierde de vista la naturaleza de sus grandes y magníficos destinos.

IV.

Destinado el hombre á pasar sobre la tierra algunos cortos años de vida, en medio de peligros y de penas, y rodeado de inquietudes y de sinsabores, deberia experimentar por las cosas del mundo un interes reducidísimo, y dirigir, en cambio, su mirada constante á esos abismos del Espacio tras de los cuales está Dios ; deberia pasar, sin poner atencion, por en medio de las pompas efímeras del mundo y reservar, para la fuente que correrá sin cesar, toda la sed insaciable de su alma.

Mas sucede todo lo contrario!

La atmósfera del mundo nos rodea, nos penetra y absorbe por completo todos nuestros cuidados, nuestras aspiraciones, nuestros estudios, nuestros afectos y apénas, si, de tiempo en tiempo, hacemos un esfuerzo para pensar en las cosas grandes é imperecederas, y como con pesar, dejamos entónces vagar el pensamiento por las regiones serenas de la luz, y recurrimos á la oracion para que se exhalen de nuestro corazon los grandes sentimientos, como se elevan al cielo los perfumes que exhala el incienso al ser consumido por el fuego.

Y esto porque la oracion, sublime coloquio del alma con Dios, es una de las grandes necesidades del sér moral, y vibra en los corazones á pesar del vicio ; la necesidad de orar, la necesidad de recurrir á un sér superior, fuente inagotable de toda misericordia y de toda bondad, es una de las grandes manifestaciones del sentimiento del hombre, y la historia del género humano nos enseña, nos dice claramente, que no hay pueblo alguno, sobre la faz de la tierra, que haya desconocido y desatendido tal necesidad.

La música ha venido á realzar la oracion y á darle las formas más encantadoras y más irresistiblemente seductoras para los séres dotados de sensibilidad. Y á ese respecto la música sagrada tiene una importancia que es imposible desconocer.

Basta interrogar el corazon.

Un amigo nuéstro, para cuyo elogio nos bastaria citar tan sólo su nombre, nos referia en otra época, á propósito del poder sobrenatural de la música sagrada, que recorriendo la España como un verdadero turista habia llegado á Toledo y visitado su majestuosa catedral. Despues da haberla recorrido con la ardiente curiosidad del viajero que recoge recuerdos para los largos dias de la edad madura, y con la fria admiracion

del que ha sido deslumbrado ya con el panorama de Nápoles, de la iglesia de San Pedro y de las calles flotantes de Venecia, pensaba dar por terminada su visita cuando oyó preludiar un órgano, y luégo otro que le servia de eco, y luégo los dos hicieron retemblar las espaciosas bóvedas con una de esas armonías encantadoras cuyo secreto melódico llevaron á la tumba Beethoven, Allegri y Palestrina.

¿Qué fenómeno sicológico ocurrió entónces en su sér? ¿Cómo y por qué dobló las rodillas y se prosternó al pié de los altares, y se llenaron de lágrimas sus ojos? Qué mágico poder subdividió hasta lo infinito sus impresiones, sus recuerdos y sus esperanzas? y cómo brillaron como las mil facetas del diamante de Golconda herido por la luz del sol!

Oró largo rato, con esa oracion que no tiene palabras, por la patria ausente, por sus padres, por sus amigos, por la mujer amada y que debia ser la compañera de su vida . . . .

Oró y lloró porque la música, apoderándose de sus sentidos, habia sacudido su corazon!

V.

El canto es una parte del culto religioso en todos los pueblos del mundo. El hombre canta lo que adora y lo que lo subyuga, y por eso ha consagrado sus más ricas inspiraciones á manifestar sus sentimientos religiosos, dando un carácter elevado y elocuente á sus gritos de admiracion, de gratitud, de dolor, de amor y de esperanza á su Creador.

No se puede concebir la oracion sin un acento musical que la acompañe y que exprese en cierto modo su universalidad, su esencia, como una vibracion del corazon: así, puede decirse que la palabra es el órgano del sentimiento particular, miéntras que la oracion es el perfume del sentimiento público.

Todas las religiones conocidas en la tierra, desde el catolicismo hasta el fetiquismo, han hecho uso de la música como de un poderoso auxiliar, y han marcado indeleblemente sus tendencias, sus aspiraciones, su fuego íntimo y su vitalidad en las obras del arte que han dejado al porvenir.

La arquitectura, la poesía, la escultura y la música son las manifestaciones más íntimas y profundas de las necesidades religiosas del alma, y por eso, especialmente, es por lo que la música hace parte de todos los cultos y de todas las grandes ceremonias públicas.

La religion católica, la religion del amor por excelencia, es la única que ha sabido hacer uso de la música en sus ceremonias, dejando en ella, indeleblemente, el sello de su grandeza y de su poderosa vitalidad. La vida verdadera no principia para el creyente sino más allá de la tumba, y por eso la religion verdadera, enseñada por el Hijo de Dios, trata de sustituir el sentimiento de la eternidad al del tiempo, de anonadar la carne para que el espíritu se eleve en arrobamientos sin fin, hácia la eternidad. Por eso tambien los oficios de la Iglesia no son, en realidad, sino un largo gemido, una aspiracion apasionada hácia la muerte, la humillacion de los sentidos y la rehabilitacion del espíritu que trata de dejar su crisálida terrestre.

Nada hay comparable á la pompa, á la magnificencia, á la variedad y profundidad de los ritos católicos que traducen á los ojos los misterios

de su dogma, y así, prescindiendo de su verdadero carácter, y considerándolo solamente bajo el artístico, presenta el rito católico un drama lleno de peripecias, un magnífico espectáculo, el simbolismo más variado y más sorprendente y el lenguaje y la entonacion más sublimes y delicadas.

Ninguna religion posee, como la católica, mejor sentimiento de la verdad en el arte. El canto llano ó gregoriano ha resistido á los embates del tiempo y conserva su majestuosa sencillez sin que sea dable suponer sufra trasformacion alguna, porque responde á las legítimas aspiraciones del bello ideal en el arte. ¡Cómo se conoce que la verdadera religion del amor y de la humildad, ha querido encerrar la vida en las profundidades de su doctrina y satisfacer á la vez y siempre las necesidades eternas del alma!

¿Habeis oido las ricas inspiraciones de Scarlatti, de Pergoleze, de Jomelly, de Marcello, de Hændel, de Mozart, de Cherubini?

Aun con las imperfecciones con que se traducen y se interpretan en nuestros coros los himnos de la Iglesia, los grandes salmos, es imposible que no hayais sufrido la maravillosa influencia de un *Miserere*, de un *De profundis*, de un *Stabat Mater*, de un *Dies iræ*.

Os acordais! Un dia habeis tocado á las puertas de la penitencia y habeis descargado sobre los hombros y sobre el corazon de un anciano venerable la enormidad de vuestras faltas; un sincero dolor acongoja vuestro espíritu, y si entónces ois cantar el *Miserere mei Deus* comprendereis la grandiosa inspiracion que encarna esa música solemne. Oid! Es el sollozo de dolor, es el pesar de la falta, es el grito del arrepentimiento, y la voz quejumbrosa del que se halla ser un miserable gusanillo de la tierra. Sonidos estridentes, ecos lejanos de una voz amenazante van y vienen por esa melopea temblorosa; de repente una melodía dulce trae un rayo de esperanza, es el rayo de sol que rompe la nube que entenebrecia el horizonte, es la fe en la misericordia que hace exclamar, todavía con lágrimas en los ojos, "*Recordare Jesu pie . . . . ne me perdas illa die!*

¿Habeis oido el *De profundis* el dia en que habeis acompañado á un amigo, un pedazo del corazon, que ha muerto, que va á recibir las últimas oraciones del cristiano?

Es una alma que ha volado al seno del Creador y que ya ha rendido cuenta de su jornada. Oid esa lúgubre queja de la melodía . . . . es monótona como la eternidad; despues, por transiciones sencillas, sin *fioriturас*, la voz estalla y se eleva, ha acabado el gran drama de ése que yace allí en los brazos de la muerte, algunas voces roncas como el tañido de las trompetas os recuerdan el juicio final.

Si todo eso sentis y comprendeis, prosternaos. Algun dia se representará para vosotros ese drama pavoroso.

Medellin, 2 de mayo de 1873.

ADIOSES A LA PATRIA.

(TRADUCCION DE LAMARTINE).

POR PEDRO A. BRAVO.

Si entrego hoy á los pliegues de la ligera vela
Lo que me diera el cielo de dicha, ay! y de calma;
Si yo confio á las olas del elemento pérfido
Mi esposa y dulce hija, dos partes de mi alma;
Si entrego á los desiertos, los mares y las nubes
Tan tiernos corazones, tan dulce porvenir,
Sin más segura prenda de mi regreso incierto
Que un mástil, débil caña que el austro hace gemir:

No es que del oro en mi alma la sed ardiente enciéndase:
Más noble es el tesoro que el corazon ansía;
Ni que en su antorcha mágica la gloria me consuma
Con sed de un nombre vano—más fútil todavía.
No es que la infausta suerte del Dante en nuestra época
Del ostracismo impío me brinde amarga sal;
Ni que de las facciones la cólera inconstante
Destruya despiadada mi techo paternal.

Oh! no; llorando dejo, de un valle á los costados,
Un campo, umbrosos árboles y una feliz morada,
Que mil amigos ojos saludan á lo léjos,
De mil tibios recuerdos aún embalsamada;
Pacíficos asilos que abrigan verdes bosques,
Do no resuena el ruido feroz de las facciones,
Do en vez del torbellino de tempestades cívicas—
Se escuchan alegrías y tiernas bendiciones.

Piadosos labradores, y siervos ya sin amo,
De nuestros pasos buscan la huella en el pensil;
Al pié de mi ventana mi perro, al sol tendido,
Ahulla de ternura mi nombre al percibir.
Allí—un anciano padre, que ve nuestras imágenes,
Al ruido se estremece del viento en las alménas;
Y al Dios de las tormentas, al levantarse, pide
Que al ala de las naves mida la brisa apénas;

Hermanas tengo dulces—que el mismo seno criara,
Ramos del mismo tronco—que el viento en él mecia;
Y leen en mis miradas y ven mis pensamientos
Amigos cuya ánima es sangre de la mia.
Hay mil pechos incógnitos en que la musa escúchame,
Amigos misteriosos que oyeron mis canciones,
Sembrados en mi ruta, cual invisibles ecos,
Para á su vez enviarme conciertos de afecciones.

Pero es que el alma tiene instintos superiores,
Tales como el instinto de esa ave rauda, audaz—
Que puede del abismo las olas imponentes,
Buscando otro sustento, de un vuelo atravesar.

¿Acaso en nuestros techos no tiene musgo y nido?
¿Qué va á pedir al clima lejano de la aurora?
¿Acaso no han caido para su tierna prole
Espigas de las mieses que nuestro sol aun dora?

Y yo tengo, como ella, el pan de cada día,
Y la colina hermosa y el espumoso río,—
De mis deseos humildes la sed no los traspasa;
Mas parto, como ella, y vuelvo al nido mio.
Tambien hácia la aurora á mí una fuerza impúlsame:—
No he visto con mis ojos, tocado con mi mano
De Canaan la tierra, nuestro primer imperio,
De que amasado fuísteis, oh corazon humano!

Al vaiven monótono del manso dromedario,
No he navegado en esa de arena mar desierta;
De tarde no he apagado mi sed devoradora
De Hebron en la cisterna por tres palmas cubierta.
Mi manto no he tendido bajo las tiendas, nunca
Dormido he sobre el polvo do Dios revolvia á Job,—
Y al misterioso ruido de estrellas palpitantes
Los sueños no he tenido sublimes de Jacob.

La más hermosa página del mundo aun no he leido:
No sé cómo la estrella da allí su resplandor,
Al peso del vacío cómo respira el pecho
Y el corazon palpita al acercarse á Dios!
Al pié de una columna, no sé como allí al bardo,
Las sombras bajar viendo del tiempo que pasó,
La yerba al oido háblale, la brisa al pasar llora,
La tierra sordamente murmura en derredor.

En los antíguos cedros los gritos no he escuchado
Subir de las naciones y el aire extremecer:
Del Líbano en lo alto las águilas proféticas
De Tiro á los palacios no he visto descender.
Mi frente no he posado sobre las tristes ruinas
Donde á Palmira queda un nombre—y nada más;
Mis pasos solitarios aun resonar no han hecho
De Mémnon el imperio desierto y mudo ya.

Del fondo no he escuchado salir de esos abismos
Del Jordan quejumbroso los gritos de dolor,
Sollozos más sublimes que los de Jeremías,
Que con sus cantos fúnebres sus olas espantó.
Dentro de mí no he oido cantar el alma mia
En la sonora gruta donde el cantor real
Sentia de noche el himno, con su flamante mano,
A sus inquietos dedos el harpa arrebatar.

Y las divinas huellas mis pasos no han seguido
En el jardin de olivos donde lloró Jesus;
Y las raíces húmedas del llanto no he buscado
Que el ángel no ha podido de allí enjugar aun!

Y en éxtasis profundo de noche no he velado,
Donde sudor sangriento vertiendo el Salvador,
Nuestras miserias todas y todos nuestros crímenes
Su voz terrible alzaron en solo un corazon!

Mi frente no he posado sobre el bendito polvo
Donde, al partir al cielo, su planta se imprimió;
Mis labios con sus besos gastado no han la piedra,
Donde bañado en lágrimas su madre lo encerró!
Mi pecho no he golpeado contrito sobre el Gólgota,
Allí do con su muerte venciendo al porvenir,
Abrió en la cruz sus brazos para abrazar el mundo,
Y para bendecirlo su sien dobló al morir!

Por eso es que yo parto, por eso arriesgo ahora
Algunos pocos dias inútiles no más:
¿Qué importan, pues, las playas en que sacuda el cierzo
Un árbol seco, estéril, que no da sombra ya?
"Oh, loco!" dice el vulgo; y él mismo es insensato!
El pan no hallamos todos en una parte, no:
Pensar es el sustento del bardo peregrino,
Y vive de las obras de Dios su corazon!

Adios, mi anciano padre; adios, caras hermanas;
Adios, mi casa blanca que asombra mi nogal;
Adios, bellos corceles ociosos en mis prados;
Adios mi perro fiel, ai! solo en el hogar!
Me turba vuestra imágen, me sigue cual la sombra,
Que quiere retenerme, de dicha que pasó.
Ah! quiera Dios que se alce ménos sombría y dudosa
La hora que ha de unirnos aquí otra vez—Adios!

Medellin, Noviembre–1865.

LA REVELACION.

POR LUCIANO CARVALLO.

I.

Treinta y seis siglos hace que un pueblo singular, con sus tesoros y ganados, recorria, en masa, las quemantes arenas de un desierto.

Su Dios era Jehová; su caudillo, el más grande hombre de que hace mencion la historia. Una columna de luz le guiaba en las tinieblas, como lumbre de estrellas por la noche; una nube, de dia, le daba refrigerio. Al sentir su presencia los mares se turbaron, y recogieron sus ondas y abrieron anchas veredas. Los montes y los collados se estremecieron de gozo al verle pasar, en órden, con sus tribus y escuadrones. Llenas de saña salieron contra él gentes armadas, y, trabada la lucha, cayó sobre ellas el pavor y quedaron yertas de espanto. Los rios al verle venir, suspendieron sus corrientes y amontonaron sus aguas en elevado

promontorio. Los cielos, para saciarle el hambre, condensaron sus nubes y derramaron ambrosías. Para templarle la sed las rocas reventaron, y diáfanos torrentes corrieron por el yermo.

Era el pueblo de Israel, confidente de la Providencia; hoy, esparcido por la tierra, sin unidad nacional, pero conservando siempre su espíritu peculiar y su carácter de raza, suspira aún por el Mesías, como en otro tiempo en Babilonia, ausente de su patria, gemia dolorosamente por Jerusalem, la hermosa.

Viósele un dia agrupado al rededor del monte Sínai, que, envuelto en una densa nube, lanzaba lenguas de fuego y remolinos de humo, como un horno encendido. La bocina de Dios resonaba en las alturas con estrépito creciente. La deslumbradora luz del rayo cruzaba las faldas del Sínai, y el trueno retumbaba con desusado fragor.

En la raíz de aquel monte de terrible majestad, el pueblo de Israel, atemorizado y atónito, con las voces y relámpagos que de la cumbre salian, recibió de la Divinidad dos fecundísimas leyes, la religiosa y la civil, círculos concéntricos en que la humanidad se desenvuelve en busca de su perfeccion.

Tal es la revelacion segunda.

Veamos ahora á qué grado de poder, de riqueza y de cultura llegó el pueblo de Jacob, formado y educado bajo los auspicios constantes de la revelacion divina; de esa revelacion que el sensualismo envilecido y la incredulidad jactanciosa, en nombre de la ciencia, vilipendian y escarnecen.

Ningun pueblo, en la antigüedad comunicaba más vigor al sentimiento nacional que el pueblo hebreo. A la voz de la patria acude con valor, conquista en poco tiempo la tierra del Cananeo, y se establece con sus tribus, su sanedrin y su santuario, en forma de república eminentemente federal.

Pasan los jueces y en pos de ellos van los reyes; y es bajo la monarquía cuando los hebreos llegan á su mayor esplendor.

David, uno de los más grandes monarcas de aquella nacion ilustre, extiende su dominacion del Mediterráneo al Eufrátes y del Mar Rojo á la Fenicia.

Salomon echa en los mares sus flotas y sus naves, que conducen de Ofir piedras preciosas y finísimas maderas; y trasportan de Tharsis el oro y la plata, los pavos reales y el marfil.

¿Quién llevó jamas al solio en las cortes orientales, la gloria y la opulencia, la sabiduría y la majestad, como el hijo esclarecido de David, el ungido en la fuente de Gihon, el monarca pacífico y feliz? Este rey sapientísimo, en su trono de leones, recibe los presentes que, en vestidos de guerra y armas bélicas, en mulos y en caballos, en vasos preciosos y en aromas, le ofrecen anualmente los príncipes extranjeros que acuden á admirarlo. Y es en ese reinado de magnificencia y de gloria cuando en Jerusalem, la mística, abundan como las piedras la plata reluciente y el oro aquilatado; y cuando se multiplica el cedro, en la tierra de Israel, como el silvestre cabrahigo que se esparce en los campos.

Salomon excede en ciencia á los sabios del Oriente, y vence en sabiduría á los sabios del Egipto; y tan grande es su saber en las cosas naturales, que conoce con precision las revoluciones de los astros; y es-

cribe sobre los peces, y los reptiles, y las aves, y las bravezas de las bestias; y disputa sobre las virtudes de las plantas *desde el cedro que se levanta en el Líbano hasta el hisopo que nace en la pared.*

¿Cuál pueblo entre los antiguos, como el pueblo de Jacob, planteó jamas los problemas sobre la humanidad y Dios; las maravillas del mundo, sus enigmas y sus leyes, con tanta intrepidez, y los resolvió con tanta seguridad? Ni ¿quién como Israel tuvo un conocimiento más claro sobre el orígen del mal, el dolor y la miseria; ni una intuicion más perfecta para haber adivinado en qué estriban el misterio y el valor de la virtud; ni una idea más grande de Aquel que, con sus dedos, repliega como un manto las aguas de los mares?

La poesía hebrea es superior á la de los pueblos gentiles en su gran sentimiento fecundado por la adoracion, y en su fisonomía nacional. Moises presenta á los hebreos, el concepto más elevado del Dios fuerte y terrible, ejecutor de maravillas, en el canto eucarístico, á orillas del Mar Rojo, cuando separadas de repente las ondas hinchadas, pasa con el pueblo, sobre blandas alfombras que los ángeles tienden y los vientos orean en el fondo del abismo. Los himnos de David son de sin par belleza. Isaías, profeta de eminentísima vision, es inimitable en majestad y elocuencia. Job, con enérgico buril, anatematiza la blasfemia y enseña á triunfar la resignacion heróica. Y Ezequiel fascina, con su pincel vigoroso, en sus tétricas visiones y pavorosos anuncios.

Hace parte de la constitucion social de los pueblos orientales la degradacion de la mujer; y miéntras en Roma y Grecia está vilmente encerrada en solitarios gineceos, se halla entre los hebreos rodeada de veneracion, respetada en su dignidad, alabada en su heroismo y bendecida en su virtud. ¿Dónde está la mujer en las naciones gentiles, que, como Débora, administra justicia al pueblo de Jacob, bajo la palma de Efraim, y reanima con su ejemplo de valor y de esperanza, el patriotismo de Barac? ¿Y quién como Judit, en las edades paganas, se ve rodeada de respeto por su púdico recato, y colmada despues de bendiciones y alabanzas, por los príncipes y el pueblo, cuando trasformada de súbito en ángel de justicia, liberta á Bethulia de la invasion de los asirios, dando muerte á Holofernes?

La civilizacion hebrea tiene cierta primacía sobre las civilizaciones gentiles, entre las cuales algunas ostentan en su progreso un alto grado de esplendor.

Tended la vista hácia el Egipto, y vereis que sus canales, sus templos y catacumbas, sus columnas y obeliscos, revelan con elocuencia una civilizacion vigorosa. Pero en aquel pueblo geómetra de tan grandiosos monumentos, reinan instituciones de envilecida servidumbre, y se ven altos ejemplos de oprobioso baldon y régia infamia. Allí imperan las castas; domina la metempsicósis en todas las conciencias; y los mármoles del trono se manchan y deslustran con monarcas que venden la virginidad de sus hijas para levantar pirámides.

Poned ahora los ojos en el grande imperio de Asia, simbolizado en la cabeza de oro de la estatua de Daniel, y vereis, con asombro, á la ciudad de Semíramis y de Nabucodonosor, circundada de barcos, rodeada de caravanas que acuden á ella sin cesar, coronada de pensiles, radiante de luz y henchida de fragancias como un cáliz de perfumes, levantarse

orgullosa, con su hermosura y su ciencia, en la llanura de Sennaar. Pero el vivo fulgor de las estrellas en ese horizonte diáfano, y el incienso de los pebeteros que se difunde en el aire, extravian la imaginacion, y el hombre adora allí las lumbreras del firmamento, diviniza á los héroes, y la mujer se prostituye en el templo de Milita.

En la vasta region de la península indostánica, donde una naturaleza robusta se ostenta, aquí deliciosa, allí terrible y gigantesca, se levanta un pueblo ilustre cuya fantasía exuberante reina con magnificencia en las composiciones grandiosas de su extensa literatura. Ese pueblo posee la trigonometría y el álgebra, y talla, con primor, el cuerno y el marfil, el ébano y el diamante. Pero las castas se mantienen por la arrogancia de los fuertes y la abyeccion de los menguados; y esa nacion antiquísima, extasiada en el Panteismo, y encorvada bajo el peso de la enervante metempsicósis, permanece estacionaria, con sus inmensos hipogeos, sus pirámides simbólicas y sus espléndidas pagodas, en un supremo reposo, sin lanzarse jamas en las sendas del progreso.

Allá en la Persia, en los palacios de Susa, Babilonia y Ecbatana, circundados de jardines, arden sensuales serrallos, sobre pavimentos de pórfido, con las crueles intrigas de mujeres voluptuosas; y los reyes autorizan, para oprobio de la humanidad, el matrimonio incestuoso del hermano con la hermana y del padre con la hija.

Poned ahora la atencion en la inconstante Grecia, donde la civilizacion se remonta á alturas esplendorosas. Los griegos entusiasman con la magnífica alteza de su sentimiento estético. De carácter profundamente original, de genio poético y de alternativas procelosas, ese pueblo, aunque eminentemente versátil, es eminentemente impresionable y eminentemente progresivo. Ferviente estimador de la belleza, hasta el abuso; y poseedor de una lengua la más flexible y armoniosa, cadenciosa y robusta, que hablar pueden los hijos de los hombres, y de una imaginacion ardiente y atrevida, inquieta y fecundísima ¿qué mucho que recorra con su razon vigorosa todos los sistemas filosóficos, y levante la poesía y las bellas artes al grado de lo sublime, y que sus bardos arranquen del santuario de los templos la moral y las ciencias para hacerlas populares? Y á pesar de tan grandes excelencias el antropomorfismo domina en la fantasía. Los dioses, en muchedumbre, hacen alianza entre sí y reinan en las conciencias. La esclavitud es una ley. El deber cede á lo útil; y Esparta arroja, con insensible crueldad, á los niños contrahechos por la roca del Taigeta.

Ahora bien: si en el pueblo de Jacob no se empareda la belleza en impúdicos serrallos; si allí es digna la mujer y puede juzgar al pueblo y sentarse sobre el trono; si la igualdad es un dogma y la esclavitud es mitigada; si están completamente abolidos los sacrificios humanos; si las muchedumbres obedecen al Código de Moises, al precepto de la ley, no al capricho de un déspota ni al mandato arbitrario de una clase privilegiada; si la constitucion de la familia es superior á la de las familias gentiles; si las castas desaparecen y el saber no está encerrado en el recinto del templo, porque el pueblo lee y sabe el libro de los dogmas: si consideramos que la religion, la filosofía y la política de todos los pueblos paganos, andan por sendas oscuras y caminos contradictorios, miéntras el pueblo judío marcha obedeciendo siempre á una sola doctrina, la

del Sinai, y á una sola ley, la de la libertad ¿se podrá negar que la civilizacion hebrea tiene cierta primacía sobre las civilizaciones gentiles?

¿Y no miente con cinismo la escuela sensualista en sostener tercamente que la revelacion divina es opuesta á la ciencia, al desarrollo del pensamiento, al vuelo de la imaginacion y al progreso de la libertad?

II.

Levantemos ahora los ojos á aquel monte de la Judea, donde el luminar eterno de la civilizacion moderna se alza entre nubes de sangre para dar al hombre enfermo, sentado en sombras de muerte, sabiduría y caridad; y libertarlo á la vez de la esclavitud más abyecta, la sujecion al mal moral, en que venia sumergiéndose, durante cuatro mil años, con una fuerza impulsiva de progresion espantosa.

El martirio y la palabra extienden la doctrina de esta nueva revelacion hasta las extremidades del mundo, y trasforman á la humanidad que, corrompida y deshecha por el sensualismo vil, caia á pedazos, como tocada de lepra, en atormentadora agonía.

Jesucristo envuelve la tierra en un torbellino de luz; y al soplo omnipotente de su inspiracion divina los desórdenes inveterados de las naciones gentiles desaparecen del globo, como se ahuyenta la bruma á los resplandores del sol. Un nuevo universo, el universo moral, sale radiante entónces de aquel espantoso cáos, producido por la disolucion de las naciones caducas y el feroz salvajismo de las naciones del Norte, que, cayendo con estruendo sobre la sociedad moribunda, arruinan lo más grande que entónces se ostentaba bajo las águilas de Roma.

Todas las ideas y costumbres, todas las tendencias y deseos, todas las inclinaciones y designios del corazon humano, que en la éra del paganismo habian llegado al colmo de la perversidad y la miseria, se trasforman y levantan para seguir con firmeza los preceptos del deber y las leyes de la justicia.

Cuán grande es el poder de la verdad! Jesucristo obtiene el primado de todas las gentes y naciones, porque es lumbre sin mancilla de sabiduría esclarecida, *porque son sus pensamientos más vastos que la mar, y sus consejos más profundos que los antros del abismo;* y los pueblos y naciones atraidos por su virtud é inspirados por su doctrina, han desenvuelto las ciencias, las letras y las artes, la historia y la poesía, en corrientes luminosas de perfeccion indefinida.

Fortalecidas sus potencias con la doctrina civilizadora del gran Crucificado, el alma se siente libre, y puede aspirar al bien, por infinito que sea. La virtud adquiere fuerza y sube hasta la santidad. La filosofía, iluminada con la lumbre de la fe, se eleva en las plumas del viento á la altura en que se cierne el águila de Patmos. El arte se remonta á la espiritual region de lo grandioso y lo infinito. La moral desciende entónces de lo más sereno y esplendente de los cielos, del seno mismo de Dios, y se extiende por el mundo con su indeleble carácter de integridad y perfeccion. Las ciencias abren veredas de desarrollos crecientes, y descubren horizontes de luces inextinguibles, donde la razon se mueve en anchurosos espacios. El hombre aspira impaciente á las verdades eternas, y por añadidura conquista, conforme á las promesas del egregio

Nazareno, secretos prodigiosos á la naturaleza material. Y esas cumbres elevadas adonde la virtud alcanza; y esos anchos horizontes donde se espacia la ciencia; y esa altura portentosa adonde se remonta el arte, eran campos ignorados, regiones desconocidas, en la época anterior á la gran revolucion que la cruz ha consumado.

Por eso, cuanto hay de bello en el arte, de bueno en el corazon, de grande en la voluntad, de heróico en la virtud, de hermoso en la inteligencia, de inmortal en los monumentos, de verdadero en la ciencia, de sublime en el genio y de libre en el alma, es engendrado por la fe, antorcha de la inteligencia, y por la humilde cruz, crisol inmenso en que la humanidad se purifica, y alimento perpetuo de la civilizacion moderna.

Esta civilizacion perfecta que desde la cima del calvario ha venido creciendo *como crece el Jordan en el tiempo de la siega, y esparciendo la sabiduría como el Eufrátes sus ondas*, es evidentemente superior á las civilizaciones gentiles. El politeismo reinaba en las sociedades antiguas. En las naciones modernas, levantadas de la disolucion y de la feroz barbarie, impera el dogma de la unidad del Criador, dogma fecundísimo que engendra perennemente la igualdad y la fraternidad humanas. La cruz ahonda una fosa en donde es sepultada la esclavitud del paganismo, y extiende sus brazos, como el terebinto su copa, para hacer sombra á la humanidad, sin excepcion de personas. La democracia verdadera es un dogma del Evangelio: los blasones nobiliarios tienen su base en la virtud, el genio es acatado, y la tiara resplandeciente ciñe las frentes humildes de Félix Peretti y de Hildebrando. En una palabra, todo cuanto hay de grande, de verdadero y de bueno, de inmortal y de brillante en la civilizacion moderna, procede de Jesucristo, á quien cuarenta siglos esperaron; y á quien diez y nueve de creciente ilustracion, le rinden homenaje.

¿Por qué esta supremacía de los adelantos modernos sobre los adelantos antiguos?

Porque el fundador de la civilizacion cristiana se levanta sobre la humanidad, como se alza la palma sobre los campos de Engaddi, como se empina el cipres sobre la montaña de Sion.

Porque el fundador de la civilizacion cristiana es el que tiene de escabel las nubes del firmamento; el que da claridad á la aurora, fecundidad á la tierra, verdor á las plantas, esplendor á los astros, instinto á la bestia y libertad al hombre.

Porque el autor de la civilizacion moderna es el que manda á las nubes que cuajen el granizo, á la luz que esparza sus rayos, al océano que encrespe sus olas, á los mares de los polos que aprieten sus aguas y coagulen la nieve, al viento del desierto que sople con ímpetu, y á quien los vientos, y la luz, y los mares, y las nubes obedecen.

Porque esta civilizacion reposa en el Evangelio, y el Evangelio es el fanal que sirve de guia al hombre en las tormentas de la vida.

Porque la religion, en el mundo, es como la columna de Israel en los desiertos de la Arabia, que, coronada de luz ilumina á las conciencias para que marchen seguras á sus destinos inmortales; y revestida de sombras templa los resplandores de la verdad infinita, que nuestra inteligencia no podria mirar sin deslumbrarse.

Porque la religion es la savia de todas las sociedades, se infiltra en las venas del mundo, y se refleja en el semblante de los pueblos y naciones.

Porque la religion, apoderándose de las potencias del alma, la domina, la purifica, la eleva y la ennoblece; imprime un sello indeleble en los caractéres y costumbres; se revela grande en las concepciones del genio, infalible en la moral, llena de solidez en las ciencias, rica de poesía en el desarrollo de las letras, bella y majestuosa en las artes, heróica y magnánima en la espada del guerrero, más heróica aún en la resignacion del mártir, llena de perfumes en la castidad de la vírgen, sublime en la abnegacion del apóstol, venerable y santa en la conciencia del justo.

En presencia de tantas grandezas y de tantas magnificencias que el progreso ha desenvuelto en la éra del cristianismo, bajo la inspiracion sublime de la enseñanza evangélica, hay razon para decir que el sensualismo impio es cínicamente audaz en proclamar, sin descanso, que la revelacion divina es opuesta á la ciencia, al vuelo del pensamiento y al desarrollo de la libertad; que miente con descaro porque la razon lo impugna; que calumnia con osadía porque lo contradice la historia.

Si la religion viene de Dios, y Dios es al mismo tiempo el eterno y ancho mar de donde nace la ciencia ¿cómo puede ser la ciencia opuesta á la religion?

Si, como dice Platon, *lo bello es el esplendor de la verdad,* y Dios es aquel Océano en donde están juntamente las excelencias del cielo y las maravillas de la tierra ¿por qué el arte y la poesía deben apagar su estro bajo la revelacion divina de Aquel que, en su reposo, es tipo de sabiduría y modelo eterno de belleza?

Si la verdad en sí misma no puede ser contradictoria, todas las ciencias humanas aunque por diferentes senderos, deben ir á un mismo fin, y su trabazon armónica debe converger á Dios, de donde todas las verdades nacen, y en donde todas ellas se concentran.

Y esa grandiosa armonía entre la religion y la ciencia, presentida por el alma, confirmada por la razon y corroborada por la historia, fué proclamada por Cristo, cuando sus labios brotaron esta infalible expresion, reto divino, lanzado por el Salvador á la cavilacion presuntuosa: *Quien me sigue no andará nunca en tinieblas.*

Medellin, 8 de noviembre de 1875.

DOS TUMBAS.

POR ANTONIO JOSE RESTREPO.

(A M. C. V.)

"Vamos, amigo, que tus propios ojos
Arrasados en lágrimas contemplen
El lugar en que yacen sus despojos
Ay! y el dolor de mi martirio templen.

" Vamos, y riegue tu convulsa mano
Modestas flores en tu lecho frio;
La luna avanza en el confin lejano
Y se oye apénas murmurar el rio.

" La noche como Dios para el poeta
Misterios tiene de dulzura tanta,
Que entusiasmado por pasion secreta
Su lira toma y su cancion levanta.

" O amor! O dulce amor! vuelve á mi pecho,
Ilumina este caos con tu llama;
Yo tambien á vivir tengo derecho
Y muerta vive la mujer que no ama!

" Esta naturaleza que habla y siente
Al impulso de amor se fecundiza,
El murmura en las aguas de la fuente,
Da perlas á la aurora en su sonrisa.

" Mas cuando todo en derredor se agita
Al soplo de esa vida de las almas,
Un ignorado corazon palpita
Triste como el gemido de las palmas.

" Es el de una mujer, flor perfumada
Ayer no más de alegre primavera,
Que hoy arrastra marchita y deshojada
El carro de la noche en su carrera....

" Seco ya el manantial de mis amores,
Ajada mi purísima corona,
¿Qué me queda sino los sinsabores
De esta vil sociedad que me abandona?

" ¡Una lira pulsé: lancé á los vientos
Desde ignota morada mis cantares,
Nadie escuchó mis lánguidos acentos,
Nadie quizo la perla entre los mares!

" Y luégo cuando ya desvanecido
De mi esperanza el porvenir risueño,
Reclinada en el lecho del olvido
Quise dormir de la existencia el sueño;

" Cuando mustios los ojos no me daban
El tinte rocicler de una mejilla,
Ni el verdor de los campos retrataban
O el nítido color de una avecilla,

" Entónces con el fuego de tu alma
La antorcha se encendió de mis sentidos;
Vino la agitacion, huyó la calma
Y nos hallámos al amor vencidos.

" Mariposa inocente, el alma mia
Sus alas de arrebol llevó á la hoguera,
Y al rozar esa luz por quien vivia
De un abismo infernal vió la ribera....

" Despues.... Silencio! En apartada orilla,
Sin otro amigo que el recuerdo impío,
Oí una voz del cielo maravilla
Que dijo: " madre tu dolor es mio".

" Y ese sér ¡ay! que desgarró mi seno,
De mi honor bendecida sepultura,
¡Nació del crímen y nació en el cieno
Y era su frente como el alba pura!!

" Tú no estabas allí para un consuelo
Prodigar á mi espíritu abatido,
Horrible soledad! sólo en el cielo
El trueno contestaba mi gemido.

" Hoy ¡mísera de mí! bajo esta losa
Que el llanto de mi amor ha humedecido,
Y en donde el aura matinal solloza
El ángel de mi cielo está dormido.

" Ven le despierta con amante beso,
Le tornas á la vida con tu llanto;
Hazlo por el amor que te profeso,
Apiádate de mí que sufro tanto! "

Así me dijo, y abundantes lágrimas
De sus ojos enjutos vi brotar,
Que al resbalar por sus mejillas cárdenas
El rayo de la luna hizo brillar.

Yo no quise llamar al que dormia,
Que quien duerme en la tumba no despierta;
Mas al rayar la luz del nuevo dia
La madre junto al hijo estaba muerta.

1878.

A MEDELLIN DESDE SANTA HELENA.

POR ANTONIO JOSE DE TORO.

Dedicada al eminente poeta señor doctor Gregorio Gutiérrez G.

Italiam! Italiam! primus conclamat Acates.—VIRGILIO.

Llegamos ya de nuestro viaje al fin.
Mi alma se eleva de entusiasmo llena,
Ya de dolor ajena,
Al divisar risueño á Medellin
De tu altísima cumbre, Santa Helena!

Despues de tantos años que han pasado
Volvernos hoy á ver!
Tú siempre igual mirando hácia el Oriente,
Sobre bases eternas colocado,
Sin miedo á la vejez....!
Yo que, distante ya, cuán apartado
Del niño que dejaba indiferente,
Aquí, sobre tu frente,
Por despedida el polvo de tus piés!....
Ya en ese valle la mirada se hunde,
Y la niebla del éter cristalino
La extraviada vision ciega y confunde;
Pero del sol el rayo matutino
A descubrir alcanza
El áspero camino,
Y la ciudad se mira en lontananza.

Como el ave que al nido
Llega despues que la borrasca fiera
Los campos ha barrido;
Y encuentra con placer que la palmera,
De sus enhiestas ramas suspendido
Intacto le conserva hospitalaria;
Y alegre canta y su mejor plegaria
Da á los vientos gozosa;
Así al mirarte en mi ilusion dichosa
Mis labios para hablarte se entreabrieron,
Patria, Patria, dijeron,
Y la oracion de amor y de contento,
Que así te dirigió mi voz amante,
Se confundió con el rumor del viento.
A tus alturas perfumado asciende
El grato aroma que la brisa errante
De la azucena cándida desprende;
El rumor de la plácida corriente,
El arrullo amoroso, apasionado,
De la torcaz doliente.
La engañosa vision con que delira
La vírgen que suspira
Por el amante ausente,
A quien, tierna, su afecto ha consagrado;
Todo esto llega en confusion mezclado,
A acariciar tu poderosa frente.
Allí á tus piés tendida,
Reposa muelle la ciudad dormida
Con el aroma mágico embriagada,
De sus abiertas y pintadas flores,
De jazmines y adelfas coronada,
Por el eco dulcísimo arrullada
Y el canto de sus pardos ruiseñores.
Vive en su seno un pueblo poderoso,
Sencillo, virtuoso,
De renombrada prez y valentía,
Capaz por su vigor y su energía
De conquistar un puesto bien honroso,
Entre aquellos que alcanzan nombradía.

Él con genio fecundo,
Para ejemplo y leccion de las edades,
Sacará de entre el polvo allí ciudades
Que asombrarán con su poder al mundo.

Salud, oh Patria amada!
De naranjos y palmas adornada;
Dios derramó en tu seno la abundancia,
Y perfumó la flor de tus jardines;
Esparció en el ambiente su fragancia,
Fecundó tu valor y tu arrogancia,
Y te dió por mujeres serafines!
Bendita, tú, que abrigas en tu suelo
Cuanto hay de caro á mi filial ternura,
Que goces siempre la mayor ventura
Que pueda conceder piadoso el cielo;
Y por colmar mi anhelo,
Con indecible afan siempre deseado:
Que nunca falte en el altar bendito,
Al Dios de los cristianos levantado,
El incienso aromático, exquisito;
Ni el creyente jamas pasmado vea
Tremolando en su gótica capilla,
La enseña del error que al hombre humilla,
Ni el ara santa profanada sea
Donde mi tierna madre al cielo implora,
Con labio puro y corazon sincero,
(Madre á quien tu hijo adora)
Sola digna de ser la intercesora
Entre la airada faz de un Dios severo
Y el alma confundida y pecadora.
Que siempre traiga para ti la aurora
Placeres y contento,
Salud, felicidad, paz y alegría,
Y que vuele tu fama al firmamento.
Que siempre la industriosa
Abeja, de tus fértiles collados,
Una miel sin igual, pura y sabrosa,
A la de Himeto superior fabrique;
Y que de tus criaderos afamados
Extraiga siempre el pertinaz minero,
Con asiduo trabajo oro bastante,
Del que ofrece abundante,
Tu inagotable y pródigo venero;
Que el industrioso insecto libre pueda
Hilar la fina, la lustrosa seda;
Y que la tierra al labrador paciente
Vuelva centuplicada la simiente
Que á su seno prolífico confía;
Y que el viajero un dia,
Tras la senda difícil y espinosa,
Siempre estreche la mano de un amigo,
Y encuentre una sonrisa cariñosa
Y en tu regazo hospitalario abrigo.

Que jamas de tus vírgenes divinas,
La púdica mirada
Alcance á divisar la llamarada
Del vivac enemigo en tus colinas;
Antes que el invasor quede vencido,
Plegue entre el lodo sus banderas,
De Dios y de los hombres maldecido,
Y por el fuego celestial herido
Del rayo de tus altas cordilleras.
Pero si acaso en pavoroso dia
Tu suelo hollar el despotismo intenta,
Con negra tiranía,
Y darte quiere humillacion y afrenta,
Montaña colosal, deja tu asiento
Y rasga tu salvaje vestidura,
Y á la ciudad impura
A quien faltó la fe y el ardimiento
Que libertad procura,
Calcina con tu aliento,
Y vayan empujados por el viento,
Tus miembros á ocupar esa llanura!....

Medellin, 6 de enero de 1871.

SI YO FUERA DICTADOR!

POR RICARDO RESTREPO.

Parece que no hay sobre la tierra quién no abrigue en su corazon algun deseo. No hay muchacha, fea ó bonita, que no desee tener un novio fácilmente convertible en marido; no hay abogado ninguno que al hacer su primera defensa *de oficio*, no columbre el sillon presidencial de la República como mandado hacer para su uso especial; no hay versificador ni aspirante á poeta que no desee ver en todas las librerías, ricamente encuadernadas en seis ó más volúmenes, las bellísimas poesías que tiene intencion de componer. Yo soy más modesto que todos y me he contentado con desear ser dictador, pero dictador absoluto, aunque sólo fuera por unos pocos dias.

Está, pues, lanzada mi candidatura al público, y para que este ilustrado juez piense si le conviene darme su voto, voy á hacer una ligera enumeracion de algunas de las reformas á que consagraria de preferencia mi atencion y del modo como me vino á las mientes el hacerlas.

II.

Sabrá, pues, el lector que tengo de vecino á un viejo solteron que, ya que no tiene familia propia, ha querido formarse una con cuanto bicho desocupado hay en esta tierra, y que conoce á todo el mundo como si todo el mundo viviera con él en su casa. El bendito de don Sempronio las echa de amigo de las bellas letras; así es que está suscrito á to-

dos los periódicos literarios que se publican en nuestro país, los cuales recoge y colecciona cuidadosamente.

En dias pasados fuí á hacerle la visita y le pedí que me prestara algo qué leer. Don Sempronio me dijo que no tenia sino literatura nacional, pero que si queria podia llevar " El Jardin ", "La Brisa" y varios otros de los más afamados periódicos de nuestra tierra. Acepté la oferta y me llevé á casa los volúmenes ofrecidos.

Cuando estuve instalado en mi sillon, abrí al acaso la coleccion de uno de aquellos periódicos y en la primera página en que fijé los ojos encontré estos versos:

HASTIO Y DESENCANTO.

Cantar! cantar! Y para qué? Los lazos
Que al mundo me ligaban ya están rotos:
El mundo vil rompiólos en pedazos
Y yo encuentro en mi senda sólo abrojos.

Cantar! cantar cuando mi pecho herido
Un corazon despedazado encierra,
Que exhala melancólico gemido
Y desprecia los goces de la tierra!

Yo no puedo cantar! Aquí en mi pecho
Abierta está mi dolorosa herida:
Mi corazon, por el dolor deshecho,
Tan sólo aspira á la celeste vida.

En otro tiempo deliciosas notas
De mi sonora lira yo sacaba;
Más hoy sus cuerdas destempladas, rotas,
Tan sólo el llanto y el dolor exhalan.

Estar la vida comenzando apénas
Y ya sentir vacío el corazon!
Contar tan sólo desengaños, penas,
Y el porvenir mirar sin ilusion!

Esto es horrible! El pensamiento mio
Quiere ya huir del mundo y sus placeres,
Que el hombre siempre para mí fué impío
Y hallé sólo amargura en las mujeres!

Estos versos continuaban por este estilo y ocupaban tres ó cuatro páginas. Estaban firmados: *Arturo.*

—Pobre jóven! exclamé yo al leerlos. ¡Cuánto debe haber sufrido para estar tan desengañado del mundo! Cuántas veces habrá sido traicionado en su amistad y en su amor! Cuántos amores desgraciados habrá tenido, y cuántas veces habrá sentido su corazon desgarrado por el dolor, cuando se queja tan amargamente! Pobre jóven!

Y compadeciendo sinceramente al desdichado Arturo, tomé el libro y pasé á la casa de mi vecino don Sempronio.

—¿Qué tiene usted que viene con las lágrimas en los ojos? me preguntó al verme.

—Ah! señor don Sempronio, le dije. Acabo de leer unos versos que me han conmovido profundamente. ¿Sabe usted quién es Arturo, el autor de ellos? De seguro que será algun interesante jóven cuyo corazon haya sido horrible y lastimosamente martirizado por los desenga-

ños, los celos y los amores desgraciados! Pobre jóven, cuánto me interesa su historia!

Don Sempronio escuchó mis conmiseraciones con la risa en los labios, y luégo me dijo:

—Vaya! vecino, no sea tan cándido. Si esos versos son de Crispincito Ortúa, el hijo de don Gorgonio.

—De Crispin! exclamé yo entre sorprendido y chasqueado.

—Pero de qué diantres se queja si él jamas ha salido de tras de su mostrador? ¿Qué desengaños puede haber sufrido si no son los de encontrar que tal pieza que creia de treinta yardas no tenia sino veintiocho? ¿Qué atroces pasiones, qué amores desgraciados pueden haber desgarrado su corazon, si él apénas ha galanteado las *ñapangas* y las criadas que van á su tienda? Ah! Pero ya caigo. Ahora recuerdo que él estuvo haciéndole ojitos á doña Matea, la viuda cincuentona, la cual tuvo el buen juicio de no hacerle caso porque comprendió que los suspiros de Crispin no eran por ella ni por sus tuertos ojos, sino por la *cata de pesos del rey* que dizque tenia. ¿Serán esos los amargos desengaños que han llagado su corazon y matado su esperanza?

—Oigame usted, vecino, me dijo don Sempronio con aire magistral. Crispin es uno de tantos poetas que resultan de repente y que no saben más que llorar, por la sencilla razon de que eso es lo más fácil, pues para ello no se necesita habilidad ninguna. Deseosos de ver su nombre impreso y en boca del público, y no teniendo idea ninguna propia, se emperran á llorar con una gana que hace reir á cualquiera, y se lamentan de desengaños y sufrimientos que han leido en las novelas francesas. Para ellos esto es cosa de muy buen gusto, pues da al individuo un tinte de romanticismo y un aire de víctima que les parece encantador. Siempre los oirá usted quejándose de que el mundo tiene para ellos *sólo* espinas, los hombres *sólo* desengaños y amarguras Tanto hablan de *sólos*, que al oirlos cualquiera los tomaria por jugadores de tresillo. Y lo peor de todo es que la raza de los poetas llorones está aumentando de tal modo, que estamos como amenazados por una epidemia.

—Y qué remedio encuentra usted para evitarla?

—Por ahora no veo ninguno; pero *si yo fuera dictador* . . . .

—Y bien! qué haria usted?

—Si yo fuera dictador, haria que á cada poeta de los que lloran por puro gusto y por hacer bulla le metieran cincuenta azotes á calzon quitado, para dar motivo á sus lágrimas. Estoy seguro de que así se acabaria la cria.

—Magnífico me parece el remedio, le dije. Y pensando en el modo de aplicarlo, tomé el libro, me volví á casa, y seguí leyendo. (*)

(*) Hacia mucho tiempo que teniamos en nuestro escritorio el *cróquis* de esta crítica, cuando llegó á nuestro poder el notable artículo de Abel Karl titulado EL POETA LLORON, y que por primera vez leimos en la reproduccion que de él hizo "El Condor". Ante el escrito de aquel eminente literato, necesariamente parecera palido y frio todo lo que nosotros podamos decir, y de buena gana hubiéramos suprimido lo que va dicho si no fuera por el deseo de reunir aquí algunos de los más frecuentes pecados que contra el buen gusto y el buen sentido se cometen en nuestra incipiente literatura. Sirva esta explicacion para evitar el que se nos considere como usurpadores ó plagiarios.

II.

Pocas páginas de "El Jardin" habia volteado, cuando tropecé con otros versos que decian así:

LA SOCIEDAD Y EL POETA.

Como la flor que entre las piedras brota
Y entre las piedras ignorada crece,
Al viento dando su oloroso aroma,
Aunque el viento su aroma no merece;

Así tambien entre insensibles gentes
Su vida arrastra, mísera el poeta:
La sociedad su llanto no comprende,
Y en medio de ella el infeliz vegeta.

Canta, y sus cantos por el aire cruzan
Sin conmover la sociedad impía;
La sociedad que su alimento busca
Tan sólo en la materia torpe y fria.

Infame sociedad! Tú que condenas
A la inaccion el noble pensamiento!
Tú para quien el oro representa
Ilusiones y amor, dicha y contento!

Tú que desprecias la mision divina
Que Dios al hombre señaló en el mundo!
Tú que del alma y corazon te olvidas
Y apénas piensas en el oro inmundo!

Adora, sí, prostérnate de hinojos
Y reverencia el *sucio y vil metal!*
Ante el becerro humíllate, que es de oro,
Y él es tu caro y único ideal!

Y tú, poeta, genio predilecto,
Alza tu frente, entona tu cancion!
Desprecia el goce material, infecto,
Que tú eres alma, amor y corazon!

Estos versos estaban firmados *Tántalo*, y confieso que su lectura produjo en mí algo como el remordimiento de un gran delito y el pesar de una mala accion.

—Cómo! exclamaba yo para mis adentros, en presa de una santa indignacion; ¿es posible que exista en esta tierra un genio predilecto, un poeta que es todo alma y corazon, como parece ser el que modestamente oculta su nombre bajo el seudónimo de Tántalo, y que la sociedad no se haya acordado de él para ponerle una renta vitalicia que le permita olvidarse del estómago y consagrarse únicamente á enaltecer su espíritu? Ah infame sociedad! añadí entusiasmándome para mí solo; me avergüenzo de pertenecer á tí!

Y no queriendo que por mi culpa continuase Tántalo en la oscuridad, tomé el libro y me dirigí adonde don Sempronio, resuelto á poner á cubierto mi responsabilidad ó á hacer cesar aquella atroz injusticia.

—¿Es posible, le dije tomando un tono de orador sagrado que me pareció muy propio para la circunstancia, ¿es posible que entre nosotros exista un poeta de primer órden, un bardo "de alma grande y corazon bien puesto", uno de aquellos hombres que, llevando la abnegacion hasta

el sacrificio, se olvidan de sí mismos y consagran su existencia á la admiracion de la naturaleza, á la contemplacion de las obras del genio, arrullando dulcemente á la sociedad con sus armoniosos cantares y con las dulces notas de su cítara?.... ¿Es posible, señor don Sempronio, que tal hombre exista y que la torpe sociedad, de que para vergüenza nuestra hacemos parte usted y yo, no se apresure á tributarle el homenaje y las consideraciones que merece?

Don Sempronio abrió desmesuradamente los ojos y me miró como miraria el hombre á quien inopinadamente avisaran que en su casa se habia descubierto un potosí. Al fin me dijo:

—No sé de qué bardos, ni de qué cítaras me habla usted!

—Pues qué! No ha leido usted los versos de Tántalo? Tome, lea usted y dígame si hay cosa mas sentida que esas estrofas en que se pintan los dolores de una grande alma que la sociedad no comprende.

Don Sempronio tomó el libro, leyó dos ó tres versos, y prorumpiendo en una estrepitosa carcajada, me dijo:

—Vecino, por Dios! no sea usted tan cándido. Es posible que se deje comulgar con ruedas de molino? No conoce usted á Tántalo?

—Yo? nó; pero supongo que será algun Camóens, algun Tasso, alguno de esos genios á quienes solo la posteridad hace justicia.

—Qué genio, ni que pan caliente. El Tántalo de los versos no es otro que el chato Buitrago á quien usted debe conocer, pero cuya historia tal vez ignora y por eso voy á contársela en dos palabras. El chato Buitrago fué en años mui remotos un honrado *pacotillero* como hay tantos en esta tierra, pero con la añadidura de que desde entónces queria darse ínfulas de hombre de pro, y era el encargado de componer los sainetes y carteles con versos para las fiestas de su pueblo. A pocas vueltas resolvió que era mejor negocio quedarse con lo ajeno que trabajar para vivir, y entónces se declaró en quiebra. Guardó el dinero sonante, que era lo que más fácilmente podia esconder, y se presentó á sus acreedores entregándoles todos sus bienes, que consistian en un macho viejo, cuatro deudas perdidas y dos fondos de cobre. Con esto realizó una ganancia por lo ménos de diez mil pesos. En seguida se puso á jugar y á beber, dedicando sus ratos de ocio á insultar á esa infame sociedad que cometió con él la crueldad de fiarle con *tres seises* de plazo y á quien él esquilmó á su sabor, pero que ahora tenia la audacia de no querer dejarse robar otra vez. Hoy vive el chato Buitrago de petardos y de los despojos de algun pichon que de cuando en cuando va á que le ayude á libertarse del *vil metal;* pero como los pichones desplumables escasean más cada dia, de ahí vienen el enojo y la rabia del chato contra la sociedad.

—¿Con qué así está la cosa? exclamé yo mohino y consternado al ver desvanecidas mis ilusiones.

—Así, vecino; de modo que cuando encuentre más versos escritos en ese molde, vuelva la hoja y pase de seguido, para evitar otro chasco.

—Y hay muchos poetas de esa clase?

—Bastantes. Su número es mayor de lo que parece.

—Y no habrá modo de acabar con ellos?

—Yo no lo veo por ahora; *pero si yo fuera dictador....*

—Qué haria usted?

—Les haria seguir causa como á vagos y los enviaria á las orillas del Magdalena, á inmediaciones del camino carretero que el Gobierno piensa abrir. Allí podrian admirar las bellezas de la naturaleza y hacer con sus arpas y laudes toda la bulla que quisieran.

—Amen! contesté yo; y tomando el libro, volví á casa y continué hojeándolo.

III.

Encontré una multitud de versos por el estilo de las dos composiciones que dejo citadas; pero estando curado del deseo de leerlos, porque los dos chascos sufridos me habian hecho perder todas las ilusiones, los pasé por alto y fijé la atencion en el primer artículo en prosa que encontré. Decia así:

EL PRIMER AMOR.

Mi corazon estaba vacío.
Y desierto.
Ni una sola ilusion anidaba en él.
Ni lo iluminaba con sus dulces resplandores.
Era como un inmenso campo erial.
En donde ni una flor nace.
Donde apénas el césped brota y muere.
Porque el sol lo calcina con sus ardientes rayos,
Y agosta hasta los gérmenes de la vida.
Ay! pobre corazon mio!
El huracan del infortunio reinaba en él.
Como señor absoluto.
Sin encontrar obstáculo alguno.
Como domina el viento entre las tumbas.
Como la tempestad sobre los restos del naufragio.
Mi vida se deslizaba tristemente.
Sin emociones, sin dichas, sin placeres.
Tranquila y apacible en apariencia.
Pero con la calma dolorosa del letargo.
Como el agua dormida de un estanque.
Que se evapora y muere.
Porque no la agita el viento.
Así mi corazon iba á morir.
Por falta de ilusiones.
De esperanzas.
Mi alma iba á secarse.
Porque le faltaba un alma hermana.
Un alma que la comprendiera.
Que fuera su complemento.
Que se elevara con la mia al infinito.
A ese *más allá* que el pensamiento sueña.

Mi corazon necesitaba otro corazon.
Que latiera de acuerdo con el mio.
Que le infundiera nueva vida.
Como el rocío á la flor marchita.
Como el rayo del sol al ave herida.
Pero te vi!....
Y te amé.
Mi existencia se trasfiguró.
Brotó la vida en mi corazon exánime.
Como el agua de la roca herida por Moises.
Apareció ante mi vista un mundo nuevo.
Un mundo que ni siquiera habia soñado.
Vestido con los colores de la aurora.
Las flores tuvieron perfume.
Los astros luz.
El aire blanda brisa que susurrara dulcemente entre el follaje.
Los arroyos murmuraron sus amores.
Y los escucharon las flores de la orilla.
Embelesadas, ebrias de gozo.
El canto de las aves fué para mí dulce y armonioso.
La naturaleza renació.
Una luz celestial iluminó mi alma.
Y despertó mi corazon.
La luz de tu mirada!
La luz de tu mirada que encendió en mi alma algo desconocido.
Algo sobrenatural.
Algo incomprensible.
El amór!
....

Al llegar aquí me detuve sorprendido y me puse á ver el fin del artículo. Ya yo habia leido dos páginas en un momento, pero como el escrito era inmensamente largo, no me hallé con fuerzas para continuar.

—Qué diantres es esto? dije yo para mí. Serán versos? Así parece que fuera por los rengloncitos tan cortos; pero esto como que no tiene *compas*. Vamos donde don Sempronio á ver qué dice.

Y diciendo esto, tomé el libro y me encaminé á su casa.

—Vecino, le dije, vengo muy preocupado con una *cosa* que me encontré aquí y que no puedo imaginarme qué sea. Vea usted.

Y comencé á leerle; pero á la primera página me interrumpió con la risa de costumbre.

—Ja, ja, ja! exclamó; ya yo sé de lo que se trata. Con razon que ese modo de escribir le haya llamado la atencion, porque á la verdad es curioso.

—Pero, qué es eso? le pregunté: versos ó prosa?

—Ni lo uno ni lo otro; pero le explicaré lo que es y le diré algo acerca del orígen de esa innovacion. Hasta hace algunos años, todo el que tenia que escribir alguna cosa la escribia en el lenguaje usual, poniendo comas en donde se necesitaban y haciendo acápites en donde era justo y regular. Pero comenzaron á conocerse las obras de don José Sélgas en el país y á todo el mundo le dió la manía de imitar su estilo, creyendo que era cosa muy fácil y hacedera. Este estilo cortado, que tanto gusta en Sélgas, es un estilo *sui géneris*, por decirlo así; necesita un talento, un tino especial para usarlo con gracia, y sobre todo una gran abundancia de ideas para no caer en ridículo. Tome usted un artículo de Sélgas y léalo: en cada uno de esos cortos acápites encontrará una idea completa, independiente. Cada acápite no tiene con el que le sigue mas relacion que la que existe entre las partes de un todo homogéneo. Se puede decir que ese estilo es exclusivo de Sélgas, pues muy pocos han sabido usarlo con gracia y propiedad y sin caer en chocantes exageraciones. Si usted se pone á leer una novela de don Manuel Fernández y González, leerá con gusto dos ó tres capítulos; pero ese estilo tan cortado, y sobre todo tan mal cortado, cortado tan á destiempo, acabará por cansarlo y *empalagarlo* hasta el punto de hacerle botar el libro. En nuestra tierra los imitadores de Sélgas han tomado el rábano por las hojas, y creyendo que la gracia estaba en la forma material y no en el fondo, en la idea, han escrito de cualquier modo y luego se han puesto á repartir las frases y los renglones á la manera que un boticario hace *medios* de crémor, quitándole á un montoncito para añadirle á otro. De aquí ha resultado que se han suprimido absolutamente las comas para reemplazarlas con puntos finales, y que las mayúsculas han sido llamadas á un servicio inconstitucional y abusivo. Hoy se pone punto final y se comienza acápite con mucha frescura, en donde el sentido de la frase no permite ni siquiera una simple coma. El resultado de esta epidemia de puntos finales y mayúsculas, es que ya no se puede leer la mitad de lo que se escribe. Por lo ménos á mí me tiene tan aburrido ese modo de escribir, que si por mí fuera y *si yo fuera dictador* . . . .

—Qué haria usted?

—A todos esos escritores que nos dan una idea disuelta en cuatro páginas y en ochenta acápites, y que nos la propinan á poquitos como si temieran que se nos indigestara, los haria poner á rigurosa dieta y solo permitiria que se alimentaran con dósis homeopáticas, para que aprendieran á escribir *de corrido*, y no en ese estilo que pudiéramos llamar *de pujos*.

—Apruebo y corroboro, le dije; y tomando mi libro por tercera vez, volví á casa y me instalé nuevamente en mi butaca.

IV.

Escarmentado con tantas decepciones y con tantos chascos que me habia llevado, seguí distraidamente pasando revista á la coleccion de periódicos que me habia prestado don Sempronio. Encontré multitud de

versos por el estilo de "Hastío y desencanto" y de "La sociedad y el poeta"; una porcion de artículos en verso prosáico ó en prosa poética por el estilo de "El primer amor"; más de veinte sobre la educacion de la mujer, los cuales creí haber leido ya más de cuarenta veces con diferentes firmas (cosa que, entre paréntesis, me sucede con los editoriales de todos los periódicos políticos). Al fin hallé uno que por el gran número de comillas que tenia, me llamó la atencion, y me puse á leerlo. Hélo aquí:

EL CORAZON HUMANO.

"*To be or not to be: that is the question*". Y verdaderamente que tiene razon el cisne del Avon; porque, como dice nuestro inmortal Gregorio Gutiérrez, "el corazon del hombre es una lira dispuesta á producir cualquier sonido". El corazon! "ese eterno tirano de la inteligencia y rival de la razon", segun el inspirado pensamiento de Lamartine; ese abismo sin fondo, "ese misterio insondable é incomprensible" como lo llama D. Viana, tan oscuro como "las vagas voliciones de la síntesis humana" (1).... El corazon! hé aquí el estudio que los comprende todos y que todos los abarca, "múltiple trinidad cuyos elementos son el infinito y la inteligencia humana", como dice el cantor de la democracia, el inmortal desterrado de Guernesey.

¿Quién podrá descifrar los misterios que encierra "esa víscera tan pequeña y tan débil y que sin embargo dirige la suerte de la humanidad"? (2) ¿Quién, "armándose con el escalpelo de la insensibilidad", como dice Lemecier, podrá sondear las profundidades del corazon? Nadie, porque "querer comprender el corazon humano es como querer agotar el agua de un rio sacándola con una criba". (3)

Al llegar aquí no pude contenerme.

¿Qué diablos es esto? exclamé en voz alta. ¿Qué gracia tiene este modo de escribir tomando retazos de uno y de otro y añadiéndolos á modo de mantilla de vieja limosnera ó de colcha de muestras? Qué gracia tiene saber un disparate de Víctor Hugo, un absurdo de Parra, una cita de San Pablo, y luégo ajustarlos á un verso de Gutiérrez? Malhaya la gracia, y *si yo fuera dictador* . . . .

—¿Qué haria usted con esos *retaceros?* preguntó don Sempronio que me habia oido y que en este momento asomaba la cabeza.

Los haria vestir de papagayos ó de arlequines con trajes fabricados convenientemente de colchas de muestras, como las que usan nuestras campesinas, para que así aprendieran á juntar cosas que no deben juntarse y á hacer artículos á retazos.

—No me parece mal, me dijo mi vecino; pero oiga usted un artículo que me he encontrado en este periódico y que bien merece un poco de atencion.

V.

Yo me recosté en mi butaca lo mejor que pude. Don Sempronio sacó un papel y comenzó á leer:

LA MUJER Y EL POETA.

Fantasía.

LA MUJER.

Bardo sublime de la lira de oro! Abandona la mundanal mansion de los dolores, y, elevándote hasta los lindes del Empíreo en alas de tu ardiente fantasía, dirije tu mirada en derredor: ¿qué ves?

---

[1] Ricardo de la Parra.

[2] Schiller.

[3] San Pablo. Epístola á los corintios.

EL POETA.

Veo el espacio inmenso en que el alma, en sus raptos de entusiasmo, se lanza tras los destellos de la idea, y gira y se desvanece en vorágine terrible. Veo allá á lo léjos, sobre la tierra, la miserable humanidad en su tantálica tarea, debatiéndose entre las cadenas del error como entre un apretado círculo de hierro.

LA MUJER.

Retira tu vista de la torpe humanidad: levanta tu mirada y penetra hasta los más recónditos ámbitos de tu alma. Examina los arrebatos y los vuelos de tu corazon: qué ves?

EL POETA.

Mi alma asfixiada por el hastío de los placeres sublunares, solo anhela disfrutar de las dichas impalpables. Mi corazon, sumido en metafísica atonía, apénas es sensible á las irradiaciones místicas de un sér insustancial que no concibe.

LA MUJER.

Poeta del espiritualismo incoercible! Arroja de tu alma diamantina esa undívaga tristeza; remóntate en las alas de tu indomable espíritu hasta la mirífica region de los séres que no existen, de las pasiones imposibles, y contempla aún: qué ves?

EL POETA.

Veo una blanca vision que como nube diáfana se levanta sobre la aérea plataforma del pensamiento mio. Su presencia me causa una célica embriaguez que trasportándome á los ignotos espacios de la nada, opera en mi sér una trasfiguracion inmarcesible. Ah! te conozco! Eres, tú, mujer. Sí, tu voz seráfica es la que armoniosamente conmueve los tímpanos de mi alma; la celeste claridad de tu mirada es la que cristalizando mi existencia, hace que mi vida se evapore en armónicas exhalaciones ante ti. Sí! eres tú! Llévame contigo á las incorpóreas regiones en donde moras con tu padre, el Amor!

Hasta aquí pude oir á don Sempronio. Aquel estilo tan aéreo y tan sublime era para mí tan incomprensible, que, lo confieso para vergüenza mia, no pude entender nada absolutamente, y me pareció que estaba oyendo leer en griego.

Don Sempronio siguió leyendo; pero yo, poseído por un sueño irresistible, me quedé profundamente dormido y comencé á soñar.

Soñé que habiendo sido elevado por el voto unánime del pueblo á la dignidad de dictador absoluto, habia podido realizar los deseos que dejo manifestados anteriormente; y que para remate y colmo de mi gloria, habia hecho reunir á todos los poetas incomprensibles por demasiado sublimes, y poniéndolos en un globo sin válvula ni lastre alguno, los habia dejado remontarse en alas de su ardiente fantasía y en la barquilla del globo, hasta la region de las nebulosas y de lo infinito, en donde quedaban esperando víveres.

Medellin, 19 de marzo de 1871.

UNA LIMOSNA.

POR PEDRO A. ISAZA I C.

Señoras de la Sociedad del Sagrado Corazon de Jesus.

Yo sé que hay en esta tierra
Que el Aburra, lindo, baña
Una mísera cabaña
De una familia infeliz;
Ella tuvo en otro tiempo;
Hoy tiene.... miseria y duelo
Y alza sus ojos al cielo,
Porque no sabe pedir.

—

Hay dos ángeles, señoras,
Dos niñas, como dos rosas
Tiernas, frescas, pudorosas,
De la vida en el Abril;
Y esas niñas tienen hambre,
Y han vendido sus cabellos,
Ay! sus adornos más bellos,
Porque no saben pedir.

—

Hay un niño, pobre niño;
Que si despierta en el lecho,
De su madre busca el pecho
Con un anhelo febril;
Mas ¿qué le dará su madre,
Sino lágrimas y penas,
Sino hay ni sangre en sus venas,
Porque no sabe pedir?

—

Diariamente los mendigos
Se arrastran de puerta en puerta,
Y si encuentran una abierta
Sacian sus hambres allí;
Pero esa pobre familia
Tiene el mundo muy estrecho,
Se muere bajo su techo,
Porque no sabe pedir.

Hai ricos que en sus salones
Bajo su cielo dorado
No se acuerdan que á su lado
Muere de hambre el infeliz.
No recuerdan que hay mendigos
Que pululan como enjambre,
Mendigos que mueren de hambre,
Porque no saben pedir.

—

Con el último vestido
Del hijo de un potentado
Se viera el pobre abrigado
Y se creyera feliz;
Pero hay pobres.... La pobreza
Tiene rangos y se miden;
Hay mendigos que no piden,
Porque no saben pedir.

—

Mas vosotras, sí, vosotras,
Muy respetables matronas,
Que estais tejiendo coronas
Para la patria sin fin,
Recordad que en esta tierra
Que el Aburra, lindo, baña
Hay una pobre cabaña
Donde no saben pedir.

—

No es mi voz autorizada,
Soy un oscuro coplero,
Así lo comprendo.... pero
Yo no pido para mí,
Y como sé que vosotras
Socorreis al indigente,
Os recomiendo esa gente
Porque no sabe pedir.

Yarumito, 16 de Agosto de 1872.

RECUERDOS DE MI JUVENTUD.

El primer amor.

POR JUAN DE DIOS RESTREPO.

Querido lector: no tengais envidia á un Ministro de la Corte Suprema, ni á un Senador del Congreso, ni á un agiotista afortunado, ni á un candidato para la presidencia de la República; pero tened envidia

eso sí, con todas las fuerzas de vuestra alma, al primer estudiante de diez y ocho años que pase por la calle.

¡Qué bella edad es esa de diez y ocho años! Entónces todavía no lo han engañado á uno las mujeres, ni lo han esplotado los usureros, ni lo ha *mistificado* el destino! esa edad se tiene siempre una fada al dormirse que nos cierra los ojos con sus dedos de rosa, y otra igualmente bella que nos mira sonriendo al despertar. Decidle á esa alma sincera, afortunada y creyente que su querida es una coqueta, y os gritará–*mentira!*

Decid que sus amigos, sus compañeros de placeres, sus comensales de fonda, le voltearán la espalda el dia que le ayuden á comer su último escudo, y os responderá–*mentira!*

Decidle que dentro seis ú ocho años se volverá él pérfido, hipócrita, egoista, frio especulador como todos; que tendrá que resolverse á ser esplotado ó esplotador, víctima ó verdugo, y os replicará indignado–*mentira! mentira!*

Ese jóven, con el corazon repleto de creencias, de ilusiones, de generosidad y de ternura; con la frente tersa como un trozo de mármol bruñido, por un estatuario; con la mirada húmeda, brillante, entusiasmada; rico en tesoros físicos y morales, ese jóven es la verdadera criatura hecha á imágen de Dios: de los treinta para arriba el hombre deja de asemejarse á Dios para parecerse un poco al diablo.

Un estudiante no se contenta, como Rioja, con un libro y un amigo para ser dichoso: ademas del libro y del amigo necesita una querida, y bellos y resplandecientes castillos en España ¿Qué estudiante, por poca imaginacion que tenga, se ha contentado nunca con un destino vulgar? Cada uno se cree llamado á ser un gran poeta, un gran capitan, un orador de la fuerza de Mirabeau, ó un financiero removiendo millones. Nadie cuenta conque su lote en la vida será administrar una botellería, vender lienzos al menudeo en una tienda, confeccionar píldoras en una botica, ser secretario de una alcaldía ó maestro de escuela con veinticinco pesos mensuales.

El no vive casi en lo presente: se rie de las miserias actuales, con esa confianza suprema que tiene el porvenir.

Si en sus paseos al salto ó á Fusagasugá, se le cansa algun endeble rocinante ¡qué importa, dice, algun dia tendré caballos árabes!

Si su levita tiene rotos los codos, ó sus botas están torcidas, ó su camisa tiene un color indefinible, se consuela diciendo que esos son percances pasageros, pues pronto se vestirá como un dandi parisiense.

Si alguna muchacha, al ver su embrollada vestimenta, lo mira con desden, no se le da un bledo. Yo tendré un millon de pesos, exclama, y entónces todas se arrodillarán á mis piés.

Dos eran mis amigos más íntimos. El uno, á quien llamaré Emilio, tenia, como yo, de diez y ocho á diez y nueve años. Sus cabellos ensortijados, de un dorado pálido, rodeaban, como una auréola, su frente pensativa, de una blancura de jazmin: tenia ojos azules y formas de redondez casi femenina. Al verlo se conocia que era una naturaleza noble y delicada, pero que carecia de fuerza y de energía para luchar con la vida.

El otro, que me permitiré llamar Pepe, era un mozo tremendo. Ojos negros, nariz de ave de rapiña, pelo y bigotes lisos y tiesos como las espinas de un cerdo salvaje, mirada atrevida, músculos de hierro: todo revelaba en él al hombre de accion, de combate y de fuerza.

Pepe habia nacido rico; pero parientes de la escuela de Cain, teniendo por colaborador á su tutor, lo habian empobrecido hasta el punto de obligarlo la necesidad á buscar, en la edad en que todo hombre debe tener su situacion formada, el estéril y efímero recurso de un grado académico. En la época en que lo doy á conocer á mis lectores tenia ya veintisiete años Las desgracias de su juventud y las estafas de que habia sido víctima le habian inspirado un desprecio profundo por los hombres; y respecto á las mujeres profesaba las opiniones de un Bajá. Epicuro era á sus ojos el primero de los filósofos, Lúculo un hombre *comme il faut*, y don Juan Tenorio un personaje á quien se debia canonizar. Era, ademas, volteriano, y siempre tenia pronto un sarcasmo para turbar nuestra confianza y empañar nuestras más límpidas ilusiones.

Pepe era completamente positivo y un si es no es materialista. Preferia siempre una botella de vino y un buen *roastbeef* á una melodía de Lamartine y á un canto de Byron. Aborrecia, pues, la literatura como Napoleon á los ideólogos.

Cuando veia á Emilio arrullado con sus ensueños de poeta se amansaba los mostachos y exclamaba:

—Sigue en esa lucrativa ocupacion de alinear frases. Esto da compasion: el hombre ha nacido para la accion y no para pasar su vida haciendo renglones largos y renglones cortos. El dia que ménos pienses llegará un grasiento usurero á tu bohardilla, te hará reconocer ante un escribano, feo como un ogro, una prosáica obligacion que le has firmado, y te llevará, no al cielo sobre las alas de un serafin, sino á una cárcel inmunda.

Cuando yo le hablaba de cierta sílfide de la calle de la Carrera, que tenia el mal gusto de mirarme con desden, y de su madre que me hacia cara de oso, me daba este ú otro consejo semejante.

—Vestido de capote y con los codos rotos, no hay que pensar en las lindas mujeres. Ponte botas charoladas, levita á la moda, un reloj de cuarenta libras, diles que acabas de heredar veinticinco mil pesos, y que ha hecho testamento en tu favor una vieja tia que está ética, y entónces verás á la mamá blanda como un cordero, y á la ninfa dirigirte miradas de una ternura inefable.

Otras veces, hablándole Emilio y yo de los amigos que teniamos, de los convites que nos daban y de lo dulce y fácil que era la sociedad, Pepe nos decia, siempre amansando sus cerdosos mostachos:

—Yo me he rozado con los hombres y he quedado todo arañado, he metido las manos en el corazon de la sociedad y he corrido á lavármelas en un arroyo, porque las saqué llenas de lodo.

Este hombre nos hacia un daño horrible: su filosofía triste, desconsoladora, á veces cínica, quebrantaba nuestras más bellas creencias. Sinembargo, no podiamos separarnos de él: sus paradojas nos asustaban á veces, pero nos fascinaban siempre.

Emilio era más poeta, más soñador, más optimista que yo. Por desgracia, desde mi primera juventud he visto en la sociedad más espi-

nas que rosas y más sombras que luz. Emilio no soñaba un porvenir grande ni ruidoso, pero sí una existencia tranquila, calmada, llena de poesía y de amor.

Casarse con una linda muchacha en Bogotá, despues de acabar su carrera: retirarse con ella á su casa de campo en el Valle del Cauca: pasar allí sus dias cuidando sus vacas, entregado á ocupaciones campestres y paseándose con su amada bajo las ceibas, los naranjos, los madroños y las palmeras de su bello país: acostarse por la noche en una hamaca á aspirar las brisas perfumadas de los bosques, fumando cigarros miéntras ella preludiaria al son de la guitarra canciones de amor: hacer versos en sus horas perdidas, cuidar sus caballos y sus perros, entregarse á todas las voluptuosidades de la pereza, que tiene tanto atractivo en los climas calientes: educar sus hijos, idolatrar á su mujer, vivir dichoso y morir en paz, hé aquí el sueño dorado de Emilio.

—Voy á casarme, nos dijo un dia á Pepe y á mí.

—¡Imposible! respondió Pepe. Eso en todo tiempo es una calaverada. y á los diez i ocho años es una tontería. Y ¿en qué vergel encantado has encontrado esa flor maravillosa, que se alimenta con la brisa de los prados y el rocío del cielo? Pues supongo que un hombre tan ideal como tú no ha de buscar una mujer que coma y viva como todas, que haya tenido diez amantes ó siquiera pensamientos mundanales.

—Calla, demonio, respondió Emilio; cuando conozcas á Angélica te postrarás de hinojos ante ella. Si la inocencia se pierde en el mundo, que la vayan á buscar en su corazon. Las aguas de un arroyo, al salir de las grietas de una peña, no son tan puras y límpidas como su alma. Yo soy su primer amor, me ha dicho anoche llorando de ternura.

—Eso es bueno! Lo mismo me dijo ayer una *mercachifla* de cuarenta años á quien estoy galanteando en la tercera calle real. Para las mujeres todo amor pasado es como si no hubiera existido; y por medio de una atrevida metáfora sostienen que el presente es el primero y el único. Despues que una mujer pasa de los quince, hay dos cosas que no confiesa jamas: los años que cuenta y los amores que ha tenido.

—Si yo creyera verdaderas tus absurdas teorías, me daria un tiro, respondió Emilio. Yo creo en la inocencia de Angélica como creo en la luz, como creo en el cielo, como creo en Dios.

—Dentro de seis años te reirás de toda esa gerigonza sentimental. Y ¿puede saberse la edad que tiene tu bella?

—Quince años.

—Otra tontería, añadió Pepe. Tésis general: no se casen ustedes jamas con mujer de quince años. A esta edad las mujeres no son mujeres: imposible adivinar si serán unas Lucrecias ó unas Mesalinas. Busquen mujeres que tengan sus pasiones, sus gustos, sus vicios y sus caprichos ya formados. A los quince años no hay clave ninguna para leer en su corazon y descifrar el enigma de su carácter. Y en cuanto al placer que haya en tener relaciones con ellas, yo lo niego: las mujeres de quince años me causan un fastidio soberano.

—Será todo lo que tú quieras; pero yo me caso con una muchacha de quince años. Buscaba el primer amor de una mujer, y ya puedo decir *eureka*, como Arquimédes.

—No te casarás, replicó Pepe con su dogmatismo habitual.

—Eso es ya demasiado: soy solo en el mundo, y no tengo que dar cuenta de mis acciones sino á Dios.

—Una apuesta, le dijo Pepe. No te comprometas con esa muchacha hasta de aquí á un mes. Para la noche ántes, manda preparar donde François una cena magnífica: procura que no falte nada: un estudiante económico seria una cosa monstruosa. Si despues de la última copa de champaña insistes en casarte, yo pago la cena; si, al contrario, renuncias á este proyecto, la pagas tú.

—Convenido! respondió Emilio.

En la noche fijada, á las diez en punto, subimos al salon de la fonda de François, donde debiamos cenar á puerta cerrada. Viandas suculentas y vinos calorosos de España, que los ingleses, terciándoles con brandy ántes de esportarlos, vuelven más ardientes todavía, ocupaban la mesa. El champaña estaba allí tambien esperando la hora de las paradojas y de la ruidosa conversacion. Cuando uno despues lleva en una aldea de provincia esa vida de templanza, que haria honor á un cenobita; cuando tiene qué contemporizar con los honrados vecinos de su pueblo, bebiendo como ellos siempre agua pura de las fuentes para no pasar por crapuloso ó disipado, y acostarse á las nueve para no sentar plaza de licencioso, entónces suele recordar algunas veces, con un placer indefinible, esas cenas borrascosas en Bogotá. Tengo graves sospechas de que San Agustin, aburrido de mantenerse con pan y agua en el desierto, recordaba con delicia pecaminosa sus orgías de Roma.

Nosotros devorábamos con el apetito que tiene un usurero el dia que come en casa de un amigo. Despues de satisfacer la primer hambre empezó á animarse la conversacion, y Pepe preguntó á Emilio si insistia en su casamiento.

—Siempre! respondió.

Pepe tomó entónces un vaso, lo llenó de champaña hasta el borde, y brindó por los quintos amores de Angélica.

Emilio saltó en su asiento como si lo hubiera picado un escorpion. —¡Calumniador! exclamó pálido de cólera, y le arrojó á la cara una botella que se rompió contra la pared.

Pepe, como Temístocles, le respondió con una sangre fria desesperante:

—Pega, pero escucha.

Entónces se subió sobre un taburete, como quien va á arengar; metió su ancha y musculosa mano en el bolsillo de su paletó, sacó unos papeles que puso sobre la mesa, y exclamó:

—Hasta ahora todos los que han publicado la verdad han sido crucificados; pero ninguno ha quedado contuso por lisonjear las preocupaciones de un pueblo ó los caprichos de un hombre. Yo he querido salvarte, y para esto me he tomado la pena de galantear durante un mes á Laura, la hermana mayor de tu querida. Ella, por complacerme, me ha entregado, para devolvérselas mañana, estas prendas que pertenecen á Angélica, tu vírgen de los primeros amores. Para un futuro son documentos históricos de un valor inestimable.

Mira: esta es una carta ternísima que le dirigió un orejon, dándole gracias por una trenza de pelo que ella le habia mandado.

Este otro papel contiene unos versos macarrónicos que le dirigió un teólogo, en que habla con la uncion de un futuro predicador, de un beso enteramente ortodojo que obtuvo en cierta cita.

Este anillo tiene la cifra de un capitan; y si es de lanceros, como sospecho, las cosas se ponen de malísima data.

Este otro es un billete exótico que hace tres años le mandó un cachifo.

—Oh! qué horror! exclamó Emilio casi desmayado, pero enteramente convencido.

—Valor! mi querido, le dijo Pepe. Llena tu copa de vino, consuelo supremo de los hombres gastados y de las almas desengañadas. El champaña vale más que un amigo, vale más que una querida: no engaña nunca y alegra siempre. El champaña es mejor remedio para los dolores morales que los consuelos de un religioso y que las monótonas máximas de un filósofo estóico.

La fisonomía naturalmente pálida de Pepe se puso lívida. Parecia que todas las tristezas, las amarguras, los desengaños de su vida pasada se le habian venido, como un tropel de fantasmas, á la memoria, pronunciando esas horribles palabras.

La cena, que duró mucho, le costó un caudal á Emilio; al otro dia amaneció doblemente pobre, sin ilusiones y sin plata.

Hace cuatro años me escribió de su hacienda del Cauca, entre otras cosas, lo siguiente:

"Al fin, querido Emiro, voy á casarme. Despues de aquella terrible cena que tuvimos con Pepe he profesado enemistad á las mujeres, pero á estas amables y peligrosas criaturas no se les puede jurar, como Aníbal á los romanos, odio eterno. En estos pueblos de provincia es preciso casarse para introducir alguna novedad en la vida, para aburrirse en compañía de áiguien. Pero he abandonado esa tontería de buscar el primer amor de una mujer. La mujer es una criatura esencialmente afectuosa, y la que ha tenido más amores no prueba sino que es más tierna que las otras. Encontrar una mujer que no haya amado á nadie es tan difícil como descubrir la cuadratura del círculo, ó el movimiento perpetuo. Me caso con una muchacha clásica, positiva, nada vaporosa y que ignora absolutamente dónde tiene los nervios. Preguntándole cuántos amores habia tenido, incurrió en la estupenda franqueza de decirme que dos ó tres pequeñas pasiones, pero que la que sentia por mí era la más fuerte, y que sobre todo seria la última. ¡Dios la sostenga en esta heróica resolucion! Dentro de quince dias estaré casado."

Hasta más ver, querido lector.

A JOSE EUSEBIO CARO.

POR DOMINGO DIAZ GRANADOS.

I.

Señora de los vientos y el espacio,
Intrépida y veloz en su carrera,
Tiende su vuelo el águila altanera
De súbito relámpago al trasluz.

Nacida entre las negras tempestades,
Sobre ellas alza con desden la frente;
Del sol nutrida con el fuego ardiente,
Va tras las nubes á buscar su luz.

Soberana gentil de la montaña,
De roca en roca por sus faldas sube;
Reina del viento, desde el alta nube
Mide la inmensidad de su poder.

Vedla cruzar los aires arrogante,
Queriendo sondëar el infinito!
Vedla mirar al sol de hito en hito;
Vedla sus alas con quietud cerner!

¿Quién detendrá su vuelo cuando osada
Se precipita en medio al torbellino?
¿Quién alzará una valla en su camino
Si se lanza al abismo aterrador?

Mas ved!-Ya posa en la remota encina
Mirando con orgullo su grandeza;
Miéntras la asecha oculto en la maleza
Con ojo ansioso el ágil cazador.

Al estallido súbito del arma,
Bañada en sangre, se despeña al suelo,
Y espira allí la emperatriz del cielo,
Rindiendo su vigor, su juventud.

La muerte! Noche eterna sin aurora
En cuya sombra al fin nos perderemos!
Mar cuyas ondas de cruzar tenemos,
Sin más barco que un mísero ataud!

La muerte! Ocaso triste y nebuloso
Donde termina el curso de los séres!
Region sin luz, sin goces, sin placeres,
Sin árbol, brisa, manantial, ni flor!

La muerte! Hórrido, inmenso precipicio
Do la grandeza y el poder se hunden;
Donde en eterna niebla se confunden
Dicha, ilusiones, esperanza, amor!

II.

Y tú, noble cantor americano,
Hijo del Genio, espléndido poeta,
Águila audaz que en tu carrera inquieta
Sorprendiste de Dios la alta region!

En dónde estás? Por qué tus fuertes alas
No baten ya la atmósfera ligera?
¿Por qué del genio á la brillante esfera
No subes á beber la inspiracion?

¿Quién apagó de tu vigor la llama,
Y á tus ojos robó la viva lumbre?
Quién escaló de tu mansion la cumbre?
Quién profanó tu nido de laurel?

Ah! sí! la muerte inexorable, fiera,
Clavó en tu frente el dardo de su encono:
Reina altanera, te arrancó del trono
Y al hondo abismo te lanzó con él.

Oh! ley tremenda! La beldad, el genio,
Toda sublime aparicion del cielo,
Apénas brilla, cuando denso velo
Eclipsa para siempre su esplendor!

Sol, de la vida en el espacio alzado,
Lo inundabas de luz y poesía;
Llegó la noche tormentosa, fria,
Y anubló tu horizonte encantador.

Allá en remoto y abrasado clima,
Del cielo azul de Tequendama léjos,
Como del sol muriente los reflejos
La antorcha de tu genio se apagó.

Y sin brillantes arreboles de oro,
Y envuelto en las tinieblas del misterio,
Rápido te lanzaste á otro hemisferio,
Y el mar tus voces últimas oyó!

III

Tuviera los acordes de tu laüd romántico,
Tuviera, noble bardo! tu númen creador,
Tuviera tu entusiasmo para lanzar mi cántico
A la funesta playa del proceloso Atlántico
Donde apagó la muerte tu fuego abrasador!

Cruzara por mi espíritu el resplandor científico,
Que alzó tu pensamiento del genio á la region;
Tuviera alguna hoja de tu laurel magnífico,
Para cantarte, uniendo mi voz al mar terrífico
Que al pié de tu sepulcro te eleva su oracion!

Entónces te cantara con voz potente, atlética,
Con el calor que imprime la juventud audaz;
Entónces, alumbrándome tu inspiracion poética,
Te enviara hasta los cielos en mi ansiedad frenética
De mi sonante cítara la vibracion fugaz!

Mas yo, cantor sin númen, en mi ambicion quimérica,
No tengo para darte, la ofrenda de una flor;
No tengo lira de oro, ni inspiracion homérica
Para cantar el nombre del bardo de la América
Que en alas de su genio se alzó como el condor.

IV.

Duerme en tu fosa, al borde de los mares,
Bajo una tosca y olvidada cruz;
Susurra aün el aura tus cantares;
Queda en el cielo el rastro de tu luz!

Tu nombre en los anales de la gloria
Escrito en letras de diamante está;
Que del poeta la doliente historia
Del olvido en la noche brillará.

Duerme en tu fosa, bardo desgraciado,
Al arrullo magnífico del mar!
Mi canto sin compas, desacordado,
No irá tu sueño fúnebre á turbar!

Adios!—Perdona al trovador oscuro
Que en tono tan humilde te cantó;
El sentimiento que abrigó fué puro,
Y el brillo de tu gloria le inspiró.

LA CARIDAD.

POR BENITO URIBE.

(Discurso pronunciado en la Sociedad Católica de Medellin).

Señores:

Me he acostumbrado á la idea, de que hacer, componer ó arreglar un discurso, es cosa muy difícil.

Y á la verdad, me hubiera sido casi imposible presentarme ahora ante tan escogida y respetable concurrencia, si no se me hubiera ocurrido hacer algo que no fuera discurso, algo á lo que pudiera dársele otro nombre: el más propio escrito, artículo si se quiere, oracion ó como vosotros lo querais llamar.

Pero esta oracion, este artículo ó este escrito no contendrá bellezas, nó; que sólo la ciencia conocedora de los perfiles y de las sombras de la naturaleza, de las obras de Dios, sabe revelarlas.

Mi escrito será como uno de esos tantos que abundan, plantas silvestres crecidas á orillas de una ciénaga, ó en la grieta de una peña, ó á la raíz de un árbol, pero siempre ocultas entre riscos y malezas, sin sol, sin aire puro, sin brisas ni rocío, que ni crecen, ni fructifican, ni florecen.

Mi escrito será prólogo de una obra, primera página de un libro, una hoja de cualquier folleto, pero no será la elegante y florida composicion retórica, llena de figuras que hablen á las pasiones, que cautiven, conmuevan, suspendan, arrebaten, exalten y maravillen á un auditorio. Mi escrito será, pues, un escrito, pero no será un discurso.

Al ocupar, señores, esta tribuna, vengo como creyente.

Miembro activo de esta honorable Sociedad, no he podido tener para mi escrito sino el tema obligado de todo buen católico:

Su Religion y su Iglesia.

La Religion con su Dios ; la Iglesia con sus Ministros.

La Religion fuente de consuelos, de promesas y de esperanzas.

Dios, con su Omnipotencia y con su gloria.

La Iglesia con sus santos, sus doctores, sus confesores y sus mártires ; sus doctrinas, sus oraciones y sus plegarias.

Sus Ministros con las llaves del cielo, con su palabra infalible, con el perdon de nuestros pecados, con su virtud, con su abnegacion, con su humildad y su pobreza.

La Religion con su moral y la Iglesia con sus enseñanzas.

La Religion con su fe y la Iglesia con sus dogmas.

La Religion y la Iglesia con sus esperanzas.

La Religion y la Iglesia con su *caridad!*

Con la *caridad*, señores, ese precioso jiron de la túnica de Jesus, que, Redentor muriendo humilde en una cruz, nos dejara de bandera encima de los muros del Catolicismo, para que flameante apareciera como arma segura para vencer á los enemigos de su Padre y de su Iglesia.

Dejemos á los impíos y materialistas, pretendidos filósofos del siglo, buscar en el polvo de las viejas librerías, entre el archivo ya deshecho de los tiempos que pasaron, argumentos . . . . no argumentos . . . . . que mentiras y sólo falsedades encierra el pergamino desteñido de los apóstatas de antaño.

Dejemos á los socialistas de hoy en lo oscuro de sus subterráneos con sus garrafas de aceite y preparando las teas con que pretenden alumbrar las ruinas de la civilizacion cristiana; dejémoslos recogiendo, amontonando las piedras con que quieren derribar al autor del mundo; dejémoslos, que no saben que la llama del petróleo se apaga al suave y tenue viento que sopla por las claraboyas de los cláustros, ó con la gota de agua que arroja la bomba de una ermita; no saben, ay ! que las piedras que recogen son sacadas á los cimientos del edificio que va á desplomarse sobre ellos, ocultando con sus ruinas los secretos pavorosos de los enemigos de la humanidad!

Dejemos al orgulloso Piamontes, cernerse como el águila sobre las alturas del Vaticano, y pensemos sólo con el ejemplo de Luzbel, en el lugar terrible destinado á los rebeldes y á los réprobos!

Olvidémosnos de los heresiarcas y enciclopedistas de ayer, y no nos ocupemos de los heresiarcas y enciclopedistas de hoy ; el recuerdo pavoroso de los malos del siglo XVIII se pierde, se confunde con el ruido gemebundo que en las fraguas, con el ayunque y el martillo, fabricando lanzas y quebrando piedras se deja oir como bomba que ya estalla, matadora de los malos del siglo XIX!

En bufete más elevado y guardando ya la pluma con que corrigieron los errores que más tarde hubieran de escribir d'Alambert, Diderot y Juan Jacobo, se presentan los Ambrosios, los Agustinos y los Crisóstomos !

Despreciemos el mal que pueda venírnos del testimonio que den las tumbas de los que el mundo, corrompido con su fama, llama grandes; solitaria y humilde, pero llena de majestad y de gloria se levanta en las alturas la sacrosanta tumba de Jesus !

Dejemos á los Gobiernos ateos, navegantes sin brújula, aguardar solitarios en el mar el primer relámpago, que no les alumbrará por cierto el puerto seguro á que arriban los protegidos de la Divinidad!

No nos asusten las banderas, que nosotros tenemos la cruz! Al casco y á la lanza podemos oponerles, con ventaja, la tiara y el hisopo!

Nuestra religion no necesita comentarios.

Jesucristo y su Iglesia no necesitan defensores.

Las glorias de Dios las canta la naturaleza.

El globo que se eleva y la hoja que cae; la brisa que refresca y el *simoun* que abrasa; la tierra que nos da albergue, y el fuego y el rayo y el terremoto que todo lo destruyen; el grano de arena y la piedra grande; el insecto, la hormiga, el pez, el pájaro, la estrella, la fuente, el rio, el mar, el océano con sus brumas y sus tempestades, con su serenidad y su bonanza; el estambre, el pétalo y la corola de la flor con su perfume y su belleza, el hombre con su entusiasmo y la mujer con su ternura y sus encantos . . . . todo, todo levanta un himno de admiracion y de amor al Creador de tanta maravilla!

El Catolicismo para vencer no necesita luchar. El porvenir siempre le ha pertenecido.

Todos sus problemas que son siempre de presente, se resuelven por medio de una sola fórmula. ¡ La *Caridad!*

Si el Cristianismo es grande porque civiliza, es más hermoso porque consuela.

Si las fórmulas y los ritos de los cristianos seducen, su amor al prójimo y su caridad para con el desgraciado, arrastran.

Si el Catolicismo por su ciencia se hace admirar, por su amor se hace querer.

Si por su fe peleamos, por su amor morimos!

El salmo y la oracion cantados en el sagrado recinto del más famoso de los templos cristianos, con el más armonioso y dulce coro que haya dejado jamas oirse, repercutiéndose bajo los arcos gigantescos y la soberbia cúpula de San Pedro, en Roma, no es ofrenda más pura ni plegaria más digna que "El Dios se lo pague" de la madre atribulada que en el húmedo rincon de una oscura bohardilla recibe la jerga, el pan y la lumbre que han de reanimar á su hija ya desfallecida y moribunda!

Se adelanta más en el camino del cielo, saliendo del poblado á la vereda, llevando la limosna que ha de consolar á un desgraciado, que saliendo de remotas tierras con las sandalias y el baston de peregrino en busca de recuerdos y de emociones santas, á contemplar con los ojos llorosos y el corazon desfallecido los lugares sagrados que el Hijo de Dios hiciera admirables con su pasion y con su muerte!

La Historia y los anales científicos del Catolicismo no hablan más alto en su favor, que uno solo de esos asilos de los enfermos pobres, que él protege, en que los miserables de la tierra, los desheredados del mundo encuentran un alivio en sus dolores y un término para sus males, sus congojas y sus lágrimas; una de esas casas benditas en cuyo techo hay una cruz y en cuyo recinto no se encuentran sino altares levantados por el Cristianismo, que bajo la forma de una mujer de toca blanca, lava las heridas y cura las llagas de la desgracia, que trasformada en leproso y en mendigo, esquiva cubrirse con la sábana de lino que le ofre-

cen, hallándola en su dolor y su pobreza, bastante suave, pero tambien demasiado rica para cubrir sus infortunios!

La Biblia, señores, con toda su grandeza, siempre la hallamos más sublime con las bienaventuranzas del sermon de la montaña, que con los truenos y relámpagos del Sinai, cuando Moises lleno de pompa y majestad entregaba á su pueblo las tablas de la ley!

San Vicente de Paul, ocultando, para dar calor entre su capa, al huérfano recien nacido, no es ménos grande que el San Juan de los Evangelios escribiendo el Apocalipsis, ó que San Pablo dirigiendo sus epístolas á los de Corinto y á los de Efeso.

Y es por todo esto que se explica, por lo que la Sociedad Católica de Medellin, sin descuidar las enseñanzas, no se ha olvidado de la caridad.

Ella tiene socios que estudien y que piensen, que mediten y que ilustren.

Y tiene socios que consuelen al que sufra, que alienten al que desfallezca, que reanimen al afligido y que enjuguen las lágrimas del desgraciado.

Ella tiene su Seccion docente y su Seccion de beneficencia.

La una, la primera, será digna por su ciencia.

La otra, la segunda, será grande por su amor!

La una se recomienda por los medios de que se vale.

La otra se recomienda por los fines que se propone.

La Seccion docente nos traerá gloria.

Pero la Seccion de beneficencia, siempre buscadora de consuelos, nos traerá bendiciones, bendiciones de la posteridad!

Aguardemos, dice el apóstol.

EL FINAL DE UN PROCESO.

POR JUAN JOSE MOLINA.

A mi distinguido amigo F. de P. Muñoz.

I.

Lo que voy á referir ocurrió en el año de 1860.

Concluia yo mis estudios de Derecho á tiempo que principiaba la larga y funesta guerra de los tres años, que dejó exangüe y aniquilada la República. El huracan de las pasiones desencadenadas batia sus olas desde las frias mesetas de Pasto, hasta las ardientes arenas del Atlántico; voces extrañas, salidas del abismo se repetian en ondas sonorosas por los ámbitos del país, y todos pronosticaban largos dias de luto y de exterminio para la Patria.

Y sinembargo, yo lo veia todo de color de rosa, porque vislumbraba el mundo tras el mágico prisma del entusiasmo juvenil; á mi vista se desarrollaban largas y encantadoras lontananzas y la poesía de mi corazon irradiaba é iluminaba todos los horizontes de la vida! Felices dias! gratos

recuerdos de fugaces horas de ventura, aún volveis á mi memoria en horas de duelo y de amargura!

El mundo me pertenecia; entraba en él con paso seguro y con la mirada serena, henchido de esperanzas y me arrojaba lleno de alegría hácia un risueño porvenir. Me parecia que con una frente limpia, que con un corazon sin odios, que con voluntad enérgica y una conducta digna se me allanarian todas las dificultades del camino, y me serian accesibles todas las eminencias. Creia entónces en la sociedad y giraba sobre el porvenir! La fe, suave perfume de la vida y misterioso adorno de la juventud, llenaba por completo mi corazon.

Corria el año de 1860.

Un amigo de colegio, Ricardo que habia emprendido su vuelo primero que yo, me encontró en esos dias de vacilacion cuando no habia tomado aún mi rumbo, y me invitó con instancia lo acompañara por un mes al pueblo de su residencia.

Acepté, seguro de causar un positivo placer á Ricardo, y para cerrar con esas vacaciones la serie de mis dias sin cuidados ni afanes de ninguna especie.

Ricardo era y es uno de mis mejores amigos. De carácter levantado, de naturaleza ardiente é impresionable; y al mismo tiempo sufrido, se resignó fácilmente á llevar una vida sencilla en un pueblo de reducida sociedad. Se hizo comerciante en pequeño, como su padre, y á fuerza de laboriosidad, de honradez y economía se ha creado una fortuna regular que goza con la dulce serenidad de los caractéres bien puestos.

Hoy dia su corazon es jóven como en los felices dias de colegio, y los años y las revoluciones se han deslizado por encima de él, como el agua sobre el mármol, sin dejar señal alguna.

Acepté su oferta con agradecimiento y lo seguí. Me halagaba la idea de vivir un mes libre de todo cuidado y en el más *dolce far niente* del espíritu. Queria, por otra parte, recoger mis impresiones de viaje y hacer algun estudio de esa poblacion bajo todos sus aspectos, por si en ocasiones más propicias pudiera extenderlo á otras localidades del Estado.

Partimos en un lúnes, lo recuerdo como si fuera hoy. ¿Quién ha olvidado la primera escursion léjos del hogar paterno?

Ricardo me profesaba un cariño entrañable, le seducian probablemente mi candidez y bonhomía y cierta delicadeza de sentimientos que él llamaba mi virginidad de corazon.

Gastamos el dia en el viaje. Un hermoso dia de verano en que todo era perfume, brillo y esplendor, uno de esos dias en que la naturaleza unísona con nuestros corazones canta un idilio suave y melodioso al Supremo Creador del mundo y de los espacios.

Llegamos al pueblo á tiempo que los últimos rayos del astro rey se desvanecian en el horizonte; poco á poco se borraron los esplendores y los tintes leonados de oro rutilante, cambiándose por los pálidos colores de la plata, y la noche suave, tranquila, serena, invadió el horizonte tiñéndolo todo con reflejos de perla como la luz láctea de los ópalos.

Durante el camino Ricardo me hizo una extensa relacion acerca de las personas que debia tratar y me inició en las costumbres de la sociedad que debia cultivar.

II.

El pueblo de *** queda en una pequeña falda, muellemente reclinada á orillas de un riachuelo; es eminentemente agrícola y el panorama que presentan sus sembrados y casitas de campo es en extremo agradable; la vida circula allí con la exuberancia característica de los países tropicales.

Innecesario será decir que quedé encantado al aspecto del pueblo y que tan luégo como conocí las costumbres sencillas y hospitalarias de sus habitantes y así que gocé la dulce paz que allí reinaba, le guardé un afecto tierno que los años y la ausencia no han debilitado en manera alguna.

Todo lo visité, y contra mi carácter trabé relaciones con todos los amigos de Ricardo. He tenido despues ocasion de observar en algunas personas de mi conocimiento y en mi propia persona el cambio de carácter que se nota en el medellinense cuando sale de la atmósfera del Valle.

Entre mis nuevos amigos habia uno que me llamaba la atencion por más de un motivo; se llamaba Felipe y pertenecia á la mejor sociedad del pueblo. Era un rico campesino del tipo primitivo, franco, generoso, sumamente activo y emprendedor; no descansaba en sus faenas, pero estaba pronto á cualquiera empresa de utilidad general, á toda fiesta de amigos y á toda accion caritativa y noble; la condescendencia era el fondo y el marco de su carácter.

Me trató con cariño y yo le devolví los mismos sentimientos apoyado en mi corazon que nunca me ha engañado; pronto fuimos amigos. La honradez y la lealtad brillaban en su semblante y era imposible tratarlo sin que se le amase; era una de esas naturalezas buenas que tienen una atmósfera nociva al mal.

Acercándose la época de mi regreso, quiso Felipe (diré mejor, don Felipe, porque era hombre de edad y á quien era preciso tratar con respeto) quiso don Felipe procurarme una agradable sorpresa preparando para festejarme, una cacería de venado que me era completamente desconocida.

El hizo todos los preparativos del caso con la actividad y delicadeza propias de su carácter.

Para que la fiesta fuera completa se dispuso que iriamos á dormir á la "Boca del monte" y que amaneceriamos á dos pasos del teatro de la cacería. En el lenguaje de los vigorosos hombres de accion que desconocen la vida muelle de las grandes ciudades los pasos se traducen por leguas y áun así, dos pasos son algo más de dos leguas.

Se hizo la lista de los invitados, se recogieron los mejores perros de caza de dos leguas á la redonda, se envió una abundante provision de víveres á la casita que se halla en la "Boca del monte", y, lúnes á las cuatro de la tarde, 6 de Agosto de 1860, emprendimos la marcha hácia el punto convenido.

Era una tarde serena y tranquila, tarde de verano, segun la expresion vulgar, poblada de armonías y llena de suaves resplandores que iluminaba deliciosamente el pueblecito. Las nubes pasaban por encima de mi cabeza, diáfanas, ligeras, libres en el cielo puro con el ala abierta desafiando el soplo de la tempestad que no se veia en lontananza. Nuestra alegría irradiaba, era llegado para nosotros el turno de esas horas bende-

cidas en que las preocupaciones y los cuidados se eclipsan y la vida pasa por encima, suavemente, sin hacernos sentir su pesadumbre. Estos instantes son raros y Dios los concede para hacernos soportables los demas.

Era mi primera cacería de venado!

Hay recuerdos, hay impresiones que nunca se borrarán de la memoria porque están grabados con el agua fuerte de los más inefables arrobamientos.

Los ladridos de los perros, la tumultuosa alegría de los cazadores, la belleza del paisaje y la suave serenidad de la tarde me llenaban de alegría.

Llegamos á la entrada la noche á la casita en que debiamos dormir. Los primeros momentos fueron consagrados por completo á los arreglos de instalacion, pero puesta cada cosa en su lugar, recogidos los perros en la corraleja y preparados los lechos, nos reunimos al rededor de la lumbre á la espectativa de una cena suculenta, y á gozar de la suave intimidad de la charla general.

De las diez ó doce personas qne formábamos el cenáculo, Ricardo era el tenor de la conversacion, don Felipe era tambien muy locuaz, pero no tenia la gracia y la originalidad de aquél.

Un cuñado de don Felipe á quien llamaré Cárlos, porque debo callar su nombre verdadero, se habia retirado á descansar porque estaba fatigado. Era el único que no participaba de la alegría general, y si habia concurrido á la cacería lo habia hecho por pura condescendencia: no era aficionado á esas fiestas.

Su esposa, hermana de don Felipe, era una señora de altísima importancia, de trato afable y fino y de delicados sentimientos: agradaba al primer trato y al segundo seducia; era una de esas mujeres de las cuales no puede uno ménos de decir á la vez, al contemplarlas: rostro y alma encantadores.

Debió ser muy bella en su primera juventud; todavía conservaba cierta delicadeza de tez, blanca, trasparente y fina que podian compararse á la de la camelia blanca. Pero el encanto de su rostro residia en sus grandes ojos rasgados, de corte oriental que le daban una distincion notabilísima, y al mismo tiempo no sé qué picante originalidad. Esos dos grandes ojos de un azul tan limpio, tan profundo y tan luminoso hacian pensar en dos zafiros animados y vivientes. El timbre de su voz tenia la inmaterial pureza de las vibraciones del cristal, y resonaba como la nota ideal de la armónica; debió haber inspirado una de esas pasiones violentas que no se encienden sino en las almas abrasadas al quemante sol de los trópicos.

III.

Pero vuelvo á mi narracion.

Hablámos largamente y de mil diversas cosas, hasta que la cena apetitosa puso fin á la primera locuacidad.

Terminada aquella se atizó de nuevo el fuego, porque olvidaba decir que estábamos en tierra fria, y se estrechó más el círculo de la velada.

La conversacion tomó entónces otro giro; álguien hizo alusion á una historia misteriosa que era la crónica del pueblo á la sazon, y no se necesitó más para que se aceptara ese rumbo del espíritu.

El alma humana necesita de lo sobrenatural y está siempre en pos de maravillas y misterios. Lamartine ha dicho: los misterios son las sombras

que proyecta el infinito sobre el espíritu humano, prueban el infinito pero no lo explican.

Cada uno fué obligado á referir un suceso propio ó ajeno que saliera de los límites de lo comun. Ricardo habló de las mesas danzantes y refirió la historia de Rusi; yo relaté una historia de aparecidos despues de la accion de Itagüí, que habia oido contar en la infancia y que habia sido para mí el *Animus memniisse horret*, y concluí con la historia real y dramática que revela el proceso de Bernardino Giraldo, que á mi juicio merece figurar entre las causas célebres del mundo.

Don Felipe habia estado meditabundo desde que la conversacion habia tomado ese nuevo giro, y apremiado que fué para que narrara algun suceso misterioso de su conocimiento, se excusó con mucho empeño, pero mayor fué el nuestro en instarlo para que hablase, y al fin lo hizo, no sin un grande esfuerzo de voluntad.

"Tal vez no deberia hablar, nos dijo; pero no puedo hacerme sordo á vuestras súplicas, y alguua cosa interior, que no puedo explicar, me hace salir, en este momento, de mi reserva habitual.

"Lo que voy á referir es un suceso trágico que me es enteramente personal, y que tal vez no llamará vuestra atencion, pero á mí me preocnpa hondamente porque ha decidido de mi suerte.

"Tomaremos las cosas desde atras.

"Mi hermana Elvira se educó en Medellin: mi padre que enviudó muy jóven, se consagró casi exclusivamente á la educacion de su hija única, retrato fiel de su esposa, y hallándome rebelde á la carrera literaria, me consagró á otras faenas en armonía con su pequeño capital.

"Elvira recibió la mejor educacion posible para una mujer allá por los años de 1843 y 1844 cuando no habia en Medellin colegios de señoritas. Unas señoras muy respetables le enseñaron todo lo que era posible se enseñara en esa época.

"Todavía era muy jóven Elvira, era casi niña cuando regresó al pueblo terminada su educacion. Ya comprendereis cual seria su situacion de ánimo al encontrarse de repente en una ciudad incipiente que casi no conocia y que no podia suministrarle el más ligero pasatiempo ni el más leve goce del espíritu.

"Antonio Fernández Guerra que era uno de los hombres más notables del pueblo, se enamoró de ella y le fué fácil obtener su mano. Nosotros éramos relativamente pobres, y él muy rico, y aunque era hombre de alguna edad, su vida arreglada, la pureza de sus costumbres y sus hábitos sociales lo habian conservado mucho; era ademas, justo es decirlo, el mejor partido que podia presentarse á Elvira.

"Ésta, trasplantada á un pueblo sin sociedad, poco conocedora del mundo, que apénas habia entrevisto en sus ensueños de niña, dió su mano á don Antonio sin entusiasmo, pero sin repugnancia. Ademas, mi padre se enfermó y murió por esa época, y fué su última voluntad la de que se efectuase ese enlace que nos libraria de la miseria y del abandono, creándonos al mismo tiempo la mejor posicion social que él llegara á desearnos.

"Estaba Elvira en los 16 años, y á su edad, en las condiciones normales de la existencia, las mujeres educadas léjos de las grandes sociedades y en la ternura inmensa y absoluta de un padre no tienen voluntad

propia, abdican de ella en aquel de quien son el único pensamiento y al más incesante de las preocupaciones.

"Pasado el año de la muerte de mi padre se verificó el matrimonio.

"Antonio era un hombre completo por la naturaleza primitiva de sus sentimientos; tal vez me ciegue el afecto que le profesé y que le profeso aún en mi memoria, pero me parece que pocos como él reunian en más alto grado tan ricas y delicadas facultades.

"No tenia más que un defecto para Elvira, y era su aversion irresistible por la capital de la provincia y por el lujo.

"Sinembargo, como era condescendiente hasta lo sumo, compró una casa en Medellin para que mi hermana la habitara por temporadas, sin que él tuviera otra ingerencia que la de acompañarla en sus viajes de ida y de regreso.

"Como yo era el único representante de la familia, tenia que acompañar á mi hermana en Medellin, y para que mi permanencia allí fuera de utilidad, me hizo entrar al colegio provincial como estudiante externo.

"Elvira gozaba de la mejor sociedad y sus relaciones eran irreprochables, justo es decirlo.

"Por este tiempo era una mujer hermosa, en la plenitud de su desarrollo, y que unia á las gracias del cuerpo las del espíritu que cultivaba dia por dia con incesante afan.

"Entre los caballeros que visitaban á mi hermana habia uno que le profesaba un afecto más vivo y más ardiente que el que era permitido á la amistad. No me fué difícil conocerlo, y aunque mi juicio no estaba aún formado, comprendia instintivamente que podia haber allí un peligro para Elvira. El pagaba mi repulsion intuitiva con un afectado cariño, en que no se veia sino el reflejo de un amor ardiente.

"Elvira por su parte, debo decirlo para que me comprendais bien, hallaba un secreto encanto en el trato de Espinosa, (ya comprenderás, discreto lector, que no fué ese el apellido de la narracion), mas ella conociendo al fin el abismo que se abria á sus piés, le escribió una carta en que le exigia terminantemente, en nombre de su reposo, y haciendo apelacion á los más nobles sentimientos, desechara semejante afecto que no podia ser ya sino un crímen. "Todo lo debo á mi esposo, le decia, honor, consideraciones y fortuna, y seria incapaz de serle desleal por ningun motivo".

"Por ella misma supe todo esto, en esa época, y puedo decir en su favor que se reprochaba amargamente haber sido tan incauta para verse comprometida á recibir una carta ardientemente apasionada, que iluminó *á giorno* el abismo que se abria á sus piés.

"Espinosa, que era oriundo de Bogotá, y que habia hecho buenos estudios, siendo naturalmente peligroso por la magia de su conversacion ática, redobló sus sediciones, pero Elvira fué inexorable, y para castigar su propia imprudencia hizo vender la casa de la capital, y regresó al pueblo en que vivia su marido, decidida irrevocablemente á no separaree en lo sucesivo de su lado.

"Yo habia tomado alguna aficion al estudio, y acepté la proposicion de mi cuñado, de ir á Bogotá, á estudiar en el colegio de San Bartolomé.

"Bien merecia el que yo me detuviera al hablar de mi nueva vida de colegial bartolo, pero la rapidez y lo penoso del relato, me arrastran á su conclusion.

"Seis meses hacia que estaba en Bogotá, y apénas me iba acomodando á las costumbres de aquella gran ciudad, cuando recibí un dia, con permiso del superior, la visita de un paisano.

"Era Espinosa que, regresando de Medellin, habia corrido á saludarme y á acompañarme en mi duelo: traia la noticia del asesinato ó de la muerte involuntaria de mi cuñado y protector. Espinosa no sabia los detalles del suceso, Antonio habia aparecido muerto en una cacería de venados á la qué era muy aficionado.

"El correo subsiguiente me llevó la confirmacion de esa cruel y dolorosa noticia, pero tampoco me dió los detalles del suceso.

"Juzgad de mi pesar y de mi dolor; amaba entrañablemente á mi cuñado, y me sorprendia tan fatal noticia en medio de un mundo indiferente. No pude quedarme en Bogotá, arreglé viaje inmediatamente, y sin acabar de derramar las primeras lágrimas de mi pena, emprendí la marcha hácia mi pueblo.

"Tardé 15 dias en llegar; hacia más de un mes que la catástrofe habia tenido lugar. El duelo era general en el pueblo y habian sido ineficaces todos los esfuerzos de la justicia para conocer al culpable: porque allí habia habido un atroz é infame delito; mi cuñado habia muerto asesinado; cerca de él estaba la escopeta cargada, y una bala de fusil le habia roto el cráneo.

"El hecho criminoso tuvo lugar en la montaña de los Paisús á donde iremos mañana á correr el venado; en este desierto sólo habia el rancho de un montaraz que habia desaparecido, tal vez por otro crímen correlativo.

"Mi cuñado no tenia enemigos y la justicia humana cejó en el procedimiento."

IV.

Don Felipe se detuvo; un vivo pesar se manifestaba en su semblante.

Al cabo de un rato de sombrío silencio me atreví á preguntarle por la suerte de Espinosa.

"Es actualmente mi cuñado, me dijo; el mismo que nos acompaña á esta cacería.

"Terminado el año de duelo, regresó Espinosa de Bogotá y se unió en matrimonio con Elvira. Habia continuado amándola, y su conducta digna y severa habia hablado en su favor; yo mismo, que profesé un afecto ardiente á la víctima sacrificada, no hallé razon plausible para oponerme al casamiento de mi hermana.

"Ellos se establecieron en Medellin y han llevado una vida tranquila y feliz; de tiempo en tiempo vienen á recorrer las montañas y heredades que tienen acá y que deben á la herencia de Antonio."

Un largo silencio se siguió entónces, y siendo ya tarde resolvimos ir á descansar para estar prontos á la madrugada.

La velada habia terminado.

Talvez seria yo el más impresionable y el más impresionado de todos, porque sentia una penosa y triste preocupacion, y me fué preciso abandonar el lecho para ir á despejar la cabeza ante la majestuosa serenidad de la noche.

El paisaje era sorprendente. En el momento en que escribo estas líneas he cerrado los ojos y he vuelto á verlo. Hay bellezas de la naturaleza que se graban indeleblemente en nuestra memoria por la fuerza de la im-

presion recibida; en un momento dado aparecen con sus vívidos colores, como el cuadro que se conserva en una pieza oscura y se saca á la luz del sol.

Era una noche de los trópicos, con todas sus estrellas y su cáos tenebroso de bosques y de montañas lejanas; á distancias enormes se elevaban ruidos confusos; los vientos engolfados en las gargantas de la montaña, los árboles y los torrentes y ese murmullo sordo, constante, sonoro, que recorre todas las gamas musicales conocidas; todo infundia en el alma un recogimiento misterioso.

La luna suspendida en la mitad del cielo, como un globo de alabastro, esparcia sus tranquilos rayos dando tonos y sombras misteriosas á los árboles del bosque más cercano. El firmamento, tachonado de constelaciones de estrellas, parecia un gran lirio azul cargado de las perlas de rocío; suaves emanaciones traia el aire, al mismo tiempo que subian de la tierra al cielo los rumores de las noches estrelladas.

La suave serenidad de la noche me calmó completamente. Rara vez deja tener influencia en la juventud el espectáculo de la naturaleza en las horas solemnes de las noches de verano.

Las primeras luces del crepúsculo y los primeros cantos de las aves nos pusieron en pié.

El dia se anunciaba hermoso, y la partida de caza seria espléndida. Las sombrías preocupaciones habian desaparecido y la alegría comunicativa se mostraba en todos los semblantes.

Pronto estuvo todo arreglado, y despues de un desayuno que tomó las proporciones de un almuerzo, nos pusimos en marcha. ¡Cómo me latia el corazon! Examinaba á cada instante mi escopeta, y me prometia hacer primores con ella.

Entrámos al monte, húmedo aún con las cristalinas gotas de rocío, y á cada momento nos deteniamos extasiados ante la exuberancia de la vegetacion y la belleza de aquellos árboles corpulentos.

Se cruzaban los animales, y se convino al fin en que hariamos cacería de ellos por estar léjos aún el paraje en que se debia levantar el venado: fué una concesion á mi juvenil ardor. Una águila, nadando en pleno azul, ebria de luz y de libertad dejó caer entónces una de sus plumas. La vi revolotear en mil giros caprichosos y la perseguí como un trofeo. Fijéla en mi sombrero y por muchos años la conservé como uno de mis gratos recuerdos.

Caminámos largo trecho, y cambiámos completamente de horizonte para llegar al sitio convenido; allí se hizo la distribucion general de los puestos, y se repartieron las últimas advertencias: los perros seguian ya la pista.

Largo rato estuvimos en espectativa; mas al fin el grito *sui generis*, de los perros nos anunció que el venado era perseguido eficazmente y que traia nuestra direccion; la fiebre de la impaciencia quemaba la sangre de todos nosotros, el desasosiego era general.

¿Cómo pintar el vértigo de esas impresiones? ¿cómo medir las pulsaciones del corazon? Solamente el que se haya encontrado en una situacion semejante puede comprenderme.

El venado pasó volando, y cinco tiros se hicieron oir; con el último un grito desgarrador cruzó los aires; uno de los nuestros caia herido .... caia muerto.

Figuraos el estupor general; era el hermano político de don Felipe.

¿Quién le habia hecho fuego? ¿Cuál de nosotros habia tenido la inmensa desgracia de causar ese involuntario homicidio? Qué fatalidad perseguia, pues, á esa honorable familia?

En un momento estuvimos al lado del cadáver, y alguno tuvo la prevision de recoger todas las escopetas y de descargar las que no lo habian sido, para que ignoraramos absolutamente el autor inocente de esa desgracia: yo tuve la satisfaccion de conocer rápidamente que la escopeta mia estaba con la carga; al pasar el venado velozmente me habia paralizado la emocion; no habia atinado á hacerle fuego.

Se improvisó una cama de varas, se cubrió el cadáver con dos ruanas y nos dirigimos á la primera casita de los alrededores, miéntras que otros volaban á llevar la noticia al pueblo.

Todo habia cambiado entre nosotros, el terror y el dolor nos dominaban por completo, y comprimiamos en vano nuestros sollozos: don Felipe estaba desesperado.

Llegámos á un mal rancho en el cual vivia un anciano á quien pedimos hospitalidad. Depositámos el cadáver en la única pieza del rancho y al descubrirlo dió un grito de horror el anciano.

—¡Santo Dios, el asesino de don Antonio Fernández! exclamó.

El espanto fué general. Don Felipe retrocedió dos pasos, y su cara trastornada tomó una de esas expresiones que no revelan ningun pensamiento conocido. Trató de hablar, pero su pensamiento no halló ninguna palabra, y su boca no pudo hacer oir más que un suspiro inarticulado.

El anciano confesó llorando que habia presenciado, por casualidad, el asesinato de don Antonio, ejecutado por Espinosa, y que éste, por medio de dádivas y amenazas, lo habia llevado á Bogotá, lo habia establecido en una hacienda de la sabana, para hacer desaparecer el único testigo del crímen; pero que borrado éste de la memoria de los hombres, se habia venido á morir en las montañas de Paisús.

Ricardo me llevó suavemente hácia un rincon de la pieza y me dijo en voz baja:

—Ese es el final del proceso. *Cuando la justicia humana se eclipsa, resplandece la de Dios.*

Algun tiempo despues vi en Medellin á Elvira.

Innecesario será decir que ella no conoció el crímen de Espinosa sino despues de su muerte trágica.

Aún era bella, pero para los que saben leer en los geroglíficos del rostro humano, esa belleza tenia un caracter extraño, cierta rigidez que acusaba una gran conmocion interior.

Era indiferente á todo y marchaba en el mundo como un espectro en un desierto.

Medellin, 9 de Julio de 1872.

A LA MEMORIA

DEL VALEROSO JÓVEN JULIAN VELÁSQUEZ.

POR LUCRECIO VELEZ D.

Dejaste el silencioso
Retiro del hogar y del taller,
Y al campo del honor volaste ansioso
Los fueros de la patria á defender.

Y lidiando valiente
En medio de una lucha desgraciada,
Cayó en el polvo tu serena frente,
Tal vez vencida, pero no humillada.

Tu sangre generosa
Por amor á la patria fué vertida;
Veremos si la patria redimida
Queda al pié de tu tumba silenciosa.

No encuentro en mi cariño
Los lauros que merece tu memoria:
Alma de atleta, corazon de niño,
Timbre de Antioquia y de los libres gloria.

1876.

DISCURSO

Pronunciado en las exequias del Ilustrísimo señor Obispo J. Joaquin Isaza.

POR ALEJANDRO BOTERO U.

Qué espectáculo, señores, tan conmovedor es el de una gran muchedumbre que se inclina bajo el peso de un dolor, el de un pueblo entero que llora, sobre todo cuando vierte el llanto noble y justo de una sincera gratitud.

Mas ¿de dónde viene, señores, ese inmenso y múltiple dolor? ¿por qué esas lágrimas amargas que casi se ven surgir del corazon, y al traves de gargantas anudadas, subir, brotar de todos los ojos y correr por todas las mejillas?

Ah! es que el sumo sacerdote de ese pueblo, Aaron, ha muerto; la lámpara más brillante del santuario se ha extinguido; el jefe de la guardia de Israel cae herido por la muerte, y el templo está oscuro y desierto, la ciudad enlutada, la Iglesia viuda, y atribulada y huérfana la grey!

Santo y justo dolor! Llorad, oh pueblo, sí, llorad, que es vuestro Prelado, vuestro padre y amigo, es el Ilustrísimo señor doctor José Joaquin Isaza quien ha muerto! . . . .

—

Yo no vengo, señores, á haceros de él una biografía, que eso no es de esta ocasion, ni tampoco un recuento prolijo de sus grandes é innúmeras virtudes, lo que seria bien largo de decir; pero sí me permitireis que á nombre de la Sociedad católica de Medellin, por quien hablo, os diseñe siquiera á grandes rasgos su altitud y su carácter, para recomendar á la vuéstra su memoria y pagar así un merecido tributo á su grandeza.

Hijo, hermano y amigo leal y cariñoso; estudiante, instructor é instruccionista apasionado y entusiasta; Cura de almas, Vicario y luégo Prelado; hombre público y privado en general, pero especialmente acendrado patriota, legislador sabio, y hombre de consejo; inteligente, activo, laborioso, ilustrado y prudente; justo, pacífico, piadoso y austero; modesto, humilde, caritativo, desinteresado, bizarro y generoso . . . . todo esto y mucho más, sobre un fondo apacible de mansedumbre y de bondad, de amabilidad y de dulzura que era el fondo de su bello carácter y la faz más saliente de su grande espíritu, todo esto, en alto grado bueno, era el Ilustrísimo señor Isaza, honra y prez de la Iglesia y de la Patria.

Hé aquí, señores, á breves lineamientos la fisonomía moral de ese hombre egregio, cuya figura se destaca y descuella en el cuadro de nuestros hombres públicos como igual al mejor, si no el primero; porque en materia de bondad, señores, se podrá ser tan bueno como él, pero mejor, jamas! El fué grande por su espíritu elevado y distinguido, grande por su corazon y su carácter; pero sobre todo grande por la virtud, que es la verdadera grandeza; porque en él, señores, hasta aquellos pequeños defectos de que nadie está exento (¿quién es el impecable?), no eran sino como prolongaciones salientes, como sobrantes ó excesos de su misma acrisolada virtud, sobre todo de su mansedumbre y su bondad.

Tal es, señores, el hombre y el Prelado que perdimos, y que perdímos á la hora en que más bienes hacia á la Iglesia, á su honorable familia y á su Patria. Ved, pues, si con razon lloramos, y si es un gran deber de gratitud honrar siempre su nombre y su memoria.

Sí, deber de todos es, señores, amar y respetar esa memoria y ese nombre; pero especialmente es deber vuéstro, señores del clero, de vosotros los de la tribu de Leví, de vosotros que fuisteis sus soldados y que más que todos debeis amar á vuestro jefe y honrarle continuando sus virtudes y siguiendo sus huellas luminosas. Imitad ese ejemplo, ministros del Santuario, seguid ese sendero, que él sembró por doquiera de virtudes; sed, sobre todo, como él buenos, mansos y humildes de corazon, y puros, desinteresados y desprendidos como él, y ése será el mayor homenaje que podeis hacer á vuestro dignísimo Prelado.

Santo y justo dolor, vuelvo á decir!

¿Por qué, ¡oh! muerte, tan cruel, habeis acertado á herir á esta sociedad en el propio corazon? Sí, en el mismo corazon, porque apénas habrá habido en ella un hombre que como el señor Isaza reuniera y

concentrara en sí un cúmulo mayor de simpatías y de sinceros, legítimos afectos; así como apénas habrá habido álguien que conociéndole no le amase. Como si cada corazon fuese una fibra del gran corazon de este pueblo agradecido y generoso, unida al de aquel hombre querido, por los hilos de una viva y general simpatía, cuyos hilos convergentes parecia que iban á anudarse en él, al ser éste tocado por la mano de la muerte, todos los corazones se han conmovido, y de ahí esa convulsion social, ese estremecimiento popular de un dolor múltiple y colectivo que se traduce en todos los semblantes y se resuelve en una como lluvia de lágrimas amargas.

Llorad, oh pueblo, sí, y dejad que corra copioso vuestro llanto: ensanchad las fuentes del dolor abiertas en vuestro corazon por la mano implacable de la muerte, y como dice la Escritura santa, "viertan lágrimas los ojos y desháganse en agua vuestros párpados", que es justo ese dolor. ¡Ah quién pudiera tener para expresarlo, una nota siquiera de aquel tono dolorido con que lloraba Jeremías las desventuras de la desierta i desolada Sion!

—

"Hoy es el hombre y mañana no es". ¡Cuán cierto es esto, señores, y que "el hombre no sabe su fin, sino que como los peces caen en la red y las aves en el lazo, así los hombres son sobrecogidos y sorprendidos de repente por la muerte"!

Ayer no más regocijados y llenos de júbilo asistiais á la consagracion del Ilustrísimo señor Isaza, y veiais colocar sobre su pecho el símbolo de su augusta dignidad de Obispo: el Racional ó Pectoral, señores, esmaltado de ricas pedrerías, que lucian ménos aún sobre ese pecho, que al traves de él y en todas sus acciones las virtudes de su sagrado y magnánimo corazon, por doquiera reverberantes de dulzura y de bondad.

Y hoy .... hoy ese pecho no alienta, ni ese corazon palpita ....! Y aquellos labios siempre sonreidos y placenteros, de los cuales oisteis tantas veces la verdad y la más pura doctrina, mudos están y helados por el helado beso de la muerte! Aún parece que brota de allí aquella sávia fecunda, aquella palabra de la vida que la muerte acaba de cortar en ellos!

Y aquella mano benéfica siempre abierta y extendida para todos, especialmente para los menesterosos; aquella mano hábil y diestra con que firmaba ora los actos de un Concilio, ora las leyes civiles de su Patria en los cuerpos colegiados, que él sabia dirigir y llenar siempre de honor; aquella mano firme y certera con que empuñaba el báculo que simbolizaba su gobierno sabio, justo y prudente, suave y fuerte á la vez, que dirigia sin torturarlas, las conciencias, que organizaba y mantenia por la dulzura la disciplina y la obediencia, y que sin intimidarlos ni afligirlos encaminaba los espíritus á Dios; aquella mano caritativa y generosa, que enjugó tantas lágrimas, que aplacó tantas hambres, que alivió tantas miserias y que tanto sabia hacer agradecidos; aquella mano cariñosa, amiga, aquella mano querida que ungiendo á nuestros deudos moribundos en la suprema hora del eterno adios, les abria las puertas del cielo, les hacia entrever la gloria y los presentaba como sus hijos al Padre celestial; esa mano que confirmaba á vuestros hijos en la fe y que dia por dia nos bendecia en nombre del Señor, helada está por el soplo de la muerte, ... y, ya no nos bendecirá más acá en la tierra ....!

Acá en la tierra he dicho, señores, porque en el cielo sí. ¡Ah! ¡en el cielo! . . . . ¡Oh, espíritu feliz, que como una luz á la tierra arrebatada voló al cielo á trasfundirse en Dios, en ese foco de la eterna luz: espíritu bienaventurado, alma dichosa del hombre á quien lloramos: desde las alturas del cielo, donde vuestras virtudes aquilatadas ya en el crisol de la divina justicia y abrillantadas y pulidas por la mano del Artífice supremo, lucen hoy en el trono del Padre celestial; desde allá, señor, por la reversibilidad de vuestros méritos y en nombre de ese Padre misericordioso, enviadnos vuestra santa bendicion! ¡Y mañana, hoy mismo tal vez, que sólo Dios lo sabe, cuando vaya sonando para cada uno de estos vuestros huérfanos de la tierra la hora de la prueba terrible, id recibiéndolos, señor, y apadrinados, colocándolos á la diestra de ese Padre en cuyo seno vivis la vida de la eterna bienaventuranza!

Y vos, pueblo, llorad; abrid otra vez las fuentes del dolor y como dice la Escritura santa "viertan lágrimas los ojos y deshágansen en agua vuestros párpados" que es justo ese dolor. Llorad, sí, y no enjugueis ese llanto ni ahogueis esos suspiros sino para decir:

¡Bendita sea la voluntad de Dios!

ELEGIA

A la memoria del señor doctor Jorge Gutiérrez de Lara.

POR NICOLAS CAMPUZANO.

¡Oh musa del dolor! Tú, que inspirada,
Con tierno acento y armoniosa lira,
Cuantos males afligen la doliente
Humanidad cantaste; ven, suspira
Sobre la tumba helada
Do reposan los restos venerandos
De aquel varon ilustre que fué honra
De nuestro altivo suelo, orgullo y gala
De una prole feliz. ¡Oh, ven ansiosa
Y suspende esos fúnebres cantares
Que por tierra y por mares,
Abatida y llorosa,
Vas entonando con dolor supremo.
No los duelos deténgante que arrancan
Ese profundo universal lamento
Que por doquier se escucha, y sólo atiende
A la desgracia horrenda que ha traido
El rudo golpe de la Parca airada,
Dejando para siempre aniquilada
La existencia de un hombre esclarecido.

Quién podrá adivinar, oh Dios inmenso,
Vuestros altos designios! Nace el hombre,
Y vemos que recorre su camino,
Tranquilo y sosegado
Si la virtud le guia;

Iracundo, rabioso y despreciado
Cuando la senda oculta y tenebrosa
Del crímen prefirió; su suerte impía
O su suerte piadosa acá en la tierra
Le daña ó favorece,
Sus acciones se juzgan,
Y por ellas recibe
El galardon social ó la condena;
Más, luego que fenece,
La vista encalla de la ciencia humana
Al querer penetrar en las profundas
Tinieblas del arcano.... el labio entónce
De Moises implora
La fe consoladora,
Que inspira á nuestra mente
La existencia de un Dios Omnipotente.

¡Quién ensalzar podrá con justo acento
Las virtudes y méritos loables
Que el alma ornaron, generosa y noble
De Gutiérrez de Lara!.... Yo no intento
De vate conquistar el nombre y gloria,
Que vano intento fuera;
Y en este pobre canto,
Escrito con mi llanto,
Sólo recuerdo al hombre que perdímos
Y le pago un tributo á su memoria....
Con su saber y con su ingenio raro
Prestóle dulce alivio
A su patria infeliz y adolorida;
Nadie tocó á su puerta
Que no hallara el consuelo deseado:
Su mano siempre abierta
La lágrima enjugó del desgraciado;
Nadie, con más finura
Y acatamiento, respetó los fueros
De la social familia;
Nadie, con más ternura,
Dedicó sus cuidados y desvelos
A su hogar, dulcemente....
Mas ¡ay! que el viento escoge
Y deshoja y arranca de su tallo
La más hermosa flor de los jardines!
.....
Que mi eterno lamento
Resuene por el ancho firmamento!

Bogotá, 21 de mayo de 1868.

DISCURSO

pronunciado en la Sociedad Católica de Medellin en la sesion solemne del 19 de Marzo de 1877.

POR GUILLERMO RESTREPO T.

Señores:

La marcha de la Sociedad Católica de esta ciudad no ha sido tan satisfactoria ni halagüeña en el año que termina hoy, como en los precedentes.

Me es penoso manifestároslo así al presentaros el informe que es de mi deber, segun las prescripciones del reglamento.

Por fortuna el hecho no carece de explicacion conveniente, ni encierra en el fondo causa alguna de verdadera alarma.

La situacion de guerra que soporta el Estado hace más de seis meses y que se ha hecho extensiva á todo el país, ha ejercido su natural y letal influencia en contra de todo lo bueno, marchitando en flor nuestras más lisonjeras y acariciadas esperanzas.

No es, pues, extraño que élla se haya hecho sentir tambien en el curso de nuestra Asociacion, sin que hasta ahora haya conseguido matar el espíritu que presidió á su establecimiento, ni tampoco el gérmen fecundo de la idea á que debe su orígen.

Es verdad que nuestras sesiones han sido ménos concurridas, pero no por eso han dejado de ser regulares y periódicas.

Muchos de sus miembros se encuentran ausentes en servicio del Gobierno del Estado, otros han rendido su vida en defensa de la buena causa, algunos cumplen otra clase de deberes que les impiden la oportuna y frecuente asistencia.

Puede asegurarse que ninguno de nuestros hermanos ha sido indiferente en la terrible lucha empeñada, ni ha formado tampoco al lado de los que pretenden tiranizar las conciencias y pervertir el sentimiento religioso de los pueblos y de los individuos.

Esta circunstancia es suficiente por sí sola para justificar la excelencia de nuestra Asociacion, y para dar á conocer por los preciosos resultados obtenidos, cuánto debemos prometernos de ella para el porvenir.

Nuestros adversarios se empeñaron largo tiempo en denigrarla y ridiculizarla, y luégo que estalló la revolucion no han tenido palabras suficientes para maldecirla.

Al establecimiento de Sociedades católicas en el país atribuyen el actual trastorno del órden público y los males consiguientes que han venido sobre la Nacion. Verdaderos míopes en política, ó hipócritas consumados, buscan ó aparentan hallar en otras causas lo que es el resultado preciso de su torpe conducta y de su refinado odio al catolicismo.

Y si llegaran á triunfar, sabe Dios qué clase de medidas represivas inventarian y de qué manera perseguirian, oprimirian y vejarian á sus miembros.

Aunque os son conocidas las causas verdaderas de esta desastrosa lucha ya por las luminosas publicaciones de la prensa en el particular, ya

porque habeis presenciado el desarrollo natural y consiguiente de los diversos sucesos ocurridos, ya, en fin, porque todos vosotros poseeis un espíritu recto y un sano criterio; permitidme que me detenga siquiera brevemente en este punto que es tema de marcada importancia.

Por más que nuestros enemigos se afanen en sostener lo contrario, la cuestion de todos los tiempos en nuestro país, á contar desde nuestra emancipacion política, ha sido esencialmente religiosa.

Y creo no consignar un hecho inexacto al afirmar que desde el principio de los tiempos, en todas las naciones del globo, bajo todas las latitudes, es la idea religiosa la que viene produciendo esos grandes sacudimientos al traves de los cuales se encamina la humanidad á mejores destinos.

Temeria fastidiaros y cansar vuestra importante atencion, si entrara en la narracion de innumerables hechos históricos que así lo demuestran de una manera evidente.

Por eso me limito á recordaros únicamente que desde la aparicion del cristianismo sobre la tierra, la lucha no ha cesado un instante.

Jesucrito al establecer su Iglesia sobre bases indestructibles, le dió los caractéres de docente y de militante. Al mismo tiempo que enseña, combate. Y le está prometido por su divino fundador un triunfo infalible.

Unas veces la lucha es pacífica: los combates entre la verdad y el error tienen por teatro la prensa, la tribuna, la cátedra sagrada, el confesonario, el hogar, las reuniones públicas y privadas, la correspondencia epistolar.

Otras, como en la ocasion presente, se ocurre al remedio terrible de la guerra: las pasiones desencadenadas, la perversion moral, la ambicion desenfrenada se cansan pronto de la discusion, y provocan conflictos inevitables.

Es entónces cuando la idea religiosa, detenida en su camino pacífico y civilizador, se ve precisada á marchar por entre charcas de sangre, sobre montones de cadáveres y al traves del humo de los combates.

Pero la contienda no termina ni en uno ni en otro caso: ella se reproduce bajo nuevas formas y durará con toda seguridad hasta que la doctrina de Jesucristo se haya extendido y domine sin rival en toda la tierra.

Es rigurosamente exacto que en el seno de toda cuestion política va envuelta una grave cuestion religiosa.

Las sociedades civiles y políticas están de hecho incrustadas en sociedades religiosas que han presidido á su formacion y establecimiento. Tratar aquéllas de hacerse superiores á éstas, es una positiva quimera, una completa necedad.

Esas sociedades civiles y políticas y los individuos que las representan en calidad de empleados ó de mandatarios no pueden ponerse en pugna con las sociedades religiosas á que deben su orígen, sin producir grandes trastornos y sin dejar de ser conducidas á una ruina inevitable.

Este país que hoy lleva el nombre de Estados Unidos de Colombia, forma hace muchos años una sociedad religiosa que pertenece á la Iglesia católica, apostólica, romana.

Un partido que se formó en los primeros dias de nuestra Independencia viene trabajando desde entónces, ya solapadamente, ya con descaro, en contra de esa sociedad religiosa, con el objeto evidente de cambiarla en otra que pueda servir al logro de sus aspiraciones.

Ese partido una vez en el poder, ha creado una sociedad política y civil á su amaño, naturalmente contraria á la sociedad religiosa del país.

Por consiguiente, las luchas que ha provocado en las diversas épocas de su dominacion, han tenido y tienen el carácter de religiosas.

Si la demostracion de la exactitud de este hecho histórico puede parecer á álguien dudosa en el campo de la doctrina, bastaria para convencerlo enseñarle la larga éra de persecuciones y de violencias abierta bajo su funesta dominacion.

Nada ha escapado á su frenesí, ya en cuanto á las personas, ya respecto de las ideas.

Muchos de nuestros Pastores han terminado sus cansados dias en el destierro; otros han vagado largo tiempo por los bosques, perseguidos como insignes criminales ó como bestias feroces; algunos han tenido que ceder al imperio de la fuerza bruta; las solemnidades del culto católico han sido interrumpidas; los templos cerrados, y las puertas de los monasterios echadas á tierra bajo el hacha demoledora de la impiedad.

Y cuando todo esto no se ha estimado suficiente, porque la violencia no mata ni puede matar nunca la idea, se ha echado mano de la prensa, de la libertad ilimitada de la palabra y de toda clase de medios, aún de los más reprobados, para herir, para mentir, para difamar, para calumniar.

La propaganda anticatólica ha sido y es tan tenaz, que ha llamado la atencion no solamente en este nuestro atrasado país, sino en el mundo entero.

Se ha visto con sorpresa en todas partes que este rincon de la tierra, que da apénas los primeros pasos en el camino de la civilizacion, tenga un partido que se ha adueñado del poder á mayor altura de depravacion y de perversion religiosa que aquél del tiempo del apóstata Juliano, y que léjos de trabajar por el desarrollo de sus grandes elementos de riqueza, bienestar y moralidad, se empeñe torpemente en remover y explotar cuestiones teológicas juzgadas ya y sentenciadas por la razon, por la experiencia y por la aquiescencia unánime de todas las naciones civilizadas.

Los pueblos que reciben necesariamente ese impulso superior, se agitan y se debaten convulsivamente por consecuencia de este trastorno en las ideas y en los hechos.

La agitacion pasa de la sociedad á la familia, produciendo divisiones y escándalos.

Y el individuo sostiene consigo mismo una lucha constante, sin poder armonizar lo que llama sus ideas políticas con sus creencias religiosas.

Si fuera posible demostrar á todos que la cuestion que nos divide no tiene carácter alguno político, que es esencialmente religiosa: que no se trata de un cambio de forma de gobierno, ni de alcanzar mayor ó menor grado de libertad, sino de impedir que la sociedad vuelva á los degradados tiempos del paganismo y la supersticion; la secta perversa é inmoral que hoy nos deshonra y nos arruina se sorprenderia de su inmenso desprestigio.

Pero desgraciadamente hay ignorancia casi general en nuestras masas y en la mayor parte de los individuos que pudieran darles impulso y direccion: se ha cultivado con mayor esmero la pasion política, que el

sentimiento religioso, y á la satisfaccion de aquélla se sacrifican los más preciosos derechos é intereses de éste.

De aquí proviene, sin duda, esa enfermedad social de incredulidad ó indiferentismo, que ha venido á ser de moda entre los de la secta, que va apoderándose insensiblemente de los espíritus superficiales y que amenaza enervar nuestra juventud, objeto de todas nuestras esperanzas para el porvenir.

Dios tiene en sus manos los destinos de los pueblos, de las familias y de los individuos. Y si Él hubiere decretado en sus inescrutables y sabios designios que triunfemos en la presente lucha, no por eso debemos considerar terminada nuestra labor.

Es entónces cuando con mayor empeño debemos poner manos á la obra: hasta en el seno de nuestra sociedad religiosa y de nuestra comunion política tenemos grandes conquistas qué hacer, perniciosos errores qué destruir, grande ignorancia qué combatir, funesta inercia qué vencer.

El viento deletéreo de las malas doctrinas ha soplado largo tiempo sobre nuestras creencias, produciendo hondos estragos.

No existe al presente ese grado de energía, de conviccion, de instruccion que son indispensables para resistir al Mal, confundirlo y vencerlo.

Si las cosas continúan como hasta hoy, no serán suficientes los remedios empleados para conjurar nuevas desgracias.

La educacion religiosa, sólida y estable, reclama toda nuestra atencion y nuestros esfuerzos.

Es forzoso que descendamos hasta el fondo de la familia, que preparemos la juventud, y de una manera especial el corazon y la inteligencia de la mujer destinada á dar el tono á la sociedad como hija, como esposa y como madre, para que la pongamos en capacidad de luchar en el terreno más ventajoso y en el teatro que le está señalado por la naturaleza y por Dios.

No nos hagamos ilusiones: miéntras que la instrruccion sea puramente teórica, miéntras que sólo nos fijemos en los adornos de la integencia sin tener presentes los del corazon, nada habremos hecho.

Se ha observado con dolor que es en la juventud, ávida de novedades, naturalmente inexperta y siempre inclinada á rechazar toda clase de sujecion, en la que las malas ideas causan sus más perniciosos efectos.

Si consiguiéramos formar y preparar suficientemente el corazon, los errores de que es susceptible la inteligencia encontrarian en él un dique poderoso.

Y teniendo calma y prudencia podriamos esperar tranquilos el resultado de nuestros esfuerzos para un porvenir no muy remoto.

¿Quién no ve en éstas conversiones individuales, que tanto alarman á los incrédulos, el triunfo de un buen corazon formado por una excelente madre contra una inteligencia viciada por una mala educacion?

¿Quién no comprende que á medida que el hombre avanza en años recobran mayor imperio los gérmenes de su primitiva educacion, y pierden su encanto y su brillo las locas y desbordadas pasiones que sacudieron su juventud y lo llevaron á grandes extravíos?

En el caso no previsto de que el Gobierno impío y perverso que hoy domina en la Nacion pueda sojuzgarnos por medio de las armas y prolon-

gar su oprobiosa existencia por un tiempo más ó ménos largo, no debemos amilanarnos.

Entónces la cuestion será hasta de conservacion, y nuestra mision debe extenderse á los más remotos lugares de la República.

Nada debe intimidarnos para una resistencia que envuelve la defensa constante y generosa de nuestros más preciosos derechos y la salvacion futura del país.

¿Sucumbiremos tambien en esa nueva lucha? No lo creais.

La historia atestigua precisamente lo contrario.

La cuestion no es del momento, ni accidental, ni individual: ella es de todos los tiempos, permanente, colectiva.

Las individualidades pueden desaparecer, perecer, degenerar; pero la causa será perpetua, y siempre importante, trascendental.

Nada importa que una ó más generaciones de los nuéstros sucumban, sean vencidas: las que vengan despues obtendrán indefectiblemente el triunfo.

El egoismo de la época, ese deseo inmoderado de gozar lo más que sea posible en nuestro rápido paso sobre la tierra y de evitar el más leve sufrimiento; nos hace mirar la contienda como puramente personal, y olvidar que somos los soldados del momento de una causa que es la del género humano, y que si no para nosotros sí para nuestros hijos conquistaremos una patria libre y respetada.

Cuando los emperadores romanos anegaban el circo y los anfiteatros con la sangre de millares de mártires, se creian triunfantes y hablaban con desden y con desprecio de una religion destinada á echar por tierra el poderoso trono de los Césares.

Muchos de entre los nuéstros de aquellos tiempos, tímidos y faltos de fe, así lo creerian tambien y se asociarian á las alegrías pasajeras de los victimarios.

Pero al fin hubo de cesar la persecucion, y la fuerza y la violencia cedieron ante el ascendiente bienhechor é irresistible de una religion que venia á dar la verdadera paz al mundo, á restablecer en bases sólidas los principios fundamentales de libertad, igualdad y fraternidad, á romper las cadenas de los oprimidos, á exaltar á los humildes y abatir á los soberbios, á regenerar por completo la especie humana, humillada y pervertida por el odioso paganismo.

Esa inmensa revolucion no está aún cumplida: ella sigue su curso normal y seguro en todos los países del globo, y en el nuéstro se ostenta, al presente, con grandes proporciones.

La tempestad pasará al fin, así debemos esperarlo; y en cuanto al éxito final estemos completamente tranquilos; si podemos ser vencidos accidentalmente, la victoria definitiva siempre será nuéstra.

Miembros de la inmensa mayoría católica del país, asociaremos nuestros esfuerzos á los de los gobiernos que nos den garantías en el libre ejercicio de nuestras creencias y de nuestro culto, sea cual fuere su denominacion en el campo interesado y movedizo de lo que se llama *política*. Y haremos guerra, sin tregua y sin descanso, á los que pretendan inmiscuirse en nuestros asuntos puramente religiosos para restringir ó matar nuestra libertad de adorar á Dios y de tributarle el culto que le debemos.

Nosotros no podemos sujetarnos á las contingencias de los partidos políticos, ni hacer causa comun con ellos, sino en tanto que respeten nuestro modo de ser religioso y que no pretendan ejercer influencias nocivas á nuestras creencias.

A muchos puede sorprender este lenguaje; pero lo declaramos con franqueza:

No pedimos ninguna clase de proteccion para la Iglesia y la religion á que tenemos la honra de pertenecer: ella cuenta con los elementos necesarios de vitalidad y de estabilidad, para seguir su marcha segura y triunfal en la tierra.

Esquivamos la persecucion porque tal es nuestro deber; pero tampoco la tememos: la lucha no produce otro efecto que el de purificarla y conducirla á más prósperos destinos.

Lo único que exigimos es respeto á nuestras creencias, más bien como una garantía personal, que como el resultado de algun sentimiento de temor por el porvenir.

Basta ya de divagaciones, y contraigo mi informe á su objeto natural.

¿Qué ha hecho la sociedad católica de Medellin, preguntareis, en el año que acaba de trascurrir?

Os lo diré en pocas palabras.

Ha celebrado sus reuniones con la debida regularidad y en las épocas señaladas por su reglamento; ha sostenido el periódico establecido, hasta completar el quinto año de su existencia; se ha asociado á todas las nobles acciones de beneficencia y de caridad; ha aumentado el número de sus miembros activos; trabajó infatigablemente en el pensamiento grande y benéfico de que se convirtiese en Universidad católica la del Estado, hasta que la guerra hizo que se cerrase este precioso y bien organizado establecimiento; contribuyó á solemnizar la entrada de las Hermanas de la Caridad en esta ciudad; se ha mostrado solícita en todas las alegrías y sufrimientos de nuestra patria; ha encontrado siempre una palabra de consuelo para las viudas y los huérfanos de los que han sucumbido en los campos de batalla; sostuvo correspondencia activa con todas las demas sociedades católicas que se establecieron dentro y fuera del Estado hasta el momento en que éstas suspendieron sus tareas por consecuencia de la guerra: costeó, como de costumbre, un hermoso altar en la festividad del Córpus, y hoi asiste confiada y tranquila á solemnizar la fiesta de su Patrono, Jefe de la Iglesia Universal, que le ha prestado una proteccion tan señalada y que no la abandonará si desgraciadamente llegaren dias de prueba.

Concluyo, señores, felicitando á la Sociedad por las acertadas y oportunas elecciones que ha hecho de sus empleados para el período que principia hoy.

Y me prometo que ya en medio de la tormenta que nos azota, ya en los dias bonancibles que aguardamos por la intercesion de la Divina Providencia, el hábil y esclarecido piloto que hoy toma en sus manos la direccion de nuestras pacíficas y bienhechoras tareas, sabrá conducir á nuestra Asociacion al mayor grado de brillo y de grandeza que puede alcanzar.

Medellin, marzo 19 de 1877.

SALUDO Y BIENVENIDA.

A LESSEPS.

POR GENARO FACIO LINCE.

Al fin el rumbo que Colon buscaba
Y su vision de Genio perseguia
Con atrevido paso,
Por lo region ignota del Ocaso
Al hemisferio donde el sol nacia;
Rumbo que defendia
La poderosa andina cordillera,
Cual si de entónces, cauto presintiera,
Esquivo y azorado,
El Genio de la América inspirado,
Delante el porvenir y las edades
Con qué hierro el Destino marcaria
Sus pacíficas, vastas soledades,
Y su orgullosa raza extinguiria;
Hoy ese rumbo á abrirse va: naciones
Populosas y ricas
Despiertan asombradas
A la voz de Lesseps electrizada,
Y ensalzan en sus nobles corazones
Al Genio del prodigio, al Invencible
Que viene á equilibrar dos Oceanos!!
El uno proceloso,
Manso el otro, sereno y apacible.
Que, empero, asidos ambos de sus manos
Serán hijos, mañana, del Coloso
Que ha podido juntar tales hermanos!!
Uno del otro enfrente
Los dos gigantes que el coloso rige,
Verán como él dirige
De los dos la distante simpatía;
Y cuando, desde el Orto
A las regiones últimas del dia
Alzare el mundo absorto
Un clamoroso himno
De admiracion sincera,
Y gratitud ferviente,
La Historia justiciera
Dirá que el Hombre que juntó dos mares
Por las leyes del Cósmos separados,
Con celo y ciencia y con afan profundos
Juntó tambien dos mundos
Que estaban destinados
A eternizar la Gloria
De quien grabó en dos mundos su mémoria!
—Al fin la fuerza material vacila
Y cede ante la fuerza pensadora;
Hoy la luz del saber es ya señora;

Mas llegará un *mañana*
Para el humano anhelo,
En que la soberana
Luz de la ciencia aquí en la tierra brille
Como los astros brillan en el cielo;
Y todo error, toda ignorancia humille,
Quedando satisfecho
Quien dijo al ver su hechura: "¡ESTÁ BIEN HECHO!"
¡Gloria al saber! predestinada America:
Tú ayer con sangre de la ciencia ungido!
Los brazos abre! sella con un ósculo
Tú, mitad del planeta redimida,
La sangrienta memoria de tus Déspotas
Aterrada y vencida
Los que respiren aires colombianos
Todos serán de hoy más nuestros hermanos!

Octubre—1879.

LA EDUCACION. (*)

POR JANUARIO MENAO.

En la vida intelectual de las naciones hay palabras que así sirven para caracterizar las tendencias de la civilizacion, como el rumbo de la humana inteligencia en cada faz histórica. Tal nos ha sucedido en Colombia con la palabra *educacion.*

Mucho se escribe y se ha escrito y mucho más se seguirá escribiendo sobre tan fecunda tésis, sin que por eso haya dictado todavía la ciencia el último fallo para fijar la síntesis. ¿Si eso es así, qué mucho es que tiemble el brazo de quien, siquiera sea modestamente, pretende añadir una palabra más á la historia de la educacion? La materia es compleja y de vital importancia; su solucion es un gran problema social en el cual la Filosofía tiene que librar reñidísimos combates con dos fuerzas poderosas: la ignorancia, fuerza inerte que todo lo esteriliza; y el espíritu de partido, fuerza ciega que todo lo avasalla.

¿De dónde procede la importancia de la educacion? Procede sin duda de la importancia de la juventud á que ella alecciona. Cada escuela religiosa conserva en sus santuarios dogmas sacratísimos y por ellos lucha y acepta hasta el martirio; cada escuela política guarda en los pliegues de su bandera, principios inviolables en defensa de los cuales se acepta gustosamente hasta la muerte; cada escuela literaria tiene espíritu propio y leyes de que se alimenta y vive; cada escuela artística tiene verdades que son su atmósfera y reglas que son su oráculo y puede decirse en general, que cada templo tiene su sibila y cada círculo so-

(*) Inédita.

cial su sacerdote. Pues bien: la juventud simpática de suyo, por los naturales atractivos de esa edad; la juventud de la cual se presiente algo grande cuando se dirige la mirada al porvenir; la juventud que lleva en sí el gérmen de la vida intelectual que es para las generaciones del presente, rayo vivo de ilusion acariciadora; la juventud orgullo y esperanza de las naciones, invade todas esas escuelas y toma carta de naturaleza en ellas, para enrobustecer con la sávia de su alma determinadas ideas; para esclarecer con la luz del talento determinadas verdades; para regar con su sangre generosa los campos que para cita mortal prepara el frenesí de las pasiones; y para poner su corazon y su brazo al servicio de la causa de sus convicciones. Si es, pues, cierto que la juventud es la fuerza invisible que se difunde por entre las sociedades dando calor y vida á las ideas; si es cierto que en la juventud encarna la semilla intelectual que ha de dar en el porvenir flor y fruto; es natural que se disputen el derecho de primogenitura sobre ella aquéllos que no quieren ver esterilizado en desierto campo el árbol que ofrece dulce cosecha á su delicado paladar. De aquí la importancia de la educacion. Ella guarda la llave de oro de lo porvenir; por eso los Gobiernos la han hecho su objetivo. El poder de la primera impresion: lo indeleble de la primera idea que despunta en el horizonte del alma de un niño; lo irrevocable de la primera palabra; lo trascendental de la primera opinion; todo eso y mucho más que por respeto social ó quizá por tradicion de familia, se empeña la juventud en defender, cuando se lanza con indeciso paso y sin conviccion científica por una de las mil sendas que el mundo de las ideas ó de las sensaciones le presenta, llama seriamente la atencion del hombre pensador sobre la educacion de los primeros años de la vida.

¿Quereis honrados ciudadanos ó insignes criminales? Pedidlos á la educacion. ¿Buscais sofistas como Renan, soñadores como Rousseau, sabios como Santo Tomas, genios como Newton? La educacion os los dará. ¿Necesitais poetas de arrebatadora inspiracion y nobilísimo corazon como Dante y Calderon ó reptiles de venenosa mordedura como Voltaire y Diderot? La educacion sabe forjarlos con martillo de diamante. ¿Careceis de un rey para la armonía como lo fué Bellini ó de un rayo de la guerra con lengua que haga milagros como lo fué Bolívar, el Libertador amado hasta de los que nunca lo conocimos? La educacion los formará en colaboracion de la naturaleza, agente invisible de invisible poder. ¿Quereis un atleta como Hércules, ó un sér deforme como Tirteo? La educacion tiene moldes de acero para forjarlos. ¿Deseais poseer pintores como Rafael, rey del colorido; como Bello, poeta pintor de la naturaleza y turpial querido de las selvas americanas? La educacion tiene el secreto de esas creaciones. Bossuet el profeta artista de la religion y númen de la elocuencia; Lamartine artista del corazon; Bernardo de Palissy, el Miguel Angelo de la arcilla y genio del trabajo; Lutero atleta sombrío de la maldad y la apostasía; Claudio el idiota romano á quien miraban como dios y vivia como un bruto; Donoso Cortés águila ibérica que encerró en cláusulas musicales toda la elocuencia de nuestro majestuoso idioma; Chateaubriand, cisne melancólico que con los gemidos de su mística lira reveló á los hombres las bellezas sin fin y la sublime grandeza de la idea cristiana; Fray Luis de Leon, hombre con

lenguaje de ángel, cuya celeste lira nos hace olvidar la tierra y suspirar por el cielo; Isabel la católica y Colon, figuras que apénas caben en su siglo; todas, todas esas creaciones se han condensado bajo la presion de esa gran nodriza de la humanidad. Buscad en el secreto de los colegios la cultura de Luis XIV ó el desgreño terrible de Marat; las gracias seductoras de Wiseman ó el desparpajo de Diógenes el Cínico; buscad en las escuelas el secreto del candor angelical de Fray Luis de Granada ó la razon de la astucia diabólica de Maquiavelo; Edison el rey de la ciencia americana adquirió en la escuela el hábito de estudio en virtud del cual ha hecho inmortal el sonido. La educacion tiene el lente misterioso que patentiza lo invisible y disipa la oscuridad, para hacernos ver las mil faces del error ó la cara luminosísima de la verdad.

La educacion hace milagros. La civilizacion presente es hija de la barbarie que huyó y esa asombrosísima metamorfósis se debe á ese brazo de titan que empuja los pueblos y redime las naciones. La educacion alimenta. Los sabios se crian con el jugo de su rica leche. La Educacion tiene un poder mágico. Por ella tiene el mundo horizontes de rosa; por ella el hombre se ha ungido rey de lo creado; ella dió á el alma el poder con que fascina; á la tierra, los perfumes con que se aromatiza; á las artes, las gracias atractivas con que seducen; á la belleza, la perfeccion con que subyuga; á la idea, el derecho con que gobierna y á la ciencia, la autoridad con que conquista, redime y liberta. Suprimid la educacion y habreis hecho desaparecer del mapa de Europa las naciones más poderosas y cultas; porque la soñadora Italia volverá á los tiempos pelásgicos, y la inteligentísima Francia á los tiempos druídicos, y la caballerosa España á la época céltica. Suprimid la educacion y la inteligencia humana se eclipsará y las páginas de oro de la historia quedarán en blanco y la huella luminosa de la ciencia se irá borrando para dejarnos en cambio tinieblas y silencio. Suprimid la educacion y no volveremos á oir un poeta que como el Tasso nos haga llorar con incomparable dulzura; ni encontraremos quién nos haga hallar placer en una sublime tristeza como Milton, ni en la tristísima carcajada que el manco de Lepanto encerró en cláusulas de filigrana. No hallareis nada de eso porque las liras de los poetas habrán enmudecido para siempre, y la voz de los sabios habrá muerto en sus gargantas y la Ignorancia se habrá sentado sobre los escombros de la ciencia. Hay más. Si se suprime la educacion los hombres serán como fieras, y los animales domésticos volverán á sus bosques nativos, y la rosa perderá la mitad de sus pétalos y el mundo volverá al cáos empujado por el aliento de cíclope de la barbarie y habrán llegado los tiempos bíblicos de que nos habla con lúgubre y poético clamor Juan, el discípulo castísimo, águila-genio de los tiempos apostólicos.

La educacion tiene sus apostóles y ha tenido sus mártires; ora se presenta bajo la figura luminosa de Horacio Mann, ora toma una forma más simpática bajo la nobilísima figura de Pestalozzi, ora se deja ver revestida con el humilde sayal de Loyola, ora bajo la sublimidad candorosa de Jesus.

La educacion toma á veces la forma delicadísima de mujer y entónces aparece ese tipo querido de incomparable belleza que se llama madre, providencia con dón de lenguas, vestal sagrada que guarda la

única chispa del amor divino que ha bajado del cielo á la tierra para hacer felices á los hombres y para hacer suspirar á los ángeles. La mujer-madre que con la sonrisa en los labios y la dulzura en los ojos, enseña ó corrige, con esa voz arrulladora que nunca se va del corazon, que jamas se olvida, al inocente niño que juguetea en sus rodillas ó que juega con sus trenzas descuidadamente, cumple con una mision providencial en nombre y por ministerio de la educacion.

Al pié ensangrentado de un patíbulo oyó un dia, hace 20 siglos la humanidad doliente unas palabras dictadas por el amor eterno. Palabras sacratísimas desprendidas de unos labios moribundos. "Id á difundir el espíritu de Dios por toda la tierra. Id y enseñad á todas las gentes." Admirable concision, síntesis estupenda que reune en sí todos los tesoros de aquellos labios divinos; toda la sabiduría de aquella inteligencia creadora y todo el amor de aquel corazon dulcísimo. Al sonido de esa voz se formaron Pablo el apóstol del entusiasmo y del progreso, maestro de las gentes; Pedro el génio de la reflexion y la firmeza, maestro de las multitudes y Juan el maestro del amor y ángel de la castidad. Por eso el problema de la educacion, que no pudo ser resuelto por el mundo griego, ni por el mundo romano, fué resuelto por el cristianismo, la revolucion más grande que han visto los hombres y contado las historias. A la sombra de la Cruz colocaron sus tiendas móviles las hordas de Alarico y la educacion cristiana principió. El problema estaba planteado y el tiempo y las doctrinas del Nazareno lo resolvieron. Hoy van los hombres reverentes allá á la ciudad llorada por Jeremías, á depositar sobre un sepulcro querido una lágrima de gratitud y una corona de siemprevivas. Al pié de esa tumba se reunirán un dia todas las naciones de la tierra con sus reyes y sus monarcas; con sus repúblicas y sus magistrados á leer una palabra sacrosanta escrita allí por un dedo divino y que fué pronunciada por la voz de trueno del Sinaí: AMOR. Esta palabra enseñada por el Cristo á los hombres es el alma de la educacion. La educacion nació en Asia; vivió en Europa y bajo su ala protectora allá han llegado á ser los hombres sapientísimos y poderosos. Hoy ha tocado su turno á América.

Volvamos los ojos al porvenir y hagámonos dignos de tan redentora visita.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA.

En el tomo segundo y último, se publicarán las reseñas biográficas. Faltan aún algunos datos, en cuya adquisicion se está trabajando.

INDICE.

Aranzazu Juan de Dios. Pág.

La inmortalidad del alma..... 18
Carta dirigida á la señora María A. González de A..... 141

Arbeláez Clímaco.

El mendigo inválido..... 112
Elegía..... 373

Arbeláez Eliseo.

Un montañes..... 175

Baena Rafael (Pbro.)

...alto de Guadalupe..... 341

Botero U. Alejandro.

Discurso pronunciado en las exequias del Ilustrísimo señor Obispo Isaza..... 489

Botero Hermenegildo.

"Templado por el trisagio"..... 313

Botero Guerra Camilo.

...l destierro..... 208

Botero Juan José.

...uiero ser gato..... 303
... el lavadero de "Agua clara"..... 412

Bravo Pascual.

...icion..... 28
...piritualismo..... 154

Bravo Pedro Antonio.

Melancolía..... 105
Adioses á la patria, traducidos de Lamartine..... 447

Campuzano Nicolas.

Elegía..... 492

Campuzano Ricardo.

Soneto..... 153
La copa de agua..... 325

Cano Fidel.

...ecuerdos..... 143
...ueños de poeta..... 264

Carvallo Luciano.

...lo natural del hombre..... 308
...velacion..... 449

Caro Francisco Javier.

...o hay quien llore por ti..... 140
... mi padre..... 354

Castilla Clodomiro. Pág.

Mi crepúsculo..... 132
El porvenir..... 177

Diaz Granádos Domingo.

Medellin..... 54
¿ Por qué no cantas ?..... 83
La vida sin amor..... 267
A José Eusebio Caro..... 474

Duque Gómez José.

Discurso pronunciado en las exequias del General F. de P. Santander..... 153

Echeverri Camilo A.

El murciélago..... 20
El huevo..... 118
La imprenta..... 210
El gallinazo..... 258

Escobar Arcesio.

La patria y la fe..... 39
La partida..... 79
Costumbres limeñas..... 145
Antioquia—(Cancion)..... 311
La poesía religiosa..... 393

Escobar José Ignacio.

Influjo de la cultura intelectual en la libertad humana..... 375

Estrada Pedro.

La Vírgen y la Madre..... 124

Facio Lince Genaro.

A Mr. Lesseps..... 500

Facio Lince Helena.

A Medellin..... 286

Facio Lince José María.

La mujer..... 43
Antioquia..... 263

Gómez M. Alberto.

Las modas..... 355

Gutiérrez de Lara Jorge.

En un album..... 60

Gutiérrez G. Gregorio.

Aures..... 8
Por qué no canto?..... 84
A mi amigo Camilo Farrand..... 122
Felipe..... 202
En el album de Isabel Bunch..... 307
A Julia..... 397

Henao Januario. Pág.

La educacion. 501

Hernández Antonio M.ª

Luto nacional 56

Hernández Ignacio.

El trabajo. 213

Hernández Manuel A.ª

Variedad i envidia 161

Hóyos Alejandro.

La ventanera 217

Hóyos Joaquin.

Anocheció 116

Isaza C. Pedro.

Soneto 59
Un compadrazgo en la montaña 99
Conclusion de un baile de garrote 255
Una limosna 469

Jaramillo F. Aureliano.

Noche-buena 211

Jaramillo Castor María.

A mi amigo Epifanio Mejía 439

Jaramillo C. Federico.

El último poeta 265

López C. Ricardo.

Quiere anochecer 116
A María 235
A una amiga 433

Llano Juan Crisóstomo.

Ayacucho 316

Martínez Pardo José M.ª

Las chispas 274

Mejía Epifanio.

A mi distinguida amiga Cupertina Tirado de Peláez 24
Quiere amanecer 115
La ceiba de Junin 164
La historia de una tórtola 217
La muerte del novillo 285
La paloma del arca 378

Mejía Francisco.

Nones 391

Mejía T. Jesus M.ª

Tristeza 127

Mejía Juan de Dios.

Tus ojos 272

Molina Juan José.

Prólogo 1
Entreactos de Lucía 359
La música 440
El final de un proceso 480

Móntes del Valle Agripina.

Pobre patria mia! 50
A mi madre en su dia 184

Montoya Vicente A.

Un baile de garrote en el campo 250

Moreno Abraham. Pág.

Pedro J. Berrío 421

Muñoz Francisco de P.

El estilo 68
Las lenguas 435

Ospina Alvarez Francisco.

Fe, esperanza y caridad 31

Pérez Antonio José.

Al señor Luis Olarte 33

Posada A. Andres.

Páginas de viaje 158

Ramírez Eleuterio.

La belleza 287

Restrepo Antonio José.

Dos tumbas 455

Restrepo Antonio M.ª

Una trenza de pelo 187

Restrepo E. Emiliano.

Nuestra gran llanura oriental 281

Restrepo Isaza Guillermo.

Discurso pronunciado en la Sociedad católica de Medellin en la sesion solemne del 19 de Marzo de 1877 49

Restrepo Isaza Luis M.ª

Curazao 41

Restrepo José de la Cruz.

La Providencia en los fenómenos naturales 8
La razon y el sentimiento 34

Restrepo José Manuel.

Noticia biográfica de D. Juan del Corral. 17

Restrepo Juan de Dios.

Una botella de brandy y otra de ginebra. 1
Los pepitos 7
Mi compadre Facundo 27
Recuerdos de mi juventud. El primer amor 46

Restrepo Manuel C. (Ob. de Pasto).

Impresiones en Jerusalem 61

Restrepo Ricardo.

Un baile con carrera 167
Si yo fuera dictador! 46

Restrepo Vicente.

Las penas de una alma 23

Salazar Abraham.

Año nuevo 2

Salazar José María.

A las víctimas de Cundinamarca ... ...
Cancion nacional ... ...
La sabana de Bogotá ... ...
La entrada en Guayana ... ...

Tirado Basiliso.

Mucho tiempo despues ... ...
Al Atrato 2

Tobon Juan Cancio. Pág.
La noche 74
Dos astros 290
Toro Antonio José.
El desafío de dos amantes 160
A Medellin, desde Santa-Helena 457
Toro Manuel Salvador.
A la señorita M. F. U 136
La Cascada 358
Uribe Angel Manuel.
Ligeras reflexiones sobre la América 86
El gallo 294
Cervántes, discurso pronunciado en Nueva-York el 23 de Abril de 1875 415
Uribe Benito.
La caridad 477
Uribe E. Heráclio.
Por ella 420
Uribe Restrepo Miguel.
Discurso dirigido á los alumnos del Colegio académico de Antioquia 117
Discurso en la instalacion de una Asamblea electoral 305
Velásquez Federico.
El pobre 276
Vélez B. Alejandro.
Sociedades secretas 128
Vélez B. Lucrecio.
A la memoria del valeroso jóven Julian Velásquez 489
Vélez Baltasar (Pbro). Pág.
Ó sufrir ó morir 367
Vélez Marceliano.
El Guadalupe 134
La hacienda de San Pedro 270
Viana Demetrio.
El tiempo 50
La levita 226
Una noche de angustias 326
Villa Eduardo.
Recuerdos de un hogar 29
Un ramo de pensamientos 185
Miss Canda 399
Villa Ricardo.
El deber 113
Trabajo y economía 369
Villégas Alejandro.
Mudanzas 199
Zamarra Juan Estéban.
Caida del primer hombre y su rehabilitacion 107
Zea Francisco Antonio.
Discurso pronunciado en el Congreso de Angostura 7
Un recuerdo al 2 de Mayo de 1808 98
Discurso dirigido al Libertador 228
Discurso acerca del mérito de la Botánica 347

ERRATAS NOTABLES.

En la página 88 se ha deslizado un error cronológico respecto de Pedrarias y Balboa. Cuando éste recibió la comision peligrosa de Pedrarias ya habia descubierto el mar del Sur.

En la página 145, líneas 9 y 10, léase el verso así:

Que, con las pálidas luces
De los cocuyos bordando.

En las segundillas del señor Castor María Jaramillo, página 439, debe colocarse la cuarta que principia "Me ha encantado Epifanio...." despues de la primera, que termina "Que yo mas amo."

UNIVERSIDAD
VIMEET
Sala de Patrimonio Documental

FAES

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT
100182761